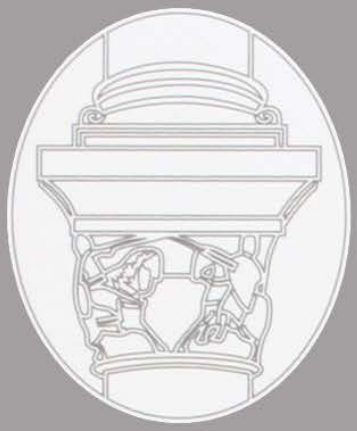


XXXVII

SEMANA DE ESTUDIOS
MEDIEVALES
ESTELLA

19-23
JULIO 2010

1212-1214: EL TRIENIO QUE HIZO A EUROPA

Tapiz de Las Navas de Tolosa. Palacio de Navarra. Pamplona

Eloisa Ramírez Vaquero. Francisco García Fitz. Martín Alvira Cabrer. William Chester Jordan. Monique Bourin. Pascual Martínez Sopena. Agostino Paravicini Bagliani. José Manuel Nieto Soria. Nicholas Vincent. Laurent Macé. Maria Ginatempo. Maria João Branco. Luigi Provero. Jacques Verger. Susana Aparicio Rosillo.

Gobierno de Navarra

1212-1214:
EL TRIENIO QUE HIZO A EUROPA

XXXVII Semana de Estudios Medievales
Estella, 19 a 23 de julio de 2010

1212-1214:
EL TRIENIO QUE HIZO A EUROPA

Gobierno de Navarra
Departamento de Cultura y Turismo
Institución Príncipe de Viana

Título: 1212-1214: El trienio que hizo a Europa
(Actas de la XXXVII Semana de Estudios Medievales de Estella.
19 al 23 de julio de 2010).

© Gobierno de Navarra.
Departamento de Cultura y Turismo.
Institución Príncipe de Viana
Diseño portada: Astrain Diseño
Fotocomposición: Pretexto.
Imprime: Graphycems. Gráficas Cems. S.L.
I.S.B.N.: 978-84-235-3258-2
Dep. Legal: NA 555/2011

Promociona y distribuye: Fondo de Publicaciones del Gobierno de Navarra
(Dirección General de Comunicación)
C/ Navas de Tolosa, 21
31002 PAMPLONA
Teléfono: 848 427 121
Fax: 848 427 123
fondo.publicaciones@cfnavarra.es
www.cfnavarra.es/publicaciones

Índice

Presentación 9

Eloísa Ramírez Vaquero. *Pensar el pasado, construir el futuro: Rodrigo Jiménez de Rada* 13

Francisco García Fitz. *Las Navas de Tolosa, ¿un punto de inflexión en las dinámicas históricas peninsulares?* 47

Martín Alvira Cabrer. *Después de Las Navas de Tolosa y antes de Bouvines. La batalla de Muret (1213) y sus consecuencias* 85

William Chester Jordan. *The French Victory at Bouvines (1214) and the Persistent Seduction of War* 113

Monique Bourin. *Idéologie et instruments du pouvoir monarchique en France aux temps de Philippe Auguste et de Louis VIII* 129

Pascual Martínez Sopena. *Ideología y práctica en las políticas pobladoras de los reyes hispanos (ca. 1180-1230)* 155

Agostino Paravicini Bagliani. *Innocenzo III (1198-1216). Visione di papato ed autorappresentazione* 183

José Manuel Nieto Soria. *La expansión de las asambleas representativas en los reinos hispánicos: una aproximación comparativa* 197

Nicholas Vincent. *English Liberties, Magna Carta (1215) and the Spanish Connection* 243

LAURENT MACÉ. *Le Midi de la France entre 1180 et 1230. L'illusion d'une construction politique?* 263

MARIA GINATEMPO. *Esisteva una fiscalità a finanziamento delle guerre del primo '200?* 279

MARIA JOÃO BRANCO. *Escritura, Ley y Poder Regio: la cancillería regia y los juristas del rey en la construcción de un nuevo concepto de realeza en Portugal (1211-1218)* 343

LUIGI PROVERO. *La giustizia nel regno d'Italia* 373

JACQUES VERGER. *Les serviteurs de l'État au début du XIIIe siècle (France et royaumes voisins): gens de savoir ou hommes d'expérience?* 389

SUSANA APARICIO ROSILLO. *1212-1214: El trienio que hizo a Europa. Una aproximación bibliográfica* 403

Presentación

La trigésimo séptima edición de la Semana de Estudios Medievales de Estella ha querido servir de primer foro de reflexión previo a las conmemoraciones que en Navarra se prevén para el año 2012. Dos son las fechas esenciales que ahí se recordarán, la de la conquista e incorporación del reino en la monarquía hispánica, y la de la batalla de las Navas de Tolosa. Este tipo de actos no consisten, para los historiadores, en meras evocaciones más o menos sentimentales, sino en ocasiones propicias para renovar las investigaciones y estudios. La Historia siempre avanza en sus propuestas, realmente, porque en cada tiempo y momento puede contar con más, mejores o más accesibles fuentes de información, otros cuestionarios e interrogantes, o nuevas orientaciones y focos de debate. El Comité científico de las Semanas de Estudios Medievales consideró, así, que el año 2010 podía ser adecuado para proponer una serie de ponencias y sus correlativos debates que sirvieran, entre otras cosas, para ir poniendo sobre el tapete los diversos problemas y elementos de análisis propios del primer tercio del siglo XIII. Esta primera reflexión conjunta, publicada puntualmente en 2011 ofrece, por tanto, un sugestivo marco de cuestiones, debates, propuestas de análisis y de líneas de atención que esperamos sirva de punto de partida para renovados estudios y trabajos.

Se trataba, por otro lado, de insertar la batalla de la Navas de Tolosa en su rico escenario peninsular y europeo y, en esta ocasión, centrarla en su relación con la construcción política de la monarquía, tanto desde el punto de vista hispánico como desde el imprescindible referente europeo. Valoramos, entre otras cosas, que en ese completo tránsito al siglo XIII y en su primer tercio, se desarrollan al menos tres batallas esenciales para la construcción de los poderes y espacios europeos: las Navas, Muret y

Bouvines. Tres batallas, tres espacios políticos, pero muchos elementos en común. El título quedó definido, por tanto, con una alusión expresa a este componente constructor o generador de una serie de realidades sociales y, sobre todo, políticas: *1212-1214: El trienio que hizo a Europa*.

Desde estos objetivos, el Comité Científico, compuesto por los profesores D. Ángel Martín Duque (presidente), D. Juan Carrasco Pérez (vicepresidente), D. Ángel Sesma Muñoz, D. Juan Ignacio Ruiz de la Peña Solar, D. Pascual Martínez Sopena, D. Philipe Sénac, D. Jaume Aurell i Cardona (vocales) y D.ª Eloísa Ramírez Vaquero (secretaria), articuló unas sesiones donde, como es habitual, se seleccionaron especialistas de primer orden y se acogieron otros colegas, doctorandos, alumnos y público interesado en general.

No procede reiterar aquí el elenco de ponentes, que enseguida se desgrana en las páginas que siguen, pero sí cabe apuntar unas mínimas orientaciones generales respecto al programa. Como punto de partida se trataba, sin duda, de analizar las tres batallas antes aludidas, y no desde la perspectiva estrictamente militar, sino desde esta vertiente relacionada con la construcción del poder político de las monarquías relacionadas con cada una de ellas. A continuación, por tanto, la atención se centró en las diversas expresiones e instrumentos ideológicos, culturales, institucionales, relacionadas con la puesta en marcha, en el primer tercio del siglo XIII, de los contornos políticos de los reinos y principados occidentales. Como preámbulo a estos estudios y debates, la lección inaugural se centró en una figura esencial de la primera mitad del siglo XIII hispánica, Rodrigo Jiménez de Rada; historiador, ideólogo, jurista –entre otras cosas– este arzobispo navarro de Toledo se sitúa en el vértice de al menos dos monarquías de intenso contenido institucional en estos momentos, la castellana y la navarra.

Al hilo de las Semanas de Estudios Medievales, que en este año 2010 han tenido como sede provisional el Centro Cultural de la Parroquia de San Juan, de Estella, el ayuntamiento de Estella se ocupó, como es habitual, de organizar diversas actividades culturales (musicales esencialmente) que jalonaron luego las tardes del resto de la semana. Una vez más la ciudad hizo coincidir con la Semana "científica" la articulada en torno a las iniciativas hosteleras de la ciudad, que recrean el medioevo local.

El Comité Científico desea una vez más expresar su más sincero agradecimiento a los diversos organismos e instituciones que intervienen en el desarrollo de la Semana, en todas sus vertientes, incluyendo el permanente apoyo local y ciudadano, que nos acoge a todos con indiscutible calidez. Sin el esfuerzo personal, y la voluntad económica de las diversas institu-

ciones sería imposible culminar con éxito este esfuerzo académico. Para el Comité Científico es siempre un honor y un auténtico placer convivir estos días con los vecinos y amigos de esta generosa ciudad, sentimiento que también descubrimos en los ponentes y semanistas que nos acompañan.

Resulta, en cualquier caso, imprescindible señalar expresamente al propio Ayuntamiento de la ciudad, a la Asociación de Amigos del Camino de Santiago de Estella, al Centro de Estudios Tierra Estella, a la Sociedad Gastronómica Basaula y a la parroquia de San Juan, que este año ha cedido su edificio de actividades culturales como sede de las sesiones. Mención aparte merece, en lo que a agradecimientos se refiere, el generoso patrocinio del Gobierno de Navarra a través de su Consejería de Cultura-Institución Príncipe de Viana.

En esta ocasión, la excursión de las jornadas se llevó a cabo el miércoles, día 21 de julio y se dirigió hacia los monasterios de Tulebras y Fitero, Como es habitual, el desarrollo de la misma corrió a cargo del Centro de Estudios Tierra Estella, personalizada una vez más en D. Román Felones Morrás, que la organizó y dirigió. Esa misma noche, el Comité Científico, los ponentes y sus acompañantes visitaron las bodegas de Irache, junto al monasterio del mismo nombre, donde también se degustó una cena.

La presidencia de la apertura de la Semana, el día 19 de julio corrió a cargo de la Ilma. Sra. Alcaldesa de Estella, D.ª Begoña Ganuza y del Excmo. Sr. Consejero de Cultura y Turismo-Institución Príncipe de Viana, del Gobierno de Navarra, D. Juan Ramón Corpas Mauleón, que intervino con las siguientes palabras:

Buenos días,

Nos hemos dado cita en Estella, un año más, y van ya treinta y siete ediciones, lo que da cumplida muestra de su veteranía y aceptación, para dar comienzo a una nueva Semana de Estudios Medievales, que se va a prolongar desde hoy hasta el próximo 23 de julio.

Este año, como ven todos ustedes, estrenamos nueva sede, aquí en el Centro San Juan, y abordaremos como eje central de la Semana el tema 1212-1214: El trienio que hizo a Europa*. Así, la Semana constituye una primera aproximación a Las Navas de Tolosa y su tiempo, una fecha que cobrará especial importancia en 2012 y en la que el Gobierno de Navarra y los comités científicos de 1212 y 1512 vienen ya trabajando.*

El Departamento de Cultura y Turismo del Gobierno de Navarra, organizador de la Semana de Estudios Medievales*, junto con el Comité Científico de la Semana, han puesto a disposición de los interesados una*

serie de becas para poder participar en la misma, al igual que en ediciones anteriores. Han concedido un total de 17 becas: a España (12), México (2), Alemania (2) y Portugal (1).

Por otro lado, vamos a contar a lo largo de estos días con la presencia de reconocidos profesores, miembros de nueve universidades españolas y nueve de países como Estados Unidos, Francia, Reino Unido, Italia o Portugal.

Confiamos en que el contenido que hemos programado para la Semana sea de su interés y de su agrado y que, como siempre, disfruten de Navarra, una tierra acogedora y llena de encantos paisajísticos, artísticos y gastronómicos, como muestra de ello es la ciudad de Estella. Sólo en ella podrán acercarse al Carlismo, recorriendo el museo que se ha abierto este año y que se complementa con una ruta turístico cultural; al patrimonio que encierran las diferentes iglesias de la localidad, y de modo especial a San Pedro de la Rúa, que hoy inicia un ciclo de visitas guiadas a las obras de restauración que estamos realizando desde el Gobierno de Navarra y que devolverán al templo todo su esplendor, así como ha permitido sacar a la luz la cripta de los mariscales; o podrán visitar el Museo Gustavo de Maeztu, con el que el Departamento de Cultura y Turismo colabora y que ofrece una exposición sobre la primera edición de los grabados de Goya referidos a «Los desastres de la guerra», por citar algunos ejemplos.

No quiero extenderme más, así que declaro abierta la XXXVII *Semana de Estudios Medievales y pasamos ahora a escuchar la conferencia inaugural, que va correr a cargo de la profesora de la Universidad Pública de Navarra Eloísa Ramírez Vaquero, quien va a versar sobre «Pensar el pasado, construir el futuro: Rodrigo Jiménez de Rada».*

A la sesión de apertura siguió la habitual recepción ofrecida por el M.I. Ayuntamiento de Estella, en el patio del Centro Parroquial de San Juan.

Concluidas las sesiones científicas el día 23 de julio, en la clausura oficial de las Semanas, se anunció el tema de la XXXVIII Edición de la Semana de Estudios Medievales, prevista para julio de 2011: *En los umbrales de España. Navarra en la Monarquía Hispánica.*

Por motivos de salud, no fue posible contar, para el cierre de las sesiones, con la presencia de D. Ángel Martín Duque, presidente del Comité Científico, papel que asumió el vicepresidente, D. Juan Carrasco Pérez, para hacer un breve balance de los días transcurridos. La semana fue clausurada por la Sra. Alcaldesa de Estella, D.ª Begoña Ganuza y el Ilmo. Sr. Director de Cultura del Gobierno de Navarra, D. Pedro Luis Lozano Úriz.

Pensar el pasado, construir el futuro: Rodrigo Jiménez de Rada

Eloísa Ramírez Vaquero

Para mi madre, que era filóloga.
Hubiera disfrutado en la sombra de estas páginas

Esta Semana de Estudios Medievales de Estella, ha elegido un tema centrado en la construcción europea. El tema no es nuevo en sí mismo, pues los medievalistas llevan mucho tiempo trabajando en el estudio de los elementos que han cimentado y sostenido la articulación de los aspectos que —cabría decir— han prefigurado los estados modernos[1]. Unos «estados» —o unas monarquías— que con diversa cronología y variada motivación y contextos, empiezan a mostrar unas preocupaciones constructivas más o menos evidentes en torno al siglo XIII, precisamente, y quizá mediado el siglo XII. Atender estos aspectos ha sido la fórmula que el Comité Científico ha propuesto para articular el conjunto de reflexiones y debates que enmarcan el recuerdo y próxima conmemoración del octavo centenario de la batalla de las Navas de Tolosa, el año 2012. Con la mirada centrada en este período del inicio del siglo XIII, se consideró que éste y otros dos choques casi coetáneos —Muret en 1213 y Bouvines en 1214— habían tenido un papel singular y casi decisivo en la construcción de los respectivos espacios políticos que les atañían. Tres fechas que han hecho a Europa: tres batallas que han cimentado a Europa. Y al hilo de ellas, o detrás de ellas, del análisis del universo político que activaron, se han hilvanado aquí —y se recogen ahora en esta edición de las actas—, diversas aproximaciones a la construcción… del poder. Del poder de los reyes y del poder de los

1. No es este el lugar para detallar la cuantiosa bibliografía relacionada, en los últimos quince años al menos, con la llamada «génesis del estado moderno», desarrollada en torno a, o derivada de, los diversos seminarios y proyectos dirigidos por J. P. Genet o W. Blockmans. Cabe, sin embargo destacar que en estas mismas jornadas estellesas, J. Verger ha señalado su preferencia a referirse al nacimiento de las «monarquías administrativas», más que al del «estado moderno»; un proceso que cabe iniciar a mediados del siglo XII en el espacio Plantagenet (vid. su trabajo, más adelante en este volumen).

elementos decisivos de la sociedad; del poder político y sus manifestaciones, en definitiva.

Ahora bien, el Comité Científico, animado en este caso concreto por el señor Consejero de Cultura, acogió con entusiasmo que Rodrigo Jiménez de Rada, un personaje singular en el vértice del siglo XII al XIII, protagonista directo (y relator) de la batalla de las Navas de Tolosa, podía ser una excelente puerta de apertura para esta Semana. Hasta ahí de acuerdo. La idea siguiente en el seno del Comité fue proponerme, con evidente generosidad y una alta dosis de optimismo, que me hiciera cargo de la misma, cosa que acepté con no pocas reticencias y, luego lo he comprobado, con una considerable ingenuidad. Debo mostrar mi gratitud más sincera a mis colegas del Comité, desde luego, por considerar que yo podía aportar reflexiones interesantes en este contexto pero, con toda honestidad, debo expresar la creciente inquietud —desde que recibí el encargo— con la que ido preparando este trabajo, hasta el momento mismo de su remisión a la imprenta.

Jiménez de Rada es un personaje bien conocido del cambio de centuria y la primera mitad del siglo XIII. Navarro de linaje y nacimiento, intelectual brillante, clérigo de primera fila (arzobispo de Toledo), hombre de confianza en la corte de los reyes de Castilla, autor de varias crónicas e historias... cada uno de estos perfiles permitiría un enfoque propio y algunos han tenido magníficos estudios recientes y no tan recientes. Abarcar todos estos aspectos resultaría imposible en un trabajo de las características del que aquí se propone. Resulta evidente, por el enunciado de esta intervención, que el que aquí se presenta va a ir dirigido a cuestiones más bien relacionadas con sus presupuestos intelectuales y sus intereses ideológicos. Pero conviene insistir en que cada una de las facetas antes indicada debe tenerse muy en cuenta, porque no es posible entender al personaje sin situarlo en estos rasgos esenciales de su existencia y sin valorar el contexto ineludible de los reinos hispánicos en el vértice del siglo XIII y, luego, en medio del potente impulso de expansión cristiana que tiene lugar a partir de 1212. No es posible ceñir la observación a una única perspectiva, porque sin las restantes es imposible entender al intelectual, al ideólogo, al historiador, que confluyen en Jiménez de Rada. Pero está claro que mi atención preferente aquí no se sitúa en el desarrollo de su actividad como clérigo —arzobispo de Toledo— o como señor feudal, si se me permite rescatar el título de un extensísimo y muy interesante artículo de Hilda Grasotti[2], hace ya bastantes años.

2. «Don Rodrigo Ximenez de Rada, gran señor y hombre de negocios en la Castilla del siglo XIII», en *Cuadernos de Historia de España*, 1973 (número monográfico, 302 pp.).

Desde luego, no faltan estudios y reflexiones sobre esta etapa y sobre el personaje, desde todos los puntos de vista y con la máxima solvencia. Centrándonos en el período y en el ámbito castellano-leonés, cabe señalar los trabajos, ya clásicos, de Julio González[3], o más recientemente los de Carlos Estepa[4], Ana Rodríguez[5] o José Manuel Nieto[6], aunque ciertamente hay varios más, de forma que, al hilo de las líneas que siguen, se irán desgranando además otros trabajos centrados en el personaje y, sobre todo, en su obra escrita y el contexto político e ideológico en que se sitúa. Es decir, la bibliografía es mucha y de gran interés; más todavía, en los últimos dos o tres lustros se ha visto considerablemente revitalizada por investigaciones que, desde el observatorio de la Filología y la crítica textual, y desde el renovado interés de los medievalistas por el análisis del escrito, han dado como resultado una fecunda línea de trabajo interdisciplinar que ha arrojado mucha luz sobre la construcción ideológica de los reinos hispánicos en el siglo XII y XIII.

Por todas estas razones, y por una elemental prudencia, lo que yo pretendo aportar aquí seguramente no suponga nada nuevo; si acaso podrá representar una síntesis que aspira a combinar, destacar y quizá reorientar, algunos de los planteamientos que la historiografía más reciente ha puesto sobre la mesa. Como todo trabajo de este tipo, queda abierto al debate y a la reflexión, y no será poca la satisfacción si abre puertas para ulteriores estudios y colaboraciones.

* * *

Rodrigo Jiménez de Rada forma parte de la trilogía de autores hispánicos que, de manera casi coetánea, se adelantan a ese indudable esplendor historiográfico que con frecuencia atribuimos al rey Alfonso X el Sabio en

3. Sin duda, en su obra, ya clásica sobre el reinado de Alfonso VIII y, más tarde, la referida al reinado de Fernando III: *El reino de Castilla en la época de Alfonso VIII*, Madrid, 1960 (vol. I: Estudios) y *Reinado y diplomas de Fernando III*, Córdoba, 1980 (vol. I: Estudios).

4. En relación con señoríos y enlaces familiares directamente relacionados con el arzobispo: «Frontera. Nobleza y señoríos en Castilla: el señorío de Molina (siglos XII-XIII)», *Studia Storica. Historia Medieval*, 24, 2006, pp. 15-86.

5. *La consolidación territorial de la monarquía feudal castellana. Expansión y fronteras durante el reinado de Fernando III*, CSIC, Madrid, 1994.

6. «La monarquía fundacional de Fernando III», en *Fernando III y su tiempo (1201-1252)*, Fundación Sánchez Albornoz, León, 2003, pp. 31-66. Más recientemente él mismo ha retomado estas reflexiones, ampliándolas más aún en el tiempo, en «La monarquía como conflicto de legitimidades», *La monarquía como conflicto en la corona Castellano-leonesa (c. 1230-1504),* dir. J. M. NIETO SORIA, Madrid, 2006, pp. 13-71.

la segunda mitad del siglo XIII[7]. En 1243, fecha en que Rodrigo dedica su obra *De Rebus Hispaniae* al rey Fernando III, se cierra un ciclo cronístico excepcional[8], con tres piezas esenciales (la de Lucas de Tuy, la del propio Jiménez de Rada y la de la Crónica latina), las tres escritas en latín, que ha servido de observatorio privilegiado, no sólo para analizar la realidad histórica que reflejan, sino también la imagen de la monarquía que se compone y cómo afronta el proceso de transformación de las bases del poder regio que podemos detectar en los albores del siglo XIII.

Pero, al contrario que los otros, que en un caso escriben una crónica de los reyes de Castilla, y en el otro una crónica universal focalizada en León y Castilla (y por ese orden), Rodrigo escribe una «historia de los hechos de España» (*De rebus Hispaniae*). Sitúa pues, en el vértice del relato, una realidad política muy interesante, España, aunque habrá ocasión de evaluar a qué llama España, naturalmente. Escribe, como otro de los tres, por encargo de la propia corona —el Tudense— aunque no necesariamente ambos reciban el encargo del rey. Pero conviene indicar, además, que de este trío será Rodrigo, sin duda alguna, el que mayor repercusión y acogida alcanzase en los años que siguieron. No sólo su texto fue claramente utilizado por el taller cronístico de Alfonso X, sino que fue leído, traducido y hasta reconstruido con insistencia[9].

Un encargo regio, por tanto (y habrá un motivo), y cabría valorar otros del mismo estilo en reinos vecinos (Navarra por ejemplo) y sus estímulos ideológicos o legitimadores. Esta perspectiva del «encargo» ha llevado a

7. Sobre la producción escrita prealfonsina, enfocada al entorno cultural y político de la corte de Alfonso VIII, *rex scribens*, véase particularmente A. ARIZALETA, «Topografías de la memoria palatina: los discursos cancillerescos sobre la realeza (Castilla, siglos XII y XIII)», en *Memoria e Historia. Utilización política en la Corona de Castilla a final de la Edad Media*, eds. J. A. Fernández de Larrea y J. R. Díaz de Durana, Madrid, 2010, pp. 43-58.

8. A. RODRÍGUEZ LÓPEZ, «*De rebus Hispaniae* frente a la *Crónica latina de los reyes de Castilla*: virtudes regias y reciprocidad política en Castilla y León en la primera mitad del siglo XIII», *Rodrigue Jiménez de Rada (Castille, premier moitié du XIIIe siècle): Histoire, Historiographie,* en *Cahiers de Linguistique et de Civilisation Hispaniques Médiévales*, 26, 2003, pp. 133-149, en concreto p. 133. Tanto sobre la *Crónica latina* como sobre el *Chronicon mundi* la bibliografía es exhaustiva, e imposible de analizar aquí; se aportan solamente, por tanto, referencias que se han considerado esenciales, obviamente sin ánimo de exhaustividad.

9. No parece necesario expresar las sucesivas ediciones y traducciones de su obra, ya en época medieval, con una primera traducción al romance a mediados del siglo XIII, pero cabe remitir al certero análisis de esta tradición todavía medieval de A. WARD, «Rodrigo Ximénez de Rada: auteur et acteur en Castille à la fin du XIIIe siècle», *Rodrigue Jiménez de Rada (Castille, premier moitié du XIIIe siècle): Histoire, Historiographie*, en *Cahiers de Linguistique et de Civilisation Hispaniques Médiévales*, 26, 2003, pp. 283-294.

algunos autores[10] a proponer que el interés del poder político por la historiografía, en Castilla al menos, no data del período alfonsino, sino del reinado de Fernando III donde, en un escaso intervalo de tiempo (1236-1243), a petición de la corona, y con una preocupación abiertamente política, se escriben dos obras esenciales que marcan un claro progreso de la conciencia que tiene la realeza de la utilidad de la Historia. Esta percepción cuadra muy bien con un rasgo esencial que no hace mucho propuso J. M. Nieto Soria[11]: el carácter fundacional de la monarquía de Fernando III de Castilla y León, que pone en marcha una nueva articulación del reino recién unificado, y enseguida planteará el enérgico avance hacia el Guadalquivir de todos conocido. Esta calificación de «fundacional», que además se percibe como referente legitimador desde tiempos de Alfonso X hasta los Reyes Católicos, comporta muchos más elementos, claro está, pero podemos considerar que, efectivamente, la idea de construir, rearticular, refundar, es esencial en esa coyuntura política del primer tercio del siglo XIII. Un nuevo y radicalmente distinto escenario político exige un profundo reajuste en todos los niveles: León y Castilla unidas, pero también Portugal consolidado y Navarra en busca de su propia identidad ante el cambio dinástico que agitaría a la vieja dinastía también refundada —luego cabrá volver sobre esa circunstancia— en la primera mitad del siglo XII.

Fernando III construye un edificio que J. M. Nieto ya ha explicado, cuyos pilares tienen necesariamente un componente ideológico y una argumentación teórica que lo consolida. Y eso aunque la práctica historiográfica en tiempos de Fernando III no fuese dirigida de manera directa por el rey, como ocurrirá con Alfonso X; a diferencia de la historiografía alfonsí, el historiador de la corte de su padre hace su trabajo en su ámbito personal: investiga, contrasta, aporta su propia experiencia, y escribe. Firma su obra, o se le puede identificar —como en el caso de la Crónica latina—, y propone al rey opciones diversas en lo relativo a las estrategias del poder[12]. No está en un «taller del rey» sino en el suyo propio, aunque realice un encargo; y por eso las propuestas de Jiménez de Rada y de sus coetáneos resultan diversas entre sí; incluso opuestas a veces. Pero el discurso político supone

10. G. MARTIN, «Alphonse X et le pouvoir historiographique», *L'Histoire et les nouveaux publics dans l'Europe Médiévale (XIIIe-XVe siècles)*, Actes du Coll. Internt. de la Fondation Européenne de la Science, Casa de Velázquez (Madrid, 1993), París, 1997, pp. 229-240, y él mismo en *Les juges de Castille. Mentalités et discours historique dans l'Espagne médiévale*, (Annexes des *Cahiers de Linguistique Hispanique Médiévale*, 6), París, 1992, pp. 201-316.

11. J. M. NIETO SORIA, «La monarquía fundacional», ya indicado.

12. G. MARTIN, «Alphonse X et le pouvoir historiographique», pp. 232-233.

uno más, y no el menor, de los medios de legitimación de esa monarquía que se re-funda, si se me permite manipular la expresión.

El punto de partida

Jiménez de Rada, un hombre brillante y de una formación excepcional, es además un noble de linaje notable tanto en Navarra como en la propia Castilla. No parece necesario detallar aquí toda su historia familiar, pero sí conviene fijar un mínimo encuadre prosopográfico que permita situar al personaje. El futuro arzobispo de Toledo era hijo de Jimeno Pérez de Rada, o de Cadreita, espacios señoriales situados en tierras de la Navarra meridional, y nieto por vía paterna de Pedro Tizón de Cadreita, o de Rada. Dejaremos para más adelante la filiación materna. Su abuelo paterno había sido ya un fiel servidor de Alfonso el Batallador, con quien había sido tenente en Monzón, Cervera y, sobre todo, Estella[13]. Ya en el reinado de Sancho VI el Sabio los servicios de la familia son numerosos, con varios parientes, y en tenencias relevantes de la Navarra meridional o en la Curia regia: Aznar Aznárez de Rada es tenente en Rada ya desde el reinado de García Ramírez[14] y aparece luego en Valtierra, Falces o Pitillas[15]. Iñigo de Rada será tenente en Funes, Caparroso y Aibar[16]. Bartolomé, quizá el hermano de Rodrígo Jiménez de Rada, aunque parece un poco pronto, figura dos veces, y en una de ellas era tenente de Peralta, en 1191[17]. Un tal Martín de Rada será tenente de Caparroso al menos en 1192 y 1193[18].

13. J. Á. Lema Pueyo, *Colección Diplomática de Alfonso I de Aragón y Pamplona (1104-1134),* Fuentes Documentales Medievales del País Vasco, n. 27, San Sebastián, 1990. Entre muchas referencias, cabe destacar n. 33 (Monzón, 1108), n. 121 (1123, Cervera del río Alhama), n. 82 (Estella, primera mención en 1117), n. 274 (Estella en 1134, última mención, de una secuencia continuada). Poco después de 1134 desaparece, y aunque consta con el rey en Fraga, no debió morir allí, puesto que García Ramírez llega a referirse a él como «vasallo mío», en Estella y Monteagudo (D. Alegría Suescun, G. Lopetegui Loperena, A., Pescador Medrano, *Archivo General de Navarra (1134-1194),* Fuentes Documentales Medievales del País Vasco, n. 77, San Sebastián, 1997, 1ª Parte, n. 17 y 19 (2ª parte para los documentos de Sancho el Sabio). En lo sucesivo DOC.GR/SS, 1 y 2.

14. Sin precisión de las fechas, DOC.GR/SS,1, n. 15.

15. DOC.GR/SS, 2, n. 1, 6, 22, 27, 31, 34. Primera mención en 1150 y la última en 1166. También aparece en la Curia en algunos actos relevantes, concesiones forales por ejemplo (n. 22). Un hijo suyo, Lope Aznárez, venderá, con el visto bueno de Sancho VI, todas sus heredades en Valtierra en 1188 (n. 100-101).

16. DOC.GR/SS, 2, n. 1150-1161, n. 1, 6, 10, 13, 14, 18-20, 22.

17. DOC.GR/SS, 2, n. 114. En la otra es simplemente el fiador de un préstamo (n. 116).

18. DOC.GR/SS, 2 n. 120, entre otros, y 133-134.

En el reinado de Sancho VII el Fuerte hay una presencia muy clara del padre de Jiménez de Rada, Jimeno, al servicio del rey, con una larga secuencia de tenencias concentradas sobre todo entre 1201 y 1219 (Santacara, Sangüesa e Irurita –una sola vez, en 1201, la primera, y en 1208 las otras dos[19]–, Artajona entre 1208-1211[20], Ujué, en 1203, 1204, 1206[21] y San Martín de Unx entre 1205 y 1207 y entre 1217 y 1219[22]. Aparte de eso, figura en algunos actos relevantes, representando al propio monarca en un acuerdo con Aragón o al frente, también en nombre del rey, de los castillos de Peña, Escó, Petilla y Gallur, que se habían tomado en prenda de un préstamo regio a Pedro II de Aragón[23]. En 1222 debía haber muerto, puesto que entonces su hijo Bartolomé, este sí claramente el hermano del arzobispo de Toledo, prestó homenaje a Sancho el Fuerte «por sus casas de Rada», que quizá acababa de heredar[24].

Navarro, por un lado, pero también castellano, por el otro. Y ambos aspectos interesan, porque ¿Cómo un segundón navarro de finales del siglo XII recibe una formación tan excepcional, en las universidades de Bolonia, primero, y París, después? Y otra cuestión más, ¿Cómo es que al volver de ese periplo internacional… Jiménez de Rada no vuelve a Navarra sino que se instala en Castilla, donde alcanzará enseguida una posición de primer orden, junto al rey Alfonso VIII?

Cabe empezar por su formación académica, que hay que considerar singularmente notable y que tiene mucho que ver, sin duda, con su elevada posición en la corte, aunque sea en la castellana. Una de las consecuencias más importantes del esplendor académico del siglo XII fue, precisamente, la promoción social de los *magistri* –aquellos que han completado un grado académico de cierto nivel– que a partir de esta etapa van alcanzando puestos de alto nivel en las cortes principescas, la Curia o la sociedad urbana[25], etc. Los vemos, así, aparecer y tomar posiciones en la Curia romana,

19. J. M. Jimeno Jurío, *Colección documental de Sancho VII el Fuerte (1195-1234): Archivo General de Navarra*, Pamplona, 2008, n. 29, 53, 61-62 (en lo sucesivo DOC.SF).

20. DOC.SF, 56-59, 68, 76.

21. DOC.SF, 34-35, 39, 49.

22. DOC.SF, 46-48, 52, 51, 52, 140, 148, 157, 159.

23. En 1204 y 1209, respectivamente DOC.SF, 38 y 65). También figura como testigo de otro préstamo al aragonés en 1209 (n. 66).

24. DOC.SF, n. 190.

25. J. Verger, «Des écoles du XIIe siècle aux premières universités. Réussites et échecs», en *Renovación intelectual del Occidente europeo (siglo XII)*, (XXIV Semana de Estudios Medievales, Estella 1997, Pamplona, 1998, pp. 249-273, en concreto p. 251). Él mismo señala, en otro trabajo anterior, cómo entre 1180 y 1210 se extiende la práctica de encomendar a estos *magistri* las responsabilidades esenciales de la gestión política, una práctica particularmente

o las cortes de Inglaterra, el imperio o Sicilia, y hay que pensar que —en un contexto, precisamente, de articulación regia y génesis de las monarquías administrativas —retomando la expresión de J. Verger— monarcas y príncipes tienen interés en contar con estas gentes bien formadas en el Derecho y la Filosofía, como mínimo. Jiménez de Rada acudiría a dos de los centros europeos —junto a Chartes o Laón, por ejemplo— de indudable prestigio, ganado por los maestros que ejercían en ellos, en sus escuelas catedralicias, ya desde la primera mitad del siglo XII; a los dos que de manera permanente mostraron un prestigio indiscutible en sus respectivas disciplinas y desarrollaron —con todos los matices y dificultades que se quiera— centros de estudio de carácter universitario.

La estancia de Jiménez de Rada en el Estudio Boloñés, un centro ya reputado pero con una estructura aún muy simple, caracterizado todavía en esas fechas por las relaciones bilaterales maestro-alumno[26], resulta muy interesante, porque se efectúa con anterioridad al despegue de las corporaciones universitarias típicamente boloñesas. Jiménez de Rada fue un «bolonio» de los de primera hora, si se admite el anacronismo, y recibió allí gran parte de su formación jurídica, para seguir a París, donde completaría la teológica y filosófica. No es posible saber por qué a Bolonia, pero cabe comprobar —J. Verger lo ha puesto de manifiesto en estas mismas jornadas— que los principales centros de estudio a donde envían sus élites intelectuales los príncipes de aquellos espacios más precoces en su desarrollo institucional son, precisamente, Bolonia y París[27]. Jiménez de Rada sale de una Navarra en pleno proceso de articulación institucional y política[28], y esta vertiente formativa puede encajar muy bien con este perfil.

relevante en el mundo inglés («A propos de la naissance de l'Univesité de París: contexte social, enjeu politique, portée intellectuelle», en *Les universités françaises au Moyen Age*, Brill, 1995, pp. 1-36 (primera edición en 1986), en concreto p. 26). No hay que olvidar que tanto Sancho el Sabio de Navarra, por un lado, como Alfonso VIII, por el otro, habían negociado o efectuado matrimonios con la corte Plantagenet en la segunda mitad del siglo XII, fijando intercambios de gran interés en este sentido (Vid. E. Ramírez Vaquero, «Reflexiones en torno a la construcción de la realeza en el siglo XII: A propósito de un matrimonio siciliano en la dinastía navarra», Homenaje a Laura Sciascia, Palermo, 2010 [en prensa]).

26. P. Tamburri, «Natio Hispanica», *Juristas y estudiantes españoles en Bolonia antes de la fundación del Colegio de España*, Bolonia, 1999, p. 45.

27. Varios años más tarde —ya se ha señalado la precocidad de Jiménez de Rada—, la comunidad de canónigos regulares de Roncesvalles adquiriría propiedades en Bolonia con el objeto de establecer un hospital. Desde al menos 1268-1269 la encomienda de La Mascarella atendió, entre otros, a los intelectuales navarros que acudían al estudio boloñés (F. Miranda García, *Roncesvalles. Trayectoria patrimonial (siglo XII-XIX),* Pamplona, 1993, p. 95).

28. Este aspecto, situando en el reinado de Sancho el Sabio, sobre todo, pero en realidad en todo el período de la llamada dinastía del Restaurador (1135-1234) resulta de gran interés

La continuación de los estudios en París, aparte de entrar en estos mecanismos formativos antes indicados, puede tener además cierta lógica adicional si su primer maestro fue, como apunta J. Goñi Gaztambide, el obispo de Pamplona Pedro, llamado de París[29], muy próximo al círculo de Sancho VI el Sabio, autor además de un tratado teológico sobre la Trinidad y la Encarnación y, habida cuenta de todo lo anterior, una de las cabezas pensantes, sin duda, del aparato ideológico que desplegó Sancho VI a partir precisamente de los años sesenta del siglo XII. Como ya se ha indicado, también en Navarra podemos hablar de una monarquía fundacional a partir de la llamada «restauración» de 1135, y muy en particular en el círculo del rey Sabio. Conviene observar, por otro lado, que en las fechas en que Rodrigo Jiménez de Rada estudia en París, también se documenta allí, no enseñando si no al servicio de Felipe Augusto, a Lotario de Cremona (1202), uno de los más célebres juristas boloñeses de su tiempo[30] que, en todo caso, no pudo pasar desapercibido para el centro universitario en ciernes y pone de manifiesto, entre otras cosas, evidentes relaciones personales entre ambos focos culturales.

Cabe recordar, respecto a la estancia francesa, que el prestigio parisino venía de varios decenios atrás, en torno a una verdadera «red académica»[31] de indiscutible tradición que en el filo de 1200 va adoptando las formas propias de las sociedades universitarias, un proceso institucional y jurídico cuyo inicio tocó de lleno a Rodrigo Jiménez de Rada.

Rodrigo partiría hacia Italia hacia 1195 y no volvería a la Península hasta 1202 o 1204[32]. Sin embargo, cuando regrese de Francia, como ya se ha indicado, lo hará a Castilla, y de ahí el segundo interrogante antes señalado. Miembro de una familia de nobles al servicio de los reyes de Navarra desde

a la hora de analizar la, también, «refundación» de la realeza navarra, que había quedado despojada de legitimidad con la sucesión de García Ramírez, y que termina el siglo XII con unos perfiles muy distintos en todos los sentidos. Apunta estos aspectos, que luego se han ido desarrollando poco a poco en diversos trabajos, E. RAMÍREZ VAQUERO, «Los resortes del poder en la Navarra bajomedieval (siglos XII.XV)», en *Anuario de Estudios Medievales*, 25/2, 1995, pp. 429-447 y, con un mayor desarrollo en «Reflexiones en torno a la construcción de la realeza», citado en el nota 25.

29. Obispo de Pamplona entre 1167 y 1193. J. GOÑI GAZTAMBIDE, *Historia de los obispos de Pamplona (s. IV-XIII)*, Pamplona, 1979 (vol. I), p. 473.

30. J. VERGER, «A propos», p. 23.

31. J. VERGER, «A propos», pp. 4-5.

32. J. Fernández Valverde, en el estudio introductorio de la edición de Rodrigo Jiménez de Rada, *Historia de los hechos de España*, (Introducción, traducción, notas e índices, J. Fernández), Alianza Ed., Madrid, 1989, p. 17.

principios del siglo XII, con un amplio elenco de tenentes con Sancho el Sabio, y un padre que sirve claramente a Sancho el Fuerte, da la impresión de que con este mismo monarca las relaciones de los Rada con los reyes de Navarra, y en particular después de los reajustes territoriales de 1199-1200, pudieran haber quedado más limitadas y posiblemente la situación fuera quizá poco propicia para su instalación en Pamplona. Jimeno de Rada sigue figurando en el servicio regio, como se ha indicado, pero apenas encontramos otros miembros del linaje y ni siquiera su hijo Bartolomé, hermano de Rodrigo, parece tener una presencia notable[33]. En cambio el horizonte castellano era mucho más atractivo.

Procede comentar, muy sucintamente, qué une a Rodrigo con Castilla. Si por vía paterna Jiménez de Rada pertenecía a un linaje nobiliario navarro, los señores de Rada, por parte de su madre (Eva de Hinojosa) formaba parte, también, de otra familia de considerable peso en la corte castellana. Y si su familia paterna, aún con menor peso bajo el reinado de Sancho el Fuerte, centraba sus patrimonios en la Ribera navarra, hacia Valtierra, Cadreita y Rada, la de su madre controlaba un importante caudal de rentas y tierras en territorio soriano y, en general, en el cuadrante nororiental del reino de Castilla. Es decir, en el extremo colindante con Aragón. Su tío, Martín de Hinojosa, abad del monasterio de Santa María de Huerta (1167-1186), en tierras próximas a Soria y Molina, será además obispo de Sigüenza (1186-1192)[34]. No es casualidad, por tanto, que en 1207 Rodrigo sea designado como obispo de Osma[35], a petición del rey Alfonso VIII. Sería interesante, por otra parte, analizar con más detalle la vinculación de otros nobles afines a las tierras de Molina y Soria con la casa real navarra y con algunos de sus linajes relevantes[36]. Basta señalar quizá, para no alejarnos en exceso del objetivo de estas páginas, que Pedro Manrique, principal señor de la corte de Alfonso VIII, muerto en 1202, había casado en primeras nupcias con Sancha, hija de un segundo matrimonio del propio rey García Ramírez de Navarra con Urraca de Castilla. Su segundogénito, García, había

33. Como ya se ha indicado, sería necesario desarrollar un estudio prosopográfico más intenso, que aquí ha sido necesariamente limitado.

34. G. Martin («Juges». p. 255) considera que quizá Rodrigo pasó con él su infancia (interpretando literalmente la frase de «mater Navarra, nutrix Castelle»), si bien esto contradice la idea de una primera formación en Pamplona, de J. Goñi, señalada más arriba. Detalla los enlaces familiares que se despliegan por este comarca soriana y en el territorio de Molina, C. Estepa Díaz, «Frontera, nobleza», sobre todo pp. 77-79.

35. C. Estepa Díaz, «Frontera, nobleza», pp. 18-20.

36. La obra ya citada de H. Grasotti, por ejemplo, aporta un considerable caudal de información en este sentido.

recibido la mitad del señorío de Molina en 1175[37]. La familia de los Manrique tendrá asimismo una importante vinculación con el monasterio de Huerta, donde era abad el tío de Jiménez de Rada[38]. El futuro arzobispo de Toledo tenía unos lazos familiares muy bien conectados, por tanto, con las esferas más altas de la corte de Alfonso VIII, y con los complejos círculos de poder nobiliario y eclesiástico de la franja nororiental del reino de Castilla.

Y eso nos lleva a otra cuestión relevante. De miembro de uno de los linajes principales del reinado de Sancho el Sabio y de su hijo a, con Sancho el Fuerte, hombre bien situado en la corte de Alfonso VIII, el que acaba de sustraer del rey de Navarra la fidelidad de un amplio espacio territorial, de control esencialmente nobiliario ¿Pudo quedar la familia de Rodrigo Jiménez de Rada peor situada en Navarra —por sus vínculos personales con los Haro o los señores del entorno riojano— a partir de 1200? Cabe resaltar que cuando Jiménez de Rada sale hacia Bolonia en 1195 tenía lugar la grave derrota castellana de Alarcos, y el inicio de hostilidades hacia Castilla por parte de Sancho VII de Navarra. Un análisis en profundidad de ese aspecto requeriría un estudio prosopográfico más preciso, por un lado, y un acercamiento más detallado a las relaciones con los grupos nobiliarios riojano-alaveses, y es evidente que este no es el lugar para ello. Por otra parte, ya se ha visto que el linaje paterno sigue ostentando tenencias y algunas responsabilidades más, con Sancho VII, si bien Bartolomé de Rada, hermano de Jiménez de Rada, no parece tener la misma relevancia que su padre y abuelo, o que otros miembros anteriores del linaje. En la imposibilidad de desarrollar aquí un análisis en detalle de este extremo, sí cabe señalar, al menos, algunos elementos significativos en este sentido.

Por un lado, hay que tener en cuenta que uno de los hermanos de la madre de Rodrigo había emparentado con los Haro[39] en la segunda mitad del siglo XII, es decir, había enlazado con los que luego serán los artífices directos de la lealtad castellana de Álava y Guipúzcoa en el momento del avance de Alfonso VIII en 1199. Esta relación familiar, que en el futuro volve-

37. C. Estepa Díaz, «Frontera, nobleza», pp. 63-65.

38. En un testamento fechado en París el 24 de abril de 1201, Jiménez de Rada estipuló ser enterrado, precisamente, en el monasterio de Huerta (J. Fernández Valverde, Introducción *De Rebus*, pp. 18-25) donde efectivamente sería depositado en el momento de su muerte.

39. Nuño Sánchez, hermano de Eva de Hinojosa y del abad de Huerta, san Martín; en la campaña de Las Navas se indica que el hijo de este Nuño, Martín, es además sobrino de los Haro; véase S. de Moxó, «De la nobleza vieja a la nobleza nueva. La transformación nobiliaria castellana en la baja Edad Media», *Cuadernos de Historia*, III (1969), pp. 1-270, en concreto p. 131.

rá a revitalizarse, no resulta irrelevante en la red de relaciones personales y vínculos de lealtad nobiliaria.

Un elemento adicional resulta de particular interés en relación con esta posibilidad. Cuando Jiménez de Rada, en su *Historia*, quiere mostrar un ejemplo de contrapunto al modelo de «buen rey y buen señor» (que él mismo caracteriza con los rasgos de amabilidad, afabilidad y generosidad, como en el caso de Alfonso VIII), su contraejemplo es precisamente Sancho el Fuerte de Navarra[40], del que indica que había comprometido su tesoro en aumentar tierras en territorio islámico en lugar de mantener en su fidelidad —indirectamente por su avaricia, el pecado contrario a la generosidad— las tierras de Vitoria y otra villas, que había perdido, así, en 1200. Es decir, en su relato, Jiménez de Rada descubre quizá una queja respecto a la actuación del rey de Navarra durante cuyo reinado se instala en Castilla; y la queja se dirige a lo que él considera uno de los valores esenciales de la realeza, la generosidad con los nobles; una generosidad cuya ausencia, en otras partes de su relato, puede legitimar incluso la rebeldía.

Es posible comprobar, como ya se ha reseñado antes, que la rama paterna de la familia siguió al servicio de Sancho el Fuerte, y consta en diversas tenencias al menos hasta los años veinte del siglo XIII. Es decir, el linaje no ha desaparecido de Navarra, ni mucho menos se ha acomodado en Castilla, si bien la sucesión de Jimeno a Bartolomé Jiménez de Rada en 1222 no supondrá una presencia tan relevante en la corte, donde no se le conocen tenencias, por ejemplo, ni servicios particularmente notables en el resto del reinado.

Cabe pensar además, que junto a esta posible queja de Jiménez de Rada respecto a las prioridades de Sancho VII, no había sitio en Navarra en ese momento para un clérigo con su excepcional formación, y en cambio sí podía haberlo en Castilla, con un tío como el futuro San Martín de Huerta, cenobio al que Alfonso VIII apoyó con insistencia. ¿Por qué? Porque en Pamplona Sancho el Fuerte había favorecido en 1205 —fecha en que Jiménez de Rada acababa de volver de París— la designación episcopal de Juan de Tarazona. Conviene tener en cuenta que la sede estaba vacante después de un largo conflicto de su antecesor con Sancho VI el Sabio, y aunque el

40. G. MARTIN, «Noblesse et royauté dans le *De rebus Hispaniae* (livres 4 à 9), en *Rodrigue Jiménez de Rada (Castille, premier moitié du XIIIe siècle): Histoire, Historiographie*, en *Cahiers e Linguistique et de Civilisation Hispaniques Médiévales*, 26, 2003, pp. 101-121, en concreto p. 109. El autor lo llama Sancho VI, pero es sin duda una errata inadvertida porque se refiere claramente a los sucesos de 1200.

cabildo acabaría sublevándose frente al nuevo obispo en 1209, denunciando a Roma que su elección no había sido legítima, estaba claro que la mitra pamplonesa vivía en estos años un ambiente, como mínimo, complicado ante el cual el monarca tenía unas redes bien establecidas[41].

Rodrigo Jiménez de Rada se instala en Castilla, por tanto, donde su familia se mueve con soltura por un territorio de gran permeabilidad, por un lado, y complejidad, por otro. Son las comarcas riojanas y sorianas, hasta la tierra de Molina[42], donde hay que incluir los llamados «señoríos bisagra» de Albarracín y Lara-Molina, ambos vinculados estrechamente a la familia del futuro arzobispo de Toledo. Miguel Muñoz de Hinojosa, abuelo materno de Jiménez de Rada y cuyo solar familiar —Hinojosa— se sitúa entre Gómara y Ágreda, en los rebordes suroccidentales del Moncayo, había recibido de Alfonso VIII de Castilla el señorío de Deza, en la parte oriental de la actual provincia de Soria, prácticamente en los límites de Aragón y no muy lejos de lo que luego sería el monasterio de Santa María de Huerta, enseguida muy vinculado también a la familia[43]. Es decir, por parte de su madre, Jiménez de Rada cuenta con unas bases territoriales importantes en un sector de complicada estructuración política[44]. Tanto en Molina como en Albarracín[45], con el tiempo, el futuro arzobispo de Toledo tendrá un peso señorial muy importante, en el que no es posible entrar en detalle en estas páginas; pero sí merece la pena resaltar el control que puede ejercer en esa franja oriental del reino de Castilla, donde tiene intereses patrimoniales de

41. J. Goñi, *Historia de los obispos*, pp. 533-539. Cabría añadir, abundando en la quizá menor sintonía del rey con la familia Rada, que resulta como mínimo chocante que Sancho VII no retuviese más el nombramiento episcopal, que no hay que olvidar arrastraba una larga contienda y la correspondiente vacancia, cuando tenía a un miembro de uno de sus más relevantes linajes en la fase final de una excepcional formación que era, sin duda —¿estaba pensada para ello?—, digna de un obispado.

42. Sobre la articulación de estos espacios periféricos de la monarquía castellana en este período, vid. A Rodríguez López, *La consolidación territorial de la monarquía feudal castellana*, que dedica un largo apartado a este aspecto.

43. S. de Moxó, «De la nobleza vieja», p. 131.

44. Como pone de manifiesto A. Rodríguez López, *La consolidación territorial*, p. 227. Seguramente la relación de la familia con la casa de Haro tiene algo que ver con estos patrimonios, habida cuenta de la profusión de tenencias en manos de los Haro en las cercanas comarcas de Cameros (pp. 198-208, sobre los señores de Cameros). Años más tarde (1221) el arzobispo de Toledo se convertirá en señor de Molina por donación del señor de Lara, a quien se la devuelve por vía de infeudación (pp. 244-245).

45. Las relaciones de la familia con los Azagra de Albarracín también son relevantes y merecerían una atención más precisa, que aquí es imposible ofrecer; Rodrigo Jiménez de Rada había también infeudado el señorío de Albarracín, en este caso a los Azagra, en 1217 (A. Rodríguez, *La consolidación territorial*, p.252).

tipo personal, a los que luego se añadirán los que le corresponden como arzobispo de Toledo.

Esta circunstancia lo mantiene, además, próximo a Navarra y a Aragón y eso, sumado a su origen paterno, lo situó en posición mediadora entre ambos reinos en más de una ocasión. Cuando se firma en 1207 la paz entre Alfonso VIII y Sancho VII el Fuerte con vistas al ataque a los musulmanes, Rodrigo parece ejercer un papel mediador como consejero del rey de Castilla[46] y, desde esa fecha, accede precisamente a la sede de Osma.

Será quizá la primera, pero no la última ocasión. Rodrigo fue desde entonces consejero y amigo personal de Alfonso VIII, que no sólo lo situó enseguida en la sede toledana, en 1208[47], sino también al frente de la cancillería regia, nada menos. A partir de entonces su papel en la corte resulta esencial, siempre junto al monarca y luego junto a su hija, la reina Berenguela, durante el corto reinado del niño Enrique I. La llegada al trono castellano de Fernando III, el hijo de Berenguela, marca, sin embargo, el momento en que Rodrigo se sitúa de manera más marginal en la Corte, dado que Fernando no depositó en él la misma confianza que había depositado su abuelo[48]. La reunión de las dos coronas, Castilla y León, en 1230 supuso la pérdida de la cancillería, que recayó en Juan de Osma, hombre de confianza del rey[49], y entrañó un desplazamiento evidente de los cen-

46. J. Fernández Valverde, «Introducción», edición de *De rebus,* pp. 11-20.

47. Bula de confirmación de 13 de marzo de 1209, *Ibidem*, p. 20.

48. Frente al planteamiento de que Jiménez de Rada ocupó un lugar central en el gobierno del reino castellano con Fernando III, P. Linehan analiza cómo el rey, que destituye al arzobispo de la cancillería en 1230-31, plantea, más bien, un control directo de la corona sobre la administración de los dos reinos recién ensamblados en esa fecha: P. Linehan, «Don Rodrigo and the government of the kingdom», *Rodrigue Jiménez de Rada (Castille, premier moitié du* XIII*e siècle): Histoire, Historiographie*, en *Cahiers de Linguistique et de Civilisation Hispaniques Médiévales*, 26, 2003, pp. 87-99. Esta perspectiva encaja muy bien con la apreciación, por ejemplo, de que en el uso que Jiménez de Rada hace de la *Crónica latina*, para escribir su crónica, deja de lado la información de la otra en cuanto ésta comienza a relatar los éxitos de Fernando III (F. Bautista, «Escritura cronística e ideología histórica. La *Chronica lartina regnum Castellae*», *e-Spania* (online), 2, 2006, cargado 16.08.2010, consultado 27.09.2010: http://e-spania.revues.org/429, p. 2).

49. Teóricamente de manera temporal, pero lo cierto es que fue definitiva, y ni siquiera a la muerte de Juan de Osma en 1246, Rodrigo puedo recuperarla. P. Linehan sitúa estas circunstancias en el contexto de un movimiento deliberado por parte del monarca, para librarse de la intensa tutela materna y del arzobispo toledano; la primera era más inevitable, pero no la segunda, claro está. En todo caso, el autor deja abierta la opción de que el cambio puede responder a un movimiento generalizado en la Europa del momento, según el cual los reyes tendieron a liberar su gobierno, en la medida de las posibilidades, de cargos hereditarios o vinculados a personas, figuras o linajes (*Ibidem*, p. 95).

tros de interés de la monarquía desde Toledo hacia el norte, a Valladolid o Burgos. O hacia el nuevo horizonte del sur, la Sevilla que se habrá de conquistar hacia finales de la década de los años cuarenta, pero cuya caída se prepara ya desde varios años antes.

Este currículum tan someramente indicado, al que habría que añadir el papel de Jiménez de Rada como potente señor feudal —«a la manera europea», expresaba Hilda Grasotti hace ya bastantes años—, y donde cabría detenerse, entre otras cosas, en su actuación militar durante el avance cristiano hacia el Sur, o en su ardua defensa y ensalzamiento de la primacía toledana en toda la península… este currículum hay que dejarlo ahora un poco de lado. En todo caso, y de ahí el interés en destacar algunos de estos aspectos esenciales, convendrá tenerlo en cuenta para situar el escenario en el que se mueve el arzobispo y los intereses que pueden presidir sus acciones. Hay que considerarlo, por tanto, un escenario necesario e imprescindible que, sin duda, supone varios aspectos merecedores de mayor análisis, para pasar a otros elementos que, en mi opinión, pueden tener un mayor interés desde la perspectiva que nos ocupa en esta Semana, de «construcción» de Europa, de legitimación, de recurso de la Historia como argumentación ideológica y explicación de lo que ha de ser el reino y la monarquía.

El ideario político

Interesa ahora, por tanto, proponer de manera muy ajustada una serie de aspectos que cabría denominar ideológicos, con todas las reservas que el término conlleva, y que resultan relevantes en este arzobispo que es, además, cronista de un reino muy concreto. Relevantes por dos motivos; en primer lugar porque él, como los autores de las otras dos crónicas antes indicadas (la del Tudense y la Crónica Latina) escribe después de un período de más de 75 años sin que en Castilla se escribiera ninguna crónica[50]. Es decir, después de un cierto mutismo[51]. Y escriben, los

50. G. Martin, «Dans l'atelier des faussaires, Luc de Tuy, Rodrigue de Tolède, Alphonse X, Sanche IV: trois exemples de manipulations historiques (León-Castille, xiiie siècle)», en *Cahiers de Linguistique et de Civilisation Hispaniques Médiévales*, 24, 2001, pp. 279-309, en concreto, p. 280.

51. Es cierto que la secuencia cronística altomedieval castellana o leonesa no presenta una frecuencia muy elevada, pero tres generaciones completas de silencio parece un espacio de tiempo ciertamente interesante.

tres, después de la reunión de las coronas de Castilla y León en 1230[52]: luego algo necesitan decir; algo quieren transmitir después de tan largo silencio. Y en segundo lugar porque, de los tres, el arzobispo constituye muy probablemente la fuente esencial de la posterior historia de España de Alfonso X el Sabio, en quien la historiografía tradicionalmente sitúa una serie de concepciones y proyectos que habría que valorar hasta qué punto no proceden en alguna medida de Jiménez de Rada[53]. No todo lo que pensaba Jiménez de Rada pudo interesarle realmente a Alfonso X, como enseguida veremos, pero no faltará quien lo aproveche en su momento, como su hijo el heredero rebelde o los nobles de su entorno. Enseguida veremos por qué[54].

Jiménez de Rada ofrece, como ya se ha avanzado al principio, un rico panorama de análisis desde todos estos puntos de vista y, como también se ha adelantado, no es propósito de este trabajo presentar ninguna novedad en este sentido, después de la abundante y valiosa bibliografía de los autores ya citados y de algunos más. Desde el punto de vista del enfoque concreto de estas jornadas, y teniendo en cuenta los contextos hasta ahora resaltados, querría llamar la atención respecto a tres asuntos que me parecen de particular interés, y de los cuales quizá la única relativa aportación aquí pueda ser el esfuerzo de reflexión combinada y de síntesis. Ahondar en cada uno de ellos podría ser, sin duda, una tarea pendiente para el futuro, enriquecida sin duda por los abundantes trabajos e investigaciones que sobre este período van desarrollándose en los últimos tiempos, desde diversos campos y disciplinas coincidentes y complementarias.

52. Recientemente se ha precisado mejor la cronología de la escritura de la Crónica Latina en tres etapas, entre 1223, antes de la reunión de las coronas, y 1237: I. Fernández Ordóñez, «La composición por etapas de la *Chronica latina regum Castellae* (1223-1237) de Juan de Soria», *e.Spania* (online) 2, 2006 (cargado 02.09.2010, consultado 27.09.2010: http://e-spania.revues.org/283.

53. J. M. Nieto ya indicaba que el arzobispo se adelanta, por ejemplo, al intento alfonsino de «dotar» a su pueblo de una identidad «protonacional», *La monarquía fundacional*, p. 65.

54. Sabemos, por ejemplo, que hacen uso de su crónica, y lo defienden, en la segunda mitad del siglo xiii, no tanto el entorno alfonsino como los nobles que se le rebelan, y finalmente acaban deponiendo al rey Sabio (A. Ward, «Rodrigo Ximénez de Rada: auteur et acteur en Castille à la fin du xiiie siècle», *Rodrigue Jiménez de Rada (Castille, premier moitié du xiiie siècle): Histoire, Historiographie*, en *Cahiers de Linguistique et de Civilisation Hispaniques Médiévales*, 26, 2003, pp. 283-294).

1. *Contexto político. Por qué escribe Jiménez de Rada y con qué objetivo*

Toda historia es historia contemporánea, decía Benedetto Crocce –que era filósofo–, indicando con ello que toda historia sirve para que el pasado legitime nuestra contemporaneidad… aunque quizá la fórmula de Marc Bloch –que era historiador y medievalista– de que miramos al pasado desde cada presente –desde los interrogantes y preocupaciones de nuestra contemporaneidad– resulta más ajustada. Y eso incluye, lógicamente, a Jiménez de Rada y a sus contemporáneos.

En 1230 Fernando III de Castilla recibía, con no pocas tensiones, la corona leonesa y se conformaba una entidad regia renovada, con grandes posibilidades políticas que, sin embargo, había que reforzar y apuntalar desde muy diversos puntos de vista[55]. León es el portador, por decirlo con relativa simpleza, de la herencia visigoda tradicional, pero Castilla constituye el espacio más vital, expansivo y potente desde, quizá, siglo y medio antes. Recién alcanzada la reunificación, abierto un horizonte de expansión hacia el sur mucho más prometedor, y en pleno refuerzo del poder real y de su condición de basamento del «estado», utilizando este término con todas las cautelas posibles[56], se producen discordancias ineludibles en el seno de la corte: en las instituciones que se ensamblan, en las fuerzas políticas. Las hay posiblemente entre el propio rey y su madre, la reina Berenguela[57]. Es Berenguela la que –en primer lugar– encarga una obra de Historia, a Lucas, leonés de San Isidoro y futuro obispo de Tuy (lo será en 1239), que la termina en 1236: Berenguela, la hija de Alfonso VIII, interesada como nadie en el refuerzo del poder regio y en que este recaiga en su hijo Fernando, encarga una obra de Historia a un hombre culto y próximo a la tradición isidoriana, a la vez universalista, visigoda, y por visigoda hispánica[58]. La obra

55. Vid. sobre todo el trabajo antes indicado de J. M. Nieto Soria respecto a la monarquía fundacional de Fernando IIII. También A. Rodríguez López pone de relieve esta singular coyuntura, en relación particularmente con las crónicas coetáneas («Sucesión regia y legitimidad política en Castilla en los siglos XII y XIII. Algunas consideraciones sobre el relato de las crónicas latinas castellano-leonesas», en el volumen *Lucha política. Condena y legitimación en la España medieval,* coord. I. Alfonso, J. Escalona y G. Martin, *Annexes des Cahiers de Linguistique et de Civilisation Hispaniques Médiévales*, 16, 2004.

56. G. Martin, *Dans l'atelier des faussaires*, p. 280.

57. Por ejemplo, A. Rodríguez López, «Sucesión y legitimidad», pp. 25-27. Casi todos los especialistas en este período coinciden en destacar el fuerte carácter de la reina y su férrea y compleja tutela sobre el trono, antes y después de la reunificación de las dos coronas.

58. La fecha de finalización de la crónica, según G. Martin, *Les Juges*, p. 211. P. Henriet se ocupa particularmente del Tudense, de su perfil ideológico y del encargo de Berenguela

encargada quiere ser un *ars regendi*, un espéculo para su hijo, el nuevo rey: de la reina para su hijo. Y como tal espejo de príncipes mostrará una forma de gobernar[59], que veremos enseguida por oposición a otra.

Pero ahora lo que interesa destacar es que el propio Fernando III encarga otra Historia, diez años más tarde, y en este caso al arzobispo de Toledo, Rodrigo Jiménez de Rada, para algunos el claro contrapunto a la redactada por encargo de su madre[60]. ¿Por qué en ese momento? El reino castellano-leonés ya era una clara realidad en los años cuarenta, que había incrementado en un tercio su espacio de control y que tenía frente a sí un poder almohade defensivo y potente al que hace frente. Para G. Martin al rey, en este marco de poderosa expansión meridional, lo mueve la preocupación por mantener y desarrollar la «armadura» monárquica de la realeza, es decir, una vez más volvemos al marco de legitimación de una monarquía que se reconstruye. P. Linehan añade, y el matiz puede tener interés, que este segundo encargo se produce en un contexto de lo que expresa como «fracasos toledanos» —de los proyectos de primacía del arzobispo—, y considera, así, que a Rodrigo, profundamente convencido del papel de Castilla y de la primacía episcopal toledana le encargaron escribir… el libro que quería escribir[61]. Convergen, así, el interés del rey y el de escritor, aunque los motivos no sean exactamente los mismos. Pero el encargo permitió a Jiménez de Rada construir un relato que contraponer al de Lucas de Tuy, el leonés y «anticastellano», anti toledano, si se admite la expresión.

Un encargo de Berenguela para Lucas, uno de Fernando para Rodrigo. El objetivo ya no es un «arte de gobernar», un espejo de príncipes, pero lo acabará siendo también. Porque en el esfuerzo de relatar la historia, y de dar una versión distinta de los mismos hechos, se desliza también, y no inocentemente, un modelo de realeza. Y no es necesariamente, por extraño que pueda parecer, el modelo regio que en principio podía interesar a Fernando III, el rey de Castilla que ha accedido al trono leonés y que, desde Castilla, edifica una realidad conjunta y renovada. Rodrigo, que obviamente dedica su obra al monarca, no lo elogia particularmente, y es, en cambio, un profundo admirador… de la madre, de la reina Bereguela, y sobre todo del abuelo (a quien había servido personalmente), Alfonso VIII

(«*Sanctissima patria*. Points et thèmes communs aux trois œuvres de Lucas de Tuy», en *Cahiers de Linguistique et de Civilisation Hispaniques Médiévales*, 24, 2001, pp. 250-277.

59. G. Martin, *Les Juges*, p. 205.

60. P. Linehan lo considera un encargo específico «frente a» Lucas de Tuy (*History and the Historians of Medieval Spain*, Clarendon press, Oxford, 1993, p. 354).

61. P. Linehan, *History and historians*, p. 344.

de Castilla. Jiménez de Rada, arzobispo de Toledo gracias a Alfonso VIII, no sintonizaba tanto con el propio Fernando III, que, entre otras cosas, lo había retirado del cargo de canciller apenas convertido en rey de ambos reinos en 1230. Fernando III no es su modelo de rey, no encarna las virtudes que él refiere para la realeza –sabiduría, fortaleza, generosidad, justicia– y que sí adjudica a la madre y, sobre todo, ensalza en el abuelo: su modelo en realidad es Alfonso VIII[62]. El modelo de realeza que «construye» Jiménez de Rada es el de Alfonso VIII, a quien dedica una séptima parte de la totalidad de *De Rebus*, y al que se presenta como arquetipo de monarca en movimiento y guerrero, pero justo, sabio y virtuoso. Y Fernando III no aparece como heredero de este perfil, al contrario que su madre, la reina Berenguela[63].

Rodrigo, como Lucas, y como la Crónica latina, escriben en latín, y eso tiene que ver, sobre todo, con los destinatarios de las obras; con para quién escriben, a quiénes interpelan. Por tanto, está claro que no escriben para el público en general, mucho menos para el pueblo llano; escriben para los propios reyes, para la curia –la eclesiástica y la regia–, escriben para los teóricos políticos. El modelo de rey y de reino se propone a quienes están implicados en la articulación política del reino, se expone a la «sociedad política». Ya se había escrito en la Península la primera crónica en romance, el *Liber Regum*, medio siglo antes, pero no en Castilla sino en el contexto de la realeza y la corte navarras –y no cabe distraerse ahora en el porqué, aunque alguna referencia se hará más adelante. Pero en la corte castellano-leonesa se escribe ahora para interlocutores muy concretos, los que están reestructurando la realeza, reformulando su engranaje. Esa legalidad «dudosa» –sobre todo ante la sucesión leonesa– de Fernando III obligaba a una refundación del poder regio y a que este se hiciera evidente en muy diversas manifestaciones, como ya se ha destacado en las líneas precedentes.

Por tanto, el contexto de la obra de Jiménez de Rada es esencialmente ese, el de un encargo regio que forma parte del aparato ideológico de construcción de la realeza, dirigido a las élites intelectuales del reino, que quizá puede confrontarse a otras posibles propuestas. Pero está claro, en todo caso, que la obra no sale del entorno cortesano propio del rey, de «sus talleres» (cosa que medio siglo más tarde sí hará Alfonso X); no está dirigido

62. A. Rodríguez López, «*De rebus Hispaniae* frente a la Crónica latina«, p. 137.

63. A. Arizaleta, «*Ut lector agnosceret*: discurso y recepción en la obra de Rodrigo Jiménez de Rada (primera mitad del siglo xiii)», *Rodrigue Jiménez de Rada (Castille, premier moitié du xiiie siècle): Histoire, Historiographie*, en *Cahiers de Linguistique et de Civilisation Hispaniques Médiévales*, 26, 2003, pp. 163-186, en concreto pp. 169-170.

hasta ese extremo. Sale de un erudito de primera fila, el más prestigioso y de mayor solidez jurídica y teológica —seguramente—, fruto de una poderosa formación legal romanista, y teológica, y de origen «genético» —por decirlo de alguna manera— navarro. Ninguno de esos rasgos es superfluo o anecdótico, ni siquiera el último, porque su vinculación a la corte navarra y a los círculos cultos navarros tiene un enorme interés si pensamos que también allí hay que situarse en un período de reconstrucción regia —el final del siglo XII e inicios del XIII todavía lo son— y, sobre todo —con la anunciada sucesión francesa en Pamplona, que se produciría en 1234— de reformulación de la realeza y de sus compromisos con la sociedad política navarra, sus élites nobles y burguesas. Estos aspectos merecerían un desarrollo mucho más amplio del que cabe aportar aquí, donde el tema de atención preferente es otro, pero resultan imprescindibles como marco de reflexión.

2. *El título de la obra: los hechos de España*

La gran obra de Jiménez de Rada —fue su primera obra de historia, además, las restantes se escribieron después— se llama *De rebus Hispaniae*: «de los hechos de España». A primera vista, por tanto, una historia de *España*, lo cual no deja de tener interés en sí mismo; desde San Isidoro no había crónicas con un referente tan específico a Hispania. La Crónica Latina lo era «de los reyes de Castilla», la de Lucas de Tuy se llamaba el *Chronicon Mundi*, una historia universal en principio, aunque fuera para recalar en León y Castilla. ¿En qué piensa, o qué refleja, Jiménez de Rada cuando propone «los hechos de *España*»? ¿Cuál es *su* España?

Jiménez de Rada empieza su relato por la historia de los santos, introduce luego el tema de la historia de los pueblos, y de las Españas, en plural (porque son las tres Españas «visigodas»: la norteafricana, la peninsular y la ultrapirenaica), para recalar en lo que le interesa, que es la historia de Castilla[64]. Castilla es uno de los dos aspectos de máximo interés para Rodrigo (el otro es Toledo). Desde el punto de vista historiográfico, Jiménez de Rada es el «inventor» de Castilla[65], y Castilla identifica la «patria» para

64. G. Martin, *Les Juges*, p. 260.

65. G. Martin, «La invención de Castilla (Rodrigo Jiménez de Rada, *Historia de rebus Hispaniae*, V) Identidad patria y mentalidades políticas», publ. en internet; referencia del texto: halshs-001132284, versión1-12.11.2006, consultado 23.06.2010, 16pp.

Jiménez de Rada. Patria en su sentido más intenso, «la tierra de los padres», hacia la que se tiene un amor «natural»[66]; es el territorio condal castellano opuesto políticamente a Asturias y religiosamente a los árabes. I. Fernández Ordóñez[67] ha resaltado cómo, en los títulos de los capítulos de la obra del Toledano (que es la verdadera articulación de la obra, enmascarada por la división en libros, organizada en el siglo XVI y con criterios del siglo XVI), el nombre Castilla consta tantas veces como Hispania: exactamente once. León aparece otras once. Jiménez de Rada también habla de «patria» para referirse a Hispania, pero la mayor parte de las veces su referente es Castilla[68], del mismo modo que para Lucas de Tuy la patria es, sobre todo, León[69].

De los «hechos» de España, pero sobre todo son los «hechos» de Castilla, y más concretamente de Toledo. Es el contrapunto a Lucas de Tuy, cuya historia universal es sobre todo una historia... de León, incluido el elogio de Hispania que la inicia[70]. Jiménez de Rada tiene interés en justificar la primacía toledana, de la sede toledana, sobre todo en los años cuarenta del siglo XIII en los que escribe, cuando se vislumbra ya la conquista de Sevilla, la sede del propio San Isidoro, exaltada por Lucas de Tuy desde León. Toledo, cabeza del reino visigodo, es para Rodrigo la *caput tocius Yspanie*; no en balde se ha considerado que la línea ideológica de Rada es la isidoriana, de tradición visigótica; Toledo es cabeza del reino visigodo, y ese reino es mucho más extenso que la península geográfica, y por tanto cabeza de Hispania[71]. Rodrigo escribe, así, legitimando la preeminencia de Castilla —que reina sobre Toledo— por encima de la de León, y como tal revisa la versión de Lucas, oponiendo otras informaciones, explicando de otra manera, re-

66. G. Martin, *Les Juges*, p. 284.

67. I. Fernández Ordóñez, «La técnica historiográfica del Toledano. Procedimientos de organización del relato», en *Rodrigue Jiménez de Rada (Castille, premier moitié du XIIIe siècle): Histoire, Historiographie* (*Cahiers de Linguistique et de Civilisation Hispaniques Médiévales*, 26, 2003), pp. 187-221, sobre todo pp. 208-209.

68. G. Martin, «La invención de Castilla», p. 11.

69. P. Henriet, *Sanctissima patria*, p. 251.

70. P. Henriet explica ese elogio como claro deudor del laudo de San Isidoro de Sevilla, para recalar en el elogio de la patria leonesa, que lo es porque la patria es, sobre todo, la santa, la cristiana, y León es la sede de reliquias excelsas, de hombres ilustres por santos (*Sanctissima patria*, pp. 258-260).

71. P. Linehan, *History and historians*, pp. 276-277 y L. Funes, «Elementos para una poética del relato histórico», en *Poétique de la chronique. L'écriture des textes historiographiques au Moyen Age (péninsule ibérique et France*), Méridiennes, Toulouse, 2008, pp. 241-273., en concreto p. 244.

saltando otros aspectos, silenciando algunos[72]. Y este último aspecto reviste un gran interés; no sólo el relato se puede organizar de otra manera, si no que cabe privilegiar una información frente a otra, e incluso reconducir los datos, ¿corregir errores quizá?, ¿proponer versiones diferentes con o sin denunciar explícitamente otras? Siempre que proceda reflexionar sobre las posibilidades de manipulación de la Historia, será interesante valorar estos y otros recursos historiográficos, tanto si nos situamos en el siglo XIII como si volvemos al XXI[73].

Pero la técnica narrativa del toledano hace, además, que su historia de Castilla tenga un perfil distinto a las otras de esa primera mitad del siglo XIII, la de Lucas y la *Crónica latina*. En la narración de la historia de su «patria castellana», el orden cronológico esencial intercala al menos otros dos criterios de exposición[74]: por un lado la introducción de microhistorias que aclaran el relato principal, y por otro lado (y este es el que me interesa destacar) la atención hacia espacios anejos, en la medida en que «entran» en la genealogía de los reyes de Castilla en un momento dado: es decir, Navarra (sobre todo), Portugal, Aragón o el espacio almohade. Se rompe la secuencia cronológica, pero no importa, porque lo que interesa es dar razón de algo, aclarar, completar el relato. Y para eso, con frecuencia, la historia de Castilla tiene que mirar hacia la de sus vecinos.

Se puede pensar que Jiménez de Rada se ocupa de Navarra porque él es navarro, pero no se trata de eso, la razón es mucho más interesante. En el relato central castellano se detiene la narración en determinados momentos para realizar excursos, digresiones largas, relativas a las dinastías que enlazan con Castilla. La monarquía castellano-leonesa, que es el objeto

72. Sobre la creación de la memoria histórica la historiografía reciente cuenta con numerosas aportaciones; parece oportuno recordar al menos dos obras colectivas recientes, fruto de un equipo de investigación una, de un coloquio de especialistas la otra, con diversas, y todas sugerentes, aproximaciones a esta cuestión, en el marco del período medieval e, incluso, próximo a los espacios que aquí interesan: *Memoria e Historia. Utilización política en la Corona de Castilla a final de la Edad Media*, ya señalada más arriba, y publicada este mismo 2010, y *Memoria, mito y realidad en la Historia Medieval* (XIII Semana de Estudios Medievales de Nájera, 2002), coord. J. I. de la Iglesia, Logroño, 2003.

73. Resultan de particular interés las reflexiones de Á. Sesma Muñoz, centradas además en el período medieval, sobre la «confección» de la historia («La creación de la memoria histórica. Una selección interesada del pasado», en *Memoria, mito y realidad en la Historia medieval*, ya citado, pp. 13-32.

74. J. M. Stéphanie, «*L'Historia de rebus Hispaniae*, de Rodrigue Jiménez de Rada: éléments d'une Poétique», en *Poétique de la Chronique. L'écriture des textes historiographiques au Moyen Age (peninsule ibérique et France),* éd. A. Arizaleta, Toulouse, 2008, pp. 135-152, en concreto p. 146.

de su obra, se sitúa así en una perspectiva pan-hispánica, con un concepto de Hispania amplio, el del reino visigodo antes indicado del que Castilla se hace heredera porque Jiménez de Rada considera que la rama leonesa agotó esa herencia; y estos excursos —necesarios para entender el desarrollo central, que es Castilla— llevan al lector a los espacios que en determinados momentos tienen que ver con Castilla[75].

Los reyes de Pamplona, por ejemplo, son el eje central de su relato para el período del primer tercio del siglo XI; Castilla se presenta ahí como parte de del reino de Pamplona: y en Castilla se perpetúa luego el linaje regio, con Fernando I (el hijo de Sancho III el Mayor). Nunca el dominio navarro había sido tratado así, con ese peso, en el relato histórico. Pero es que Jiménez de Rada lo necesita así; el recurso que utiliza para legitimar la realeza *castellana*, el prestigio castellano —es decir, la reescritura de la llamada leyenda de los jueces, que con tanto detalle ha analizado G. Martin, surgida en el contexto de la monarquía *navarra* del siglo XII para justificar la realeza de la dinastía del Restaurador[76]—, ese recurso obliga a prestar a Navarra una atención singular. El mismo expediente sirve para ambas realezas y su origen es navarro. Se justifica ahí un mismo tronco.

Pero además, Castilla es quien había recuperado Toledo, la sede episcopal que Jiménez de Rada refuerza en todos los sentidos posibles, incluido el mili-

75. I. Fernandéz Ordóñez, «De la historiografía fernandina a la alfonsí», *Alcanate*, III (2002-2003), pp. 93-133., (el trabajo se ha consultado en su versión electrónica, que lleva otra paginación, en www.uam.es/personal_pdi/filoyletras/ifo/publicaciones/11_a.pdf p. 11); también ella misma abunda sobre esta cuestión en «La técnica historiográfica», pp. 195-196.

76. Las conclusiones de G. Martin en relación con la leyenda son bien conocidas, y sin duda de un gran interés, en el marco de un conjunto de textos del tránsito al siglo XII y principios del XIII. Él se centra sobre todo en el *Liber Regum* y habría que añadir el propio Fuero General de Navarra, ambos redactados en ámbito navarro. El primero —explica G. Martin— es un relato político-genealógico del linaje de García Ramírez el Restaurador, y en él se genera la idea de una «judicatura soberana» de Castilla, independiente de León, desde el siglo VIII porque —según el relato del primero— el territorio había quedado desprovisto de rey —y el linaje de Pelayo extinguido— a la muerte de Alfonso II. Se presenta así la emergencia de una autoridad política castellana de igual rango que la regia, destacándose su función judicial. Es un relato que interesa a Navarra —donde se construye— porque de los dos jueves elegidos derivarán dos linajes, de uno descenderá Alfonso VII, el emperador, y del otro el Cid, el abuelo del rey Sancho VI de Navarra (*Les juges*, sobre todo pp. 82-200). La realeza castellana y la navarra se hacen derivar, por tanto, de un mismo tronco legitimador, necesario para la construcción ideológica de la realeza navarra en la segunda mitad del siglo XII. Más recientemente, G. Le Morvan ha analizado otro elemento legitimador más, ambas realezas, y relacionado también con el *Liber*, la opción expresada por las «gentes de la tierra», tanto en la elección del Restaurador como en los antecesores del rey de Castilla, frente a León («Le concept de «tierra» espagnole et le néo-wisigothisme dans le *Liber Regum*», *e-Spania* (online), 9, 2010 (en la red: 30.06.201, consultado 27.09.2010: http://e-spania.revues.org/19830).

tar, el defensivo, el suntuario, aparte de los evidentes de la dialéctica jurídica. En el que querría seguramente que se instalase la corte, sobre todo cuando se prevé el control de todo el Guadalquivir, cosa que Fernando III no hizo.

¿Cabe considerar que en torno a la primacía toledana se construye en el siglo XIII esa idea nacional, hispánica? Parece lógico; P. Linehan llamó a Toledo el «Saint Denis» de Jiménez de Rada[77], porque se trata de una idea, la de la construcción política hispánica, que como la idea de la «patria», va íntimamente ligada a la concepción religiosa[78]. Esta última percepción permite introducir quizá otro elemento adicional de gran relevancia, el pontificado, representante máximo de la cristiandad que, en el siglo XIII tiene además una particular relevancia temporal. Resulta interesante hacer notar, así, que si hasta 1148-1149 la cancillería pontificia llamaba al rey de Castilla *Hispaniarum rex*, desde entonces sólo pasa a llamarlo *Castellanorum rex*[79], lo cual merece una reflexión, puesto que el pontífice no recurre a unos u otros apelativos de manera casual, y en esas fechas hay que recordar que todavía vive Alfonso VII, rey de Castilla *y* León (hasta 1157).

Hay que pensar quizá que, para la percepción pontificia, el panorama de las monarquías peninsulares mostraba ya desde el final de la década de los años treinta y la década de los años cuarenta del siglo XII unos perfiles cambiantes que recomendaban, como mínimo, cierta cautela por su parte. Hasta 1157 no morirá, ciertamente, el *imperator* Alfonso VII, como se ha indicado, teórico señor —además— de otros vasallos vecinos, entre ellos Navarra, pero es evidente que el panorama jurídico de su preeminencia peninsular había empezado a cambiar desde bastante antes de su muerte. La «vacilación» pontificia es un indicio más en este sentido; el pontificado es muy consciente de los contenidos jurídicos de cada título, no los utiliza de manera irreflexiva y ello obliga a analizar mínimamente la cuestión.

En 1134 había muerto Alfonso el Batallador, rey de Pamplona y Aragón, y en ambos espacios se habían iniciado sendas andaduras regias marcadas (de maneras diversas, es cierto), por la ilegitimidad. Ambas se ven abocadas, por tanto, a iniciar un proceso de recuperación de esa legitimidad, que para el caso navarro fue largo y laborioso[80]. Habría que analizar con detenimiento

77. *History and historians*, pp. 276-277.

78. P. Henriet, «*Sanctissima patria*».

79. P. Linehan, *History and historians*, p. 288.

80. Hace ya bastantes años que Á. J. Martín Duque sentó las bases del análisis de ese proceso a través de al menos dos trabajos donde —sobre todo en uno de ellos— no se trasluce en el título la relevancia de sus aportaciones en este sentido: «La restauración de la monarquía navarra y las órdenes militares (1134-1194)», *Anuario de Estudios Medievales*, 11, 1981, pp.

el proceso de reconocimiento de la realeza aragonesa por parte del pontificado, después de la dudosa sucesión de Alfonso I, pero el proceso navarro, sin duda, resulta de gran interés en este contexto. La dinastía del Restaurador inició en 1135 un largo y afanoso proyecto de «refundación» en todos los sentidos, también el de reconstrucción histórica, como se deduce por los estudios de G. Martin respecto a la leyenda de los jueces antes indicada (a través del *Liber Regum*). Durante este proceso, donde hay que tener en cuenta aspectos militares y políticos, pero sobre todo ideológicos y de redefinición interna de la realeza y del reino, es sin duda el de Sancho el Sabio (1150-1194) el reinado esencial, con un hito relevante en 1162. La aparición en esa fecha de un título de contenido territorial —rey de *Navarra*— es fruto y a la vez catalizador de todo un replanteamiento de la monarquía, de sus resortes de gestión y de sus lazos externos, dando un paso definitivo a la «construcción» que ya había puesto en marcha García Ramírez, un rey ciertamente «elegido» por las gentes de la «tierra» y que va ensayando ya el uso del corónimo «Navarra». El reconocimiento de esta realeza por parte del pontificado en 1196, cuando por fin accede a dirigirse al navarro como *rex Navarre*, recién inaugurado el reinado de Sancho el Fuerte es, en realidad, la flamante cosecha de una larga y laboriosa etapa constructiva cuyos cimientos se asentaron con García Ramírez y se apuntalaron con Sancho el Sabio.

Pero al otro extremo de la Península está Portugal. En los años cuarenta del siglo XII (es decir, en vida de Alfonso VII) también Portugal había iniciado un «despegue» regio, en este caso con otros contextos muy distintos que no procede explicar aquí. Pero desde 1140 Alfonso Enriques se intitula a sí mismo como rey de Portugal, aunque el papa, como en el caso de Navarra, tardará mucho todavía en reconocer ese título. En el caso portugués no lo hará, no se dirigirá al monarca portugués como *rex,* hasta 1179[81].

59-71, y «Sancho VI de Navarra y el fuero de Vitoria», *Vitoria en la Edad Media* (Actas I Congr. de Estudios Históricos, Vitoria), 1982, pp. 283-295. Posteriormente E. Ramírez Vaquero ha trabajado en la idea de un proyecto político «familiar», de legitimación y reorganización de la realeza, sobre el que todavía caben muchas precisiones y a la que estas líneas sobre Jiménez de Rada, considero ahora, pueden aportar interesantes elementos («Los resortes del poder» y, más recientemente, y todavía en prensa, «Reflexiones en torno a la construcción de la realeza en el siglo XII», ya citados). Casi cuando estas páginas van a la imprenta, he tenido acceso a un recientísimo e interesantísimo trabajo que incide precisamente en cómo en el entorno de los descendientes de García el Restaurador se desarrolla una ideología —transmitida a través del *Liber Regum*— legitimadora de la realeza basada en el concepto de *tierra*, como espacio geopolitico, con la gente que la ocupa, cuya capacidad de elección legitima el poder regio salido de esa decisión (G. Le Morvan, «Le concept de «tierra» espagnole», ya citado).

81. P. Linehan considera que papa lo llama rey en 1140, pero en realidad es la cancillería portuguesa la que lo hace. Para el proceso portugués, confrontado en concreto con el navarro,

Pero lo que interesa destacar con estas miradas hacia la legitimación de otras realezas vecinas, y retomando la idea planteada más arriba, es que en la segunda mitad del siglo XII nos situamos en una fase de indudable reformulación regia a escala peninsular, al hilo, quizá, de la consolidación de al menos dos realezas que reclaman un reconocimiento expreso, una por nueva, la portuguesa, y la otra por «replanteada», la navarra. Y aún habría que analizar la naciente Corona de Aragón, que todavía se está fraguando en los años cuarenta del siglo XII. Pero todo ello reclama una reflexión en la castellano-leonesa, claro. Y en el pontificado, que observa desde no tan lejos. En ese proceso, y desde 1180 (al año siguiente del reconocimiento pontificio de Portugal), Alfonso VIII promovería para sí mismo una intitulación totalmente nueva que nos concreta P. Linehan[82]: «*rex Christianitas*». Es decir, ni rey de Castilla, ni de Hispania, sino de «la Cristiandad»: la verdadera «patria» en la concepción de Graciano, que recientemente ha analizado P. Henriet, como ya se ha indicado en notas anteriores. Castilla es el hábitat de la Cristiandad.

Esta idea de Cristiandad refuerza, sin duda, el proyecto de Jiménez de Rada respecto a Toledo[83], y no hay que olvidar que su modelo de rey es precisamente este monarca, Alfonso VIII. No hay que olvidar tampoco que la conquista de Sevilla, la sede de San Isidoro, en ciernes cuando Jiménez de Rada escribe su crónica de los hechos de España, puede hacer peligrar esa primacía que, en todo caso, estaba en entredicho por diverso tipo de motivos a mediados del siglo XIII. El avance catalano-aragonés hacia el sur, ya sobre Valencia, y la adscripción de las nuevas sedes a Tarragona resultaba otro motivo de queja para el toledano, ajeno en este caso a la realeza castellana o leonesa.

Volviendo al argumento de las reformulaciones regias, cabe plantear, quizá, que poco antes de la mitad del siglo XIII, y en este peculiar escenario que a grandes trazos se pretende mostrar aquí, con cuatro monarquías claramente reconocidas, se produce en el reino de Castilla y León una reflexión sobre la identidad histórica propia, en el entorno mismo del rey, Fernando III, y/o en el de su madre, Berenguela. Varios autores han contrapuesto, por ejemplo, las distintas formas de proponer la «patria» castellana, leonesa o hispánica de las tres crónicas de este período[84]. Esta percepción,

vid. J. GALLEGO GALLEGO y E. RAMÍREZ VAQUERO, «Rey de Navarra, rey de Portugal, títulos en cuestión (s. XII)», en *Príncipe de Viana*, 48, 1987, pp. 115-120.

82. *History and Historans*, pp. 292-293.

83. P. LINEHAN, *History and Historans* p. 323.

84. La bibliografía reseñada en estas páginas da buena cuenta de ellos, y aún cabría ampliar el elenco.

sumada a otros aspectos propios del momento, podría contribuir a establecer el panorama ideológico en que, en definitiva, se preparó la monumental construcción legislativa y doctrinal de Alfonso X, ya entrada la segunda mitad del siglo XIII.

Habría desde luego muchos aspectos que considerar en ello: por ejemplo, valorar si el proyecto de Jiménez de Rada y el de Alfonso X son distintos; para algunos los son, recordando que el modelo hispánico de Alfonso X no es el hispanogodo, su Hispania no son las tres «Españas» de Rada, sino solamente *la* peninsular[85]. Pero, aunque exista una variedad de conceptos, los instrumentos y formas pueden ser semejantes. Habría que pensar, quizá, si lo que interesó luego a Alfonso X no fue una reformulación de la idea, no tan alejada de sus propios horizontes. Cabe detenerse, por otro lado, en cómo, en el proyecto de refundación de Fernando III, se lidia con elementos relacionados con la idea de reino como «comunidad histórica» relacionada con la patria hispánica[86], que asienta sus fundamentos en el proceso de recreación histórica. Desde cualquiera de las posibles opciones hay un recurso a la Historia para legitimar la idea de identidad; y en cualquiera de los dos, independientemente de la idea de Hispania que manejan uno u otro, está claro que Jiménez de Rada teje unos mimbres que el taller de Alfonso X supo aprovechar con evidente interés y ventaja, sobre todo si consideramos que en torno a la primacía toledana que tanto le interesó a Rada, se construye una idea nacional, que acabará concretada en la Península.

3. *Percepción del estamento nobiliario y modelo de monarquía*

Jiménez de Rada pertenece a la alta nobleza navarra y a la castellana, y como obispo de Toledo es además un gran señor en el sentido más aristocrático del término, si se permite la expresión. Estos rasgos lo sitúan en un estamento muy concreto, como es obvio, próximo de un modo u otro al poder regio, a los círculos políticos y a las esferas de decisión; su percepción de la realidad política no puede ser ajena a su condición personal. El ideal de la realeza del arzobispo de Toledo, que además lleva a sus espaldas una cuidadosa formación jurídica de tradición boloñesa —y por tanto romana—, no puede ser de otro modo que… compleja.

85. Para I. Fernández Ordóñez son proyectos distintos, «De la historiografía fernandina a la alfonsí», p. 11.

86. J. M. Nieto Soria, «La monarquía fundacional», p. 61.

Y sobre esta cuestión Jiménez de Rada escribe una vez más frente a Lucas de Tuy. En el Tudense la nobleza queda retratada como un elemento perturbador, ávido de poder y acosador de la realeza[87]; si bien conviene recordar que escribe en un reinado, el de Fernando III, que en sí mismo había implicado una agitación nobiliaria constante[88]. Pero esto tiene gran relevancia, porque hablar de la nobleza en ese momento, o adjudicarle un papel concreto, envuelve una visión determinada de la vida política, de los escenarios del poder, y de la propia monarquía.

Jiménez de Rada, que en su Historia trae del *Liber Regum* la leyenda de los jueces, hace emerger la realeza castellana de la unión armoniosa de un linaje con el orden militar (es decir, el nobiliario). Es decir, todo lo contrario de una realeza que se impone —o necesita imponerse— frente una nobleza tiránica, como quería Lucas de Tuy[89]. Parece lógico, por tanto, considerar que el Toledano no puede tener otro modelo de monarquía que no sea el contractual, con todas las cautelas que el término requiere. El paradigma es, por tanto, el del pacto o el contrato, la armonía esencial entre dos elementos nucleares que necesariamente tienen que trabajar juntos. Por una parte está la realeza, para la cual destaca una serie de virtudes esenciales: la benignidad, la justicia y la largueza, es decir, la generosidad. Por la otra parte está la nobleza, para la cual destaca una virtud imprescindible: la fidelidad. Rey y nobles están vinculados, así, por este lazo recíproco, «principio determinante de la suerte de los reyes y de los reinos», dice Jiménez de Rada literalmente. Si falla la fidelidad sobreviene el desastre, pero la infidelidad puede desencadenarse frente a una falta de avaricia, que es el pecado opuesto a la generosidad[90]. Es una visión ciertamente peligrosa. Cabe recordar, en este sentido, que Jiménez de Rada presenta a Sancho el Fuerte como un rey avaricioso, que por ese motivo perdió la fidelidad de algunos de sus nobles. Si tenemos en cuenta que entre 1199-1200 el señor de Haro y sus vasallos y leales optaron por la fidelidad castellana desligando del rey de Navarra las tierras de Álava y Guipúzcoa, hay que pensar que en esa avaricia que se achaca a Sancho VII hay, por parte del Toledano, algo más que una mera valoración ocasional.

Ahora bien, hay un matiz que resulta de particular interés y que, aunque ha sido puesto de manifiesto por diversos autores, aún cabe añadir

87. La bibliografía es abundante respecto a este planteamiento; lo sintetizan particularmente: I. Fernández Ordóñez, «Presentación», en *Alfonso X el Sabio y las crónicas de España*, Universidad de Valladolid, 2000, sobre todo p. 25, y G. Martin, *Les juges*, p. 230.

88. A. Rodríguez López, *La consolidación territorial*, p. 250.

89. G. Martin, *Les juges*, p. 293.

90. G. Martin, *Les Juges*, pp. 267-268.

algunas consideraciones de interés. En esa fidelidad nobiliaria el jurista que también es Jiménez de Rada distingue dos aspectos esenciales, dos tipos de fidelidad que con frecuencia entran en conflicto y ponen al noble ante disyuntivas complicadas[91]: la fidelidad natural –*fidelitas naturalis domini*– (y el adjetivo es importante), innata, debida al señor por todos los naturales suyos: la que por naturaleza le corresponde. Y la fidelidad adquirida, la ritual, feudo-vasallática. Pueden entrar en conflicto, como se ha indicado, pero en la combinación de ambas, como engranaje central del sistema feudal, se sustenta la concepción regia de Jiménez de Rada. Y esta combinación es muy interesante.

Lejos de proponer una idea de monarquía «feudal», sustentada por los vínculos feudovasalláticos, la preeminencia regia se presenta asentada sobre el «dominio natural» y, como él mismo explica y justifica en más de un caso en su relato, en caso de conflicto entre ambas, prima siempre el dominio natural. Pero Jiménez de Rada es el primero que en la historiografía hispánica utiliza esta terminología relacionada con la «naturaleza» de los hombres de manera tan detallada, según indica G. Martin[92]. Todas las referencias explícitas a la fidelidad nobiliaria en la crónica del Toledano se hacen en relación con la autoridad inherente al «dominio natural»; Jiménez de Rada es un claro defensor del principio del señorío natural sobre el que reposa, en el siglo XIII, el refuerzo del poder regio y las primicias doctrinales del «estado» en Castilla. Se trata de una concepción política según la cual los hombres nacen o viven en un territorio donde deben «amor», «obediencia» y «respeto» hacia el señor que legítimamente lo gobierna, como dirán luego *Las Partidas*, donde el concepto hallará su plena definición jurídica[93]. Pero enseguida veremos que hay otro texto jurídico

91. G. Martin, *Les Juges*, pp. 262-263.

92. Con la salvedad de la *Historia Compostelana*, pero sus autores son franceses (G. Martin, *Les juges*, p. 266). P. Linehan también habla de la «naturaleza», situando en Alfonso X su expresión formal (*History and historians*, p. 283). En un trabajo más reciente, G. Martin («Le concept de «naturalité» (naturaleza) dans les *Sept parties*, d'Alphonse X le Sage», e-Spania (online), 5, 2008 (cargado 26.05.2010; consultado 27.09.2010: http://e-spania.revues.org/10753) hace un repaso más detallado del uso del término en Castilla y en Aragón, donde resalta que no en todos los casos el vocablo se refiere al mismo *concepto*, vinculado a una noción de pertenencia y vínculo *al territorio en que se nace*, como ocurre en *Las Partidas*. Detalla ahí (nota 10 y luego pp. 4-6) que el término ya consta en el tratado de Cabreros (1206), pero para el contexto cronístico hay que ir al *Llibre des fets* de Jaime I (1245-1276), si bien el «señor natural» también aparece en el poema del *Mío Cid* (que fecha hacia 1200), en la *Cronica de regum Castellae* de Juan de Osma y en Jiménez de Rada, además de en los *Fors de Aragón* (1247?). Antes de ellos en la *Crónica Compostelana*, como se ha indicado, y en la *Chronica Adefonsi Imparatoris* (1149).

93. G. Martin, «Noblesse et royauté», pp. 113-114.

que en este período –y seguramente antes que Jiménez de Rada, o puede que al mismo tiempo– se refiere a estos conceptos en un sentido muy parecido, si no igual. Nobleza y realeza, expresadas en base contractual por tanto, arropadas por la «naturaleza debida», se presentan con frecuencia, en Jiménez de Rada, en clave de «ética política». Es decir, el «buen vasallo» requiere un «buen señor», parafraseando el conocido Cantar[94]. Cabría reescribir, así, que un «buen noble» reclama un «buen rey», que para Jiménez de Rada es sin duda Alfonso VIII, el «rey de nobleza». El discurso del Toledano ensambló así el discurso regio y el nobiliario, como ya puso de manifiesto A. Arizaleta[95], y quizá por esa razón suscitó un enorme interés más tarde, en los círculos nobiliarios del reinado de Alfonso X el Sabio, por ejemplo, cuyo modelo regio es, desde luego, muy distinto. Jiménez de Rada no escribe solamente para la realeza, sus coordenadas políticas son de interés para la aristocracia, que rodea al «buen rey»[96].

Pero interesa volver a la idea de la naturaleza y del vasallaje natural, que es donde cabe ampliar un poco la reflexión, como se acaba de avanzar más arriba. Hay que recordar, volviendo hacia el entorno navarro de Jiménez de Rada, la elevada posición de su linaje en el reinado de Sancho VI el Sabio, el rey que, como antes se ha resaltado, desarrolla toda una reconstrucción regia, de carácter legitimador, cuyas bases había iniciado su padre. Sancho VI de Navarra, que además es tío de Alfonso VIII, el modelo de Jiménez de Rada[97].

Parece bastante claro, a estas alturas, que una pieza importante de esa reconstrucción navarra de su propia realeza es, sin duda, esa crónica justificativa en lengua romance, el *Liber Regum*, redactado en la plenitud de su reinado[98], donde, entre otras cosas, se legitima la realeza castellana, para en

94. Ya se ha indicado que el poema del Mío Cid, escrito hacia 1200, también alude abundantemente al «dominio natural» (*Ibidem*, pp. 114-115, y nota 90, más arriba).

95. *«Ut lector»* p. 176, con ejemplos concretos.

96. A. Arizaleta, que también pone de relieve otros relatos nobiliarios del período, en el contexto precisamente del linaje de Haro, plantea además que la puesta por escrito de la ideas nobiliarias no será un fenómeno finisecular en el siglo XIII, sino que arranca de la escritura de diversas «Historias» de nobleza, a las que Jiménez de Rada dio cauce en la década de los años cuarenta, en su crónica («Ut lector», pp. 177 y 180-181).

97. Lo era por partida doble: Alfonso VIII es hijo de Sancho III de Castilla y de Blanca, hermana de Sancho VI de Navarra. Pero al mismo tiempo, Sancho VI había casado con Sancha de Castilla (también hija de Alfonso VII y hermana de Sancho III); es decir, hermano y hermana casados con hermana y hermano.

98. G. Martin refiere las distintas propuestas de datación del *Liber*, que se movían entre 1194 y 2011 y propone, después de analizar una posible versión anterior al Cronicón Villarense, que fue redactado entre 1157 y 1194, en pleno reinado de Sancho VI (*Les Juges*, pp. 28-29 y

ese mismo tronco legitimar la navarra. La leyenda de los jueces de Castilla, cuya síntesis se ha explicado más arriba, es una historia de responsabilidad nobiliaria, en la que los castellanos —textualmente— «acordaron que eligiesen dos jueces porque les cabdellasen»[99]. Es casi la misma frase, literal, del prólogo del Fuero General de Navarra, cuando explica que «enbiaron-lis dizir que ouiessen (podríamos decir «eligiesen», que es lo que luego dice el texto que hacen) rey porque se caudeyllassen»[100]. La frase es casi idéntica, por tanto, lo cual no es extraño en realidad, porque el «taller» es muy próximo, si no es el mismo, como luego se verá. El hecho de la elección, llevada a cabo por las gentes «de la tierra», los ligados a la tierra, es un indudable fuente de legitimación, tanto en el *Liber*[101] como luego —¿o a la vez?— en las primera redacciones forales de Navarra[102] para las cuales, además, esto deriva del sabio consejo de Roma —el pontificado—, y franceses y lombardos, es decir, los centros de estudio del mejor Derecho en el siglo XIII.

Pero es que el Fuero General de Navarra, además, también habla del concepto de «naturaleza», aunque no utilice exactamente el vocablo, y del buen señor y el buen vasallo; y esos sí los nombra. No procede ahora intentar precisar la cronología del *contenido* del Fuero General, que, como

82). En cualquier caso, y aunque la fecha se retrasase a las tradicionales (máximo 1209), sigue siendo anterior a la obra de Jiménez de Rada y desde luego, se vincula estrechamente con la nueva dinastía navarra, que desarrolla un intenso proceso legitimador, y casi, ciertamente, «fundacional» (E. RAMÍREZ VAQUERO, «Reflexiones en torno a la construcción»).

99. Frase recogida en G. MARTIN, *Les Juges*, p. 129.

100. Prólogo, que se titula «Aquí empieça el libro del primer fuero que fue fayllado en Espayna, asi como ganauan las tierra sines rey los montayneses». El prólogo, que figura en las tres redacciones del Fuero, del siglo XIV, lo publica Á. Líbano Zumalacárregui, *El romance navarro en los manuscritos del Fuero Antiguo del Fuero General de Navarra (FGN),* Pamplona, 1977. Á. J. Martín Duque, que editó luego una «redacción arcaica» del fuero, de finales del siglo XIII, y conservada en la Real Academia de la Historia, constata ahí la ausencia de ese prólogo; en cambio sí consta —como primer capítulo, no cómo prólogo— en el fuero de Tudela, lo que, unido a otros elementos que no hace falta explicar aquí, refuerza la idea de que ambos textos debieron fraguarse en el entorno tudelano (Á. MARTÍN DUQUE, «Singularidades de la realeza medieval navarra», en *Poderes públicos en la Europa medieval. Principados, reinos y coronas* (23 Semana de Estudios Medievales de Estella), Pamplona, 1997, pp. 299-346, en concreto p. 329.

101. Interesa particularmente el reciente trabajo de G. LE MORVAN, «Le concept de «tierra» espagnole», ya indicado.

102. Sobre la proximidad entre las primeras redacciones forales de Navarra y el *Liber Regum* también ha tratado C. LALIENA («La apropiación mítica del pasado: poder real, legitimación y memorias de clase en Navarra y Aragón en el siglo XIII», en *Memoria, mito y realidad en la Historia Medieval*, ya citado, pp. 61-84). Él, sin embargo, considera (pp. 72-74) que el texto del *Liber* es simétricamente opuesto al del Prólogo del Fuero General, por considerar que el primero reivindica el liderazgo regio frente a la promoción de los nobles por su valor, que sustentaría el segundo.

es bien conocido, no necesariamente corresponde a la fecha de su puesta por escrito en las versiones conservadas; los fueros son textos de redacción muy compleja. Aunque lo va planteando en otros trabajos previos, en el estudio que acompaña a la edición de la primera versión conservada del Fuero General, Á. Martín Duque[103] aclaró cómo un primer conjunto de normas tuvo que prepararse ya antes de la llegada de Teobaldo I en 1234 y en el espacio de la Navarra meridional, quizá la zona de Tudela. Y aclaró asimismo cómo el Fuero acoge normas y acuerdos pactados u otorgados con anterioridad, que en algunos casos remiten directamente —muy posiblemente— a Sancho el Sabio el «yerno del emperador», como dice el capítulo 1 de la redacción arcaica[104].

Y el fuero navarro en este caso es relevante, no sólo porque se establezcan allí por escrito las obligaciones «del buen rey», que no es poca cosa, sino porque expresamente (cap. 4 de la Redacción arcaica), se alude a los «fueros que ha el rei de Nauarra con sus navarros» y «los nauarros con el rey». No habla, por tanto, ahí, de ricoshombres, caballeros e infanzones, como en el capítulo 1, que los indica expresamente para señalar que se aconseja de ellos; el vínculo de fidelidad se abre ahora al máximo: vasallos son todos los navarros, no sólo los que están vinculados por un homenaje. Y el recurso al término «vasallos» se hace en el propio texto del capítulo cuarto, después de la frase antes citada: «que ellos —los navarros— sieruan como buenos uasayllos a buen seynnor, et el rey que lis faga bien, como buen seynor a buenos vassayllos». Y esto para «quantos omnes ha en su regno». Es decir, la obligación del rey es hacia todos sus *súbditos*, todos los hombres de su reino, o de su tierra, hacia sus naturales; y la obligación de todos ellos es para con él. Y recordemos que el primero en aludir a la naturaleza en estos términos, en la historiografía española, es Jiménez de Rada, una primicia que no puede ser casual. Hace ya bastantes años que J. M. Lacarra dedicó interesantes reflexiones al concepto de realeza traslu-

103. Á. J. Martín Duque, *Fuero General de Navarra. Recopilación arcaica. Códice 0-31 de la Real Academia de la Historia*, Pamplona 2005, pp. 30-32. Huelga indicar otros trabajos del autor en este sentido, que figuran reseñados en este, donde algunos aspectos —cronología del fuero mismo, o de una versión inicial— se desarrollan con más profundidad que en esta edición.

104. El capítulo 1 de esta «Redacción arcaica», cuyo manuscrito se fecha hacia finales del siglo xiii, empieza, textualmente «Sepan todos los omes qui son, que io, Sancho, por la gracia de Dios rey de Nauarra et ierno del emperador, con atorgamiento et con uoluntat de ricos omes et con uoluntat de caualleros et de yfançones, et todos los otros qui son en mi regno, establezco et confirmo est fuero, que por todos tiempos sean durables todas las cosas que de iuso son escriptas de la present carta» (*Ibídem*, cap. 1, p. 53).

cido en estos capítulos y avanzó consideraciones que, luego, el acceso a otros textos y versiones del propio fuero o el análisis de otros aspectos del período no han hecho sino confirmar[105].

P. Linehan (y antes que él ya lo había planteado J. M. Lacarra) considera que Jiménez de Rada tuvo algo que ver con el círculo de intelectuales en el que se organiza el Fuero General, precisamente. El primero se fija en la referencia que hace el prólogo del Fuero General a la figura del Cid, y la pone en relación con la relevancia que el Campeador tiene en *De rebus*, proponiendo incluso que la redacción de este prólogo foral pudo ser una especie de «primer ensayo» de aprendiz de historiador, del propio Jiménez de Rada[106]. Pero el vínculo de Jiménez de Rada quizá va más allá que una hipotética aportación ¿personal? al prólogo; es necesario analizarlo con más detenimiento, y este no es el lugar para ello, pero el entorno tudelano —como ya ha propuesto Á. J. Martín Duque— es un foco de singular relevancia en el contexto foral navarro. Y no hay que cerrar excesivamente el campo de visión, porque no lejos de ese entorno, última sede de residencia del rey Sancho VII el Fuerte, pero vinculado a una diócesis aragonesa, se mueven otros focos complementarios: Fitero —cisterciense como el monasterio de Huerta, y donde se copia el *Liber Regum*— y Calahorra, sede episcopal castellana, donde Jiménez de Rada tiene un particular peso, tanto de forma personal que como arzobispo de Toledo[107].

De lo que no cabe duda es que Jiménez de Rada maneja y domina una serie de ideas, fruto de su esmerada formación jurídica y filosófica, y quizá de la tradición política en la que se desarrolla su infancia y adolescencia. Vive la reformulación de dos realezas, en realidad: la navarra y la castellana, ambas legitimadas historiográficamente a la vez, en un solo texto que, además, resalta el valor imprescindible de la armonía con la nobleza.

* * *

Llegados a este punto procede concluir, no sin antes señalar algunas cuestiones. La primera, la indudable amplitud de aspectos y problemas

105. J. M. Lacarra, *El juramento de los reyes de Navarra (1234-1329),* Zaragoza, 1972, sobre todo pp. 18-21.

106. *History and historians*, p. 323.

107. En 1237, por ejemplo, Jiménez de Rada interviene —y es la segunda vez— nombrando al obispo Aznar Díaz de Rada, para algunos sobrino suyo, que luego (1238) lo acompañará en el pacto de homenaje entre el señor de Albarracín y el rey Teobaldo I de Navarra. Vid. Á. Rodríguez López, *La consolidación territorial*, pp. 210-215.

que rodean el contexto ideológico de Jiménez de Rada, que aquí se ha intentado presentar articulado en torno a unos pocos elementos considerados esenciales. La segunda, la indudable riqueza de textos que en el final del siglo XII y primera mitad del XIII arropan la fascinante encrucijada política de los reinos hispánicos del momento. Unos textos que han atraído la atención de historiadores y filólogos, mostrando, entre otras cosas, que de esas miradas cruzadas podemos obtener luces y matices renovadores.

Jiménez de Rada es un hombre muy complejo, ¿contradictorio quizá?, situado en el vértice de una coyuntura política muy particular a escala peninsular; con un amplio horizonte que se abre con el avance reconquistador, observador privilegiado, y actor en parte, en la consolidación de diversos espacios regios también peninsulares —Navarra, Portugal, aparte de Aragón, claro—, con nuevas fuerzas sociales emergentes —el elemento más claramente urbano—, más las funciones variadas de las viejas —la aristocracia, sobre todo—. Un hombre capaz de una intensa tarea intelectual y jurídica. Una coyuntura política, social e ideológica donde, después de un largo silencio de tres generaciones, se recurre a la Historia como elemento legitimador indiscutible. Una vez más estamos ante el inquietante binomio de la Historia y la Memoria que siempre, en cada momento de cambio, reajuste político e incertidumbre, vuelve a la plena actualidad.

Las Navas de Tolosa, ¿un punto de inflexión en las dinámicas históricas peninsulares?*

Francisco García Fitz

El 16 de julio de 1212, un ejército cruzado encabezado por Alfonso VIII de Castilla y reforzado con la presencia de Pedro II de Aragón y de Sancho VII de Navarra, se enfrentaba en las estribaciones de Sierra Morena a un contingente islámico dirigido por el califa almohade, Abū ʿAbd Allāh Muḥammad al-Nāsir e integrado por fuerzas norteafricanas y andalusíes. Aquel choque campal sería conocido en las fuentes de la época como la batalla de Úbeda, la batalla del Muradal o la batalla de *Hisn al-ʿIqāb* –de *Las Cuestas*– entre otras denominaciones, pero acabaría consagrándose hasta nuestros días como la batalla de *Las Navas de Tolosa*.

Desde el mismo momento en que tuvo lugar aquella gran colisión, tanto los contemporáneos de uno y otro bando, como sus herederos de las generaciones inmediatas y aún los de los siglos siguientes, tuvieron la convicción de que lo ocurrido aquel día había sido un acontecimiento histórico, un hecho extraordinario llamado a tener una influencia determinante en el transcurrir de determinadas dinámicas históricas que venían desarrollándose en la Península Ibérica desde tiempo atrás y que, como consecuencia directa de la batalla, tomarían un rumbo no sólo distinto, sino también permanente e irreversible.

Los desarrollos históricos que supuestamente se vieron modificados a raíz del choque campal de Las Navas serían, básicamente, aquellos relacionados con el pulso militar y territorial que cristianos y musulmanes sostenían en el ámbito hispánico al menos desde el siglo XI, un conflicto secular que encontraría en aquella batalla un punto de inflexión, un hito que señalaría, ni más ni menos, que la definitiva imposición de una parte sobre la otra.

* Este trabajo se ha realizado en el marco del proyecto de investigación FFI2009-11162 del Ministerio de Ciencia e Innovación.

Sumariamente, pues, lo que viene a sostenerse es que la batalla de Las Navas de Tolosa representaría un giro histórico radical, en el sentido de que si, desde mediados del siglo XI hasta 1212 se asiste a un enfrentamiento no decidido, de futuro incierto, titubeante en sus resultados, donde los avances y retrocesos, las victorias y las derrotas se suceden de manera alternante y siempre de forma provisional, a partir de entonces y como consecuencia directa del resultado de aquella desmesurada y extraordinaria colisión, se abriría el tiempo de la gran y definitiva expansión de los núcleos políticos cristianos y, consecuentemente, la fase de arrinconamiento y desaparición del Islam andalusí.

Esta percepción del acontecimiento bélico y de sus secuelas está relacionada con un concepto o con una idea muy querida por la historiografía occidental, a la que con cierta frecuencia se acude para explicar un cambio drástico o una ruptura dramática en la evolución de determinadas tendencias históricas: el de la «batalla decisiva»[1].

Ciertamente, el significado de este concepto no es unívoco y admite empleos distintos[2]. Así, la idea de que una determinada batalla es decisiva puede utilizarse simplemente para aludir a lo inequívoco de su resultado: cuando en una colisión campal una parte vence a la otra de manera rotunda e indudable se considera que la batalla es decisiva, siquiera sea porque uno de los contendientes ha impuesto nítidamente su decisión, su voluntad o su poder sobre su adversario. Teniendo en cuenta esta acepción del concepto, está claro que en el caso que nos ocupa, Las Navas de Tolosa, nos encontraríamos ante una batalla decisiva: todos los testigos y todos los relatos históricos posteriores, tanto los elaborados por los vencedores como los procedentes del ámbito cultural de los vencidos, confirman el rotundo triunfo del ejército cruzado y la derrota sin paliativo de los efectivos islámicos. Sólo el califa almohade intentó disfrazar su fracaso difundiendo una carta, dirigida a los habitantes de las principales ciudades de su imperio, en la que sostenía que los «los musulmanes quedaron con los flancos honrados

1. Hemos tomado como hilo conductor de la presente aportación la reflexión con la que, «a modo de conclusión», culminamos nuestra monografía sobre Las Navas de Tolosa, Barcelona, 2005 –pp. 537-546–, en la que precisamente nos preguntábamos acerca del carácter «decisivo» de aquella batalla –*Las Navas, ¿una batalla decisiva?* A partir de aquellas consideraciones hemos procurado matizar y completar determinados aspectos relacionados con el núcleo de nuestra propuesta.

2. Sobre esta cuestión hacemos nuestras y seguimos en los siguientes párrafos –aplicadas a las Las Navas de Tolosa– las reflexiones realizadas por S. Morillo en relación con la batalla de Hastings, en «Introduction», MORILLO, Stephen (ed.), *The Battle of Hastings. Sources and Interpretations*, Woodbridge, 1996, pp. XV-XVII.

y con sus escuadrones protegidos por el decreto de Dios; no dañó la guerra a nadie de ellos ni disminuyó su número… no perdieron los almohades un muerto ni fueron alcanzados ni mucho ni poco». Aún así, ni siquiera él mismo parece creerse su propia propaganda cuando al mismo tiempo calificaba a lo sucedido de «derrota» y «calamidad» y se veía obligado a instar a los musulmanes a esperar «la vuelta del desquite contra los infieles y los socorros contra ellos con los soldados de Dios», y a apelar a la certeza de que Dios no abandonará a los fieles frente a los infieles —«Dios no ha dejado a los creyentes hasta coger a sus enemigos en una cogida cruel y no deja Dios a los infieles camino contra los creyentes»—[3].

Desde otro punto de vista, la historiografía también se muestra dispuesta a otorgar la consideración de decisiva a aquella batalla cuyo resultado pone fin de manera definitiva a un conflicto militar iniciado tiempo atrás, de modo que el choque campal representaría el encuentro determinante que cierra la guerra. Parafraseando un conocido dicho, aunque en sentido contrario a su contenido habitual, en este caso podría decirse que ganar una batalla decisiva significaría ganar una guerra. Por mucho que, como tendremos ocasión de comentar, se haya insistido en que Las Navas fue un encuentro decisivo precisamente desde este punto de vista, lo cierto es que en aquella jornada no se puso final a ningún conflicto: no, desde luego, al que venía enfrentando a cristianos y musulmanes sobre el solar ibérico desde hacía siglos, sobre el que no hace falta recordar que no terminaría hasta finales del siglo XV —o aún más tarde si tomamos en consideración la cuestión morisca—, pero tampoco al más específico emprendido a mediados del siglo XII contra el imperio almohade, por cuanto que este combate se prolongaría durante más de década y media. Bajo esta interpretación de la idea de «batalla decisiva», difícilmente podría sostenerse que las Navas lo fue.

No obstante, aquel concepto, el de «batalla decisiva», tiene también otra connotación más genuina y trascendente en términos históricos, y que resulta esencial a la hora de reflexionar en torno al significado del choque de 1212 y sobre la que nos gustaría detenernos. De manera muy extendida, la historiografía suele considerar como decisivas para el desarrollo de la Historia a aquellos encuentros que tienen consecuencias políticas, socioeconómicas o aun culturales muy importantes a medio y largo

3. Ibn ʿIḏārī Al-Marrākušī, *Al-Bayān al-mugrib fi ijtiîār ajbār muluk al-Andalus wa al-Magrib*, ed. y trad. Ambrosio Huici Miranda, tomo I, *Los almohades*, Tetuán, 1953, p. 273 [en adelante: *Al-Bayan I*].

plazo. Por utilizar las palabras de un conocido historiador de la guerra, las batallas verdaderamente decisivas serían aquellas cuyos resultados causan «algún cambio real en la dirección de los asuntos humanos lejos del campo de batalla, provocando la caída de un poder hasta entonces dominante, poniendo fin a una ola irresistible hasta ese momento de expansión imperial, derribando un sistema político, cortando en seco la carrera de un héroe conquistador»[4], es decir, serían aquellas que marcan un punto de inflexión en una dinámica histórica determinada. Pues bien, es desde este punto de vista desde el que en muchas ocasiones se ha considerado que Las Navas fue un acontecimiento militar de esta categoría.

Dando por supuesto que realmente hubiera sido así, es decir, suponiendo que aquella batalla realmente provocara un cambio en la dirección del transcurrir histórico, resultaría necesario establecer el carácter o la forma de sus efectos, la naturaleza y la magnitud de sus consecuencias, el sentido de aquel giro. En definitiva, el historiador que pretenda evaluar con rigor el significado histórico de aquel acontecimiento, no puede sino preguntarse qué cambió, qué sistema o poder político se hundió o se convirtió en predominante, qué fuerza expansiva fue detenida o cuál vino a imponerse, en resumidas cuentas y por lo que a nuestro tema atañe, porqué y en qué medida puede entenderse que la batalla de las Navas fue decisiva. Ciertamente estas preguntas pueden resultar obvias pero son obligadas, siquiera sea porque no todos los que han considerado que las Navas de Tolosa fue «la batalla decisiva» se han detenido a explicar porqué o para qué lo fue[5].

Quienes en algún momento, desde aquel lejano estío de 1212 hasta nuestros días, han subrayado con trazo grueso la enorme trascendencia de aquel choque, han ofrecido variadas respuestas a las anteriores cuestiones y sus matices pueden resultar muy relevantes en orden a juzgar la distinta magnitud que cada autor le confiere a aquel giro histórico.

Quizás la interpretación más extendida, y también la más moderada, sea aquella que sostiene que la batalla de las Navas fue decisiva porque puso fin a toda una etapa histórica en las relaciones entre cristianos y musulmanes en la Península Ibérica, la de la dominación de los almohades en al-Andalus. Desde este punto de vista, el período que se había iniciado a mediados del XII con la irrupción de aquellos en el solar hispánico —una etapa fundamental durante la cual la expansión protagonizada por los primeros no sólo se vio frenada, sino que acusó un fuerte retroceso en algu-

4. KEEGAN, John, *El rostro de la batalla*, Madrid, 1990, p. 366.
5. LOMAX, Derek, *La reconquista*, Barcelona, pp. 162-168.

nos ámbitos— se vio bruscamente interrumpido como consecuencia directa de la batalla. Con mayor o menor contundencia, lo que viene a decirse es que el choque acabó, en la práctica y en un plazo más corto que largo, con el imperio norteafricano, o cuanto menos que fue la causa inmediata de su decadencia.

Tres décadas después de un acontecimiento en el que había tomado parte y del que había sido protagonista activo y principal, Rodrigo Jiménez de Rada tenía pocas dudas sobre la consecuencia de aquel choque: «esta batalla [afirma con contundencia] fue el origen del hundimiento y la aniquilación de los almohades» —«uictoria discenssionis et exterminii Almohadibus causam dedit»—. Pasados apenas unos años, hacia 1250, un abad de Sahagún, Guillermo Pérez de la Calzada recogía la idea de que Alfonso VIII había humillado a la perfidia del califa, acabado con sus reyes y nobles y que, desde entonces, «gens impia caput non leuauit». En esta última línea, repitiendo una expresión casi idéntica, los compiladores alfonsíes se mostraban prudentes a la hora de establecer una relación causa-efecto entre la batalla y la desaparición del imperio almohade y se limitaban a señalar que, a partir de entonces, los norteafricanos perdieron el ímpetu y la capacidad de reacción militar, o dicho con sus propias palabras, quedaron «tan crebrantados que nunca despues cabesça alçaron en Espanna… Et assi fue, que, loado a Dios, nunca despues tornaron cabesça contra cristianos, nin fizieron y que nada fuesse como ante solie seer». No obstante, al incluir en el texto una traducción literal de las palabras del arzobispo de Toledo, no dejaban tampoco de indicar que «este rey don Alffonsso [Alfonso VIII] dio achaque et razon a los almohades, que eran estonces ell alteza del sennorio en Affrica, de seer esparcidos et desterrados»[6].

Los cronistas musulmanes del siglo XIV apreciaron el fenómeno de una manera muy parecida y desde luego coinciden con las ya indicadas: para al-Himyarī, por ejemplo, «este desastre fue el primer signo de debilidad que se manifestó entre los almohades», y considera que el golpe debió de ser los suficientemente impactante como para paralizar la maquinaria militar

6. Jímenez de Rada, Rodrigo, *Historia de Rebvs Hispanie sive Historia Gótica*, ed. Juan Fernández Valverde, Turnholti, 1987, Lib. VII, cap. X [citamos por la traducción al castellano, Jímenez de Rada, Rodrigo, *Historia de los hechos de España*, ed. y trad. Juan Fernández Valverde, Madrid, 1989] [en adelante: *HRH*]; Pérez de la Calzada, Guillermo, *Rithmi de Iulia Romula seu Ispalense Urbe*, ed. Juan Gil Fernández y Diego Catalá en «Guillelmi Petri de Calciata: Rithmi de Iulia Romula seu Ispalensi Urbe (a. 1250)», *Anuario de Estudios Medievales*, 5, 1968, estrofa 42, p. 552; *Primera Crónica General*, ed. Ramón Menéndez Pidal, Madrid, 1977, cap. 979, p. 659 [en adelante: *PCG*].

norteafricana, puesto inmediatamente después afirma que «en adelante, las gentes del Magreb no se encontraron ya dispuestas a emprender exhibiciones [*sic*, por expediciones]. Y parecida opinión expresa Ibn Abī Zar', para quien los unitarios fueron «enérgicos, sensatos y religiosos, hasta que sucedió el desastre del Castillo de la Cuesta –Las Navas– y comenzó su imperio a deshacerse»[7].

Esta interpretación de las consecuencias de las Navas encontrará un amplísimo eco en la historiografía posterior. Centrándonos exclusivamente en algunos autores y títulos recientes, bastaría recordar la frecuencia con la que aparecen expresiones que consideran que la batalla «señala de final del Imperio Almohade en la Península», o que «se tradujo en el hundimiento casi definitivo del imperio almohade», que «supuso la descomposición de la presencia almohade en al-Andalus», que «el imperio almohade se desintegró a raíz de la derrota sufrida», que los reinos del norte «en 1212 liquidan el militarismo almohade», que «supuso el principio del fin del imperio Almohade» o que «la batalla que abrió a los reinos del norte el camino del sur se libró en 1212, cerca de Despeñaperros, donde guerreros venidos del otro lado de los Pirineos y soldados de las tierras de Castilla, Aragón y Navarra enterraron para siempre la amenaza almohade»[8].

Un segundo círculo de consecuencias, más amplio que el anterior, o, si se quiere, una honda expansiva de más largo radio, es señalado por todos aquellos autores que sostienen que lo que entra en quiebra a raíz de la batalla las Navas no es sólo el imperio almohade, sino la presencia misma del Islam en al-Andalus. Es evidente que, en estas interpretaciones, el alcance del choque campal resulta considerablemente más amplio que en las anteriores, de modo que el significado del encuentro, la magnitud del giro o la transcendencia de la inflexión histórica causada por Las Navas se acrecienta notablemente. De nuevo, estas opiniones se fundamentan en apreciaciones forjadas poco tiempo después del choque: por ejemplo, cincuenta años después del acontecimiento, hacia 1262 o 1263, los obispos

7. Al-Himyarī, *Kitāb ar-Rawd al-miᶜtār fī habar al-aktār*, traducción de Mª Pilar Maestro González, Valencia, 1963, pp. 279-280; Ibn Abī Zarᶜ, *Rawd al-qirṭās*, traducido y anotado por Ambrosio Huici Miranda, Valencia, 1964, p. 537.

8. Torres Delgado, Cristóbal, *El antiguo reino nazarí de Granada (1232-1340)*, Granada, 1974, p. 62; Valdeón Baruque, Julio, *La reconquista. El concepto de España: unidad y diversidad*, Madrid, 2006, p. 112; Valdeón Baruque, Julio, *Cristianos, judíos y musulmanes*, Barcelona, 2007, pp. 61 y 85; García de Cortázar, Fernando y González Vesga, José Manuel, *Breve historia de España*, Madrid, 2004 (1ª ed. 1994), p. 189; Corral, José Luis, *Una historia de España*, Barcelona, 2008, p. 288; García de Cortázar, Fernando, *Atlas de Historia de España*, Barcelona, 2005, p. 201

castellano-leoneses que se dirigían al Papa pidiéndole la exención del pago de subsidios destinados a la restauración del Imperio Latino de Constantinopla, se mostraban convencidos de que, tras más de 500 años de guerra contra los musulmanes en España —una guerra que todavía duraba—, el triunfo de Alfonso VIII en la batalla campal había supuesto que, desde entonces, la fe católica prevaleciera frente al Islam en la península: «et ab illo tempore in antea cepit in partibus illis fides catholica prevalere». La lucha, reconocían, continuó en los años siguientes: Fernando III dedicó toda su vida a conquistar las tierras de los sarracenos y no menor era el mérito de Alfonso X, pero la inflexión que había implicado la progresiva sumisión de los musulmanes se había producido en las Navas[9].

Entre los autores medievales esta perspectiva es sostenida sobre todo por los cronistas musulmanes del siglo XIV. Quizás la distancia temporal respecto al acontecimiento les permitía apreciar que lo que parecía haberse hundido en las Navas era algo más que el poder almohade: a esas alturas Aragón había conquistado Mallorca y Valencia, León y Castilla se habían extendido por tierras de la actual Extremadura, Murcia y el valle del Guadalquivir, y Portugal había incorporado el Algarbe. La batalla no sólo había acabado con los unitarios, sino que había causado el hundimiento de todo el Islam peninsular. Con un fatalismo palpable, Ibn Idārī sentenciaba: «este año fue la batalla de al-'Uqāb, causa de la ruina de al-Andalus hasta ahora»[10].

Ibn Abī Zar', un contemporáneo de la posterior reacción meriní, todavía tenía esperanzas de que este nuevo poder norteafricano pudiera recomponer la situación y llevarla a la situación anterior a 1212, pero su diagnóstico sobre lo que había ocurrido después de las Navas era rotundo: «Fue esta terrible calamidad el lunes 15 de safar del 609 (16 de julio de 1212); comenzó a decaer el poder de los musulmanes en al-Andalus, desde esta derrota, y no alcanzaron ya victorias sus banderas; el enemigo se extendió por ella y se apoderó de sus castillos y de la mayoría de sus tierras, y aún hubiera llegado a conquistarla toda, si Dios no le hubiese concedido el socorro del emir de los musulmanes Abū Yūsuf ben 'Abd al-Hāqq [el emir benimerí que protagonizó las incursiones de 1275], que restauró sus ruinas, reedificó sus alminares y devastó en sus expediciones el país de los infieles. De vuelta de Hisn al-'Iqāb fue Alfonso contra la

9. Benito Ruano, Eloy, «La iglesia española ante la caída del Imperio Latino de Constantinopla», *Hispania Sacra*, IX, 1958, pp. 12-13.

10. *al-Bayān. I*, p. 269.

ciudad de Ubeda, y la ganó a los musulmanes por asalto, matando a sus habitantes, grandes y pequeños, y así siguió [el cronista parece referirse ahora a Fernando III y Alfonso X] conquistando al-Andalus, ciudad tras ciudad, hasta apoderarse de todas las capitales, no quedando en manos de los musulmanes sino muy poco poder. Sólo le impidió apoderarse de este resto de botín la protección divina por medio de la dinastía de los benimerines»[11].

Muchas décadas más tarde, ya sin esperanza alguna de recuperación, Al-Makkarí agrandaba aún más los efectos de la catástrofe provocada por la derrota y los extendía no ya sólo sobre el Islam andalusí, sino sobre todo el Islam occidental, incluyendo el magrebí: según su testimonio, el resultado de la batalla fue «que la mayor parte del Magreb quedó desierto y que los francos conquistaron la mayor parte de al-Andalus... esta derrota puede ser considerada —concluye— como la causa real de la subsiguiente decadencia del África occidental y de al-Andalus: del primero porque las pérdidas sufridas en la batalla fueron tan grandes que sus distritos y ciudades quedaron casi despoblados; de al-Andalus, porque el enemigo de Dios quedó así en condiciones de extender sus conquistas»[12].

Un salto de cuatro o cinco siglos permite comprobar que algunas interpretaciones historiográficas en torno a la jornada del 16 de julio de 1212 siguen manteniéndose en estos mismos parámetros, convirtiendo esta fecha en un fatídico o jubiloso gozne —según para quién— en torno al que bascula toda la historia de las relaciones entre cristianos y musulmanes peninsulares: «antes de la campaña que con ella finalizó [sostiene Vara Thorbeck en una reciente monografía sobre las Navas] existía únicamente un débil poder militar cristiano arrinconado en el Norte peninsular, tanto la toma de Toledo como algunas atrevidas expediciones que llegaron hasta Andalucía fueron hechos esporádicos. Después de las Navas, no existe por el contrario en el campo musulmán una potencia suficientemente poderosa que pueda oponerse a sus contrarios, por lo que la decadencia política y militar del pueblo musulmán se convirtió en una realidad bien patente a partir de aquella fecha»[13].

Por muchas razones, insiste en esta idea Julián Marías en su célebre ensayo sobre la historia de España, los «cambios decisivos en el equilibrio peninsular» [en el equilibrio entre poderes musulmanes y reinos cristianos],

11. *Rawd al-qirṭās*, pp. 467-468.

12. Ahmed Ibn Mohammed Al-Makkarí, *The History of the Mohammedian Dynasties in Spain*, trad. Pascual de Gayangos, 2 vols., Londres, 1840, vol. II, pp. 323-324.

13. Vara Thorbeck, Carlos, *El Lunes de Las Navas*, Jaén, 1999. p. 392.

que se aprecian en el transcurso de los XI, XII y XIII, presentan una «divisoria de aguas en la batallas de Las Navas de Tolosa (1212)», y una de aquellas razones radica en que «la derrota de los almohades significa el final de toda posible prepotencia islámica». Y la misma lógica parece aplicar otro autor, esta vez un medievalista de reconocido prestigio, Robert I. Burns, cuando sostenía que aquella batalla «precipitó la caída almohade. Con ella se iniciaron las intrigas y el faccionalismo que deshizo en pedazos el Islam occidental, posibilitó prácticamente la total reconquista de al-Andalus por los cristianos y convirtió al norte de África en un campo abonado para la explotación comercial de los reinos cristianos»[14].

Está claro que hay un antes y después del choque, convertido entonces en punto de referencia inexcusable para la ordenación comprensible del transcurrir histórico del medievo hispano. «De vez en cuando [afirmaba Domínguez Ortiz desde su magisterio] hay que plantear algún hito cronológico en la narración no sólo como recurso pedagógico, sino para esclarecer la lógica interna de los hechos y la trama que une acontecimientos en apariencia independientes», y uno de esos hitos que sirve para estructurar la historia medieval hispana es, precisamente, 1212, porque fue entonces, en las Navas de Tolosa, cuando los cristianos alcanzaron una «victoria que liquidaba virtualmente el poderío del Islam en España». O porque, como diría, con igual contundencia, otro especialista en el período, aquella fue «a decisive battle that spelled the eventual ruin of Islamic Spain»[15].

Por supuesto, como ya se apunta en algunos de los textos que hemos comentado, si la batalla de las Navas tuvo unos efectos tan concluyentes sobre el imperio almohade o sobre al-Andalus, necesariamente hubo de tenerlos también, como si una imagen de espejo se tratase, sobre los reinos cristianos peninsulares, y en particular sobre el destino de su largo conflicto contra los musulmanes: «la batalla más decisiva de ocho siglos de reconquista», es el expresivo título dado por el más reciente biógrafo de Alfonso VIII al capitulo dedicado a las Navas[16].

14. MARÍAS, Julián, *España inteligible. Razón histórica de las Españas*, Madrid, 1985, p. 125; BURNS, Robert I., «Castillos de Razón, Castillos de Fuerza: los mundos de Alfonso el Sabio y Jaime el Conquistador», en Robert I. Burns, *Los mundos de Alfonso el Sabio y Jaime el Conquistador. Razón y fuerza en la Edad Media*, Valencia, 1990, p. 28.

15. DOMÍGUEZ ORTIZ, Antonio, *España. Tres milenios de historia*, Madrid, 2001, pp. 91-92; O'CALLAGHAN, Joseph F., *Reconquest and Crusade in Medieval Spain*, Philadelphia, 2003, p. 50.

16. MARTÍNEZ DÍEZ, Gonzalo, *Alfonso VIII, rey de Castilla y Toledo*, Burgos, 1995, cap. XI.

Claro que, por extensión, las consecuencias de la batalla inciden sobre todo el desarrollo histórico español: «la batalla de Las Navas de Tolosa —ha sentenciado Ruiz-Doménec— es el punto crucial de este momento [las primeras décadas del siglo XIII], un auténtico eje sobre el que girará la historia de la Península Ibérica»[17]. Y ello sería así aunque solo fuera porque dejaba expedito el camino de la expansión hacia el sur y hacia el Mediterráneo, porque abría el camino de la conquista de las grandes ciudades meridionales, de nuevas posibilidades de colonización agraria y de desarrollo comercial, generando de esta forma una dinámica de cambios de muy largo alcance: «Se puede asegurar —indicaba Sarasa al constatar tales hechos—, que la historia de España cambió desde dicho acontecimiento, pues suponía el final de una época de avances, logros y descalabros y el comienzo de las grandes conquistas de metrópolis y enclaves estratégicos, así como de estabilización fronteriza entre musulmanes y cristianos que iba a durar dos siglos largos, hasta 1492»[18].

Pero, además, se da la circunstancia de que esta victoria no llegó sola: al cabo de poco más de un año, otra batalla, la de Muret, parecía venir a confirmar el cambio de los tiempos, el paso de una época a otra. No vamos a entrar en el análisis de esta última y de su significado, pero está claro que la práctica coincidencia temporal, la conjunción de estos dos grandes acontecimientos, podría ratificar, o así al menos se ha querido ver, un giro trascendental de la historia hispánica, o aún en la europea: cuando Domínguez Ortiz se refería a la necesidad de establecer un hito cronológico que esclarezca la lógica interna de los hechos y confiera sentido a acontecimientos independientes, no estaba pensando únicamente en las Navas, sino que también tenía en mente lo sucedido en Muret: si 1212 se afirmaba la supremacía de Castilla y el final del poderío islámico en España, en 1213 se frenaba la aspiración catalano-aragonesa de atraer a su órbita la Francia meridional, quedando abocado a la expansión mediterránea[19]. La consecuencia casi inevitable de este planteamiento la ha extraído recientemente Ruiz-Doménec: «la historia de España se va decidir en dos batallas

17. Ruiz-Domènec, José Enrique, «El significado histórico de la batalla de Las Navas de Tolosa y sus consecuencias», en Miguel Ángel Ladero Quesada (Coord.), *La España de los Cinco Reinos (1085-1369)*, *Historia General de España y América*, vol. IV, Madrid, 1984, p. 588.

18. Sarasa Sánchez, Esteban, «La Corona de Aragón en la primera mitad del siglo XIII (Feudalización, institucionalización y proyección mediterránea)», *Fernando III y su época. Actas de las IV Jornadas Nacionales de Historia Militar*, Sevilla, 1995, pp. 379-380.

19. Domíguez Ortiz, Antonio, *España. Tres milenios de historia*, pp. 91-92.

campales consecutivas, con pocos meses de separación, aunque en lugares alejados entre sí», una en Despeñaperros, la otra cerca los Pirineos[20].

Lo que se decidió en las Navas, pues, no fue sólo el destino almohade o andalusí, sino el de la historia de España. Llegado a este punto, cabría imaginar, en un ejercicio de historia-ficción, lo que hubiera sido de España si el resultado de la batalla hubiera sido otro. Que nosotros sepamos los historiadores profesionales no han hecho este ejercicio, pero los medios de comunicación, siempre más avispados que la Academia, no han podido resistir la tentación: hace un par de años, un periódico digital navarro recordaba que el 16 de julio era «el aniversario de la batalla más importante de la Reconquista» y sentenciaba: «Según algunos analistas, la frontera entre España y Marruecos es la frontera mundial en la que existe una mayor diferencia económica entre ambos lados. Si se hubiera perdido la batalla de las Navas de Tolosa, esa frontera estaría en los Pirineos. Usted rezaría a Mahoma, no podría comer jamón ni beber cerveza. Se llamaría Hussein, Jamal o Benazir, y quizá no podría salir a la calle sin ponerse un velo»[21].

Ficciones aparte, lo que no puede negarse es que en estas últimas interpretaciones la onda expansiva de la batalla se ha ampliado respecto a las primeras que comentamos, pero todavía puede llevarse más lejos, en la medida en que de una u otra forma acabaría incidiendo sobre el conjunto de Europa. De hecho, algunos de los protagonistas o contemporáneos de la batalla ya hicieron notar que la victoria de las Navas representaba el éxito no sólo de Castilla o de los reinos hispánicos, sino de todo Occidente: en la comunicación al Papa del resultado del combate, el propio Alfonso VIII se sentía obligado a dar gracias a Inocencio III por el auxilio que éste, al predicar la cruzada, había prestado «a toda la Cristiandad» —«pro auxilio tote christianitate impenso gratias quas possumus exhibentes»—, mientras que otro personaje presente en el acontecimiento, el arzobispo de Narbona, Arnaldo Amalarico, se regocijaba en su escrito al capítulo general del Císter, de las victorias de los «cristianos católicos» —«catholicis christianis»— sobre los enemigos de la Iglesia, incluyendo entre éstas a la de 1212, lo cual contribuía notablemente a «globalizar» el choque hispano. No hace falta decir que también para Inocencio III lo ocurrido en Las Navas tenía un alcance universal, que desde luego sobrepasaba el ámbito castellano o peninsular: después de todo él había rogado a Dios para que concediera la victoria no sólo al rey de Castilla, sino también al «populo christiano» contra *inimicos*

20. Ruiz-Domènec, José Enrique, *España, una nueva historia*, Barcelona, 2009, p. 253.
21. *Navarraconfidencial.com* de 4 de julio de 2008.

crucis dominice[22]. En fin, valga como expresión paradigmática de esta forma de entender lo sucedido el testimonio de un cronista contemporáneo del choque campal, que escribió su *Chronica* apenas un año después de la batalla, Sicardo de Cremona:

> «Eodem anno scilicet 1212, Almeramomeley rex Mauritanus veniens in Hispanias cum infinita multitudine Sarracenorum minabatur non solum Hispaniam, sed et Romam, imo Europam capere universam»[23].

La idea, pues, estaba muy clara: aquel hecho no había sido una cuestión local o regnícola, sino ecuménico —europeo, occidental, si se quiere—, y por tanto sus consecuencias también lo habrían sido. Inevitablemente el lenguaje cruzadista abocaba a este tipo de interpretaciones, pero se da la circunstancia de que, lógicamente desde perspectivas distintas a las señaladas, algunos autores mucho más cercanos a nosotros tampoco han dudado a la hora de ampliar los efectos de la batalla sobre el conjunto de Europa. Una vez más Ruiz-Domènec nos ha colocado ante esta pista, ante el panorama de un Mediterráneo y de una Cristiandad cuya historia se vería condicionada por los efectos de la victoria cruzada: el éxito de las Navas vivificó al cristianismo «en sus deseos de creación de una doctrina dura frente a los enemigos de la Iglesia, externos e internos», permitió «dominar la estratégica línea meridional de la península Ibérica y desmoralizar a cualquier enemigo de la Iglesia católica… hizo posible la extensión de la doctrina papal y de los deseos de conquista de la Monarquía capeta sobre las tierras del Midi francés… Los efectos fueron aún más duraderos en el mundo mediterráneo», en la medida en que la derrota acarreó el desvanecimiento de imperio almohade y, con él, el desplazamiento de los intereses comerciales de Génova —aliada de los almohades— hacia el Mediterráneo central y a la consiguiente consolidación de los franceses y catalano-aragoneses en el occidental, «dando entrada así a un período muy diferente de la historia de Europa»[24].

22. «Carta de Alfonso VIII a Inocencio III, sobre la batalla de Las Navas de Tolosa», en González, Julio, *El reino de Castilla en tiempos de Alfonso VIII*, Madrid, 1960, doc. 897, p. 572; «Carta de Arnaldo Amalarico, arzobispo de Narbona, al Capítulo del Cister, sobre la batalla de las Navas de Tolosa», en Ibáñez de Segovia Peralta y Mendoza, Gaspar, marqués de Mondéjar, *Memorias históricas de la vida y acciones del rey don Alonso el Noble, octavo de ese nombre*, Madrid, 1783, pp. CVI; «Felicitación de Inocencio III a Alfonso VIII por la victoria de las Navas», Mansilla, Demetrio, *La documentación pontificia hasta Inocencio III (965-1216)*, Roma, 1955, doc. 488, p. 521.

23. Sicardi Cremonensis Episcopi, *Chronicon*, ed. J. P. Migne, *Patrología Latina*, tomo 213, columna 538.

24. Ruiz-Domènec, José Enrique, «El significado histórico...», *op. cit.*, pp. 587-588.

Incluso es posible señalar algunas consecuencias más: ¿contribuyó las Navas a crear las trazas permanentes del mapa político de la Europa occidental moderna? Desde luego, así lo creía Y. Renouard. A su juicio, la confluencia en tres años sucesivos —1212, 1213, 1214— de tres grandes batallas —las Navas de Tolosa, Muret y Bouvines—, o mejor dicho, los efectos de estas tres grandes colisiones forjaron, en estos años iniciales del siglo XIII, un escenario geopolítico que, en sus líneas esenciales, se mantuvo en adelante: una Europa occidental exclusivamente cristiana, «dividida en tres conjuntos groseramente definidos por las grandes áreas geográficas: los reinos británicos al norte de la Mancha, el reino de Francia entre la Mancha y los Pirineos, los reinos ibéricos al sur de los Pirineos». Pero nada de esto, que tan familiar nos resulta hoy en día, era previsible ni necesario a finales del siglo XII, cuando por el contrario, a la luz de la situación general del momento, se podía perfectamente pensar en una panorama bien distinto: una península Ibérica bajo dominio islámico, una Francia capeta disminuida, un imperio atlántico Plantagenet extendido a uno y otro lado del Canal, y un imperio mediterráneo en torno al Golfo de León, quizás a horcajadas sobre los Pirineos, dirigido por los condes de Toulousse o por los reyes de Aragón. Nada de eso era inverosímil antes del trienio 1212-1214, pero todo ello se convirtió en pura virtualidad a raíz de las tres batallas[25]. En aquel trienio «se hizo Europa», como reza el lema de esta Semana de Estudios Medievales, y las Navas, en consecuencia, tuvo parte activa en esta construcción. Añádase la conquista de Constantinopla en 1204 y estaremos ante un escenario «en que cuatro grandes batallas habían transformado Europa»[26].

Contemplado desde otro punto de vista, el resultado de las Navas no sólo crea o configura el sector más meridional del mapa de Europa, sino que la salva. Algunos autores que analizan en conjunto la historia de las relaciones entre Occidente y el Islam, desde el siglo VII hasta nuestros días, no dudan en colocarla en ese selecto grupo de batallas decisivas —«las batallas más decisivas de la Historia»— que, en un momento determinado, han librado a Occidente de caer bajo regímenes o culturas extrañas a su propia idiosincrasia, choques inmensos que han salvado a Europa, tal como la conocemos hoy día o que han impedido que desapareciera: Waterloo, el Marne, Stalingrado y mucho antes de todas ellas, las Navas. Si entonces

25. RENOUARD, Yves, «1212-1216. Comment les traits durables de l'Europe occidental moderne se sont définis au début du XIIIe siècle», *Études d'Histoire Médiévale*, París, 1968, vol. I, pp. 77-89 [originalmente publicado en *Annales de l'Université de Paris*, 1958, pp. 5-21].

26. BURNS, Robert I., *Castillos de Razón, Castillos de Fuerza*, pp. 28-29.

no se hubiera frenado en seco a los almohades, no ya la historia de España, sino toda la historia de Europa podría haber cambiado radicalmente. En este sentido, como diría uno de ellos, 1212 fue «the year of decision», porque «the battle which was about to be fought changed the course not only of Spanish but of European history, far more than Formigny, Bleinheim, Waterloo, the Marne, or Stalingrad. Near Seville, awaiting the Christian army, ready to march toward it an engage it in battle, was the flower of Spanish Muslim chivalry... and the Almohad hordes that had come over from Africa in the hope of bringing first Spain, then perhaps all of Europe, into the fold of Allah». Aquella fue, incluso, una batalla «far more momentous that the one that Charles Martel had won at Poitiers 480 years before, the battled that saved Europe from the fate»[27].

Independiente del fundamento y validez de cada una de estas interpretaciones, una cuestión sobre la que volveremos más adelante, lo cierto es que en buena medida se apoyan sobre una mezcla variable de realidades objetivas y de percepciones subjetivas que contribuyeron a formar una determinada imagen de aquel hecho desde el momento mismo en que sucedió. Entre ellas, quizás una de las apreciaciones o impresiones más arraigadas sobre la batalla, que además descansa sobre una realidad constatable, es aquella que presenta a la batalla de las Navas como un acontecimiento extraordinario, esto es, como un hecho que superó el marco rutinario de la vida cotidiana y que, particularmente, desbordó el cauce ordinario de la guerra y de las relaciones habituales entre cristianos y musulmanes. Quizás por eso tuvo un enorme impacto emocional sobre las sociedades que lo vivieron y dejó una profunda huella en la memoria de las siguientes generaciones.

Desde luego, hay no pocas razones para sostener la excepcionalidad de aquel suceso: fue algo extraordinario porque en el marco general de la conflictividad bélica las batallas campales lo eran. Pero se da el caso de que la batalla de Las Navas de Tolosa es excepcional incluso cuando la comparamos con otros sucesos excepcionales de su misma categoría, es decir, cuando lo comparamos con otras batallas campales, por cuanto que al contrario que otras, la campaña que desembocó en el encuentro de mediados de julio de 1212 fue expresamente proyectada para culminar en una batalla campal, algo insólito en el mundo de la guerra medieval, lo que lo convier-

27. Vidal, César, *España frente al Islam. De Mahoma a Ben Laden*, Barcelona, 2007 (1.ª ed. de 2004), pp. 180-183; Fregosi, Paul, *Jihad in the West. Muslim Conquests from the 7th to the 21st Centuries*, New York, 1998, pp. 192-193.

te en un hecho excepcional dentro de su propio rango de excepcionalidad. Por otra parte, fue un acontecimiento único desde una perspectiva política porque el Papado consiguió, tras algunas décadas de fracasos, crear un frente político-militar hispánico que permitiera combinar los esfuerzos de todas las monarquías peninsulares —al menos los de Castilla, Aragón y Navarra, además de la colaboración indirecta de Portugal y León— en la lucha contra los musulmanes de al-Andalus y del Magreb. Nunca antes y nunca después los reinos cristianos peninsulares presentan este perfil unitario frente al Islam.

Por último, lo acontecido en el campo de Las Navas de Tolosa representa una operación única en su género, al menos en el contexto medieval, por las dimensiones de las fuerzas implicadas y por las magnitudes de los recursos empleados. De nuevo tenemos que repetirlo: en este terreno tampoco nunca antes, sobre el solar hispano en el que dirimía desde siglos atrás la confrontación entre cristianos y musulmanes, se habían confrontado tal cantidad de hombres ni se habían movilizados tantos medios económicos, técnicos y organizativos[28].

El recuerdo de las Navas quedó fijado entre los contemporáneos y las generaciones siguientes, como paradigma de excepcionalidad, como un hecho nunca antes visto: «tuvo lugar esta felicísima guerra en el lugar que llaman Navas de Tolosa —dice al respecto Lucas de Tuy—. Nunca en España hubo una guerra igual» [«Actum est hoc felicissimum bellum in loco qui dicitur Navas de Tolosa, cui in Hispania simile bellum nunquam fuit»]. Y la impresión del coetáneo fue después ratificada por los compiladores alfonsíes: «uno de los mas grandes fechos que en el mundo contesçieran de quando el mundo fuera criado fasta en aquella sazon, la batalla que dizen de Hubeda fue»[29].

Tanto por la transcendencia de lo que parecía que los protagonistas iban a jugarse como por el volumen de hombres y materiales reunidos, el choque devino en punto de referencia de no pocas situaciones: cuando en 1247, tras la revuelta de al-Azraq, Jaime I ordenó la expulsión de los musulmanes de Valencia y los agentes del rey encargados de la custodia de aquella masa de gente se sintieron impresionados por su número —quizás unas 100.000 personas—, la medida para hacer la comparación no fue

28. García Fitz, Francisco, *Las Navas de Tolosa*, *passim*.

29. Lucas, Obispo de Tuy, *Chronicon Mundi*, ed. A. Schott, Francfurt, 1608, reproducido en Lucas de Tuy, *Crónica de España*, ed. Julio Puyol, Madrid, 1926, cap. LXXXIII, p. 415; *Primera Crónica General*, cap. 1011, p. 689

otra que lo ocurrido en la batalla de Las Navas: «desde los que iban delante hasta la retaguardia, se extendían lo largo de cinco leguas. Decía que ni en la batalla de Úbeda se vio tanta gente junta entre hombres, mujeres y chicos». Y años más tarde, en 1264, cuando el monarca aragonés requirió la opinión de su consejo para valorar la petición de ayuda de Alfonso X, presionado por los mudéjares de su reino que acababan de rebelarse, el obispo de Huesca no podía sino aconsejarle que reuniera cortes, porque este caso era muy grave, «más aún que la batalla de Úbeda ni que otro que se diera antes en España»[30]. Una generación después del suceso, el recuerdo de la batalla parece haberse convertido en un hecho no sólo memorable, sino proverbial.

De todas formas, lo que interesa subrayar aquí es otro aspecto de la fijación del acontecimiento en la memoria colectiva y que sin duda está relacionado con su consideración como punto de inflexión histórica: nos referimos a que la batalla se convirtió, al cabo de un siglo, en paradigma de derrota o de victoria, según el caso.

Por ejemplo, en varias ocasiones a lo largo del *Rawd al-qirṭās*, el cronista Ibn Abī Zar' recuerda a la batalla de las Navas de Tolosa como aquel momento fatídico en que los musulmanes fueron vencidos para no volver a recuperarse hasta la primera incursión de los benimerines, sesenta años después: «antes de él [del emir Abū Yūsuf] los cristianos crecieron en potencia y se apoderaron de la mayor parte de al-Andalus, y no vencieron en él las banderas de los musulmanes desde la batalla del Castillo de la Cuesta —Las Navas— en 609 (1212) hasta que pasó a la guerra santa su enseña vencedora y sus tropas en el año 674 (1275)» [...] «los andaluces se alegraron con esto [de la llegada de los meriníes], porque en su país no habían vencido las banderas musulmanas desde la jornada de Hisn al-'Iqāb —Las Navas de Tolosa—, en que derrotaron los cristianos a los almohades, el año 609 (1212), hasta este tiempo. Dios sembró el miedo en los corazones de los cristianos, contra los cuales no se atrevían antes los musulmanes a combatir, ni a salir contra ellos ni a resistirlos, y por eso los cristianos se apoderaron de su país, fortalezas y ciudades, hasta que pasó la bandera victoriosa del emir de los musulmanes, Abū Yūsuf, y por ella glorificó Dios al Islam, socorrió a los creyentes y humilló a los idólatras»[31].

30. *Llibre dels Fets del rei En Jaume*, ed. Jordi Bruguera, Barcelona, 1991, vol. II, 369, p. 280 y 380, p. 288 (citamos por Jaime I, *Libro de los Hechos*, trad. Julia Butiñá, Madrid, 2003, cap. 369, p. 407 y cap. 380, p. 417).

31. *Rawd al-qirṭās*, pp. 568 y 593.

De nuevo y de manera reiterada, las Navas se presenta como hito sobresaliente en las relaciones entre cristianos y musulmanes, pero también como sinónimo de derrota, de la gran derrota del Islam, de la derrota por antonomasia, aquella que sirve como vara de medir la magnitud de otras desgracias: «El año 614 (10 de abril 1217 a 29 de marzo 1218) fueron vencidos los musulmanes en el castillo de Abū Danis –Alcacer do Sal-: esta derrota fue una de las mayores y poco menor que la de Hisn al-'Iqāb –Las Navas de Tolosa»[32].

En la otra orilla, el fenómeno es inverso: a mediados del siglo XIV, el cronista de Alfonso XI tenía que buscar un éxito militar resonante con el que contrastar el que acababa de tener lugar junto al río Salado. Dispuesto a confeccionar una pieza propagandística al servicio del monarca castellano-leonés, necesitaba tomar como punto de referencia una victoria reconocida, memorable, un triunfo que hasta entonces no hubiera tenido comparación posible, porque sólo así se podría dar la medida exacta del mérito adquirido por el rey. Si, para que el contraste diese relieve a la victoria recién conseguida, tenía que seleccionar el mayor de los éxitos que hasta ese momento habían obtenido los cristianos en su lucha contra los musulmanes, la elección estaba clara: no podía ser otro que la batalla de las Navas de Tolosa.

Por supuesto, una vez hecha la comparación el cronista demostraba que la confrontación campal habida cerca de Tarifa era más virtuosa y merecía más elogios que la de Úbeda, pero el mero hecho de su elección, de la detallada reconstrucción de no pocos de sus aspectos, de la atención que se le presta, señala la consideración que se tenía del choque de 1212[33]. En el mundo cristiano peninsular, las Navas de Tolosa era el símbolo de la victoria, el rasero con el que medir la relevancia de otros éxitos: «E parando mientes en todas estas cosas, pueden los omes entender, que como quier que en amas dos batallas demostro Dios muy cunplidamente grand miraglo e anbas fueron vençidas por el poderio de Dios mas que por fuerça de armas, pero paresçe que mas virtuosa fué esta sancta batalla que fue vençida cerca de Tarifa que la que se dizen de las Nauas de Tolosa que fue çerca de Vbeda, e de mas miraglo, et mas de loor, por quanto la vençieron omes de los reynos de Castilla»[34].

32. *Ibidem*, pp. 471-472.

33. *Crónica del rey don Alfonso el Onceno*, ed. Cayetano Rossel en *Crónicas de los Reyes de Castilla*, Madrid, 1953, cap. CCLII, pp. 328-329; *Gran Crónica de Alfonso XI*, ed. Diego Catalán, Madrid, 1976, II, cap. CCCXXXII, pp. 439-441.

34. *Gran Crónica de Alfonso XI*, II, cap. CCCXXXII, p. 441.

Como paradigma del éxito y de la victoria frente al Islam, muchos quisieron, en las generaciones siguientes, establecer un vínculo con ella: cualquier noble dispuesto a ensalzar y glorificar a su linaje, no tenía sino que remontar sus orígenes a la batalla, recordar o inventar la hazaña de algún antepasado durante aquel combate[35]. Baste pensar, por ejemplo, en la larga lista de linajes nobiliarios que acabaron adjudicando a algún antepasado suyo el extraordinario mérito de haber sido el primero en asaltar el palenque que defendía a la tienda del califa almohade o de romper las cadenas que ataban a los miembros de la guardia negra del Miramamolín. Gonzalo Argote de Molina dio buena cuenta de todos aquellos que incluyeron en sus escudos de armas alguna alusión a las cadenas, a la cruz que apareció durante la batalla u a otros signos alusivos a aquella jornada Y es que, como afirma el citado autor, «fue tan grande el concurso de todos los nobles de los reinos de España, para hallarse en esta batalla, que apenas quedó rico hombre ni hijodalgo en toda Castilla, Aragón y Navarra que pudiese tomar Armas, que no se hallase en ella. Y así se les puede dar con mucha razón crédito a todos los nobles, que por razonables conjeturas se preciaren, haberse hallado en ella sus antecesores. Y así, por tradiciones antiguas de algunos otros linajes consta haberse señalados en esta batalla sus pasados, y haber quedado memoria de ello en sus escudos»[36]. Como bien se sabe, tampoco la heráldica del reino de Navarra escapó a esta tentación[37]. Sin duda, las Navas se había convertido sinónimo de gloria.

Por contrario, para los musulmanes, como signo de la derrota y la vergüenza, su mero recuerdo podía resultar infamante o insultante. Sólo una anécdota para ilustrar lo que queremos decir: poco antes de que Jaime I emprendiese la conquista de las Baleares, el rey de Mallorca apresó a una tarida catalana cargada de mercancías. El joven monarca aragonés envió entonces un mensajero para que tratase sobre su liberación, pero éste fue tratado con desdén por el mallorquín quien, «con una contestación insolente y dura», se comportó como si no conociera su nombre —el del gobernante de Aragón— y le preguntó con evidente desprecio que «quién era aquel rey que reclamaba aquella tarida». Para hacer frente a tanta alta-

35. Ladero Quesada, Miguel Ángel, «1135-1217. I. Castilla y León», en Miguel Ángel Ladero Quesada (Coord.), *La reconquista y el proceso de diferenciación política (1035-1217)*, *Historia de España Menéndez Pidal*, tomo IX, Madrid, 1998, p. 542.

36. Argote de Molina, Gonzalo, *Nobleza de Andalucía*, Sevilla, 1588, lib. I, caps. XLVI-XLIX. La cita textual en fol. 45v.

37. Menéndez Pidal, Faustino y Martínez de Aguirre, Javier, *El escudo de armas de Navarra*, Pamplona, 2000, pp. 39-53.

nería y agrandar a la figura de su señor, al mensajero le bastó responder que «era el hijo del que venció al ejército en la batalla de Úbeda». Para el catalán, ser descendiente de quien había participado en las Navas era una orgullosa expresión de distinción, pero para el musulmán mallorquín el recuerdo de la derrota era una afrenta en toda regla, y así lo interpretó: «de no ser mensajero, le habrían costado caras sus palabras»[38]. Un mismo hecho, dos símbolos distintos, el de la victoria honrosa y el de la derrota humillante.

Bajo ningún concepto puede negarse, pues, el carácter absolutamente excepcional y memorable, pronto convertido en proverbial, de aquel acontecimiento histórico, ni tampoco su impacto sobre los contemporáneos ni la conciencia que muy pronto surgió, tanto entre los protagonistas como entre las siguientes generaciones, de que las Navas era el paradigma de la victoria o de la derrota y de que representaba, en fin, un punto de inflexión en las relaciones entre cristianos y musulmanes. Pero, ¿realmente lo fue? La percepción que de lo ocurrido en el verano de 1212 se tuvo de manera inmediata y que se consolidó a lo largo del siglo y medio siguiente, ¿justifica por sí misma su consideración de «batalla decisiva», entendida ésta como un choque que altera de manera sustancial la dirección de los asuntos políticos o provoca todo tipo consecuencias a corto o medio plazo en las sociedades implicadas?

A nuestro juicio, la respuesta a estas cuestiones no puede ser simple ni solventarse con una frase brillante y contundente, sino que requiere un análisis detallado de las circunstancias que permita discernir y matizar en qué sentido o en qué planos de la realidad histórica puede considerarse a lo ocurrido en Las Navas como un hecho determinante de la historia medieval hispánica y, en segundo lugar, evaluar hasta qué punto la victoria del ejército cruzado supuso realmente una inflexión en las dinámicas políticas peninsulares y en el conflicto territorial que venía dirimiéndose desde siglos atrás.

A este respecto, quizás lo primero que deba subrayarse es que, a pesar de que la opinión en torno al carácter decisivo de la batalla para la historia de España es mayoritaria, tanto entre los medievalistas como entre histo-

38. «vós responés-li molt bravament e dura e dixés-li qui era aquel rey que aquela terida demanava, e él respòs-vos que aquest era fiyl d'aquel qui vençé la batayla a la ost d'Úbeda; e vós esquivàs-vos e fos somogut contra él e dixés-li que, si no fos perquè era missatge, que mala hauria dita aquela paraula», *Llibre dels Fets del rei En Jaume*, ed. Jordi Bruguera, Barcelona, 1991, vol. II, 77, p. 89 (citamos por la trad, de Julia Butiñá, cap. 77, p. 161).

riadores, ensayistas y divulgadores, lo cierto que es que algunos autores han advertido ya sobre las exageraciones implícitas en muchos de aquellos juicios. Tal vez no deje de ser significativo que sean precisamente quienes con más detenimiento y detalle se han dedicado al estudio de la batalla y de su contexto, los que hayan cuestionado la magnitud real de las consecuencias del choque.

Y entre estos, por supuesto, ocupa un lugar relevante la opinión de Ambrosio Huici Miranda. Quizás haya sido este autor, en muchos sentidos pionero no sólo en el análisis del encuentro, sino también en la investigación sobre el imperio almohade y sobre las fuentes para su conocimiento, uno de los primeros en rebajar el alcance o los efectos de la batalla, en el entendimiento de que la trascendencia que tradicionalmente se le había otorgado resultaba sobrevalorada. Desde su punto de vista, un resultado diferente, una victoria almohade en las estribaciones de Sierra Morena, no habría alterado sustancialmente determinadas tendencias de fondo. Seguramente una eventualidad como ésta, una derrota del ejército cruzado liderado por Alfonso VIII, similar a la de Alarcos, hubiera significado un contratiempo que hubiera retrasado el avance territorial cristiano, pero a medio plazo no hubiera podido detenerlo. Y ello sería así porque, independientemente de lo que ocurrió en las Navas, el imperio almohade hubiera acabado hundiéndose de todas formas debido a sus propias debilidades internas, a sus contradicciones y a la creciente presión de los meriníes en el norte de África, y cuando esto ocurriera la suerte del Islam peninsular, expuesto a los ataques de sus vecinos del norte, no habría sido distinta de la que fue[39].

Con posterioridad otros especialistas, a la hora de evaluar «las consecuencias de las Navas», han instado sobre la necesidad de distinguir entre «realidades, imágenes» y «símbolos», resaltando la fuerte carga propagandística —destinada a justificar y exaltar el triunfo o magnificar la derrota, según el caso— que impregna los relatos de esta batalla, así como su pronta configuración como símbolo de unidad y restauración hispana, y todo ello en contraste con una realidad bélica que venía a demostrar que «en verdad, las batallas «decisivas» no lo eran tanto»[40].

39. Huici Miranda, Ambrosio, *Historia política, del Imperio Almohade*, 2 vols., Tetuán, 1956-1957 [Ed. Facsímil con estudio preliminar de E. Molina López y C. Navarro Oltra, Granada, 2000], pp. 427-428 y 432. Las mismas ideas en *Las grandes batallas de la Reconquista durante las invasiones africanas (almorávides, almohades y benimerines*), Madrid, 1956 [Ed. Facsímil con estudio preliminar de E. Molina López y C. Navarro Oltra, Granada, 2000], p. 278.

40. Ladero Quesada, Miguel Ángel, *1135-1217. I. Castilla y León...*, *op. cit*., pp. 541-543.

En otras ocasiones, al analizar el retroceso territorial de al-Andalus después de las Navas, se ha preferido tener en consideración otros factores más complejos, menos llamativos, pero quizás más determinantes a medio o largo plazo que el resultado de la batalla, tales como la incapacidad andalusí para crear su propia estructura militar o la falta de integración real de los componentes que formaban parte del Imperio almohade: por espectaculares que fuesen, se concluye, el destino de al-Andalus no dependía de los efectos inmediatos de un choque campal. Y el mismo escepticismo parece mostrar Martín Alvira cuando, en un capítulo realmente magistral de su obra, se cuestiona hasta qué punto y en qué sentidos la batalla representa «el fin de un era»: el acontecimiento no tuvo parangón en su época y las implicaciones mentales o psicológicas sobre ambas sociedades fueron enormes, pero «en realidad, de igual forma que la victoria de Las Navas de Tolosa no decidió la Reconquista, la derrota de al-'Iqāb tampoco precipitó la disolución del Imperio Almohade». En fin, como recientemente se ha vuelto a poner de manifiesto, a pesar de su excepcionalidad y de su extraordinaria resonancia, «tal vez se haya exagerado mucho el alcance de esta batalla, que desde luego no produjo la derrota definitiva de los almohades»[41].

También desde nuestro particular punto de vista la tradicional consideración de «batalla decisiva» aplicada a las Navas requiere algunos matices porque entendemos que, si bien desde algunas perspectivas podría tenerse como tal, desde otras, desde luego, no. Dado que tanto aquellas interpretaciones que sostienen que la batalla de las Navas de Tolosa fue decisiva para el devenir de la historia de al-Andalus, de la historia de España o de la historia de Europa occidental, como para aquellas otras que rebajan su trascendencia, el núcleo de la cuestión radica en la gravedad de los efectos de la derrota sobre la estabilidad del califato almohade —o en los efectos de la victoria como acelerador definitivo de las conquistas cristianas en el sur peninsular— resulta necesario precisar algunos extremos sobre estas cuestiones[42].

41. Vidal Castro, Francisco, «Al-'Iqāb, Las Navas de Tolosa en las fuentes árabes», *I Jornadas de Estudios Históricos «La batalla de Las Navas de Tolosa»*, Jaén, 1998, p. 31; Alvira Cabrer, Martín, *Guerra e ideología en la España Medieval: cultura y actitudes históricas ante el giro de principios del siglo xiii. Batallas de Las Navas de Tolosa (1212) y Muret (1213)*, Tesis Doctoral, Universidad Complutense de Madrid, Madrid, 2000, pp. 556-588, la cita en p. 577; Manzano Moreno, Eduardo, *Épocas medievales*, en *Historia de España*, dir. Josep Fontana y Ramón Villares, vol. 2, Madrid, 2010, p. 412.

42. Tuvimos ocasión de exponerlos, con más detalle en García Fitz, Francisco, *Relaciones políticas y guerra. La experiencia castellano-leonesa frente al Islam. Siglos xi-xiii*, Sevilla, 2002, pp. 145-176.

Quizás convenga comenzar por la situación creada a un lado y a otro de la frontera inmediatamente después de la batalla. Lo primero que llama la atención es que, si prescindimos de los juicios de los contemporáneos y nos centramos fríamente en la sucesión de los acontecimientos posteriores, resulta evidente que el gran choque campal ni provocó una ruptura inmediata del edificio político-militar almohade ni facilitó la conquista cristiana a gran escala. Habrá que esperar más de una década para observar los primeros síntomas claros de la crisis del imperio norteafricano y todavía un poco más para que la expansión de los reinos del norte se convierta en avalancha.

Que la derrota del califa al-Nāsir no supuso el hundimiento de su imperio presenta pocas dudas: desde luego el fuerte impacto que debió causar el desastre no sólo no conllevó el colapso general de la estructura política almohade, sino que ni siquiera llegó a neutralizar o a paralizar del todo —sólo lo hizo en algún sentido, como veremos— la maquinaria militar del estado, como cabría haber imaginado tras una derrota campal de aquella magnitud. De hecho, la reacción bélica musulmana fue inmediata: en septiembre de 1212, esto es, pocas semanas después de la victoria de los cruzados en las Navas, los gobernadores almohades de Jaén, Granada y Córdoba conservaban todavía suficiente capacidad bélica, organizativa y estado de ánimo como para intentar la recuperación de algunas de las fortalezas que los cruzados habían conquistado en el anterior mes de julio —Baños, Tolosa, Ferral y Vilches—. Es verdad que fracasaron en su intento, pero al cabo de unos meses sí consiguieron tomar algunas localidades en la frontera oriental —Cuevas de Garaudén y Alcalá del Júcar—, de las que serían desalojados poco después —1213— por las tropas de Alfonso VIII, que además ampliarían sus anexiones con la incorporación de otros lugares de la zona —Dueñas (Calatrava la Nueva), Eznaveroxe, Alcaraz y Riopal—[43].

El hecho de que estas operaciones se saldaran con fracasos no resta fuerza a la evidencia de que la estructura bélica norteafricana, al menos en al-Andalus, se mantenía en pie y que procuraba articular una respuesta militar a las pérdidas militares y territoriales sufridas durante el verano de 1212. En algún caso, además, sus acciones presentan cierta contundencia e incluso profundidad: a lo largo del año 1213 una hueste castellana procedente de Talavera fue aniquilada cerca de Sevilla. Quizás sea a ella a la que

43. *Anales Toledanos I*, ed. Julio Porres Martín-Cleto, *Los Anales Toledanos I y II*, Toledo, 1993, pp. 174-177; *Crónica Latina de los Reyes de Castilla*, introducción, texto crítico, traducción, notas e índice de Luis Charlo Brea, Cádiz, 1984, pp. 36-37[en adelante: *CLRC*]; *HRH*, Lib. VIII, cap. XIII.

se refieren Ibn Jaldún y otros cronistas musulmanes cuando dan cuenta de una expedición cristiana que tuvo lugar tras la vuelta del califa al norte de África, en la que los atacantes fueron derrotados en las inmediaciones de aquella ciudad, «un succés» que, a juicio del cronista, «releva, pour quelque temps, le courage des musulmans». En contrapartida, una cabalgada musulmana algareó con éxito inicial las inmediaciones de Toledo: aunque fueron derrotados durante la persecución por la milicia toledana, tuvieron tiempo de robar y de hacer numerosos cautivos, que serían asesinados durante el encuentro[44].

Por otra parte, el desarrollo de los acontecimientos que se desarrollaron durante la siguiente década demuestra palpablemente lo que anteriormente adelantábamos, esto es, que ni la batalla había acabado con los almohades ni el empuje conquistador cristiano resultaba incontenible. La prueba más evidente de ello es que entre 1214 y 1224 las fronteras entre los reinos del norte y al-Andalus apenas experimentaron cambios.

Cabría argumentar que si el hundimiento del imperio norteafricano no se produjo inmediatamente después de la batalla de las Navas ello no fue debido tanto a la capacidad de resistencia de los almohades, cuanto al desarrollo de algunas circunstancias que acarrearían cierto grado de tranquilidad militar y que les otorgarían un respiro coyuntural. De un lado, las catástrofes naturales: un período de epidemias, carestía y malas cosechas entorpeció extraordinariamente a la actividad bélica castellana entre la segunda mitad del año 1212 y 1214. Recuérdese, a este respecto, que la campaña de las Navas ya se había tenido que interrumpir bruscamente apenas unos días después de la batalla como consecuencia, entre otras causas, de distintas enfermedades que golpearon a hombres y a animales, y no sólo a los que estaban en la hueste, sino también a los de toda Castilla[45]. Unos meses más tarde, a principios de 1213, Alfonso VIII inició la campaña que culminaría con las conquistas de Dueñas y Alcaraz a pesar del flagelo de las enfermedades, mientras que durante todo ese año y el siguiente las heladas de invierno y la sequía de primavera malograron las cosechas hasta el punto de que en la región de Toledo llegaron a despoblarse algunas aldeas: «en este año fizo elada en October, e en November, e Janero, e Febrer, e non lovio en Marcio, ni en Abril, ni en Mayo, ni en Junio, o nunca tal mal

44. *Anales Toledanos I*, pp. 177-178; Ibn Khaldoun, *Histoire des Berbères et des Dynasties Musulmanes de L'Afrique Septentrionale*, IV tomes, traduite de l'arabe par Le Baron de Slane, édition publiée sous la direction de P. Casanova, Paris, 1969, vol. II, p. 226; Al-Himyarī, *Kitāb ar-Rawd al-mi'tār*, pp. 392-393.

45. *HRH*, Lib. VIII, cap. XII; *CLRC*, p. 35.

anno fue, e no cogiemos pan ninguno, e fugieron los quinteros e ermaronse las Aldeas de Toledo»[46].

No cabe duda de que este estado de cosas afectó negativamente a la dinámica militar castellana: en febrero de 1214 Alfonso VIII se vio obligado a levantar un asedio sobre Baeza, tras tres meses de sitio, por falta de víveres y a su vuelta a Toledo tuvo que abastecer la fortaleza de Calatrava y otros castillos de la frontera que corrían el riesgo de ser abandonados por sus guarniciones por falta de alimentos. El canciller Juan de Osma describía con tintes de maldición bíblica la situación por la que pasaba Castilla en aquellos días: «Illo nempe anno tanta fuit fames in regno Castelle, presertim ultram serram, et Extremadura, quanta nunquam uisa fuit ne audita in terris illis a seculis antiquis. Moriebantur siquidem homines cateruatim, ita quod uix erat qui sepeliret»[47].

De otro lado, los problemas dinásticos y políticos también pudieron amortiguar los efectos de la guerra contra los almohades: uno de los grandes impulsores de la actividad bélica contra los musulmanes durante los últimos años y protagonista indiscutible del éxito de las Navas, Alfonso VIII de Castilla, murió en 1214. Su heredero, Enrique I, era menor de edad y, además, también falleció al poco tiempo. El acceso al poder de Fernando III en 1217 podría haber cambiado el panorama de inactividad, pero las complicadas relaciones con Alfonso IX durante los primeros compases de su reinado no animaban a abrir otro frente. En Aragón, las cosas no fueron distintas: el entusiasta compañero de Alfonso VIII en la lucha contra el Islam, Pedro II, pereció en 1213 luchando en Muret, y su sucesor, Jaime I tenía que encarar una minoría de edad no exenta de problemas internos[48]. Por sí mismas, todas estas circunstancias explicarían un enfriamiento de la actividad militar en las fronteras meridionales y, para los almohades, un aflojamiento de la tensión, pero se da el caso, además, de que, atendiendo a algunas de las dificultades ya aludidas, en 1214 Castilla había firmado una tregua con los almohades, que se renovaría en 1221 y que estuvieron vigentes hasta 1224[49].

46. *Anales Toledanos I*, p. 177.

47. *Anales Toledanos I*, p. 181; *HRH*, Lib. VIII, cap. XIII y XIV; *CLRC*, p. 38.

48. Ladero Quesada, Miguel Ángel (Coord.), *La reconquista y el proceso de diferenciación política*, pp. 546-552 y 743-748.

49. *al-Bayān. I*, pp. 275-277 y 281-283; Ibn Khaldoun, *Histoire des Berbères*, p. 228; *HRH*, Lib. VIII, cap. XIV; *CLRC*, p. 39. Una aproximación al significado de estas treguas en Dufourcq, Ch.-E., «Les relations du Maroc et de la Castille pendant le première moitié du xiiie siècle», en *Revue d'Histoire et de Civilisation du Maghreb*, 5 (1968), pp. 39-40.

Ahora bien, creemos que sería un error interpretar que este estado de cosas desactivó el empuje cristiano contra las fronteras de al-Andalus en estos años y que en esto radicaría la explicación de la supervivencia del imperio norteafricano, abatido o moribundo en la práctica desde las Navas, durante una década más. No fue así. A pesar de todo lo que hemos indicado, la guerra continuó en varios frentes, con una virulencia e intensidad notables y contando con no pocos recursos humanos, económicos y propagandísticos, a veces de procedencia extrapeninsular. Ciertamente ni los gobernantes castellanos ni los aragoneses estuvieron en condiciones de proseguir el conflicto con la animosidad de décadas anteriores, pero en la península –incluso fuera de ella– había otros agentes dispuestos a hacerlo: los reyes de León y de Portugal, desde luego, pero no sólo ellos.

El caso leonés resulta muy relevador a este respecto: en 1214, antes de que su vecino castellano firmase las treguas con los almohades y en connivencia y con la colaboración militar aquél, Alfonso IX tomó Alcántara[50]. En adelante este monarca no cejaría en su empeño de extender su dominio al sur del Tajo: cuatro años más tarde, en 1218, encabezaba una cruzada para conquistar la ciudad de Cáceres que contó con el apoyo moral y económico de Roma, con la colaboración de los contingentes aportados por todas las órdenes militares y con el refuerzo de tropas que procedían de Gascuña, de Castilla y de otros reinos peninsulares, pero fracasó[51]. No obstante, no sabemos si en este mismo contexto o en circunstancias ajenas a la cruzada, por las mismas fechas un noble de origen castellano, Alfonso Téllez, tomaba Alburquerque[52]. En los años siguientes –al menos en 1222 y en 1223, si bien hay noticias de preparativos desde 1220– Alfonso IX, siempre con el decidido apoyo del Papa Honorio III, volvería a intentar la anexión de Cáceres, aunque una y otra vez sin éxito[53].

En la vecina Portugal una circunstancia fortuita propició un éxito notable: en el verano de 1217 una escuadra de cruzados alemanes, flamencos y de otras nacionalidades que se dirigía a Tierra Santa con motivo de la Quinta Cruzada, se vio obligada a arribar a las costas portuguesas como

50. Lucas de Tuy, *Chronicon Mundi*, p. 416; *CLRC*, pp. 37-38; *HHE*, Lib. VIII, cap. XIII; *Anales Toledanos I*, p. 181.

51. *Anales Toledanos I*, p. 189; Lucas de Tuy, *Crónica de España*, cap. LXXXIX, p. 422; Mansilla, Demetrio, *La documentación Pontificia de Honorio III (1216-1227)*, Roma, 1965, docs. 148, 149 y 155.

52. Mansilla, D., *La documentación Pontificia de Honorio III*, doc. 559.

53. *Ibidem*, doc. 339 y 369; *Anales Toledanos II*, p. 193; González, J., *Alfonso IX*, Madrid, 1944, vol. I, p. 198.

consecuencia de diversas inclemencias climáticas y tuvo que refugiarse en el puerto de Lisboa. Los obispos lusos y otros dirigentes político-militares (especialmente los maestres, priores o comendadores de varias órdenes militares) convencieron a los recién llegados para que, a cambio de sustento, se involucraran en la guerra contra los musulmanes de la península. El resultado fue la conquista de Alcacer do Sal, después de derrotar a un ejército almohade de socorro encabezado por los gobernadores de Sevilla, Córdoba, Badajoz y Jaén[54].

Aunque Castilla mantuviera una tregua oficial con los almohades, sus recursos militares no dejaron de ser empleados durante estos años en la lucha contra los norteafricanos por distintas vías. Por una parte, en algún acuerdo establecido con la monarquía leonesa, quizás en 1218, se preveía que, aunque el rey de Castilla estuviera obligado a cumplir los compromisos de no agresión con los musulmanes, sus súbditos eran libres para prestar ayuda militar a Alfonso IX si así lo estimaban: «si hominis regis Castelle uoluerint adiuuare regem Legionis contra mauros [se indica en el citado documento], debet placere regi Castelle et regine bona fide et sine malo ingenio». De hecho ya hemos señalado que hubo fuerzas castellanas —«gientes del Rey de Castiella»— en la cruzada leonesa contra Cáceres de este mismo año[55]. En la misma línea, en 1220 el Papado presionó a la monarquía castellana para que, a pesar de la tregua con los musulmanes, permitiera a los efectivos de la orden de Calatrava defenderse o tomar venganza cuando fueran atacados en sus fronteras, y al año siguiente esta misma orden y la de Santiago firmaban un acuerdo de hermandad y apoyo mutuo frente a cualquier ataque islámico, ignorando expresamente la posición diplomática de Fernando III, que acababa de renovar la tregua con los almohades[56]. Por otra parte, el mantenimiento de esta tregua tampoco fue obstáculo para que en la propia Castilla el arzobispo de Toledo, Rodrigo Jiménez de Rada, organizara a lo largo de 1219 una cruzada contando con los beneficios espirituales otorgados por Honorio III y con parte de los fondos recaudados en España para la financiación de la Quinta Cruzada.

54. *Annales Colonienses Maximi*, ed. K. Pertz, *Monumenta Germaniae Historica, Scriptores*, XVII, Hannover, 1861, pp. 829-831; *Rawd al-qirṭās*, pp. 471-472; *Rawd al-miʿṭār*, pp. 325-326; *Anales Toledanos I*, p. 188; Mansilla, D., *La documentación Pontificia de Honorio III*, docs. 95-96 y doc. 134.

55. *Anales Toledanos I*, p. 189; González, Julio, *Alfonso IX*, vol. II, doc. 352, pp. 460-462.

56. Mansilla, Demetrio, *La documentación Pontificia de Honorio III*, doc. 340, pp. 251-252; Ortega y Cotes, I.J., Álvarez de Baquedano, J.F., Ortega de Zúñiga y Aranda, P. (edts.), *Bullarium Ordinis Militiae de Calatrava*, Madrid, 1761, p. 683

Para respetar aparentemente la tregua, la expedición no se internó en al-Andalus a través de las fronteras castellanas, sino de las aragonesas, y llegó a tomar varios castillos (Sierra, Serresuela y Mira), si bien fracasó rotundamente ante las murallas de Requena, donde las bajas cristianas ascendieron a más de 2000[57].

Así pues, si exceptuamos la inacción aragonesa, no puede negarse que las iniciativas militares de los reinos cristianos contra sus vecinos del sur se multiplicaron. Se da la circunstancia, además, de que contaron con un ambiente cruzadista muy propicio para su desarrollo, vivificado al calor del IV Concilio de Letrán y de los preparativos de la Quinta Cruzada[58]. Como hemos visto, Honorio III no se cansó de conceder indulgencias a todo el que se mostrase dispuesto a luchar contra los musulmanes en Hispania, se implicó activamente en la guerra peninsular predicando varias cruzadas, permitiendo la aplicación de las rentas eclesiásticas para la financiación de las operaciones e instando a emprender la guerra contra el Islam a las distintas monarquías y órdenes militares. Cruzados alemanes, flamencos y gascones se involucraron en la lucha. Los reyes de León y de Portugal combinaron sus esfuerzos y se vieron reforzados por contingentes castellanos y por los efectivos de todas las órdenes militares, tanto hispánicas como internacionales. Pues bien, toda esta suma de esfuerzos y de recursos económicos, militares e ideológicos fue insuficiente para que el dominio cristiano avanzara de manera significativa: salvo por las conquistas de Alcántara, Alcocer do Sal y Alburquerque, las fronteras de 1224 seguían siendo las mismas que las de 1213 o 1214. Los repetidos fracasos leoneses ante las murallas de Cáceres, el absoluto desastre de la cruzada de Jiménez de Rada en Requena y el hecho de que los portugueses necesitaran el concurso extraordinario e inesperado de los cruzados europeos para materializar una anexión pueden servir como contraste a los escasos logros, escasos al menos en relación a los medios empleados.

En 1218 Honorio III afirmaba que si los musulmanes se mantenían en España no era debido a su fuerza, sino a las divisiones entre los cristianos[59]. En función de todo lo que acabamos de indicar, no parece que el pontífice

57. *Anales Toledanos I*, pp. 189-190; Mansilla, Demetrio, *La documentación Pontificia de Honorio III*, docs. 207-210.

58. Hefele, Ch.-J., *Histoire des conciles d'après les documents originaux*, tomo V, trad. francesa de H. Leclercq, Paris, 1913, parte 2.ª, pp. 1390-1395; Kennan, E., «Innocent III and the first political crusades», *Traditio*, 27 (1971), pp. 231-250; Powell, James F., *Anatomy of a Crusade, 1213-1221*, Pensilvania, 1986.

59. Mansilla, Demetrio, *La documentación Pontificia de Honorio III*, doc. 155, p. 124.

tuviera razón, y la idea de que «la derrota había destruido entre los almohades la capacidad para una resistencia eficaz ante la expansión castellana» requiere, seguramente, alguna matización[60]. Por el contrario, creemos que puede concluirse que, durante los doce años posteriores a su derrota en las Navas el dominio almohade sobre la península se mantuvo bastante estable, y ello a pesar de que, a la muerte en 1213 de al-Nāsir —el califa vencido en las Navas—, el gobierno del imperio recaía sobre un menor de edad, con la consiguiente incertidumbre, inestabilidad y falta de iniciativa que suele acompañar a estos períodos. Desde el punto de vista militar y del equilibrio de fuerzas, la batalla no había sido decisiva para provocar un cambio radical de posiciones: ni el imperio se había hundido ni los reinos del norte parecían una fuerza incontenible.

Es verdad, como hemos venido comentando, que muchos testimonios significativos parecen desmentir lo que acabamos de afirmar. Detengámonos en uno de ellos: afirma Ibn Abī Zar', al referir al origen de la presencia meriní en el Magreb, que éste era un pueblo nómada del sur, algunos de cuyos miembros solían adentrarse en territorio magrebí durante los veranos para aprovisionarse de cereales y apacentar sus ganados. Cuando en 1213, siguiendo estas pautas tradicionales, salieron del desierto y llegaron a los dominios almohades, «encontraron que la gente de al-Mabrib y sus ganados habían perecido, y que sus caballos, sus hombres y sus valientes habían sucumbido, y que todos habían muerto en la expedición de Las Navas; la desolación invadió el país, y lo poblaron los leones y los chacales del lugar». Según este testimonio, dicha situación fue la que animó a los benimerines a desplazarse al Magreb, en el convencimiento de que nadie se les opondría[61]. Pero conviene tener cuidado, porque el cronista era parcial y estaba muy interesado en perjudicar la imagen de los almohades y ensalzar a la de los benimerines, y para ello nada mejor que exagerar el descalabro de las Navas y lo desastroso de sus consecuencias, puesto que así el nuevo poder norteafricano, al que el relator servía, podía ser justificado o legitimado y ser presentado como una fuerza redentora del Islam, como por otra parte ya hemos tenido ocasión de comprobar en anteriores citas de este mismo autor[62].

Ciertamente estos años no fueron buenos en el norte de África, como tampoco lo fueron en la península, pero no tanto como un efecto directo

60. Mínguez, José María, *La Reconquista*, Madrid, 1989, p. 169.
61. *Rawd al-qirṭās*, pp. 538-539.
62. *Ibidem*, pp. 467-468, 568 y 593.

de la batalla, cuanto por las epidemias, las malas cosechas y las hambrunas que asolaron la región: entre 1217 y 1220 la esterilidad y el hambre fueron una constante, hasta el punto de que el año 1219 fue conocido entre las tribus masmudíes como el «año del pobre». De hecho, el mismo autor parece contradecir el punto de vista recogido en el párrafo anterior cuando, en otro lugar, sostiene que a pesar de su debilidad y de los problemas internos que comenzaban a manifestarse, los años de reinado del califa que ejerció el poder entre 1214 y 1224 —Abū Yaᶜqūb al-Mustansir, el sucesor del derrotado en las Navas— «fueron de paz, tranquilidad y prosperidad», una apreciación que corrobora otro cronista tardío que afirma que «en su tiempo estuvo tranquilo el país de al-Andalus y el de Ifrīqiya, sin discordias ni rebeliones... Sus días fueron tranquilos»[63].

Seguramente nada hacía presagiar, entre esas fechas, lo que ocurriría a partir de 1224, o al menos no en su total magnitud y resultados. Y es que sólo entonces estallaría con toda crudeza la crisis del imperio, no como consecuencia directa del resultado de las Navas —conviene insistir—, sino debido a la eclosión problemas políticos y dinásticos que nada tenían que ver con la batalla habida una docena de años atrás. Con todo, los antecedentes de aquellos conflictos se remontan, al menos, a finales de 1213, cuando el califa derrotado en Sierra Morena fue asesinado en Marrākush[64]. La sucesión recayó entonces en un menor de edad, de modo que el gobierno quedó en manos de sus parientes —sus tíos— y de los grandes jeques almohades. Ello dio lugar a luchas intestinas que debieron desestabilizar el poder del estado: «por envidia unos de otros sobre el gobierno, se enemistaron entre sí con soberbia y arrogancia; la vanidad se apoderó de los príncipes y pervirtieron las cosas; no dejaron consultar, cortaron la misericordia, fueron injustos en sus juicios y dieron el mando a los más viles de ellos, e hicieron jueces a los más perversos. Penetró la corrupción en su reino, comenzó a disminuir su religión y su territorio, pasaron sus días felices y se alejó de ellos la dicha».

Como resultado inevitable se produjo un debilitamiento del poder central y un desdibujamiento de la figura del califa, de modo que, aunque no hubiera sublevaciones abiertas contra él, «sus órdenes no eran obedecidas,

63. *Ibidem*, p. 470; *Al-Hulal al-Mawšiyya. Crónica árabe de las dinastías almorávide, almohade y benimerín*, traducción de Ambrosio Huici Miranda, Tetuán, 1951, p. 191. La referencia a las malas cosechas de esos años en *al-Bayan I*, p. 279.

64. Ibn ᶜIḏārī , *al-Bayān. I*, p. 274; Ibn Abī Zarᶜ, *Rawd al-qirṭās*, p. 469. Sólo Al-Marrākušī sostiene que falleció de muerte natural (Abū Muhammad 'Abd Al-Wāhid Al-Marākušī, *Kitāb al-Mu'ŷib fī Talj§s Ajbār al-Magrib*, traducción de A. Huici Miranda, Tetuán, 1955, p. 268).

y cada gobernador hacía en su provincia lo que quería, con toda independencia». Como hemos tenido ocasión de comprobar en páginas anteriores, esto no se tradujo en una crisis militar, por cuanto que los gobernadores provinciales de al-Andalus conservaron poder e iniciativa suficiente para hacer frente a los retos que le plantearon sus vecinos del norte, pero sin duda descompuso los resortes del edificio político almohade. Como subrayaría un cronista musulmán tardío, su reinado fue tranquilo, pero también representó «el fin de la grandeza del imperio de los almohades»[65].

Hasta tal punto sería así, que cuando el califa Abū Yaᶜqūb fue asesinado en 1224, el hundimiento fue repentino y estruendoso: al carecer de un sucesor directo en la línea dinástica, que había sido el sistema de sucesión empleado por los almohades y que hasta entonces había garantizado la estabilidad en cada trance hereditario, distintos parientes, apoyados por cortesanos y jeques almohades enfrentados entre sí, se disputaron el poder abiertamente. La crisis que se puso en marcha entonces es compleja, pero dada su trascendencia merece la pena recordar algunos de sus trazos: inicialmente, tras el asesinato del califa, fue proclamado un tío abuelo del fallecido, Abū Muhammad al-Majlūᶜ, sostenido por una parte de la corte almohade. Sin embargo, una vez rota la línea directa de sucesión, otros miembros de la familia también podían alegar legítimos derechos sucesorios, especialmente si contaban con el apoyo de determinadas facciones cortesanas y de algunos influyentes jeques almohades, y eso fue lo que ocurrió: en marzo de 1224 Abū Muhhammad al-ᶜĀdil, hasta entonces gobernador de Murcia, se rebeló contra al-Majlūᶜ y se proclamó califa, siendo reconocido por casi todos los gobernadores de al-Andalus (así los de Sevilla, Córdoba, Málaga y Granada). Pero no por todos: el de Valencia mantuvo su fidelidad a al-Majlūᶜ, de modo que el conflicto no se limitó a un enfrentamiento entre almohades situados a uno y otro lado del Estrecho, sino que en la propia al-Andalus se reproducía la fragmentación de la elite dirigente. En septiembre de 1224 al-Majlūᶜ fue asesinado y al-ᶜĀdil extendió su poder al Magreb, con lo que la unidad parecía recomponerse, pero fue sólo un espejismo: en apenas unas semanas se produjo un nuevo conflicto, esta vez a causa de la rebelión contra el califa de ᶜAbd Allāh, conocido como *el Baezano*, un antiguo gobernador de Sevilla resentido por su traslado a Córdoba, que siendo hermano del de Valencia —recuérdese que éste no había reconocido a al-ᶜĀdil— podía temer alguna represalia en cuanto el

65. Para todo lo anterior seguimos a Ibn Abī Zarᶜ, *Rawd al-qirṭās*, pp. 468-473 y 537; Ibn Khaldoun, *Histoire des Berbères*, pp. 227-229; *Al-Hulal al-Mawšiyya*, p. 191.

califa consolidara su poder. Lo cierto es que ᶜAbd Allāh encontró refugio en Baeza y allí se proclamó a su vez califa, para lo cual contó no sólo con el apoyo de los habitantes de la zona, sino también con el auxilio militar de Fernando III[66].

La trascendencia política del fortalecimiento de los jeques en el gobierno almohade, su influencia en la elección de califas al margen de cualquier norma sucesoria y su potencial destructivo, no pasaron desapercibidas a los historiadores posteriores: expresivamente, Ibn Abi Zar', al referir la deposición de Abū Muhammad al-Majlūᶜ, recordaba que «fue el primer descendiente de 'Abd al-Mu'min destronado y asesinado, pues no había sucedido esto con ninguno de los reyes almohades. Los jeques almohades fueron en adelante para ellos lo que los turcos para los 'Abbasíes, y ésta fue la causa de la ruina de su imperio, de la decadencia de su poder y de la muerte de los reyes y de sus jeques»[67].

Cuatro califas en unos meses, tres de ellos combatiendo entre sí en territorio andalusí, una elite cortesana dividida y enfrentada, los pilares sociológicos del movimiento unitario fragmentados. Esa era la cara de la crisis y, como hemos adelantado, en Castilla no tardaron en reconocer su potencialidad. No deja de ser significativo, a este respecto, que fuera en este mismo año, 1224, cuando Fernando III decidiera reemprender la guerra contra el Islam. Al canciller Juan de Osma no le cabía la menor duda sobre la relación existente entre aquella discordia y el renovado impulso conquistador castellano. Por lo que a nosotros interesa, resulta evidente que para aquel contemporáneo tan bien informado, cuando Fernando III proclamaba en la corte de Muñó su intención de reemprender la guerra contra el Islam después de una década de treguas, afirmado que «la puerta está abierta y el camino expedito. La paz nos ha sido devuelta en nuestro reino; discordia y profundas enemistades entre los moros sembradas y riñas de nuevo originadas», o cuando constataba que «entre los poderosos de aquella tierra se originó tanta discordia cuanta no pudo sosegarse de ninguna manera y aún dura, y ojalá dure para siempre…», en absoluto se refería a los efectos de las Navas, sino a los de la disolución del imperio almohade acontecida a partir de 1224, un proceso por cierto que el cronista se encarga de relatar con cierto detalle. Las palabras de Isaías le sirvieron

66. Sobre todo esto véase Ibn ᶜIḏārī, *al-Bayān. I*, pp. 287-290 y 298; Ibn Khaldoun, *Histoire des Berbères*, vol. II, pp. 229-231; Ibn Abī Zarᶜ, *Rawd al-qirṭās*, pp. 473-477; Al-Himyarī, *Kitāb ar-Rawd al-miᶜtār*, pp. 122-126 y 140-147

67. *Rawd al-qirṭās*, p. 476.

para extraer la pertinente lección histórica: «¡Ay de ti!, devastador nunca devastado; saqueador nunca saqueado; cuando acabes de devastar, te devastarán a ti; cuando termines de saquear, te saquearán a ti»[68].

¿Significa todo esto que la batalla de las Navas de Tolosa no fue decisiva en modo o sentido alguno? En absoluto. Quizás no implicase directamente la desaparición de los almohades en la Península, pero hay otros planos de la realidad histórica o de las relaciones entre cristianos y musulmanes peninsulares donde la incidencia del choque pudo alcanzar efectos concluyentes.

En ocasiones, por ejemplo, se ha indicado que la batalla tuvo un enorme impacto psicológico para las dos partes involucradas, hasta el punto de provocar en ellas un cambio mental, una mutación en la percepción de la realidad política y militar. De manera particular, ha sido Martín Alvira quien ha subrayado esta vertiente del resultado del choque: hasta principios del siglo XIII, los reinos del norte habrían vivido con una constante sensación de peligro en sus fronteras que, sin duda, debió incrementarse a raíz de las campañas almohades de la década de los años 90, tanto contra Portugal como contra Castilla, de las que la derrota de Alarcos no habría sido sino su expresión más acabada. El desastre de Hattin, al otro lado del Mediterráneo y el fracaso de la cruzada organizada inmediatamente después para resarcir los daños no habrían hecho sino extender el miedo por todo Occidente, que bien podía sentirse amedrentado, presionado en sus fronteras por un Islam aparentemente todopoderoso en el este y en el oeste. En este contexto, la victoria de las Navas se habría sentido en el Occidente cristiano, y especialmente en los reinos peninsulares, como una liberación o como una catarsis: «abrió las mentes de testigos y protagonistas —y las de sus inmediatos sucesores— a la posibilidad de lanzarse de una forma definitiva a la conquista de al-Andalus… pudo ser el aldabonazo ideológico, casi "psicológico" diríamos, que los hispano-cristianos necesitaban para abordar con renovado vigor y confianza» la guerra contra el Islam. La concepción de la batalla como un Juicio de Dios, la idea de que el triunfo suponía el respaldo divino, habría venido a reforzar esta renacida y fortalecida creencia y seguridad en la victoria, en la idea de cruzada y en las posibilidades de la unidad de los reinos cristianos: «contemplada desde estos parámetros, la gran batalla de Las Navas de Tolosa sí representa un punto de inflexión: no tanto desde la óptica político-militar como desde la perspectiva de la ideología hispano-cristiana de la guerra». Lógicamente, en el

68. *CLRC*, pp. 62 y 64-65.

campo musulmán nos encontraríamos con la otra cara de la moneda, con el impacto psicológico provocado por la derrota, que provocaría desconfianza, generaría la convicción de que el fin de al-Andalus estaba cerca, y conduciría a la pérdida de animosidad y a una fatal paralización que dejaba la decisión militar en manos de sus enemigos[69].

Los efectos psicológicos, especialmente los que afectan a las colectividades humanas, siempre son difíciles de demostrar o de evaluar, especialmente cuando contamos con fuentes tan escasas, pero de todo lo anterior hay al menos algo que es perfectamente constatable: el poder central almohade perdió por completo la iniciativa bélica. Bien fuera consecuencia de la dramática experiencia vivida en las Navas –algún cronista musulmán refiere cómo el califa derrotado, tras llegar a Marrākush y proclamar a su hijo como heredero, entró «en su palacio y se aisló de los hombres, engolfándose en los placeres y dándose a la bebida mañana y tarde», en tanto que otro señala que la profunda tristeza en que se sumió tras la derrota fue la causa directa de su muerte, lo que en todo caso podría interpretarse como una huida psicológica frente al fracaso[70]–, bien por simple incapacidad política –recuérdese la minoridad de edad de su sucesor, las disputas entre los jeques y cortesanos o la práctica independencia de los gobernadores provinciales–, lo cierto es que nunca más el estado almohade volvería a organizar una de aquellas grandes expediciones que tantos éxitos le había reportado en los años 90 del siglo XII: del sucesor de al-Nasir un cronista subraya que «no hizo ninguna guerra en todo su reinado, ni tuvo poder para ello», y otro repite que «no hizo ninguna expedición, que se recuerde, ni campaña que se celebre»[71]. Los que a su muerte se hicieron con el poder, tampoco, al menos en lo que se refiere incursiones ofensivas contra los reinos cristianos del norte.

Quizás a todo ello no fuera del todo ajeno el desastre padecido en las Navas: las pérdidas de contingentes experimentados –una parte importante del contingente musulmán era profesional, así que no resultaría fácil reponer las pérdidas con otros efectivos de la misma calidad y experiencia–, los conflictos y tensiones que se vivieron durante la campaña entre efectivos andalusíes y almohades o entre las propias tribus almohades, o el miedo natural a la batalla, sensación presente en todo dirigente militar y seguramente recrecido tras la experiencia de 1212, fueron factores que

69. ALVIRA CABRER, Martín, *Guerra e ideología*, pp. 567-579.
70. IBN ABĪ ZARʿ, *Rawd al-qirṭās*, pp. 468-469; *Al-Hulal al-Mawšiyya*, p. 190.
71. IBN ABĪ ZARʿ, *Rawd al-qirṭās*, p. 470; *Al-Hulal al-Mawšiyya*, p. 191; *al-Bayān. I*, p. 275.

debieron pesar mucho en la corte de Marrakech antes de plantear una respuesta masiva y centralizada a la derrota[72]. Frente a los ataques cristianos, la única respuesta posible fue de carácter local: fueron los gobernadores almohades de las principales ciudades andalusíes los que, durante un tiempo –de 1212 a 1224–, cargaron la responsabilidad de defender el territorio, pero cuando, a partir de este último año estos también se vieron involucrados en las querellas por el poder y se convirtieron en protagonistas de las discordias, su eficiencia militar también se evaporó. Al-Andalus, ahora sí, quedó inerme ante sus vecinos del norte.

En todo caso, para lo que sí resultó decisivo la batalla de las Navas de Tolosa fue para resolver el pleito territorial que, desde la conquista de Toledo en 1085, enfrentaba a cristianos y musulmanes por el control de las tierras manchegas comprendidas entre el Tajo y Sierra Morena. En esto, la consecuencia de la cruzada de 1212 fue verdaderamente relevante: las conquistas realizadas por el ejército cristiano en su marcha hacia el sur, en busca de las tropas musulmanas, fueron de una importancia innegable: las fortalezas de Malagón, Calatrava, Alarcos, Caracuel, Benavente y Piedrabuena jalonaban los principales caminos que conducían de Toledo a Córdoba, esto es, el eje central que comunicaba el valle del Tajo con el del Guadalquivir. En torno a ellos, en torno a su control, se había librado durante décadas una guerra constante, muchas veces rabiosa, entre Castilla y los almorávides, primero, y Castilla y los almohades, después. Y al cabo de tantos lustros de combate, de avances y de retrocesos, de éxitos y fracasos alternativos para cada parte, ahora, en apenas unas semanas, el dominio por aquel amplio y estratégico territorio quedaba definitivamente resuelto a favor de los castellanos. El efecto territorial de la batalla, con todo, no se quedó ahí: la anexión de otra serie de fortalezas después del choque campal –Baños, Tolosa, Ferral y Vilches–, dejaba expeditos los accesos al valle del Guadalquivir a través de Sierra Morena[73]. Estratégicamente la importancia de estas ganancias era capital, porque dejaban puestas las bases de la futura expansión por Andalucía.

72. Sobre la profesionalidad de una parte del ejército almohade –el *ŷund*– véase García Fitz, Francisco, *Las Navas de Tolosa*, cap. V. Para los enfrentamientos entre andalusíes y almohades en el marco de la campaña las Navas y el elevado número de perdidas, Ibn ʿIḏārī, *al-Bayān. I*, pp 269-270; Abū Muhammad ʾAbd al-wāhid al-Marrākušī, *Kitāb al-Muʿŷib*, p. 267; Al-Himyarī, *Kitāb ar-Rawd al-miʿtār*, pp. 277-279. Sobre el miedo y la prevención ante la batalla, García Fitz, Francisco, *Castilla y León frente al Islam. Estrategias de expansión y tácticas militares (siglos XI-XIII)*, Sevilla, 1998, pp. 311-329.

73. *HRH*, Lib. VIII, caps. V, VI y XII; *CLRC*, pp. 28 y 34; *Anales Toledanos I*, p. 173.

Ciertamente no podemos adjudicar todas estas conquistas a los efectos directos de la batalla del 16 de julio de 1212, sino más bien al desarrollo de una gran campaña que había sido cuidadosamente planificada y bien ejecutada que duró varias semanas, pero hay que reconocer, al menos, que el éxito campal permitió afianzar, ahora de manera permanente, el control militar y político de la Meseta meridional. Un resultado distinto hubiera hecho muy difícil, quizás imposible, el mantenimiento de aquellas posiciones, y previsiblemente habría dilatado el conflicto por aquellas tierras.

Como puede comprobarse por todo lo que hemos comentado a lo largo de estas páginas, sólo desde determinadas perspectivas la batalla de las Navas de Tolosa representa un punto de inflexión en las dinámicas políticas peninsulares. Desde luego, no parece que lo sea porque pusiera fin al imperio almohade, y mucho menos porque acabase más o menos virtualmente con el Islam andalusí. Tampoco creemos que la batalla fuese decisiva para la historia de los reinos cristianos peninsulares ni que alterase sustancialmente la correlación de fuerzas entre cristianos y musulmanes: el destino de la *Reconquista* no se resolvió la mañana del 16 de julio de 1212. Obviamente, tampoco creemos que aquel día se salvase Occidente de la marea islámica. Cuanto menos, todo lo anterior resulta históricamente indemostrable.

Por supuesto, muchos de estos fenómenos sucedieron después de las Navas, pero no a causa de las Navas. No dudamos de que pueda haber excepciones, pero normalmente las dinámicas históricas son demasiado complejas como para que puedan ser explicadas de manera exclusiva en función de un acontecimiento, por extraordinario que éste sea: la desaparición del imperio almohade en la península ibérica no fue consecuencia de la batalla, sino de una profunda crisis dinástica y política que lo hundió en cuatro años. Se da la circunstancia, además, de que la magnitud y virulencia de esta crisis no pueden entenderse en toda su extensión si no tenemos en cuenta las propias contradicciones y debilidades internas del edificio sociopolítico almohade. Un análisis en profundidad de estas cuestiones nos llevaría mucho más allá del objetivo de este trabajo, pero siquiera es necesario recordar algunas de las que han destacado los conocedores del fenómeno: su amplitud geográfica y su heterogeneidad socio-cultural; la desnaturalización del mensaje religioso en torno al que se había forjado y con el que se había engrandecido –el «almohadismo»-; la difícil armonización entre aquel mensaje religioso y el malikismo imperante en todo el occidente islámico; la vigencia de unas raíces tribales que difícilmente encajaban en una estructura estatal centralizada y dinástica; el quizás nunca del todo asimilado cambio desde la original estructura política del mo-

vimiento almohade, de carácter claramente oligárquico, hacia un régimen monárquico y hereditario; el distanciamiento e incluso el desprecio que la población andalusí sentía hacia los bereberes; la aparición en el norte de África un nuevo poder competidor, el meriní, dispuesto a desalojarlos del dominio sobre el Magreb. Mientras que el belicismo almohade y su unidad política en torno a la dinastía implantada por 'Abd al-Mu'min fue eficiente frente a sus vecinos cristianos y sus contradictores musulmanes, su poder se mantuvo incólume y aquellas contradicciones y debilidades quedaron soterradas o fueron tenidas como tolerables por buena parte de la población. Pero cuando una y otra –la eficacia militar y la unidad política– comenzaron a fallar, algo que realmente sólo fue visible de manera conjunta a partir de 1224, las fracturas del aquel edificio político se hicieron evidentes y su dominio dejó de tener justificación, en al-Andalus y en el Magreb. Todo ello abocaba al sistema almohade a la disolución sin necesidad de pasar por la desgracia y el trauma de una batalla campal, como por otra parte ya había ocurrido con los almorávides el siglo anterior. Desde este punto de vista, y como ha sugerido Mina Karmi en una obra fundamenal para comprender la complejidad de todo este proceso, casi podría afirmarse que la derrota de las Navas no fue la causa de la dislocación de la pujanza del Estado almohade, sino una de sus consecuencias[74].

Al otro lado del espejo, no parece descabellado suponer que el impulso expansivo de los reinos del norte se hubiera mantenido a medio y largo plazo aunque no hubiera existido aquel resonante éxito o incluso si el resultado hubiera sido complemente contrario para sus intereses: después de todo, la derrota de Alarcos no fue obstáculo para alcanzar la victoria de las Navas, más bien fue un acicate. Se podrá objetar que, una vez sucedidos los hechos, siempre resulta fácil interpretar que eran previsibles o inevitables, cuando seguramente no eran más que probables, pero hay que reconocer que en este caso las circunstancias avalan una interpretación como la que se propone: las sociedades del norte habían generado unas estructuras socioeconómicas, unos resortes políticos, un sistema de legitimidades, unas ideologías o un conjunto de representaciones mentales que

74. Karmi, Mina, *La chute de l'empire almohade: analyse doctrinale, politique et economique*, París, 1998, pp. 223-228 y 441. Véase también Lomax, D.W., «Heresy and orthodoxy in the fall of Almohad Spain», *God and man in medieval Spain: essays in honour of J.R.L. Highfield*, ed. D.W. Lomax y D. Mackenzie, Warminster, 1989, pp. 37-48; Viguera Molins, Mª Jesús, *Los reinos taifas y las invasiones magrebíes (Al-Andalus del XI al XIII)*, Madrid, 1992, pp. 316-317; Guichard, Pierre, *Al-Andalus frente a la conquista cristiana: los musulmanes de Valencia (siglos XI-XIII)*, Valencia, 2001, pp. 165-166; Manzano Moreno, Eduardo, *Épocas medievales*, pp. 451-453.

las impulsaban a expandirse a costa de los musulmanes. Eran sociedades organizadas por y para la guerra, necesitaban de la guerra para su propio desarrollo, crecimiento y estabilidad[75]. La victoria campal ayudaba al triunfo final y a la expansión, pero no era imprescindible.

En fin, creemos que, a uno y otro lado de la frontera, los desarrollos históricos que le sucedieron eran perfectamente posibles y probables sin necesidad de que se aquella se librara la batalla o si su resultado hubiera sido distinto. Fue decisiva, quizás, en la medida en que pudo haber hecho que cambiase súbitamente la percepción que unos y otros tenían sobre el estado y el futuro del conflicto, generando confianza en unos e inseguridad en otros. Lo fue, también, aunque en concurrencia con otros factores, en tanto que contribuyó a que el estado almohade no volviese a articular una respuesta centralizada a la amenaza cristiana. Y desde luego fue determinante para la definitiva resolución del pulso militar y territorial en torno a la Mancha. Pero, en una justa evaluación de las consecuencias de las Navas, no creemos prudente ir más allá.

En función de todo esto no hace falta decir que la magnitud del giro histórico o, si se quiere, el ángulo de la inflexión ocurrida en 1212 sería mucho menor, mucho más limitado, que el que habitualmente se le adjudica. Como le ocurría al profesor Ladero Quesada, nosotros tampoco encontramos argumentos objetivos suficientes como para establecer en aquella fecha una cesura entre dos épocas distintas[76]. Pero eso no quita un ápice a su importancia histórica e historiográfica. Parafraseando a aquel famoso cuento de Augusto Monterroso —«Cuando despertó, el dinosaurio todavía estaba allí»—, podría afirmarse que, después de rebajar unos grados su trascendencia histórica real, la batalla sigue estando allí.

Y es que hay acontecimientos que trascienden su objetiva importancia y su propia naturaleza para convertirse en símbolos que marcan un jalón grueso sobre el devenir de la historia. Los historiadores sabemos que muchas veces tales marcas son necesarias, en la medida en que ayudan a ordenar esquemáticamente evoluciones complejas y permiten aprehender primariamente el sentido, el ritmo y los cambios de una corriente continua. Las guerras, desde luego, responden perfectamente a estas pautas. Como ya señalara Gastón Bouthoul, «las guerras son, asimismo, nuestros

75. García Fitz, Francisco, *Las Navas de Tolosa*, cap. IV.

76. Ladero Quesada, Miguel Ángel, «Introducción», en Miguel Ángel Ladero Quesada (Coord.), *La reconquista y el proceso de diferenciación política (1035-1217)*, *Historia de España Menéndez Pidal*, tomo IX, p. 13.

puntos de referencia cronológicos más destacados y, quiérase o no, los límites que señalan los grandes giros de los acontecimientos»[77]. Más aún, sabemos que, independientemente del grado de trascendencia objetiva de un hecho, los contemporáneos o sus inmediatos sucesores pueden percibirlo como realmente determinante para su devenir, y esta percepción también pasa a formar parte de la realidad histórica, siquiera en el plano del imaginario colectivo.

Pero los historiadores sabemos igualmente que este tipo de jalones y de percepciones también falsifican la realidad histórica en tanto que la simplifican, ignoran los matices y las continuidades, oscurecen las tendencias de fondo e iluminan escandalosamente un punto concreto de la superficie.

Muchas veces, la atenta disección del acontecimiento memorable y extraordinario pone de manifiesto que su influencia real sobre el devenir de los protagonistas es mucho más tenue de lo que ellos mismos llegan a creer. Nosotros lo sabemos porque, como historiadores, tenemos el privilegio de la distancia, pero también tenemos la obligación de aplicarlo: sin duda hay excepciones, pero normalmente cuando una derrota o una victoria altera o parece alterar radicalmente una situación es porque las condiciones del cambio ya estaban dadas o porque inflexión se había iniciado ya, aunque sin estridencias o camuflada en la vorágine de los hechos cotidianos. El giro, en fin, se habría producido antes o después, con o sin batalla. Creemos poder repetir lo que ha hemos comentado en otro lugar: Las Navas posiblemente no decidió la Historia de los estados ibéricos en la Edad Media, y quizás ni siquiera determinó la suerte final del conflicto entre Islam y Cristiandad en la Península, de modo que difícilmente, o sólo muy matizadamente, podría considerársela como un punto de inflexión en la dinámicas políticas hispánicas. Ahora bien, lo que parece indudable, dada la trascendencia que tanto los contemporáneos como la tradición historiográfica le confirieron, es que aquel acontecimiento extraodinario sirvió para confirmar de manera contundente unas evoluciones de largo alcance, unas corrientes de fondo que se habían puesto en marcha décadas atrás, tal vez ya en el siglo XI, ratificando un cambio de tendencia iniciado mucho antes y, sobre todo, convirtiéndose en un icono, en un tópico que representa y resume, con apenas un trazo, a todo un dilatado y complejo proceso histórico[78].

77. Bouthoul, Gastón, *La guerra*, Barcelona, 1971, p. 5.
78. García Fitz, Francisco, *Las Navas de Tolosa*, p. 546.

Después de Las Navas de Tolosa y antes de Bouvines. La batalla de Muret (1213) y sus consecuencias

Martín Alvira Cabrer

Muret (12 de septiembre de 1213) es, seguramente, la menos conocida y la menos comprendida de las tres batallas que hacen del trienio 1212-1214 un momento único y fundamental en la evolución histórica del Occidente medieval, tal como afirmara el historiador francés Ives Rénouard en un brillante y moderno artículo publicado en 1958[1]. Las batallas de Las Navas de Tolosa y Bouvines no necesitan presentación. Las dos representan el modelo más acabado de acontecimientos medievales fundacionales: Las Navas, para la España que nace de la *Reconquista*; Bouvines, para la Francia construida por la monarquía Capeto. Las dos son «jornadas que hicieron España y Francia», recordando el título de la vieja colección de la editorial Gallimard en la que Georges Duby escribió su famoso *Domingo de Bouvines*[2].

La batalla de Muret, en cambio, pese a ser el choque en campo abierto más importante y decisivo de la Cruzada contra los Albigenses, ha carecido de la resonancia y del prestigio de las batallas «nacionales» de 1212 y 1214. Para la historiografía española, Muret no ha dejado de ser un episodio circunstancial y menor contemplado con un cierto fatalismo: el punto final a una expansión ultrapirenaica de la Corona de Aragón que era un callejón sin salida, que no podía terminar bien[3]. En el caso de la historiografía francesa más académica, Muret ha sido tradicionalmente un episodio incómo-

1. Renouard, Yves: «1212-1216. Comment les traits durables de l'Europe occidentale moderne se sont définis au début du xiiie siècle», *Annales de l'Université de Paris*, 28 (1958), pp. 5-21, reed. *Études d'histoire médiévale*, 2 vols., París, S.E.V.P.E.N., 1968, I, pp. 77-91.

2. Duby, Georges: *27 Juillet 1214. Le dimanche de Bouvines*, París, Gallimard, 1973 («Trente journées qu'on fait la France»).

3. La postura más crítica hacia la imposibilidad de una dominación catalano-aragonesa en el sur de Francia estuvo representada en su momento por Ramon d'Abadal i de Vinyals: «À propos de la *domination* de la maison comtale de Barcelone sur le *Midi* français», *Annales du*

do, inserto en una guerra todavía más incómoda por ser «entre franceses», los del norte —los cruzados— y los del sur —los «meridionales»—[4]. Incapaces de concebir otra posibilidad histórica que la construcción de una Francia hexagonal con frontera natural en los Pirineos, aún pueden encontrarse historias de Francia donde Bouvines es un hito inexcusable y la batalla de Muret apenas se menciona[5]. En este sentido, convendría preguntarse qué se enseña de la batalla de Muret en las escuelas francesas, incluidas las del *Midi*. La respuesta, seguramente, es que nada. En España, donde a estas alturas es difícil saber qué se aprende de la Edad Media en las escuelas, 1212 sigue siendo una de las pocas fechas medievales que la gente recordaba hasta hace unos pocos años, pero el nombre de Muret y la fecha de 1213 siguen diciendo muy poco más allá de los ámbitos académicos, salvo en Cataluña y, mucho más raramente, en Aragón.

Donde la batalla de Muret sí ha sido un acontecimiento omnipresente, simbólico y de fuerte carácter mítico es en la historia regional/nacional de Cataluña y en la historia del Languedoc, una circunstancia que tiene su origen moderno en los fenómenos de recuperación cultural y lingüística del siglo XIX: el *Felibritge* en el sur de Francia y la *Renaixença* en Cataluña. Como ha escrito Philippe Martel, uno de los mejores conocedores de la memoria y de la historiografía del catarismo y del *albigeísmo*, a provenzales y a catalanes del siglo XIX les unían dos cosas, la cultura común de los trovadores y la derrota de Muret, los dos elementos sobre los que se forja a finales de dicha centuria —dice Martel— «la imagen (o el mito) de un pasado común» occitano-catalán[6]. En esta estrecha vinculación a lo «occitano-cata-

Midi, 76-3/4 (1964), pp. 315-345, trad. catalana *Dels visigots als catalans*, 2 vols., Barcelona, Edicions 62, 1970, II, pp. 281-309.

4. Como escribió hace ya muchos años el gran historiador catalán Martí de RIQUER, el apelativo genérico *meridional*, «tiene el inconveniente de ser sólo aceptable situándose en el paralelo de París», lo que contribuye a enmarcar el recuerdo de la Cruzada Albigense y de la batalla de Muret en una historia «hexagonal» únicamente francesa (*La lírica de los trovadores*, Barcelona, CSIC, I, 1948, p. viii, n. 3).

5. Sirva de ejemplo la *Histoire Militaire de la France*, dir. André CORVISIER, 4 vols., París, PUF, 1992, cuyo primer volumen dirigió Philippe CONTAMINE. En un hermoso gesto de honestidad personal e intelectual, este gran historiador francés reconoció poco después la importancia de la batalla de Muret para la historia militar de Francia en otro trabajo suyo: CONTAMINE, Philippe: «Le Jeudi de Muret (12 septembre 1213), le Dimanche de Bouvines (27 juillet 1214) : deux journées qui ont fait la France ?», *La Croisade albigeoise. Actes du Colloque International du Centre d'Études Cathares (Carcassonne, 4-6 d'octobre de 2002)*, dir. Michel ROQUEBERT, Balma, CEC, 2004 («Heresis. Nº Extraordinaire»), pp. 109-123.

6. MARTEL, Philippe: «El Jocs Florals, el Felibritge i la Renaixença», *Càtars i Trobadors. Occitània i Catalunya: renaixença i futur*, Barcelona, Generalitat de Catalunya, 2003, pp. 194-201, esp. p. 195 (trad. mía). Sobre este tema y del mismo autor, véase *Les cathares et*

lán» podría encontrarse, quizá, el origen de la desafección que la batalla de Muret ha generado tradicionalmente entre los historiadores aragoneses[7].

Para comprender este recuerdo moderno de Muret debemos tener en cuenta el escaso interés del que ha sido objeto el reinado de Pedro el Católico (1196-1213), y creo que el desastre de Muret también tiene buena culpa de ello. El rey Pedro –Pedro II en el Reino de Aragón, Pere I en el Condado de Barcelona y, por extensión, en Cataluña– protagoniza un reinado corto y que acaba muy mal en todos los sentidos. Nada que ver, por lo tanto, con los importantes logros del reinado de su padre Alfonso el Trovador o el Casto (1162-1196) –II en Aragón y I en Barcelona– ni, mucho menos, con el glorioso reinado de su hijo Jaime I, apodado con justicia el Conquistador (1213-1276)[8]. Encerrado entre ambos, ensombrecido por ambos, el corto reinado de Pedro el Católico se ha convertido demasiadas veces en esas pocas líneas finales que preceden al capítulo del siglo XIII, un capítulo a todas luces mucho fácil de comprender y mucho más reconfortante.

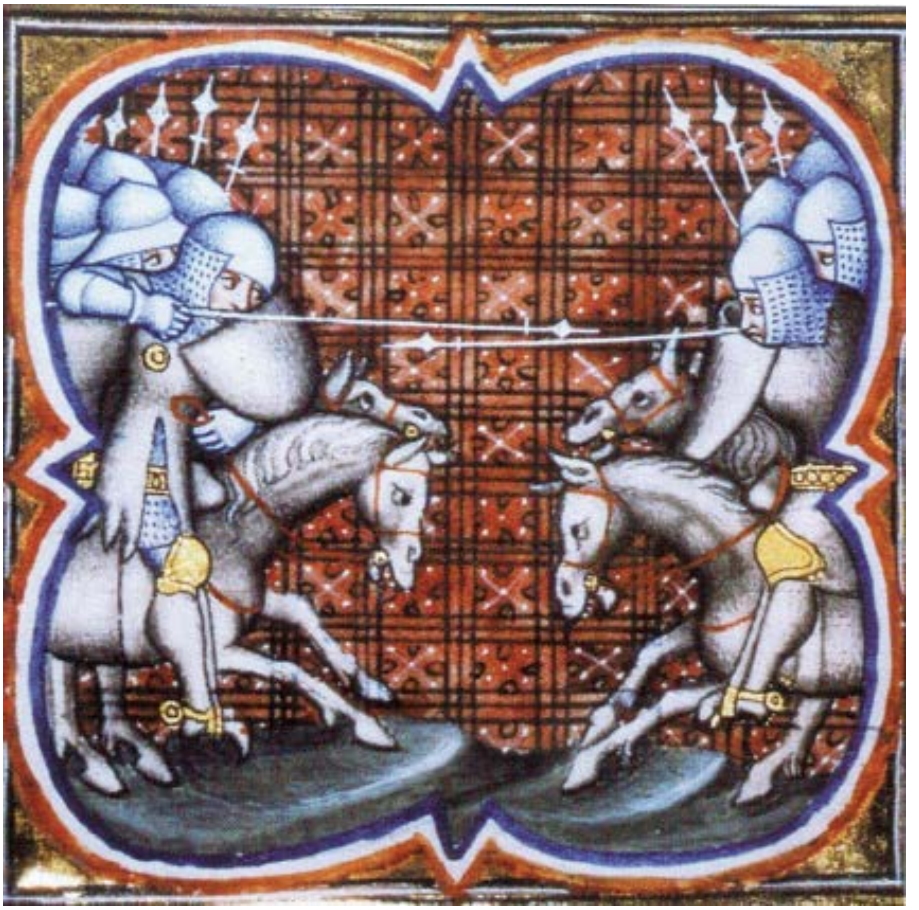
En este tradicional desinterés por el monarca derrotado en Muret hay otras razones que podríamos considerar de orden metodológico. El his-

l'Histoire. Le drame cathare devant ses historiens (1820-1992), Privat, Toulouse, 2002, pp. 87-97; y «Occitans i Catalans, els avatar d'un germanor», *Actes del Col·loqui Internacional sobre la Renaixença*, I, Barcelona, Curial, 1992, pp. 377-389; también BOYA, Josep, FERNÁNDEZ CUADRENCH, Jordi y MIQUEL VIVES, Marina: «Trobadors, càtars i felibres», *Papers del Museu d'Història de Catalunya*, 6 (2003), pp. 10-13. Sobre esta cuestión es imprescindible el estudio de René SOULA: *Les Cathares, entre légende et histoire. La mémoire de l'albigéisme du XIXe siècle à nos jours*, Bouloc, Institut d'Estudis Occitans, 2005.

7. Una excepción es el artículo, muy general, de Ángel CANELLAS LÓPEZ: «Relaciones políticas, militares y dinásticas entre la Corona de Aragón, Montpellier y los países de Languedoc de 1204 a 1349», *Revista de Historia Jerónimo Zurita*, 53-54 (1986), pp. 7-36. Sobre la Cruzada Albigense y la batalla de Muret en las historiografías española y francesa, puede verse AURELL, Martin: «Autour d'un débat historiographique : l'expansion catalane dans les pays de langue d'Oc au Moyen Âge», *Montpellier, la Couronne d'Aragon et les pays de langue d'Oc (1204-1369). XIIe Congrès d'Histoire de la Couronne d'Aragon (Montpellier, 1985)*, vol. I-II, Gap, 1989, pp. 9-41; ALVIRA CABRER, Martín: *El Jueves de Muret. 12 de Septiembre de 1213*, Barcelona, Universitat de Barcelona, 2002, pp. 130-141; e ÍDEM: «La Cruzada contra los Albigenses: historia, historiografía y memoria», *Clío & Crimen*, 6 (2009), pp. 110-141.

8. Algunos estudios sobre nuestro monarca son: SOLDEVILA, Ferran: «La figura de Pere el Catòlic en les cròniques catalanes», *Revista de Catalunya*, IV-23 (maig 1926), pp. 495-506; BAGUÉ, Enric: «Pere el Catòlic», *Els primers comtes-reis*, Barcelona, Editorial Vicens-Vives, 1960, reed. 1985 («Història de Catalunya. Biografíes Catalanes», IV), pp. 105-152; UTRILLA UTRILLA, Juan Fernando: «Pedro II», *Los reyes de Aragón*, Zaragoza, CAI, 1993 («Mariano de Pano y Ruata», 7), pp. 73-80; y SESMA MUÑOZ, José Ángel: «El reinado de Pedro II (1196-1213)», *Historia de España Ramón Menéndez Pidal, Vol. 9: La reconquista y el proceso de diferenciación política (1035-1217)*, coord. Miguel Ángel LADERO QUESADA, Madrid, Espasa Calpe, 1998, pp. 722-752.

FOTO 1



Esta miniatura de las Grandes Chroniques de France *(principios del siglo XIV, BnF, ms. Fr. 2.813, fol. 252v) es casi la única imagen de la batalla de Muret de época medieval. Es interesante que el autor no haya representado al rey de Aragón, quizá por tratarse de una crónica regia en la que resultaba incómodo mostrar la muerte de un monarca a manos de un vasallo.*

toriador catalán Joaquim Miret i Sans, el primero en abordar de manera moderna el reinado y la política occitana de Pedro el Católico, lo decía ya a principios del siglo XX: «Es preciso confesar –escribió– que las crónicas andan muy revueltas y confusas tocante á los sucesos del rey D. Pedro (...) la patente contradicción entre ellas, la deficiente erudición de los cronistas, tanto de los nuestros como de los ultrapirenaicos, la diferencia

de fechas ó calendaciones y la escasez de documentos, todo se reúne para que reine en esta fecha un embrollo que con harta dificultad y no escaso trabajo se puede poner en claro (...) Es tan cierto esto, que en el mismo Zurita, el reinado de D. Pedro resulta el más confuso e incompleto»[9].

Lo cierto es que Miret i Sans puso bastante orden en esta confusión y que, poco más tarde, una poco conocida archivera aragonesa, María África Ibarra y Oroz, aclaró aún más las cosas en una tesis leída el año 1932 en la Universidad Central de Madrid, tesis en la que regestó más de 400 documentos de Pedro el Católico y transcribió más de 200[10]. Este trabajo debió contribuir al estudio del reinado de Pedro el Católico, pero nunca fue publicado, quedando oculto para los especialistas que después trabajaron sobre esta época, como Thomas N. Bisson[11] o Martin Aurell[12], por citar dos de los más relevantes. A partir de su tesis doctoral, Ibarra sí pudo corregir y ampliar el itinerario del rey Pedro trazado años atrás por Miret i Sans, una tarea que ha sido completada mucho más recientemente[13]. Después de

9. Miret i Sans, Joaquim: «Itinerario del rey Pedro I de Cataluña, II en Aragón (1196-1213)», *Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona*, 3 (1905-1906), pp. 79-87, 151-160, 238-249, 265-284, 365-387, 435-450 y 497-519, y 4 (1907-1908), pp. 15-36 y 91-114, esp. p. 435.

10. Ibarra y Oroz, María África: *Estudio diplomático de Pedro el Católico, rey de Aragón y conde de Barcelona (1196-1213)*, 2 t., Tesis Doctoral, Universidad Central, Madrid, diciembre 1932. Este trabajo inédito sido transcrito y ampliado en Alvira Cabrer, Martín: *Pedro el Católico, Rey de Aragón y Conde de Barcelona (1196-1213). Documentos, Testimonios y Memoria Histórica*, 6 vols., Zaragoza, Institución Fernando el Católico (CSIC)-Diputación de Zaragoza, 2010 («Fuentes Históricas Aragonesas», 52).

11. Entre los trabajos del profesor Bisson, pueden citarse: *Conservation of Coinage: Monetary Exploitation and its Restraint in France, Catalonia and Aragon (A.D. 1000-1225)*, Nueva York, 1979; *Fiscal Accounts of Catalonia under the Early Counts-Kings (1151-1213)*, 2 vols., Berkeley, University of California Press, 1984; y otros recogidos en *Medieval France and her Pyrenean Neighbours: Studies in Early Institutional History*, Londres-Ronceverte, The Hambledon Press, 1989; y en *L'impuls de Catalunya. L'època dels primers comtes-reis (1140-1225)*, Vic, Eumo, 1997.

12. Entre otros trabajos del profesor Aurell: *La vielle et l'épée. Troubadours et politique en Provence au XIIIe siècle*, París, Aubier Montaigne, 1989; «El marc històric del Catarisme», *Nexus*, 14 (juliol 1995), pp. 6-9; y *Les noces du comte. Mariage et pouvoir en Catalogne (785-1213)*, París, Publications de la Sorbonne, 1995 (trad. catalana 1998).

13. Ibarra y Oroz, María África: «Nuevas aportaciones para el itinerario de Pedro el Católico», *Jerónimo Zurita. La seva obra i l'estat general de la investigació històrica. VII Congrès d'Historia de la Corona d'Aragó (Barcelona, 1962)*, II, Barcelona 1964, pp. 67-81; Laborie, Florent: *Les itinéraires du roi Pierre II d'Aragon (1196-1213) : tentative d'approche cartographique*, 2 t., Mémoire de Maîtrise, dir. Laurent Macé, Université de Toulouse-Le Mirail, 2005; y Alvira: *Pedro el Católico*, V, pp. 2.333-2.376 (Apéndice 2). Véase

Miret e Ibarra, el historiador catalán del catarismo Jordi Ventura i Subirats dedicó al rey Pedro y a la batalla de Muret una monografía titulada *Pere el Católic i Simó de Montfort* (1960), un trabajo cuyo autor difícilmente podía augurar el enorme auge que experimentaría el «fenómeno cátaro» unos pocos años más tarde[14]. Y es que no hay más remedio que reconocer que si la batalla de Muret es hoy, a finales del siglo XX y principios del XXI, más conocida que hace sólo unos pocos años es gracias, fundamentalmente, a la moda de los cátaros. De hecho, son los historiadores franceses del catarismo y de la Cruzada Albigense —en especial Michel Roquebert— quienes más han contribuido a recuperar esta importante batalla de principios del siglo XIII[15].

Por lo tanto, lo primero que conviene poner de relieve es la dicotomía existente entre la percepción medieval de Muret y este recuerdo moderno de Muret, un recuerdo irregular, menor, parcial, muy repetitivo y bastante regionalizado. La perspectiva medieval de Muret, la percepción que de esta batalla se tuvo en el siglo XIII, nos habla de un acontecimiento de notables dimensiones por su difusión y muy importante por su impacto (Foto 2). Aunque no alcance el nivel de una batalla «de cristiandad» como fue la batalla de Las Navas de Tolosa, ni de un choque «continental» como fue la batalla de Bouvines, lo cierto es que la noticia de la batalla de Muret aparece en muchas fuentes cronísticas y analísticas del Occidente medieval del siglo XIII[16]. Y algo más importante: no hay prácticamente ningún autor relevante (Guillermo el Bretón en Francia, Mateo París en Inglaterra, Rodrigo Jiménez de Rada en España...), que no le dedicara al menos unas líneas, por no mencionar los importantes testimonios de primera mano relativos a la Cruzada Albigense, como la *Hystoria Albigensis* de Pedro de

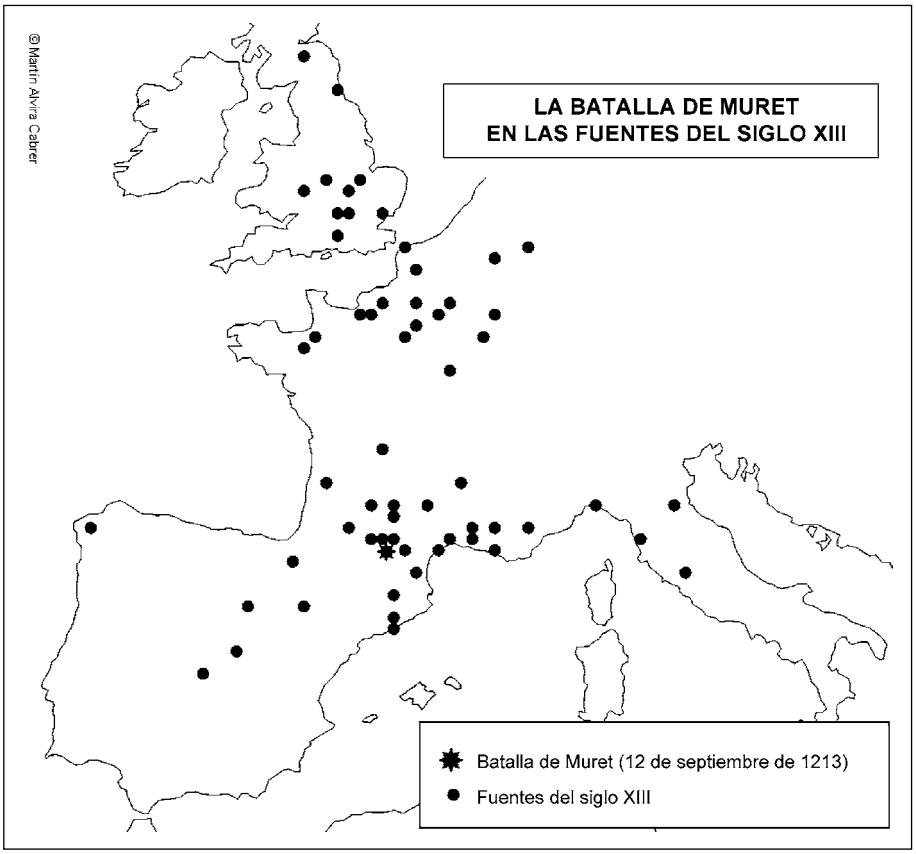
también ALVIRA CABRER, Martín: «Les chemins des armées. Les itinéraires du roi Pierre II d'Aragon (septembre 1212-septembre 1213)», *Montaillou, mémoire pyrénéenne. Actes du Deuxième Colloque International Historique et Archéologique de Montaillou (Montaillou, 4, 5 et 6 août 2004)*, inédito; y MACÉ, Laurent: «*Viator rex*. Sur les pas de Pierre II d'Aragon», *e-Spania* [en línea], 8 (décembre 2009).

14. VENTURA I SUBIRATS, Jordi: *Pere el Catòlic i Simó de Monfort*, Barcelona, Aedos, 1960.

15. ROQUEBERT, Michel: *L'Épopée Cathare. Vol. II : Muret ou la dépossession, 1213-1216*, Toulouse, Privat, 1977. La obra completa se ha reeditado recientemente: *L'Épopée Cathare*, 2 t., Toulouse-París, Privat-Perrin, 2002 (y hay otras ediciones de bolsillo). La bibliografía de la Cruzada Albigense hasta el año 2006 se recoge en MESCHINI, Marco (coord.), ALVIRA CABRER, Martín, AURELL, Martin, MACÉ, Laurent, SMITH, Damian J. y WAGNER, Kay: «Bibliografia delle Crociate Albigesi», *Reti Medievali. Rivista* [en línea], 7 (2006-1, gennaio-giugno).

16. El elenco de fuentes de la batalla de Muret puede verse en ALVIRA: *El Jueves de Muret*, pp. 633-644; e incluidos los textos en ÍDEM: *Pedro el Católico*, IV, pp. 1.625-2.067 (Segunda Parte: Testimonios).

FOTO 2

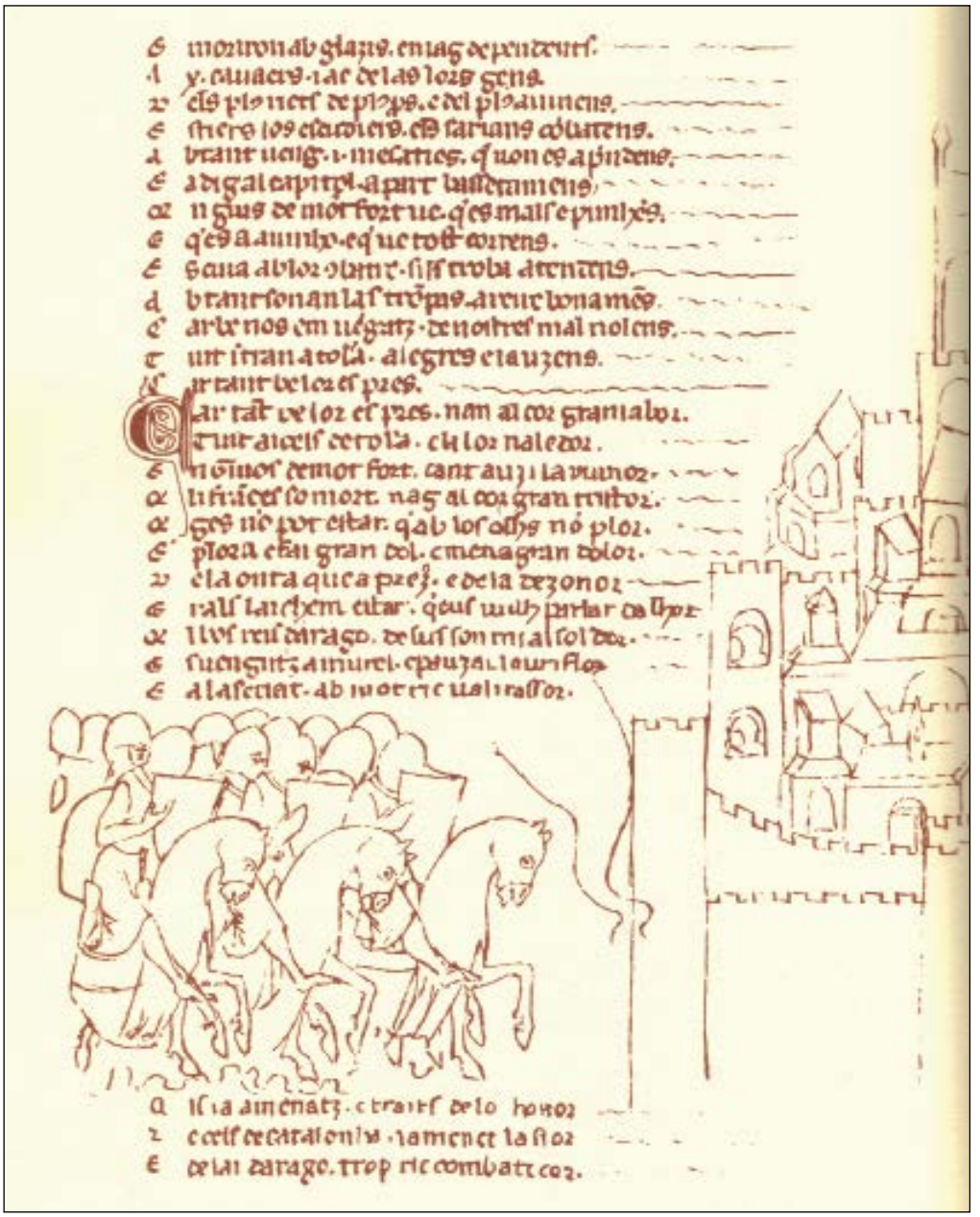


Vaux-de-Cernay, la *Chronica* de Guillermo de Puylaurens y las dos partes de la *Cansó de la Crozada* (Foto 3)[17].

Este impacto coetáneo de la batalla de Muret debe ponerse en relación con su importancia en el complejísimo contexto histórico de principios del siglo XIII. Es una obviedad, pero hay que insistir en que la batalla de Muret

17. Sobre las fuentes de la Cruzada Albigense, véase WAGNER, Kay: *«Debellare Albigenses». Darstellung und Deutung des Albigenserkreuzzuges in der europäischen Geschichtsschreibung von 1209 bis 1328*, Neuried, 2000 («Politik im Mittelalter», 4); AURELL, Martin: «Les sources de la Croisade albigeoise : bilan et problématiques», *La Croisade albigeoise*, pp. 6-17; y WAGNER, Kay: «Les sources de l'historiographie occidentale de la Croisade albigeoise entre 1209 et 1328», *La Croisade albigeoise*, pp. 39-54.

FOTO 3



Llegada del rey de Aragón y su ejército a Muret en la Cansó de la Crozada *(finales del siglo* XIII*, BnF, ms. Fr. 25.425, fol. 140).*

se libró inmediatamente después de la batalla de Las Navas de Tolosa y justo antes de la batalla de Bouvines, es decir, inmediatamente después de la mayor victoria cristiana sobre el Califato Almohade y justo antes de la mayor victoria del rey de Francia sobre sus enemigos imperiales y angevinos. Estos tres acontecimientos han sido contemplados muchas veces de forma separada o, al menos, parcelada, poniendo la atención en uno de ellos y dejando un tanto de lado los otros dos: Las Navas como un asunto español inserto en el proceso de la *Reconquista*; Muret como un episodio de la Corona de Aragón en relación con el Languedoc cátaro; y Bouvines como el colofón al gran conflicto entre las monarquía francesa de los Capeto y la inglesa de los Plantagenet. Estas lecturas son evidentes y no ofrecen demasiada discusión, pero, en mi opinión, aislar la batalla de Muret de su contexto general supone convertirla en lo que no fue o no fue del todo: un episodio de segunda fila, inserto en una guerra antiherética periférica y sin relación alguna (o con poca relación) con los otros conflictos en los que estaba inmersa la Europa de principios del siglo XIII.

Conviene, por tanto, establecer los vínculos entre la batalla de Muret y sus dos batallas hermanas, y para ello puede ser útil un poco de historia contrafactual, trampa en la que es muy fácil caer cuando se estudia la batalla de Muret. No quisiera ser una víctima más de esta tentación, pero creo que no está de más intentar comprender un acontecimiento histórico en su globalidad, es decir, contemplando el antes, el durante y el después, y más aún cuando ese acontecimiento es una batalla medieval, con todo lo que las batallas medievales tienen de aleatorio, de imprevisible, de humano. Este planteamiento global me parece más provechoso, al menos, que juzgar una batalla sólo a partir de su final, de lo que sabemos que ocurrió, como si el desenlace ya estuviera escrito. No se trata, en ningún caso, de hacer historia-ficción, pero sí de tener en cuenta los escenarios que eran posibles antes de que pasara lo que sabemos que pasó. Es fácil explicar una victoria o una derrota cuando ya se ha producido; lo difícil es saber qué podía ocurrir antes de que ocurriera, y qué pensaban los contendientes enfrentados en una batalla de lo que podía pasar antes de que pasara.

La batalla de Muret es difícilmente explicable sin la batalla de Las Navas de Tolosa, o, mejor dicho, sin la situación general en la que se encontraban los reinos hispanos desde finales del siglo XII, muy presionados por un Califato Almohade en pleno apogeo que había derrotado al Reino de Castilla en la batalla de Alarcos (1195), que había recuperado los territorios de La Mancha en los meses siguientes, que había conquistado las Islas Baleares en 1203, que atacó las costas catalanas en 1210 y que inició una gran ofensiva contra los cristianos en 1211. El comienzo en el año 1209 de la Cruzada Albigense, la guerra en la que se enmarca la batalla de Muret,

coincidió con el reinicio de la guerra entre cristianos y almohades que conduciría a Las Navas de Tolosa[18]. Esto es especialmente importante, porque obligó al rey de Aragón Pedro el Católico a prestar una atención máxima a sus intereses vitales en la Península Ibérica y a relegar durante varios años sus intereses occitanos, mucho más secundarios[19]. Las preguntas que podemos hacernos son si el rey de Aragón habría actuado de otra forma en unas circunstancias menos peligrosas para sus reinos en la península, y si esa otra forma habría terminado igualmente en una batalla campal contra el ejército cruzado enviado por Roma para combatir a los albigenses. Pues no lo sabemos, pero la verdad es que, atendiendo a esta coincidencia de conflictos, Pedro el Católico puede ser considerado un monarca con muy poca suerte.

Fue la gran victoria en Las Navas de Tolosa la que despejó el horizonte peninsular y permitió al rey de Aragón retomar su política occitana, y además de una forma inesperadamente favorable por las enormes dimensiones alcanzadas por la gran victoria cristiana de 1212. En este sentido, también es posible preguntarse si Pedro el Católico habría iniciado una ofensiva diplomática y militar, para defender abiertamente a la nobleza occitana acusada de herejía, sin el prestigio y la autoridad moral que logró defendiendo la Cruz en Las Navas; o si se habría atrevido a desafiar abiertamente las órdenes del Papa de no intervenir en el conflicto albigense sin ese aval moral tan poderoso; o si habría buscado el choque frontal en campo abierto con el ejército cruzado de Simón de Montfort (invicto hasta entonces) sin la confianza extrema que el propio rey y sus caballeros sintieron tras derrotar tan rotundamente a los sarracenos en Las Navas[20].

Si hablamos de Muret y de Las Navas de Tolosa hay que hablar del Papa Inocencio III (1198-1216). Decimos esto porque, a veces, la batalla de Muret se ha interpretado en sus aspectos exclusivamente políticos, como un conflicto entre el rey de Aragón, la nobleza occitana, los barones franceses y el rey de Francia, una visión que no es del todo completa. Inocencio III, como es bien sabido, no es un Papa cualquiera y los primeros años del siglo XIII son los primeros de lo que conocemos como la «Teocracia Pontificia». En este sentido, no hay que olvidar que la Cruzada Albigense siempre

18. Sobre la batalla de 1212 y sus circunstancias, véase García Fitz, Francisco: *Las Navas de Tolosa*, Barcelona, Ariel, 2005 («Grandes Batallas»), esp. pp. 101-154.

19. Alvira: *El Jueves de Muret*, pp. 109-112; e Ídem: *Muret 1213. La batalla decisiva de la Cruzada contra los Cátaros*, Barcelona, Ariel, 2008 (*Grandes Batallas*), pp. 40-43.

20. Alvira: *El Jueves de Muret*, pp. 150-154; Smith, Damian J.: *Innocent III and the Crown of Aragon. The Limits of Papal Authority*, Aldershot, Ashgate, 2004, pp. 115-118; y Alvira: *Muret 1213*, pp. 49-52.

fue una guerra religiosa promovida por el Papa, y que sólo el Papa podía decidir cuándo el problema de la herejía albigense —el que más preocupaba y más importaba a la Iglesia y al Papado— había quedado resuelto y quién debía resolverlo[21]. Éste es otro factor clave para entender la posición de Pedro el Católico en el conflicto occitano: la dominación de la Corona de Aragón sobre el sur de Francia a la que Pedro aspiraba, por mucho que tuviera un origen político muy anterior —la expansión ultrapirenaica de los condes de Barcelona y de los reyes de Aragón[22]—, sólo era posible a principios del siglo XIII, una vez puesta en marcha la Cruzada Albigense, si contaba con el visto bueno del Papado. Y aquí está otro de los puntos de conexión entre las batallas de 1212 y 1213. La victoria de Las Navas de Tolosa fue, seguramente, el mayor triunfo de Inocencio III (junto al IV Concilio de Letrán, sin duda). El 16 de julio de 1212 fue, como ha sugerido algún especialista, «el día más feliz de su vida»[23]. El Papa vio en Las Navas una señal de Dios que anunciaba las futuras victorias de la cristiandad después de muchos años de derrotas. Justamente por eso, porque Inocencio III había visto en Las Navas el inicio de una nueva era, es por lo que en enero de 1213 aceptó la intervención de Pedro el Católico en el sur de Francia. El rey de Aragón, actuando en nombre de la Iglesia (Pedro era vasallo del Papa desde su coronación en Roma en 1204), pacificaría el territorio albigense,

21. Véanse a este respecto los trabajos de Damian J. SMITH: «Aragon, Catalogne et Papauté pendant la Croisade contre les Albigeois», *La Croisade albigeoise*, pp. 157-170; «Peter II, Innocent III and the Albigensian Crusade», *Innocenzo III, Urbs et Orbis. Atti del Congresso Internazionale (Roma, 9-15 settembre 1998)*, ed. Andrea SOMMERLECHNER, Roma, Istituto storico Italiano per il medio evo, 2003, pp. 1.049-1.064 («Nuovi studi storici, 55; «Miscellanea della Società Romana di storia patria», 44); e *Innocent III*, pp. 79-141. También MESCHINI, Marco: «Innocenzo III e il *negotium pacis et fidei* in Linguadoca tra il 1198 e il 1215», *Atti della Academia Nazionale dei Lincei*, XX-2 (2007), pp. 365-906.

22. Sobre este tema, MIRET I SANS, Joaquim: *La expansión y la dominación catalana en los pueblos de la Galia meridional*, Barcelona, Real Academia de Buenas Letras de Barcelona, 1900; ALVIRA: *El Jueves de Muret*, pp. 67-73, 86-87 y 92-94; ÍDEM: *Muret 1213*, pp. 18-34; SMITH, Damian J.: *Crusade, Heresy and Inquisition in the Lands of the Crown of Aragon (c. 1167-1276)*, Leiden, Brill, 2009 («The Medieval and Early Modern Iberian World», 39), pp. 26-32; y la documentación recogida en *Tractats i negociacions diplomàtiques de Catalunya i de la Corona catalanoaragonesa a l'edat mitjana. Vol. 1.1. Tractats i negociacions diplomàtiques amb Occitània, França i els estats italians, 1067-1213*, dir. Maria Teresa FERRER I MALLOL y Manuel RIU I RIU, Barcelona, Institut d'Estudis Catalans, 2009 («Memòries de la Secció Històrico-Arqueològica», 83).

23. «As Innocent thanked God before the multitude in Rome and extolled the Christian prince who had been God's instrument, he probably experienced the grandest day of his life. It was not only a great victory; God had given him an unambiguous sign of his favour», MOORE, John C., *Pope Innocent III (1160/1-1216): to Root Up and to Plant*, University of Notre Dame Press, 2009 (orig. 2003), p. 203.

uniría a los cristianos hasta entonces enfrentados entre sí y lograría nuevas victorias sobre los sarracenos de España[24]. Unos meses más tarde, sin embargo, en mayo de 1213, Inocencio III cambió de opinión, convencido por los obispos del sur de Francia de que la herejía no estaba controlada y de que la intervención del rey de Aragón alimentaría la resistencia de la nobleza occitana y debilitaría la posición de la Iglesia y del ejército cruzado liderado por Montfort. Fue entonces cuando Pedro el Católico decidió convencer al Papa apelando a Dios, al Juez Supremo, en la ordalía de una batalla campal: si Dios le daba la razón con una victoria sobre los cruzados, Inocencio III, que aún dudaba, cambiaría de opinión y volvería a aceptarle como garante de la ortodoxia católica en el territorio de los albigenses, asegurando así la dominación política de la Corona de Aragón sobre todo el espacio occitano[25]. Es posible sugerir, por lo tanto, que no hay batalla de Muret sin la batalla de Las Navas de Tolosa.

No parece tan razonable plantear, sin embargo, que no hay batalla de Bouvines sin la batalla de Muret. La relación entre estas dos batallas es más lejana, sin duda, pero también existe y es importante recordarla, sobre todo porque se ha tenido mucho menos en cuenta, seguramente porque es menos conocida[26]. Sabemos que, en noviembre de 1212, el conde Raimundo VI de Tolosa (1194-1222) mantenía un enviado suyo, un tal *Vitalis* (Vidal) en la corte del rey de Inglaterra Juan Sin Tierra (1199-1216)[27]. A finales de ese año también estaba allí un monje cisterciense enviado por el rey de Aragón[28]. Los documentos mencionan después a otro enviado se-

24. Alvira: *El Jueves de Muret*, pp. 170-174; Smith: *Innocent III*, pp. 114-121; y Alvira: *Muret 1213*, pp. 53-55.

25. Alvira: *El Jueves de Muret*, pp. 204-209; Ídem: «Le Jeudi de Muret: aspects idéologiques et mentaux de la bataille de 1213», *La Croisade albigeoise*, pp. 197-207, esp. pp. 203-205; e Ídem: *Muret 1213*, pp. 64-66 y 88-90.

26. Sobre este tema, véase Taylor, Claire: «Pope Innocent III, John of England and the Albigensian Crusade (1209-1216)», *Pope Innocent III and His World*, ed. John C. Moore, Brenda Bolton y James M. Powell, Nueva York, Hofstra, 1999, pp. 205-228, esp. pp. 209 y 220; y más recientemente Vincent, Nicholas: «England and the Albigensian Crusade», *England and Europe in the Reign of Henry III (1216-1272)*, eds. Bjorn K.U. Weiler e Ifor W. Rowlands, Aldershot, Ashgate, 2002, pp. 67-97, esp. pp. 74-75.

27. *Misae Roll*, 14 John, ed. Henry Cole: *Documents Illustrative of English History of the Thirteenth and Fourteenth Centuries*, Londres, 1844, pp. 246 (8 noviembre 1212), 249 (6 diciembre 1212), 250 (9 enero 1213), 256 (17 marzo 1213 y 28 marzo 1213) y 258 (10 abril 1213); y ed. Alvira: *Pedro el Católico*, III, nº 1.402, 1.417, 1.430 y IV, nº 1.480, 1.483 y 1.493.

28. *Misae Roll*, 14 John (8 mayo 1213), ed. Cole: *Documents*, p. 262; y ed. Alvira: *Pedro el Católico*, IV, nº 1.504. En nuestro último trabajo sobre la batalla de Muret (*Muret 1213*, pp. 87-88) confundimos el adjetivo *grisius* con el nombre propio del monje cisterciense anónimo enviado por el rey Pedro a la corte inglesa. Aprovechamos la ocasión para poner de manifiesto este error.

creto de Pedro el Católico, un tal *Willielmum de Werrer*[29]. Estos, diríamos hoy, «agentes secretos» del conde de Tolosa y del rey de Aragón permanecieron en la corte inglesa hasta principios de julio de 1213[30]. Unas semanas más tarde, el 17 de agosto (sólo a un mes vista de la batalla de Muret), el rey de Inglaterra escribió al conde de Tolosa y al conde de Auvernia para comunicarles que, en mayo de 1214, iría a Francia con su ejército para ayudarles, a ellos y a otros amigos y vasallos del Imperio Angevino[31]. La carta que más nos importa es la que el rey Juan envió al rey Pedro para apoyar un *negotium nostrum* del que no sabemos nada y que debía contar –dice la carta– «con la aprobación y la autoridad del señor Papa»[32]. Todo esto ocurría justamente durante los meses en los que el rey de Aragón estuvo negociando en Roma para detener la Cruzada Albigense, marchó después a Tolosa para recibir el juramento de fidelidad de la nobleza occitana, dejó tropas propias en la capital tolosana y, finalmente, preparó la ofensiva militar que culminaría en la batalla de Muret.

Conviene hacer un poco de memoria para comprender mejor la presencia de estos enviados tolosanos y catalano-aragoneses en la corte inglesa. En 1196, rompiendo la tradicional alianza tolosana con los reyes de Francia, el conde Raimundo VI de Tolosa estableció un firme vínculo político y familiar con la monarquía Plantagenet de Ricardo Corazón de León (1189-1199), a la sazón duque de Aquitania. Esta «inversión de alianzas» tiene que ver con la llamada *Gran Guerra Meridional*, el conflicto por la

29. Ed. Thomas Rymer: *Foedera, conventiones, litterae et cujuscumque generis acta publica...*, ed. Adam Clarke y Frederick Holbrooke, 3 vols. in 6, Londres, Record Comission, 1816-1830, I, p. 113; y ed. Alvira: *Pedro el Católico*, IV, nº 1.548. Véase también Cheney, Christopher R.: *Innocent III and England*, Sttugart, 1976 («Päpste und Papsttum», 9), p. 357; y Vincent: «England and the Albigensian Crusade», p. 74.

30. *Misae Roll*, 14 John (17 y 22 abril 1213), ed. Cole: *Documents*, p. 259; y ed. Alvira: *Pedro el Católico*, IV, nº 1.494. *Misae Roll*, 14 John (8 julio 1213), ed. Thomas Duffus Hardy: *Rotuli Litterarum Clausarum*, 2 vols., Londres, Record Comission, 1843-1844, I, p. 164; y ed. Alvira: *Pedro el Católico*, IV, nº 1.532.

31. Ed. Rymer: *Foedera*, I, p. 114; y ed. Alvira: *Pedro el Católico*, IV, nº 1.546 y 1.547 (documentos dados en Ludgershall, Inglaterra, no en Lieja). De hecho, ésta era la cuarta vez que Juan Sin Tierra intentaba poner en pie un ejército y acudir a Francia: lo había intentado ya en julio de 1212, marzo de 1213 y julio de 1213, Vincent, Nicholas: «A Roll of Knights Summoned to Campaign in 1213», *The Bulletin of the Institute of Historical Research*, 66/159 (1993), pp. 89-97.

32. *Voluntas enim nostra est, ut rebus inter nos et vos ad invicem plenius affirmatis, negotium nostrum, de assensu et authoritate domini Pape, sine difficultate, ad optatum perducatur effectum*, ed. Rymer: *Foedera*, I, p. 113 (17 agosto 1213); y ed. Alvira: *Pedro el Católico*, IV, nº 1.548. Citado por Cheney: *Innocent III*, p. 357; Vincent: «England and the Albigensian Crusade», p. 74; y Smith: *Innocent III*, p. 135.

hegemonía sobre Provenza y Languedoc que durante el siglo XII enfrentó a los condes de Tolosa y los condes de Barcelona (luego reyes de Aragón). A finales del siglo XII, los tolosanos habían perdido esta *Gran Guerra Meridional* y Raimundo VI lo reconoció cambiando de bando o, mejor aún, aplicando aquella vieja máxima que reza «Si no puedes con tu enemigo, únete a él». Se acercó primero al rey de Inglaterra, aliado de la Corona de Aragón desde tiempos de Enrique II y el conde Ramon Berenguer IV, y se acercó después, desde 1198, a la Corona de Aragón, hegemónica ya por entonces en el espacio político occitano[33].

En cuanto a la alianza angevino-aragonesa, para principios del siglo XIII tenemos pocos datos, pero sí sabemos que el barón catalán Guillem Ramon de Montcada, senescal real, estuvo en Inglaterra antes de abril de 1205[34]; y que el 1 de agosto de ese año los reyes Pedro el Católico y Juan Sin Tierra pudieron mantener negociaciones en Jaca[35]. Hablamos de unos

33. Sobre el conflicto meridional, véase HIGOUNET, Charles: «Un grand chapitre de l'histoire du XIIe siècle: La rivalité des maisons de Toulouse et Barcelone pour la prépondérance méridionale», *Mélanges Louis Halphen*, París, PUF, 1951, pp. 313-322; BONNASSIE, Pierre: «L'Occitanie, un État manqué ?», *L'Histoire*, 14 (1979), pp. 31-40; HIGOUNET, Charles: «Problèmes du Midi au temps de Philippe Auguste», *La France de Philippe Auguste. Les temps de mutations*, dir. Robert-Henri Émile BAUTIER, París, CNRS, 1982, pp. 311-322; BENJAMIN, Richard: «A Forty Years War: Toulouse and the Plantagenets, 1156-1196», *Bulletin of the Institute of Historical Research*, 61 (1988), pp. 270-285; BONNASSIE, Pierre: «Le comté de Toulouse et le comté de Barcelone du début du IXe siècle au début du XIIIe siècle (801-1213)», *Occitania i els països Catalans. 8e Colloque International de Langue et Littérature Catalane (Université de Toulouse-Le Mirail, 12-17 septembre 1988)*, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1989, pp. 27-45; MACÉ, Laurent: «Chronique d'une grande commotion : la rivalité entre les comtes de Toulouse et les Trencavel (XIIe-XIIIe siècles)», *Revue du Tarn*, 176 (1999), pp. 661-683; SAGE, O.: *Les relations entre le comté de Toulouse et Barcelone-Aragon au XIIe siècle (1070-1213)*, Mémoire de Maîtrise, dir. Gérard PRADALIÉ, Université de Toulouse-Le Mirail, 2000; MACÉ, Laurent: *Les comtes de Toulouse et leur entourage XIIe-XIIIe siècles. Rivalités, alliances et jeux de pouvoir*, Toulouse, Privat, 2000, pp. 23-53; MARTINDALE, Jane: «*An Unfinished Business*: Angevin Politics and the Siege of Toulouse, 1159», *Anglo-Norman Studies 23. Proceedings of the Battle Conference 2000*, ed. John GILLINGHAM, Woodbridge, The Boydell Press, 2001, pp. 115-154; DÉBAX, Hélène: *La féodalité languedocienne, XIe-XIIe. Serments, hommages et fiefs dans le Languedoc des Trencavel*, Toulouse, Presses Universitaires du Mirail, 2003, pp. 72-98; DÉBAX, Hélène: «El fracàs de l'Estat occità. Les divergencies de l'evolució entre Occitània i Catalunya (segles IX-XIII)», *Càtars i trobadors. Occitània i Catalunya: reinaxença i futur*, Barcelona, Generalitat de Catalunya, 2003, pp. 68-75; y ALVIRA; *Muret 1213*, pp. 24-25.

34. Archivo de la Corona de Aragón [ACA], Cancillería, Pergaminos de Pedro I, nº 211, ed. ALVIRA: *Pedro el Católico*, II, nº 531. Véase SHIDELER, John C.: *Els Montcada: una família de nobles catalans a l'Edat Mitjana (1200-1230)*, Barcelona, Edicions 62, 1987 (orig. inglés 1983), pp. 132 y 177-178.

35. JERÓNIMO DE ZURITA: *Anales de la Corona de Aragón*, ed. Ángel CANELLAS LÓPEZ, 5 vols., Zaragoza, Institución «Fernando el Católico»-CSIC, 1976-1977, lib. II, cap. lii. Esta noticia dice

pocos meses después de 1204, que es el año clave en el que quedó sellado definitivamente el acercamiento del Condado de Tolosa y la Corona de Aragón iniciado a finales del siglo XII: en enero de 1204, la infanta Leonor de Aragón, hermana de Pedro el Católico, casó con el conde Raimundo VI, quien pasó de ser cuñado del rey de Inglaterra a cuñado del rey de Aragón[36]; en abril de 1204, Pedro el Católico, Raimundo VI y Alfonso II de Provenza, hermano de Pedro, acordaron un pacto de alianza y defensa mutua en el Tratado de Millau[37]; y en noviembre de 1204 el rey de Aragón fue coronado en Roma por el Papa Inocencio, con el dinero prestado, por cierto, por el conde de Tolosa unos meses antes[38]. 1204 es también importante por otra circunstancia: es el año en el que el rey de Inglaterra Juan Sin Tierra perdió definitivamente el control sobre Normandía y otros territorios norteños del Imperio Angevino a manos del rey de Francia Felipe Augusto (1180-1223). Como ha apuntado Nicholas Vincent, estas derrotas angevinas en el norte dieron un nuevo y mayor valor a la alianza meridional que Juan Sin Tierra mantenía con el conde de Tolosa, idea que es igualmente aplicable para la vieja alianza angevina con el rey de Aragón[39].

que el rey de Aragón *se había de ver con el rey de Inglaterra* en Jaca a principios de agosto de 1205, pero el itinerario de Juan Sin Tierra demuestra que éste se encontraba entonces en Inglaterra (*Rotuli Litterarum Patentium*, ed. Thomas Duffus HARDY, Londres, Record Comission, 1835, «Itinerary of King John, July-August: 1205»). Un año más tarde, sin embargo, a finales de julio y primeros de agosto de 1206, Juan estaba en Guyena (ídem: 1206). En todo caso, la no presencia física del rey de Inglaterra en 1205 no impide que las negociaciones pudieran producirse.

36. AURELL, Martin: *Les noces du comte. Mariage et pouvoir en Catalogne (785-1213)*, París, Publications de la Sorbonne, 1995, pp. 405-406; MACÉ: *Les comtes de Toulouse*, pp. 33, 94, 153 y 191; ALVIRA: *El Jueves de Muret*, p. 93; SMITH: *Innocent III*, p. 39 ; y ALVIRA: *Pedro el Católico*, II, nº 435.

37. ACA, Cancillería, Pergaminos de Pedro I, nº 184, ed. *Tractats*, nº 144, pp. 458-459; ed. ALVIRA: *Pedro el Católico*, II, nº 448; y MACÉ, Laurent: *Catalogues raimondins (1112-1229). Actes des comtes de Toulouse, ducs de Narbonne et marquis de Provence*, Toulouse, Archives Municipales, 2008 («Sources de l'Histoire de Toulouse», 1), nº 337, p. 266. Véase ROQUEBERT: *L'Épopée Cathare*, I, pp. 172-173 y 577 ; MACÉ: *Les comtes de Toulouse*, pp. 33, 35 y 233-234; y ALVIRA: *El Jueves de Muret*, pp. 93-94.

38. AV (Roma), Reg. Vat. 5, fols. 202-202v, nº 229, ed. Demetrio MANSILLA: *La documentación pontificia hasta Inocencio III (965-1216)*, Roma, Instituto Español de Estudios Eclesiásticos, 1955 («Monumenta Hispaniae Vaticana. Sección: Registros», I), nº 307, pp. 339-341; ed. *Tractats*, nº 149, pp. 472-473; y ed. ALVIRA: *Pedro el Católico*, II, nº 485. Sobre la coronación del rey Pedro, véase SMITH: *Innocent III*, pp. 43-78. La hipoteca de los condados de Millau y Gévaudan al conde de Tolosa por 150.000 sueldos en AN (París), J. 589, Aragon, II, nº 1, ed. *Tractats*, nº 143, pp. 455-457; ed. ALVIRA: *Pedro el Católico*, II, nº 445; y MACÉ: *Catalogues*, nº 336, pp. 265-266. Sobre este acuerdo, ROQUEBERT: *L'Épopée Cathare*, I, pp. 171-172, 641 y 684; y MACÉ: *Les comtes de Toulouse*, pp. 33 y 121.

39. VINCENT: «England and the Albigensian Crusade», p. 72.

Estas relaciones secretas a tres bandas Aragón-Tolosa-Inglaterra, antes citadas, son muy oscuras, pero creo que valdría la pena profundizar en ellas. Lo que parece claro, en cualquier caso, es que estamos ante lo que parece ser una confluencia de intereses antifranceses derivada del momento crítico al que habían llegado, por un lado, la creciente hegemonía ultrapirenaica de la Corona de Aragón, amenazada desde 1209 por una Cruzada Albigense liderada por barones franceses, y, por otro, el conflicto que enfrentaba desde mediados del siglo XII a los reyes Capeto y Plantagenet. El conde de Tolosa necesitaba el apoyo de la monarquía inglesa para hacer frente a los cruzados franceses, vasallos del rey de Francia, que habían invadido sus tierras. Juan Sin Tierra debía vigilar un aumento excesivo del poder del rey de Aragón sobre el condado tolosano, en especial sobre la región del Agenais, territorio que formaba parte de la *mouvance* Plantagenet desde el siglo XII[40]. Al rey de Inglaterra, en todo caso, le interesaba que el rey de Aragón derrotara a los cruzados de Simón de Montfort, pues esta derrota anularía la influencia francesa sobre el Condado de Tolosa y debilitaría la posición de Felipe Augusto en el conjunto del reino, todo ello en vísperas de la ofensiva general contra la monarquía Capeto que preparaba en connivencia con el emperador Otón IV, el conde de Flandes y otros señores franceses, la misma que terminaría en julio de 1214 en las batallas de La Roche-aux-Moines y Bouvines.

Para Pedro el Católico, lo importante es que los reyes de Francia e Inglaterra estaban ocupados en su enfrentamiento directo, lo que le proporcionaba la libertad de acción suficiente para destruir militarmente la Cruzada Albigense. Para lograrlo, lo primero que intentó fue aislar a Simón de Montfort, moviendo en esa tarea todos los hilos a su alcance: negoció con el Papa Inocencio para legitimar su intervención en el conflicto albigense y paralizar la Cruzada; protegió militar y políticamente a la nobleza occitana; intentó que el rey de Francia aceptara su soberanía sobre el Condado de Tolosa (territorio perteneciente al *Regnum Francorum*), incluso planeando una propuesta de matrimonio a la princesa María, hija de Felipe Augusto, lo que sí que habría supuesto una nueva y gigantesca «inversión de alianzas»; y todo ello mientras mantenía negociaciones secretas con el rey de Inglaterra, seguramente para prevenir una posible contraofensiva francesa en el sur. Si conseguía derrotar a Simón de Montfort, el rey de

40. VINCENT, Nicholas: «The Plantagenets and the Agenais (1150-1250)», *Les seigneuries dans l'espace Plantagenêt (c. 1150-c. 1250)*, ed. Martin AURELL y Frédéric BOUTOULLE, Burdeos, Ausonius, 2009 («Études», 24), pp. 417-456, esp. pp. 438-442.

Aragón podría aprovechar la ofensiva de Juan Sin Tierra y el emperador Otón IV contra Felipe Augusto para consolidar su hegemonía occitana[41].

Lo que quiero señalar con estas complejas relaciones políticas y diplomáticas a varias bandas no es otra cosa que la dimensión «internacional» de la batalla de Muret. Muret no fue una operación interna de la Corona de Aragón, entre un monarca que temía por la herencia de sus hermanas, casadas con los condes tolosanos, y un vasallo rebelde, Simón de Montfort, señor de Carcasona, interpretación que aparece en las primeras fuentes catalano-aragonesas de la batalla[42]. Tampoco fue un choque regional y secundario, como ha sido interpretada en ocasiones por la historiografía moderna. La batalla de Muret queda incompleta si se ignoran sus dimensiones «internacionales», dimensiones que la convierten en un eslabón esencial en el complicado escenario político previo a la batalla de Bouvines, un contexto de máxima tensión política y militar cuya resolución —como apuntara en su momento Yves Rénouard— cambiaría el rumbo de la Europa occidental del siglo XIII[43].

Hay otra forma de relacionar las batallas de Muret y Bouvines, en tanto en cuanto ambas son jornadas decisivas en la formación de la Francia medieval. El destino del *Midi* se decidió tanto en 1213 como en 1214, y Muret, de hecho, ha sido llamada en alguna ocasión un «Bouvines meridional»[44]. Fue la fortaleza demostrada por la monarquía Capeto desde principios del siglo XIII la que terminaría inclinando la balanza y haciendo realidad una «Francia francesa» frente a las aspiraciones de los dos vasallos más poderosos del *rex Francorum*: el rey de Inglaterra y el rey de Aragón[45]. Podemos preguntarnos si la batalla de Bouvines habría tenido las mismas consecuencias para la Francia medieval sin la batalla de Muret. Tampoco lo sabremos nunca, pero cabe pensar que Felipe Augusto y sus sucesores se habrían encontrado con muchas mayores dificultades a la hora de extender su autoridad efectiva sobre los territorios occitanos del sur del reino[46]. De forma más indirecta, cabría sugerir que la derrota de la Corona de Aragón en

41. ALVIRA: *El Jueves de Muret*, pp. 184-191 y 198-209; e ÍDEM: *Muret 1213*, p. 88.

42. ALVIRA: *El Jueves de Muret*, pp. 177-180 y 431-441; e ÍDEM: *Muret 1213*, pp. 79-80.

43. RENOUARD: «1212-1216», pp. 86-87.

44. Es el título del artículo de Roger CAMBOULIVES: «Bataille de Muret, un *Bouvines* méridional», *Revue de Comminges*, 88 (1975), pp. 255-273.

45. RENOUARD: «1212-1216», pp. 83, 87 y 88.

46. Sobre la posición de los Capeto en relación con los territorios meridionales de Francia, hay que ver BRUGUIÈRE, Marie-Bernadette: «Un mythe historique: *l'impérialisme capétien* dans le Midi aux XIIe et XIIIe siècles», *Annales du Midi*, 171 (1985), pp. 245-267.

1213 también acabaría perjudicando a la monarquía inglesa: los intereses de los Plantagenet en el sur de Francia seguramente se habrían visto mejor protegidos con un Condado de Tolosa integrado en la Corona de Aragón que con un *Midi* firmemente dominado por sus viejos enemigos Capeto[47].

Otra idea que ha costado bastante tiempo desmentir es aquella según la cual la batalla de Muret fue el error o la insensatez de un rey alocado y temerario, dispuesto a arriesgar su reino y su vida en una apuesta ultrapirenaica perdida, que no podía acabar bien[48]. No es cierto, al menos en mi opinión. Pedro el Católico perdió la batalla de Muret, pero la realidad es que debió haberla ganado. La compleja ofensiva diplomática, que antes se mencionaba, no resultó un éxito y en algunos aspectos fue un rotundo fracaso, pero lo cierto es que permitió al rey de Aragón llegar al enfrentamiento con los cruzados de Simón de Montfort en unas condiciones de clara superioridad militar. Nadie podía pensar en septiembre de 1213 que el rey de Aragón sería derrotado, ni muchos menos que moriría en el encuentro. Ni siquiera lo pensaba Simón de Montfort, por mucho que después algunos historiadores hayan interpretado su victoria como algo natural e inevitable. De hecho, los más cercanos al caudillo de la Cruzada Albigense creyeron que lo ocurrido en Muret fue un *milagro*, y si esto es así es justamente porque no pensaban que la batalla acabaría como lo hizo[49].

Lo realmente importante, más allá de lo que sucedió sobre el campo de batalla, lo que debe llamar nuestra atención, es que, en enero de 1213, un rey de Aragón entraba en el Condado de Tolosa como un libertador, aclamado por la población occitana, y que a continuación fue reconocido por la alta nobleza del *Midi* como «soberano», como «soberano feudal» si se quiere, como «suzerano». En esos días y en esos meses de 1213, el rey de Aragón fue el rey en el sur de Francia, y así lo demuestran las cartas que la cancillería real emitió en nombre del conde de Tolosa y de su hijo, del conde de Foix y de su hijo, del conde de Comminges, del vizconde de Bearne, de los gobiernos municipales de Tolosa y Montauban, y de *omnes alios amicos et vasallos ac subditos nostros*[50]. Por teórica que fuera, en

47. Sobre la relación de la batalla de Muret con la historia de Inglaterra, VINCENT: «England and the Albigensian Crusade», pp. 75-77; y la contribución de este autor en este volumen.

48. El recuerdo historiográfico del monarca derrotado en Muret puede verse en los textos recogidos en ALVIRA: *Pedro el Católico*, V pp. 2.069-2.311 (Tercera Parte: Memoria Histórica).

49. ALVIRA: *El Jueves de Muret*, pp. 211-226 y 394-398; e ÍDEM: *Muret 1213*, pp. 205-209.

50. HIGOUNET, Charles: «Un diplôme de Pierre II d'Aragon pour les Templiers de Toulouse (7 février 1213)», *Annales du Midi*, 205 (1940), pp. 74-79, esp. pp. 78-79; y Archivo Histórico Nacional (Madrid), Sigilografía, Sellos Reales, arm. 1, caj. 15, nº 15, ed. SMITH: *Innocent III*,

esos meses de 1213 Pedro el Católico actuó como la máxima autoridad política del espacio occitano, poniendo bajo su soberanía feudal el Reino de Aragón, el Condado de Barcelona, el Condado de Tolosa, el Condado de Foix, el Condado de Comminges, el Vizcondado de Béarn y el Señorío de Montpellier y, más nominalmente si se quiere, los vizcondados de Béziers, Albi, Agde y Nimes, los condados de Carcasona y el Rasés, el Condado de Urgel y el Condado de Provenza (Foto 4)[51]. Esto es algo que sigue siendo difícil de aceptar por algunos historiadores franceses y que algunos historiadores españoles aún no se llegan a creer.

Las razones de esta desconfianza son más bien historiográficas. Esta monarquía feudal transpirenaica, demasiado corta en el tiempo, demasiado española y demasiado occitana en Francia, demasiado francesa y demasiado catalanizada en España, demasiado extraña a nuestra idea de los Pirineos como una frontera natural, tiene algo de sospechosa y genera recelos, unos recelos que son modernos y también un tanto absurdos: nos sorprende una monarquía hispano-provenzal a caballo de los Pirineos, pero aceptamos con total naturalidad una monarquía anglo-normanda unida por el Canal de la Mancha[52]. Estos recelos modernos tienen bastante que ver, seguramente, con la forma de denominar a esta monarquía transpirenaica abortada en la batalla de Muret («imperio transpirenaico», «Estado occitano-catalán»...)[53]. De aquí que hayamos propuesto una fórmula neutra e integradora como es la de *Gran Corona de Aragón*, una fórmula de carácter historiográfico, inspirada en otras entidades políticas medievales —como la *Gran Moravia* o el *Gran Anjou*— y no medievales —como el

nº XVII, p. 276; ed. Martín ALVIRA CABRER, Damian J. SMITH y Laurent MACÉ: «Le temps de la Grande Couronne d'Aragon du roi Pierre le Catholique. À propos de deux documents relatifs à l'abbaye de Poblet (février et septembre 1213)», *Annales du Midi*, 121-265 (janvier-Mars 2009), pp. 1-22, esp. nº 1, pp. 20-21; y ed. ALVIRA, *Pedro el Católico*, III, nº 1.463 y 1.466. También ALVIRA: *El Jueves de Muret*, pp. 174-176; e ÍDEM: *Muret 1213*, pp. 60-64 y 73-79.

51. Sobre esta cuestión, véase el estudio de ALVIRA, SMITH y MACE: «Le temps de la *Grande Couronne d'Aragon*», pp. 11-18.

52. A veces se olvida o se minusvalora el hecho de que la Península Ibérica estuvo casi toda la Alta Edad Media vinculada, en mayor o menor medida, a las tierras del sur de las Galias: en tiempos del Reino Visigodo de Tolosa (s. V-princ. s. VI), en tiempos del Reino Visigodo de Toledo (s. VI-princ. s. VIII) y en tiempos del Imperio Carolingio (fin. s. VIII-s. IX). Sobre estos vínculos, véase ALVIRA: «Le Jeudi de Muret», pp. 197-202; y SMITH: *Crusade, Heresy and Inquisition*, pp. 19-25.

53. VENTURA: *Pere el Catòlic i Simó de Monfort*, pp. 25-29; ROQUEBERT, Michel: «Le problème du Moye Âge et la Croisade Albigeoise. Les bases juridiques de l'État occitano-catalan de 1213», *Annales de l'Institut d'Études Occitans*, 4 (1978), pp. 15-31; ROQUEBERT: *L'Épopée Cathare*, I, pp. 620-636; y SMITH: *Innocent III*, pp. 124-127.

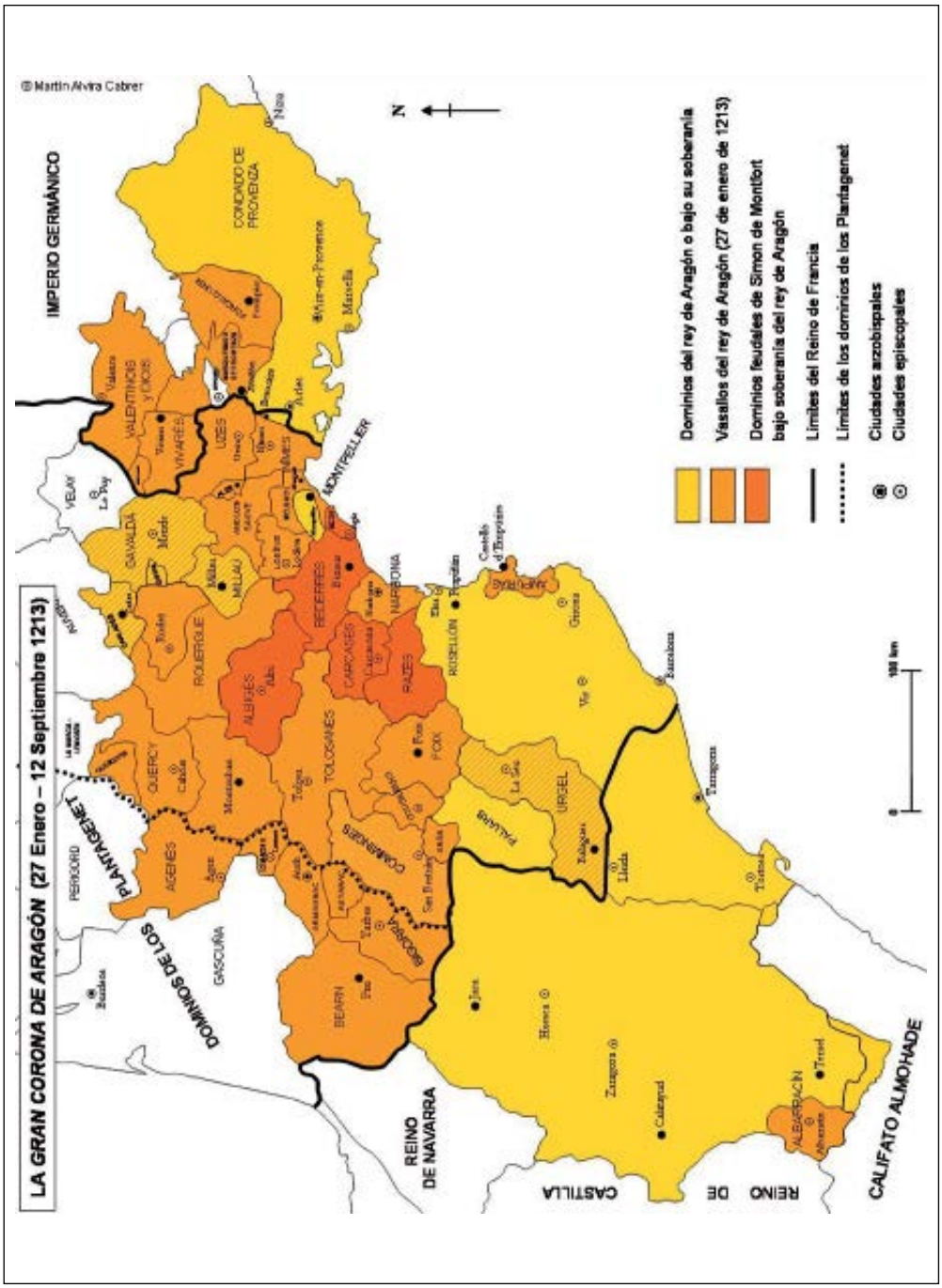

LA GRAN CORONA DE ARAGÓN (27 Enero – 12 Septiembre 1213)
© Martín Alvira Cabrer
IMPERIO GERMÁNICO
CONDADO DE PROVENZA
Niza
Aix-en-Provence
Marsella
VELAY
Le Puy
VALENTINOIS Y DIOIS
Valence
VIVARÉS
Viviers
UZÉS
Uzès
Avignon
MONTPELLIER
GÁVALDA
Mende
MILLAU
Millau
ROUERGUE
Rodez
ALBIGES
Alby
BEZIERS
Béziers
NARBONA
Narbona
CARCASÉS
Carcassonne
RAZÉS
Rennes
FOIX
Foix
RUSELLÓN
Perpiñán
Castillo de Emposta
AMPURIAS
Gerona
Vic
Barcelona
Tarragona
URGEL
Tarragona
Lleida
PALLARS
La Seo
QUERCY
Cahors
AGENÉS
Agen
Montauban
Toulouse
TOLOSANES
COMINGES
Saint Bertrand
BIGORRA
Tarbes
BEARN
Pau
PERIGORD
Burdeos
GASCUÑA
PLANTAGENET
DOMINIOS DE LOS
REINO DE NAVARRA
Jaca
Huesca
Zaragoza
Calatayud
CASTILLA
REINO DE
ALBARRACÍN
Teruel
Albarracín
CALIFATO ALMOHADE
N
100 km
Dominios del rey de Aragón o bajo su soberanía
Vasallos del rey de Aragón (27 de enero de 1213)
Dominios feudales de Simon de Montfort bajo soberanía del rey de Aragón
Límites del Reino de Francia
Límites de los dominios de los Plantagenet
Ciudades arzobispales
Ciudades episcopales

FOTO 4

Gran Israel, por ejemplo—, que permite dar nombre a una construcción política extendida sobre regiones vecinas no siempre o no del todo pertenecientes al núcleo dominante original, en este caso la Corona de Aragón[54]. Así pues, lo que gobernó Pedro el Católico entre enero de 1213 y su muerte en la batalla de Muret bien podría llamarse una *Gran Corona de Aragón*, integrada por aragoneses, catalanes y un buen número de occitanos, a la que la Historia no daría la ocasión de evolucionar.

¿Y si el rey Pedro hubiera vencido la batalla de Muret? Ésta es, sin duda, la «pregunta del millón». Pues, en mi opinión, la *Gran Corona de Aragón* habría tenido su oportunidad, incluso contando con la clara diferencia de recursos humanos, económicos e institucionales que la separaba de la Francia Capeto. En 1213, todas las opciones eran posibles y si Pedro el Católico hubiera vencido o sobrevivido a la batalla de Muret, la Historia podría haber sido diferente, al menos en el corto plazo. A medio y largo plazo ya es otra cuestión, y yo tengo muy serias dudas: recordemos la Gascuña inglesa, tres siglos vinculada a Inglaterra y luego parte indiscutible de Francia; o los territorios catalanes del Rosellón y la Cerdaña, unidos hasta 1659 a la Monarquía Hispánica y luego integrados en el Reino de Francia; o las tierras de la Navarra de Ultrapuertos, vinculadas al viejo reino medieval hasta el siglo XVI.

La verdad es que no tiene mucho sentido discutir sobre la viabilidad futura de esta *Gran Corona de Aragón* transpirenaica. Lo verdaderamente importante e interesante es que este entidad política común hispano-occitana, hoy desdeñada y poco realista, fuera considerada posible a principios del siglo XIII: para los condes de Tolosa y la nobleza occitana, como una salida, a corto y medio plazo, frente a las duras consecuencias de su conflicto con la Cruzada Albigense y, a largo plazo, ante la creciente presión del rey de Francia y de la Iglesia sobre el espacio occitano; para otros, Pedro el Católico y sus aliados, como un colofón «natural» de la tradicional expansión de la Corona de Aragón sobre las tierras occitanas; y para un tercero imprescindible, el Papa Inocencio III, como una alternativa válida al enquistado problema de la herejía albigense[55]. Es la convicción, aventurera o facti-

54. ALVIRA: *El Jueves de Muret*, pp. 164-170; ÍDEM: *Muret 1213*, pp. 60-64; y ALVIRA, SMITH, y MACE: «Le temps de la *Grande Couronne d'Aragon*», pp. 11-13.

55. Estas palabras de Claire TAYLOR sostienen nuestra idea: «Innocent III was a great pragmatist; a ruler as well a judge; a politician as well a priest. What he wanted for the Languedoc was stable orthodox rule. He also wanted the kings of France and England to go on crusade to the Holy Land. These things were only possible with the Languedoc, France and England at peace» (*Pope Innocent III*, p. 226).

ble da lo mismo, en las *posibilidades* de esta «solución catalano-aragonesa» lo que permite explicar los acontecimientos y el clima que precedieron a la batalla de Muret y que culminaron en ella[56].

Más que la derrota militar, fue la muerte de Pedro el Católico la que hizo de la batalla de Muret un episodio decisivo. La Corona de Aragón quedó derrotada, desprestigiada, en una mala situación económica y en las manos de un niño de cinco años, Jaime I, incapaz de defenderla adecuadamente en plena crisis. No hubo una renuncia inmediata a lo logros políticos conseguidos por Pedro el Católico en 1213, pero su muerte hizo imposible dar aliento a esa *Gran Corona de Aragón* transpirenaica recién nacida. Cuando su hijo Jaime I pudo hacerse con las riendas de la Corona, ya era demasiado tarde. En realidad, todo se decidió en unos pocos años, concretamente en los dieciséis que van desde 1213 —la batalla de Muret— hasta 1229 —el final de la Cruzada Albigense con la victoria del rey de Francia en los Tratados de Meaux-París—.

Durante ese período y en los años siguientes, Jaime I ni pudo (ni quiso realmente) asumir la política occitana de su padre, lo que le habría enfrentado a la Iglesia (que había salvaguardado su trono en los años más difíciles de su minoría) y a una monarquía francesa convertida ya en la primera potencia de la cristiandad. El hijo de Pedro el Católico, cuya relación con el mundo occitano es compleja y está marcada por el realismo político y por algunos traumas personales, desoyó durante muchos años las peticiones de ayuda que le dirigieron los trovadores occitanos que resistían la dominación de *los clérigos y los franceses*[57]. Pero también hay que reconocer que el Conquistador hizo lo posible por mantener vivos los viejos intereses ultrapirenaicos de la monarquía catalano-aragonesa. En otras palabras, no todo había terminado en Muret: ni las relaciones de la Corona de Aragón con los territorios ultrapirenaicos, ni la política occitana de los monarcas catalano-aragoneses. De hecho, hubo que esperar a la victoria del rey de Francia en 1229 y a la pérdida de Provenza en 1245 para que se produjera la renuncia oficial en el Tratado de Corbeil de 1258 y la conversión de los Pirineos, por primera vez, en una frontera política (Foto 5 y 5 bis). Y aún

56. Repetimos los argumentos ya utilizados en Alvira: *El Jueves de Muret*, pp. 169-170; e Ídem: *Muret 1213*, p. 63-64.

57. *Li clergue e·ls Frances*, expresión utilizada, entre otros, por el poeta anónimo autor de la continuación de la *Cansó de la Crozada* (ed. anotada y trad. fr. Eugène Martin-Chabot: *La Chanson de la Croisade Albigeoise*, vol. II, París, Les Belles Lettres, 1957, § 132, v. 1) y el trovador Bernart de la Barta (*Foilla ni flors, ni chautz temps ni freidura*, ed. y trad. ingl. Frank M. Chambers: «Three Troubadour Poems with Historical Overtones», *Speculum*, 64-1, 1979, pp. 42-54, nº III, pp. 51-54, § 1, v. 7).

FOTO 5

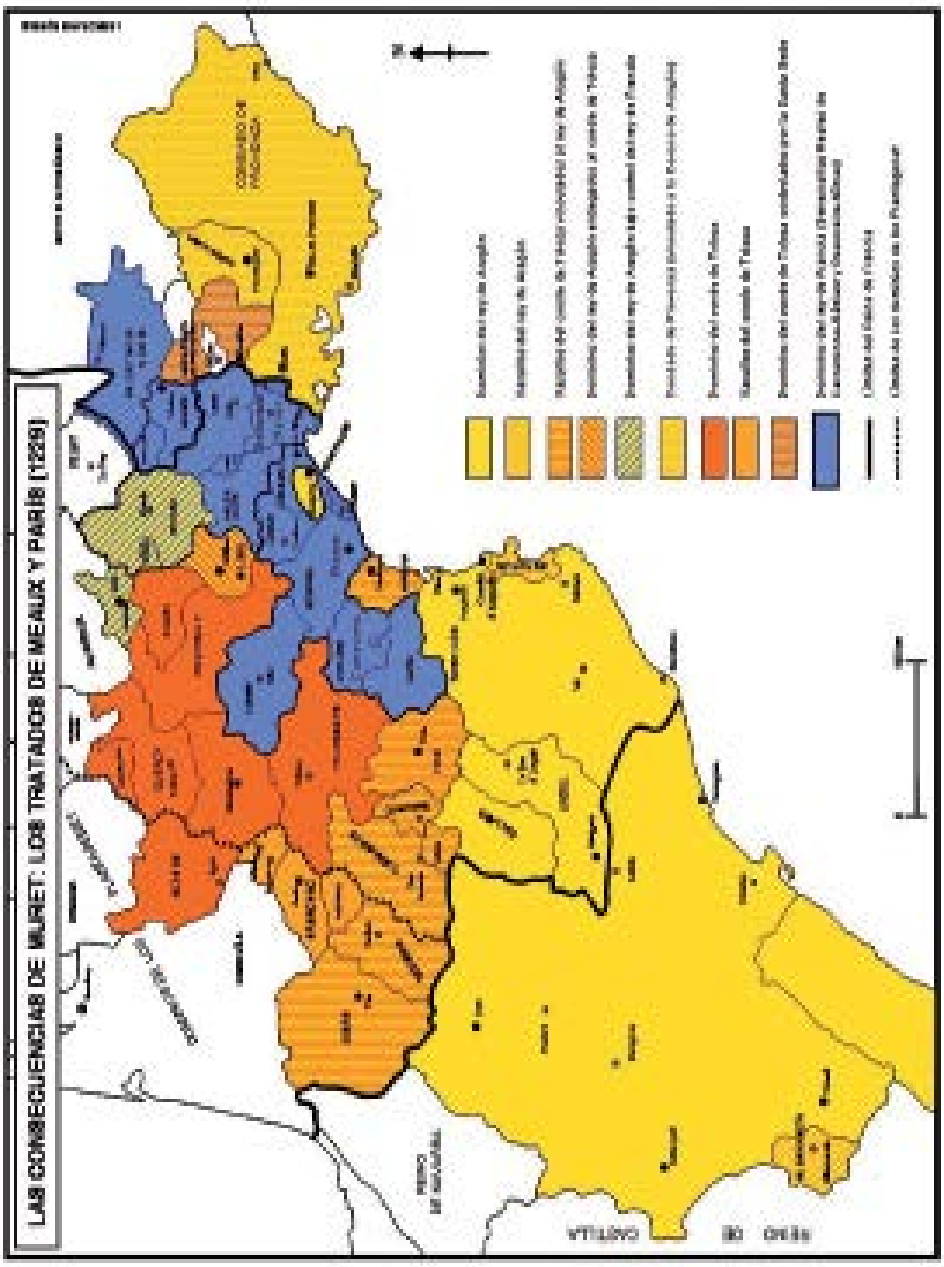
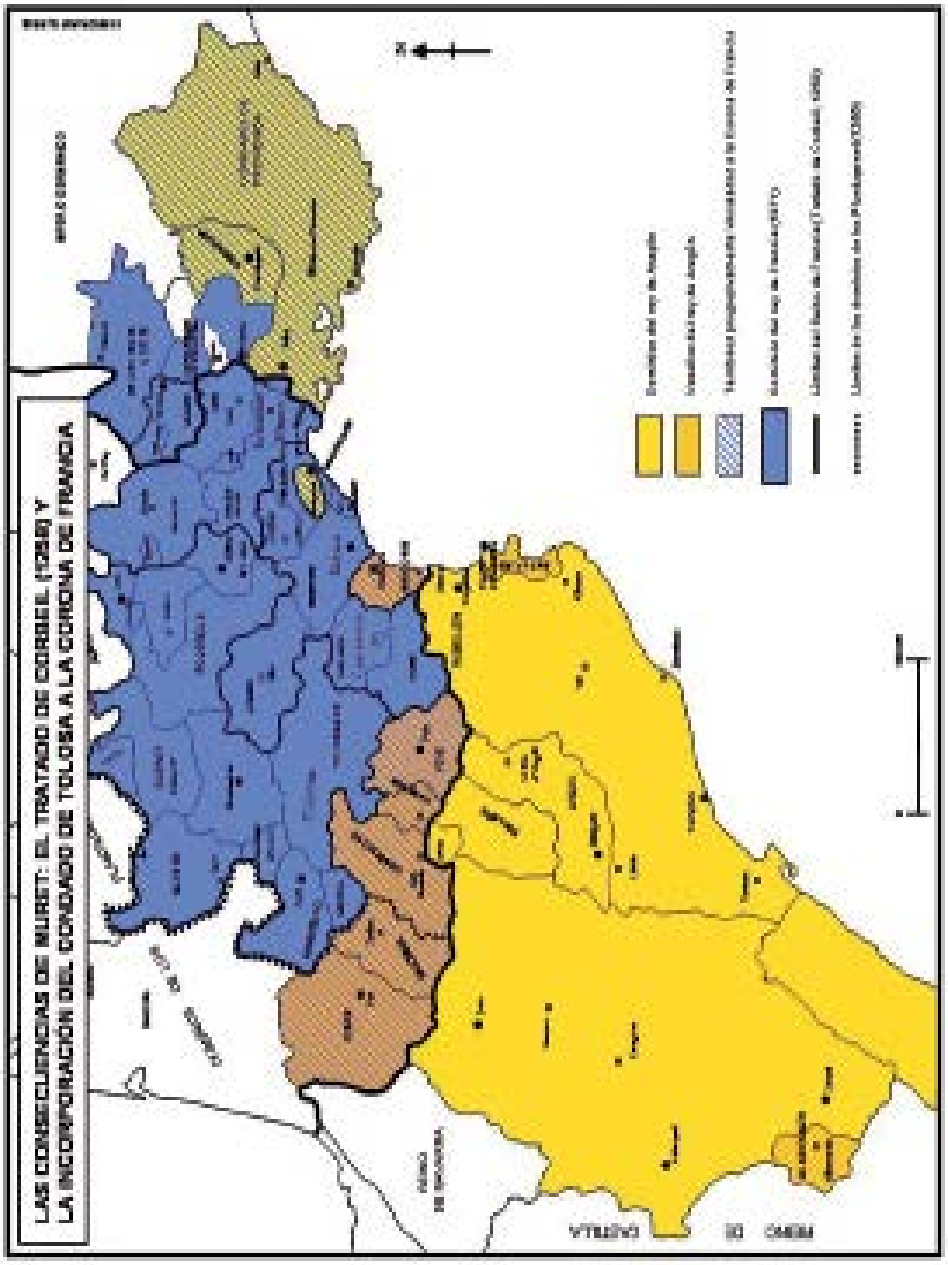

LAS CONSECUENCIAS DE MURET: LOS TRATADOS DE MEAUX Y PARÍS (1229)
CASTILLA
REINO DE ARAGÓN

FOTO 5 BIS


LAS CONSECUENCIAS DE MURET: EL TRATADO DE CORBEIL (1258) Y
LA INCORPORACIÓN DEL CONDADO DE TOLOSA A LA CORONA DE FRANCIA

después de estos hechos, en la segunda mitad del siglo XIII, hubo personas a ambos lados de esa frontera (incluidos muchos carcasoneses, bastantes tolosanos y hasta el nieto de Pedro el Católico, el futuro Pedro el Grande, hijo de Jaime I) que seguían creyendo que el rey de Aragón era el monarca legítimo de los territorios occitanos[58].

Como es bien sabido, Jaime I prefirió la expansión ibérica y mediterránea a costa del Islam, una expansión asequible y legítima, frente a la expansión ultrapirenaica, muy difícil y abiertamente condenada por la Iglesia. La crisis interna padecida por el Califato Almohade desde los años veinte del siglo XIII —coincidiendo justamente con la victoria del rey de Francia en el *Midi*— fue una circunstancia fundamental a la hora de tomar esta decisión. Porque si el Califato Almohade se hubiera mantenido como una estructura política sólida, bloqueando la expansión de los reinos cristianos hacia los territorios andalusíes, ¿habría abandonado igualmente Jaime I la política occitana de su padre? En este sentido, quizá no sería excesivo afirmar —como ha hecho recientemente Damian J. Smith— que el destino histórico del Mediodía de Francia se decidió tanto en la batalla de Las Navas de Tolosa como en la de Muret o en la de Bouvines. Este historiador británico lo dice también de otra forma: deberíamos reflexionar, al menos por un momento, sobre cuánto pudo influir el éxito de la *Reconquista* española del siglo XIII en la formación de la Francia del siglo XIII[59].

¿Qué consecuencias tuvo la batalla de Muret para las poblaciones occitanas (señores, ciudades...) que combatían a los cruzados desde 1209? La derrota de 1213 no fue el final de la Cruzada Albigense, una guerra que se prolongó durante otros dieciséis años. Tampoco fue un punto final para estos occitanos, que continuarían luchando, y con bastante éxito, bajo el liderazgo del conde Raimundo VII de Tolosa (1222-1249), el hijo de Raimundo VI. A largo plazo, sin embargo, Muret sí fue una jornada decisiva, pues descabezó a la Corona de Aragón y dejó a los occitanos sin su apoyo externo más importante y más legitimador[60]. Sólo por ello podría decirse

58. ALVIRA: *El Jueves de Muret*, pp. 519-522 y 534-591; e ÍDEM: *Muret 1213*, pp. 221-224 y 242-266.

59. SMITH: *Crusade, Heresy and Inquisition*, p. 4. Sobre las consecuencias de Las Navas, véase ALVIRA CABRER, Martín: *Guerra e ideología en la España medieval: cultura y actitudes históricas ante el giro de principios del siglos XIII –Batallas de Las Navas de Tolosa (1212) y Muret (1213)–*, 2 t. [CD-Rom], Universidad Complutense de Madrid, 2003, I, pp. 556-588; GARCÍA FITZ: *Las Navas de Tolosa*, pp. 537-546; y la contribución de este último autor en este volumen.

60. El otro apoyo externo era el rey de Inglaterra, pariente y aliado del conde de Tolosa. Si Juan Sin Tierra hubiera intervenido en Aquitania en 1212 o 1213, quizá habría podido alterar los acontecimientos que condujeron a la batalla de Muret. Dicho esto, la presencia y la influen-

que los occitanos combatieron desde 1213 una guerra que ya no podían ganar[61].

¿Consecuencias para el vencedor, Simón de Montfort y sus cruzados? Muret proporcionó a Montfort el dominio político de todo el *Midi*, que llegó en el IV Concilio de Letrán (1215) cuando la Iglesia le entregó los títulos y las tierras del conde Raimundo VI de Tolosa, condenado solemnemente como fautor de herejes. Pero el triunfo de Montfort fue breve, y desde 1216 las cosas se torcieron. Los occitanos, unidos en su «soledad política» podríamos decir, se revolvieron contra la dominación de los *clérigos y los franceses*, acabaron con la vida de Montfort en 1218 y derrotaron y expulsaron a su hijo Amaury en 1224, en el curso de la llamada «Reconquista occitana»[62]. Así pues, Simón de Montfort logró en Muret un triunfo brillante y milagroso, pero insuficiente a todas luces para ganar la guerra de los *albigenses*[63].

Como ya hemos visto, las consecuencias para la Corona de Aragón fueron mucho más graves. El desastre de Muret supuso su expulsión del tablero occitano durante esos dieciséis años decisivos, su separación por orden de la Iglesia de sus vasallos occitanos y la anulación de su hegemonía ultrapirenaica. Sólo por ello podría decirse que la Corona de Aragón no perdió en Muret únicamente una batalla sino, en realidad, toda la guerra.

El vacío de poder creado por el desastre de Muret fue llenado en los años siguientes por la monarquía francesa de los Capeto, quien supo apro-

cia del rey de Aragón en el espacio occitano era, desde principios del siglo XIII, mucho más importante que la del rey de Inglaterra, como demuestran los matrimonios de Raimundo VI y el futuro Raimundo VII con las hermanas de Pedro el Católico y todo lo ocurrido en torno a la batalla de Muret. El rey de Inglaterra sólo recuperó protagonismo después de la desaparición del rey de Aragón, cuando acogió en su reino a Raimundo VI y le mantuvo su ayuda, aunque es exagerado afirmar que «the house of Saint-Gilles was firmly in John's pocket» (TAYLOR: «Pope Innocent III», pp. 226-228, esp. 226; también VINCENT: «England and the Albigensian Crusade», pp. 72-78). El vasallaje a Roma de los monarcas catalano-aragoneses y su tradicional alianza con el Papado convertían a la Corona de Aragón en un apoyo especialmente legítimo para la nobleza occitana acusada de complicidad con la herejía.

61. ALVIRA: *El Jueves de Muret*, pp. 510-514 y 530-534; e ÍDEM: *Muret 1213*, pp. 224-225.

62. ROQUEBERT: *L'Épopée Cathare*, pp. 983-1.225; MACÉ: *Les comtes de Toulouse*, pp. 36-38; ALVIRA: *El Jueves de Muret*, pp. 514-519 y 525-530; ÍDEM: *Muret 1213*, pp. 225-228; y la contribución de Laurent MACÉ en este volumen.

63. Sobre el significado político-religioso del término *albigenses*, veáse BIGET, Jean-Louis: «Les *Albigeois*, remarques sur une dénomination», *Inventer l'hérésie ? Discours polémiques et pouvoirs avant l'Inquisition*, dir. Monique ZERNER, Niza, 1998 («Collection du Centre d'Études Médiévales de Nice», 2), pp. 219-255; y ALVIRA CABRER, Martín: «On the Term *Albigensians* in 13th Century Hispanic Sources», *Imago Temporis. Medium Aevum*, 3 (2009), pp. 123-137.

vechar hábilmente sus derechos tradicionales sobre los territorios más meridionales del *regnum Francorum*, su prestigio religioso y la superioridad militar y política demostrada sobre sus enemigos angevinos, imperiales, catalano-aragoneses y *albigenses*[64]. La incorporación de los territorios occitanos a la Corona de Francia fue dura o muy dura para una parte de la población, pero voluntaria y bien aceptada por otra parte. Sea como fuere, a finales del siglo XIII, la mayoría de los occitanos no tenía dudas de que el rey de Francia era su rey. Este «destino francés» del *Midi* medieval no estaba escrito, ni habría sido necesariamente distinto si la batalla de Muret hubiera terminado de otra forma, pero lo que parece claro es que estuvo profundamente marcado por lo ocurrido aquel jueves 12 de septiembre de 1213.

Después de haber flirteado un poco con la historia contrafactual, no está de más recordar una vez más, a modo de conclusión, que todavía hay personas a ambos lados de los Pirineos que lamentan la derrota del rey Pedro en la batalla de Muret y que sienten nostalgia por una historia que nunca existió y que nunca sabremos cómo habría terminado. Lo que estas personas suelen olvidar es que hoy no estamos en septiembre de 1213. En breve van a cumplirse ocho siglos de aquella batalla, demasiadas cosas para seguir lamentando una evolución histórica que fue posible, que efectivamente tuvo su oportunidad y que, como otras muchas a lo largo de la Historia, sencillamente no prosperó.

64. ROQUEBERT: *L'Épopée Cathare*, pp. 1.229-1.409; ALVIRA: *El Jueves de Muret*, pp. 580-591; e ÍDEM: *Muret 1213*, pp. 228-230 y 238-242.

The French Victory at Bouvines (1214) and the Persistent Seduction of War[1]

William Chester Jordan

«Le siècle de saint Louis, le dernier du moyen âge et le plus beau, s'ouvre par une série de grands faits d'armes. En 1204, les Latins prennent Constantinople. En 1212, les Maures d'Espagne sont écrasés dans les plaines ou *Navas* de Tolosa. Simon de Montfort triomphe à Muret en 1213. L'année suivante est la date de Bouvines».

Fête du R. P. Recteur (1879)

«After las Navas de Tolosa, after Muret, Bouvines fixed the destinies of all the European states for centuries to come».

Georges Duby, *Legend of Bouvines*, p. 141

For more than one hundred years scholars have been preparing and periodically publishing the known *acta* of King Philip II Augustus (ruled 1179/80-1223). The project was ostensibly finished with the appearance of an impressively big tome around the turn of the present millennium. Then, as with most such endeavors and therefore unsurprisingly, it turned out that the editors had to prepare a slim supplementary volume for acts which had come to light only after what was to have been the final tome went to press. A newly discovered act, numbered 1855 and dated from internal evidence sometime between 1 November 1201 and 13 April 1202, was published in this supplementary volume in 2004. In form and substance it is the king's confirmation of a benefaction made to the Cistercian monks of Élan by a well-connected archbishop of Reims, Guillaume aux Blanches Mains (r. 1176-1202), who was Philip Augustus's uncle and a son of Count Thibaud II of Champagne (r. 1125-1151). The gift that was confirmed, an annual measure of grain and barley, testifies to an act of

1. I wish to thank the organizers of the Semana de Estudios Medievales de Estella (2010) for inviting me to participate, and I wish to acknowledge the audience's useful comments following my presentation. My special gratitude goes to Sra. María Antonia Trueba.

generosity on the part of the archbishop of the coronation see towards Élan, and it was not the only gift from the holders of the archiepiscopal office over the centuries. This particular benefaction should nonetheless be somewhat unexpected to those who know something of the history of the abbey. It came no more than about two or three years after the completion of Élan's church and the relief on the monastery's resources occasioned by the building's completion. And yet the grant was explained as a compassionate response to the monks' poverty (*compatiens paupertati predictorum fratrum*)[2]. Why the monks were in such straits and how long the crisis lasted have been the subject of one of my recent articles, which I must briefly summarize here[3].

Élan is located in the outer reaches of the great forest of the Ardennes, a very inhospitable area for human habitation in the Middle Ages and one which, one might imagine, should have been largely cut off from the great affairs of the day, like the quarrels of powerful princes of the stature of the kings of England and France. Indeed the region had a reputation for lawlessness arising from the incapacity or unwillingness of great territorial lords to expend resources to subdue it. As Robert Bartlett argued in an article published in 1981, neither the attempts of the distant counts of Champagne, based in Troyes, though they were the titular overlords of much of the region, nor the efforts of royal officials representing the French crown's interests in demesne lands had significant results[4]. Thus, to speak of effective governance at all is to speak of the exercise of village- and hamlet-level authority or that of petty local lords, at least in the late twelfth and early thirteenth century.

Nevertheless, the crown was persistent in its efforts, and for good reason. Philip II Augustus, as scholars like John Baldwin and Gabrielle Spiegel have shown, was determined to impose his authority throughout the north in large part to bring in line the preeminent bordering lords, the counts of Flanders, who often acted in concert with other powers, including English and German rulers, against French royal interests[5]. I ac-

2. *Recueil des actes de Philippe Auguste, roi de France*, V: *Supplément d'actes, actes perdus, additions et corrections aux précédents volumes*, ed. Michel Nortier (Paris: Boccard, 2004), p. 43, n.º 1855.

3. William Jordan, «The Ardennais Monastery of Élan in the Late Twelfth and Early Thirteenth Century», *Cîteaux: Commentarii Cistercienses* (forthcoming).

4. Robert Bartlett, «The Impact of Royal Government in the French Ardennes: The Evidence of the 1247 *Enquête*», *Journal of Medieval History*, 7 (1981), 84-85.

5. John Baldwin, *The Government of Philip Augustus: Foundations of French Royal Power in the Middle Ages* (Berkeley: University of California Press, 1986), pp. 16-27; Gabrielle

cept the proposition that Philip Augustus genuinely wanted to impose good governance and establish domestic peace in the northern reaches of his kingdom, but the contentious nature of international politics made the attempted advance of Capetian authority in itself a relentlessly violent project. And violence, as I have intimated, continued as a habit in local relations even when the international situation calmed toward the end of Philip's reign. Indeed it remained so through much of the reigns of his successors, his son Louis VIII (1223-1226) and grandson Louis IX (1226-1270). This is amply illustrated, as Bartlett and Spiegel note, from investigations into abusive royal officials that Louis IX launched during the late 1240s[6].

A mere catalog of the armed confrontations between the nascent state powers contending for hegemony reveals the wretched picture[7]. In 1185 Philip II prepared for war with the count of Flanders, Philip of Alsace (r. 1168-1191), over rival claims to Vermandois. The two armies faced off south of Corbie. The region remained strife torn over the next several years. In May 1187 a treaty of peace was sealed near Ivois and Mouzon in the Ardennes between Philip II and Frederick I Barbarossa, the king of Germany from1152 to 1190 and Holy Roman Emperor from 1155 to the latter date. Yet, this treaty, despite where it was negotiated, was not intended to bring immediate peace and stability to the Ardennais. Rather, it was meant to cement a military alliance against King Henry II of England (r. 1154-1189). The off-and-on wars between England and France kept washing back over the Ardennes as Flemish and German aristocrats threw in their lot with either one or the other kingdom. It is not surprising, therefore, that the late twelfth century was also one distinguished by the somewhat misnamed phenomenon of natural disaster, misnamed because petty and major wars, man-made factors, enlarged into disasters what might otherwise have stayed within the bounds of manageable problems. A famine from the Seine northward to the Scheldt in 1194-1196, to give just one example, is a case in point. But, as we shall see, there were others.

For example, no sooner than natural conditions had improved after the famine, the powers resumed their wars. In August of 1197 Philip II Augustus invaded Flanders, and though his army was repulsed, it was during

Spiegel, *Romancing the Past: The Rise of Vernacular Prose Historiography in Thirteenth-Century France* (Berkeley: University of California Press, 1993), pp. 29-53.

6. Bartlett, «Impact of Royal Government», pp. 83-96; Spiegel, *Romancing the Past*, pp. 48-53.

7. The larger picture here is that recently sketched in Thomas Bisson's *Crisis of the Twelfth Century: Power, Lordship, and the Origins of European Government* (Princeton: Princeton University Press, 2008).

the very next month that Count Baldwin IX (r. 1194-1205)[8] took vengeance for the injury by attacking Arras and laying siege to it; he also attacked Tournai. This occurred at a time when, slightly to the south, in Picardy and Champagne, the grape harvest was failing, a development which must have reduced trade to and injured the economy of Élan's hinterland and of the territories adjacent to it. The year 1198 saw Renaud de Dammartin, the count of Boulogne (r. 1190-1214), formally establish an alliance with King Richard the Lionhearted of England (r. 1189-1199) and enter the war against King Philip. A brief truce in April was followed in June by a joint invasion of Artois by the armies of Baldwin and Renaud. Even though Philip managed to capture Count Baldwin's brother the next year, the count again had his army in the field in May of 1199, harrying Artois.

The early thirteenth century was the same. The long war that began in 1202 between King John of England and Philip Augustus that led to John's loss of Normandy would continue technically until 1259. Most of the fighting in general and in the extreme north in particular ended, as one knows, with the French victory on 27 July 1214 at the Battle of Bouvines. It was there that the French ruler vanquished the armies of German and Flemish princes and aristocrats in alliance with King John, who was simultaneously attacking the kingdom and being soundly repulsed in the southwest. The French king also deposed the unrepentant Renaud of Dammartin and imprisoned him for life (he died thirteen years later in 1227). But the decade-long pre-history to the decisive Battle of Bouvines and the victory in the southwest were as destructive in the region of concern to us and as disruptive of daily life and productive undertakings as any of the wars in the late twelfth century[9].

Men and women in general in the region knew of the coming confrontation and expected the worst, because it was part of King John's policy to broadcast his plans for a great attack against France in alliance with lords whose territories bordered the Ardennes uplands. The English monarch had to make his preparations and the daring, scale and plausibility of success of those preparations for a two-front war manifest to his own baronage, if he were to persuade them to pay taxes for it. The English baronage, after all, was close to rebellion because of their king's failure up to then to recover their patrimonies in western France, patrimonies that Capetian forces had been occupying since the early years of the century. What the

8. He is known as Baldwin VI of Hainaut (r. 1195-1205) and Emperor Baldwin I of Constantinople (r. 1204-1205).

9. Cf. Baldwin, *Government of Philip Augustus*, pp. 207-19.

English baronage knew, everyone in northwestern Europe who cared to know was also aware of –and apprehensive about.

Information on particular diplomatic moves confirmed the prescience of their apprehension. In 1211 Flemish towns entered into alliance with King John, and from May through July of the next year, the English king succeeded in enticing both Count Renaud and Ferrand, the new count of Flanders (r. 1212-1214), to join his cause. The dangerous hostility felt toward Philip Augustus by Otto of Brunswick, the claimant to the imperial throne, and his alliance with John of England especially necessitated diplomatic counter measures that compounded local concerns and necessitated some sort of decisive reaction on the French side. This was why Prince Louis, Philip Augustus's eldest son, entered negotiations in his father's name for a treaty, ratified a few months later on 19 November, with Frederick of Hohenstaufen, Otto's principal opponent and the counterclaimant to the imperial throne.

Skirmishes were common throughout the period of diplomatic jockeying, but Philip also launched a major invasion of Flanders in early May 1213. Determined to resist, Count Ferrand renewed his treaty with John at the end of the same month, and in the early summer the Flemish towns renounced their fealty to the French king. Prince Louis retaliated by burning Courtrai. The month of September was witness to Count Ferrand's vengeance, the ravaging and subsequent occupation of French-fortified Lille and Tournai and a few months later in the new year (January 1214) Count Renaud's retaking of Cassel, which had earlier been burned and occupied by French forces commanded by Prince Louis. In all of this, it was not yet clear who would win. As late as June, when Count Ferrand menaced Artois, some observers might have thought King John's allies had the upper hand and could achieve victory. But the French marshaled their forces impressively in the weeks to come: on July the 23rd Philip II's army moved from Péronne toward Douai, arriving at Tournai on 23 July. Four days later he scored his momentous victory at Bouvines[10]. Otto's invasion was effectively repulsed. Count Ferrand was captured and spent the next dozen years as Philip's prisoner. His wife ruled Flanders under the supervision of the French crown until his release.

The great victory of Bouvines did two tremendously important things –at least two– of direct relevance to the subject of this paper. At the in-

10. On the battle, with a paraphrase of the principal source, see Georges Duby, *The Legend of Bouvines: War, Religion and Culture in the Middle Ages*, trans. Catherine Tihanyi (Cambridge: Polity Press, 1990), pp. 11-54. Duby's book appeared originally in the French version, *Dimanche de Bouvines: 27 juillet 1214* (Paris: Gallimard, 1973).

tensely local level, as I have already hinted, it made possible the return of normalcy to the Ardennes and its abbeys, including Élan. True, to an outsider visiting from the heartland of the French kingdom normalcy in the Ardennes would have looked like a still destructive level of localized violence. It was to take a considerable time to restrain this violence. Yet, a half century later, thanks to the more or less steady improvement of royal administration, peace of the sort prevailing elsewhere in the realm settled on the region[11]. The second pertinent accomplishment of the victory at Bouvines was its contribution to an ever deepening and, as it turned out, an enduring ethos of righteous violence in Capetian ideology and self-confidence. Indeed, as a mid-thirteenth-century poem put it allegorically: the champions selected by Lord Hell (presumably Emperor Otto, the count of Flanders, or Renaud of Dammartin or, more likely, a composite of all three) met the champions of Lord Paradise, who ruled from Paris (hence, the French ruler) in combat, and Hell's minions were brought low[12]. It is this second point, so well represented by this allegory, on which I wish to concentrate during the remainder of my paper.

Celebrating the Battle[13]

It was to the Abbey of Cysoing in the present-day *département* of the Nord that the wounded from the Battle of Bouvines were carried. Some recovered; others did not and were buried in the environs of the monastery. Sadly leaving his fellows behind, the king nevertheless processed in a glorious return to Paris and a triumphal entry of the city that is supposed to have been prolonged for seven days and nights, the nights so bright with torches that they rivaled the splendors of daylight[14]. Stone monuments

11. Jordan, «The Ardennais Monastery of Élan» (forthcoming).

12. Adolphe-Henri Guesnon, [Untitled Note], in the *Bulletin de la Commission départementale des monuments historiques du Pas-de-Calais*, 3 (1909), 355. Guesnon also edited the poem, known as «La Bataille d'Enfer et de Paradis», as an addendum to a book titled, *La Satire à Arras au* xiii *siècle: La Bataille d'Enfer et de Paradis*, now reprinted in the Slatkine series (Geneva: Slatkine Reprints, 1977).

13. The fundamental study of the rapid «mythologizing» of the battle is Duby's *Legend of Bouvines*, especially pp. 141-66.

14. Honore-Antoine Frégier, *Histoire de l'administration de la police de Paris depuis Philippe-Auguste jusqu'aux États généraux de 1789: ou, tableau moral et politique de la ville de Paris durant cette période considéré dans ses rapports avec l'action de la police*, 2 vols. (Paris: Guillaumin, 1850), 63.

were more lasting than parades and *fêtes*. Moreover, creating expensive memorials was traditional in western culture from the great steles and imposing columns celebrating military triumphs in Antiquity to monastic churches, like Battle Abbey, which William I (1066-1087) founded to commemorate the Norman Conquest of England. Success at Bouvines appears to have given rise to a number of commemorative inscription tablets[15], but Philip also vowed to dedicate a church to his victory, and a decade after the promise Notre-Dame de la Victoire was consecrated and became thereafter a specifically *royal* pilgrimage site, in the sense that it honored the Virgin's love of the dynasty. But moderns yearning nostalgically for what they imagined were the more heroic times of their ancestors, especially royalist conservatives in the long aftermath of the French Revolution, have regularly re-imagined the church as always having been also a *national* pilgrimage site. Their aim was to claim foundational nationhood against the pretense of radicals who asserted that in overthrowing the monarchy and the feudal order in the French Revolution they or, rather, their republican ancestors had genuinely created the nation. Many scholars have also –and unreflectively– bought into the anachronism.

The well known piety of our medieval fathers, to paraphrase one such assertion, made Notre-Dame de la Victoire a holy-of-holies among destinations. The late nineteenth-century scholar making this assertion cited as his proof a pre-Revolution eighteenth-century engraving of one of the church's fourteenth-century statues of the Virgin *en pied*, holding a lily in her right hand and the baby Jesus in her left, in a niche ornamented with lamps. At the top of the engraving was its caption, «Our Lady of Victory, pilgrimage site near Senlis» (*Nostre-Dame de la Victoire, pèlerinage proche de Senlis*). At the bottom there were inscriptions insisting on the continued nature of the devotion and its significance for future national victories from Philip Augustus to the mid-seventeenth century[16].

15. See, for example, Adolphe-Henri Guesnon, *Resititution et interprétation d'un texte lapidaire du XIIIe siècle relatif à la bataille de Bouvines* (Paris: Ernest Leroux, 1893).

16. The inscriptions read: «A très hault et puissant prince Lovis de Valois, duc d'Angoulesme, colonel gnal de la cavalerie légère de France et estragère goueur et lieutenant gnal pour le Roy en Provence.

Je rends Philippe Auguste et Louis glorieux
Parce qu'ils me devoient ceder toutte leur gloire
Et n'ont voulu sortir de champ victorieux
Qu'affin de m'imputer l'honneur de la victoire».

Louis-Emmanuel de Valois bastard grandson of Charles IX (d. 1653).

See «Notre-Dame de la Victoire, près de Senlis», *Congrès archéologique de France*, 44 (1878) 378-79.

This theme of nationhood or, put differently, the unity of the nation is found everywhere, and it drew in part on the fact that the battle had contingents on the French side from the royal towns (communes) supplementing the aristocratic units. Not all high-born medieval readers would have been persuaded that the Bouvines experience necessarily argued in favor of future *bourgeois* participation in French warfare. Indeed, later literature oriented toward the upper class was often much more suspicious of the military and chivalric pretensions of urban elites; and even a hard-pressed king, like Jean II during the Hundred Years War, could be equivocal about accepting or might even reject the aid that his middle class subjects offered him. Writers representing bourgeois opinion, however, criticized King Jean for this behavior[17]. Yet, read anachronistically from the modern period, Bouvines seemed to suggest a wonderful, wholly productive, and utterly unproblematic alliance between the elite and the Third Estate that had disappeared *only* in the late eighteenth-century convulsions and in mass politics thereafter. The point was made in simple-minded ideological books and pamphlets, like *Dieu et France: agonie de la Révolution*: «At the renowned Battle of Bouvines the communal legions carried their banners high beside the *oriflamme* of Philip Augustus» (*A la célèbre bataille de Bouvines, les légions communales portaient haut leurs étandards à côté de l'oriflamme de Philippe-Auguste*)[18]. The same point was also made in serious scholarly books like Ferdinand Béchard's impressively learned two-volume history of French municipal law and in much later works as well[19].

This sense of patriotic pride and national unity was also undergirded by references in the original sources to the dedication of the common soldiers, the so-called sergeants, to the king's cause. For they too, it was reported, vowed to commemorate the victory by founding a religious house. Philip Augustus joined with them in this, and though fulfilling this vow took longer than the building of Notre-Dame de la Victoire, it was eventually accomplished in the reign of Louis IX with the establishment of Saint Catherine's of Paris for the canonical order of Val des Écoliers: «First we [the canons later wrote] ought and are obliged to pray for the souls of our most illustrious kings, namely Philip and Louis his son, for whom this

17. Daisy Delogu, *Theorizing the Ideal Sovereign: The Rise of the French Vernacular Royal Biography* (Toronto, Buffalo, and London: University of Toronto Press, 2008), pp. 65-71.

18. P. Christian, *Dieu et France: agonie de la Révolution* (Paris: Privately Printed, 1850), p. 34.

19. Ferdinand Béchard, *Droit municipal au moyen âge*, 2 vols. (Paris: Durand, 1861-1862), II, 221. On later works, see Gregory «Stringer's Reinventing Bouvines: A Medieval Battle between History and Myth», unpublished research paper (cited with permission).

[church] was founded, for the joy and victory which they achieved over the enemies of the kingdom at the battle at the bridge of Bouvines in the year 1214... And also [let us pray] for the souls of the king's sergeants, for whom and at the request of whom our church first came to be erected»[20].

As a special battle Bouvines did not stand alone in France in the thirteenth century, even if it stood first in time and in prestige. And this to me is a more relevant point for this paper. French military victories continued to come, and each was glossed as God's work, much as the First Crusade was a series of God's deeds performed by the Franks. God thus manifested his love of the French at war. The next great string of victories by a king belonged to Louis VIII. As a *prince* Louis the Lion had had his ups and downs when commanding in the field. Indeed, perhaps because of his unsuccessful invasion of England, it might be said that the early balance sheet was on the downs side. As an aside —and somewhat ironically— one of the French defeats in England, the Battle of Sandwich (1217), led the inhabitants of Sandwich and the English combatants, in particular William the Marshall, to memorialize their success by erecting a holy edifice, much as Bouvines led to the building of Notre-Dame de la Victoire and Val des Écoliers. In the case of the Battle of Sandwich, the victory resulted in the creation of a hospital (or possibly the refurbishment of an older and more modest one) dedicated to Saint Bartholomew, on whose day, 24 August, the English triumphed over the French and to whose benevolence they attributed their success. Part of the booty won that day helped finance the building of the monument. Prince Louis who was at Dover when he heard of his countrymen's defeat at Sandwich was much dismayed and lifted his siege, another step in the disastrous failure of his invasion of England[21].

As a king Louis's career was rather different. In 1224 he conquered much of the southwest still in English hands since the time of Bouvines.

20. Auguste Molinier and others (eds.), *Obituaires de la Province de Sens*, 4 vols. (Paris: C. Klincksieck, 1902-1923), I, 647: *In primis orare debemus et tenemur pro animabus illustrissimorum regum Francie, videlicet Philippi et Ludovici filii ejus, pro quibus instituta fuit domus ista, pro gaudio et victoria quam habuerunt de inimicis regni in conflictu ad pontem Bovinarum, anno Domini M CC XIIII... Item pro animabus servientium regis, pro quibus et ad quorum petitionem ecclesia nostra primo cepit edificari*. Duby, *Legend of Bouvines*, p. 141; Catherine Guyon, *Les Ecoliers du Christ: l'ordre canonial du Val des Ecoliers, 1201-1539* (on-line), p. 92.

21. Helen Clarke and others, *Sandwich, the «Completest Medieval Town in England»: A Study of the Town and Port from Its Origins to 1600* (Oxford and Oakville: Oxbow Books, 2010), p. 90; Henry Cannon, «The Battle of Sandwich and Eustace the Monk», *English Historical Review*, 108 (1912), 649-70.

And then he went from triumph to triumph in the Albigensian Crusade in 1226, beginning with the successful siege of the great fortress city of Avignon. The supplication of the seigneur of Laurac in the Carcassonais catches the mood of the time and the awe of French power —and its purity. This one-time opponent of the Capetians changed his mind and in capitulating acknowledged that he and his people «long[ed] to rest under [the French king's] protective wings and live under [his] wise government»[22]. Even Louis's death at the end of this victorious procession-march through Languedoc could be construed as martyrdom, a reward from God for a job well done.

The crushing of rebellions in the early 1240s manifested the same tendency to seduce the French into believing that God endorsed and hallowed their wars, the proof being the victories themselves. Taillebourg, Saintes, La Rochelle —were glossed as miraculous— not, say, in snatching victory from the jaws of defeat, but simply because God spread his favor repeatedly and intently on French arms[23]. And this continuity —the cascade of victories in the first half of the thirteenth century, at least since Bouvines— was picked up by an array of modern writers from serious historians to playwrights, who also saw the concatenation as thematically linked to the making of France. The Bourbons (meaning the Capetians), we read in one anti-Napoleonic screed, have given France «Philip Augustus, the victor of Bouvines; Saint Louis, the hero of Taillebourg; Duguesclin, the ever-energetic combatant and the terror of the English; Joan of Arc, chosen by God to open up the way for Charles VII to his usurped throne»[24]. A poet in 1842 memorialized «the ensign of Bouvines and Taillebourg» together (*la bannière de Bouvines et de Taillebourg*)[25]. The «reflections» attributed to an *homme des champs* —a plain-speaking rustic philosopher, one might say— and published in 1850 spoke of the glittering victories (*admirables étincelles*) at Bouvines, Taillebourg, Damietta, and so on[26].

22. I provide references to this and similar statements in William Jordan, *The French Monarchy and the Jews from Philip Augustus to the Last Capetians* (Philadelphia: University of Pennsylvania Press, 1989), pp. 126 and 293 n. 105.

23. Cf., for example, the legend of the miracle of the sprouting lances of Saintes, which clearly draws on *Roland*; H. M. Smyser, *The Pseudo-Turpin* (Cambridge, MA: Mediaeval Academy of America, 1937), p. 26 n. 1.

24. Frédéric Dollé, *Les Bourbons et l'étranger* (Paris: Dentu, etc., 1852), pp. 30-31: *Philippe-Auguste, le vainqueur de Bouvines; –saint Louis, le héros de Taillebourg; Duguesclin, l'infatigable batailleur et la terreur des Anglais; –Jeanne d'Arc, choisie par Dieu pour ouvrir, avec sa houlette, à Charles VII, le chemin de son trône usurpé…*

25. Adrien Delaville, *Roger* (Paris: Hippolyte Souverain, 1842), p. 15.

26. *Place à Dieu! Reflets historiques; par un homme des champs* (Moulins: P.-A. Desrosiers, 1850), p. 15.

Dealing with the Crusades

The reference to Damietta provides a nice segue to the next issue, for in the mid-century there was a decisive interruption in this chain of French victories. The First Crusade and the conquest of Jerusalem in 1099 were believed by many people to be God's gracious benefaction on Christians and by many French in particular to be his glorious gift to the Frankish warriors of the time (the «deeds of God performed by the French»). And it continued to be urged throughout the thirteenth century and into the fourteenth, both in poems and in plans to recuperate the Holy Land, that the French should reenact the deeds of their victorious First-Crusade ancestors[27]. As even the Franciscan John Pecham, an Englishman, put it around the year 1270, when he was a professor at the University of Paris,

> Frenchmen, rise up!
> Gifted in arms.
> Read your ancestors'
> Glorious deeds of old.
> Dare arduous tasks.
> Add to the record of their strivings.
> Be aware that our pure faith
> Has been brought low in the Holy Land
> By wretches with an insane doctrine of straw.
> Christ, Exquisitely Delicate Light
> Of the whole world for those confessing You,
> Cast down the blasphemers![28].

27. On the treatises *De recuperatione Sancte Terre*, see Antony Leopold, *How to Recover the Holy Land: The Crusade Proposals of the Late Thirteenth and Early Fourteenth Centuries* (Aldershot, UK: Ashgate, 2000). For an example of a relevant poem, see below.

28. Assurgat gens Gallicana
In armis praecipua.
Gesta legat veterana
Parentum perspicua.
Audeat ardua,
Augeat strenua,
Penset quod est vacua
Terra sancta, fides sana,
Doctrina foenis vesana
Plebi nequam cernua.
Christe lux supermundana
Te fatentes diaphana
Blasphemos praecipita.

This is the second stanza of a song or poem (with refrain), reprinted, discussed and translated in William Jordan, «John Pecham on the Crusade», *Crusades* (forthcoming).

Yet, the very fact that these latter-day crusade enthusiasts needed to exhort the French indicates the nature and suggests the scope of the problem. After several decades of success in war following the battle of Bouvines, the opportunity seemed ripe to raise an army, a massive army, and transport it to the East to reenact the deeds of the ancestors. In 1248 Louis IX raised such an army and went on crusade. Of course, he did not anticipate losing, indeed quite the contrary. Partly, as Joseph Strayer argued, this was because he planned the expedition with such meticulousness and –with Herculean efforts– successfully accumulated the treasure for it[29]. His confidence is certainly evident from some genuinely exuberant poems produced in the royal circle on the eve of the expedition, poems that assert the universal support for the king, the torrents of money showered on him to finance the war, and the surpassing glory to be won[30].

I would now go further and explain Louis's optimism as arising not only from his own, though admittedly spectacular, planning, but because he was conditioned to expect victory ever since Bouvines gave God's and the Virgin's assurance of the continued success of royal arms. God and the Virgin were Louis's faithful allies, in part because of his personal virtue, but He and she were also the faithful allies of France or the dynasty, something higher, something greater, than the individual king. It must have seemed like still another confirmation of this truth when the military phase of the crusade opened with the amphibious assault on Damietta in Egypt in June of 1249. The army almost blustered ashore like an inspired host in an epic movie from 1940s Hollywood, and success –the capture of Damietta– came rapidly and decisively[31]. Our Lady, as one might expect, soon received a cathedral church in Damietta in her name[32]. To be sure, it was only a rededicated building, but it is hardly a wild surmise to suppose that an entirely new and probably Gothic structure would have been under her future patronage had Catholics maintained their hold on the city. Yet, this was not to be. Several months later with the catastrophic defeat at Mansourah in the spring of 1250 the crusaders were humiliated. Mounds

29. Joseph Strayer, «The Crusades of Louis IX», in *Medieval Statecraft and the Perspectives of History*, ed. John Benton and Thomas Bisson (Princeton: Princeton University Press, 1971), p. 175.

30. William Jordan, «"Amen!" Cinq fois "Amen!". Les chansons de la croisade égyptienne de saint Louis, une source négligée d'opinion royaliste», *Médiévales*, 34 (1998), 81-83.

31. Jean de Joinville, *Vie de saint Louis*, ed. and trans., Jacques Monfrin (Paris: Garnier, 1995), pp. 241-43.

32. William Jordan, *Louis IX and the Challenge of the Crusade: A Study in Rulership* (Princeton: Princeton University Press, 1979), p. 125.

of dead, numberless wounded or ill, the king and many of his closest family and friends in captivity –and the humbling necessity not only to pay the knights and common soldiers' ransoms in money but to return Damietta as the price for Louis's own redemption: it was total collapse[33]. Our Lady of Victory lost her newly founded church.

Skipping ahead, I am not one of those who believe that Louis IX's next crusade, twenty years later in 1270, was a failure on its own terms. True, it did not achieve its principal goals, and the king and many members of his family died in Tunisia, but the bey of Tunis was obliged to accept a treaty that delivered huge sums to the crusaders, gave them trading privileges, and offered a modicum of religious freedom for Christians who came there[34]. However, the so-called Crusade against Aragon in 1285, when the French decided to try to redeem the fortunes of their Angevin relatives and allies in Sicily by invading their enemy, Aragon, under a papal banner, did not even muster this kind of modest success. Rather, the disaster was stark –poor preparation, embarrassing defeat, substantial losses of men, animals and materiel, and the untimely death by disease of King Philip III (1270-1285), Saint Louis's son, on the retreat from the Pyrenees back into France[35].

The issue, however, as I see it, is to ask what effect these two defeats, interrupted by one very modest success, had on weakening the seductress of war in French political thinking –if indeed it did weaken her. The answer, I think, is that it did not. When Louis IX returned to France from his first crusade in 1254, he expressed sentiments that he had already expressed on crusade, namely, that the failure was his failure, caused by his sins, which motivated God to punish him by withdrawing success. This did not so much make Louis entertain the thought that he had been led astray by the regnant French political theology of war as it made him redeploy his resources to get right with God in the service of future wars. The entire penitential phase of his life, I have argued –the last sixteen years of his rule– was focused on this principal object. War seduced. War beckoned. Louis IX wanted to be an ideal Christian king not out of some abstract desire for the perfected lay life, but because he wanted to win wars, most especially holy wars. This is where Jacques Le Goff and I have long and

33. Jean Richard, *Saint Louis: roi d'une France féodale, soutien de la Terre sainte* (Paris: Fayard, 1983), pp. 222-29; Jordan, *Louis IX*, pp. 125-26.

34. Jean Richard, *Saint Louis*, pp. 571-72.

35. Joseph Strayer, «The Crusade Against Aragon», in *Medieval Statecraft*, pp. 107-22.

most profoundly disagreed, although in general our portraits of the king are otherwise quite compatible[36].

A king like Louis IX, if he had lived to fight more wars, might never have retreated from his convictions, but neither was he a man to commit resources as readily as his successors to wars *with other Christian powers*. They –and I am thinking about Philip III and Philip IV the Fair (1285-1314)– also never wavered in their belief and rarely hesitated to commit their forces to patriotic wars against other Christian polities, whether they took the form of formally declared crusades, like the Crusade Against Aragon, or not, as, for example, Philip III's attempted invasion of Castile in 1278 and Philip IV's war with the English beginning in 1294 and his wars with the Flemings at various points throughout his reign[37]. Setbacks in war –and the French had their fair share– came to be interpreted almost as the result of demonic plots. How else was one to explain (or explain away) the evident disjuncture between, on the one hand, God and the Virgin's alliance with the crown and, on the other, French defeats? How else were French enthusiasts to understand such events except that the «actions of their own king», for example, in the Anglo-French war of 1294 had, in the words of French prelates called upon to contribute money to the struggle, «the support of God (*auctore domino*), whereas the king of England… acted at the urging of the Devil (*suadente diabolo*)»?[38].

The sins on the French side were punished precisely because the French were the Chosen and like their ancient prototypes, the Hebrews[39], were always being tested, but it was inconceivable that this was evidence that the covenant with Heaven was broken. It could not be broken. It was indissoluble. It was eternal. God would not make –was not making– the

36. Jacques Le Goff, *Saint Louis* (Paris: Gallimard, 1996), and William Jordan, *Louis IX and the Challenge of the Crusade: A Study in Rulership* (Princeton: Princeton University Press, 1979).

37. On the war with Aragon, see above. For the aborted war with Castile, see William Jordan, «The Struggle for Influence at the Court of Philip III: Pierre de la Broce and the French Aristocracy», *French Historical Studies*, 24 (2001), 454-56, and the wars with England and Flanders, Joseph Strayer, *The Reign of Philip the Fair* (Princeton: Princeton University Press, 1980), pp. 317-46.

38. Jeffrey Denton, «Philip the Fair and the Ecclesiastical Assemblies of 1294-1295», *Transactions of the American Philosophical Society*, 81 (1991), 25.

39. Allusions to the ancient Hebrews occur repeatedly in subsequent literary memorials of the Battle of Bouvines; cf., for a splendid example, J.-B. Deletombe's poem, *Bouvines, poème* (Lille: L. Danel, 1862), with passages like the following, «Heure de la bataille! … ô moment solonnel, / Où l'holocauste humain va fumeur l'autel! / Où sous le ciel de Dieu, sous son regard de père, / Du sang de ses enfants va regorger la terre» (verse v, lines 1-4; p. 12).

Castilians, the Aragonese, the English, or the Flemings His allies when He used them as instruments of His chastisement of the French, any more than He covenanted with the Babylonians when He delivered the ancient Jews into captivity. More wars —more successes in war— would eventually confirm this, if only a sufficient number of them were waged. So wars were fought and fought and fought, and every once in a while the kind of victory occurred, like Joan of Arc's, that reassured French publicists and rulers of the inspired truth of their beliefs.

In heaven Christ and the saints were ever in reserve, allies in the worst times of trouble for sweet France. The exuberant appeal to God in *Bouvines*, a trilogy in verse with choruses, performed in the long and dismal aftermath of the Franco-Prussian war is exemplary, with its operatic quotations from Auber's *La Muette,* Meyerbeer's *Prophète*, and Rossini's *William Tell* as well as from Gounod's *Messe à la mémoire de Jeanne d'Arc*[40]. Hardly less stirring, though lacking musical elements, were the devotional and deeply religious —deeply Catholic— paeans to Bouvines during France's darkest days during the Great War[41]. Even in the secular primary schools in the nineteenth century, the opening history lesson of the term in January, following the holiday recess but in a sense perpetuating the festival atmosphere, was devoted wholly to Philip Augustus's victory at Bouvines[42]. Thus assuredly were the French seduced by war in a pattern most definitively established with the victory of Bouvines and the decades-long string of victories thereafter. As a popular song, *La gloire nationale*, of the 1860s put it, «Bouvines it is you that begins / The linked chain of all our great deeds» (*Bouvines, c'est toi qui commences / La chaine de tous nos exploits*)[43].

Conclusion

Were the French any different from anyone else? One might legitimately doubt it. English propagandists often enough imagined God in their own image, the Castilians, in theirs, and so on. But the similarity of French ide-

40. The text I have consulted represents a performance, *Fête du R. P. Recteur*, by students and alumni of the Collège de Vaugirard on 7 June 1879.

41. See, for example, Canon Stéphen Coubé, *Nos alliés du Ciel*, 3rd ed. (Paris: P. Lethielleux, 1915), and *Prêtres-Soldats de France*, No. 54 (25 April 1917), especially p. 7.

42. *Répartition mensuelle des matières du programme* (Amiens: Poiré-Choquet [for the Organisation pédagogique des écoles primaires élémentaires], 1899), p. 32.

43. P. Barthélemy, *Neuf chants* (Nancy: Veuve A. Dard, 1860), p. 1.

ologies and practices to those of other peoples does not undermine the importance of the observations made here today. Indeed, it may very well increase their significance. A series of military victories, especially an initial one that can be construed as establishing a coalition of formerly diverse and fractious groups as a cohesive territorial, ethnic or religious unit, is likely to give rise to a belief in wars as metaphysically commanded or ordained. Future failures will be interpreted in terms of tests of the chosen ones (the people of the territorial, ethnic or religious polity). Of course, in no polity could such discourses and practices have emerged out of whole cloth. After Bouvines, the French drew on foreshadowing tales told about the heroic and exemplary role of the Franks in the First Crusade and on the patriotic implications of favored/sweet/gentle (*douce*) France in the *Song of Roland*, just as the Jewish conquest of Canaan, a formative series of wars if there ever was one, drew on the older trope of the Exodus. But all the polities that I know about which went through the historical development sketched for France in this paper succumbed in the event to a long and troubling love affair with war. One cannot help but wonder if it might not be arguable, indeed persuasively so, that this love affair, though stripped perhaps in many cases of its theological framework and religious content, has managed to cross the conceptual boundary of Western modernity itself[44]. Certainly, as Gregory Stringer has elegantly argued, the legacy of Bouvines still hangs uneasily over even contemporary French history[45].

44. Here I recommend Francis Oakley's *Kingship: The Politics of Enchantment* (Malden, MA and elsewhere: Blackwell's, 2006) which deals with a subject closely related to the one treated in this lecture.

45. Stringer, «Reinventing Bouvines» (unpublished).

Idéologie et instruments du pouvoir monarchique en France aux temps de Philippe Auguste et de Louis VIII

Monique Bourin

Beaucoup a été déjà écrit récemment et très bien écrit sur l''idéologie et les instruments du pouvoir monarchique en France aux temps de Philippe Auguste et de Louis VIII. Sur ce sujet, comment passer derrière John Baldwin sans répéter ses travaux en les appauvrissant? Son livre, *Philippe Auguste et son gouvernement*, traduit en 1991 d'une première version en anglais datant de 1986 constitue une somme fondamentale pour la connaissance du règne de Philippe Auguste[1]. Ce livre remarquable prend place dans un ensemble de recherches qui ont donné à John Baldwin un profond savoir de la France au tournant du XIIIe siècle[2]. Il avait été précédé par le très célèbre *Dimanche de Bouvines* de Georges Duby en 1973[3] et par un recueil dirigé par R.H. Bautier, *La France de Philippe Auguste. Le temps des mutations*, paru en 1982, où une cinquantaine d'auteurs, chacun dans son domaine, offre un tableau très complet de la France de part et d'autre de 1200[4]. J'y ajouterai aussi divers travaux importants de Michel Nortier, grand connaisseur de la Normandie et des sources concernant le règne de Philipe Auguste. Depuis lors, outre

1. John Baldwin, *Philippe Auguste et son gouvernement*, Paris, ed. Fayard, 1991; traduction française de *The Government of Philip Augustus. Foundations of French Royal Power in the Middle Ages*, University of California Press, Berkeley-Los Angeles 1986.

2. Du même auteur, il conviendrait de citer un grand nombre d'articles et d'ouvrages, parmi lesquels *Masters, Princes and Merchant: The Social Views of ëter the Chanter and his Circle*, Princeton, 1970, 2 vol.; Philippe Auguste, Pierre le Chantre et Etienne de Gallardon, La conjoncture de *regnum, studium et cancellaria* au tournant du XIIe au XIIIe siècle, *Comptes rendus de l'Académie des Inscriptions et Belles Lettres*, 2000, 437-457; *Aristocratic Life in Medieval France: The romances of Jean Renart and Gerbert de Montreuil, (1190-1230)*, Baltimore 2000.

3. Georges Duby *Le dimanche de Bouvines,* Paris, ed. Gallimard, nrf, 1973.

4. *La France de Philippe Auguste. Le temps des mutations, Actes du colloque international organisé par le CNRS (Paris 29 septembre-4 octobre 19802),* dir. R.H. Bautier, Paris, éd. du CNRS, 1982.

le *Paris 1200* de John Baldwin[5], il est difficile de dire que des aperçus vraiment nouveaux ont été apportés. Toutefois quelques perspectives dans l'air du temps attirent l'attention autour du thème de la communication, de réflexions sur le pouvoir et la royauté et d'une manière générale sur la pratique de l'écriture. La récente synthèse d'une cinquantaine de pages que François Menant a consacrée à Philippe Auguste dans les Capétiens rend encore plus malaise la tentative de «rafraîchir» le sujet[6].

L'un des apports récents les plus importants consiste en l'édition de sources qui ont mis à la disposition des historiens des documents jusqu'ici d'un accès difficile. La publication du Recueil des Actes de Philippe Auguste a recommencé; les tomes V et VI sont sortis en 2004 et 2005[7]. Les Registres de Philippe Auguste ont été publiés par John Baldwin en 1992. Et si on en reste à l'édition de Delaborde de 1882 et 85 pour les œuvres de Guillaume le Breton[8], l'Histoire de Philippe Auguste de Rigord a été fort heureusement rééditée et traduite en 2006[9].

En France comme pour d'autres pays, la période à laquelle est consacré ce volume des semaines d'Estella est considérée, par les médiévistes, comme une période de transition et d'innovation, essentielle dans la genèse d'un gouvernement et d'une administration «moderne». Dans la mémoire collective des Français, et donc dans les manuels scolaires, c'est l'image d'expansion conquérante qui domine. Bouvines y jouit d'une place très particulière: cette bataille était jadis, avec le couronnement de Charlemagne, la seule date du Moyen-Âge que connaissaient les écoliers. Pour autant, Philippe Auguste n'avait pas, dans les manuels scolaires, un statut de héros guerrier à la manière de Jeanne d'Arc ou de saint justicier à la Saint Louis.

A ces deux images de modernisation et d'expansion de la royauté, est associé le talent personnel de Philippe Auguste, homme politique réaliste, sachant s'entourer de conseillers de grande qualité. Et de fait ces talents ont été durablement à l'oeuvre: le règne de Philippe Auguste est d'une

5. John Baldwin, Paris 1200, Paris, Aubier, coll. historique, 2006.

6. F. Menant, H. Martin, B. Merdrignac, M. Chauvin, *Les Capétiens. Histoire et dictionnaire 937-1328*. Robert Laffont, Paris 1999.

7. *Recueil des Actes de Philippe Auguste* ed. H.F. Delaborde, Ch; Petite-Dutaillis, J. Boussard et M. Nortier, 4 vol., Paris 1916-1979; il convient d'ajouter la publication des *Registres de Philippe Auguste*, éd. J.W. Baldwin F. Gasparri, M. Nortier et E. Lalou, Recueil des Historiens de France, Documents financiers et administratifs, t. VI, Paris 1992.

8. Œuvres de Rigord et Guillaume le Breton, *Chroniques de Rigord et de Guillaume le Breton*, Paris, Société de l'histoire de France, 1882-85.

9. Rigord, *Histoire de Philippe Auguste*, ed. trad. et notes sous la direction d'Elisabeth Carpentier, Georges Pon et Yves Chauvin, Paris ed. du CNRS, 2006.

longueur remarquable (1180-1223) avec des résultats allant *crescendo*, de plus en plus glorieux. Il est plus long que le règne personnel de Saint Louis (1242-1270) après la régence de Blanche de Castille[10]; et analogue à celui de Philippe le Bel (1285-1314). En comparaison, le règne personnel de Louis VIII est très bref[11], et à bien des égards, même si la politique méridionale de Louis VIII paraît prendre une autre direction que celle de son père, le roi n'a que peu imprimé de facture personnelle à son règne.

Même en laissant de côté les victoires militaires et le développement des écoles et du milieu savant parisien, le sujet est immense. Comment rendre compte, même en s'en tenant aux principes de gouvernement et d'administration, et non à leur application, des innovations que le roi et son entourage ont conçues pendant ce long règne? Qu'il s'agisse de la surveillance des grands fiefs, de la politique à l'égard des Juifs, des transformations apportées à Paris en matière d'urbanisme et de défense, du soutien donné à la création de l'université de Paris, de la désignation des premiers baillis et sénéchaux, de la création des archives royales, de l'organisation des comptes royaux, de la création de registres de chancellerie, et d'une manière générale de la constitution d'une administration centrale au fonctionnement nouveau, directement ou indirectement les instruments du pouvoir ont été radicalement modifiés pendant la cinquantaine d'années qui s'étendent de part et d'autre de 1200.

Il m'a semblé qu'il convenait de m'appuyer sur le mouvement historiographique en donnant une part majeure aux documents récemment mis à la disposition des historiens et de suivre dans les histoires écrites près de la cour sinon à la cour le développement de l'idéologie royale.

Les récits

Bien des chroniques françaises et «étrangères» racontent, avec plus ou moins de détail, le règne de Philippe Auguste. Beaucoup sont anglaises, dans le contexte belliqueux qui oppose Plantagenêt et Capétiens, et apportent pour la plupart une opinion très «angevine»[12], tandis que par op-

10. 1226-1242.

11. Le règne de Louis VIII a inspiré plusieurs biographies. Celle de Charles Petit-Dutaillis, *Etude sur la vie et le règne de Louis VIII (1187-1226)* Paris 1894 demeure incontournable; plus récente, celle de Gérard Sivéry, *Louis VIII le lion*, Paris, éd. Fayard, 1995.

12. Parmi les chroniques et histoires anglaises on citera les *Gesta, regis Henrici*, Roger de Hoveden (*Chronica*), Raoul de Diceto (*Ymagines historiarum*) et évidement Mathieu Paris.

position, Giraud de Barri encense les vertus de Philippe Auguste[13]. Dans l'espace du royaume, la chronique de Saint-Martin de Tours a dressé l'un des portraits les plus enlevés de Philippe Auguste[14]. Il contraste avec ceux, plus conventionnels qu'apporte l'historiographie capétienne, que l'on peut commencer à qualifier de san-dyonisienne[15]. L'expression est un peu abusive avant que, sous le règne de saint Louis, le projet historiographique de Saint-Denis ne s'organise réellement par la composition en français des Grandes Chroniques. L'un des deux principaux historiographes de Philippe Auguste, Guillaume le breton, n'est pas moine de Saint-Denis, mais chanoine, chapelain du roi et précepteur de son fils naturel Pierre Charlot. Deux traits permettent cependant déjà de considérer son Histoire comme issue de Saint-Denis. D'une part elle est clairement dans la lignée de l'histoire du règne de Louis VI, rédigée par Suger[16]; d'autre part, précisément, les Grandes Chroniques telles que Primat les a écrites, incluent les deux Histoires de Philippe Auguste et leur ont donné une audience considérable[17].

Il est remarquable que ces deux historiens du règne de Philippe Auguste soient venus de provinces éloignées de la cour, qui étaient alors hors du domaine, l'un de Bretagne et l'autre du Languedoc[18]. C'est un signe de

13. Giraldus Cambrensis, *Opera*, ed. G.F. Warner, Londres, 1891, t. VIII. Sur Giraud de Barri, voir Robert Bartlett, *Gerald of Wales, 1146-1223*, Oxford 1982.

14. «Beau et bien bâti, il était chauve; d'un visage respirant la joie de vivre, le teint rubicond, il aimait le vin et la bonne chère et il était porté sur les femmes» etc. *Chronicon sancti Martini Turonensis*, Recueil des historiens de France, t. XVIII, p. 304. Le texte, traduit par Robert-Henri Bautier, est cité par Baldwin, *Philippe Auguste*, p. 449.

15. Il serait évidemment intéressant de comparer les chroniques et les histoires les plus proches de la royauté française des autres, qu'elles émanent d'autres régions du royaume, de l'entourage des Plantagenêt ou même d'autres régions, notamment pour présenter un regard distancé à l'égard de l'idéologie capétienne. Nous n'en avons pas l'espace ici. John Baldwin consacre les pages 497-504 de son *Philippe Auguste* à la présentation des principales sources.

16. Suger, *Vie de Louis VI le gros*, éd. H. Waquet, Paris, Les classiques de l'histoire de France, 1964. Pour les autres œuvres de Suger, voir l'édition et traduction de Françoise Gasparri, Suger, *Œuvres*, Paris, Les classiques de l'histoire de France, 1996.

17. Pour tout ce qui a trait au rôle de l'historiographie dans les processus de légitimation de la royauté, voir Bernard Guenée, *Histoire et culture historique dans l'Occident médiéval*, Paris, Aubier, coll. historique 1980. Pour Saint Denis et les Grandes Chroniques, du même auteur, «Les Grandes Chroniques de France. Le Roman aux roys» (1274-1518) dans *Les lieux de mémoire*, dir. Pierre Nora, t. II La nation, Paris 1986, 189-244. Voir aussi les travaux de Gabrielle M. Spiegel, dont *The Chronicle Tradition of Saint-Denis. A survey,* Brookline, Mass. et Leyde, Medieval Classics: Texts and Studies, 10, 1978.

18. Sur Rigord, voir récemment, outre la présentation qui en est faite par l'édition d'Elisabeth Carpentier, Pierre Olivier Touati, Faut-il en rire? Le médecin Rigord, historien de Philippe Auguste, *Revue Historique*, t. 626, 2003, 243-265.

cette force d'attraction qu'exercent la cour, Paris et l'Ile de France avant même les grandes conquêtes du XIIIe siècle.

Cette historiographie qui se veut officielle, se compose de trois œuvres principales, qui s'articulent entre elles. La première est *l'Histoire de Philippe Auguste* écrite par Rigord jusqu'en 1206[19], soit approximativement à la mi-temps du règne. Elle ne semble pas avoir eu grand succès à l'époque[20]. En 1214, dans la foulée de Bouvines, Guillaume le Breton, décide de continuer l'oeuvre de Rigord, reprenant le récit à partir de 1209. C'est la seconde *Histoire de Philippe Auguste* dont il donna plusieurs versions, intégrant finalement l'œuvre abrégée de Rigord[21]. A partir de son œuvre en prose, Guillaume le breton écrit ensuite la célèbre *Philippide,* long poème épique de plus de 9.000 vers. Il y accentue les descriptions des campagnes militaires[22], les harangues des princes et le panégyrique du roi. Les trois œuvres sont appuyées sur des documents dont certains sont copiés *in extenso*[23]. Si on comprend bien comment ils ont été à la disposition de Guillaume le breton, il est plus intéressant que Rigord, à Saint-Denis, y ait aussi eu accès.

19. D'après les éditeurs de Rigord, cette oeuvre aurait été écrite en plusieurs étapes. La première partie en aurait été offerte au roi, précédée d'un prologue rédigé entre 1186 et 1191. La suite est moins claire et plusieurs hypothèses sont proposées. Pour l'une d'entre elles, la seconde partie des *Gesta* a été offerte au prince Louis, le futur Louis VIII, précédée d'une préface; peut-être aux environs de 1200, peut-être à l'occasion de son mariage. Cette version aurait donné lieu à une reprise du texte jusqu'à l'année 1206, interrompue par la vieillesse ou la mort de l'auteur. Une autre hypothèse est que cette seconde partie aurait été rédigée bien plus tard, après la conquête de la Normandie.

20. Le manuscrit original n'est pas parvenu jusqu'à nous. Deux copies anciennes en subsistent, l'un à la B.N., l'autre dans le fond de la reine Christine à la bibliothèque Vaticane. Le manuscrit parisien lat. 5925 a été composé à Saint Denis en deux temps, d'abord au milieu du XIIIe siècle, puis vers 1285; il comporte entre autres œuvres la *Vie de Louis VI* par Suger et les *Gesta Philippi Augusti* de Guillaume le breton, les *Gesta Ludovici regis, filii Ludovici Grossi regis*, les *Gesta Ludovici VIII, Francorum regis*, puis la vie de saint Louis de Guillaume de Nangis et la vie de Philippe III. Guillaume le breton remarque lui-même ce peu d'intérêt: *libellus ille magistri Riguoti a paucis habetur et adhuc multitudini non communicatur* (Delaborde, I, 169).

21. Dans la version rédigée entre 1216 et 1220, version qui reçoit un prologue. *L'Histoire de Philippe Auguste* écrite par Guillaume le breton, lorsque je la citerai en français, le sera dans la traduction de Guizot. Elle est numérisée –et donc très commodément accessible– sur le site officiel de la Bibliothèque nationale, Gallica.

22. Même si c'est dans les *Gesta* que la description de la bataille de Bouvines est la plus ample.

23. Ainsi Rigord, dont la documentation est très précise a inséré in extenso les ordonnances concernant le départ en croisade, notamment celles qui instituent la dîme saladine, si contestée, ordonnoance qui n'est connue que par le texte de Rigord (§ 64-66); d'autre part le fameux «testament de Philippe Auguste», texte fondamental sur lequel je reviendrai plus loin (§77), également lié au départ du roi en Terre Sainte.

Ces trois œuvres sont une mine d'informations sur les événements du règne que l'on peut confronter à la lecture des chartes et d'autres chroniques. Ainsi l'on pourrait commenter le sacre de Philippe Auguste dans la conjoncture politique des années 70 et y lire le jeu tendu entre le roi et les grands princes aux alliances instables. Je me contenterai de chercher dans ces grands récits les indices du point où en est la construction idéologique de la royauté française[24]. Ce faisant, je mettrai inévitablement l'accent sur ce qui a intéressé les clercs, ce rapport subtil, d'aide mutuelle et de méfiances réciproques entre l'Eglise et le roi. Au détriment d'un autre aspect pourtant crucial en ce temps, mais plus présent dans les chartes et moins sous la plume narrative des hommes d'église, celui de la construction féodale du royaume.

Les surnoms du roi

Ces trois œuvres gratifient Philippe Auguste de plusieurs surnoms qui présentent, avec la puissance d'un seul mot résumant toute une vie, un mélange de destinée personnelle et d'image conventionnelle.

Le plus fade et le plus commun est le surnom de Magnanime que lui donne Guillaume le breton tout au long de son Histoire.

Rigord le dit Auguste, le qualifiant ainsi dès la première phrase de son épître de dédicace au prince Louis, reprenant le surnom jusque dans la dernière phrase de l'épître, et situant donc tout le règne dans cette perspective: «A son sérénissime et bien aimé seigneur Louis, fils illustre de Philippe, par la grâce de Dieu, roi des Francs, toujours Auguste[25]». La raison d'être de ce surnom, Rigord l'exprime dans l'i*ncipit* qu'il écrivit: «à bon droit, ce roi qui a accru la *res publica* est dit Auguste. Il a en effet ajouté à son royaume tout le Vermandois que ces prédécesseurs pendant longtemps avaient laissé échappé, ainsi que beaucoup d'autres terres[26]». Déjà

24. Ces trois œuvres offrent une bonne image de l'idéologie royale qui a cours dans les premières années du XIIIe siècle; dernier en date de ces trois ouvrages, c'est sans doute la *Philippide* qui en offre la formulation la plus complète.

25. *Serenissimo et amantissimo domino suo, Dei gratia Philippi regis Francorum semper Augusti*, Rigord, ed. Carpentier, §01, p. 110.

26. S'adressant à son lecteur, Rigord lui dit qu'il s'étonnera peut-être de ce nom d'Auguste donné au roi en tête de l'ouvrage, rappelle qu'il est habituel que les auteurs appellent Auguste les Césars qui accroissaient la *res publica*, et ajoute *unde iste merito dictus est Augustus ab aucta re publica. Adjecit enim regno suo totam Viromandiam quam predecessores*

bien avant Bouvines, bien avant même la conquête de la Normandie, Philippe II est célébré pour l'accroissement du «royaume». Et Rigord d'ajouter un point qu'il ne faut pas oublier: «Il a aussi considérablement accru les revenus des rois[27]».

Rigord rapporte aussi, non pas dans les préfaces, mais dès les premières lignes de son Histoire, le surnom de *Deodatus*[28], «il lui fut donné par Dieu un fils du nom de Philippe annoncé par le rêve prémonitoire de son père: le vieux roi avait vu son fils tenir un calice d'or plein de sang humain qu'il offrait à boire, successivement, à tous ses grands[29]». Sa naissance fut donc miraculeuse[30]. Ce n'est pas un trait propre à la royauté française et à Philippe Auguste: il en fut de même pour la naissance de Frédéric II en 1194 et le bruit s'en étendit dans le peuple[31].

Les messages liminaires

Auguste, Magnanime et Déodat par la grâce de Dieu. Au-delà des surnoms, les prologues et autres *incipit* présentent avec la force du raccourci la gloire royale de Philippe Auguste. Je n'insisterai guère sur les conquêtes, puisque William Jordan traite de Bouvines dans ce même volume, mais je centrerai tout le début de mon propos sur ce que le règne de Philippe Auguste apporte à la constitution de la royauté française comme une royauté sacrée. Etant entendu que les deux sont indissociables: Philippe Auguste, parti à la Croisade en 1190 est celui que Dieu a choisi le dimanche de Bouvines.

Un autre élément légitime les actions royales, élément que pointent clairement les préfaces des *Res gestae*: le principe dynastique. Il est bien connu que Philippe Auguste est le dernier roi à avoir été couronné du vivant de son père. Louis VIII le premier à dater ses diplômes, sans hésita-

sui multo tempore amiserant et multas alias terras. Et selon cet usage médiéval selon lequel plusieurs étymologies se renforcent l'une l'autre, il ajoute qu'il était né au mois d'août, le mois où regorgent les biens de cette terre. Ib, p. 118. L'explication est reprise aussi par Giraud de Barri dans le *De instructione principum*, cité par Jerzy Pysiak, Philippe Auguste, un roi de la fin de temps? *Annales. Histoire, Sciences sociales*, 57, 2002, 1165-1190.

27. *Redditus etiam regum plurimum augmentavit*. Rigord, ed. Carpentier..., p. 118.

28. *Iste antonomastice debet vocari a Deo datus Ib*. p. 121.

29. *Philippus filius suus tenebat calicem aureum in manu sua, plenum humano sanguine, de quo propinabat omnibus principibus suis et omnes in eo bibebant*. *Ib*. p. 122.

30. *Et primum a nativitate ipsius regis miraculosa*. *Ib*.

31. Voir Jerzy Pisiak, ci-dessus note 26.

tion, à partir de la mort de son père et non de son sacre. La succession à la couronne était désormais héréditaire, même si Andrew Lewis a justement fait remarquer que la situation était un peu moins claire que les récits, quasi officiels, de Rigord et de Guillaume le breton le laissent penser[32]. Ici aussi les légitimités s'interpénètrent: la naissance de Philippe Auguste, ce fils si longtemps désiré, est miraculeuse aussi parce qu'elle assure la continuité dynastique des Capétiens.

En quelques lignes fermant l'*incipit* de son Histoire, Rigord évoque tous les fils qui tissent la légitimité royale. Et en quelques lignes, dans l'épître de dédicace au prince Louis, il explique vouloir «mettre devant ses yeux, dans un miroir, ... les actions recommandables d'un si grand prince». Pour ce faire, il tracera pour ce jeune homme «issu d'ancêtres royaux», les traits du bon roi, «assumant l'office royal»: «soutien des bonnes mœurs et gloire des chevaliers»..., «la paix rendue aux pauvres, leur ancienne dignité aux églises[33]».

Idéologie royale et écriture de l'histoire

Ces trois *Res gesta*e de Philippe Auguste ne sont pas des commandes royales. Rigord a écrit de son initiative propre, même s'il a été ensuite encouragé par l'abbé de Saint-Denis. Son Histoire n'a guère retenu l'attention de Philippe Auguste lorsqu'elle lui a été offerte. D'une manière générale le roi semble avoir été peu sensible à l'instrument de promotion monarchique qu'offrait l'écriture de l'histoire, surtout peut-être dans la première partie de son règne. D'autres le sont pour lui, en un temps où d'une manière générale les princes ont de mieux en mieux vu le prestige qu'ils gagnaient à être célébrés. La cour anglaise a pratiqué et encouragé l'historiographie bien plus tôt et avec plus de talent[34].

Mais la relative indifférence du roi n'empêche pas l'attention à l'histoire des lettrés[35] qui gravitent plus ou moins autour de la cour et divers établis-

32. Andew W. Lewis, *Le sang royal. La famille capétienne et l'Etat, France Xe-XIVe siècle*, Paris, Gallimard, nrf, 1986, traduit de *Royal Succession in Capetian France. Studies on familial order and the State*, chapitre II, p. 96 sq.

33. Rigord, ed. E. Carpentier..., p. 113.

34. *Culture politique des Plantagenêt (1154-1224), Actes du colloque tenu à Poitiers du 2 au 5 mai 2002*, dir. Martin Aurell, Poitiers, Université de Poitiers, CSCM, 2003; Martin Aurell, *L'Empire des Plantagenêt*, 1154-1224, Paris, éd. Perrin, 2004.

35. Guillaume le breton évoque les lecteurs de son œuvre dans «Que les hommes lettrés, doués d'un esprit plus fécond, lisent et apprennent cette histoire véritable».

sements non seulement s'y adonnent mais se disent les «chronographes du roi». Fleury, Saint-Germain-des-Prés et Saint-Denis ont tous les trois revendiqué, à tour de rôle, mais aussi en concurrence, la légitime écriture «chronographique» pour le royaume. Mais le rôle de l'abbaye de Saint-Denis dans la genèse de l'idéologie royale, dans sa mise en forme et dans sa mise en scène est l'un des fils rouges de cette histoire. Comme centre d'historiographie de la royauté française, mêlant la mémoire, la célébration du roi présent et l'expression d'un idéal de gouvernance, Saint-Denis est en train de s'imposer, notamment à l'abbaye de Saint-Germain-des-Prés[36] et à Fleury. L'entrée en lice de la chapelle royale à travers Guillaume le breton ajoute un autre cercle d'écrivains, à la fois plus proche du roi et séculier[37].

Le miracle, signe de l'élection divine et les prophéties

Les écrivains favorables au roi de France ou proches de la cour n'ont pas manqué de truffer leurs récits de miracles signalant l'élection divine de Philippe Auguste. Le lieu où se produit le miracle n'est évidemment pas indifférent. Lorsque Rigord, moine à Saint-Denis, rapporte le sacre de Philippe Auguste à Reims, il omet d'évoquer le miracle de la sainte Ampoule. En revanche il raconte longuement le miracle qui s'est produit à Saint-Denis, sept mois plus tard pour le sacre de la reine Isabelle pendant lequel trois lampes suspendues sont involontairement cassées; l'huile se répandit alors sur la tête des deux époux, signe de bénédiction du Saint-Esprit. Guillaume le breton tait ce miracle mais rapporte la tradition rémoise du baptême de Clovis[38].

Orientés selon les intérêts du rédacteur, prodiges et miracles n'en accompagnent pas moins tous les récits des Histoires de Philippe Auguste écrites dans l'orbe de la cour, plus discrètement chez Guillaume le breton. Jerzy Pysiak en a fait le décompte et l'analyse: 1185 pour que repoussent

36. Un clerc anonyme de saint-Germain compose après les conquêtes de 1204.

37. Dans la dédicace de la Philippide, Guillaume le Breton convoque l'exemple de Gautier de Châtillon et de Pierre Riga. Gautier, auteur de la très célèbre *Alexandréide*, fut le modèle poétique de Pierre Riga, Gilles de Paris et Guillaume le breton (cf. J. Baldwin, *Philippe Auguste*..., p. 458).

38. Sur cette différence dans les deux récits, voir Jean Pierre Poly et Eric Bournazel, Couronne et mouvance, dans *la France de Philippe August. Le temps des mutations*..., R.H. Bautier (dir.) p. 227. Elle est reprise par Jersy Pysiak, Philippe Auguste, un roi de la fin des temps?, *Annales Histoire, Sciences Sociales*, (cf. supra note 26), que j'utilise largement.

des moissons dévastées; 1189 pour faire sourdre une source, 1189 encore à Tours pour passer la Loire. On peut y ajouter le miracle de la guérison de Louis en 1191, des pluies terribles arrêtées en 1196, la mort de Richard Cœur de lion à Châlus interprétée comme une intervention divine et dans les dernières pages de l'histoire de Guillaume le breton, cette horrible comète qui annonce la mort de Philippe Auguste.

Jerzy Pysiak les interprète dans un sens messianique à mettre en relation avec la diffusion des idées de Joachim de Flore, de Guillaume d'Arria et d'Amaury de Bène, avant sa condamnation en 1206 et celle de ses disciples en 1209. Ceux-ci voyaient en Philippe Auguste et Louis VIII les rois de la fin des temps et pensaient que Philippe Auguste régnerait un jour seul sur tout l'univers. Jerzy Pysiak rejoint ainsi les analyses d'Elisabeth R. Brown[39] concernant le climat prophétique attesté à la cour du roi[40]. Philippe Auguste avait eu connaissance des thèses de Joachim de Fiore à Messine, lors de son départ en Terre Sainte. Certes les Amauriciens furent poursuivis, notamment par le conseiller de Philippe Auguste, son chancelier frère Guérin. Pourtant l'un des registres de la chancellerie capétienne[41], en usage aux environs de 1220 comporte un bref passage de la prophétie de la Sybille tiburtine, puis la prophétie valérienne qui promettait à Hugues Capet la couronne pour sept générations. Cette prophétie était rassurante au temps où il fallait légitimer le passage de la couronne à la famille robertienne, mais elle était devenue gênante, une fois parvenu à la 7e ou 8e génération[42]. Entendre la 7e génération selon le mode joachimite, c'est-à-dire l'éternité, assurait aux Capétiens de régner sempiternellement. A la suite de ce rappel de la prophétie, le rédacteur du registre, Etienne de Gallardon, prie alors pour que la vie de Philippe Auguste se prolongeât *in tempora temporum et successiones successionum*.

39. Elisabeth R. Brown, La notion de légitimité et la prophétie à la cour de Philippe Auguste, *La France de Philippe Auguste*..., 77-110.

40. E. Brown fait remarquer que les idées d'Adson de Montier-en-Der, qui avaient déjà circulé à la cour de Frédéric Barberousse, étaient connues aussi par celle de Philippe Auguste.

41. Registre E.

42. Si la prophétie est faite à Hugues Capet, Philippe Auguste appartient précisément à la 7e génération. Si elle est faite à Hugues le Grand, Philippe Auguste appartient à la 8e.

Dynastie royale et généalogie carolingienne

Autant l'entourage de Philippe Auguste semble avoir fait cas des prophéties, autant il semble avoir résisté à la mode de la littérature généalogique en un temps où le modèle royal par excellence est Charlemagne qui vient d'être canonisé en 1164. Or les plus grandes familles princières avaient avec les Carolingiens plus de proximité que les Capétiens; la concurrence généalogique ne leur était pas favorable. On entendait donc à la cour capétienne réduire la gloire du modèle carolingien en célébrant Dagobert, comme le fait Rigord. Ou bien en précisant, comme Gilles de Paris, que c'est par les actions qu'on devient un nouveau Charlemagne, un *Carolinus*. Guillaume le breton donne au vainqueur de Bouvines le nom de Carolides et célèbre la *fama Carlorum*. Philippe Auguste y sacrifie peut-être quand, en 1209, il appelle son fils naturel Pierre Charlot[43].

Mais en même temps était préparée l'union des sangs des deux dynasties «françaises», ce qui fut appelé plus tard le *reditus regni Francorum ad stirpem Karoli* par le mariage de Philippe Auguste et d'une Carolingienne, Isabelle de Hainaut et par la naissance de Louis VIII. Ce *reditus* devint un thème central de l'historiographie capétienne, au temps de Vincent de Beauvais, et dès le milieu du XIIIe siècle, la date de 1223, avènement de Louis VIII, une date aussi importante que 751ou 987[44].

Des jugements portés sur la politique royale

Ces *Res gestae* sont précieuses en ce qu'elles portent l'écho de théories ou de rumeurs ambiantes. Elles ont reçu du milieu où elles ont été composées une bonne part des représentations qu'elles véhiculent, mais elles les façonnent aussi et diffusent bien au-delà du cercle très étroit de leurs lecteurs.

Le nombre de lignes qu'elles accordent à chacun des événements rapportés traduit l'importance qu'ils ont revêtue pour le narrateur et la hié-

43. B. Guenée, Les généalogies entre l'histoire et la politique: la fierté d'être Capétien en France au Moyen Age, dans *Politique et histoire au Moyen Age*, Paris 1981, Publications de la Sorbonne, p. 355 sq. En revanche J. Baldwin ne pense pas qu'il faille voir dans ce nom de Pierre Charlot un rapprochement avec les Carolingiens.

44. Karl Ferdinand Werner, Die Legitimät der Kapetinger und die Entstehung des *reditus regni Francorum ad stirpem Karoli, Die Welt als Geschichte* 12 (1952), 203-225.

rarchie qu'il en établit. Les longues pages consacrées à Bouvines disent assez le retentissement de la victoire. Curieusement la conquête de la Normandie n'occupe que quelques lignes dans la version en prose de Guillaume le breton, à peu près comme la bataille *de Las Navas de Tolosa*. L'insistance accordée à la situation des Juifs, les satisfecit pour leur expulsion, le désastre de Gisors en 1198, attribué à leur retour et vu comme une punition divine, donnent la mesure de l'antijudaïsme des narrateurs. Les réprobations distribuées par Rigord au Philippe Auguste qui divorce, entraînant le royaume dans l'interdit, rappelle les Juifs et ne traite pas l'Eglise avec la générosité souhaitée le montre encore plus homme d'Eglise, et surtout moine à Saint-Denis que thuriféraire du roi.

Ces œuvres ayant eu, sur le champ, un nombre infime de lecteurs, quels sont les enjeux de cette historiographie? Elle a d'abord une fonction interne à l'Eglise: nourrir les prétentions et les rivalités entre les abbayes et les chapitres qui les produisent. Cette concurrence élargit l'espace d'autonomie dont dispose la royauté pour construire sa propre image.

Les gestes et les rites d'une royauté sacrée

Gestes et rites royaux expriment puissamment les représentations que le roi et son entourage ont de la royauté et constituent des instruments médiatiques. Les cérémonies royales ont un fort retentissement populaire. La foule se presse à Saint-Denis pour le second couronnement du roi et le couronnement de la reine. Elle se presse aussi à Reims et risque de gêner l'arrivée de la Sainte Ampoule[45]. La naissance de «Philippe Deodatus» avait été un moment de grande liesse populaire[46]. La Philippide raconte longuement à l'inverse le deuil intense qui saisit la ville de Mantes lorsqu'on apprend que le roi vient d'y mourir. Si certains moments forts de la vie du roi, comme son adoubement, se font hors de la vue du peuple, beaucoup de ses gestes sont un spectacle symbolique et sont dotés d'une valeur quasi liturgique.

45. *si magis opportuerit propter turbam comprimentem, usque ad majorem januam ecclesie debet archiepiscopus* . . .indique l'*ordo* de Reims. Cf. *Ordines coronationis Franciae, Texts and Ordines for the Coronation of Frankish and French Kings and Queens in the Middle Ages*, Richard A Jackson édr., Philadelphia,University of Pennsylvania Press, 2000, vol. 2, p. 299.

46. «La nouvelle remplit tous les Français de la joie la plus grande» écrit le continuateur de *l'Historia gloriosi regis Ludovici* (VII), cité de même que le poème de Pierre Riga, par Andrew Lewis, *Le sang royal*. . .,op. cit. note 32, 100-102.

Le sacre

Parmi ces gestes hautement signifiants, le sacre manifestait l'élection par Dieu du nouveau roi. Rituel royal, mais rituel ecclésiastique aussi. Il était si essentiel qu'il faisait l'objet, comme la fonction d'écriture et sans doute plus qu'elle encore, de rivalités conflictuelles entre ceux qui y jouaient les principaux rôles. Depuis près d'un siècle, c'est-à-dire depuis le sacre de Louis VI à Orléans en 1108, le jeu s'est restreint à deux lieux, Reims et Saint-Denis et à trois protagonistes ecclésiastiques, l'abbaye de Saint-Denis, l'abbaye de Saint-Rémi à Reims et la cathédrale de Reims entre lesquels les rôles sont distribués.

Concurrences autour du sacre

Les variantes des trois récits de Rigord et de Guillaume le breton, que j'ai évoquées plus haut, révèlent les tensions directes et indirectes qui s'exercent. Le récit en prose de Guillaume le breton est étonnamment succinct: «L'an de l'Incarnation du Seigneur 1179, le jour de Toussaint, Philippe le Magnanime fut sacré roi, du vivant de son père Louis le Pieux, alors septuagénaire». Rigord est plus long: il indique le concile réuni pour entériner la décision de Louis VII, Philippe ayant atteint l'âge de 14 ans. A propos de la cérémonie qu'il date de Toussaint, il omet soigneusement toute allusion au saint chrême et à l'onction; la cérémonie n'est que le couronnement du roi par son oncle, l'archevêque de Reims Guillaume; il insiste sur la présence du roi d'Angleterre «soutenant d'un côté humblement, en raison de la soumission qu'il lui devait, la couronne sur la tête du roi de France, puis les acclamations de «vive le roi», lancées par les archevêques, les évêques, les «autres» princes, l'ensemble du clergé et du peuple et en vient enfin à l'onction royale.

La Philippide rapporte les phases dans un autre ordre, l'onction d'abord, le couronnement ensuite et insiste lourdement sur l'onction que seul a le droit de donner l'archevêque de Reims avec le «saint chrême que l'huile céleste a destiné à cet unique usage». Ainsi, conclut Guillaume le breton, «notre roi devient plus grand qu'aucun autre roi».

Les ordines

En 751 Pépin avait reçu l'onction à Soissons, puis en 754 à Saint-Denis. Louis le Pieux en 816 avait été consacré et couronné en même temps pour

la première fois et de manière définitive. Hincmar avait à la fois rappelé l'onction biblique et renvoyé au baptême de Clovis, introduisant, le premier, la confusion entre l'huile du baptême et celle du sacre. Au fil des siècles, les *ordines* qui règlent la liturgie de la célébration du sacre, ont affirmé le caractère sacré[47] de la royauté selon un rituel de plus en plus complexe. Richard Jackson[48] en dénombre 25 échelonnés entre les environs de 800 et le règne de Charles VIII. Au XIIIe siècle, les *ordines* ont été rédigés selon une succession particulièrement rapide, révélant les évolutions et les exigences nouvelles: l'*ordo* de 1200, puis l'*ordo* de Reims des environs de 1230, celui de 1250[49] pour aboutir à celui qu'on appelle le dernier *ordo* capétien aux environs de 1270. Parmi ces *ordines*, deux nous intéressent particulièrement. Celui de 1230, appelé aussi *ordo* de Reims, car il représente l'état des choses au terme du règne de Philippe Auguste[50] et celui de 1250 pour ses enluminures. Or l'*ordo* de 1230 est précisément celui qui manifeste l'introduction des spécificités françaises: le rôle de la sainte ampoule; l'apparition de la main de justice et des fleurs de lis, la participation des pairs de France, le serment demandant au roi d'extirper l'hérésie; l'*ordo* introduit aussi l'investiture par les chaussures et les éperons. C'est le premier vrai *ordo* français.

Les étapes de la cérémonie

Si l'on suit l'*ordo* de Reims, la cérémonie se compose ainsi. La veille le roi pourra se recueillir dans le silence de la nuit dans la cathédrale. Au matin, la sainte ampoule, portée par les moines de Saint Rémi, sous un dais, est accueillie par l'archevêque. L'archevêque se prépare pour la

47. Jacques Le Goff a cherché à définir soigneusement dans la royauté le sacré, le religieux, le sacerdotal et le thaumaturgique «Aspects religieux et sacrés de la monarchie française du Xe au XIIe siècle», dans *La royauté sacrée dans le monde chrétien*, A. Boureau et Claudio-Sergio Ingerflom dir., EHESS, Paris 1992 19-28.

48. Op. cit., note 45.

49. Le manuscrit B.N. lat. 1246, splendidement enluminé. Jacques le Goff, Eric Palazzo, Jean Claude Bonne et Marie-Noël Colette lui ont consacré un ouvrage entier, *Le sacre royal à l'époque de Saint Louis*, le temps des images, Gallimard, Paris 2001. Cet *ordo* s'intitule *ordo ad consecrandum et coronandum regem*.

50. Comme le fait remarquer Richard Jackson dans la présentation qu'il en fait (p. 291), ce document n'est pas un *ordo* mais un *modus* car il n'intègre pas les paroles liturgiques, mais se limite à décrire l'organisation de la cérémonie, bien qu'il se désigne sous le nom d'*ordo*. Ce texte a été l'objet de longues discussions concernant sa date dans la première moitié du XXe siècle (p. 292).

messe. Il recueille le serment «habituel» prêté par le roi, à quoi s'ajoute, précise l'*ordo*, depuis le concile de Latran, la promesse d'extirper les hérétiques. Sur l'autel avait été déposés les insignes royaux apportés par l'abbé de Saint Denis: la couronne, l'épée dans son fourreau, les chaussures, le sceptre d'or et la *virga* avec la main d'ivoire à son sommet. Devant l'autel, le roi dépose ses vêtements, sauf la tunique bleue échancrée[51]. Le grand camérier le chausse des souliers à fleurs de lis, puis le duc de Bourgogne lui attache les éperons. L'archevêque lui donne l'épée qu'il a ôtée de son fourreau et déposée sur l'autel; le roi la prend humblement sur l'autel et la confie au sénéchal de France qui la garde tout le temps de la messe avant de la porter au palais[52]. C'est alors qu'a lieu l'onction avec le saint chrême, qui rend le roi semblable aux prophètes de l'Ancien Testament et à David. Puis l'archevêque rassemble les pairs de France pour le couronnement, après avoir donné au roi l'anneau, le sceptre qu'il porte dans sa main droite et la main de justice dans celle de gauche; il a revêtu une chape portée à la manière d'une chasuble, relevée sur le bras gauche. Le roi monte sur l'estrade aménagée la veille, au centre de l'église, juste à la limite du choeur, en sorte que chacun puisse le voir. L'archevêque, ayant déposé sa mitre en signe de révérence, donne alors au roi le baiser de paix. Si la reine doit aussi être couronnée, on procède alors à son onction; son trône sera dans la partie gauche du chœur, celui du roi, un peu plus haut, dans celle de droite. La messe est alors chantée et le roi, pour la seule fois de sa vie, communie sous les deux espèces. La cérémonie se termine par un baiser de paix donné au roi siégeant sur son trône, par tous, les uns après les autres, avant le départ pour le palais.

Les serments que le roi prononce au cours de la cérémonie expriment le pacte conclu avec l'Eglise parlant pour le peuple. Protéger l'Eglise dans sa personne et ses biens, faire régner la paix et la justice, il en fait le serment *coram deo, clero et populo*[53]. Lors de la cérémonie, la hiérarchie au sein du clergé est subtile[54]. L'institution des douze pairs de France, six évêques et six grands seigneurs laïcs, qui collaborent à l'imposition de la couronne par

51. *Iacintina*, la couleur devenue couleur des rois de France.

52. On voit ici le caractère idéal de cet *ordo*: il n'y a pas de sénéchal de France à cette date ni de duc de Bourgogne.

53. C'est la dernière profession, la *formula professionis* d'origine germanique, sans allusion ni au pape ni à l'Eglise romaine; cf. E. Palazzo p. 32.

54. Jacques Le Goff, dans *Le sacre royal à l'époque de saint Louis* (p. 22) écrit à propos de l'*ordo* de 1250 : «on notera la recherche d'un triple équilibre entre séculier et régulier, entre rémois - archevêque et chanoines de la cathédrale d'un côté, abbé et moines de Saint Rémi de l'autre -, entre deux monastères si intimement liés à la monarchie française».

l'archevêque est une instauration récente, sans doute de la fin du XIIe siècle et leur présence institutionnalisée au couronnement n'est sans doute pas antérieure au sacre de Louis VIII. Avec cet *ordo* de Reims, et ceux qui le suivent sous le règne de saint Louis, comme le résume Jacques Le Goff, «les cérémonies qui fondent la sacralité du pouvoir royal forment système...» La patiente construction de cette religion royale n'a pas abouti à la sainteté de la fonction royale. Toutefois le demeure, selon Georges Dumézil et Jacques Le Goff, un roi de la troisième fonction, la fonction de prospérité.

C'est alors seulement, comme l'a écrit encore Jacques Le Goff que le pouvoir de guérir les malades s'est installé: aucun texte ne permet d'affirmer que ni Philippe Auguste ni Louis VIII ni leurs prédécesseurs n'ont touché les écrouelles[55].

«A la fin du règne de saint Louis, la construction de la religion royale a presque atteint son sommet»[56], mais elle est très largement amorcée pendant le règne de Philippe Auguste.

Les funérailles

Pour la mise en scène des funérailles aussi, le règne de Philippe Auguste représente un moment de transition. Comme le fait remarquer Alain Erlande-Brandebourg[57], Philippe Auguste fut le premier roi à bénéficier de funérailles aussi splendides. Déjà, en Angleterre, Henri II avait été enterré non seulement avec les habits du sacre, mais avec les insignes royaux, couronne, anneau, sceptre, éperons. L'exposition du corps revêtu des vêtements du sacre et des *regalia* se généralisait en Europe: Otton IV avait pris de telles dispositions avant sa mort en 1218.

Philippe Auguste mourut à Mantes, à 30 km de Paris. Un cortège funèbre ramena le corps à Saint Denis le 15 juillet, lendemain de sa mort.

55. Philippe Ier a perdu ce pouvoir à cause de ses péchés. Louis VI a touché les écrouelles, mais rien n'atteste qu'il l'ait fait avec régularité. Marc Bloch a certainement donné une date trop haute aux pouvoirs thaumaturgiques des rois anglais et français: cf. Jacques Le Goff, La genèse du miracle royal. Histoire comparée et sciences sociales, dans *Marc Bloch aujourd'hui. Actes du colloque Marc Bloch*, dir. H. Astma et A. Burguière, Paris 1990, 147-156.

56. Jacques Le Goff, «Aspects religieux et sacrés de la monarchie française du Xe au XIIe siècle, dans *La royauté sacrée dans le monde chrétien*, op. cit. note 47.

57. Alain Erlande-Brandebourg, *Le roi est mort. Etudes sur les funérailles, les sépultures et les tombeaux des rois de France jusqu'à la fin du XIIIe siècle*, Paris . . . Bibl. de la société française d'archéologie n° 7, Arts et métiers graphiques, 1975.

Le corps du roi était revêtu d'un drap d'or, tenait le sceptre et portait la couronne sur sa tête, mais selon la Philippide, il aurait été mis dans un cercueil. Il ne semble pas qu'il ait été vêtu, sous le drap d'or, des vêtements du sacre[58]. La messe de Requiem fut célébrée par le cardinal légat du Pape pour les affaires albigeoises et l'archevêque de Reims. Un concile se tenait au même moment à Paris[59] et explique pour une part l'abondance des prélats présents: vingt évêques, Louis VIII, le roi de Jérusalem, venu implorer le secours du roi, et Philippe Hurepel, fils naturel de Philippe Auguste y assistèrent avec une grande multitude de barons.

La nécropole de Saint-Denis

Au moment de l'inhumation, on ne déposait pas en France des insignes royaux dans la tombe des rois; ou fort peu. La fin du XIIe siècle et le début du XIIIe innovent moins dans ce domaine que dans celui du sacre. Pas de couronne encore, sauf pour Ingeburge. Louis VIII ne portait qu'un diadème de tissu d'or et une calotte de satin. Mais la tombe de Louis VII contenait déjà un sceptre de bois. On trouva les sceaux à l'ouverture des tombes de Constance de Castille et d'Isabelle de Hainaut, mais ce sont sans doute des cas exceptionnels. Les tombes royales étaient assez pauvres.

Depuis longtemps, Saint-Denis est la nécropole royale. Suger avait écrit que le cimetière des rois de France se trouve «comme de droit naturel» en l'église Saint-Denis[60]: c'est là en effet que Dagobert, Charles Martel, Pépin le bref, Charles le Chauve, Hugues Capet et les Capétiens du XIe siècle avaient été inhumés[61]. De fait, à l'exception de Louis VII, puis de Louis XI, aucun roi de France n'a été inhumé en un autre lieu. La réfection du chœur menée par Suger avait obligé à un réaménagement des tombes qu'il décrit dans le *De rebus in administratione sua gestis* et surtout des autels du chœur. Ensuite, Louis VII ayant choisi d'être enseveli à l'abbaye de Barbeau, c'est pour la sépulture de Philippe Auguste que le problème se posa.

58. Selon Ralph E. Giesey, *The Royal Funeral Ceremony in Renaissance France*, Genève, Droz, 1960, il faut attendre le XVe siècle pour que les vêtements portés le jour des funérailles soient ceux du sacré.

59. G. le breton précise qu'ils croyaient tenir un concile à Paris mais que Dieu avait en fait lui-même pris soin de la pompe funèbre de Philippe Auguste.

60. *In ecclesia Beati Dionisii quasi jure naturale habetur, Vie de Suger*, XII, 85, cité par Alain Erlande-Brandebourg, *Le roi est mort…op. cit.* note 57.

61. A l'exception de Philippe Ier qui avait choisi Fleury sur Loire, au grand dam de Saint-Denis. Sur ce point, *Ib*.

Hésitation; finalement le choix fut de mettre sa tombe entre l'autel de la Trinité et le Maître autel.

Autant le sacre a visiblement donné lieu à une modification très réfléchie des rituels dès le règne de Philippe Auguste, autant pour la nécropole le grand programme novateur est postérieur. C'est sous le règne de saint Louis, entre 1263 et 67, qu'un vaste plan de recomposition des tombes avec sculpture de gisants fut imaginé puis réalisé, qui mettait en scène le *reditus*. On ne toucha pas aux tombes de Philippe Auguste et Louis VIII. L'essentiel fut que de part et d'autre de l'autel furent réunis d'un côté les Mérovingiens et les Carolingiens; de l'autre les Capétiens (ou Robertiens).

Famille royale ou fonction royale

Ces mises en scène soigneusement réglées affichent avec clarté les ambitions et les principes souvent tacites de l'organisation des pouvoirs royaux. Autant le sacre associe étroitement le roi et la reine, autant la séparation est à la même époque très marquée entre les rois et le reste de la famille royale. Les rois sont enterrés à Saint Denis; mais seul Philippe Hurepel fut admis dans le «cimetière aux rois». Les enfants royaux furent souvent ensevelis à Notre-Dame-de-Paris[62]; cette inhumation à l'intérieur d'une cathédrale n'en était pas moins une innovation. Là fut aussi ensevelie Isabelle de Hainaut. Mais la collégiale de Poissy remplaça ensuite Notre-Dame-de-Paris et il n'y eut pas de nécropole des enfants royaux.

Il a été sans nul doute accordé de plus en plus de valeur au sang royal au cours du XIIe siècle. Par leur comportement, par leurs vêtements, les frères du roi manifestent leur rang; les vastes conquêtes de Philippe Auguste et de Louis VIII ont permis de donner aux enfants des territoires acquis sans réduire ceux du fils aîné[63]. Comme l'a montré Andrew W. Lewis, les Capétiens fonctionnent d'un certain point de vue comme un Geschlecht, selon les principes des familles aristocratiques; le sentiment dynastique s'est aussi amplifié. Mais bien des signes montrent, au premier rang desquels l'ensevelissement à Saint-Denis, que la confusion n'est jamais faite entre famille et fonction.

62. Curieusement, fait remarquer Alain Erlande-Brandebourg (p. 92), le premier à y être inhumé fut Geoffroy de Bretagne, un Plantagenêt.

63. Exception faite de ceux d'Isabelle de Hainaut.

Entre principes politiques et choix personnels

Jusqu'à présent c'est une image royale formatée par une idéologie partagée que nous avons cherchée dans les histoires à demi officielles de Rigord et Guillaume le breton, dans les *ordines* du sacre ou la disposition des tombes dans la nécropole de Saint-Denis. Il est temps de chercher ce que ce modèle laissait d'espace à l'expression de la volonté royale. On peut l'apercevoir dans les dernières volontés de Philippe Auguste; elles sont porteuses de l'image qu'il souhaite laisser de lui--même et aussi de ses dispositions intimes.

Les testaments de Philippe Auguste

Philippe Auguste a dicté lui-même deux textes programmatiques, désignés l'un et l'autre comme testaments de Philippe Auguste.

Le testament de 1222

Paradoxalement je commencerai par le second, le testament qu'il dicte en 1222, très peu de temps avant sa mort. Philippe Auguste procède essentiellement à une distribution de legs personnels et pieux, avec une largesse royale. On y perçoit le souci persistant de la défense du royaume que la Philippide le signale pour les derniers mois qui précèdent sa mort[64]. Le roi donne une somme, inconnue à son fils et héritier Louis pour la défense du royaume et celle de la terre sainte, mais sans lui accorder une place prépondérante. Son zèle pour la Terre Sainte s'exprime aussi dans les sommes qu'il donne au roi de Jérusalem venu lui demander secours et aux Hospitaliers et Templiers. Les Legs aux pauvres sont amples, mais l'item destiné en particulier à l'Hôtel-Dieu de Paris est sans doute le signe de son affection particulière pour la ville, sa capitale. Il prévoit également des legs à sa femme, la reine Ingeburge si longtemps méprisée, dit reine des Français et pourtant non couronnée. Et des legs à son fils naturel Philippe.

64. «(Il) continuait à visiter, selon son habitude, ses divers châteaux et ses villes, et principalement tous les lieux qu'il s'occupait à faire rebâtir, et où il élevait des murailles et des citadelles. En effet, tout autant que son domaine possède de villes, de châteaux et de bourgs, le roi les a fait entourer de murailles à ses propres frais, et il les a tous vus de son vivant ainsi enclos à ses dépens».

Le testament de Louis VIII, à peine postérieur, en diffère sensiblement. Si le cœur en est bien une série de legs, il se préoccupe, non sans inquiétude, dans les premiers items comme à la fin, de la survie pacifique du royaume: *ne tranquillitas ejusdem regni possit in futurum perturbari*. Le testament de Philippe, peut-être celui d'un vieil homme, tellement victorieux, semble moins angoissé devant l'avenir du royaume. Il distribue une somme d'argent énorme. La lacune textuelle concernant le montant du legs fait à Louis complique l'évaluation des legs. Le montant en fut effacé. Pourquoi? Pourquoi aussi le testament n'est-il pas conservé comme celui de Louis VII ou celui de Louis VIII au Trésor des Chartes? Michel Nortier et John Baldwin ont émis l'hypothèse que ce furent ses exécuteurs testamentaires eux-mêmes qui ont gratté le montant du legs fait à Louis, peut-être avec l'accord du roi, par méfiance, afin de sauvegarder l'équilibre financier du royaume[65]. Il n'en reste pas moins que le testament distribue l'équivalent de 4 fois les revenus annuels du roi.

Ce testament est-il l'image d'une très large générosité ou d'une piété inquiète? Le souci de l'avenir n'en est pas absent; on peut interpréter ainsi le choix des exécuteurs testamentaires, trois de ses proches conseillers, Garin, c'est-à-dire celui qui fut longtemps Frère Guérin, alors évêque de Senlis, Barthélémy de Roye et Frère Haymar, le trésorier du Temple. La richesse du royaume leur est due pour une part; associée à l'accroissement des revenus par les conquêtes, comme l'a exprimé Rigord.

L'ordonnance-testament de 1190

Le premier testament, qui nous est connu par la copie que Rigord en a insére dans son *Histoire*, et qu'il désigne sous l'expression de «testament et ordonnance», a été écrit après dix ans de règne, en 1190, à la veille du départ en croisade. C'est l'un des textes les plus célèbres auprès des étudiants d'histoire en France, encore et toujours proposés à leur sagacité en Travaux Dirigés. Le roi réunit auprès de lui, à Paris, ses amis et ses familiers, prévoit la distribution de son héritage s'il venait à mourir en Terre Sainte et règle ce que sera le gouvernement du royaume en son absence.

John Baldwin a montré combien ce premier «testament», justement célèbre, constitue un tournant, plus que la conquête de la Normandie en

65. Michel Nortier et John W. Baldwin, Contributions à l'étude des finances de Philippe Auguste, *Bibliothèque de l'Ecole des Chartes*, 1980, 138, 5-33.

1204, dans la mise au point des principes de gouvernance du royaume. Tout n'y est pas neuf, notamment dans les coutumes qui régiront les affaires ecclésiastiques. Mais bien des dispositions, présentées comme provisoires, vont devenir, par la suite, au retour du roi, des pratiques durables de gouvernement. Entre autres dispositions, Paris est distingué de tout le reste du royaume. Administrée selon un régime particulier par six hommes «probes et légitimes» nommément désignés par le roi, son rôle de capitale est affirmé: les baillis «établis sur (l)es terres» royales viendront exposer à Paris trois fois par an «les affaires du royaume» et trois fois par an «tous les revenus, services et redevances» y seront apportés. Justice et finances sont expressément transformées par ces dispositions. Le principe affirmé dans le protocole en résume l'esprit : «l'office royal consiste à pourvoir par *tous les moyens* aux besoins de *tous les sujets*, à faire passer avant l'utilité privée l'*utilité publique*».

Les agents de la politique

T.A.E.R.B.N.: c'est à ces six hommes «probes et légitimes», désignés par l'initiale de leur nom, que Philippe Auguste confie Paris lorsqu'il part en croisade et à quatre hommes par seigneurie, choisi par les baillis.

Par la suite, la haute noblesse n'étant guère revenue de la Croisade, Philippe Auguste eut le champ libre pour choisir des hommes neufs, de rang inférieur, qui intèressent peu les chroniqueurs. Ce sont les chartes qui les révèlent. Ils sont issus de familles durablement fidèles aux Capétiens ou, pour les clercs, des chapitres dont les bénéfices sont dans la main du roi. Beaucoup sont des maîtres, surtout ceux qui traitent des affaires diplomatiques du roi.

Les chartes les montrent actifs dans tous les domaines et présents dans tous les grands moments du règne. Jeunes au retour de croisade, ils ont accompagné le roi tout au long de son règne et ont même conseillé encore Louis VIII. Deux d'entre eux sont les exécuteurs testamentaires de Philippe Auguste, Barthélémy de Roye et frère Guérin, proches parmi les proches. Après 1204, ils sont beaucoup en Normandie. Gautier et ses fils, chambellans tour à tour; parmi les chevaliers du roi, Henri Clément sur les champs de bataille et Barthélémy de Roye, chambrier, sont les plus marquants. Parmi les clercs du roi, Frère Guérin, est chancelier.

Au service du roi, ils ont acquis des biens, marié leurs enfants dans des familles prestigieuses, reçu des cadeaux du roi, mais avec mesure et n'ont suscité ni la colère du roi ni la disgrâce. Quelle longévité et quelle

continuité! Guérin est frère parce que hospitalier; devenu évêque de Senlis, il continua à porter l'habit de l'ordre. Guillaume le breton le sait «conseiller spécial du roi Philippe en raison de sa sagesse et de son don incomparable de conseil». Il était le second après le roi, disent maints chroniqueurs. Dans la Philippide, il est même dit «ami» du roi. Selon Guillaume le breton, le roi en toutes circonstances à ses proches «ouvrait son âme» et leur «révélait ses pensées secrètes». A côté de l'hospitalier, le Templier, frère Haimard, lui aussi exécuteur testamentaire, est l'homme des finances.

Le premier cercle qui entoure le roi est une équipe resserrée et unie. Il a joué un rôle évidemment essentiel dans la mise au point des nouvelles méthodes administratives. John Baldwin qui a abordé le règne de Philippe Auguste par l'étude du milieu des maîtres parisiens a repéré l'influence d'un Pierre le Chantre sur les proches du roi[66]. Il a également montré comment les mêmes cercles proches du roi manifestent une égale inventivité dans la gestion de l'Etat et dans les domaines moins austères, tels que les langages de l'amour[67]!

Plus loin du roi, les talents ne manquent pas non plus, que l'on connaît moins. Sur le terrain, le gouvernement royal est relayé par des baillis aux pouvoir indéfinis, longtemps itinérants, allant parfois par deux, par-dessus les prévôts, afin de mieux contrôler le domaine royal.

Ces hommes nous sont mieux connus par leur action au service du roi que dans leurs affaires personnelles. Mais John Baldwin a mis la main, à l'hôpital d'une petite ville d'Ile de France, Gonesse, sur un livre de terres et de revenus qui fut dressé pour Pierre du Thillay. Sa carrière est bien connue, à Paris, à Orléans, avant de devenir, pendant plus de vingt ans, bailli de Caen. C'est un témoignage précoce de la bonne gestion que les hommes du roi appliquaient aussi à leur propre fortune[68].

66. Voir note 2. Je ne m'étendrai pas sur ce thème traité par Jacques Verger dans ce même volume.

67. J.W. Baldwin, *Les langages de l'amour dans la France de Philippe Auguste. La sexualité dans la France du Nord au tournant du XIIIe siècle*, Paris, Fayard, 1997, traduction française de l'ouvrage paru à Chicago-Londres 1994.

68. Le livre de terres et de revenus de Pierre du Thillay, fondateur de l'hôpital de Gonesse, bailli de Caen de 1205 à 1224. Ses terres en Ile-de-France et en Basse-Normandie. *Cahiers Léopold Delisle*, LI, 1-2, 2002 et «Pierre du Thillay, Knight and Lord. The landed Resources of the Lower Aristocracy in the Early Thirteenth Century», *Francia*, 30/1 (2003), 9-41.

La connaissance du royaume

Le domaine royal s'est considérablement accru. Déjà Rigord qualifie Philippe d'Auguste pour la seule conquête de l'Artois et du Vermandois. Les campagnes victorieuses de 1204, puis de 1214 sont à une toute autre échelle. L'entourage du roi n'a pu qu'y trouver confirmation de sa volonté de disposer d'archives organisées en registres et d'inventaires comptables: connaître les droits du roi, ses moyens financiers et ses ressources militaires[69]. Les comptes royaux, dont les exemples conservés ne sont sans doute que des épaves (1202-3;Toussaint 1221; Chandeleur 1227), constituent un instrument nouveau entre les mains des gens du roi. Ces méthodes administratives participent du nouvel esprit comptable qui émerge à la fin du XIIe siècle en même temps que se répand la *literacy*[70].

Pour expliquer les réformes de l'administration centrale, on a beaucoup mis en avant le désastre qu'aurait été la perte des archives royales à la défaite de Fréteval en 1194. John Baldwin insiste plutôt sur la situation que crée l'absence du roi et voit les premiers signes de cette vaste réorganisation centrale dans l'ordonnance-testament de 1190[71].

Écrire

Dans les toutes dernières années du XIIe siècle, donc sans doute avant que frère Guérin ne signe de son nom les actes royaux de plus en plus sou-

69. A cet effet, un grand nombre de listes sont constituées: contingent de l'armée de Bouvines, liste des prisonniers, liste de forteresses, liste d'armes, liste d'évêchés sous son contrôle etc.

70. La bibliographie sur le sujet est abondante et la réflexion sur l'écriture, notamment l'écriture pragmatique, selon l'expression des médiévistes allemands, a suscité de nombreux travaux mais bien peu concerne spécifiquement le gouvernement de Philippe Auguste, si ce n'est, fondamental, l'ouvrage que John Baldwin a consacré au gouvernement de Philippe Auguste. Sur le contexte général du développement de l'usage de l'écriture dans la gestion, on renvoie évidemment aux travaux de M. T. Clanchy, à ceux de Jack Goody, à l'ouvrage dirigé par Hagen Keller, Karl Grubmüller et N. Staubach, *Pragmatische Schriftlichkeit im Mittelalter Erscheinongsformen und Entwicklungstufen*, Münich, W. Fink Verlag, 1992 et à bien d'autres. Pour un bilan récent, François Menant, Les transformations de l'écrit documentaire entre le XIIe et le XIIIe siècle, *Ecrire, compter, mesurer. Vers une historie des rationalités pratiques*, Natacha Coquery, François Menant, Florence Weber édrs., Paris, Presses de l'Ecole Normale Supérieure, 2006.

71. Pour Saint-Denis, Olivier GUYOTJEANNIN, La science des archives, dans *Saint-Denis et la royauté*, *Etudes offertes à Bernard Guenée*, travaux réunis par Françoise Autrand, Claude Gauvard et Jean Marie Moeglin, Paris, Publications de la Sorbonne, 1999, 339-353.

vent à partir de 1202, de fortes nouveautés apparaissent à la chancellerie royale: une écriture plus homogène, une diplomatique plus rigoureuse et bien hiérarchisée selon la solennité de l'acte[72].

L'écriture appuie aussi l'énorme travail d'inventaire et d'enquête qui permet au roi, surtout à partir du tournant du siècle de connaître les droits de juridiction et les droits d'usage dans son domaine.

Conserver

Quelle qu'ait été l'importance de Fréteval dans le nouveau cours administratif, 1194 est bien un moment-clef dans l'histoire des archive royales[73]. Elles seront désormais à Paris et constitueront le Trésor des Chartes. Si l'on en croit Guillaume le breton, c'est par la reconstitution soigneuse des archives perdues que commença sa composition. Ce fut l'œuvre du chambellan, Gautier le Jeune.

Ces archives reconstituées rassemblaient les pièces reçues. Il fut décidé de conserver aussi les pièces expédiées par la chancellerie royale. Dès 1204, un premier noyau de documents fut transcrit dans un registre; puis d'autres registres s'ajoutèrent à celui-ci qui devint le registre A. D'autres suivirent au fur et à mesure que les espaces laissés disponibles dans les premiers registres se remplissaient et que l'usage en devenait mal commode. En 1220, frère Guérin décida de confier la réalisation d'un cinquième volume à l'un des clercs talentueux du «service», Etienne de Gallardon, qui demeura en usage jusqu'en 1247 et assura donc la transmission de l'information à Louis VIII puis à saint Louis. Ces registres, de petite taille, étaient d'un maniement facile et aisément transportables[74].

72. Emmanuel Poulle, La cursive gothique à la chancellerie de Philippe Auguste, *La France de Philippe Auguste. Le temps des mutations, Actes du colloque international organisé par le CNRS (Paris 29 septembre-4 octobre 19802),* dir. R.H. Bautier, Paris, éd. du CNRS, 1982, 455-470, Michel Nortier, Les actes de Philippe Auguste: notes critiques sur les sources diplomatiques du règne, *Ib*. 429-454.

73. A titre de comparaison, les registres des Papes constituent une série continue à partir de 1198.

74. Le premier volume de l'édition, menée par John Baldwin est paru en 1992 (*op. cit*. note 7).

Compter

A en croire Guillaume le breton, Philippe Auguste aurait aussi perdu à Fréteval des *libelli computorum fisci*, ou comme il l'indique dans la Philippide des *scripta tributorum* et des *fisci cyrographa*. Le développement qu'il donne à ce propos laisse penser à des états domaniaux. Mais il écrit en un temps où la rédaction des comptes est devenue pratique normale. Depuis l'ordonnance-testament de 1190, les baillis rendent compte trois fois par an à Paris. Le plus ancien compte connu remonte à 1202-1203: c'est une précieuse copie du XVIIe siècle, d'autant plus précieuse que toute l'année y est reportée, permettant la somme des comptes partiels, très différents suivant le terme. L'autre document essentiel est un fragment de compte de 1221[75]. Partiel certes, mais il a deux énormes intérêts: il est conçu de manière que le roi puisse prévoir, recettes et dépenses connues, le solde de l'année. C'est le premier vrai budget royal. D'autre part, il permet de voir l'énorme augmentation des revenus du roi depuis 1202-3.

Guillaume le breton avait raison qui soulignait que Philippe était Auguste aussi parce qu'il avait considérablement augmenté les revenus royaux. Et il reprend l'hommage au moment de la mort du roi, en indiquant que le roi «avait merveilleusement amplifié les droits et la puissance du royaume de France et augmenté le trésor royal en maintes façons»[76]. On comprend mieux que les legs pieux faits dans le testament n'étaient pas le produit d'une largesse inconsciente, mais bien d'une richesse connue. Michel Nortier et John Baldwin ont calculé qu'il avait augmenté de 75% les revenus domaniaux par la conquête de la Normandie, de l'Anjou et de la Touraine. Ses revenus avaient approximativement doublé entre 1202-3 et 1221. Mais le chiffre mirifique avancé par Conan de Lausanne[77], 438.000 livres semble

75. Michel NORTIER et John W. BALDWIN, Contributions à l'étude des finances ...., *op. cit.* note 65. Les auteurs montrent que malgré le titre que Ferdinand Lot et Robert Fawtier lui ont donné, le compte de 1202-3 ne mérite pas le nom de budget: Ferdinand Lot et Robert Fawtier, *Le premier budget de la monarchie française: le compte général de 1202-1203*, Paris 1932. Sur l'émergence de la pratique comptable, voir Bryce LYON et Adriaan E. VERHULST, *Medieval Finance. A comparison of Financial Institutions in Northwestern Europe*, Providence 1967. Et Thomas N. Bisson, Les comptes des domaines au temps de Philippe Auguste: essai comparatif, *La France de Philippe Auguste... (op. cit.*, note 4), 521-539.

76. Éd. H.F. DELABORDE, t. 1, p. 323; cité par M. Nortier et J. Baldwin, *Contributions*...., p. 28.

77. Cité par M. NORTIER et J. BALDWIN p. 29, Conan de Lausanne, M.G.H., *Scriptores*, XXIV, p. 782.

largement amplifié. En temps de paix, les excédents étaient considérables et les comptes de 1227 conservent un considérable excédent.

Conclusion

Entre les écrits de Suger et les dispositions prises par saint Louis, le long règne et les victoires de Philippe Auguste constituent des décennies décisives dans l'évolution du royaume des Francs. Le premier élan date sans doute de la réflexion sur la gouvernance du royaume que suggère au roi son départ à la Croisade en 1190; la conquête de la Normandie puis les victoires de 1214 étendent le domaine royal à une nouvelle échelle et donnent au roi une puissance d'une toute autre ampleur.

Successivement, les récits en prose et en vers de deux historiens, Rigord et Guillaume le breton, permettent de suivre l'affirmation théorique et l'application pratique des principes de gouvernance qu'on peut résumer ainsi : défense du domaine par la fortification des villes, contrôle du domaine par l'envoi de représentants du roi, itinérants ou stables, inventaire des revenus, organisation des archives, la constitution de Paris comme capitale politique et savante, la mise en place d'un cercle de proches conseillers issus de la petite noblesse ou des élites urbaines. Ces mesures sont dans l'air du temps, adoptées par d'autres principautés. Dans la mise en scène de la dignité royale, les Capétiens suivent aussi, et avec retard dans ce domaine, les pratiques d'autres cours: Philippe Auguste est le premier roi de France dont les funérailles ont été l'objet d'une cérémonie grandiose. Pour autant, la cour du roi, peu brillante, voit se forger un système idéologique assez particulier aux Capétiens. Il est caractérisé d'une part par le soin apporté à glorifier le sang royal tout en évitant les querelles dynastiques; et d'autre part par la volonté d'appuyer la supériorité du roi sur la construction d'une monarchie chrétienne, soutenue, non sans réciprocité, par l'Eglise du royaume et la Papauté. Les incidents matrimoniaux du roi et la difficile émergence de l'université de Paris ont temporairement ralenti la construction de cette image; dès avant Bouvines, elle est restaurée et les ajustements prévus pour les futures cérémonies du sacre des rois en témoignent haut et fort.

Ideología y práctica en las políticas pobladoras de los reyes hispanos (ca. 1180-1230)

Pascual Martínez Sopena

0. Introducción

Por los años 1180-1230, en la historia política peninsular se combinan las difíciles relaciones entre los reinos fronterizos de Castilla, León, Portugal, Aragón y Navarra, las intensas pugnas de poder dentro de cada uno de ellos, y la hegemonía de los califas almohades sobre al-Andalus[1]. El resultado es una época de aire poliédrico, cuyo relato aconseja fijar de partida ciertas coordenadas. Cuando murió Alfonso VII, llamado «el Emperador» (1157), sus dominios se dividieron entre sus hijos Sancho III y Fernando II, convertidos en reyes de Castilla y de León respectivamente. El monarca castellano falleció de inmediato, dejando un heredero de corta edad, Alfonso VIII (*regn.* 1158-1214), cuya minoría fue un periodo muy inestable. Pero antes de 1190, Castilla había alcanzado una posición predominante y era el más extenso de los reinos cristianos. En torno a esa fecha hubo cambios generacionales en los demás reinos. A la muerte de Alfonso Henriques, fundador de la monarquía portuguesa (*regn.* 1139-1185), ascendió al trono Sancho I (*regn.* 1185-1211), mientras Fernando II era sucedido en León por Alfonso IX (*regn.* 1188-1230). El sucesor de Sancho VI de Navarra (*regn.* 1150-1194) fue su hijo Sancho VII (*regn.* 1194-1234). Poco después murió Alfonso II (*regn.* 1162-1196), padre de Pedro II, que fue su heredero en el reino de Aragón y el condado de Barcelona (*regn.* 1196-1213).

Como se colige, una nueva secuencia sucesoria se produjo en Portugal, Aragón y Castilla entre los años 1211 y 1214. En los tres casos estuvo

1. Este trabajo forma parte del Proyecto de Investigación "Los espacios del poder regio, ca. 1050-1385. Procesos políticos y representación", ref. HAR2010-21725-C03-01 (Subprograma HIST), financiado por el MICIN.

acompañada de prolongadas crisis que adquirieron tonos de guerra civil. Al final, terminaron imponiéndose Alfonso II en Portugal (*regn.* 1211-1223; fue sucedido por su hijo Sancho II, destronado en 1248), Jaime I en Aragón (*regn.* 1213-1276, incluida su larga minoridad), y Fernando III en Castilla (*regn.* 1217-1252), que sucedió a su tío, el breve rey-niño Enrique I, y se benefició de los derechos de su madre, la infanta-reina Berenguela. Además Fernando III reunió Castilla y León en 1230, a la muerte de Alfonso IX (de quien era hijo), tras reducir ciertos focos de resistencia nobiliaria.

Por lo que hace a los almohades, las fechas de dos batallas resumen su rápido auge y su decadencia aún más rápida. En 1195, la victoria de Alarcos representó su momento culminante, al tiempo que cuestionaba el poder de Alfonso VIII entre los reinos cristianos. Pero la derrota de las Navas de Tolosa diecisiete años más tarde entrañó su declive —y el refrendo paralelo de la hegemonía castellana.

La miniatura más conocida del *Liber Feudorum Maior* (también llamado *Liber Domini Regis*, que se guarda en el Archivo de la Corona de Aragón), es la que muestra a Ramón de Caldas, su autor, en el acto de presentar a Alfonso II de Aragón varios documentos. Esta ilustración, metáfora del ideal de señorío regio de esta época, ha sido extensamente comentada por Thomas Bisson en el reciente libro donde propone que el siglo XII contempló una profunda crisis política en Europa, y que en ella anidaron los orígenes de formas de gobierno monárquico que el tiempo convertiría en clásicas[2]. Además de señalar detalles tan singulares como la identificación de varios de los diplomas que el eficaz notario muestra al rey, Bisson sostiene que el deán Ramón de Caldas y su hermano Bernardo, así como Guillem de Bassa, formaban parte de un grupo de hombres que puso sus habilidades al servicio del soberano para organizar un nuevo sistema fis-

2. T. N. Bisson, *The Crisis of the Twelfth Century. Power, Lordship, and the Origins of European Government* (2009), trad. esp. *La crisis del siglo XII. El poder, la nobleza y los orígenes de la gobernación europea*, Barcelona 2010. Me hago eco de las cartas que el autor envió a varios de sus colegas españoles la pasada primavera de 2010; en ellas protestó primero por un llamativo error en la traducción del título original, sobre la que no había sido consultado, y más tarde en términos generales. Desde luego, el vocablo *Lordship* no quiere decir «nobleza», sino «señorío». Es visible que la lectura de la versión española depara muchas otras sorpresas, en general deplorables. Pero procurando respetar esta imponente obra, sólo elijo dos entre ellas: las chocarreras «seis mil perras chicas de Melgueil» (p. 572; en la ed. inglesa, p. 510, *6000 s. melg.* —es decir, *s[olidi] melg[ulienses]*, los conocidos «sueldos» o «dineros de Melgueil»—, y los improvisados «domanios» (vocablo que puede leerse, por ejemplo, en p. 575; *domains*, p. 513 de la citada ed. inglesa). Más allá de tantas otras palabras, este texto hubiera requerido un esfuerzo mayor por captar su complejidad.

cal en sus señoríos barceloneses. Su gran objetivo era controlar la gestión de los administradores tradicionales de las rentas condales[3]. Entre 1178 y 1194, Caldas y Bassa estuvieron al frente del dispositivo y llevaron a cabo auditorias para recortar los abusos de los *veguers* y otros oficiales. Pero la nueva situación no llegó a consolidarse; por el contrario, los procedimientos de rendición de cuentas parecen haber fracasado de inmediato y se tardaría medio siglo en ordenar de nuevo la fiscalidad. Los barones catalanes habían coordinado sus esfuerzos desde 1188 contra cuanto significase incremento de poder del rey, y por las fechas en que Ramón de Caldas aparentaba tan detallada muestra de eficacia, estaban en trance de imponerse. Lo conseguirían en la década siguiente, apoyados involuntariamente por la desastrosa política de empréstitos que llevó adelante el rey Pedro II.

Bisson anota que iniciativas de este tipo se estaban tomando en otras regiones de la Europa coetánea, donde no siempre fracasaron. Pero no advierte que en el conjunto de los reinos hispánicos se detectan otros testimonios relacionados con este proceso. En efecto, se pueden identificar directrices destinadas a reunir datos para poner en valor el patrimonio y los derechos regios, se percibe cómo se articulan tales tareas y las demandas contra las usurpaciones del señorío del rey, y cabe apreciar los enfrentamientos a que dieron lugar inventarios y reclamaciones. Esto no implica negar que se observen diferencias notables, que en principio cabe atribuir a la calidad y cantidad de las fuentes conservadas, así como a la diversidad de las orientaciones políticas. No obstante, también hay que preguntarse si en el panorama de los condados catalanes que traza Bisson para comienzos del siglo XIII se han valorado suficientemente ciertos elementos que, en cambio, resultan imprescindibles para una perspectiva cabal de la situación. En concreto, este autor no parece haber concedido importancia al significado de las villas y ciudades como nuevos focos del poder regio. El vínculo entre el nuevo desarrollo del señorío del rey y los procesos urbanizadores de la España cristiana del siglo XII no es una hipótesis aventurada. Para otros autores —entre los que se cuenta el del presente trabajo—, esta línea de pensamiento se sitúa en el núcleo de la interpretación del periodo[4].

3. Id., *ibidem*, pp. 425-426.

4. A fines del siglo XII, «en los reinos españoles alcanzaron los dominios del "real patrimonio" cierta extensión, sobre todo en Cataluña-Aragón y Navarra, pero lo que importaba más era el dominio eminente de la monarquía sobre las tierras conquistadas a los musulmanes y sobre las que no habían sido atribuidas a propiedad particular, y su capacidad para redistribuirlas o bien directamente en el "realengo", a menudo por medio de ciudades dotadas de amplios territorios, o bien creando dominios señoriales cuyos titulares organizaban en ellos la coloni-

Estos procesos son un fenómeno complejo, por el cual se multiplicaron las aglomeraciones, se articuló el territorio y se dibujaron con relativa precisión las líneas fronterizas entre los reinos. Si bien se había iniciado un siglo antes, fue entre los años 1180 y 1230 cuando alcanzó su madurez, lo que se tradujo en la fundación de numerosas villas, al mismo tiempo que se aceleraba la evolución de las urbes más antiguas. Conviene subrayar que el examen de las iniciativas pobladoras —«poblar» es otra noción de época—, no puede separarse de una voluntad de reorganizar los recursos de las monarquías, es decir, de un esfuerzo por diferenciar los bienes de titularidad regia y por establecer un marco tributario distinto de las exacciones señoriales. Por otra parte, los procesos no constituyen solamente una colección de experiencias. Una ideología que asocia «realeza» y «población» ha dejado huellas en los escritos, ya se trate de las datas históricas de los diplomas, de los prólogos de los fueros, o de ciertos textos narrativos.

La exposición contempla dos cuestiones principales. La primera son los signos de un paralelismo entre las acciones de los distintos soberanos hispánicos destinadas a incrementar su poder en competencia con las fuerzas sociales, representadas por la Iglesia y la nobleza en todas partes. La segunda, servirá para destacar el común protagonismo de villas y ciudades.

1. Las políticas regias entre 1180 y 1230

Las diferentes monarquías tenían caracteres propios. Además de la conjunción catalano-aragonesa y la disyunción castellano-leonesa, hechos relativamente recientes, la Santa Sede tomó en estos momentos la decisión de dirigirse a los soberanos de Portugal (1179) y Navarra (1196-1197), no como *duces* sino como «reyes»[5].

1.1. *Portugal*

En la historia de la monarquía portuguesa se da gran importancia al reconocimiento romano de 1179, así como a los coetáneos fueros de

zación» (M. A. Ladero Quesada, «Estructuras y políticas fiscales en la Baja Edad Media»: *Edad Media. Revista de Historia*, nº 2 (1999), p. 120).

5. J. Gallego Gallego y E. Ramírez Vaquero, «Rey de Navarra, Rey de Portugal, títulos en cuestión (siglo xii): en *Príncipe de Viana*, nº 48/180 (1987), pp. 115-120.

Coimbra, Lisboa y Santarem. En el mes de mayo, el papa Alejandro III reconoció a Alfonso Henriques el título de rey mediante la bula *Manifestis probatum est*. En esta decisión, los autores han valorado circunstancias diversas, como una reciente y generosa oferta de duplicar el censo que Alfonso Henriques venía pagando a los Pontífices desde que se hizo *miles Sancti Petri* treinta y seis años atrás, o la constatación de que la España de ese momento reconocía de hecho que el *dux* de Portugal gobernaba un verdadero reino, bregado en las guerras contra los almohades y provisto de sólidas instituciones[6].

Precisamente los aludidos fueros de Coimbra, Lisboa y Santarem, concedidos por el anciano monarca en el mismo mes de mayo de 1179, ofrecen un testimonio impagable del dinamismo institucional. Estos textos casi idénticos son, en opinión de José Mattoso, «los más largos y elaborados de la época, los que denotan la existencia de órganos municipales y de magistraturas urbanas más completas de todo el territorio portugués»; también revelan «que la economía de las tres principales ciudades portuguesas ha dejado de depender de la guerra para convertirse en una economía de producción, de cambios y servicios, o sea, en una economía urbana»[7], algo que sin duda compartía Oporto, la principal ciudad del norte. No es que la guerra fuera olvidada en estos fueros —precisamente cuando el heredero Sancho disfrutaba del éxito de su campaña del año anterior por tierras de Sevilla—, pero el ejercicio de la milicia carecía del relieve que poseía en el fuero de Evora, el gran bastión del sur. De todas formas, las campañas de los años inmediatos —en especial la invasión almohade de 1184, que puso en aprieto a Santarem—, actualizarían la guerra y la importancia de los caballeros villanos de las ciudades del Mondego y del Tajo[8].

Alfonso Henriques murió a fines de 1185; tenía 76 años y, en realidad, su hijo Sancho había tomado las riendas del gobierno desde mucho tiempo atrás. Lo que sabemos de los instrumentos de poder que este último puso en juego en su reino procede de dos fuentes: los *forais*, su gran arma[9], y, de forma indirecta, por las *inquirições* que ordenó su sucesor,

6. J. Mattoso, *D. Afonso Henriques*, Lisboa 2006, pp. 359-362.
7. Id., *ibidem*, p. 357.
8. Id., *ibidem*, pp. 368-371.
9. M.-J. Violante Branco, *D. Sancho I, o filho do fundador*, Lisboa 2006. De acuerdo con Mattoso, la autora destaca que Sancho I dio primacía a la concesión de *forais*, (singular *foral*; español, «fuero»), respecto a la política paterna de concesión prioritaria de *coutos* (español, «cotos»). Mientras éstos creaban espacios inmunes a favor de los nobles y la clerecía, los *forais* aseguraban las contribuciones de los pecheros al rey (p. 172).

Alfonso II. Aunque esta segunda imagen resulte fragmentaria y distante, lo que se puede recomponer revela la importancia del patrimonio regio en las regiones del norte –áreas de supuesto predominio señorial–, y los lucrativos beneficios que el rey había otorgado a sus vasallos. No cabe duda: el rey se preocupaba de la población y explotación de sus bienes. Además de sus relaciones con los nobles y la Iglesia, es significativo el número de *povoadores* portugueses y extranjeros que trabajaron a su servicio y fueron premiados por el tesón y el éxito con que culminaban sus empresas, que –según Maria-João Branco–, formaban parte de una empresa superior: la consolidación territorial del reino[10].

Bajo Alfonso II se observa un hecho crucial: el inicio del registro regio en 1217, síntoma de un plan de reforma administrativa que se percibe a varios niveles y que incluye la preocupación por la memoria regia. Sus posibilidades y limitaciones han sido interpretadas por Hermínia Vilar así: «las confirmaciones, las *inquirições*, los intentos de reglamentar la actuación de sus principales oficiales, los primeros pasos para reglamentar el notariado, son algunos vértices de esta política, en la cual se inserta el registro de cancillería y en la que subyace una nueva idea del poder real, de sus funciones y amplitud, aunque los años posteriores prueben que entre el diseño de una política y la capacidad de concretarla hay un largo trecho que Alfonso II y sus colaboradores íntimos no[11] lograron recorrer»[12].

Portugal, como otros reinos occidentales, tenía una tradición de encuestas judiciales. Pero la novedad de 1220 fue que no pretendiesen resolver problemas puntuales como antaño, «sino inventariar las tierras y los derechos pertenecientes al patrimonio regio, preguntando por su situación y por la memoria que había de su existencia». Las *inquirições* se extendieron por el norte del reino[13], mientras las confirmaciones generales de donaciones se convertían en su correlato; se trataba de una fórmula para contro-

10. Id., *ibidem*, pp. 166-168.
11. H. Vasconcelos Vilar, *D. Afonso II. Um rei sem tempo*, Lisboa 2008, p. 237
12. Id. *ibidem*, p. 210.
13. La encuesta abarcó la zona N-NE el reino, hasta el Duero y Tras-os-Montes. Pero lo conocido debe ser sólo una parte de lo que se llevó a cabo. No cabe buscar precedentes directos en el *Domesday Book*, pero es fácil que se conocieran iniciativas como los *Pipe Rolls* ingleses (largas listas de los rendimientos regios, cuyos testimonios más antiguos son de 1129-1130), y también las encuestas ordenadas por Felipe Augusto en los territorios que acababa de conquistar, asi como a la reforma del sistema de recogida y registro de los rendimientos regios a través de funcionarios especializados (Id., *ibidem*, p. 239).

larlas, previendo eventuales abusos respecto a lo que se había concedido[14]. Entre otras cosas, esto contribuye a explicar el primer registro regio, que se componía de confirmaciones en proporción superior al 70%[15]. En realidad, las *Inquirições* de 1220 representan un objetivo presente en la política del rey desde los comienzos de su gobierno: una política de control del patrimonio regio y de recorte de los abusos señoriales a costa de bienes, derechos y hombres del señorío real. Las leyes que había promulgado en 1211 insinuaban la necesidad de devolver las heredades regias cuyas rentas estaban usurpadas por la Iglesia. Los conflictos con los poderes de la región —como el arzobispo de Braga—, precedieron a la pesquisa (y no fueron consecuencia de ella). Las *Inquirições* implicaron una importante organización previa, aunque sus resultados no pasasen de ser un inventario de las usurpaciones que recordaban los lugareños, a lo que se añadía cierta valoración de las fuentes de rendimiento regio[16].

¿Por qué se detuvo la encuesta? Se ha especulado con una reacción a la política del rey y con el desorden político del final del periodo, algo que recuerda el fracaso de Alfonso II y Pedro II de Aragón. El grupo de los encuestadores del rey portugués también recuerda el ambiente que rodeó a estos soberanos: sobre todo, porque lo formaban miembros de las familias notables de las villas de la región —en especial Guimarães—, a los que se sumaron monjes y canónigos regulares. De una u otra forma, la iniciativa del rey portugués es coetánea a la del inglés Juan Sin Tierra y el francés Felipe Augusto en lo que se refiere al registro de la cancillería, aunque el Papado precedió a todos[17].

14. Las confirmaciones son una parte pequeña de las donaciones hechas en los reinados precedentes; lo percibirían con sorpresa los encargados de las *Inquirições* de su hijo Alfonso III, que «se habían admirado del elevado número de privilegios que no habían sido sometidos a la confirmación de Alfonso II, por lo que mantenían dudas de su autenticidad» (Id. *ibidem*, p. 234).

15. Id. *ibidem*, p. 233.

16. Las instituciones religiosas habían sido acusadas entonces de hacer «*pleitesías* [convenios] con los labradores y con los villanos para que les dieran un *foro* determinado cada año por heredades que son *foreras* nuestras (del rey)» (Id., *ibidem*, pp. 231-233)

17. Ese primer y aislado registro portugués va de noviembre de 1217 a octubre de 1221, e incorpora 190 textos íntegros. Para valorar su significado, conviene añadir que suma mucho más de los diplomas de los reinados anteriores conservados hasta hoy y, sobre todo, que ofrece un contenido muy variado (Id. *ibidem*, p. 211). Cabe una comparación instructiva con Castilla. De Fernando III se conocen unos 145 documentos desde el inicio de su reinado en el verano de 1217 a octubre de 1221. Hay que tener en cuenta que Castilla compartía con Portugal una intensa irradiación del poder regio, pero su extensión era como mínimo tres veces más grande. *Grosso modo*, la actividad conocida de ambas cancillerías durante el periodo aludido ofrece un valor principal de 4:1 a favor de la portuguesa.

1.2. *Navarra*

Como dato característico, el reino de Navarra ofrece los «fueros de unificación de pechas» —el nombre se lo dio José María Lacarra—, los cuales se extienden por todos los ámbitos del dominio real; tanto en valles y aldeas como en villas nuevas y pueblas, la monarquía estableció formas de tributación que simplificaban las prácticas anteriores, hacían más eficaces los procedimientos de cobro, e incrementaron los recursos del soberano[18]. El proceso se inició bajo Sancho el Sabio y alcanzó su apogeo en el reinado de Sancho VII. Rodeado de vecinos más poderosos, Sancho VI consiguió salir adelante gracias a la diplomacia y a sus iniciativas para potenciar las instituciones del reino y sus finanzas. Para incrementar sus rentas, comenzó instaurando un censo anual, individual y en metálico en las villas de población franca y en las que asimiló a sus franquicias. Se trata de casos aislados hasta los años 1180, pero la concesión del fuero de Vitoria (1181) podría considerarse el inicio de una nueva fase, ilustrada después en Antoñana, en las nuevas pueblas del Parral y del Arenal de Estella, la Población de San Nicolás de Pamplona, y en Villafranca. Entre los años 1192 y 1194, otras dieciséis comunidades al menos, sobre todo del noroeste de Navarra y del valle medio del Arga, obtuvieron su correspondiente carta. Este impulsó continuó bajo Sancho VII, durante cuyo reinado —en particular, hasta los años 1210—, se documentan treinta nuevas concesiones o confirmaciones que incluyen ciertos reajustes[19].

Además de su eficacia fiscal, podría pensarse que la tendencia a la unificación de pechas es una faceta de la unificación de estatutos de los súb-

18. L. J. Fortún Pérez de Ciriza, «Los "fueros menores" y el señorío realengo en Navarra (siglos xi-xiv)»: *Príncipe de Viana*, nos. 43 (1982), pp. 273-344 y 951-1036, 46 (1985), pp. 331-447, 47 (1986), pp. 603-673; los textos forales se editan en las tres primeras entregas, y la última está dedicada a su estudio. También en la zona del Alto Aragón fronteriza con Navarra parecen haberse dado medidas semejantes; pero la información resulta imprecisa (E. Piedrafita Pérez, *Las Cinco Villas en la Edad Media (siglos xi-xiii) Sistemas de repoblación y ocupación del espacio*, Zaragoza 2000, p. 209)

19. El ejemplo más notable de continuidad de la política y de su evolución, así como de sus particularidades comarcales, son los casos de Larraga, Artajona, Mendigorría y Miranda de Arga, con fueros datados entre 1193 y 1208. En esta fecha se redactaron de nuevo los tres primeros y se concedió el último; el conjunto forma los llamados «fueros de la Novenera». La coyuntura ayudó a que más adelante se siguieran desarrollando otras nuevas políticas. «La liquidez de la hacienda real, ayudada por favorables situaciones militares como la de 1212 y 1219-1220, se plasmó en concesiones de créditos, tanto dentro como fuera del reino, y en una muy notable reorganización del patrimonio real, que hizo numerosas adquisiciones y se concentró en torno a la rica zona de la Ribera tudelana» (Fortún, cit., 1986, p. 631).

ditos. En todo caso, el establecimiento de un monto global de la pecha –y no un censo fijo por unidad fiscal–, se consolida bajo Sancho VII. Aunque estaba presente en algunos de los últimos fueros de Sancho el Sabio –los de Artajona y Larraga–, es un signo de criterios de reparto del impuesto proporcionales a la riqueza, al mismo tiempo que ofrece otros elementos de reflexión[20]. «Es en las concesiones de pechas globales donde se introducen las mayores innovaciones –ha escrito Juan Carrasco–, [pues] se detecta una clara voluntad de simplificar los procedimientos extractivos, agrupando en el menor número posible los distintos conceptos tributarios [y] se incluyen ahora a núcleos urbanos de cierta importancia demográfica, casi todos ellos situados en la Navarra media»[21]. El contraste entre la elevada contribución que aparece en casos como los citados y la modesta cuantía exigida a los valles y otros lugares enfatiza las diferencias de población y riqueza, sugiriendo otros hechos. Larraga o Artajona testimoniaban un proceso de urbanización que no sólo seguía expresándose a lo largo del Camino de Santiago, mediante la fundación de nuevos barrios y pueblas, y de alguna villa como Viana, sino también a través de una colección de aglomeraciones del centro y sur del reino que poseían o estaban en condiciones de adquirir caracteres parecidos. Desde otro punto de vista, es significativo que la nueva fiscalidad regia sea considerada una *facies* de la llamada «revolución fiscal» de fines del siglo XII. Frente a la tradición que imaginaba a los reyes de la Casa de Champaña empeñados en desterrar desde su llegada en 1234 una variedad de impuestos en especie y prestaciones en trabajo de dudosa rentabilidad, el mismo autor valora que «el armazón del aparato hacendístico, integrado por amplio muestrario de

20. Juan CARRASCO PÉREZ, «Génesis de la fiscalidad de "Estado" en el reino de Navarra (1150-1253)»: *Iura Vasconiae*, nº 6 (2009), pp. 157-218. «El carácter normativo de los textos manejados no permite conocer cómo fue aplicado este sistema y su posterior gestión, cuya estructura inicial parece responder a criterios de eficacia recaudadora» (p. 186; el autor sugiere la necesidad de idear fórmulas de reparto, y que de esa costumbre nació la hacienda local, potenciada por las posteriores «estimas» o «tallas»). De los fueros de este reinado, 22 adoptan la fórmula de pecha global y sólo 8 la de censo individualizado (p. 187). Véase además, C. LALIENA CORBERA, «La conversions des cens agraires dans le domaine royal en Navarre (1180-1240)», en L. FELLER (ed.), *Calculs et rationalité dans la seigneurie médiévale : les conversions des redevances entre XI et XV siècle*, Paris 2009, pp. 253-268.

21. Id., *ibidem*, p. 189. «Esa pecha global, aplicada sobre el patrimonio o bienes de fortuna (muebles e inmuebles) del conjunto de esas poblaciones, incluye también la *cena*, el *carnaje*, la *novena*, las penas de homicidios y otras caloñas de menor cuantía» (p. 190); los ricoshombres que tenían «honores» del rey se beneficiaban de la mayor parte de tales contribuciones, que servían para sus «caverías» (es decir, para equipar y pagar a sus caballeros)

recursos de la hacienda real y sus mecanismos de gestión, fue diseñado a partir de la segunda mitad del siglo XII»[22].

A través del singular Iñigo de Gomazin, o de los Baldovín, francos de Tudela y Estella, la nueva gestión de los tributos también recuerda los casos anteriores. El «ejército de oficiales» que venía encargándose de percibirlos no podía ser controlado —del mismo modo que sucedía con los «mayordomos menores» del rey de Portugal, o con los «vegueres» del condado de Barcelona. En la práctica, la reorganización de la fiscalidad se asoció en todos los sitios con el inventario de los bienes y derechos del soberano, el diseño de una nueva estructura impositiva, y la sustitución de los administradores locales del patrimonio regio. Cuestión diferente es que los resultados no alcanzasen sus objetivos.

1.3. *Los reinos de León y Castilla*

Si la información resulta fragmentaria para los casos examinados, en los reinos de León y Castilla no proporciona más que indicios muy pequeños. Algunos elementos de la fiscalidad regia pasan por ser novedades en León y Castilla alrededor de 1200, coexistiendo con los que derivaban de un pasado que erosionó la soberanía del monarca menos que en otros sitios, o con los que provenían de al-Andalus y eran compartidos por otros de los reinos hispanos. Herencia andalusí fue la acuñación de moneda de oro, los monopolios de minas y salinas y de ciertas manufacturas, las aduanas y el cargo de Almojarife mayor de Castilla; la «fonsadera», el *petitum*, los «yantares» y «posadas» conmutados en el XII, son de tradición altomedieval, en tanto la «moneda forera» —establecida en León en 1202—, forma parte de las novedades, tal vez con la «martiniega»[23]. En conjunto, el peso de las

22. Id., *ibidem*, p. 191-192; cita de p. 192. El autor toma el concepto de «revolución fiscal» de Patrizia MAINONI, «A propósito della "rivoluzione fiscale" nell'Italia settentrionale del XII secolo»: *Studi Storici*, nº 44 (2003), pp. 5-42.

23. M. A. LADERO QUESADA, «Estructuras y políticas fiscales en la Baja Edad Media», cit., pp. 118-123. Esta valoración de la influencia islámica es aplicable a todos los reinos cristianos. Por otra parte, dos impuestos cuyo nombre aparece en el siglo XIII, la «martiniega» y la «marzazga», deben derivar de otros que el rey percibía en reconocimiento de su señorío, y tenían un carácter más simbólico que oneroso (C. ESTEPA DÍEZ, *Las behetrías castellanas*, Valladolid 2003, I, pp. 253-254). También la «moneda forera» ha sido jurídicamente considerada como una fórmula de reconocimiento del señorío regio, y la «martiniega», un avatar de las «infurciones» que tributaban los campesinos a sus señores (R. MORÁN MARTÍN, «*"Que quier el rey quisiere mudar moneda"*: Sobre potestad real, cortes y moneda forera», en E. FUENTES GANZO

tradiciones parece muy considerable, lo que no implica que tuvieran el mismo sentido; así, se enfatiza que la influencia del mundo islámico vino a reforzar —como ocurrió en Sicilia—, el sistema fiscal de la monarquía.

En todo caso, resulta llamativo que los impuestos siguiesen trayectorias paralelas en los dos reinos de León y Castilla en torno a 1200, como admiten los estudiosos; cabe explicarlo sin mayores dificultades para aquellos impuestos establecidos hasta 1157 —es decir, los anteriores a la separación de ambos reinos—, pero de hecho se extiende a todos los que se establecieron después, así como a la evolución del *petitum* y sus posibles consecuencias políticas[24]. Algo muy similar puede decirse de una pista mejor documentada y más fácil de seguir: el destacado papel que tuvieron los debates sobre el estatuto de los señoríos, ya a fines del siglo XI y, sobre todo, entre los años 1180 y 1230. Entre los tipos de señoríos se llegó a diferenciar el «realengo» y el «infantazgo» —vinculados a la casa real—, el «abadengo» del clero y más adelante de las órdenes militares, el «solariego» de la nobleza, y las *benefactorias* —de donde derivaron las «behetrías»—, asociadas igualmente con la nobleza, aunque mantenían una relación peculiar con los monarcas. Desde la época de Alfonso VI se rastrean conflictos y compromisos, cuya primera edición conocida se produjo en la curia de Villalpando (1089). Los reinados inmediatos conocieron una colección de episodios en que —de acuerdo con los testimonios conservados—, nobles y eclesiásticos pleiteaban contra el señorío regio, inductor o protector de la huida de campesinos bajo su amparo. En torno a los años 1180 se produjo un cambio relevante . En Castilla, la *cort* de Nájera (1185) estableció la prohibición de trasferir bienes de un señorío a otro de estatuto diferente. Algo parecido se atisba en el reino de León, con motivo de una primera curia celebrada en Benavente en 1181; esta directriz se consolidaría a través de las reuniones que se celebraron en la misma villa en 1202 y 1228; la última terminó por ser identificada como la que había fijado los mismos principios que regían en Castilla desde medio siglo antes. Conviene agregar las noticias que muestran a Alfonso IX de León ordenando levantar acta de las propiedades regias en varios sitios de León y Asturias y

y J. L. MARTÍN (dirs.), *De las Cortes históricas a los parlamentos democráticos. Castilla y León, s. XII-XXI (Actas congreso científico. Benavente, 21-25-X-2002)*, Madrid 2003, pp. 116-135). En relación con el significado del reinado de Alfonso VIII como inicio de un cambio sustancial del poder regio, y respecto al papel de la fiscalidad, véase además C. ESTEPA DÍEZ, «La monarquía castellana en los siglos XIII y XIV. Algunas consideraciones»: *Edad Media. Revista de Historia*, nº 8 (2007), espec. p. 95.

24. «Fue a partir del último tercio del siglo XII cuando tanto Fernando II y Alfonso IX de León como Alfonso VIII de Castilla reiteran el pedido y éste es el motivo esencial de las convocatorias de Cortes» (R. MORÁN, *op. cit.*, p. 126).

en dos momentos diferentes de su reinado (1197 y 1214)[25]. Paralelamente, Alfonso VIII practicaba pesquisas similares en el territorio de la Marina de Castilla[26]. En uno y otro caso, se trata de formas de actuar que recuerdan a las *inquirições* portuguesas. Pero, como se adelantaba, el conjunto de informaciones es tan reducido que no cabe extraer conclusiones de valor general; en todo caso, es visible que la tensión por el estatuto de la tierra alimentó iniciativas de reyes y señores para reforzar sus derechos respectivos, y que eventualmente se documentan intentos de modificar las estructuras fiscales y de hacer inventario de los bienes regios, todo ello orientado a garantizar los derechos del soberano.

2. El común protagonismo de villas y ciudades

Una colección de circunstancias, que van desde las propias fuentes y el estado de los estudios hasta las problematicas específicas de los reinos y territorios, el prescindir de reiteraciones o el sugerir similitudes y contrastes, aconsejan orientaciones diversas para presentar los casos de un hecho común: que los reinos de la Península compartieron un momento de particular desarrollo urbano durante el periodo 1180-1230. En función de lo cual, el discurso de las fuentes narrativas y su contraste con los diplomas y fueros, la necesidad de construir una frontera donde por tradición prima la incertidumbre, la intensidad de un proceso territorial o los diversos significados de un mismo término, se han tomado como hilos conductores en la exposición.

2.1. *Castilla y León*

Se viene destacando que muchos de los documentos que salieron de la cancillería de Alfonso VIII contienen «narraciones breves o muy breves» que «plantan decorados, enumeran acciones, [y] confirman desenlaces,

25. Sobre esta problemática, P. Martínez Sopena, «*Sicut iam fuerat iudicatum inter antecessores meos et suos*. Reyes, señores y dominios (1089-1228)», en E. Fuentes y J.-L. Martín (dirs.) *De las cortes históricas a los parlamentos democráticos*, cit., pp. 77-111.

26. Las pesquisas del realengo son materia de 1 de cada 5 documentos regios referidos a la actual Cantabria en tiempos de Alfonso VIII (se conservan unos 40; J. Á. García de Cortázar, «Cantabria en el marco del reino de Castilla a fines del siglo xii», en *El fuero de Santander y su época. Actas del Congreso conmemorativo de su VIII Centenario*, Santander 1989, pp. 50-51).

con obsesiva pasión por un solo héroe, el rey de Castilla»[27]. Predomina en ellos el recuerdo de las campañas militares que se saldaron con éxitos, como la toma de Cuenca y la victoria de Las Navas, o de aquellos acontecimientos que podían comportar prestigio para el soberano y su estirpe, como los acuerdos de paz y alianza, y el nacimiento o los esponsales de sus vástagos. Se podría decir que los documentos regios leoneses también contienen ese tipo de «datas históricas», nombre que han recibido tradicionalmente y que el énfasis en su carácter narrativo sustituye por el nombre de «microrrelatos». Puede deslizarse en ellos la noticia de la población de una villa, pero sólo eventualmente. Tales informaciones y el protagonismo que se atribuyó a los reyes deben buscarse en otros textos, entre los que resaltan las crónicas latinas escritas por grandes eclesiásticos de la primera mitad del XIII, numerosos fueros de compleja tradición textual, un número considerable de diplomas regios y negocios particulares, y ciertos parcelarios urbanos que sugieren todavía su traza original.

Uno de estos parcelarios es el de la villa de Aguilar de Campos, y se conjuga con diversas noticias diplomáticas. En torno a 1180-1181, Alfonso VIII de Castilla promovió la población de Aguilar. La villa todavía mantuvo por espacio de un decenio el nombre de *Castro Maior*, como se llamaba el teso que domina el caserío. Se trataba del centro de un territorio de origen altomedieval, una altura fortificada cuyas funciones vino a sustituir la nueva aglomeración. Varios documentos donde el rey aparece adquiriendo propiedades rústicas en el lugar y su contorno a señores laicos y eclesiásticos —y donde eventualmente expresa su intención de dotar con ellas al nuevo concejo—, sirve para fechar la iniciativa, que resulta ser coetánea del tratado de Medina de Rioseco, es decir, de un momento en que el acuerdo de paz firmado por castellanos y leoneses fue utilizado por unos y otros para reforzar sus fronteras. Sobre la ambigua línea fronteriza de la Tierra de Campos se hallaba Aguilar, así como las cercanas villas de Tordehumos y Peñaflor de Hornija. Las tres comparten cronología de fundación similar y, sobre todo, una traza urbana a base de calles perpendiculares, formando una retícula[28]. Aguilar de Campos, que en el siglo XIII tenía seis parroquias

27. A. ARIZALETA, «Topografía de la memoria palatina: los discursos cancillerescos sobre la realeza (Castilla, siglos XII-XIII», en J. A. FERNÁNDEZ DE LARREA y J. R. DÍAZ DE DURANA (eds.), *Memoria e Historia. Utilización política en la Corona de Castilla al final de la Edad Media*, Madrid 2010, pp. 43-58 (cita de p. 50).

28. Sobre las redes territoriales constituidas a base de nuevas pueblas y la tipología de su urbanismo, P. MARTÍNEZ SOPENA y M. URTEAGA (eds.), Dossier «Las villas nuevas medievales del Suroeste europeo. De la fundación medieval al siglo XXI. Análisis histórico y lectura contempo-

y cuyo alfoz se extendía sobre 150 km², no fue una de las aglomeraciones más importantes entre las villas de la banda castellana de la frontera, ni hay memoria de su posible carta foral[29]. Pero la mecánica de su desarrollo y su resultado urbanístico son semejantes a las de la banda costera del norte; la población de las villas marineras de Castro Urdiales y Laredo también llevó aparejadas operaciones de adquisición de tierras para dotar a los nuevos concejos.

Cuando escribía en los años 1230, el obispo Lucas de Tuy valoró el reinado de Alfonso VIII especialmente por sus «muchas y nobles pueblas», aunque sólo mencionase algunas de las que fueron establecidas en las fronteras meridionales (*populationes multas et nobiles fecit in regno suo, scilicet Plasentian, Beiaram, Moiam et alias multas quarum nomina longum est praenotare*), tras la conquista de Cuenca (1177), que parece ser el primer hito de un movimiento conquistador y colonizador de gran envergadura[30]. La precisión del cronista fue mucho mayor al exaltar la tarea

ránea. Actas de las Jornadas interregionales de Hondarribia (16-18 noviembre 2006): *Boletín Arkeolan*, nº 14 (2006-2009); para Aguilar de Campos, veánse espec. pp. 230-234.

29. Del mismo modo que tampoco la hay para Tordehumos; en cambio, Alfonso VIII concedió el fuero de Olmedo a Peñaflor de Hornija en 1205 (F. Pino Rebolledo (ed.), *Publicaciones del Archivo Municipal de Valladolid. Catálogo de los pergaminos de la Edad Media (1191-1393)*, Valladolid 1988, nº 2).

30. Entre los cronistas coetáneos, es el obispo Lucas de Tuy quien ofrece noticias más expresivas. Véase *Lucae Tudensis Chronicon Mundi* (ed. y est. E. Falque), Turnhout, 2003, p. 321. La fecha de fundación de las villas de Béjar, Plasencia y Moya —citadas en el texto, que se toman como ejemplo de villas nuevas del periodo además de las aludidas anteriormente—, presenta menos problemas que su tradición foral. La población de Plasencia se fecha en 1186-1188 y la de Béjar en 1209. La de Moya fue en 1210 —como recuerda la data histórica de un documento de este año—, y forma parte de la intensa dinámica pobladora que conoció la región de Cuenca después de su conquista. Hay vagas noticias de que Alfonso VIII otorgó fueros a las dos primeras localidades, pero las versiones extensas conocidas datan del último tercio del siglo xiii y remiten a la familia de los fueros de Cuenca; respecto a Moya, «se tiene noticia de la existencia de dos códices hoy perdidos» de la misma matriz (A. Mª Barrero García y Mª L. Alonso Martín, *Textos de derecho local español en la Edad Media. Catálogo de fueros y* costums *municipales*, Madrid 1989, pp. 147, 320 y 355). Algo semejante ocurre con la propia Cuenca, cuyo fuero es aún tema de discusión. Rafael Ureña, que lo estudió a comienzos del xx, lo dató en el siglo xii, pero argumentos jurídicos e históricos han movido a considerar su famoso fuero extenso como obra de mediados del siglo xiii; otra cosa es que en 1185 cierto uso fuera tenido por *foro in Concha* (A. Mª Barrero: «El proceso de formación del fuero de Cuenca», y J. González, «Repoblación de las tierras de Cuenca», ambos en *Anuario de Estudios Medievales*, nº 12 (1982) [Actas del I Simposio Internacional de Historia de Cuenca], pp. 41-57 y 183-204). Adoptando una perspectiva cultural, Amaia Arizaleta ha defendido que su prefacio en verso es un excelente ejemplo de la retórica de la cancillería real castellana en los años 1189-1190, y estima todo el fuero de esa fecha («Topografía de la memoria palatina…», cit.).

paralela de los reyes leoneses, hacedores de pueblas que se repartían por todos los confines, tanto en los países antiguos (en la lista se distinguen la Tierra de León y la de Zamora, el Bierzo, Asturias y Galicia), como en la Extremadura y la Transierra[31].

Para articular su relato y valorar otros episodios que el cronista no recogió, es oportuno enfatizar ciertos aspectos que la historiografía reciente ha considerado. Las villas nuevas marcaron las fronteras. De León con Portugal, como reflejan Tuy, Verín, Puebla de Sanabria y las poblaciones situadas entre los rios Águeda y Cõa que habían de pasar a soberanía portuguesa con el tratado de Alcañices (1297). De León con Castilla, a través de la Tierra de Campos, donde se hallan, además de las ya citadas , Cea, Mayorga, Villafrechós, Villalpando o Medina de Rioseco[32]. También data de esta época el reforzamiento de la línea del Ebro por castellanos y navarros a base de villas puestas en paralelo: Logroño, Navarrete y Haro frente a Viana, Laguardia y San Vicente de la Sonsierra...[33]. Además, hubo un gran número de villas nuevas en la orla marítima. En las costas del Cantábrico y del Atlántico menudean las villas en torno a 1200. Llanes en Asturias y las villas

31. El Tudense atribuye a Fernando II y Alfonso IX casi 30 poblaciones; no son todas las que se sabe promovieron, pero la nómina resulta expresiva. *Cepit igitur ex Fernandus ecclesias honorare et regnum suum populationes faciendo ampliare. Populavit siquidem in Extrematura Civitatem Roderici et Letesmam, in Transerra Granatam, in territorio Zamore Castrum Taraphe. In terra Legionis populavit Maioricam, Benaventum, Mansellam, Villarpandum et Coyancam* (luego precisa los límites de la Tierra de León: *Terra Leonis dicitur per flumen de Pisorga et per flumen Dorii et per montes Submontanorum…* (*Lucae*, *Chronicon Mundi*, cit., p. 317). *Rex autem Adefonsus multas populationes in regno suo fecit et eum valde ampliavit. Populavit namque in Gallecia Cluniam, Bayonam, Salvamterram, Villam novam de Sarriam, Melide, Triacastella. Milmanda et alias multas. Similiter in Asturiis multas populationes fecit. Populavit in Berizo Benevivere et Pontem ferratum. Populavit in terra Legionis Rodam, Ardon, Senabriam et alias plures. Populavit in Extremadura Mirandam, Monleon, Carpium, Montem regale, Galisteum, Salvamterram, Salvaleon et alia plura opida et castella ... Multa gloria regnum suum ditavit et muros urbium ab antiquis destructos honorifice restauravit* (Id., *ibidem*, p. 326-327). La extensión del fuero de Benavente —tal vez la primera de las villas promovidas por Fernando II (1167)—, a muchas de las fundaciones del norte del Duero, constituyó un hecho que homogeneizó la política regia y sería largamente recordado; véanse A. García Gallo, «Los fueros de Benavente»: *Anuario de Historia del Derecho Español*, nº 41 (1971), pp. 1143-1192, y J. Rodríguez Fernández, *Los fueros locales de la provincia de Zamora*, Salamanca 1990, pp. 86-100.

32. E. Portela Silva, *La región del obispado de Tuy en los siglos xii al xv*, Santiago de Compostela 1976; P. Martínez Sopena, *La Tierra de Campos Occidental. Poblamiento, poder y comunidad del siglo x al xiii*, Valladolid 1985; C. Reglero de la Fuente, *Espacio y poder en la Castilla medieval. Los Montes de Torozos (siglos x-xiv)*, Valladolid 1994.

33. I. Alvárez Borge, *Cambios y alianzas. La política regia en la frontera del Ebro en el reinado de Alfonso VIII de Castilla (1158-1214)*, Madrid 2008.

de la «Marina de Castilla» (Santander, San Vicente de la Barquera, Castrourdiales y Laredo), concurren con las primeras villas vascas (San Sebastián, fundación navarra, se incorporó a Castilla con la anexión de Guipúzcoa en 1200, y poco después se fundaba Fuenterrabía), así como muchos puertos gallegos, desde Ribadeo a Bayona pasando La Coruña y cuantas villas dominan una ría como propia[34].

Se ha indicado que en torno a 1200 aún continuaba la ordenación de las fronteras meridionales a base de constituir comunidades de «villa» o «ciudad y tierra» en la Extremadura y la Transierra porque la frontera no dejó de dilatarse. Una de sus facetas fue que la constitución de nuevas comunidades redujo la inmensa superficie de territorios que se habían atribuido las ciudades principales en los tiempos de Alfonso VI y de sus sucesores inmediatos. Así, Ciudad Rodrigo se constituyó por la sustracción a Salamanca de una parte de su territorio, e incluso obtuvo rango de sede episcopal, mientras la ya citada Plasencia, otra nueva sede episcopal, se desarrollaba a costa de la tierra de Avila (a poco, Béjar se formaría partir de la propia Plasencia)[35]. En espacios intersticiales que se encabalgan sobre las sierras centrales, aparecieron villas nuevas menores como Miranda del Castañar, que cuando se fundó era una posición leonesa situada cerca de la frontera castellana y de la almohade.

Pero muchas de las villas que nacieron en estos tiempos no se hallaban guardando una frontera, ni junto al mar. Por ejemplo, para llegar a Mansilla —cuyo fuero de 1181 es coetáneo a la población de Aguilar de Campos—, había que internarse en el reino de León, del mismo modo que para llegar a Herrera de Pisuerga, poblada por las mismas fechas, así como a Miranda, Frías o Medina de Pomar en Castilla. Es cierto que todas estas villas y otras como ellas se hallaban junto a importantes vías de comunicación terrestre —para el caso, el Camino de Santiago, o las rutas que remontando el Pisuer-

34. J. I. Ruiz de la Peña Solar, *Las «polas» asturianas de la Edad Media. Estudio y Diplomatario*, Oviedo 1981; Catálogo de la Exposición *Alfonso IX y su época.* Pro utilitate regni mei *[Palacio Municipal de exposiciones Kiosko Alfonso. Del 15 de julio al 7 de septiembre de 2008]*, La Coruña 2008

35. A. Barrios García, *Estructuras agrarias y de poder en Castilla. El ejemplo de Ávila (1085-1320)*, Salamanca 1983-1984, 2 vols.; L. M. Villar García, *La Extremadura castellano-leonesa. Guerreros, clérigos y campesinos (711-1252)*, Valladolid 1986; E. Ramírez Vaquero, *El fuero de Plasencia, I: Estudio histórico y edición crítica del texto*, Mérida 1987; J. L. Martín (dir.), *Historia de Salamanca II. Edad Media*, Salamanca 1997; J. M. Monsalvo Antón, «Frontera pionera, monarquía en expansión y formación de los concejos de villa y tierra. Relaciones de poder en el realengo concejil entre el Duero y el Tajo (c. 1072-c. 1222)»: *Arqueología y Territorio Medieval*, nº 10 (2003), pp. 45-126.

ga y el Ebro conducían de la Castilla agrícola a las montañas del norte y a la costa[36]. Todo lo cual denota que los poderes regios seleccionaron con cierto cuidado los emplazamientos. Su factor común fue que ofreciesen posibilidades de controlar un área relativamente extensa.

Las citadas villas del Ebro son casos significativos de la proyección de las nuevas aglomeraciones sobre el territorio a través de su respectivo fuero. Miranda, Haro y Frías conservan textos forales donde se reflejan los avatares de este tipo de normativa: es decir, su conservación a través de copias posteriores con indicios de interpolaciones, cuya literalidad e importancia aun no ha sido establecida. De todas formas, las fechas que les atribuye la hipótesis más consistente resultan verosímiles (1177 para Miranda, 1187 para Haro, y 1202 para Frías); como es habitual, esto no implica que nacieran en las fechas de referencia, sino que confirma una decisión superior, quizá negociada con el vecindario o las gentes de la comarca[37]. En los tres textos se otorga al concejo un vasto territorio. Mientras Miranda y Haro venían a repartirse los antiguos alfoces regios de Bilibio y Cellorigo (dos nidos de águila que habían sido los centros territoriales de la zona en la alta Edad Media), Frías recibió la jurisdicción de un vasto territorio de 300 km^2 —que corresponde a un espacio definido por la naturaleza, el valle de Tobalina. Del mismo modo que en el alfoz de Frías había docenas de aldeas que pasaron a la jurisdicción del concejo, otras aldeas compartieron las mismas circunstancias en los de Miranda o Haro. Los concejos de las villas recibieron lo que era patrimonio del monarca en ellos, así como el derecho a ejercer justicia y percibir tributos propios de la potestad regia.

Parece oportuno señalar que el desarrollo del poder concejil no fue sólo cuestión de las «villas nuevas»: afectó igualmente a las ciudades más antiguas. Los reyes concedieron a los centros más poblados y prestigiosos de sus reinos competencias similares a las que, por vía de fundación, se otorgaban a las nuevas aglomeraciones. León o Burgos son casos significativos. En 1196, Alfonso IX concedió a la capital de su reino un estatuto

36. M. Durany Castrillo, *La región del Bierzo en los siglos centrales de la Edad Media, 1070-1250*, Santiago de Compostela 1989; P. Martínez Sopena, «Repoblaciones interiores, villas nuevas de los siglos xii y xiii», en *Despoblación y colonización del valle del Duero, siglos viii-xx [IV Congreso de Estudios Medievales de la Fundación Sánchez Albornoz]*, León 1995, pp. 161-186; J. I. González Ramos, *Villas reales en el reino de León. Los procesos pobladores de Fernando II y Alfonso IX en la Tierra de León*, León 2008.

37. G. Martínez Díez, *Fueros locales en el territorio de la Provincia de Burgos*, Burgos 1982; J. M. Monsalvo Antón, «Los territorios de las villas reales de la vieja Castilla, ss. xi-xiv: antecedentes, génesis y evolución (estudio a partir de una docena de sistemas concejiles entre el Arlanza y el Alto Ebro)»: *Stvdia Historica-Historia medieval*, nº 17 (1999), pp. 15-86.

nuevo, influenciado por las experiencias recientes (del fuero de Benavente y de los fueros de las Extremaduras), que utilizaba un discurso poblador, reconocía la autoridad del concejo sobre el territorio urbano, y recortaba el poder de los tenentes. De suerte que en la ciudad regia dejó de existir el «alfoz de la ciudad» que había consagrado el famoso fuero del siglo XI, sustituido por el «alfoz del concejo»[38]. En ese cambio de titularidad se refleja el sentido de los cambios institucionales de la época.

El Tudense atribuye a los soberanos de ese tiempo otras iniciativas que guardan una relación estrecha con la política pobladora –y, desde luego, que hacen de ella una faceta de la profunda reestructuración política–, al tiempo que trasmiten la imagen de un gobierno beneficioso para la colectividad. En la Castilla de Alfonso VIII, el impulso a la construcción de nuevos o renovados muros en ciudades y villas (*civitates et castra*) se había cohonestado con la regia protección a la prole de los nobles fallecidos en el curso de las guerras que pespuntearon el periodo. Respecto a León, Lucas de Tuy destacaba la beneficiosa influencia de la reina Berenguela, que durante sus breves años como esposa de Alfonso IX había promovido, entre otras cosas, la restauración de las defensas de la capital y supo persuadir a su cónyuge para la mejora de los fueros y la remisión de los tributos que pesaban sobre los habitantes del reino. Pero, además, el monarca había organizado sabiamente el sistema judicial. La ventura de su época se resumía en la masiva renovación de las fábricas de las iglesias, que había sostenido sin incurrir en la prodigalidad de su padre[39].

38. C. Estepa Díez, «El realengo y el señorío jurisdiccional concejil en Castilla y León (siglos XII-XV)», en *Concejos y ciudades en la Edad media hispánica [Actas del II Congreso de Estudios Medievales de la Fundación Sánchez-Albornoz]*, Avila 1990, pp. 465-506; J. M. Monsalvo Antón «De los alfoces regios al realengo concejil en el reino de León (1157-1230). La territorialidad de las ciudades y las villas reales entre la cordillera Cantábrica y el Duero», en R. González (pról.), *El reino de León en la época de las Cortes de Benavente*, Benavente 2002, pp. 29-100; J. J. Sánchez Badiola, «El segundo fuero de la ciudad de León»: *Argutorio*, nº 14 (2004), pp. 22-25.

39. *Rex autem Castelle suas civitates et castra muris excelsis cepit fortiter munire* (*Lucae*, *Chronicon Mundi*, cit., p. 322). Se observa una pauta que las traducciones deberían tener en cuenta: el Tudense usó con bastante rigor los términos *castrum/-a* para referirse a las aglomeraciones fortificadas, por lo común villas nuevas (reservó *oppidum/-a* para destacar la importancia de alguna), y *civitas/-tes* para las sedes episcopales. No caben «castillo» o «fortaleza» por *castrum* u *oppidum*. Respecto a Alfonso IX de León, los siguientes párrafos son la base de lo que se ha comentado. [Berenguela de Castilla], *cum primo venit Legionem blandis precibus a viro suo rege Adefonso obtinuit, ut corrigeret mores et foros Legionensis civitatis et regni et gravamina relevaret. Hedificavit Regina Berengaria palacium regale in Legione ex lapidibus et calce iuxta monasterium sancti Ysidori et turres Legionis, quas rex barbarus quondam destruxerat Almanzor, ex calce et lapidibus similiter restauravit … Hoc tempore*

El fuero de La Coruña confiaba en que la villa sirviera para «utilidad del reino». Otros fueros leoneses de la época expresaron propósitos de la misma naturaleza mediante consideraciones sobre la obligación de los reyes de «acrecentar su reino» promoviendo *poblaciones* nuevas «para confundir a malvados y soberbios». Había que dar a cada una «buenos fueros», necesariamente puestos por escrito[40]. De este modo se expresaba una política de los monarcas dirigida a modificar la relación de fuerzas en el conjunto de los territorios del reino, que adoptó característica particulares según tiempos, espacios y circunstancias; no obstante, siempre latió en ella la voluntad de negociar y domeñar el peso político de la nobleza y de la Iglesia[41]. El cronista interpretaba que Alfonso IX —así como su padre y su primo

ampliata est fides catolica in Yspania, … tamen ecclesie regalibus muneribus ditate sunt in tantum, ut antique destrueretur ecclesie que magnis sumptibus fuerant fabricate, et multo nobiliores et pulcriores in toto regno Legionensi fundarentur… (*ibidem*, p. 326). *Nam adiuravit omnes iudices regni sui, ut non acciperent ab aliquo parvum vel magnum donum. Ipse quidem eis de suo herario omnes habundanter faciebat expensas, ne iudices propter dona perverterent iudicium et iusticia haberetur venalis* (*ibidem*, p. 336). La percepción de la época de Alfonso VIII como un periodo próspero y seguro, cuya metáfora son los pueblos nuevos, late también en algunos versos de la *Vita Didaci,* el poema dedicado al virtuoso magnate Diego Martínez que cabe relacionar con el ambiente cortesano: *Quadrantur lapides quos tollit in aera turris./ Tectorum struitur ordine vicus ibi,/ a quibus excludunt loca premunita timorem* [«Se escuadran las piedras, que una torre eleva en el aire/Allí se construye un vico con su hilera de tejados/ cuyas fortificaciones alejan el temor»] (Estrella Pérez Rodríguez, Vita Didaci, *Poema sobre el fundador de Benevivere. Estudio y edición crítica con traducción del Poema y de los diplomas relacionados*, León 2008, v. 667-669; traducción propia).

40. La fórmula aparece, por ejemplo, en el fuero de Laguna de Negrillos (hacia 1205), del que se conserva una versión romance (J. Rodríguez Fernández, *Los fueros del reino de León*, León 1982, II, nº 58). Todavía no se había convertido en un tópico en la carta puebla de Benavente de 1167; en ella se recuerda el fracaso de la primera «población» que Fernando II promovió hacia 1164, denunciando a quienes perturbaron la iniciativa en contra de la comunidad y del monarca: *et ideo renovo, quia fuerunt quidam vestri disturbatores et non mei amatores ad populandam [villam]* (J. Rodríguez Fernández, *Los fueros locales de la provincia de Zamora*, cit., nº 17).

41. P. Martínez Sopena, «Réorganisation de l'espace et conflits de pouvoir: Les "pueblas reales" au nord du Duero», en A. Rucquoi (dir.), *Genèse médièvale de l'Espagne moderne. Du refus à la revolte: Les résistances*, Niza 1991, pp. 7-20. Ni los monarcas desdeñaron el apoyo de estos poderes a escala regional, ni hubo líneas políticas inmutables. En este sentido, las pueblas costeras de Galicia son un caso de interés. Bajo Fernando II, «el rey valora la importancia del comercio y de los burgos y el enorme interés que tienen como recursos fiscales. Combina la fórmula del burgo sin concejo con la fórmula del concejo. Favorece el control de casi todos los centros comerciales marítimos por señoríos eclesiásticos en contra de los movimientos de los propios burgueses, con la máxima de amar y venerar a las personas sagradas. Sin embargo, la cesión de los pujantes centros comerciales a las sedes episcopales gallegas puede verse también como un medio de reducir la tendencia de la nobleza a patrimonializar las tenencias». Fue su hijo Alfonso IX quien, en cambio, estableció como ley común de las villas el fuero de

castellano—, habían tenido la ambición de «ampliar su reino». Quizá esto no significase tanto la expansión exterior como la interna, en la medida que el crecimiento del poder regio se asociaba con trasformar el señorío del rey mediante nuevas poblaciones, pueblas, villas, cada vez más estrechamente relacionadas con la constitución de fuertes concejos que se tenían por sus vasallos. En torno a 1230, las nuevas villas alcanzaron a ser los instrumentos del poder regio sobre los poderes territoriales al norte del Duero, mientras al sur controlaban prácticamente todo el espacio, conjugando su inmensa autonomía con su dependencia directa del rey.

2.2. *Portugal*

De acuerdo con el Tudense, Alfonso Henriques de Portugal compartió las virtudes y los objetivos de sus parientes leoneses. En concreto, la eficacia política y el valor militar, cuya práctica le había conducido a ensanchar su tierra de dos maneras: una, poblándola; la otra, conquistando, dando muerte a los musulmanes y fortificando los lugares para asegurar su dominio. De ello provino su fama[42].

En cambio, Don Lucas no mencionó a su hijo y sucesor Sancho I, el «rey poblador» de la historiografía portuguesa. Braganza está entre las villas que pobló; la iniciativa se fecha en 1187, a poco de acceder al trono después de una larga experiencia de ejercicio del poder. Braganza es un «acto deliberado de fundación», que evoca dinámicas ya examinadas. En el principio hubo un terreno especialmente adquirido para su emplazamiento, la heredad de Benquerença, que el monarca intercambió con el monasterio de Castro de Avelãs por varias aldeas, y que fue dotado de un término (las *terras* de Bragança y Lampadas). Pero la historia no está aclarada del todo: ¿Ciudad an-

Benavente, al tiempo que postulaba la creación de concejos realengos, sin dejar de atender a las situaciones locales. Por ejemplo, el fuero de La Coruña de 1208 concede además al concejo un territorio de 2 leguas alrededor de la villa —incluidas las aguas del mar—, prohíbe que los nobles puedan tener estatuto de vecinos y establece que los monjes de Sobrado renuncien a todo privilegio fiscal para disfrutarlo; el fuero implicó también el desmantelamiento del cercano «burgo» de Faro (F. López Alsina, «*Pro utilitate regni mei*. Las ciudades y la orla costera del Miño al Deva en el reinado de Alfonso IX de León», en Catálogo de la Exposición *Alfonso IX y su época*, cit., pp. 219-222).

42. *Lucae*, *Chronicon Mundi*, cit., p. 317: *Qui Adefonsus filius comitis Enrici fecit se regem Portigalie vocari, et qui strenuus fuit armis et bellicosus, ampliavit terram suam, partim de novo populando, partim Sarracenos occidendo et ab eis municipia capta muniendo et retinendo magnum sibi nomine adquisivit*.

tigua re-poblada? ¿Fue adquirida la citada heredad más tarde, como parte de una política de incrementar los recursos de la puebla, como en Aguilar de Campos y tantos otros sitios? La villa nació en un ambiente de frontera, todavía ambigua, siempre necesitado de recursos para defenderse. De ahí la preocupación por los muros, desde el comienzo, y también su menguada población, que quizá no pasó de los 200 vecinos en las mejores épocas —es decir, en torno al millar de habitantes. De ahí, también, un area intramuros reducida, de tres hectáreas, con una mancha de ocupación poco densa, cuyo esquema de *quarteirôes*, manzanas paralelas, es similar a los de otras villas coetáneas, como Viana, Monçao y Nisa. Además, la villa tenía un arrabal.

Luisa Trindade ha destacado que la carta puebla o *foral* de Braganza revela una política nueva, que se desarrolla a través de varias decenas de cartas pueblas donde «el encuadramiento de las poblaciones en núcleos urbanos directamente dependientes del monarca se volvía un instrumento fundamental en la afirmación y expansión de la autoridad regia, permitiendo, simultáneamente, poner freno a la expansión de tierras inmunes y atraer a las poblaciones a la órbita del rey». Fueron numerosas y eran por lo común aglomeraciones modestas, no obstante lo cual controlaban espacios comparativamente inmensos; pero, en realidad, todas esas características y su vinculación con el desarrollo del poder regio sugieren su gran parecido con las otras villas ibéricas, en especial con las de los reinos de León y Castilla. «Las ciudades constituyeron a partir de entonces —continúa— un aliado fundamental en el enfrentamiento con otros poderes instituidos, tanto más concurrentes cuando, como era el caso de Tras-Os-Montes, se trataba de regiones periféricas»[43].

Esto se concretó en una política de largo aliento, destinada a conformar una red de aglomeraciones comunicadas entre sí que fueran «capaces de funcionar como los factores de encuadramiento militar, administrativo, judicial y fiscal de zonas más o menos vastas». Merced a la multiplicación de villas, la organización del espacio en Tras-Os-Montes y las demás regiones del norte del Duero experimentó un cambio muy útil para fortalecer a la joven monarquía frente a los usos tradicionales: por un lado, definió fronteras inciertas con el reino vecino a base de un cordón de villas; por otro,

43. L. Trindade, *Urbanismo na composição de Portugal [Dissertação de Doutoramento na área de História, especialidade de História da Arte*] Coimbra 2009, p. 299. Se han conservado 58 cartas pueblas de Sancho I. Por otra parte, la autora sostiene razonablemente que la red de villas y ciudades portuguesas alcanzó su madurez política a partir de mediados del siglo xiii, esto es, en los reinados de Alfonso III y Don Dinis; es significativo que ambos monarcas promovieran también las *inquirições* más frecuentes y sistemáticas.

impuso la presencia del soberano en un área donde la aristocracia había ostentado secularmente una notable autonomía frente a los reyes leoneses —y quizá aspiraba a perpetuar la situación[44]. Al sur del Duero, las grandes similitudes entre las ciudades y villas de las Extremaduras (portuguesa, castellana y leonesa) proporcionaba otros marcos de relación a los reyes y las comunidades locales, como ha habido ocasión de señalar.

2.3. *Navarra*

Junto a la tradicional importancia de las aglomeraciones situadas sobre las rutas jacobeas, en los estudios recientes sobre la urbanización de Navarra se está valorando su sentido de proceso diseminado por casi todo el reino —desde el paralelo de Pamplona al sur—, sin que pierda protagonismo la monarquía, su gran impulsora[45]. De todas formas, los estudiosos toman como referencia una docena de aglomeraciones —a las que se agregan las que se integraron en Castilla en 1200—, y no dejan de destacar ciertas de sus particularidades. Una es que Pamplona ofrece una primera imagen de «ciudad episcopal»; se trata de la zona más antigua, que sera

44. A. Aguiar Andrade, « L'organisation de l'espace dans le nord du Portugal au Moyen Âge », en M. Bourin y S. Boissellier, *L'espace rural au Moyen Âge. Portugal, Espagne, France (xiie-xive siècle) Mélanges à l'honneur de Robert Durand*, pp. 89-112, cita de p. 104 La autora introduce otros útiles matices. En tanto las fundaciones del litoral atlántico cumplieron un papel de fiscalización del tráfico fluvial y marítimo, las villas nuevas fronterizas entre los ríos Miño y Limia, enfrentadas a una línea similar de villas leonesas, se asoció en un momento del xii a la posibilidad de extender hacia el norte las tierras de la monarquía portuguesa; véase como ejemplo Melgaço, una pequeña villa que en 1183 hizo poblar el rey Alfonso Henriques, otorgándole una versión del fuero de Ribadavia; junto a rudas normas penales, el texto incluye una notable lista sobre el trafico de productos comerciales (J. Marques (ed. y est.), *Os forais de Melgaço*, Melgaço 2003; A. Aguiar Andrade, «Afonso Henriques e a fronteira noroeste: contornos de uma estrategia», ahora en Id., *A Construção medieval do Território*, Lisboa 2001, pp. 75-86).

45. A. J. Martín Duque, «El fenómeno urbano medieval en Navarra», en J. Solórzano y B. Arízaga, El fenómeno urbano medieval entre el Cantábrico y el Duero. Revisión historiográfica y propuestas de estudio, Santander 2002, pp. 9-58; C. Jusué y M. Unzu, «Villas nuevas en Navarra (siglos xii-xiv). Proceso urbanizador», en P. Martínez Sopena y M. Urteaga (eds.), Dossier «Las villas nuevas medievales del Suroeste europeo», cit., pp. 139-161. Entre los trabajos ceñidos al Camino, J. Passini, *Villes médiévales du Chemin de Saint-Jacques-de-Compostelle (de Pampelune à Burgos). Villes de fondation et villes d'origine romaine*. Paris 1984,espec. pp. 15-57, y J. Carrasco Pérez, «El Camino Navarro a Compostela: los espacios urbanos (siglos xii-xv)», en J. I. Ruiz de la Peña (coord.), *Las peregrinaciones a Santiago de Compostela y San Salvador de Oviedo en la Edad Media [Actas del Congreso Internacional celebrado en Oviedo, 3-7 diciembre 1989]*, Oviedo 1993, pp. 103-170.

conocida como la «Navarrería» desde que se le yuxtaponen otros conjuntos suburbanos, no integrados entre sí ni con ella. Algo parecido muestra Estella, de modo que la expansión urbana del siglo XII adquiere en ambas aglomeraciones una diversidad espacial, jurídica y social que distingue más nitidamente que en otras áreas las fases y las condiciones del proceso, a la vez que propone identificar como sucesivas «villas nuevas» a los «burgos», «barrios» y «poblaciones» que van apareciendo.

En las primeras páginas ya se ha indicado que Vitoria, San Sebastián y las poblaciones de San Juan (o del parral del Rey) y del Arenal de Estella, más la de de San Nicolás de Pamplona datan los años 1180. El estatuto de la Población fue asimilado por la «Navarrería» antes de 1190 —un índice de la mejora de condiciones que el proceso fue incorporando—, mientras las últimas pueblas aparecían como apéndices del tejido urbano junto a las iglesias de San Lorenzo y San Miguel. La «villa nueva» de Tafalla es otra puebla como éstas, que se ordena alrededor de una parroquia nueva. Para entonces Sancho VI había poblado Laguardia (cuyo fuero data de 1164), San Vicente de la Sonsierra (1172), Larrasoaña (1174), Los Arcos (1176), Treviño (¿1181?), Antonaña y Bernedo (1182), Villava (1184), La Puebla de Arganzón y Villafranca (1191), más Labraza (1196). Por otra parte, también se ha indicado que los fueros de unificación de pechas sugieren que Artajona, Larraga o Mendigorría, donde no hay información similar, pudieron tener un papel similar en la misma época,

La pérdida de Alava y Guipúzcoa en 1200 —que puso bajo sobernía castellana a varias de las últimas villas citada y San Sebastián—, indujo a Sancho VII a hacer pueblas en la recortada frontera occidental, que fracasaron. En cambio, el periodo culmina con la fundación de Viana. En el año 1219, la aldea de ese nombre, situada sobre una loma que encaraba la frontera y la villa castellana de Logroño, se convirtió en villa. Formaba parte del cordel de plazas fuertes del Ebro, en línea con Laguardia y San Vicente de la Sonsierra. Su fundador juntó en este lugar a los habitantes de varias aldeas del contorno; a ellos se sumaron en sucesivas oleadas judíos, mercaderes y artesanos. La villa conserva las murallas del siglo XIII y recibió el fuero de Logroño/Laguardia. Entre otros asuntos, el fuero venía a regular la extensión de los solares, cuyo módulo todavía cabe reconocer —del mismo modo que los islotes de parcelas siguen definiendo las líneas maestras de un caserío de contornos geométricos[46].

46. Dos series de islotes rectangulares se cruzan en un ángulo de 20º. En el fuero se establecen parcelas de 23'40 por 5'85 m., es decir, una relación longitud-anchura de 4:1. Estas

En suma, lo largo de medio siglo se produjo un gran número de fundaciones en el más reducido de los reinos hispánicos –antes de 1200, en un momento de máxima expansión, no sumaría más de 14.000 km. Si deliberadamente se han enumerado las villas y pueblas conocidas o intuidas en este medio siglo y las previas, es para reflejar el dinamismo del periodo y su significado dentro de una evolución. Pues no se trata de una visión acumulativa. Tales fundaciones eran parte de un proceso iniciado un siglo atrás, que no se había interrumpido antes de 1219, y que se fue modificando a sí mismo a través de reajustes –jurídicos, sociales, morfológicos–, que no solo afectaban a las inciativas nuevas; también se proyectaron sobre las aglomeraciones anteriores.

2.4. *Aragón y los condados catalanes*

Aún no es posible establecer un balance completo del reino de Aragón, aunque sí cabe presentar los contrastes entre áreas de trayectoria histórica diversa –incluida Zaragoza, la nueva capital del reino[47]. Una de estas áreas es el Camino de Santiago y las comarcas próximas, en el noreste del reino. Después de una etapa de fundación de burgos por decisión regia durante la primera mitad del XII y coincidiendo con otra en que los señores promovían la concentración del hábitat en sus dominios, los monarcas promovieron en el valle del Aragón y las inmediatas Cinco Villas algunos burgos castrales de caracteres similares a los *castelnaux* de Gascuña. En este proceso, que vino a reordenar el poblamiento de la Canal de Berdún, se ha valorado principalmente su aspecto de estrategia para robustecer el poder regio. Tras Berdún, Puy Pintano y Puy de Mianos, Tiermas y Salvatierra de Escá testimonian en los primeros años del XIII cómo Pedro II proseguía la labor de sus antecesores. Es posible que otras aglomeraciones –Martes, Sigüés, Artieda–, tengan el mismo origen y cronología; todas ellas

medidas se acercan mucho al modelo principal de parcelario de hoy día (J. PASSINI, *op. cit*., pp. 45-49)

47. Los datos más significativos son el abandono del extenso arrabal de la Puerta Sinhaya/Cinegia a mediados del siglo XII y la fundación de la aún más extensa «puebla del Rey» o barrio de San Pablo a fines de la centuria; se trata de dos ejemplos de urbanismo planificado a base de calles perpendiculares, el primero de los cuales ha aportado perspectivas inéditas sobre la época taifa (R. BETRÁN ABADÍA, «Continuidad, proyecto y evolución urbana en Saraqusta (711-1118), y J. L. CORRAL LAFUENTE, «El urbanismo de Zaragoza entre los siglos XII y XV. La cristianización de la ciudad», ambos en J. J. DOMINGO FRAX, *Zaragoza, espacio histórico*, Zaragoza 2005, espec. pp. 62-69 y 76).

comparten emplazamientos en altura, urbanismo planificado y cinturón de muros. Por otra parte, los burgos de la época anterior se beneficiaron simultáneamente de nuevas concesiones forales, lo que también contribuyó a renovar el señorío del rey, pues favoreció su crecimiento en el tránsito del siglo XII al XIII[48].

Las pueblas regias también se aprecian en otras comarcas altoaragonesas, si bien en concurrencia con las señoriales. Berbegal, cuyo caserío ocupa un impresionante cerro entre Huesca y Monzón, recibió una carta-puebla, seguramente poco después de 1174, y en todo caso antes de 1236. Se trata de «buenos fueros» que contienen exigencias tributarias relativamente ligeras y atentas al modelo tradicional del 1/11. El casco urbano en espina de pescado muestra una traza semejante a la de otros lugares de la comarca como Angüés y Antillón, poblaciones señoriales de la misma época[49].

El sureste de Aragón ofrece una imagen distinta. A diferencia de la región suroeste —donde se hallan Calatayud, Daroca y Teruel—, en esta zona fracasó la idea de poblar bajo dependencia directa del rey como se había hecho en la Extremadura castellana; los monarcas debieron dejar la tarea en manos de las ordenes militares y de otras iniciativas particulares. Se conocen numerosas donaciones de Alfonso II a eclesiásticos y nobles, así como concesiones de cartas pueblas que los poderosos otorgaron para favorecer que se instalaran inmigrantes en las nuevas aglomeraciones, por lo común de tamaño modesto. Hacia 1170 culminó la ocupación sistemática del sureste de Aragón, y desde los años 1190, se multiplican las cartas de franquicias señoriales. La mayor parte de los núcleos de hábitat son de nueva planta y, bajo fórmulas diversas, muestran un parcelario de aspecto regular, que probablemente es herencia del siglo XIII. En cambio, algunos

48. C. Laliena Corbera, «La articulación del espacio aragonés y el Camino de Santiago» en *El Camino de Santiago y la articulación del espacio hispánico [Actas de la XX Semana de Estudios Medievales de Estella, 26-30 julio 1993]*, Pamplona 1994, pp. 108-110. C. Laliena Corbera y J. F. Utrilla Utrilla, «La formación del hábitat agrupado en el Pirineo central en los siglos XII y XIII: poder político y control social», en M. Berthe y B. Cursente (eds.), *Villages Pyrénéens. Morphogenèse d'un hábitat de montagne*, Toulouse 2001, pp. 113-122. E. Piedrafita Pérez, *Las Cinco Villas en la Edad Media*, cit., pp. 99-105, donde se examinan los casos de Luesia, Uncastillo y Ejea, tomando como elemento de referencia sus parroquias.

49. J. F. Utrilla Utrilla y C. Laliena Corbera, «Reconquista y repoblación. Morfogénesis de algunas comunidades rurales altoaragonesas en el siglo XII»: *Aragón en la Edad Media*, XIII (1997), pp. 5-40. Berbegal fue cabeza de un territorio del que dependía una comunidad de aldeas; en el siglo XIV obtuvo una feria anual de quince días y tenía asiento en las Cortes de Aragón.

concejos —entre los que sobresale Alcañiz— constituían aglomeraciones populosas, y disfrutaron de extensos términos asi como de una amplia autonomía[50].

Los condados catalanes ofrecen para esta época un panorama de gran interés[51]. La fundación de *vilanoves* por iniciativa de los soberanos en territorios adquiridos a los musulmanes en los decenios previos o en los condados de la casa de Barcelona, se entrelaza con la aparición de otras *vilanoves* y barrios, burgos o arrabales en la periferia de las antiguas ciudades del territorio —Gerona y Barcelona—, o dentro y fuera de los recintos de las repobladas en el siglo XII, como Tarragona y Lérida, e incluso con el dinamismo de las fundaciones recientes. De este modo, el término *vilanova* expresa tanto el crecimiento de una aglomeración dentro y fuera de sus muros como el nacimiento de un núcleo autónomo. Tanto en un caso como en otro, numerosos vestigios indican que las labores de planificación del hábitat fueron frecuentes. Por otra parte, el fenómeno concitó la colaboración o la competencia con otros poderes, de suerte que las iniciativas de los reyes, nobles, eclesiásticos y órdenes militares componen un cuadro complejo, metáfora del dinamismo y los conflictos del momento.

Así, la Barcelona de hacia 1200 conoció una floración de «villas nuevas» alrededor de los lugares de tráfico comercial (las del Mercadal, Santa María del Mar, Santa María del Pino y los *Arcs Antics*), y se sugiere que data de este momento una definición o remodelación de calles dedicadas a ciertos oficios y viales de entrada y salida. La *vila nova de l'Areny* de Gerona también aparece en el siglo XII avanzado. De la misma época es la urbanización del terreno que ocupara el foro de la antigua ciudad romana de Tarragona. En cuanto a Lérida, en el estrecho modelo de parcelario urbano de signifi-

50. C. Laliena Corbera y J. Ortega, «Villas nuevas y orígenes del poblamiento agrupado en el Bajo Aragón», en Martínez Sopena y Urteaga (eds.), Dossier «Las villas nuevas medievales del Suroeste europeo», cit., pp. 163-182. C. Laliena Corbera, *Sistema social, estructura agraria y organización del poder en el Bajo Aragón en la Edad Media (siglos XII-XV)*, Teruel 2009 (2ª ed.), pp. 33-84. A mediados del siglo XIII, Alcañiz experimentaba un intenso crecimiento; en la villa se había distinguido antes una zona cercada y más antigua a los pies del castillo señorial de la orden de Calatrava, y otra exterior en torno a la colegial de Santa María, área del mercado y la feria; fue entre 1240-1260 cuando se acometió la planificación regular de buena parte de este espacio. Además, la jurisdicción de Alcañiz se extendió a partir de estas fechas sobre un término de 1.100 km^2.

51. Hay dos obras de conjunto con enfoques distintos y complementarios, institucional y cartográfico. J. M. Font Rius, *Cartas de población y franquicia de Cataluña*, Barcelona-Madrid-Barcelona 1969-1971, 2 tomos/3 vols., y J. Bolòs, *Els origens del paisatge català. L'arqueologia del paisatge com a font per a coneixer la historia de Catalunya*, Barcelona 2004.

cativas zonas se ha interpretado su lotización entre los siglos XII y XIII. Las ciudades de Vic y Seo de Urgel, nacidas o renacidas alrededor de dos sedes episcopales de la alta Edad Media, conocen el mismo fenómeno.

Otras *viles noves* nacen en las mismas fechas en otros ambientes y por iniciativa regia. La política de Alfonso II en la Cataluña Vieja se concreta en dos realizaciones cercanas entre sí, de cronología similar (en torno a 1180), y que exigirán negociaciones con los habitantes del territorio. Una es Perpiñán, cuyo origen está en una *sagrera* o *cellera* –una pequeña aglomeración en torno a una iglesia. La otra, Puigcerdà, que sustituye a Ix, la antigua capital del condado de Cerdaña. En el Sur, el rey impulsó aglomeraciones cuya rigurosa planificación despierta el interés (Vilagrassa, Sarral), aunque entre ellas destaca Montblanc, situada en el punto donde confluían los caminos de Barcelona, Tarragona y Lérida. La población de Montblanc en 1163 marca el inicio de otra de las principales villas catalanas, después de un primer intento fracasado. Para nuestro interés, a la aglomeración nacida al pie del castillo se agregará en breve otra *vila nova*, situada alrededor del mercado.

3. Para concluir

Como se puede deducir del caso catalán y del conjunto de los casos estudiados, el nuevo concepto de señorío del rey no sólo dependió de una reorganización de la fiscalidad. Quizá por ello, no fue decisivo que fracasaran a corto plazo y en casi todos los sitios las medidas con que los monarcas pretendieron mejorar la gestión y el balance de sus recursos –a tenor de lo que muestran los textos o sugiere una colección de imágenes que no pasan de ser puntuales o muy fragmentarias. La coyuntura 1180-1230 también entrañó la aceleración de un proceso de *inurbamento* guiado por los monarcas y su entorno, que aseguró las bases del poder regio sobre un semillero de comunidades sociales organizadas de nuevo (incluso cuando el emplazamiento no era nuevo), reunidas al amparo de sus muros, relativamente populosas y de ocupaciones diversificadas, muchas veces provistas de medios para controlar la actividad de traspaíses de condiciones y dimensiones variadas: es decir, docenas de villas nuevas, muchos de cuyos nombres se han ido deslizando por estas páginas, dotadas de amplios territorios jurisdiccionales y órganos políticos propios, espacios agrícolas y ganaderos, mercados y derechos de control sobre las rutas de comercio. Paralelamente, las escasas ciudades que provenían de otros tiempos, las que habían sido conquistadas y los burgos y villas que habían nacido en

el último siglo, fueron incorporando una colección de cambios que iba de los ordenamientos jurídicos a la planificación urbana. Entre ellas los experimentaron Barcelona y Zaragoza, Pamplona y Estella, León o Lisboa, aunque el proceso se exprese de forma más rotunda en los escenarios de menor envergadura, las más de las veces villas habitadas por varios cientos o muy pocos miles de almas.

Este legado tuvo el doble significado de ser martillo y yunque en la trasformación de los sistemas fiscales que todos los reinos hispanos emprendieron conforme avanzaba el siglo XIII. Pero las consecuencias de este proceso ya se expresaban con ropajes variados antes de que finalizara el siglo XII. Dos imágenes permiten comprobarlo entre muchas otras. En el año 1188, el rey Alfonso VIII y el emperador Federico Barbarroja habían concertado el matrimonio de dos de sus vástagos, Conrado de Rothenburg y Berenguela de Castilla. La boda no llegó a celebrarse, pero se ha conservado la carta de arras, donde el padre de la novia ratificaba el juramento prestado por sus hombres en Seligenstadt, ante el emperador. Confirmando la jura, figuran algunos obispo , una decena de magnates y sobre todo, los vecinos «principales» de cincuenta ciudades y villas de su reino[52]. La otra imagen es muy poco posterior. En 1192 y en medio de sus ensayos por consolidar el señorío regio, Alfonso II de Aragón dirigió una importante carta sobre la paz de Dios a los catalanes, pues alude a sus súbditos desde Lérida a Salses. Como Bisson hace notar, el rey adopta un tono nuevo: en efecto, no solo apela a los prelados y gentes de religión, a los magnates y caballeros. Tambien lo hace *ceteris tam civitatum quam villarum probis hominibus et populo,* es decir, invita a la paz «a todos los demás, los prohombres y la gente común tanto de las ciudades como de las villas»[53]. Los signos de un nuevo reconocimiento político hacia los ambientes urbanos son manifiestos y se multiplicaran en adelante.

52. J. GONZALEZ, *Castilla en el reinado de Alfonso VIII*, Madrid 1960, II, nº 499).

53. T. N. BISSON, *The Crisis of the Twelfth Century,* cit., p. 570; traducción propia del texto editado por A.. I. SÁNCHEZ CASABON, *Alfonso II, Rey de Aragón, Conde de Barcelona y Marques de Provenza: Documentos (1162-1196)*, Zaragoza 1995, nº 577.

Innocenzo III (1198-1216). Visione di papato ed autorappresentazione

Agostino Paravicini Bagliani

La decisione di dedicare la *XXXVII Semana Medieval* di Estella al triennio 1212-1214 che «ha fatto l'Europa» richiama l'attenzione su avvenimenti e problemi assolutamente decisivi per la nascita di un nuovo quadro politico dell'Europa. Avvenimenti e problemi che cadono nel pontificato di Innocenzo III, il papa con cui si apre un secolo che nella storia del papato occupa uno spazio di notevole rilievo[1]. I papi che si sono succeduti tra Innocenzo III (1198-1216) e Bonifacio VIII (1294-1303) hanno consolidato la visione di papato che si afferma all'inizio della cosidetta «Riforma gregoriana»[2].

Se durante tutto il Duecento, il raggio di azione del papato ha coinvolto la maggior parte dei grandi problemi, intellettuali e religiosi, politici ed ecclesiastici, sociali ed economici della Cristianità, è anche vero che il

1. Il settimo anniversario dell'avvento di Lotario di Segni al pontificato ha dato vita ad una serie imponente di studi che hanno rinnovato, in parte, le nostre conoscenze su uno dei papi più importanti del Medioevo, che ho raccolto nel mio *Il papato nel secolo* XIII. *Cent'anni di bibliografia (1875-2009)*, Firenze 2010 (Millennio medievale, 83), v. l'indice, s.v. *Innocenzo III*, 761-62. V. in particolare J. C. Moore, *Pope Innocent III (1160/61-1216): To Root up and to Plant*, Leiden 2003 (The Medieval Mediterranean. Peoples, Economies and Cultures, 400-1453, 47); *Pope Innocent III and his World*, cur. J. C. Moore, Aldershot 1999; *Papst Innozenz III. Weichensteller der Geschichte Europas*. Interdisziplinäre Ringvorlesung an der Universität Passau, 5.11.1997-26.5.1998, cur. Th. Frenz, Stuttgart 2000; *Innocenzo III. Urbs et Orbis.* Atti del Congresso internazionale. Roma, 9-15 settembre 1998, cur. A. Sommerlechner, I, Roma 2003 (Miscellanea della Società romana di storia patria, 44. [Istituto storico italiano per il Medio Evo]. Nuovi studi storici, 55).

2. A. Paravicini Bagliani, *Il trono di Pietro. L'universalità del papato da Innocenzo III a Bonifacio VIII*, Roma 1996 (Argomenti di storia medievale. Studi superiori NIS, 299) (2a ed. 2001).

primo papa di quel secolo ha elaborato un programma di un'estrema densità a favore dell'affermazione della sovranità pontificia in termini di superiorità e di sovranità, ossia dei due elementi centrali del papato dei secoli centrali del Medioevo, ripensato e rimodellato a partire dal programma riformatore del papato che si impone fin dalla metà dell'XI secolo. Non mi riferisco qui alla sua azione politica nei confronti dei regni o alla sua lotta contro l'eresia albigese o alla sua complessa attività ecclesiale ma alla sua creatività metaforica, simbolica e di auto rappresentazione: una creatività che per intensità e densità non è attestata per nessun pontefice prima di lui e non può certo essere ignorata se si vuole ricostruire il panorama delle sovranità medievali intorno al 1200.

Titoli e metafore

Nel lontano 1064, Pier Damiani, nel suo trattato *De brevitate vitae pontificum Romanorum*, aveva definito il papa «vescovo universale» e «superiore in onore e dignità a tutti coloro che vivono in carne», «re dei re» e «principe degli imperatori»[3]. Il Damiani fu anche il primo ad applicare al papa il titolo di *Vicarius Christi* che fino allora era stato riservato all'imperatore quale rappresentante di Dio in terra[4]. Nel *De consideratione* (1145-1153), Bernardo va oltre: Cristo si è designato un unico Vicario, il papa[5]. Il titolo di Vicarius Christi entrò a far parte del linguaggio della cancelleria papale durante il pontificato del primo papa cisterciense, Eugenio III (1145-1153) ma fu Innocenzo III a riservare il titolo di *Vicarius Christi* esclusivamente al pontefice romano, accostandolo ancor più metaforica-

3. A. Paravicini Bagliani, *Il corpo del papa*, Torino 1994, 5-11.

4. In una lettera indirizzata a Clemente II nell'aprile 1047, Pier Damiani definisce il papa «Vicario di Dio» (ep. 26, *Die Briefe des Petrus Damiani*, ed. K. Reindel, Petrus Damiani, I, München 1983, 241: «Te enim omnipotens Deus vice sui in populo quodammodo cibum posuit...»). Nel 1057, scrive a Vittore II (1057) che Cristo disse personalmente al papa di averlo istituito suo Vicario (Ep. 46, *ibid.*, II, 41: «Ego claves tocius universalis Aecclesiae meae tuis manibus tradidi, et super eam te mihi vicarium posui, quam proprii sanguinis effusione redemi». Nell'opuscolo *Sul celibato dei sacerdoti*, dedicato a Nicolò II (1059-1061), Pier Damiani aggiunge che il papa «funge le veci di Cristo» (PL 145, 386; cit. M. Maccarrone, *Vicarius Christi. Storia del titolo papale*, Roma, 1952, 86: «Tu, domine mi, venerabilis papa, qui Christi vice fungeris, qui summo pastori in apostolica dignitate succedis...»).

5. Bernardus Claraevallensis, *De consideratione*, l. II, cap. VIII, 16, ed. J. Leclercq - H.M. Rochais, *S. Bernardi Opera*, III, Rome, 1963, 424: «Inde est quo altera vice instar Domini gradiens super aquas, unicum se Christi vicarium designavit, qui non uni populo, sed cunctis praeesse deberet».

mente a Cristo: «il papa è colui che è chiamato a "portare" o a "rappresentare" (*gerere*) la persona di Cristo»[6].

Secondo un'antichissima tradizione, i vescovi dovevano recarsi a Roma per effettuare una visita sulla tomba (*ad limina*) degli Apostoli Pietro e Paolo. Il secolare accostamento delle parole *ad limina* agli Apostoli incomincia ad evolvere intorno alla metà del secolo XII. Intorno al 1160, l'autore dell'anonima *Summa Parisiensis* insiste sul fatto che i vescovi devono compiere la loro visita annuale –alla Curia Romana– in comunione con il papa. Un altro passo decisivo viene compiuto da Uguccione nel suo commento al Decreto (1188-1191). Egli intende per *limina* «anche la Curia Romana, ovunque sia». Ovunque sia. Ciò significa là dove è il papa. Il papa è la Curia romana[7].

Innocenzo III non sembra essersi espresso sull'argomento. Parlando però di Pietro, Innocenzo III inserisce la funzione pontificia in una dimensione di universalità che è anche di natura spaziale: «Pietro presiede a tutte le cose in plenitudine e in latitudine: egli è infatti il Vicario di colui a chi appartiene la terra e tutto ciò che contiene e tutti quanti l'abitano»[8].

Già nel 1167, Giovanni di Salisbury aveva chiamato il cardinale legato Guglielmo di Pavia *membrum Ecclesiae Romanae*[9]. La metafora riappare in Ottone di Freising per il quale i cardinali sono i summa membra, che non devono staccarsi «dal loro capo», ossia dal papa. Anche per il biografo pontificio Bosone, i cardinali «aderiscono al loro capo come membra del suo corpo (*membra sui corporis*)». Innocenzo III è però il primo papa a servirsi di questa metafora corporea e chiama i cardinali *membra corporis*

6. PARAVICINI BAGLIANI, *Il corpo del papa*, 82-83.

7. M. MACCARRONE, «Ubi est papa, ibi est Roma», in Aus Kirche und Reich. Studien zu Theologie, Politik und Recht im Mittelalter. Festschrift für Friedrich Kempf zu seinem fünfundsiebzigsten Geburtstag und fünfzigjährigen Doktorjubiläum, cur. Hubert Mordek, Sigmaringen 1983, 371-82 (rist. in Id., *Romana Ecclesia, Cathedra Petri*, II, cur. P. Zerbi, R. Volpini, A. Galuzzi, Roma 1991 [Italia sacra. Studi e documenti di storia ecclesiastica, 48], 1137-56); J. GAUDEMET, «Ubi papa, ibi Roma?», in Roma fuori di Roma: istituzioni e immagini. Atti del V seminario internazionale di studi storici «Da Roma alla terza Roma», cur. P. Catalano, P. Siniscalco, Roma 1985, 69-80.

8. F. KEMPF, *Regestum Innocentii papae super negotio Romani Imperii*, Roma 1947 (Miscellanea historiae pontificiae, 12), 48 n. 18. E ancora: «Il papa è il plenipotenziario di Colui che regna sui re e governa i principi e da i regni a chi gli pare giusto» (Sermone per la festa di Gregorio Magno: PL 217, 517); «Il papa è il Vicario di Colui il cui regno non ha limiti» (PL 216, 1044); cf. PL 217, 552, 778-79.

9. W. J. MILLOR-C. N. L. BROOKE, *The Letters of John of Salisbury*, II, Oxford 1979, 432 n° 234: «[...] audivit et vidit Ecclesiae Romanae, cuius membrum est».

nostri: «siamo tutti (il papa e i cardinali) un solo corpo in Cristo». Il papa ricalcava un passo di S. Paolo che aveva affermato che «siamo membri del suo Corpo (di Cristo)». La frase dell'Apostolo riguardava tutti i cristiani. La formula di Innocenzo III creava invece una duplice identificazione che investiva esclusivamente la gerarchia della Chiesa romana: il corpo del papa, di cui fanno parte i cardinali, fa corpo con Cristo[10].

Tra l'XI e il XIII secolo il papa era diventato l'unico *Vicarius Christi*, ossia immagine vivente di Cristo in terra. Ed è per questo che, almeno dall'inizio del Duecento in poi, la celebrazione eucaristica del sommo pontefice si distingue da quella degli altri sacerdoti e vescovi della cristianità. Alla domanda «perché il pontefice romano comunicando osserva un'altra abitudine», Lotario di Segni, futuro Innocenzo III, dà la risposta seguente nel trattato *De sacro altaris mysterio*: «Il pontefice romano non comunica dove spezza l'ostia: egli infatti spezza l'ostia all'altare, ma comunica in cattedra; poiché Cristo spezzò l'ostia a Emmaus davanti a due discepoli; mentre mangiò a Gerusalemme davanti a dieci Apostoli»[11].

Verso la fine del secolo (1286), Guglielmo Durando approfondirà le riflessioni di Lotario di Segni, precisando: «Essendo Vicario di Cristo, il sommo pontefice è il capo di tutti coloro che vivono nella chiesa militante. Proprio perché rappresenta Cristo, il capo della Chiesa, in modo più perfetto e solenne, suole comunicare in un luogo più elevato (*sublimior*)»[12].

10. Per tutte queste fonti, v. PARAVICINI BAGLIANI, *Il corpo del papa*, 87-89. Su questa metafora, in generale, v. J.B. SÄGMÜLLER, *Die Thätigkeit und Stellung der Cardinäle bis Papst Bonifaz VIII. historisch-canonistisch untersucht und dargestellt,* Freiburg i. Br. 1896, 225. Durante quel pontificato la relazione *caput-membra* entra a far parte del linguaggio dei canonisti. Nella *Summa Et est sciendum (*1185 ca), «il termine di Chiesa Romana è preso *pro solo papa*, talvolta *pro capite et membris*, ossia per il papa e il collegio dei cardinali»; cf. F. GILLMANN, «Die Dekretglossen des Cod. Stuttgart hist. f. 419», *Archiv für katholisches Kirchenrecht*, 107 (1927), 224. Secondo J. LECLERC, «"Pars corporis papae". Le sacré collège dans l'ecclésiologie médiévale», *L'homme devant Dieu. Mélanges offerts au Père Henri de Lubac*, II, Paris 1964, 185, tra questo passo e l'evoluzione successiva (XIII secolo) vi sarebbe soltanto «plus de précision». Nella *Summa «Et est sciendum»*, i cardinali sono *membra (Ecclesiae)*, nel Duecento, invece, *pars corporis papae*. Non si tratta soltanto di maggiore precisione, ma di una distinzione fondamentale; v. anche W. IMKAMP, *Das Kirchenbild Innocenz' III. (1198-1216)*, Stuttgart 1983, 286.

11. Lotario DI SEGNI, *De sacro altaris mysterio libri sex*, l. VI, caput IX, PL 217, 911: «Quod Romanus pontifex alium in communicando morem observat... Romanus pontifex ideo non communicat ubi frangit, sed ad altare frangit et ad sedem communicat. Quia Christus in Emmaus coram duobus discipulis fregit; in Hierusalem coram undecim apostolis manducavit».

12. Guilelmus DURANDUS, *Rationale*, lib. IV, cap. 54: «Sicut summus pontifex est Christi Vicarius et caput omnium qui in Ecclesia degent militanti; ita Christum Ecclesiae caput, perfec-

Lungo questo medesimo arco cronologico, altri concetti e immagini che l'ecclesiologia dell'Alto Medio Evo aveva applicato alla Chiesa sono stati progressivamente trasferiti alla papa. Secondo il più alto rappresentate di questa metaforizzazione ecclesiale, Onorio Augustodunense, il corpus *Ecclesiae* è costituito da sette membri –occhi, capelli, denti, labbra, ginocchia, collo, le due spalle–, corrispondenti ai sette *ordines electorum*. Sono i sette membri della sposa (Chiesa), «lodati dallo sposo (ossia Cristo) perché seguono i precetti di Cristo»[13]. Nel trattato sui misteri della messa di Lotario di Segni, è il pontefice romano, rivestito degli abiti liturgici, che deve essere baciato in sette «parti del corpo» (bocca, petto, spalla, mani, braccia, ginocchio, piedi), in segno di riverenza. Lotario apriva così un ambito rituale che conoscerà in tutti gli ultimi secoli del Medioevo e ben oltre il Rinascimento uno sviluppo straordinariamente importante. Come ho dimostrato in altra sede, il sistema dei baci liturgici riservati al pontefice romano rinvia ad una sottile gerarchia che investe anzitutto i cardinali. E' una gerarchia che viene messa in evidenza a due livelli: da una serie di prescrizioni che riserva alcune tipologie di baci (petto, ginocchia) prevalentemente ai cardinali o da varianti nel ricorso ad un medesimo bacio liturgico (che si può o non si può dare e così via). In questo senso, il sistema dei baci liturgici al papa costituisce un osservatorio di grande interesse per la storia dei rapporti tra papato e cardinalato, perchè sono gesti rituali che –in termini di esclusività o di priorità– sono il riflesso di quella intimità ecclesiologica che lega il pontefice romano ai cardinali in seno al vertice

tius ac sublimius repraesentans, ad sublimiorem locum comunicare solet»; cf. IV, 52: «Summus Pontifex sicut Christi vicarius, et caput omnium praelatorum perfectius Christum repraesentat, congruum est, ut ipse non altari, sed in loco sublimiori communicet, ostendens, quod Christus etiam in sua humanitate perfectius et copiosus participat ineffabilia gaudia». S. Bonaventura, *Expositio in Psalterium*, ps. XXI, 26, *Opera omnia*, IX, Paris 1867, 182, aveva riassunto qualche anno prima il dibattito, affermando: «Christus in communi, et omnibus videntibus, passus est; unde Papa, quando sumit corpus Christi in Missa, sumit omnibus videntibus, nam sedens in cathedra convertit se ad populum».

13. Honorius Augustodunensis, *Expositio in Cantica Canticorum,* PL 172, 414: «Nota septem membra sponsae a sponso laudata, id est septem ordines electorum in Ecclesia. Qui sunt oculi, qui occulta perspiciunt; capilli, qui a vitiis plani foramen acus, id est portam coeli transeunt; dentes, qui improbos corrigunt; labia qui secreta Scripturae aperiunt; genae, qui de peccatis propriis vel alienis erubescunt; collum, qui vitalem flatum, vel cibes doctrinae praedicando aeterna gaudia administrant; duo ubera, docti in utraque lege de duobus populis». Su questi temi v. sopratutto M. L. Arduini, «"Rerum mutabilitas". Mondo, tempo, immagine dell'uomo e "Corpus Ecclesiae-Christianitatis" in Onorio di Ratisbona (Augustodunensis). Per la comprensione di un razionalismo politico nel secolo xii», in *L'homme et son univers au Moyen Age. Actes du septième congrès international de philosophie médiévale (30 août-4 septembre 1982)*, I, Louvain-la-Neuve 1986, 365-73.

della Chiesa romana e permettono di riviverla e di confermarla ritualmente e quindi istituzionalmente[14].

Come per il titolo di *Vicarius Christi,* il successo della formula *plenitudo potestatis*[15], destinata a diventare emblemetica per definire il potere papale dagli ultimi secoli del Medio Evo in poi, fu assicurato dall'entusiasmo con cui Bernardo da Chiaravalle l'aveva adottata e dall'approfondimento giuridico e dottrinale di Uguccio, che aveva fornito una definizione destinata a diventare classica. Nel 1198, fin dal primo anno del suo pontificato, Innocenzo III si serve del concetto di *plenitudo potesatis* in alcune sue lettere e subito i canonisti l'adottano. Nel corso del pontificato, le affermazioni innocenziane si fecero sempre più precise: «Gli altri Apostoli sono stati chiamati a dividersi il potere, ma Pietro è il solo ad essere stato chiamato a godere della pienezza. Io ho ricevuto da lui la mitra per il mio sacerdozio e la corona per la mia regalità; Egli mi ha stabilito Vicario di Colui sul cui vestito sta scritto: «Re dei re e signore dei signori, prete per l'eternità secondo l'ordine di Melchisedech»; «Il papa è il Vicario di Colui il cui regno non ha limiti»; «Pietro presiede ogni cosa nella pienezza e nella latitudine, poiché egli è il Vicario di Colui a chi appartiene la terra e tutto ciò che essa contiene e tutti coloro la abitano»; «Come nel corpo umano soltanto la testa possiede la pienezza dei sensi, di modo che gli altri membri partecipano della sua pienezza, così nel corpo ecclesiastico gli altri

14. Sui baci liturgici dovuti al papa, v. ora A. Paravicini Bagliani, «I baci liturgici del papa nel Medioevo», in «Come l'orco della fiaba». *Studi per Franco Cardini*, Firenze 2010 (Millennio medievale, 87), 533-44.

15. Sul concetto di *plenitudo potestatis* e la sua evoluzione, v. in particolare J. G. Bougerol, «La papauté dans les sermons médiévaux français et italiens», in *The Religious Roles of the Papacy. Ideals and Realities, 1150-1300*, cur. Christopher Ryan, Toronto 1989 (Papers in Mediaeval Studies, 8), 247-75; M. Pacaut, *La théocratie. L'Église et le pouvoir au Moyen Âge*, Paris 1957 (2.ª ed., Paris 1989 (Bibliothèque d'histoire du christianisme, 20); A. M. Stickler, «Das Verhältnis von kirchlicher und staatlicher Obrigkeit bei den Anagniner Päpsten (Innocenz III.-Bonifaz VIII.). Zum Interpretationsproblem ihrer Erkenntnisquellen», in *Justice et justiciables. Mélanges Henri Vidal*, Montpellier 1994, 105-17; Id., «Das *Privilegium Romanae Ecclesiae* in der Quästionensammlung des Oriel College (ms. 53) von Oxford», in *De iure canonico Medii Aevi. Festschrift für Rudolf Weigand*, cur. P. Landau, M. Petzolt = *StGrat*, 27 (1996), 547-57; A. Paravicini Bagliani, «Sacerdozio e regalità nel pontificato romano», in «Adveniat regnum». *La regalità sacra nell'Europa cristiana*, cur. F. Cardini, M. Saltarelli, Genova 2000, 185-97 (I sentieri dell'uomo, 1); M. Wettlauf, «Von der Reichskirche zur "Papstkirche". Revolution, Säkularisation, kirchliche Neuorganisation und Durchsetzung der papalistischen Doktrin», *ZKG*, 113 (2002), 355-402; *Plenitude of Power. The Doctrines and Exercise of Authority in the Middle Ages. Essays in memory of Robert Louis Benson*, cur. R. C. Figueira, Aldershot 2006 (Church, Faith and Culture in the Medieval West).

vescovi sono chiamati alla *pars sollecitudinis*, mentre il sovrano pontefice assume la pienezza del suo potere»[16].

Autorappresentazione

Accanto a questa ricca inventività di titoli e metafore, Innocenzo III sviluppa un'altrettanto intensa creatività iconografica, rivolta a sostenere le pretese universalistiche del papato.

Nella basilica di S. Pietro in Vaticano, Innocenzo fece restaurare l'antico mosaico della basilica. Il mosaico vaticano restaurato da Innocenzo III fu distrutto nel 1592, durante i lavori di realizzazione del progetto michelangiolesco di San Pietro. Si salvarono soltanto alcuni frammenti del mosaico: il busto di Innocenzo III, il tondo contenente una fenice e l'effigie dell'*Ecclesia Romana*. Al centro del mosaico era raffigurato il Cristo in trono benedicente, con ai lati san Pietro e san Paolo, inquadrati da due palme. Gli apostoli romani appaiono raffigurati in atteggiamento di acclamazione. Al di sotto dei piedi del Cristo erano le quattro fonti simboliche cui si accostavano due cervi; completavano la composizione varie scene di vita campestre. Nella zona del fregio era raffigurata la successione degli agnelli uscenti dalla città simbolica e convergenti verso l'Agnello ai lati del quale erano (con immagini relativamente piccole) Innocenzo III e la *Ecclesia Romana*. Innocenzo III fece anche sostituire l'iscrizione del IV secolo lungo l'orlo inferiore del mosaico con una nuova iscrizione che definiva la basilica vaticana «madre delle chiese», un titolo per il quale i canonici lateranensi avevano lottato da secoli e che veniva invece ora d'autorità riservato alla basilica vaticana.

Le figure di Innocenzo III (con il suo nome) e dell'*Ecclesia Romana* erano collocate in continuità strettissima con il Trono, in posizione verticalmente assiale rispetto al Cristo in maestà. La Chiesa Romana, raffigurata come una giovane donna, porta il vessillo con le Chiavi ed è incoronata come *imperatrix*. Anche il pontefice porta la tiara. Il fatto che le figure del papa e della Chiesa romana siano poste ai fianchi del Trono con l'Agnello, simbolo di Cristo, visualizza l'idea che il papa riceve la delega della Chiesa romana —attraverso il gesto feudale delle mani— non soltanto da Pietro, ma, attraverso Pietro, da Cristo stesso. La figura del papa riassume in sé la dignità sacerdotale e quella regale del Cristo. Il gesto delle mani stabi-

16. Paravicini Bagliani, *Il corpo del papa*, 83-84.

lisce inoltre una relazione immediata con la Chiesa romana. Nell'esercizio della «pienezza del potere» del papa, intesa nella sua duplice dimensione, ecclesiale (pallio) e temporale (tiara), il papa agisce su delega della Chiesa romana senza mediazione alcuna, perché il suo potere proviene in modo inequivocabile da Cristo (Trono/Agnello). Il mosaico offre un altro elemento iconografico relativamente raro: la fenice che scende, sdoppiandosi, nel registro più basso sulle palme più piccole poste alle spalle del pontefice e dell'*Ecclesia Romana*. La duplicazione è insolita, soprattutto se si pensa a contesti monumentali analoghi. La fenice investe ambedue le figure centrali, del papa e della Chiesa, serve cioè, probabilmente, a visualizzare l'origine divina dell'autorità papale, di origine cristica. La fenice era da secoli simbolo della risurrezione di Cristo. Ma la fenice è un uccello che si autogenera ed è dunque qui forse anche esempio di verginità e si applica bene all'Ecclesia, la «sposa» che Innocenzo III definiva «casta» nel suo già citato sermone[17].

Nel suo trattato sui misteri della messa, Lotario dei Conti di Segni, il futuro Innocenzo III ricorda che il papa deve rivestire paramenti rossi quando celebra il giorno della festa dei santi Pietro e Paolo (29 giugno) e paramenti bianchi nella festa della Cattedra di san Pietro (22 febbraio)[18]. Vestendosi di rosso e di bianco, il papa rivestiva che erano tradizionalmente i colori di Cristo, e dunque della Chiesa romana. Lo afferma con altre parole lo stesso Innocenzo III, nel sermone VI pronunciato al IV concilio Lateranense (1215): il papa è vestito di lino (ossia di bianco) perché in quanto sommo pontefice «deve attraversare la Chiesa universale»[19].

Il discorso inaugurato da Innocenzo III si farà sempre più intenso nel corso del Duecento. Verso il 1286, il grande liturgista Guglielmo Durando offrirà la più antica interpretazione simbolica della veste del papa, bianca e rossa: «Il sommo pontefice appare sempre vestito di un manto rosso all'esterno; ma all'interno è ricoperto di veste candida: perché il biancore significa innocenza e carità; il rosso esterno simbolizza la compassione [...] il papa infatti rappresenta la persona di Colui che per noi rese rosso il suo indumento»[20].

Anche sul piano iconografico si deve attendere il Duecento per riscontrare chiare raffigurazioni dei vestiti bianco e rosso del papa. Nell'affresco

17. A. Paravicini Bagliani, *Le Chiavi e la Tiara. Immagini e simboli del papato medievale*, Roma 1998 (2a ed. rivista ed ampliata, 2005) (La corte dei papi, 3), 43-55.
18. Lotario, *De myssarum mysteriis* I, 65: *PL* 217, coll. 801.
19. *PL* 217, coll. 676-677.
20. Guilelmus Durandus, *Rationale*, lib. III, cap. XIX, 18.

della cappella di San Silvestro presso la basilica dei Santi Quattro Coronati, il papa è rivestito del manto rosso e della tonaca bianca, decorata con un grande ricamo. Nel corso del Duecento, le rappresentazioni iconografiche del papa vestito di bianco e di rosso diventano rapidamente più frequenti, soprattutto verso la fine del secolo[21].

La morte di Innocenzo III a Perugia viene ricordata in un disegno a penna che viene conservato in un codice di Praga. In questo codice che risale all'inizio del Duecento, il papa, seduto sul trono, veste gli ambiti pontifici, compreso il fanone, ma non il pallio, i guanti e le scarpe. Sul capo porta la mitra. Con la destra benedice e nella sinistra tiene un libro chiuso. Alla destra del papa, un chierico tonsurato porta una croce processionale molto alta e fa un gesto con la sua mano destra. A sinistra, un accolito barbato tiene un ombrellino sul capo del papa. Un'iscrizione in inchiostro rosso, in esametri leonini, inquadra il disegno. La prima parte inizia con una definizione di Innocenzo III, «luce del mondo, guida, via». L'iscrizione ricorda, poi, che il papa, «che è ormai morto», «vedrà il fiore di Jesse [ossia Cristo]». Segue poi un rammarico: «Roma viene infatti privata dei funerali [del papa]», perché «ha prevalso la regia Perugia». La miniatura ci offre una straordinaria esaltazione del papa defunto, che ne enfatizza il ruolo di guida della Cristianità. Il rinvio al papa che «vedrà il fiore di Jesse» è più che un semplice riferimento alla risurrezione; è un accostamento del papa a Cristo[22].

Visioni geopolitiche

Come ho messo in evidenza in altra sede, Innocenzo III non parla mai di Europa nelle sue lettere[23]. Il fatto che Innocenzo III non citi mai la parola Europa nelle sue lettere non costituisce però di per sé una novità. Nessun papa tra Gregorio VII e Bonifacio VIII, ossia nessun papa del periodo in cui il papato è assurto ad una posizione dio centralità e di superiorità in seno alla Cristianità come mai prima di allora, non si riferisce mai all'Europa in termini geopolitica.

21. Paravicini Bagliani, *Le Chiavi*, 61-63.
22. Ibid., 87.
23. A. Paravicini Bagliani, «Il papato medievale e il concetto di Europa», in *Storia d'Europa* III *Il Medioevo, secoli* v-xv, cur. Gh. Ortalli, Torino 1994, 819-45 (rist. con aggiornamenti in Id., *Il potere del papa. Corporeità, autorappresentazione, simboli*, Firenze 2009 [Millennio Medievale, 78. Strumenti e studi, 21], 293-314).

Gregorio VII è infatti il pontefice romano che più di ogni altro suo predecessore ha rivolto un'attenzione continua ai regni scandinavi: Danimarca (*Danorum regnum*), Norvegia e Svezia (*Suetonum reges*)[24]. Ma Danimarca, Norvegia e Svezia non sembrano rientrare in un contesto geopolitico legato al concetto di Europa. Il regno di Norvegia si trova «quasi all'estremità dell'orbe», quello di Danimarca «é posto nelle ultime estremità della terra»[25]. Ciò che conta per Gregorio VII —ed anche per Innocenzo III— è la dilatazione della Cristianità, ossia una Cristianità potenzialmente illimitata geograficamente, un concetto questo che il papa approfondisce con la massima attenzione, ricorrendo persino a riferimenti geografici: «la legge dei pontefici romani raggiunse più terre di quella degli imperatori; il suono (della legge dei papi) si diffuse su tutte le terre, laddove imperò Augusto e imperò Cristo». *Omnis terra*, ossia assai più dell'Europa[26].

Ma tra Gregorio VII e Innocenzo III si assiste ad un'evoluzione importante in termini di visione geopolitica. Per Gregorio VII, la dilatazione della Cristianità si realizza mediante la sottomissione dei *regna*. Ciò vale anche per i sovrani dei regni geograficamente lontani da Roma. Il fatto che il re di Danimarca si trovi «nelle ultime estremità della terra»[27] non significa che il re non debba riconoscere la «santa Romana chiesa» quale sua madre. E' Cristo, «la cui dottrina risplendette sull'universo orbe», che ha «costituito l'autorità (del successore di Pietro) su tutti i regni del mondo»[28].

Innocenzo III farà un passo avanti. La dilatazione della Cristianità[29] non è soltanto di ordine geografico ma anche politico-sociale. Per Inno-

24. Che il termine di Europa non figuri in nessuna lettera di Gregorio VII è stato osservato per primo da O. Capitani, «Gregorio VII e l'unità d'Europa», *Aevum*, 60 (1986), 183-92 (184).

25. Paravicini Bagliani, «Il papato medievale e il concetto di Europa», 300.

26. *Das Register Gregors VII.*, I, Berolini 1930 (rist. München 1978), II, 75 (1075 aprile 17), ed. Caspar, 237-38: «Plus enim terrarum lex Romanorum pontificum quam imperatorum obtinuit; in omnem terram exivit sonus eorum et quibus imperavit Augustus, imperavit Christus« (a Sven II di Danimarca); cf. J. van Laarhoven, «*Christianitas* et Réforme Grégorienne», *Studi Gregoriani*, 6 (1959-1961), 83-86.

27. Reg. VII, 5 (1079 ottobre 15), ed. Caspar, 464: «licet in ultimis terrarum finibus positus».

28. Lettera di Gregorio VII a O'Briain, re di Irlanda (1074-1084), ed. H. E. J. Cowdrey, *The* Epistolae Vagantes *of pope Gregory VII*, Oxford 1972, 138 n° 57.

29. Sul concetto di *Christianitas*, v. J. Rupp, L'idée de Chrétienté dans la pensée pontificale des origines à Innocent III, Paris 1939; G. B. Ladner, «The Concepts of Ecclesia and Christianitas and their Relation to the Idea of Papal Plenitudo potestatis from Gregory VII to Boniface VIII», in *Sacerdozio a regno da Gregorio VII a Bonifacio VIII* (= Miscellanea historiae pontificiae, 18 [1954], 49-77 (rist. in Id., *Images and Ideas in the Middle Ages. Selected Studies in History and Art*, II, Roma 1983 [Storia e letteratura. Raccolta di studi e testi, 156], 487-515); M. Hélin,

cenzo III, la fusione tra *Ecclesia* e *Christianitas* è assai più chiara che nel periodo precedente. La Cristianità di Innocenzo III si identifica sia con l'*Eccclesia* nella sua accezione più ampia, sia con l'*orbis christianus*, un termine che designa l'insieme dei «popoli cristiani e dei regni». Per rifiutare l'affermazione di Giovanni Kamateros, secondo cui è Gerusalemme e non Roma ad aver diritto al primato, Innocenzo III ricorda che Pietro si imbarcò con Cristo sul mare di Tiberiade: ora, il «mare significa il mondo come dice il Salmista (103, 25)» e «designa il singolare privilegio del pontificato, grazie al quale ha ottenuto il dominio dell'universo orbe», e poiché molte acque

«Christianitas», *Archivum Latinitatis Medii Aevi*, 29 (1959), 229-37; Fr. Kempf, «Das Problem der Christianitas im 12. und 13. Jahrhundert», HJ, 79 (1960), 104-23; Id., «Die *res publica christiana* des Mittelalters und ihre Problematik», in Mittelalterliches in der Kirche von heute?, Würzburg 1962 (Studien und Berichte der Katholischen Akademie in Bayern, 21); P. Rousset, «La notion de Chrétienté aux xie et xiie siècle», Le Moyen Âge, 69 (1963), 191-203; J. A. Kemp, «A New Concept of Christian Commonwealth in Innocent IV», in *Proceedings of the Second International Congress of Medieval Canon Law*. Boston College, 12-16 August 1963, cur. S. Kuttner, J. Ryan, Città del Vaticano 1965 (Monumenta iuris canonici. Series C, Subsidia, 1), 155-59; G. Le Bras, «Unité chrétienne de l'Europe et pontifes d'Anagni (1198-1303)», in *Comunione intercclesiale. Collegialità. Primato. Ecumenismo*. Acta Conventus internationalis de historia sollicitudinis omnium ecclesiarum, II, Roma 1967, 587-605; W. Kölmel, «Regimen christianum». Weg und Ergebnisse des Gewaltenverhältnisses und des Gewaltenverständnisses (8. bis 14. Jahrhundert), Berlin 1973; R. Manselli, «Il Medioevo come *Christianitas*: una scoperta romantica. La *Christianitas* medioevale di fronte all'eresia», in Concetto, storia, miti e immagini del Medioevo, cur. V. Branca, Firenze 1973, 51-133; L. Prosdocimi, «Per la storia della cristianità medievale in quanto istituzione. Discorso di apertura», in *Le istituzioni ecclesiastiche della Societas Christiana dei secoli xi-xii. Papato, cardinalato ed episcopato*. Atti della V Settimana internazionale di studio. Mendola, 26-31 agosto 1971, Milano 1974 (Miscellanea del Centro di studi medioevali, 7), 3-18; J. Le Goff Jacques, «Le Concile et la prise de conscience de l'espace de la Chrétienté», in *1274 année charnière. Mutations et continuités*, Paris 1977 (C.N.R.S. Colloques internationaux, 558), 481-89; Id., «La perception de l'espace de la Chrétienté par la curie Romaine et l'organisation d'un concile œcuménique en 1274», in *Histoire comparée de l'administration: (ive-xviiie siècles)*. Actes du xive Colloque historique franco-allemand. Tours, 27 mars-1er avril 1977, cur. W. Paravicini, K. F. Werner, Zürich, München 1980 (Beihefte der Francia, 9), 11-16 (rist. in Id., *L'imaginaire médiéval*. Essais, Paris 1985 [Bibliothèque des histoires], 76-83); W. Kölmel, «Chiesa, cristianità, genere umano: riflessioni sull'autocomprensione della società medievale», CrSt, 5 (1984), 507-22; A. Melloni, *Interpretari ed addere Evangelio. Aspetti dei fondamenti biblici della Christianitas in Sinibaldo Fieschi/Innocenzo IV*, CrSt, 7 (1986), 239-64; Id., «Ecclesiologia ed istituzioni. Un aspetto della concezione della cristianità in Innocenzo IV», in *Proceedings of the Eighth International Congress of Medieval Canon Law*. San Diego, 21-27 August 1988, cur. S. Chodorow, Città del Vaticano 1992 (Monumenta iuris canonici. Series C, Subsidia, 9), 285-307; C. Leonardi, «La crisi della cristianità medievale», in *Microcosmi medievali*. Atti del Convegno di studio svoltosi in occasione della quindicesima edizione del Premio internazionale Ascoli Piceno. Ascoli Piceno, 15-16 febbraio 2002, cur. E. Menestò, Spoleto 2002 (Istituto Superiore di Studi medievali «Cecco d'Ascoli». Atti del «Premio internazionale Ascoli Piceno», n.s., 12), 3-8.

formano il mare, così Pietro, mettendosi in mare, «mostrò di accettare il potere su tutti i popoli»[30].

Se fin dall'epoca dei Padri della Chiesa, il ricorso al versetto biblico «tu li costituerai principi su tutta la terra» (Ps 44, 17) era tradizionalmente applicato ai vescovi, senza una loro connotazione politica. Innocenzo III preferisce ricorrere ad un altro versetto biblico (Jer I, 10) che diceva: «(Dio) ti ha istituito oggi su popoli e regni». La frequenza di questa citazione è sorprendente e non si spiega soltanto con il versetto sembrava giustificare interventi rivolti ad «estirpare, distruggere, disperdere»[31]...

Innocenzo III sviluppa dunque come mai prima di allora un concetto di Cristianità che lo pone al vertice di una piramide sociale oltre che ecclesiale. Come capo spirituale della Cristianità, egli possiede il potere supremo delle chiavi e può decidere l'esclusione o il reinserimento di una persona nel Corpo di Cristo. Il papa è *caput et fundamentum totius christianitatis*, ossia «necessità e utilità di tutto il popolo cristiano», ed è per questo motivo che i cristiani sono sottomessi alla sua autorità[32].

30. Reg. II, 200, *Die Register Innocenz' III.* I *1. Pontifikatsjahr 1198-1199* Texte, ed. O. Hageneder, A. Haidacher, Graz-Köln 1964 (Publikationen des Historischen Instituts beim Österreichischen Kulturinstitut in Rom. II. Abt. Quellen. 1. Reihe. Die Register Innocenz' III., 1), 382-89; per un commento v. H. Tillmann, *Papst Innocenz III.*, Bonn 1954 (Bonner historische Forschungen, 3), 260-61 (traduzione inglese, *Pope Innocent III*, Amsterdam 1980).

31. *Sermo* II, PL 217, 657 (trad. ital. Innocenzo III, *Sermoni* (*Sermones*). Prima edizione italiana a cura di Stanislao Fioramonti, praef. A. M. Erba, introd. O. Pasquato, Città del Vaticano 2006 (Monumenta. studia, instrumenta liturgica, 44); *Die Register Innocenz' III.* I 320, 345, 357, 376, 410, 412, 413, 429, 525, 526; II, 4, 167, 169, 188, 193, 211; e v. ancora (secondo la numerazione della PL): Reg. VI, 151, 163; VII, 112; IX, 130; XV, 189 (cf. *Die Register Innocenz' III.*, VI *6. Pontifikatsjahr: 1203-1204* Texte und Indices, ed. O. Hageneder, J. C. Moore, A. Sommerlechner, H. Weigl, Chr. Egger, Wien 1995 (Publikationen des Historischen Instituts beim Österreichischen Kulturinstitut in Rom. II. Abt. Quellen. 1. Reihe. Die Register Innocenz' III. 6); *Die Register Innocenz' III.*, VII *7. Pontifikatsjahr: 1204-1205* Texte und Indices, ed. O. Hageneder, A. Sommerlechner, H. Weigl, Chr. Egger, R. Murauer, Wien 1997 (Publikationen des Historischen Instituts beim Österreichischen Kulturinstitut in Rom. II. Abt. Quellen. 1. Reihe. Die Register Innocenz' III. 7); *Regestum Innocentii III Papae super negotio Romani imperii*, ed. F. Kempf, Roma 1947 (Miscellanea historiae pontificiae, 12), 9, n° 2; cf. Y.-M. J. Congar, «*Ecce constitui te super gentes et regna* (Jér. 1.10) in Geschichte und Gegenwart», in *Theologie in Geschichte und Gegenwart. Michael Schmaus zum 60. Geburtstag dargebracht von seinen Freunden und Schülern*, cur. J. Auer, H. Volk, München 1957, 671-96 (rist. in Id., *Étude d'ecclésiologie médiévale*, London 1983 [Variorum Reprints. CSS, 168]).

32. PL 214, 386, 470, 979; PL 215, 957; PL 216, 36; cit. J. A. Watt, *The Theory of Papal Monarchy in the Thirteenth Century. The Contribution of the Canonists*, London, 1965, 102 nn. 94 et 95.

Sarebbe possibile continuare a fornire altri esempi di questa straordinaria creatività metaforica, simbolica e di auto rappresentazione. Ciò che conta è la sua grande coerenza, perché ogni elemento costituisce un tassello di un mosaico che costituisce nel suo insieme una visione di papato incentrata su nozioni chiave del papato innocenziano: supremazia, universalità, centralità, in seno ad una Cristianità potenzialmente illimitata. E' anche tenendo conto di questa operazione metaforica, simbolica e di auto rappresentazione –la prima così complessa nella storia del papato e che sarà sorpassata per intensità creativa soltanto da quella di Bonifacio VIII, l'ultimo papa del secolo XIII– che si deve comprendere e interpretare l'intera azione politica ed ecclesiale di Innocenzo III, perché è sulla base di una concezione così forte del ruolo del papato in una *Christianitas* che si fonde con la *Ecclesia* intesa come società, che si possono comprendere sia la sua apertura a Francesco d'Assisi sia i suoi vari conflitti politici con i *regna* e soprattutto la sua rigida ed estrema lotta contro gli eretici.

La expansión de las asambleas representativas en los reinos hispánicos: una aproximación comparativa[1]

José Manuel Nieto Soria

1. Introducción: de un trienio a un largo tercio de siglo

El marco cronológico estricto en el que se sitúa el interés principal de esta nueva edición de la Semana de Estudios Medievales de Estella, el trienio 1212 a 1214, ya en sí mismo ofrece indicios apreciables de manifestaciones significativas y valorables desde la perspectiva que se me ha planteado por los organizadores: las asambleas representativas en el conjunto del medio peninsular. Sin embargo, limitarme a ese trienio hurtaría demasiados aspectos relevantes y referentes explicativos de algo que ha de situarse necesariamente en un proceso dinámico de más largo recorrido. En efecto, la consideración de las distintas expresiones de asambleas políticas y representativas, de lo que se da algún indicio en la Península durante el mencionado trienio, experimenta en dicho ámbito, y ya desde los años finales del siglo XII, una evidente tendencia a la recurrencia de manifestaciones, aunque ciertamente discontinua y ajena a cualquier indicio de periodicidad. Esto permite considerar la primera mitad del siglo XIII y, en particular, el primer tercio de esa centuria como una época de expansión de las asambleas representativas en los reinos hispánicos que obliga a valorar este hecho, tal como se produce durante esos años, como de una destacada importancia de cara a lo que será la consolidación y fijación de este tipo de fenómenos, según sucederá durante las décadas siguientes.

1. Este trabajo forma parte del Proyecto de Investigación financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación nº HAR2010-16762, titulado «Practicas de consenso y de pacto e instrumentos de representacion en la cultura politica castellana (siglos XIII al XV)».

En consecuencia, extenderemos nuestra atención a ese marco cronológico que podríamos enunciar como un largo primer tercio del siglo XIII, afirmando ya su importancia decisiva en la evolución del proceso considerado.

Desde el punto de vista espacial, no parece dudosa la pertinencia de una perspectiva comparativa ibérica que frecuentemente resulta soslayada para tantos temas. La justificación de tal óptica, en el caso de que fuera necesaria darla, bien puede provenir, entre otras razones, de que, a pesar de las evidentes diferencias que se observan en las manifestaciones que tienen lugar en esta época en los distintos espacios peninsulares con relación al sujeto que nos ocupa, acabarán alcanzando en todos los casos una expresión común, aunque terminológicamente exclusiva del caso hispánico, que se identifica con el término *Cortes*, como su expresión más acabada e institucionalmente más reconocible. Seguramente, la simple constatación de este hecho ya puede dar justificación por sí misma para que nos interroguemos sobre el impulso inicial que conducirá a esa realidad institucional bajo esa perspectiva peninsular.

En efecto, con relación a lo que acabarán siendo las Cortes, nos encontramos en la época considerada con toda una serie de manifestaciones que anuncian formas de actuación que hacen pensar en esa institución de las Cortes con anterioridad a su propia existencia. De este modo, se constatan procedimientos asamblearios que preceden a su propia institucionalización, pero que, al margen de cualquier forma de teolologismo siempre peligroso, suponen pasos decisivos para su propia existencia, haciéndose así patente, en este caso, lo que en alguna ocasión se ha dado en llamar «la institucionalización graduada»[2].

Se ha dicho repetidamente con razón cómo el problema del origen de los fenómenos parlamentarios está frecuentemente unido a cuestiones de índole terminológica, siendo en muchas ocasiones la utilización de determinada terminología lo que establece la frontera para situar una determinada cuestión bajo una óptica conceptual propiamente parlamentaria o no. Es por ello que resulta inevitable plantear un cierto recelo a la hora de hablar de asambleas representativas para la época considerada cuya simple evocación terminológica parece situarnos ya bajo una lógica propia de las instituciones parlamentarias. Es por ello que, tal como ya se ha hecho en algún caso, convenga actuar con cierta cautela que haga recomendable

2. Jesús LALINDE, «Las Cortes catalanas en la Edad Media», en *Las Cortes de Castilla y León en la Edad Media. Actas de la Primera Etapa del Congreso Científico sobre la Historia de las Cortes de Castilla y León,* II, Valladolid, 1988, pp. 453-462.

preferir expresiones como *«asambleas de corte»*[3], o de una manera más genérica y menos precisa, asambleas políticas.

Por otra parte, desde esta perspectiva terminológica, hay que tener en cuenta cómo la diversidad enunciativa de las propias fuentes primarias ha contribuido a crear no pocos equívocos y múltiples ambigüedades. Así, no faltan expresiones como *curia plena, solempnis curia, general cort*, en las que, más allá de su terminología específica, muchos historiadores han querido ver rotundas afirmaciones de formas institucionales típicamente parlamentarias o, al menos, anuncios ya muy tangibles de éstas[4].

Cuestión, en cualquier caso, clave y determinante para la consideración de este impulso de las asambleas políticas interpretable como anuncio del fenómeno parlamentario habrá de ser la participación en ellas de elementos no magnaticios. Es ahí donde, más allá de las discrepancias sobre cuándo se produjera la primera manifestación en cada caso de algún hecho de marcado perfil parlamentario, se revela una novedad verdaderamente determinante de la transformación institucional que haya de experimentar la actividad gubernativa en el seno de las monarquías medievales. Con esta participación de gentes de las ciudades, cuya primera expresión en el ámbito peninsular se reivindica para distintos acontecimientos[5], se rompería un perfil de asamblea típicamente feudal, tal como tradicionalmente se venía produciendo con especial continuidad en el marco de las curias reales y, en otros niveles, de las curias condales y nobiliarias, situándonos en un contexto que abre unas posibilidades inéditas hasta ese momento.

Bien es verdad que esa participación urbana ha sido aludida de muy distintas formas[6]. A la vez, la presencia de estas gentes de las ciudades no siempre respondió a un mismo significado político. Esto nos obligará a cuestionarnos el propio sentido de un concepto de representatividad aplicable a cada caso. Pero, en cualquier caso, la mera constatación de esta presencia toma una importancia determinante e incuestionable.

Establecidas estas cautelas iniciales, ya se pueden anunciar las que habrán de constituir las tres perspectivas de análisis aquí consideradas:

- Los factores de contextualización.

3. Luis González Antón, *Las Cortes de Aragón,* Zaragoza, 1978, p. 46.
4. José Manuel Cerdá, «La presencia de caballeros y ciudadanos en la Curia Regia y el origen de las asambleas parlamentarias en Inglaterra y los Reinos Hispánicos (siglos xii-xiii)», *Actas del II Simposio de Jóvenes Medievalistas*, Murcia, 2006, p. 15.
5. Ibíd., p. 13.
6. Ibíd., 15.

- Las peculiaridades evolutivas y de organización en los distintos espacios peninsulares (Aragón, Navarra, Castilla-León y Portugal).
- Las posibilidades interpretativas bajo perspectiva hispánica.

2. Algunas perspectivas de contexto

Tal como señaló Joseph R. Strayer, la aplicación de los procedimientos de representación en el campo político puede ser considerada como uno de los grandes descubrimientos en las prácticas gubernativas medievales[7]. La expansión del recurso a la representación como instrumento de gobierno formaría parte principal de un cambio esencial, que se observa en los modos de ejercer el poder en el tránsito del siglo XII al XIII, como consecuencia de la necesidad de los príncipes de producir acuerdo, de generar consensos y de integrar sectores más amplios en los procesos de decisión en una sociedad en expansión.

Además de esta necesidad de generar nuevos consensos, también se prestará mayor atención a la puesta en escena del proceso decisorio, aportándole una dimensión solemne que, por sí misma, contribuyera a proporcionar una imagen más evidente de una relación de acuerdo.

Si los papas en pleno siglo XII y, en particular, Inocencio III, ya en el siglo XIII, en plena apoteosis teocrática, habían asumido la iniciativa de reunir grandes reuniones conciliares generadoras de esa imagen de solemnización del consenso en torno a los nuevos proyectos del poder pontificio, bien podían plantearse los príncipes seculares por qué no seguir ese mismo camino, a menor escala, que tanto había contribuido a hacer más sólido el poder pontificio.

En consecuencia, no es de extrañar que, a la hora de abordar este tipo de cuestiones, en el contexto del tránsito del siglo XII al XIII, Thomas N. Bisson haya hablado de «conmemorar y persuadir»[8], de «un gran señorío de consenso»[9], o del «despuntar del hábito del consenso parlamentario»[10]. Tal como ha señalado este autor, «los reyes, los príncipes e incluso los potentados urbanos consideraron necesario implicarse a fondo en la relación

7. Así se ha señalado que «*Political representation was one of the great discoveries of medieval government*». Josepf R. Strayer, *On the Medieval Origins of the Modern State*, Princeton, 1970, p. 64.

8. Thomas N. Bisson, *La crisis del siglo XII*, Barcelona, 2010, p. 481.

9. Ibíd., p. 606.

10. Ibíd., p. 622.

con sus súbditos, dado que cada vez les resultaba más difícil persistir en el ejercicio del señorío arbitrario (...) Por pasos graduales, casi imperceptibles, descubriremos que el compromiso con las gentes, compromiso que comenzará asociándose con la celebración de asambleas, terminará dando pie a un proceso de identificación con ellas, dado que dichas asambleas estaban llamadas a dar expresión a unos intereses que ya no era incumbencia exclusiva del señor príncipe debatir. La posición jerárquica y la persuasión empezarán a competir no sólo con el señorío laudatorio sino también con la rendición de cuentas, con el desempeño de los cargos y con la aceptación de las metas sociales»[11].

A fines del siglo XIII y durante el siglo XIV, la fiscalidad y la regulación de los impuestos han sido destacadas como las motivaciones principales en el nuevo impulso adquirido por las asambleas representativas en toda Europa[12]. No puede decirse que estas motivaciones estuvieran ni mucho menos ausentes en la expansión experimentada por las asambleas políticas a fines del XII o principios del XIII, sin embargo, en la línea de lo que resaltaba de la postura de Bisson, fueron sobre todo las nuevas necesidades de legitimación del poder del príncipe y de su función como garante de la paz en contextos de crisis política lo que fomentó de manera prioritaria y particularmente determinante la expansión del recurso a las asambleas en Occidente, como en el espacio peninsular.

A fines del siglo XII, la función regia de garantizar la paz parece que se ha convertido en algo lo bastante complejo como para que el rey tienda a convocar asambleas mediante las que se asegure la colaboración necesaria. Lo que antes era una función, garantizar la paz, que se veía muy personalizada en el príncipe[13], ahora se interpretaba como el resultado de una reunión de esfuerzos de los que el rey se mostraba como símbolo eminente, impulsor y coordinador, pero no, desde luego, como responsable exclusivo. Así, las asambleas serán convocadas por los monarcas cuanto más acuciante se haga la preservación de la paz o cuando el recurso a la guerra se haga especialmente inminente e inaplazable[14].

Además, la convocatoria de estas asambleas debe considerarse de una manera particularmente significativa como expresiones de la importancia política de exhibir un poder ritual. Prestando atención a este poder ritual,

11. Ibíd., p. 485.

12. John WATTS, *The Making of Polities. Europe, 1300-1500*, Cambridge, 2009, pp. 233-234.

13. Jacques KRYNEN, *L'empire du roi. Idée et croyances politiques en France, XIIIe-XVe siècles*, París, 1993, pp. 36-42.

14. BISSON, p. 487.

el príncipe, a la vez que afirmaba su posición como cabeza del reino, agrandaba su perfil político al mostrar su predisposición a la negociación y al consenso. Los convocados podían ahora también hacer gala de su particular encumbramiento social y político, en tanto que partícipes en un cierto ejercicio del poder. Así, desde los comienzos de esta expansión del fenómeno asambleario, éste quedó asociado a una forma de práctica celebratoria[15].

Por otra parte, cada vez fue tomando un perfil más preocupante para los príncipes la inestabilidad de las acuñaciones monetarias en pleno proceso de expansión de los intercambios mercantiles. Además, muchas rentas pagadas por el campesinado tenían una expresión monetaria fija. En ese contexto, se tenía conciencia de que se multiplicaba rápidamente el número de monedas falsas en circulación o fuertemente adulteradas. Así, la necesidad de alcanzar amplios consensos sobre los problemas monetarios se convertirá en un motivo recurrente que favorecerá el impulso de las prácticas asamblearias[16].

Por otra parte, no resulta nada fácil comprobar la incidencia directa sobre este proceso de los referentes intelectuales, pero, cuando menos, resulta evidente la presencia de algunos de ellos en coincidencia cronológica con estas transformaciones políticas.

A pesar de la comprobación a mediados del siglo XII de un cierto concepto de *universitas* en Juan de Salisbury y su *Policraticus,* que ha hecho pensar en su posible aportación a la concepción corporativa; tal concepto se planteó en compatibilidad con un ideal de príncipe no dependiente de ninguna forma de limitación asamblearia[17].

El impulso de las prácticas representativas se ha vinculado, desde el punto de vista de sus fundamentos intelectuales, con el éxito de la expresión *quod omnes tangit debet ab omnibus approbari*. Ésta, como es bien sabido, se remonta a un pasaje del *Código de Justiniano* del año 531 referido, en realidad, a un asunto de derecho privado tocante al ejercicio de la tutela cuando hay varios tutores[18]. Se trata, por tanto, de un origen bien alejado de las transformaciones políticas que ahora nos interesan[19].

15. Ibíd., p. 626.

16. Véase al respecto: Jacques Le Goff, *Le Moyen Âge et l'argent. Essai d'anthropologie historique*, París, 2010. También: Bisson, p. 615.

17. P. Michaud-Quantin, *Universitas. Expressions du mouvement communautaire dans le Moyen-âge latin*, París, 1970, pp. 207 y ss.

18. *Código de Justiniano,* 5, 59, 5.

19. Antonio Marongiu, *Medieval parliaments. A Comparative Study*, Londres, 1968, pp. 33-37 y, más recientemente, Italo Marello Arecco, «La máxima "quod omnes tangit". Una

Sin embargo, la recuperación de esta expresión se produce con particular intensidad por parte de Inocencio III en el tránsito del siglo XII al XIII, tal como se pone de manifiesto en sus decretales. Así se da, de nuevo, otro indicio de la compatibilidad entre la teocracia pontificia y la posibilidad de formas de coparticipación en el ejercicio del poder bajo ciertas fórmulas de consenso y de representación. Será a partir de este uso pontificio, de su interpretación por los canonistas[20], así como de su proyección sobre la actividad conciliar, cómo acabará tomando importancia como principio inspirador de los derechos de representatividad en el marco de la práctica política, tal como, sobre todo, ha puesto de relieve Brian Tierney[21]. Por aquellas mismas fechas se producirá la constatación en textos hispánicos de expresiones como *quod omnibus de regno meo»* o *«cum electis civibus ex singulis civitatibus,* respecto a las cuales José Antonio Maravall no pudo evitar percibir un cierto eco de la máxima justinianea[22].

En la perspectiva historiográfica europea no ha faltado la atención a la posible conexión entre el proceso de expansión de las asambleas representativas y el nuevo papel que el concilio va a tener en el desarrollo de un pontificado de creciente perfil centralizador[23]. Jacques Verger puso de relieve en su análisis sobre la transferencia de modelos organizativos del mundo eclesiástico al estado, cómo fue en el marco de las instituciones eclesiásticas, en especial, mediante la experiencia conciliar a partir del siglo XII, cómo se manifestó la posibilidad de compatibilizar centralización y representación, produciendo un proceso de mutua interactuación[24]. La misma exigencia de participación colectiva que se quiso promover a través de los concilios lateranenses a favor de la lucha contra la herejía y del movimiento cruzadista podría encontrar su parangón en las nacientes

aproximación al estado del tema», *Revista de Estudios Histórico-Jurídicos*, XXVII (2005), pp. 163-175.

20. Yves M. J. Congar, «Quod omnes tangit ab omnibus tractari et approbari debet», *Revue de Histoire de Droit Français et Étranger*, 36 (1958) pp. 210-259.

21. Brian Tierney, *Foundations of the Conciliar Theory. The Contribution of the Medieval Canonist from Gratian to the Great Schism*, Cambridge, 1955 y, del mismo autor, *Church Law and Constitutional Thought in the Middle Ages*, Londres, 1979.

22. José Antonio Maravall, «La corriente democrática », p. 175.

23. Antony Black, *El pensamiento político en Europa, 1250-1450*, Cambridge, 1996, pp. 256-257.

24. Jacques Verger, «Le transfert de modèles d'organisation de l'Eglise à l'État à la fin du Moyen Age», en *État et Eglise dans la genèse de l'État moderne*, edic. de J.-Ph. Genet y B. Vincent, Madrid, 1986, pp. 34-35.

asambleas representativas de los príncipes en la salvaguarda de la paz del reino[25].

Esta es una cuestión, en cambio, que apenas ha tenido presencia a la hora de establecer conexiones con la evolución de las asambleas políticas en la Península. Más allá de la mera hipótesis sobre la afectación del caso hispánico por estas experiencias acaecidas en el campo eclesiástico, la consideración de los prelados hispánicos presentes en el III y IV concilios de Letrán obligaría a pensar en que su experiencia acabase trascendiendo a las curias regias hispánicas, de las que muchos formaban habitualmente parte[26]. Baste señalar que en el III Concilio de Letrán estuvieron presentes hasta catorce obispos peninsulares[27] y en el IV, veintitrés[28], entre los que se encontraban los prelados de mayor perfil político.

3. Las asambleas políticas en los reinos peninsulares

La convocatoria de asambleas políticas en los reinos peninsulares en las primeras décadas del siglo XIII se produce bajo cadencias cronológicas distintas y en respuesta a circunstancias políticas diferentes, lo que contribuirá a determinar realidades institucionales particulares.

3.1. *La corona de Aragón*

Abordar el proceso de expansión de las asambleas políticas con carácter previo a la existencia de las Cortes propiamente dichas en el contexto de la Corona de Aragón plantea dificultades específicas. Éstas son, sobre todo, resultado de la presencia de dos tradiciones o experiencias distintas.

Una experiencia, la propiamente aragonesa, conectaría ese proceso de expansión de las asambleas representativas previas a la institucionalización de las Cortes con la transformación de la curia regia resultante de las nue-

25. Ibíd., p. 37.

26. Antonio García García, «El IV concilio de Letrán y la Península Ibérica», en *Iglesia, sociedad y derecho*, Salamanca, 1987, pp. 187-208. El mismo autor ha llamado la atención sobre la importante presencia hispánica en el IV concilio de Letrán, en compatibilidad, no obstante, con la escasa difusión manuscrita de este concilio en la Península, Antonio García García, «Concilios y sínodos en el ordenamiento jurídico del reino de León», *El reino de León en la alta Edad Media*, I, *Cortes, concilios y* fueros, León, 1988, p. 459.

27. Raimunda Foreville, *Lateranense I, II y III*, Vitoria, 1972, p. 287.

28. Raimunda Foreville, *Lateranense IV,* Vitoria, 1973, p. 213.

vas demandas políticas. La otra experiencia, vinculada a la evolución propia del espacio catalán, estaría vinculada al precedente inmediato de las asambleas de paz y tregua.

En el caso del reino de Aragón, hay que tener en cuenta el legado historiográfico de la obra de Jerónimo Zurita, que aplicó la denominación de Cortes para referirse a actos de consejo en el marco de la curia regia con exclusiva participación aristocrática y para fechas tan tempranas como 1134, refiriéndose, en este caso, a las que tuvieron lugar en Borja[29], o 1164, en Daroca, o en 1196, para otras celebradas en Huesca, entre otras manifestaciones del siglo XII. Para ellas, además de otorgar tal denominación, reivindica, lo que acaso sea aún más importante e ilusorio, la presencia de procuradores de las ciudades[30]. En cualquier caso, parece evidente el criterio anacrónico bajo el que Zurita aplica la denominación de Cortes a acontecimientos ajenos al sentido y la cronología comprobable de tal institución, con repecto a los cuales aplica formularia y repetidamente una descripción en la que se señala cómo el rey aragonés «mandó llamar los ricos hombres, mesnaderos y procuradores de las villas y lugares de Aragón».

29. Jerónimo ZURITA, *Anales de la Corona de Aragón,* edic. de A. Canellas López, I, Zaragoza, 1976, libro I, cap. LIII: *«Y siendo convocados a cortes en Borja los ricos hombres, mesnaderos y caballeros y procuradores de las ciudades y villas para tratar de la elección, teniéndose por cierto que sería don Pedro de Atarés elegido, dos ricos hombres que allí se hallaron que decían Pedro Tizón de Cuadreita y Pelegrín de Castellezuelo, que eran -como el arzobispo don Rodrigo escribe- mucha parte en el reino, temiendo su regimiento y gobierno si viniese en su persona, por ser hombre muy elevado y de gran punto, que son calidades que aborrece el pueblo, y porque eran de bando contrario, les persuadieron que sobreseyesen en la elección diciendo que era hombre muy soberbio e insolente (...) A estas cortes vinieron los navarros para tratar de la elección, con voluntad y propósito según escriben, de concurrir a la nominación de don Pedro de Atarés. Pero no siendo tan bien recebidos dél como ellos quisieran, tuvo don Pedro Tizón forma cómo más indignarlos; y por entonces se alteró la determinación que tenían de eligirlo por rey, y quedó remitido para las cortes que sobre ello se habían de tener en Monzón».*

30. Ibíd., libro I, cap. IV: *«Luego, según en aquella historia antigua se dice, mandó llamar los ricos hombres, mesnaderos y procuradores de las villas y lugares de Aragón para que se ayuntasen a cortes en la ciudad de Huesca. En ellas propuso una cosa de burla y bien de reír -según este autor escribe-: que quería mandar fundir una campana que se oyese por todo su reino; y un día señalado teniendo en su recámara gente de quien se confiaba, dióles orden de lo que debían hacer. Y llegando cada uno de los ricos hombres de quien el rey se quería asegurar para su venganza, le mandaba pasar adelante hasta que daba en manos y poder de los suyos; y desta manera fueron presos y muertos quince de los más principales ricos hombres y mesnaderos de Aragón, que fueron éstos: Lope Ferrench de Luna, Ruy Jiménez de Luna, Pedro Martínez de Luna, Fernando y Gómez de Luna, Ferriz de Lizana, Pedro de Vergua, Gil de Atrosillo, Pedro Cornel, García de Vidaure, García de Peña, Ramón de Foces, Pedro de Luesia, Miguel Azlor y Sancho de Fontova».*

Más allá de este exceso terminológico y conceptual de Zurita, la incorporación de representantes de las ciudades se constata en determinadas reuniones de la curia regia relacionadas al principio con acontecimientos de significación singular en la vida política del reino. Se trata de manifestaciones en las que la excepcionalidad de las circunstancias parece exigir de un compromiso mayor por parte del conjunto del reino, lo que se traducirá en la llamada a la curia de miembros ajenos al estamento aristocrático. Estaríamos en estos casos, tal como los que se dan a partir del acto de jura de Jaime I en 1214, ante manifestaciones del deber de consejo, una fase, por tanto, previa a lo que representará propiamente el espíritu de las Cortes aragonesas, como expresión de un derecho de consejo, participación y representación de los distintos estamentos. Esto último nos situaría en un escenario claramente posterior al que aquí nos interesa, y que seguramente habría que remitir al comienzo de la *Unión* en 1283, sin que se puedan obviar eventuales indicios previos, ya durante el reinado de Jaime I, de una actividad de participación y representación por parte de las ciudades que anuncia evoluciones futuras[31].

En el caso catalán, se ha puesto de relieve la posible influencia determinante en el origen de las cortes catalanas de las asambleas de *pau i treva,* que podrían haber actuado como precedente directo de la *cort general*[32], completándose esta transformación durante el reinado de Jaime I[33]. Así, no es de extrañar que se haya llamado la atención sobre la continuidad de algunos de sus usos terminológicos[34].

En opinión de Thomas N. Bisson[35], podría afirmarse que es posible reconocer los orígenes de unas Cortes de Cataluña como una asamblea re-

31. Véanse consideraciones a este respecto en: Esteban Sarasa Sánchez, *Las Cortes de Aragón en la Edad Media*, Zaragoza, 1979, pp. 30-31.

32. Un contexto general del problema en: Jaume Sobrequés i Callicó, *El pactisme a Catalunya*, Barcelona, 1982. Un análisis más específico en: Gener Gonzalvo i Bou, «Le assemblees de Pau i Treva i l'origen de la Corts General de Catalunya, en *Les Corts a Catalunya. Actes del Congrés d'Història Institucional*, Barcelona, 1991, pp. 71-78.

33. *«Certament, durant el regnat de Jaume, podem assistir a una fusió del que serien les reunions de la Cúria reial i de las assemblees de Pau i Treva, tot constituint el que seria una Cúria o Cort general que legislava sobre diverses matèries, caa cop més àmplies i diversificades».* Gener Gonzalvo i Bou, *Les constitucions de Pau i Treva de Catalunya (segles xi-xiii)*, Barcelona, 1994.

34. Flocel Sabaté i Curull, «Corona de Aragón», en P. A. Porras Arboledas, E. Ramírez Vaquero y F. Sabaté i Curull, *La época medieval: administración y gobierno*, Madrid, 2003, p. 382.

35. Thomas N. Bisson, «The origins of the Corts of Catalonia», *Parliaments, Estates and Representation*, 16 (1996), pp. 31-45.

presentativa territorial con unas características propias de una institución parlamentaria que se van adquiriendo durante el periodo comprendido entre 1173 y 1214. De acuerdo con este autor, durante ese periodo de significación fundacional destacarían tres aspectos:

1. El reconocimiento de estas reuniones como asambleas territoriales de Cataluña.
2. Su utilización para la formalización ceremonial del reconocimiento de la autoridad regia con relación a Cataluña.
3. La afirmación de la representación urbana, junto con prelados, barones y caballeros, como elementos característicos de la institución.

Tanto si se piensa desde la perspectiva específica aragonesa, como de la catalana, resulta evidente cómo frente a curias excepcionales de especial relevancia anteriores a Jaime I, es durante su reinado cuando se produce una evidente reiteración de curias regias a las que son convocados representantes de las ciudades. Así, se puede observar cómo a partir de la *cort* reunida en Lérida en agosto de 1214 para el juramento del monarca, hasta la *cort general* celebrada el 7 de enero de 1247 en Huesca, no pasan más de cuatro años sin que tenga lugar una nueva reunión, no faltando, incluso, el caso de algún año en el que tienen lugar durante el mismo dos reuniones. Así sucederá, por ejemplo, en 1228 (Daroca y Barcelona) y en 1236 (Zaragoza y Monzón)[36]. Por ello, no es de extrañar que se haya señalado que, a comienzos del siglo XIII, no hay ningún otro lugar de Occidente donde se observe «la potencial voluntad de celebración de unas consultaciones plenarias». A la hora de buscar motivaciones para esta reiteración, se ha destacado la presencia de una minoría de edad, la de Jaime I, que obligaba a los tutores a buscar un fundamento de legitimidad mayor en sus actuaciones con respecto a dos asuntos principales, la paz y la moneda, esto se uniría «a la creciente riqueza de que disponían los barones, las iglesias y las poblaciones», lo que «determinaría que las grandes convocaciones resultaran a un tiempo imperativas y recurrentes»[37].

A pesar de esta reiteración de convocatorias, la diferente terminología empleada para su denominación parece dar indicio de su inestabilidad institucional. Así se pueden encontrar denominaciones tales como *plena*

36. Un cuadro sistemático de las asambleas celebradas entre 1169 y 1247 en: Donald J. KAGAY, «The emergence of «parliament» in the thirteenth-century crown of Aragon: a view from the gallery», en *On the social origins of medieval institutions. Essays in honor of Joseph F. O'Callaghan*, Leiden, 1998, p. 240.

37. BISSON, *La crisis del siglo XII*, p. 635.

curia, solempnis curia, general cort, curia generalis, cort, corts. Será a partir de 1228 cuando durante varias décadas se imponga la expresión *curia generalis* y *cort general*[38]. La prevalencia de estas dos denominaciones puede hacernos pensar en la voluntad de destacar su mayor dimensión representativa con respecto a la casuística precedente.

Otra cuestión de no poca importancia es la que se refiere a la presencia ciudadana en estas asambleas. Esta presencia ciudadana se expresará bajo distintas fórmulas. En la asamblea de Lérida de 1214 se habla de *civibus burgensibus castrorum et villarum habitatoribus*[39]. En la asamblea de Villafranca de 1218, *civium et villarum*[40]. En Tortosa, en 1225: *cives et probi homines*[41]. En Barcelona, en 1228: *civium et aliorum proborum hominum villarum*[42]. Estas referencias, bajo distintas enunciaciones, a la participación ciudadana se hacen siempre en el contexto de señalar que las decisiones se han tomado teniendo en cuenta su consejo. Sin embargo, esta alusión a que se ha actuado con el consejo de los enviados de las ciudades se constata principalmente en los textos que responden al modelo típico de las constituciones de paz y tregua.

Por el contrario, cuando atendemos a los textos que ya no se atienen a dicho modelo, sino que están referidos a asuntos diversos para el gobierno general del reino, principalmente tocantes a cuestiones de índole económica y fiscal, lo común es que se comprueben varios hechos. En primer lugar, desaparece cualquier alusión a que se esté actuando *cum consilio.* En segundo lugar, el rey asume la plena y personal responsabilidad de decisión respecto de los capítulos establecidos[43]. En tercer lugar, desaparecen las referencias a la intervención de los ciudadanos[44].

Ciertamente, hasta 1228 las manifestaciones de asambleas políticas convocadas están sobre todo vinculadas al objetivo de asegurar la paz y responden preferentemente a la formalidad propia de las antiguas constituciones de paz y tregua[45]. Por otra parte, también se ha llamado la atención

38. Kagay, pp. 224 y 240-241.

39. *Cortes de los antiguos reinos de Aragón y de Valencia y Principado de Cataluña*, Real Academia de la Historia, I, Madrid, 1896, p. 91.

40. Ibíd., p. 96.

41. Ibíd., p. 102.

42. Ibíd., p. 112.

43. *«Nos Jacobus ( ) cognoscentes veraciter quod ( ) in generali curia Barchinone perpetuus temporibus inviolabiiter statuimos». Cortes de los Antiguos Reinos de Aragón*, I, p. 122.

44. Véase, por ejemplo, *Cortes de los Antiguos Reinos de Aragón*, I, pp. 120-122.

45. Porfirio Sanz, «The cities in the Aragonese Cortes in the medieval and early modern periods», *Parliaments, estates and representation,* 14 (1994), p. 98.

sobre el hecho de que, hasta muy tarde, algunas de las más importantes ciudades y villas aragonesas se mantuvieron bajo señorío de ricoshombres. Esto obliga a concebir dudas sobre la verdadera capacidad de iniciativa y de representación en nombre de esas ciudades y villas de sus enviados a las curias regias[46].

Junto a este objetivo predominante de garantizar la paz, cabe destacar la evidente dimensión ritual que ofrecen estas reuniones, de lo que da indicio la presencia de expresiones tales como *curia celebravit* o *curia celebris*[47].

3.1.1. *La cort de 1214*

En el contexto del periodo que aquí interesa abordar, la cort celebrada en Lérida en 1214 con motivo del juramento como heredero del trono de Jaime I, que en esos momentos cuenta con sólo seis años, ofrece un interés decisivo en el proceso de expansión inicial de las asambleas políticas en Aragón. Más allá de la importancia política del acontecimiento desde el punto de vista de su significado político inmediato, que supone recurrir a la convocatoria de esta asamblea como instrumento de legitimación de una sucesión en el contexto de la crisis política resultante de la muerte de Pedro II, su relieve se agranda desde la perspectiva de la propia evolución de las asambleas políticas en Aragón. Es a partir de este acto cuando veremos una frecuencia sostenida en la convocatoria de nuevas asambleas, lo que obliga a considerar la reunión de Lérida de 1214 como momento significado de apertura de ese proceso de expansión de este tipo de iniciativas en el contexto de la primera mitad del siglo XIII[48].

Esta cort celebrada en Lérida se planteaba bajo unas circunstancias de considerable singularidad, si se repara en las propias condiciones de la convocatoria. La iniciativa de la convocatoria se atribuía al propio pontífice Inocencio III, actuando como su representante el cardenal diácono Pedro de Benevento[49]. Pero, a pesar de este protagonismo pontificio, no se niega

46. González Antón, *Las Cortes de Aragón*, p. 44.

47. Bisson, p. 626.

48. Véase el análisis de esta asamblea abordado en Ferrán Soldevila, *Els primers temps de Jaume I*, Barcelona, 1968, cap. V.

49. *Ad honorem Dei omnipotentis, qui actor est pacis et amator caritatis, et gloriosissime genitricis eius Virginis Marie et omnium sanctorum: Nos Petrus miseracione Divine sancte Marie in Aquiro Diachonus Cardinalis apostolice sedis Legatus auctoritate nostra et*

el reconocimiento de la competencia convocante del rey, aunque menor de edad y todavía pendiente de ser reconocido por el reino, tal como recordará el propio monarca[50].

Uno de los aspectos más significativos de esta reunión y que le otorga especial relieve en la evolución de las asambleas representativas aragonesas es el que se refiere a los participantes y a la condición bajo la que actúan los enviados de las ciudades. Como primer aspecto a desatacar en este punto hay que señalar que la convocatoria afecta al conjunto del reino, incluyendo tanto a los territorios de Aragón como de Cataluña[51]. Además, hace expresa mención de una abultada representación de las ciudades, al aludirse, según el testimonio del propio Jaime I, a diez síndicos de cada ciudad: «e de cada ciutat deu hòmen ab autoridat dels altres de ço que ells farien, que fos feit»[52]. Es decir, con autoridad y función efectiva de representación para consentir y aprobar lo que la asamblea acordase. Esta alusión nos sitúa ante una de las manifestaciones más rotundas de esa atribución de capacidad representativa que, en cambio, puede ponerse en duda en otras muchas asambleas de la época. Acaso en todo ello podía verse también la forma de interpretar el acontecimiento, con una perspectiva resultante de experiencias posteriores, tal como lo podía ver Jaime I mucho tiempo después, varias décadas más tarde, cuando redactó sus memorias. También en ello podía verse el propio interés del monarca que con este reconocimiento de función representativa estaría aportando una legitimidad extraordinaria a su acceso al trono, en cuanto que se transmitía la imagen de una entronización en la se había expresado el libre respaldo para ella de todo el reino con amplia participación de todos los estamentos.

Pero, más allá de la memoria interesada del monarca, la propia textualidad del documento que da testimonio directo del acontecimiento parece respaldar la posición del rey, al menos, en algunos puntos. Desde luego, dicho texto confirma la participación urbana, hablándose de *Civibus Bur-*

auctoritate et nomine karissimi filii nostri Jacobi, Petri preclare memorie Regis Aragonum filii. Cortes de los antiguos reinos de Aragón, I, doc. XIV, pp. 90-91.

50. *«Luego se tomó la decisión de que, en nuestro nombre y con sello nuevo que se mandó fabricar para Nos, convocáramos Cortes de catalanes y aragoneses para la ciudad de Lérida». Historia del rey de Aragón don Jaime I el conquistador, escrita en lemosín por el mismo monarca*, edic. de M. Flotats y A. Bofarull, Valencia, 1996, cap. X, p. 18.

51. *«Habito consilio Episcoporum et aliorum Ecclesie prelatorum Aragonum et etiam Catholonie virorum prudencium virorum». Cortes de los antiguos reinos de Aragón*, I, doc. XIV, p. 91.

52. *Llibre dels Feits, en Jaume I, Bernat Desclot, Ramon Muntaner, Pere III, les Quatre Grans Cròniques*. Edic. de F. Soldevila, Barcelona, 1971, p. 7.

gensibus Castrorum et Villarum habitatoribus. También en este texto se pone de manifiesto cómo la presencia de estos hombres de las ciudades no fue sólo como testigos mudos, sino que se habla de su función de aconsejar en el transcurso de la asamblea[53]. Sin embargo, nada se aporta con relación a esa función de representación que tan rotundamente afirma Jaime I en su visión del acontecimiento.

Otra peculiaridad de aquella asamblea fue que, a pesar de que su formalidad textual respondía en esencia a la tradición de las constituciones de paz y tregua, siendo sus capítulos los propios de este tipo de institución; en esta ocasión se hacía coincidir con una circunstancia histórica de naturaleza particular y extraordinaria como era el acto solemne de todo un juramento de un rey en un contexto de crisis política extrema para el devenir del reino[54].

Si esa formalidad de la constitución de paz y tregua nos sitúa ante algo que viene del pasado, la aplicación de la asamblea, con la incorporación a ella de los representantes de las ciudades, nos sitúa ante una clara manifestación y anuncio del papel de las asambleas representativas como expresión de un poder ritual en un contexto, como es este caso, de crisis política. De hecho, el recuerdo que ofrece Jaime I de aquel acontecimiento sitúa casi exclusivamente su atención en lo que fue su dimensión como juramento real, obscureciendo su otro contenido propio de una constitución de paz y tregua y limitando su interés político a la jura[55]. Se han establecido distintas interpretaciones sobre el significado tradicional o innovador de este juramento, así como si se trató sólo de un juramento de fidelidad o fue acompañado del rito del homenaje. En tal sentido, parece predominar la tendencia a considerar que estaríamos ante la institucionalización de una práctica constitucional innovadora que refuerza la importancia política de aquella asamblea[56].

Sobre este sentido político de aquel acto se ha señalado que «a lo que asistimos aquí es a un ensalzamiento de la monarquía y a un acto de solida-

53. *Cortes de los antiguos reinos de Aragón*, I, doc. XIV, caps. XX y XXI, p. 95.

54. Un análisis de esta reunión desde la perspectiva de su interés como juramento regio en: Bonifacio Palacios Martín, *La práctica del juramento y el desarrollo constitucional aragonés hasta Jaime I,* Madrid, 1979.

55. *«Los reunidos, todos sin excepción, nos prestaron juramento de guardar nuestra persona y nuestros dominios, y defendernos en todo momento y por encima de todo ( ) Una vez prestado el juramento, las Cortes se disolvieron, y el maestre del Temple se nos llevó con él a Monzón». Historia del rey de Aragón*, p. 18.

56. Soldevila, *Els primers temps*, pp. 61-63 y Palacios Martín, *La práctica del juramento,* p. 31.

ridad jurada, o lo que es lo mismo, a la celebración de una corte bi-regional en el año 1214, una corte que se verifica en un lugar igualmente bi-regional (Lérida, o Lleida) y que contribuirá a perpetuar las tradiciones de seguridad colectiva que habrán de persistir en la Corona de Aragón»[57].

En fin, bajo la aparente formalidad documental de una constitución de paz y tregua, un cardenal convoca, siguiendo instrucciones pontificias, una asamblea con amplia representación estamental, en la que se establecen los capítulos propios de ese tipo de documentos tocantes al establecimiento de las condiciones de seguridad del reino, incorporando una presencia que compromete a los distintos estamentos, dando señalada presencia a los hombres de las ciudades, a los que se reconoce función de consejo en los debates y que, de creer al propio Jaime I, acudirían con función representativa reconocida. En ese marco, se llevará a cabo un juramento real, acaso sólo un juramento de fidelidad, quizá acompañado de un homenaje que podría haber supuesto toda una innovación constitucional. A la vez, esta asamblea será el comienzo de una continuada y periódica reiteración de nuevas asambleas políticas, aludidas bajo distintas denominaciones, como *cort* o como *curia*, y con diferentes calificativos, y en las que la presencia del estamento urbano tenderá a hacerse rasgo característico.

3.1.2. *El juramento real después de la corte de Lérida de 1214*

Tal como se acaba de ver, el juramento constituyó elemento principal y justificación decisiva para la realización de la asamblea realizada en Lérida en 1214. En otras reuniones posteriores inmediatas el juramento no estuvo ausente. Así, por ejemplo, en la de Villafranca de 1218[58], o en la de Tortosa de 1225[59]. Tanto en una, como en otra, Jaime I prestaría juramento ante la asamblea de cumplir los capítulos acordados, que también eran jurados por los participantes en la curia. Con variantes en lo que se refiere al detallismo con el que queda plasmado el rito del juramento, tanto una como otra

57. Bisson, *La crisis*, p. 636.

58. *«Ad maiorem itaque firmitatem pacium et treugarum nos Jacobus, di gratia rex Aragonum Comes Barchinone et Dominus Montispesullani, et Sancius procurator noster et alii nobilesn iuramus manibus nostris propriis, per deum et evangelia, predicta omnia ut dicta sunt observare, atque defensare sine fraude et ingenio aliquo». Cortes de los antiguos reinos de Aragón*, I, pp. 100-101.

59. Ibíd. p. 111.

respondían al modelo típico de una constitución de paz y tregua, en cuya celebración, ya desde tiempo atrás, no era raro ver solemnizar el juramento realizado por el rey como forma de reforzar los compromisos de paz establecidos, tal como, con anterioridad a Jaime I, ya había hecho Pedro II[60]. En cualquier caso, no está de más poner de relieve la presencia de estos juramentos que parecen incorporarse como usos irrenunciables en esta actividad asamblearia, lo que nos muestra el peso político adquirido por un juramento que, en cambio, no se constata en términos equivalentes en las asambleas que tienen lugar por las mismas fechas en Castilla o en León[61].

La novedad significativa, en lo que afecta a la evolución e importancia de los juramentos reales en las asambleas políticas aragonesas, tras la experiencia habida en Lérida en 1214, ha de producirse en la *curia generalis* habida en 1228 en Daroca[62].

Dicha novedad, en este caso, se sitúa en que, una vez que se había producido la institucionalización del juramento del rey, tal como había sucedido en el acceso al trono de Jaime I, se da paso a la institucionalización del juramento del primogénito. Para ello se establece el marco de una curia o corte general. Así, la repetición de este tipo de actos pasa a convertirse en un motivo más y especialmente solemne para la repetición de las asambleas políticas aragonesas[63].

El 6 de febrero de 1228 tenía lugar una curia general en Daroca principalmente destinada a jurar al primogénito Alfonso, habido del matrimonio entre Jaime I y Leonor de Castilla. Tal como se ha apuntado, es probable que la necesidad de tal acto proviniera de que, dada la relación de parentesco entre los contrayentes, se temiese la sentencia papal de anulación, tal como, en efecto, acabaría produciéndose en 1231. Así se daba comienzo a una práctica política que habría de consolidarse a partir de esta experiencia. En consecuencia, en Daroca se llevaba a cabo una curia general de extraordinarias dimensiones en cuanto a participación, puesto que en

60. Un ejemplo, en la constitución de paz y tregua dada por Pedro II en Barcelona en 1200: «Ego Petrus Dei gracia rex aragonum et Comes varchinone por dei amore et subditorum meorum utilitate juro per deum et hec sacrosanta evangelia quod predictam treugam et pacem firmiter tenevo et observabo et teneri et observari ab omnibus meis volo atque precipio». Ibíd., p. 85. Il giuramento politico nella storia costituzionale dell'occidente, Bolonia, 1992.

61. Desde una perspectiva de contextualización, téngase en cuenta: Paolo Prodi, *Il sacramento del potere.* Il giuramento politico nella storia costituzionale dell'occidente, Bolonia, 1992.

62. Bisson, «The origins of the Corts of Catalonia…», p. 37.

63. González Antón, *Las Cortes de Aragón*, p. 48.

ella se incluyó la participación de 26 barones y 154 caballeros, infanzones y hombres buenos provenientes de treinta lugares, tanto de Aragón como de Cataluña[64].

3.1.3. *La* curia generalis *de Barcelona de 1228*

Tras la asamblea de Lérida de 1214, se habían producido otra media docena, algunas de ellas especialmente relacionadas, como se acaba de ver, con la ejecución de juramentos reales, antes de que se lleve a cabo una que, por su solemnidad y significación política, ofrezca indicios de la importancia que iba concediendo la monarquía a este tipo de prácticas. Ésta es la que tuvo lugar en Barcelona entre el 18 y el 23 de diciembre de 1228, bajo el motivo principal de la campaña que se preparaba para la expedición sobre Mallorca.

Además de su interés desde el punto de vista del procedimiento celebratorio aplicado, esta curia general toma especial relieve como expresión de la voluntad política de la monarquía aragonesa de «compartir los riesgos y los beneficios de la inminente conquista de Mallorca»[65]. Esto supone la valoración que la monarquía aprecia en el recurso a la práctica asamblearia en forma de extensa curia general con representantes de los distintos estamentos como medio para llevar a cabo la legitimación de un proyecto político que se quería presentar como de provecho colectivo y general y en el que se quería implicar al conjunto del reino. De ahí que no fuera secundario el proceso celebratorio, la formalidad, en definitiva, del acontecimiento asambleario. Ya la propia elección del lugar añadía solemnidad al acto, al ubicarse en el Palau Maior de Barcelona, cuyo origen se remontaba al mismo Ramón Berenguer I. De este modo, esta formalidad consistió en establecer una secuencia formada por la exposición y las demandas planteadas mediante un sermón solemne protagonizado personalmente por el rey, las respuestas de los representantes de los distintos estamentos, la realización de una cierta forma de debate con participación de todos los presentes y la consecución de un acuerdo al que se da amplia proyección pública.

La aproximación a lo que ocurrió en aquella curia cuenta, no sólo con la detalladísima descripción que de su celebración ofrece el propio Jaime I

64. Thomas N. Bisson, «A General Court of Aragon (Daroca, february 1228)», *English Historical Review,* XCII (1977), pp. 107-124.

65. Bisson, *La crisis*, p. 636.

en su famoso *Llibre*, siempre afectado en sus contenidos por la inevitable tensión entre la realidad de los acontecimientos y las conveniencias de la memoria regia[66], sino también con un texto excepcional como es el cuestionario al que respondieron algunos de los asistentes a aquel acto varios años después. De esa encuesta se puede deducir con toda claridad cómo lo que sobre todo impactó a los hombres buenos de las ciudades que acudieron fue el discurso del monarca y el que se diera lugar a una deliberación y debate en torno a lo solicitado por el rey[67].

El discurso pronunciado por el monarca, que se constituye en el punto de arranque de aquella asamblea se nos muestra como planteado formalmente bajo el modelo de lo que debía ser un sermón, siendo muchos de sus contenidos más propios de un sermón que de un discurso político propiamente dicho. En el discurso-sermón de Jaime I se hace presente la imagen de una alianza entre la divinidad y el reino encabezado por su monarca, produciéndose la imagen de una verdadera *epifanía hagiográfica* sobre la que se quiere construir la propia imagen del rey aragonés[68]. En coherencia con este carácter de epifanía hagiográfica, no es de extrañar que en el discurso el monarca aluda a su propio nacimiento como un milagro obrado por Dios[69]. La empresa se planteaba como concebida para *mayor gloria de Dios*[70]. Del mismo modo, se ha apreciado en esta alocución la presencia de claras conexiones con lo que bien podría interpretarse como una convocatoria a la cruzada, señalándose sus concomitancias con otros discursos de la época contextualizados en el marco de las actividades cruzadistas[71].

Más allá de estos planteamientos hagiográficos y cruzadistas, desde el punto de vista más propiamente político, el rey, que se presentaba como señor natural de todos los asistentes, rogaba que se le diese ayuda y con-

66. Donald J. Kagay, «The line between memory and history: James I of Aragon and the "Libre dels Feyts"», en *War, government, and society in the medieval Crown of Aragon*, Aldershot-Burlington, 2007, p. 165-176.

67. «Et tunc dictus dominus Rex cum predictis prelati fecit parlamentum et deliberavit in palatio suo veteri Barchinone que iret [apud] Maioricas set non recordantur iste G. lict pluribus dictibus fuissent presentes in dicto parlamento et deliberacione quis primo locutus fuit nec recordatur et de vobis que fuerunt inter eos super dicto parlamento et deliberacione». Kagay, p. 236.

68. Josep M. Pujol, «La Mediterrània, de Jaume I a Ramon Muntaner: ¿abisme o pont?», *La Mediterrània: realitat o metèfora*, edic. de A. San Martín, Gandía, 1993, pp. 47-48.

69. *Llibre dels feits*, p. 28, *Historia del rey de Aragón don Jaime I el conquistador*, p. 81.

70. *Historia del rey de Aragón don Jaime I el conquistador*, p. 82.

71. Suzanne F. Cawsey, *Kings and propaganda. Royal eloquence and the Crown of Aragon,* c. 1200-1450, Oxford, 2002, pp. 58-63.

sejo[72], contextualizándose, por tanto, la esencia de aquella asamblea en el marco de lo que eran las obligaciones de *consilium y auxilium* del vasallo hacia su señor.

Si hemos de conceder credibilidad al testimonio dado por el propio Jaime I, resulta evidente la escasa participación en los debates de los que no pertenecían a la condición nobiliaria o episcopal, de la misma manera que se constata la celebración de una reunión secreta con los barones en la que se tomaron acuerdos destinados a asegurar que el desarrollo de las sesiones serían convenientes a los objetivos del rey.

Todo ello nos muestra cómo para estas fechas la experiencia aragonesa en materia de asambleas políticas apuntaba varias tendencias: el claro incremento de esta práctica a partir de la curia de Lérida de 1214, que se muestra como muy significativa en el proceso; la progresiva ampliación de la presencia ciudadana, el mantenimiento de la influencia de ciertos referentes tradicionales, tales como la experiencia de las constituciones de paz y tregua y una relación rey-súbditos planteada desde las obligaciones feudales de consejo y ayuda; la superación de los marcos territoriales diferenciadores, tendiéndose a integrar simultáneamente la representación catalana y propiamente aragonesa, y, finalmente, la potenciación de esta actividad asamblearia a partir de su vinculación con la exhibición de un poder ritual. Además, en esta evolución, la valoración de este poder ritual no era ni mucho menos secundaria, pues exigía de una puesta en escena solemne del poder regio, tanto más cuanto más relevante y comprometedora fuera la necesidad política que hubiera recomendado su convocatoria, lo que se convirtió en un factor de primer orden en el propio impulso de este tipo de prácticas.

3.2. *El reino de Navarra*

Señalaba José María Lacarra con motivo de su intervención en un congreso celebrado en 1969 y que atendía a los problemas históricos de la Península en el siglo XIV: «Nuestra información sobre las Cortes de Navarra en el siglo XIV es muy deficiente, tanto que García Gallo ha podido decir recientemente, aludiendo a las fechas y frecuencia de su celebración: "respecto de Navarra carecemos de datos para la Edad Media"»[73]. Aunque

72. *Historia del rey de Aragón don Jaime I el conquistador*, p. 82.

73. José María LACARRA DE MIGUEL, «Las Cortes de Aragón y de Navarra en el siglo XIV», *Anuario de Estudios Medievales*, 7 (1970-71), p. 649.

el conocimiento historiográfico haya avanzado mucho desde entonces, lo cierto es que tal consideración tendría plena vigencia si trasladamos nuestro interés al siglo XIII, a pesar de suponer una centuria que, tal como se ha puesto de relieve, «representa una coyuntura de plenitud a todos los niveles» para el reino navarro[74]; más aún si, como aquí interesa, nos situamos en su primera mitad.

Esto no impide advertir experiencias de interés, desde el punto de vista de las prácticas representativas, en el reinado de Sancho VII, entre 1194 y 1234, así como en el marco de las circunstancias políticas acaecidas a resultas de su sucesión. Del mismo modo, en tiempos de su predecesor, Sancho VI, en 1192 cabe reseñar un acontecimiento de interés como fue el establecimiento de sanciones que habrían de aplicarse a los que llevaran a cabo represalias sin tener en cuenta los procedimientos de notificación pública. Esta norma real fue alcanzada «cum comuni assensu militum et aliorum nobilium genere que sunt de meo regno»[75]. Con ello encontramos un precedente de interés desde el punto de vista de formas de negociación y de acuerdo entre el rey y el reino, sin que, no obstante, se rebasen marcos de representación socialmente restringidos.

Ya en el contexto propio del reinado de Sancho VII parecen ofrecernos elementos de valoración para el asunto que nos ocupa tres hechos principales:

- La Junta de Infanzones de Obanos.
- El prohijamiento de 1231.
- La redacción del Fuero Antiguo y el establecimiento del modelo de juramento regio.

La Junta de Infanzones de Obanos[76] nos resulta especialmente bien conocida a partir de las declaraciones reunidas en una información de 1281[77], mediante la que se confirma su ubicación original en la época de Sancho VII. La peculiaridad en este caso es que nos hallamos ante un tipo de asamblea y de asociación surgida al margen de la iniciativa del poder real, dirigida a defender los intereses de un grupo que podríamos situar en

74. Raquel García Arancón, «Burguesía y realeza en Navarra a mediados del siglo XIII», *Anuario de Estudios Medievales*, 18 (1988), p. 139.

75. José María Lacarra de Miguel, «Documentos para la historia de las instituciones navarras», *Anuario de Historia del Derecho Español*, XI (1934), 496-7.

76. Raquel García Arancón, «La Junta de Infanzones de Obanos hasta 1281», *Príncipe de Viana*, 45 (1984), pp. 527-539.

77. Edición de esta información en ibíd., p. 540-551.

la baja nobleza rural integrada por caballeros, hidalgos e infanzones, con unas condiciones más próximas a las del campesinado que a las de la propia nobleza[78]. Además, también resulta peculiar en este caso que estemos ante una asamblea consentida y reconocida por el rey, a pesar de oponerse a veces al rey por la defensa de sus intereses. Así, podría suponer un interesante precedente de una monarquía que reconocía la interlocución de una instancia asamblearia en tanto que la consideraba comprometida con la defensa de la justicia y la paz del reino[79].

El llamado *pacto de prohijamiento* entre Sancho el Fuerte y Jaime el Conquistador realizado en 1231, ante la falta de sucesión del rey navarro, y por el que se declaraban mutuamente herederos al trono del otro monarca[80], se llevó a cabo mediante un acto solemne de gran interés desde el punto de vista de las prácticas representativas. Buena parte de este interés proviene de que ha sido considerado como la primera convocatoria expresa de todos los estamentos de la sociedad navarra en el marco de una curia regia[81], destacándose la presencia de representantes de la burguesía urbana[82]. En efecto, en aquel acto de ratificación del pacto entre los monarcas de Aragón y Navarra se escenificaron procedimientos propios de una asamblea representativa mediante la que se quiere plasmar la aceptación e implicación acordada de todo el reino con relación a una iniciativa de su monarca que afecta de manera decisiva al futuro inmediato de la comunidad política. De este modo, en la asamblea celebrada en el castillo real de Tudela entre los días 23 y 26 de febrero de 1231[83], con in-

78. Eloísa Ramírez Vaquero, «El reino de Navarra», en P. A. Porras Arboledas, E. Ramírez Vaquero y F. Sabaté i Curull, *La época medieval: administración y gobierno*, Madrid, 2003, pp. 195-196.

79. Algunas consideraciones sobre esta Junta de Infanzones en el contexto de la evolución de las Cortes en Navarra en Joaquín Salcedo Izu, «Las Cortes de Navarra en la Edad Media», *Las Cortes de Castilla y León en la Edad Media*, II, Valladolid, 1988, pp. 580-581.

80. Ramón Ferrer Navarro, «Una hipótesis en torno al fracasado prohijamiento de Sancho el Fuerte y Jaime I de Aragón», *Homenaje José María Lacarra de Miguel*, 2, Zaragoza, pp. 165-174.

81. Ramírez Vaquero, «El reino de Navarra», p. 194.

82. «La primera y difusa alusión a la presencia de la burguesía urbana en un acontecimiento de importancia, asimilable a una Cort general, se remonta al año 1231, cuando el pacto de prohijamiento entre Sancho VII el Fuerte y Jaime I de Aragón fue ratificado por parte navarra por doce magnates y por "VI omens" de cada una de las villas de Navarra». Luis Javier Fortún Pérez de Ciriza, «Las antiguas Cortes», en *El Parlamento o Cortes de Navarra*, Pamplona, 1989, p. 168.

83. Una descripción muy detallada de todo el proceso de escenificación de este acontecimiento político en: Luis Javier Fortún Pérez de Ciriza, *Sancho el Fuerte (1194-1234)*, Pamplona, 1986, pp. 325-341.

tervención de ambos monarcas, se da una muestra más de la importancia que en determinados momentos decisivos para la vida política del reino se va otorgando a la intervención de unas asambleas representativas con las que se quiere plasmar la presencia de un poder ritual mediante el que se rodean de legitimidad decisiones de particular trascendencia para las que no parece suficiente la actuación de la curia regia tradicional, limitada a cierta presencia magnaticia.

Durante la ceremonia se llevaron a cabo homenajes y juramentos[84] de nobles, prelados y representantes de las ciudades, constando por el lado navarro la intervención de seis hombres por cada una de las villas navarras[85], mientras que Jaime I se hizo acompañar en su viaje desde Tarazona a Tudela de síndicos de las principales ciudades de su reino[86].

Terminado el acto solemne, el propio Jaime I nos relata lo que siguió: «una vez terminamos con las formalidades que hemos referido, empezamos a deliberar con Don Sancho sobre la forma de obrar con el rey de Castilla, asistiendo al consejo cuatro o cinco ricoshombres por cada parte, y además algunos ciudadanos de Zaragoza en nombre de entrambos»[87]. Si hemos de dar crédito a esta descripción del monarca aragonés, parece que se podría entender que terminada la parte solemne, en lo que habrán de ser las negociaciones políticas inmediatas, la representación de las ciudades navarras no tendría presencia, mientras que por el lado aragonés sí la habría a través de los hombres de Zaragoza, lo que nos daría un perfil distinto para la representación ciudadana en el marco de la negociación política concreta entre uno y otro reino.

De nuevo una situación de crisis política va a originar la toma de iniciativas que afectan directamente al replanteamiento de las relaciones rey-reino. Así sucederá como consecuencia del cambio dinástico acaecido en 1234, con la llegada al trono de Teobaldo I y el arranque de una dinastía extraña al reino como es la dinastía champañesa[88]. En esta ocasión no estamos ante un hecho que origine de manera directa la actuación de alguna forma de asamblea política particular, pero sí ante la toma de unas inicia-

84. *Historia del rey de Aragón don Jaime I*, pp. 199-200; alusión a estos juramentos en Palacios Martín, *La práctica del juramento*, p. 33.

85. Fortún Pérez de Ciriza, «Las antiguas Cortes», p. 168.

86. *Historia del rey de Aragón don Jaime I*, p. 199.

87. Ibíd., p. 200.

88. Sobre las circunstancias políticas de ese momento: María Raquel García Arancón, *La dinastía de Champaña en Navarra: Teobaldo I, Teobaldo II, Enrique I (1234-1274)*, Gijón, 2010, pp. 39-41.

tivas que supusieron la modificación de la posición del rey ante el reino en un sentido que favorecía unas condiciones de justificación de nuevas prácticas representativas y participativas.

Tal como ha puesto de manifiesto Martín Duque, a partir de los acontecimientos que se desencadenan a partir de 1234, «la realeza navarra se convirtió en un modelo sorprendentemente precoz para la época, por sus fundamentos conceptuales y las correlativas virtualidades políticas». Y es que, tal como señala el mencionado autor, «se articuló una teoría de la realeza, considerada "fuero de España" y basada imaginariamente en una especie de contrato social de origen y un caudal intangible de derechos adquiridos, premisa de la aceptación de un rey con prerrogativas así teóricamente limitadas»[89].

En efecto, la llegada al trono de un rey «de extraño lugar y extraño lenguaje» y el temor a que tomase iniciativas contrarias a derechos adquiridos, facilitó la reacción de formas asociativas desarrolladas desde años atrás en forma de juntas y *hermandades de buenas villas*, así como el que se produjeran alteraciones, como la acontecida en Tudela en 1235, lo que acabó forzando al rey a una solución de compromiso[90]. El 25 de enero de 1238, en una avenencia celebrada en Estella, el rey aceptaba la formación de una comisión integrada por diez ricoshombres, veinte caballeros, diez clérigos, el propio rey y el obispo de Pamplona, cuya finalidad sería «meter en escripto aqueillos fueros que son e deven seer entre nos et eillos, ameillorandolos de la una part et de la otra como nos con el bispo et aquestos esleitos vieremos por bien»[91]. La propia constitución de esta comisión suponía una experiencia institucional del mayor interés, en cuanto que excedía del marco natural de adopción de iniciativas políticas de esta índole, generalmente identificado con la curia regia. La consecuencia será la redacción en ese mismo año del denominado *Fuero Antiguo de Navarra*, que en las décadas siguientes irá acumulando nuevas versiones como *Fuero General de Navarra*[92].

89. Angel Martín Duque, «Singularidades de la realeza medieval navarra», en *Poderes públicos en la Europa medieval: principados, reinos y coronas,* «XXIII Semana de Estudios Medievales de Estella», Pamplona, 1997, p. 345.

90. Ramírez Vaquero, «El reino de Navarra», p. 196.

91. José María Lacarra, *El juramento de los reyes de Navarra (1234-1329)*, Madrid, 1972, doc. I, p. 71.

92. Sobre la evolución de sus redacciones: José María Lacarra, «En torno a la formación del Fuero General de Navarra», *Anuario de Historia del Derecho Español*, L (1980), pp. 93-110; Ismael Sánchez Bella, Mercedes Galán Lorda, Carmen Saralegui Platero e Isabel Ostolaza

El sentido pactista del nuevo texto está presente desde sus mismos comienzos, afirmando la obligación del rey de someterse a un régimen de consejo y acuerdo con los representantes del reino. Tal como señaló Lacarra, recogiendo la postura de Schramm, «la quintaesencia del prólogo es que primero está la comunidad de hombres libres, que conscientemente fija el derecho; la monarquía es algo secundario, surgida de la voluntad del pueblo, el cual por su propia decisión cede una parte de sus derechos al príncipe; de aquí que el príncipe esté sujeto al derecho»[93]. Así, Lacarra puso de relieve cómo a partir del Fuero Antiguo los representantes de los estamentos adquirían plena conciencia de que actuaban en nombre de «todo el pueblo del regno de Navarra»[94]. A la vez, como clara manifestación de la voluntad de integración de la globalidad del reino en esta nueva relación que se establece con el rey, tal como se expresará en el juramento de Teobaldo II en 1253, su interlocutor en aquel acto será el conjunto formado por, aparte del clero, «los ricos omnes e los cauailleros e los infançones e los francos de las villas de Nauarra»[95].

Con el nuevo modelo de juramento que imponía el *Fuero Antiguo* de 1238 se producía lo que Martín Duque ha enunciado como «la dicotomía conceptual implícita de tal juramento». Ésta venía a suponer que «el rey ya no se identifica con el reino o pueblo, sino que en el plano político uno y otro parecen constituir interlocutores permanentes de un régimen de gobierno instaurado originariamente por virtud de una especie de pacto o contrato social»[96]. A la vez, se hacía una aportación de relieve, ya no sólo en el marco peninsular, sino también europeo, a las posibilidades de limitación de la soberanía regia por parte del reino[97]. Además, esta nueva

Elizondo, *El Fuero Reducido de Navarra (Edición crítica y Estudios)*, Pamplona, 1989, sobre todo, véanse pp. 95 y ss.

93. Lacarra, *El juramento*, p. 18, haciendo referencia a Percy E. Schramm, *Der könig von Navarra (1035-1512)*, *Zeitschrift der Savigny-Stiftung für Rechtsgeschichte,* LXXXI (1951), p. 151.

94. Lacarra, *El juramento*, p. 33.

95. Ibíd., doc. II, p. 72.

96. Martín Duque, «Singularidades», p. 337.

97. Véase desde esta perspectiva de contextualización europea: Antonio Marongiu, «I giuramenti dei re e dei sudditi in Aragona e in navarra (A proposito di opere recenti)», *Anuario de Estudios Medievales,* 8 (1972-3), pp. 491-510; Henry G. Richardson, «The English Coronation Oath», *Speculum*, 24 (1949), pp. 44-75, Ernst H. Kantorowicz, «Inalienability. A Note on Canonical Practice and the English Coronation Oath in the Thirteenth Century», *Speculum*, 29 (1954) pp. 488-502; Robert S. Hoyt, «The coronation oath of 1308: the background of "les leys et les custumes"», *Traditio*, 11 (1955), pp. 235-257; del mismmo autor, «The Coronation Oath of 1308», *The English Historical Review*, 71 (1956), pp. 353-383 y, más recientemente,

relación de pacto, tal como ha puesto especialmene de relieve Juan Carrasco, no estaría exenta de consecuencias de notable relevancia práctica en ámbitos de la gobernación de la mayor importancia como, muy en particular, los tocantes a la hacienda regia y los usos fiscales[98].

En definitiva, con la nueva práctica navarra de acceso al trono, la exigencia de usos institucionales en forma de asambleas representativas con las que se hiciera visible esta nueva relación de consejo y pacto en las relaciones entre rey y reino se convertía en una necesidad cada vez más inaplazable. Así, tras la experiencia de los acontecimientos de Tudela de 1231 antes aludidos y de los recién considerados de 1234 y 1238, se hará alusión a la presencia de «omens de rua» en una *Cort* celebrada en Pamplona en 1245 por el rey Teobaldo I, por la que se resolvió la restitución del mercado de la parroquia de San Juan de Estella, rechazando así la reclamación de la parroquia de San Miguel en la que se planteaba su prohibición. La participación de las villas del reino en las iniciativas de la corte se reforzará tras la muerte de Teobaldo I y la situación de crisis planteada durante el proceso sucesorio. Ya a la muerte de Enrique I en 1274 puede hablarse de una normalización de la presencia de las villas en las reuniones de corte, tal como se comprueba en la denominada *Cort general* reunida en Puente la Reina, en octubre de 1274, y en Olite, en noviembre del mismo año[99]. Bien es verdad que este nuevo marco político no quedaría al margen de «desaires, medidas coactivas y represiones» en el contexto del advenimiento capeto a partir de 1274. Serían circunstancias que «no desnaturalizaron, sino más bien acrisolaron la idea y la imagen del contrato entre los súbditos y su príncipe», entre cuyas principales expresiones estaría la «celebración de asambleas representativas del reino, los "Estados" reunidos en Cortes»[100].

En fin, el caso navarro nos situaría ante dos hechos muy característicos en el contexto de la tendencia hacia la expansión de las asambleas representativas como son la estrecha conexión entre la ampliación de los marcos de participación política y las necesidades de la monarquía de pro-

François Laurent (ed.), *Serment, promesse et engagement: rituels et modalité au Moyen Âge*, Montpellier, 2008.

98. Juan Carrasco Pérez, «Génesis de la Fiscalidad de "Estado" en el Reino de Navarra (1150-1253)», *Iura Vasconiae. Revista de Derecho Histórico y Autonómico de Vasconia,* 6 (2009), pp. 157-217 y, del mismo autor, «El pacto "constitucional" en la monarquía navarra (1234-1330), El rey y las buenas villas del reino», *Avant le contrat social… Le contrat politique dans l'Occident Médiéval (XIIe-XVe siècle),* coord. Por F. Foronda, J. Ph Genet y J. M. Nieto, Presses Universitaires de la Sorbonne (en prensa).

99. Fortún Pérez de Ciriza, «Las antiguas Cortes», pp. 168-170.

100. Martín Duque, «Singularidades», p. 326.

piciar la afirmación de un poder ritual en cuyo centro se sitúa, así como su vinculación con contextos de profunda crisis política.

3.3 *El ámbito castellano-leonés*

A pesar de que durante buena parte del periodo cronológico que es aquí objeto de consideración los reinos de Castilla y León permanecieron separados hasta su definitiva unión en 1230, cuando el asunto que se aborda, como en este caso, es el de la expansión de las asambleas representativas, resulta inevitable advertir el evidente paralelismo que se produce entre ambas monarquías con respecto a su evolución, no faltando las conexiones, las mutuas interacciones y los problemas comunes de fondo.

Tanto en León como en Castilla, al igual que sucede en otros reinos occidentales, la impresión que predomina al considerar la evolución cronológica de las principales asambleas políticas celebradas es la que apunta hacia la discontinuidad, a la vez que la tendencia hacia su intensificación. Si en León se constatan sobre todo las reuniones de 1188, 1202 y 1208, en Castilla, se pueden destacar las de 1187, 1188, 1207, 1214, 1217, 1219, 1222 ó 1230, advirtiéndose, por tanto, la irregularidad en cuanto al intervalo de tiempo acaecido entre una y otra reunión. En consecuencia, tal como reclamó Procter, entre fines del siglo XII y el comienzo del segundo tercio del siglo XIII, incluso si lo ampliamos hasta mediados de la misma centuria, debería señalarse que estas convocatorias supusieron «un recurso excepcional, empleado a intervalos irregulares y a menudo muy distanciados», en coincidencia con lo se observa en el contexto occidental[101].

Por lo que se refiere a los aspectos terminológicos, es el vocablo *curia* el que se utiliza con continuidad en Castilla para designar las asambleas en torno al rey, independientemente de cuál fuera su dimensión representativa. A veces se matiza ese uso terminológico al hablarse de *tota curia*, o también de *curia plena*, no habiendo diferencias tampoco en este punto con lo que se encuentra para el reino leonés[102]. En efecto, en León, durante el reinado de Alfonso IX se utilizó la denominación de *curia* para las asambleas reunidas por el rey independientemente de cuál fuera su composición concreta[103], sin que terminológicamente

101. Evelyn S. Procter, *Curia y Cortes en Castilla y León, 1072-1295*, Madrid, 1988, p. 132.
102. Ibíd., pp. 86-87.
103. Sobre la la movilidad cortesana en tiempos de Alfonso IX de León: Gregoria Cavero Domínguez, «Alfonso IX de León y el iter de su corte (1188-1230)», *E-Spania*, 8 (2009). Publicación electrónica.

se establezcan diferencias entre asambleas especialmente relevantes o solemnes y aquellas otras de menor relieve[104].

3.3.1. *Las asambleas leonesas*

Centrándonos específicamente en el caso leonés, desde los años finales del reinado de Fernando II (1157-1187) se encuentran testimonios de la participación en la curia regia de personas que no pertenecían ni al alto clero ni a la alta nobleza, cuyos miembros eran los que hasta entonces habían participado en exclusiva en dicha instancia decisoria. Ya durante el reinado de Alfonso IX, esta presencia innovadora ajena a la tradicional composición de la curia regia tenderá a consolidarse con motivo de distintas reuniones[105], tal como comienza a ponerse de manifiesto a partir de reuniones de curia como las de León en 1188, o las de Benavente de 1202[106].

Junto a la novedad de esta incorporación de nuevos participantes, ya desde la misma curia de 1188 se percibe cómo estamos ante reuniones que alcanzan un particular relieve solemne y celebratorio que nos remite a contextos y circunstancias de especial relevancia para la vida política del reino. De esta dimensión celebratoria, en su laconismo textual, ya se nos da indicio en la curia celebrada en León en 1188, al poder leerse en el texto que da testimonio de su realización: «cum celebrarem curiam apud Legionem»[107].

Tal como ha establecido Joseph F. O'Callagham, se constata la presencia de hombres de las ciudades en las asambleas de la curia regia reunidas por Alfonso IX en 1188, 1202 y 1208[108]. En la curia de León de 1188, junto a obispos y ricoshombres, se alude a cómo ésta se produjo «cum civibus electis ex singulis civitatibus»[109]. El fragmento es por sí mismo muy interesante si se tiene en cuenta que se está hablando de ciudadanos que han

104. Procter, p. 61.

105. Carlos Estepa Díez, «Los inicios de las Cortes en el reinado de Alfonso IX» (1188-1230)», en *De las Cortes históricas a los parlamentos democráticos, Castilla y León, siglos XII-XXI*, E. Fuentes Ganzo y J. L. Martín (dirs.), Madrid, 2003, pp. 70-71.

106. Julio González, *Alfonso IX*, I, Madrid, 1944-45, pp. 46-49.

107. *Cortes de los antiguos reinos de León y Castilla*, I, Madrid, 1861, p. 39.

108. Joseph F. O'Callaghan, *Las Cortes de Castilla y León, 1188-1350*, Valladolid, 1989, p. 28.

109. *Cortes de los antiguos reinos de León y Castilla*, I, p. 39 y González, Alfonso IX, docs. 11-12, pp. 23-27.

sido elegidos por cada una de sus ciudades, lo que evidencia la presencia de un concepto de representación en función de su participación en la curia. Del mismo modo, en el texto de aquella curia, cuando llega el momento de corroborar lo acordado y establecer compromisos de futuro con los presentes, se señala que «omnes etiam episcopi promiserunt, et omnes milites et cives iuramento firmaverunt, quod fideles sint in consilio meo, ad tenendam iustitiam, et suadendam pacem in toto regno meo»[110]. Así, por tanto, se está incorporando a los representantes elegidos por las ciudades como participantes en la curia a una corresponsabilidad política que se traduce en compromiso de consejo al rey y de colaboración en el mantenimiento de la paz y la justicia del reino. En marzo de 1202 tiene lugar otra nueva reunión bajo la denominación de *curia plena*[111], en este caso en Benavente[112], en la que se indica la presencia de «multis de qualibet villa regni mei», junto con obispos y vasallos del rey[113]. Ya en febrero de 1208 una nueva curia reúne obispos junto con «totius regni primatum et baronum glorioso colegio, civium multitudine destinatorum a singulis civitatibus considente»[114], pareciendo estar presente en la redacción de los documentos de estas dos últimas reuniones la intención de transmitir la imagen de una presencia particularmente amplia de representación urbana.

Con motivo de los tratados de paz concertados con Castilla, la documentación en la que se deja noticia de ellos da testimonio de cómo se habrían alcanzado previa consulta con barones y *concilia*, lo que se ha interpretado como «un paso más en la maduración de la representación»[115]. Menos seguridad hay sobre la posible presencia de representantes urbanos en las curias celebradas en Zamora en 1221 y en Benavente en 1228[116].

En cualquier caso, a pesar de la presencia de un cierto consenso historiográfico sobre las curias ya señaladas, no hay que dejar de tener en

110. *Cortes de los antiguos reinos de León y Castilla*, I, p. 42.

111. Eduardo Fuentes Ganzo, *Las Cortes de Benavente de 1202 (El siglo de Oro de una ciudad leonesa). Benavente: 1164-1230*, Benavente, 1996.

112. Hay que llamar la atención sobre la evolución de esta villa por aquellas fechas. Véase: Rafael González Rodríguez, «Origen y formación de una villa de repoblación: Benavente durante los reinados de Fernando II y Alfonso IX», *Studia historica. Historia medieval,* 15 (1997), pp. 105-138.

113. *Cortes de los antiguos reinos de León y Castilla,* I, p. 43.

114. Ibíd., I, pp. 47-48.

115. Estepa Díez, «Los inicios de las Cortes en el reinado de Alfonso IX», p. 73.

116. O'Callaghan, *Cortes*, p. 28 y, del mismo autor, «Una nota sobre las llamadas Cortes de Benavente», *Archivos Leoneses*, 37 (1983), pp. 97-100.

cuenta la escasez documental que las respalda, poniéndose en cuestión en algún caso, en especial con respecto a la curia de 1188, dudas sobre la autenticidad de la documentación habitualmente manejada[117], lo que, en cambio, ha sido contestado por distintos autores[118].

Por otra parte, de la misma manera que se ha planteado la posibilidad de que ya hubiera habido alguna experiencia similar durante el reinado precedente de Fernando II, acaso en 1170[119], también se ha puesto en duda el que se pueda hablar propiamente de una función auténtica de representación por parte de estos hombres de las ciudades que acuden a la curia. Así, se ha preferido posponer cualquier concepto de representación al momento en que aparecen los personeros concejiles, con la correspondiente utilización de cartas de personería, lo que nos llevaría a una cronología no anterior a los años veinte del siglo XIII[120]. Precisamente con relación al tratado de paz de Toro entre Alfonso IX de León y Enrique I de Castilla, firmado el 12 de agosto de 1216[121], en el que se refleja la intervención de concejos mediante la designación de diez representantes elegidos de cada ciudad y villa de la frontera encargados de vigilar el cumplimiento de la paz acordado[122], se ha señalado que pondría en duda el concepto de representatividad en las curias precedentes, de modo que ahora, a partir de este hecho, «estaríamos en los albores de la representación corporativa», considerando que este dato se ubicaría «en los años en que se va forjando la realidad de unas personas que asumen la representación y la responsabilidad por parte de una entidad colectiva»[123].

117. Carlos ESTEPA DÍEZ, «Curia y Cortes en el Reino de León», en *Las cortes de Castilla y León en la Edad* Media, I, Valladolid, 1988, pp. 27 y ss. Este autor ha puesto en guardia sobre la posibilidad de "santificación" de textos no siempre fiables y acaso no exentos de interpolaciones, en referencia a la documentación referente a la curia de 1188.

118. José María FERNÁNDEZ CATÓN, *La curia regia de León de 1188 y sus «decreta» y constitución*, León, 1993; Alfonso PRIETO PRIETO, «La autenticidad de los "Decreta" de la curia leonesa de 1188 (Nota de urgencia)», en *Las Cortes de Castilla y León, 1188-1988*, I, Valladolid, 1990, pp. 40-58.

119. PROCTER, pp. 120-121.

120. ESTEPA DÍEZ, «Los inicios de las Cortes en el reinado de Alfonso IX» (1188-1230)», p. 69.

121. José Luis MARTÍN RODRÍGUEZ, «Alfonso IX y sus relaciones con Castilla», *Espacio, Tiempo y Forma. Historia Medieval*, 7 (1994), pp. 11-32.

122. *«Per decem nuntios ac hoc electos in singulis civitatibus et villis»*. Carlos ESTEPA DÍEZ, «Las Cortes de reino de León», en *El reino de León en la Alta Edad Media*, I: *Cortes, conciliios y fueros*, León, 1988, p. 264.

123. Ibíd., I, pp. 263-267.

3.3.2. *Las asambleas castellanas*

No menos dudas se han planteado para Castilla con relación a la participación urbana en distintas curias y asambleas convocadas en tiempos de Alfonso VIII, Enrique I y Fernando III[124], constatándose igualmente la falta de continuidad de esa participación sometida a todo tipo de dudas, pero de la que no faltan indicios valiosos[125].

Se ha señalado la posibilidad de presencia urbana en una curia convocada por Alfonso VIII en San Esteban de Gormaz en 1187, así como otra en Carrión en 1188[126], si bien los datos documentales no son lo bastante definitivos[127]. Otra reunión tuvo lugar en Toledo en 1207, en la que, según su principal estudioso, Francisco Javier Hernández, se dieron por Alfonso VIII unas «posturas» referidas a asuntos de índole comercial, y cuyo texto podría considerarse, según el mencionado autor, como un verdadero cuaderno de Cortes[128]. Sin embargo, la textualidad de este documento no ofrece ningún dato definitivo que permita asegurar la presencia concejil, tal como ya ha sido señalado en alguna ocasión[129], pudiendo tratarse incluso de un simple mandamiento real que no exigiese siquiera llevar a cabo un procedimiento asambleario.

También se ha planteado la posibilidad de una asamblea en Toledo, en septiembre de 1211, en el contexto de una convocatoria real de una hueste para la conquista de Salvatierra, así como en Burgos, ya después de las Navas de Tolosa. Sin embargo, los datos en ambos casos son decididamente insuficientes, aunque teniendo en cuenta lo afirmado en el prólogo del *Fuero Viejo*, en el que se hace alusión a la confirmación real de los fueros de Burgos el 28 de diciembre de 1212 en el Hospital real de esta ciudad, se ha apuntado la sospecha de que esto tuviera lugar en el marco de alguna forma de asamblea con participación concejil[130]. En

124. Véase lo señalado al respecto en Procter, pp. 124-131.

125. Trabajo de referencia a tener en cuenta como intento sistemático de establecer las distintas curias y asambleas convocadas por los reyes castellanos con presencia urbana en: Joseph F. O'Callaghan, «The Beginnings of the Cortes of León-Castile», *Americam Historical Review*, LXXIV (1969), pp. 1.503-1.537.

126. O'Callaghan, *Cortes*, p. 28.

127. Procter, pp. 124-125.

128. Francisco Javier Hernández, «Las Cortes de Toledo de 1207», en *Las Cortes de Castilla y León en la Edad Media*, Valladolid, 1988, pp. 219-263, publicando el texto completo de este documento regio.

129. O'Callaghan, *Cortes*, p. 28.

130. O'Callaghan, «The Beginnings», p. 1.523.

cualquier caso, nos movemos con relación a estos acontecimientos en una evidente inseguridad.

Más posibilidades de una asamblea en forma de curia con participación urbana se ha concedido en relación a la entronización de Enrique I en Burgos, en 1214, según el testimonio de la *Crónica latina de los reyes de Castilla*[131], que sería considerado por algunos como suficiente para hablar de una curia con presencia urbana destinada a prestar homenaje (*omagium manuale*) al nuevo monarca que contaba por entonces con sólo doce años[132]. Sin embargo, una vez más, cualquier valoración sobre la verdadera entidad de aquella reunión resulta bastante hipotética, pudiéndose tratar simplemente de uno de esos frecuentes homenajes recognoscitivos dados al principio de ciertos reinados[133], sin que se pueda asegurar una presencia urbana políticamente significativa.

Tras la temprana muerte de Enrique I, los derechos del futuro Fernando III al trono castellano resultaban bastante cuestionables. Los acontecimientos que siguieron hasta la resolución del problema sucesorio han sido detalladamente expuestos por Sánchez-Albornoz[134], principalmente, a partir de la *Crónica latina de los Reyes de Castilla*[135], y de la narración que de los hechos más importantes ofrece Rodrigo Jiménez de Rada[136], junto con los relatos posteriores de la *Primera Crónica General*[137] y de la *Crónica de veinte reyes*[138].

Frente al predominio de una interpretación que arranca de Jiménez de Rada de que todo fue resultado de la estrategia diseñada por doña Berenguela para salvaguardar la opción de su hijo como rey de Castilla[139], sólo la

131. *Henricus filius eius, sublimatus est in regem et receptus ab omnibus Castellanis et prelatis ecclesiarum et populis ciuitatum, et fecerunt ei omagium manuale*. *Crónica latina de los reyes de Castilla*, edic. de L. Charlo Brea, Cádiz, 1984.

132. Gonzalo Martínez Díez, «Curia y Cortes en el reino de Castilla», en *Las Cortes de Castilla y León en la Edad Media*, p. 144.

133. Hilda Grassotti, *Las instituciones feudo-vasalláticas en León y Castilla*, I, Spoleto, 1969, p. 207.

134. Claudio Sánchez-Albornoz, «La sucesión al trono en los reinos de León y Castilla», *Viejos y nuevos estudios sobre las instituciones medievales españolas*, II, Madrid, 1976, pp. 1.142-1.146.

135. *Crónica latina de los reyes de Castilla*, edic. de L. Charlo Brea, Cádiz, 1984, p.51-54

136. Rodrigo Jiménez de Rada, *Historia de los hechos de España,* edic. de J. Fernández Valverde, Madrid, 1989, lib. IX, cap. V, pp. 336-337.

137. *Primera Crónica General de España*, cap. 1.029, pp. 713-714.

138. *Crónica de veinte reyes*, libro XIV, cap. 1, p. 297.

139. Sobre el papel de Berenguela en las opciones de Fernando III al trono de Castilla y, más tarde, de León: Miriam Shadis, «Berenguela of Castile's political motherhood: the ma-

Crónica latina ofrece una visión claramente alternativa[140]. Según ésta[141], el triunfo de Fernando sería el resultado de la súplica unánime de las gentes provenientes de los concejos extremaduranos llegados a Valladolid. En tal caso, la llamada a su lado de don Fernando, tras la muerte de Enrique I[142], supondría la preparación del acceso al trono de éste como sucesor para ella misma, en cuanto que depositaria de los derechos de sucesión. Habrían sido los representantes de los concejos los que habrían demandado la comparecencia de la reina, y quienes «suplicauerunt omnes unanimiter», a través de uno de ellos, «pro omnibus cunctis», que cediera doña Berenguela el reino «quod suum erat iure proprietatis» a don Fernando, «quia, cum ipsa femina esset», no podría afrontar adecuadamente el gobierno del reino castellano.

Sánchez-Albornoz valoró estos hechos como la evidencia de que «la opinión pública influía ya decisivamente en la vida política de Castilla y León y hubo de imponer sus ideas y deseos»[143]. Cabe pensar también que

nagement of sexuality, marriage, and succession», *Medieval Mothering*, John Carmi Parsons y Bonnie Wheeler (eds.), New York, 1999, pp. 335-358; Georges Martin, «Régner sans régner. Bérengère de Castille (1214-1246) au miroir de l'historiographie de son temps», *E-Spania,* 1 (2006). Publicación electrónica; Georges Martin «Négociation et diplomatie dans la vie de Bérengère de Castille (1214-1246). La part du facteur générique», *E-Spania*, 4 (2007). Publicación electrónica; Janna Catherine Wasilewski, Regina: The life of Berenguela of Castile, 1180-1246, Harvard University, 2007 y Miriam Shadis, *Berenguela of Castile (1180-1246) and political women in the High Middle Ages,* New York, 2009.

140. Téngase en cuenta la personalidad de su autor, el obispo de Osma y canciller real Juan de Soria: Peter Linehan, «Juan de Soria: the Chancellor as Chronicler», 2 (2006). Publicación electrónica.

141. «Exiens igitur regina nobilis cum filiis suis Fernando et Alfonso, et cum episcopis, scilicet, Burgense et Palentino cum aliis uiris religionis et cum uaronibus, qui ei fauebant, uenit ad predictum locum, ubi mulitudo gentium expectabat aduentum ipsius. Unus igitur loquens pro omnibus cunctis in idipsum consentientibus ex persona populorum recognouit regnum Castelle deberi de iure regine domine Berengarie et quod eam omnes recognoscebant dominam et reginam regni Castelle. Verumptamen supplicauerunt omnes unanimiter ut regnum, quod suum erat iure proprietatis, concederet filio suo maiori, scilicet domino Fernando, quia, cum ipsa femina esset, labores regiminis regni tolerare non posset. Ipsa uero uidens quod ardenti desiderio concupierat, petitis gratanter annuit et filio supradicto regnum concessit. Clamatum est ab omnibus clamore magno : Viuat rex». Crónica latina, p. 53.

142. «Audita morte fratris, cum nondum tamen diuulgata esset, confestim regina Berengaria misit nuncios suos, uiros nobiles et potetentes, scilicet Lupum Didaci et Gonçaluum Roderici, ad regem Legionis, qui tunc erat cum patre, quacumque simulatione, quacumque arte, de patris educeret potestate et ad ipsam adducerent, habens 'in' proposito, quod uere comparuit ex post facto, dare ipsi filio maiori regnum patris sui, quod ad ipsam pertinebat, ea ratione, quoniam ipsa mauor etate ceteris sororibus, cum filius masculus regis Alfonsi nullus superstes esset». Ibíd., p. 51

143. Sánchez-Albornoz, «La sucesión al trono...», pp. 1.142-1.143.

en todo ello se estaban haciendo valer desde las ciudades los intereses específicos de los concejos extremaduranos y de la Transierra, necesitados de un monarca que asumiese decididamente la expansión hacia el sur, de lo que cabía dudar ante la presencia de una mujer en el trono. Con ello, se estaría plasmando el nuevo protagonismo político de los concejos en el nivel más elevado de la gobernación del reino.

Además, según la descripción de Jiménez de Rada, con motivo de su acceso al trono, fueron prestados a Fernando III simultáneamente y con carácter extraordinario el *hominium* y el *juramentum*. Esto suponía una práctica ceremonial excepcional, tal como ya puso de relieve Hilda Grassotti[144], suponiendo, según se comprueba durante la dinastía trastámara[145], una práctica ritual aplicada a los príncipes y no a los reyes. Así se estaría ritualizando más la jura de un príncipe que la entronización de un rey de pleno derecho. Abunda aún más en este sentido el que Jiménez de Rada señale que se le aplicaron «honores de rey», como si, a partir del ritual aludido, pudiera suscitarse la duda la posición de rey de pleno derecho de Fernando III en el momento de llevar a cabo estos ritos.

Entre los compromisos que contraía el nuevo monarca, aceptaba garantizar a los concejos sus fueros y sus aldeas, que no podrían ser enajenadas, a la vez que prometía no alterar nada del realengo ni de las tenencias de los nobles antes de que hubiera cumplido los veinte años[146]. En definitiva, se daban indicios más que suficientes de un protagonismo concejil que se había mostrado como especialmente decisivo en la resolución de la crisis sucesoria.

Además, a partir de la *Crónica latina* y de la crónica del Toledano se ha considerado la posibilidad de que las ciudades, a través de sus «primorum civitatum», hubieran asistido a una curia reunida con motivo del matrimonio de Fernando III con Beatriz de Suabia, describiéndose el recibimiento de ésta en Burgos, cómo fue armado caballero el rey el 28 de noviembre de 1219 y cómo tuvo lugar una «celeberrima curia». Todo ello ha inclinado a pensar en «una asamblea muy numerosa con un carácter predominantemente ceremonioso» y con numerosa participación de las ciudades[147].

144. Hilda Grassotti, *Las instituciones feudo-vasalláticas de León y Castilla*, Spoleto, 1969, I, pp. 208-210.

145. José Manuel Nieto Soria, *Ceremonias de la realeza. Propaganda y legitimación en la Castilla Trastámara*, Madrid, 1993, pp. 36-37.

146. Julio González, «Las coronas de Castilla y León», *Historia de España Menéndez Pidal*, vol. XIII, Madrid, 1990, p. 9.

147. Procter, p. 126.

No hay unanimidad, en cambio, con relación a la participación urbana que tuvo lugar con motivo de la asamblea en la que se rindió homenaje al heredero al trono, Alfonso, el 21 de marzo de 1222, o a la curia de comienzos de junio de 1224, convocada con motivo del matrimonio de Juan de Brienne, rey de Jerusalén, y la hermana de Fernando III, doña Berenguela[148].

La entronización de Fernando III como rey de León también fue presentada por Jiménez de Rada como efecto directo de la estrategia diseñada por doña Berenguela[149].

Una vez más, la *Crónica latina* disiente, evitando los personalismos característicos en los que suele incurrir el texto de arzobispo don Rodrigo, siempre proclive a exaltar la influencia decisiva de Berenguela en los acontecimientos más importantes de su época. Por el contrario, la *Crónica latina* se inclina por facilitar una visión más colectiva. En efecto, según ésta, parece que la baza decisiva que podía inclinar de un lado o de otro el conflicto de la sucesión era resultado de la posición de las ciudades, poniendo de relieve la división inicial entre éstas y la posición favorable al monarca castellano que comenzaron a manifestar las ciudades más meridionales[150].

También en este caso Sánchez-Albornoz interpretó la intervención de las ciudades en términos de triunfo de la opinión pública, dando importancia preferente a su actuación frente a la que pudiera haber tenido el acuerdo alcanzado entre Fernando y las infantas herederas[151].

148. Postura favorable a la participación de las ciudades en estos acontecimientos en O'Callaghan, «The Biginnings», p. 1.526; posición crítica al respecto, considerando los datos documentales y cronísticos como insuficientes para afirmarlo en Procter, p. 127. Referencia a estas curias en Martínez Díez, p. 147.

149. «Siendo la noble reina la que planeaba todo esto con gran habilidad», Jiménez de Rada, *ob. cit.,* lib. IX, cap. XIV, p. 347. Esta misma línea interpretativa es la que se refleja en la *Crónica de veinte reyes,* C. Hernández Alonso, Burgos, 1991: «E aquí paresçió la sabiduría de la noble rreyna doña Berenguela, quand grande entendimiento dio ella el rreyno de León a su fijo el rrey don Ferrando no menos que quando le dio el Rreyno de Castilla, que pertenesçíe a ella por razón de heredat, ca de guisa lo supo ella ordenar todas las cosas que (...) ella se trabajó de fazerlo en manera que syn sangre, e sin otra contienda se fizo el ayuntamiento dellos, e las gentes biuiríen en paz e en alegría». *Crónica veinte reyes*, lib. XIV, cap. XVIII, p. 305. Además, en el *De rebus Hispaniae* se reconoce una intervención decisiva en los obispos de Oviedo, Astorga, León, Lugo, Mondoñedo, Salamanca, Ciudad Rodrigo y Coria, que habrían reconocido a don Fernando, arrastrando con ellos a sus ciudades, con lo que evitarían la revuelta de las ciudades leonesas, partidarias, según Jiménez de Rada, de los derechos de las hermanastras del rey castellano. Jiménez de Rada, lib. IX, cap. XIV, pp. 347-348.

150. *Crónica latina*, pp. 84-86.

151. Así, Sánchez-Albornoz señalaba que, al margen del acuerdo entre Sánchez-Albornoz y sus hermanastras, «el ya rey de Castilla hubiera sido igualmente rey de León, por la voluntad

Más recientemente[152], se ha puesto de relieve el importante papel de las ciudades en la aceptación de Fernando como rey de León, no planteando la cuestión tanto en términos de opinión pública, sino como consecuencia de la nueva relevancia política que las ciudades iban alcanzando en la gobernación del reino. En este contexto, O'Callaghan ha reivindicado para la curia habida en Benavente el 11 de diciembre de 1230[153], para negociar los derechos patrimoniales de sus hermanastras, con presencia de los miembros de la familia real, de los arzobispos de Santiago y Toledo, nobles y ciudadanos, su valoración como la primera curia plena o Cortes del reino castellano-leonés ya unificado[154].

En consecuencia, tanto el papel desarrollado por las ciudades en el acceso de Fernando III al trono castellano, como al trono leonés, se estaría evidenciando el nuevo significado político que iban tomando las ciudades, que tenía una de sus principales expresiones en su participación en las curias regias y su influencia en momentos decisivos de crisis política.

3.3.3. *La participación urbana en su significado histórico*

En el desarrollo de las asambleas representativas de León y Castilla durante los años finales del siglo XII y el primer tercio del siglo XIII se pone sobre todo de relieve la importancia de un hecho histórico que va a contribuir a caracterizar de un modo especialmente determinante la propia evolución de las asambleas representativas, tal como ya se ha visto para Navarra como para Aragón, en cada caso con sus peculiaridades propias: la participación urbana. Desde la perspectiva castellano-leonesa este hecho debe ser matizado.

Con carácter general, tanto para Castilla como para León, hay que tener en cuenta las dificultades de comprobación de esa presencia urbana en algunas de las asambleas para las que tal presencia hay que limitarla con frecuencia a unos términos meramente hipotéticos. En aquellos casos en

del pueblo y de la clerecía; contra los decretos del monarca difunto habría triunfado, a la postre, la opinión pública del reino». SÁNCHEZ-ALBORNOZ, «La sucesión al trono...», p. 1.149.

152. Carlos ESTEPA DÍEZ, «Curia y Cortes en el reino de León», *Las Cortes de Castilla y León en la Edad Media*, I, Valladolid, 1988, pp. 100-101.

153. Julio GONZÁLEZ, *Reinado y diplomas de Fernando III*, II, doc. 270, pp. 311-314. Justifica sobre todo las valoraciones de O'Callaghan *Crónica latina,* p. 85, más que cabe leer en el documento regio que da testimonio del acontecimiento.

154. O'CALLAGHAN, «The biginnings», p. 1.527.

que esta participación se hace más evidente, no siempre cabe hablar de la institucionalización comprobable de un concepto tangible de representación. Las dificultades para el historiador se hacen aún más relevantes si lo que se pretende es identificar la adscripción social de esa participación urbana. Parece aceptable la hipótesis más extendida de que se pueda hablar de una baja nobleza urbana, de unos caballeros villanos y de unos *boni homines* burgueses que habrían accedido así a intervenir en ciertos contextos de toma de decisiones en el gobierno del reino, con niveles de influencia muy distintos, según a qué reuniones concretas nos refiramos, y como consecuencia de las circunstancias que seguidamente se intentará poner de relieve[155].

También con carácter general para ambos reinos, cabe destacar cómo la necesidad regia de recurrir a marcos de decisión con presencia urbana está en relación directa con necesidades extraordinarias de control de una violencia que podía comportar especiales amenazas para la propia estabilidad general del reino. Del mismo modo, no parece que ni los reyes leoneses ni los castellanos tuvieran una plena confianza en este recurso como procedimiento continuado y estable, pero sí parecieron aceptar que, en contextos de particular emergencia, debía ser tenido en cuenta; o lo que es igual, recurrieron a incorporar la presencia urbana sólo en tanto que pudieron percibir la amenaza inminente de sentirse superados por las circunstancias, pero intuyendo que esta solución podía generarles nuevos problemas para el ejercicio de su poder[156]. Esto aportaría un elemento más a la comprensión de la irregular y discontinua incorporación de representantes urbanos a las curias regias.

Si este criterio explicativo de la participación urbana puede ser aplicado tanto al caso castellano como al leonés, en cambio, más allá de este elemento común y relevante, cabe encontrar matices distintos, tal como se anunciaba antes, para esta participación. Mientras que en León los ciuda-

155. La participación de los denominados «burgueses» en las curias regias tuvo una presencia relevante en la historiografía de los años cincuenta y sesenta: Manuel Fernández Rodríguez, «La entrada de los representantes de la burguesía en la Curia Regia leonesa», *Anuario de Historia del Derecho Español,* 26 (1956) , pp. 757-766; Luis García de Valdeavellano, *Sobre burgos y burgueses de la España Medieval*, Madrid, 1960; Mª del Carmen Carlé, «"Boni homines" y hombres buenos», *Cuadernos de Historia de España,* 39/40 (1964), pp. 133-168 y Claudio Sánchez-Albornoz, «¿Burgueses en la curia regia de Fernando II de León?», *Revista Portuguesa de História,* 12 (1969), pp. 1-36, también en *Instituciones y documentos sobre las instituciones hispanas*, Santiago de Chile, 1970, pp. 381 y ss.

156. Consideraciones *in extenso* sobre esta cuestión en: Bisson, *La crisis del siglo* XII, pp. 600-606.

danos participaron en asambleas en las que predominó su perfil legislativo, sin que la intervención de las ciudades fuera decisiva para la promulgación de las leyes aprobadas; en Castilla esta participación se remitió a acontecimientos de relieve ceremonial destinados a proveer de la más amplia legitimidad posible iniciativas políticas en contextos de crisis vinculados a la propia titularidad de la corona a la estabilidad del trono[157].

Con relación al sentido que se acaba de señalar para la intervención en el caso leonés de las ciudades, cabe observar cómo con su consejo fueron aprobados *decreta y constituciones*[158]. Si algunas de estas leyes tuvieron como beneficiarios directos a las ciudades, otras muchas tuvieron como protagonistas a nobleza e iglesia. Dicho de otro modo, no parece que la presencia de las ciudades en estas reuniones estuviera precisamente predeterminada por la existencia de un perfil nítidamente urbano de los asuntos a tratar. Es cierto que alguna de aquellas asambleas, como la de Benavente de 1202, tuvo como consecuencia la aprobación de un tributo extraordinario, la *moneda forera*[159], pero no nos consta que éste fuera un motivo habitual de la participación urbana en las décadas consideradas, habiendo que remitir la importancia de este asunto como motivo habitual de convocatoria de Cortes a la segunda mitad del siglo XIII y no antes[160].

Para Castilla, si bien hay algún caso, como el de la asamblea de 1207 en Toledo, en el que se legisla sobre asuntos de índole comercial especialmente concernientes a los intereses de las ciudades[161], pero sin que se pueda asegurar la intervención en el proceso legislativo de éstas[162]; su

157. Ya se apuntó esta diferencia en: PROCTER, pp. 127-128.

158. Véase en particular como ejemplo de esta actividad legislativa el libro ya mencionado de José María FERNÁNDEZ CATÓN, *La curia regia de León de 1188 y sus «decreta» y constitución*, León, 1993.

159. Véase sobre la moneda forera y su presencia en las reuniones de Cortes: Remedios MORÁN MARTÍN, «"Que quier el Rey quisiere mudar moneda": sobre potestad real, cortes y moneda forera», *De las Cortes históricas a los Parlamentos democráticos*, pp. 113-136.

160. Véase sobre este creciente papel de las Cortes castellanas en los aspectos relacionados con la fiscalidad a partir de la segunda mitad del siglo XIII: Miguel Angel LADERO QUESADA, *Fiscalidad y poder real en Castilla (1252-1369)*, Madrid, 1993, pp. 53-86.

161. En efecto, en las denominadas «Posturas de Alfonso VIII acordadas en las Cortes de Toledo de 1207» los temas tratados se organizan en función de productos que son objeto de comercio tales como caballerías, paños, pieles, carnes, pescados, herrajes, , habiendo también algunas normas referidas a mercaderes extranjeros y a las actividades de exportación. HERNÁNDEZ, «Las Cortes de Toledo de 1207», pp. 240-246.

162. «Sepades que entendiendo que las cosas se uendien mas de so derecho, e era uustro grand danno e de la tierra e all arzobispo e a los bonos omnes de mis uillas, e pusimos por prouecho deuos, e de todo el regno coto en todas las cosas, assi como uis en todo mio regno».

participación en las curias regias está principalmente vinculada a acontecimientos de dimensión ceremonial resultantes de circunstancias políticas de interés general para el conjunto del reino. Más allá de los hechos históricos concretos, desde el punto de vista del léxico, el sentido ceremonial de estas reuniones se refuerza con la utilización de expresiones como *«curiam celebravit»* o *«curia celebris»*[163]. Reuniones tales como la de Carrión de 1188[164]; la de Burgos, de 1219[165], o la también celebrada en Burgos en 1224[166], contribuyen a asentar esta interpretación.

Estas necesidades de legitimación ceremonial probablemente convenga conectarla con la práctica observada por los reyes de Castilla y León de llevar a cabo homenajes recognoscitivos en el comienzo de sus reinados[167]. Sin embargo, la novedad en este caso es que mientras que la participación en esta práctica había quedado reducida tradicionalmente a prelados y nobles, ahora nos encontramos con la innovación que suponía la incorporación de hombres de las ciudades. Esto haría pensar en que los concejos están adquiriendo un nuevo papel de mayor significación en la estructura militar y administrativa del reino[168], teniendo su reflejo en la instancia política de la propia corte, lo que habría de potenciarse aún más a partir de las necesidades militares crecientes relacionadas con el avance hacia el sur impulsado por Fernando III[169].

Hernández, «Las Cortes de Toledo de 1207», p. 240. Como se puede ver, esta alusión a los «bonos omnes de mis uillas» no permite asegurar la presencia efectiva de éstos en el momento de llevar a cabo la aprobación de las normas incluidas en estas *posturas* de Alfonso VIII.

163. Bisson, *La crisis del siglo XII,* p. 626.

164. La de Carrión se produce en coincidencia con el acto en el que el rey de León recibió el espaldarazo del rey de Castilla y besó su mano en señal de homenaje en la iglesia de San Zoilo: «Facta carta apud Carrionem era MCCXXVI, IIII nonas Iulii eo anno quo serenissimus rex prefatus Castelle A. regem legionensem A. cingulo milicie curia sua in Carrionem accinxit». Julio González, *El reino de Castilla en la época de Alfonso VIII*, II, Madrid, 1960, doc. 505, p. 870. «Celebrata namque curia famosa et nobili apud Carrionem, idem rex Legionis accinctus est gladio a predicto rege Castelle in ecclesia Sancti Zoili et osculatus est manum regis Castelle, presentibus Galleciis et Legioensibus et Castellanis». *Crónica latina*, edic. cit., p. 12.

165. «Et fuit tibi curia nobilissima celebrata assistentibus totius regni magnatibus, dominabus, et fere omnibus regni militibus et primoribus civitatum». *De rebus Hispaniae*, edic. de F. A. Lorenzana, Madrid, 1973, p. 201.

166. «Celebrata est igitur curia Burgis et tradita est puella predicta regi sepedicto solempniter in uxorem». *Crónica latina,* p. 61

167. Grassotti, pp. 195-206.

168. O'Callaghan, «The Beginnings», p. 1.503.

169. James F. Powers, *A Society Organized for War. The Iberian Municipal Militias in the Central Middle Ages, 1000-1284*, Londres, 1988, pp. 40-67.

3.4. *El reino de Portugal*

En el caso del reino de Portugal, ningún dato fiable permite considerar la posibilidad de asambleas representativas con intervención urbana que excediese de la tradicional presencia curial de nobles y prelados para la cronología aquí considerada. Bien al contrario, la evolución de este tipo de prácticas parece situarnos en una cronología decididamente más tardía.

Teniendo en cuenta lo favorable de las crisis políticas relacionadas con contextos sucesorios para propiciar la celebración de curias extraordinarias con presencia urbana, la muerte de Sancho I de Portugal el 26 de marzo de 1211 podría haber supuesto una ocasión particularmente idónea para aproximar al caso portugués a una cronología comparable a la observada en los reinos peninsulares ya considerados. En efecto, la muerte de este monarca dio lugar a la convocatoria de una curia regia en Coimbra que ha sido ubicada entre los meses de abril y julio por iniciativa del sucesor, Alfonso II. Con ello se pretendía superar las confrontaciones que se habían desatado en el contexto de la sucesión al trono[170]. No ha faltado la división de opiniones entre los historiadores con relación a la posibilidad de que en esta curia conimbricense se escenificase algo más que una simple curia de rasgos tradicionales en la que participasen las ciudades[171]. De hecho, en alguna ocasión se ha llegado a señalar que con motivo de esta curia tendrían lugar unas verdaderas Cortes «as primeiras de existência provada e que merecem comentário próprio»[172]. Sin embargo, la historiografía portuguesa más reciente ha optado decididamente por considerar aquel acontecimiento como «uma cúria entre muitas outras»[173].

En definitiva, la entrada de procuradores de las ciudades en las curias regias en Portugal queda pospuesta a un momento más tardío como fueron las Cortes de Leiria de 1254[174]. Su convocatoria estuvo sobre todo relacionada con temas tocantes a la regulación de la moneda y a la necesidad regia de recaudar nuevos tributos[175]. Así, por tanto, no tendría lugar

170. Herminia Vasconcelos Vilar, *D. Alfonso II. Um rei sem tempo*, Lisboa, 2005, p. 66.

171. José Luis Martín, «Cortes de Castilla y León y Cortes de Portugal», *Las Cortes de Castilla y León en la Edad* Media, II, Valladolid, 1988, pp. 382-385.

172. Joaquím Veríssimo Serrao, *Historia de Portugal,* vol. I: *Estado, pátria e naçao*, Lisboa, 1979 (3ª ed.), p. 116.

173. Vasconcelos Vilar, p. 66.

174. José Mattoso, *História de Portugal,* vol. 2: *A Monarquia Feudal (1096-1480)*, Lisboa, 1993, p. 135.

175. Claudio Sánchez-Albornoz, «La curia regia portuguesa, siglos xii y xiii», *Instituciones y documentos sobre las instituciones hispanas*, Santiago de Chile, 1970, pp. 440-443.

una experiencia previa, de las características de las consideradas para otros reinos peninsulares, en donde, antes de llegar a esa forma institucional, se habría producido una incorporación, aunque ocasional, de las ciudades a ciertas expresiones asamblearias relacionadas con acontecimientos políticos singulares de especial interés para la evolución de la monarquía.

4. Las posibilidades interpretativas bajo perspectiva hispánica

La circunstancia decisiva que se ha podido comprobar a lo largo de nuestro recorrido y que toma un relieve histórico de primer orden ha consistido en la comprobación en los distintos reinos hispánicos de la incorporación de alguna forma de presencia o representación urbana a ciertas asambleas políticas convocadas desde la monarquía, frecuentemente bajo la forma de las tradicionales curias regias y que implican, por tanto, la intervención, bajo diversas posibilidades de influencia, de esta presencia urbana en iniciativas políticas de primer orden para las necesidades políticas y de gobierno generales del reino.

Es un hecho común a la mayor parte de los casos considerados la debilidad documental sobre la que cabe sustentar su análisis. En buena parte de las manifestaciones de asambleas políticas de esta época, cuando poseen una documentación específica, y cuando ésta resulta lo bastante fiable, cosa que sólo sucede en un número bastante exiguo de casos, la información que se nos ofrece con relación a lo que fue su perfil representativo suele resultar bastante limitado. Abundan, a su vez, los casos en los que toda la información se limita a textos de carácter narrativo, fundamentalmente crónicas, de fiabilidad mucho más limitada y que frecuentemente adolecen de falta de unanimidad cuando cabe disponer de distintos textos para un mismo acontecimiento. En definitiva, es necesario asumir unas limitaciones informativas evidentes para cualquier intento de aproximación a lo que fueron las distintas manifestaciones de asambleas representativas en el mundo hispánico con anterioridad a mediados del siglo XIII, tal como aquí nos interesaba abordar.

A estas deficiencias informativas, hay que añadir la inestabilidad institucional observada, que se revela principalmente en la falta de periodicidad y de continuidad de las convocatorias. Esto podría hacer pensar en una cierta falta de confianza de la monarquía hacia este recurso al que, tal como se observa con cierta frecuencia, parece que se acude sobre todo en situaciones políticas extremas, en las que la monarquía parece precisar de una legitimidad extraordinaria.

A pesar de lo que se acaba de señalar, nada de esto resta importancia a un conjunto de experiencias que, para los distintos reinos, contribuirán decisivamente a un proceso de lenta maduración institucional de la práctica representativa.

En el impulso de este proceso estuvo presente una compleja multicasualidad resultante de varias circunstancias, de peso distinto, según los distintos ámbitos políticos, que responden principalmente, por un lado, a necesidades y proyectos conectados directamente con la propia evolución de las monarquías y, por otro lado, las referidas a las transformaciones socioeconómicas vinculadas con la expansión urbana.

Con relación a las primeras, las que responden a necesidades y proyectos resultantes de la evolución de las monarquías, cabe destacar, en primer lugar el impulso de nuevas dinámicas de expansión territorial, tanto en el caso aragonés como en el castellano-leonés. En el caso castellano-leonés el nuevo impulso de las actividades de frontera hizo más necesaria la participación concejil desde tiempos de Alfonso VIII a los de Fernando III, lo que debe ser tenido en cuenta a la hora de explicar el que desde la monarquía se tuviera más en cuenta a los concejos. Aún más evidente resulta este aspecto si nos referimos al caso aragonés, en donde la manifestación más solemne de curia regia con intervención urbana del periodo considerado será la que se produce en 1228, bajo el motivo inmediato de la expansión aragonesa sobre las Baleares.

La primera mitad del siglo XIII fue una época de decisiva expansión del poder regio desde el punto de vista de hacerse más presente en toda la territorialidad del reino. Nada de esto era posible sin contar con la colaboración concejil. Así no faltarán los ejemplos en que se hace presente la demanda regia de contar con el respaldo de los hombres de las ciudades a la hora de asegurar la mayor eficacia monárquica en el marco local. Algo parecido puede decirse con respecto a unas necesidades expansivas en lo fiscal y lo financiero que precisaban de la colaboración de las ciudades.

Además, las monarquías se fueron haciendo más conscientes de que, en las situaciones de déficit de legitimidad, éste no se podía subsanar con el tradicional recurso a la coacción, haciéndose necesario, por el contrario, llevar a cabo esfuerzos dirigidos a crear marcos de consenso más amplios que comprometieran a unas fuerzas sociales y políticas emergentes identificadas con los elementos más conspicuos de las principales ciudades y villas. De ahí que muchas de las asambleas estudiadas sean expresión, sobre todo, de una preocupación desde las monarquías por ejercer una forma de poder ritual que por sí mismo contribuía a generar nuevos fundamentos de legitimidad política. No es descartable que para ello se hubiera tenido

presente la experiencia pontificia que había demostrado la eficacia de las convocatorias conciliares lateranenses para consolidar, amplificar y dotar de mayor legitimidad su proyecto teocrático.

Circunstancias no menos relevantes cabe valorar desde la perspectiva ya anunciada de las transformaciones socioeconómicas asociadas a la expansión urbana. Tal como se ha señalado en alguna ocasión, es necesario tener en cuenta «la vinculación entre el hecho puntual de la convocatoria de los ciudadanos y las transformaciones estructurales que se vienen operando en la sociedad castellano-leonesa a lo largo de los siglos XII y XIII»[176]. La expansión demográfica, junto con el impulso de las actividades productivas que se venía dando en las ciudades, convertía a éstas en colaboradoras imprescindibles de las necesidades monárquicas a las que se acaba de hacer referencia. Si, en unos casos, el concurso de la denominada caballería villana se hacía especialmente interesante como consecuencia de su posible aportación a las iniciativas de conquista y frontera[177], en otros casos, los grupos con mayor iniciativa artesanal y mercantil, como consecuencia de sus crecientes posibilidades de aportación a las necesidades financieras y fiscales de la monarquía, habrían de ser tenidos especialmente en cuenta por ésta.

Más allá de esta hipótesis general, cabe plantear otras muchas preguntas a las que no resulta fácil dar respuesta, pero que no por ello deben dejar de ser planteadas: ¿hay un perfil social característico de participación urbana para cada reino? ¿En qué sentido evoluciona este perfil social? ¿Varía ese perfil social en función de los objetivos específicos de las asambleas convocadas atendiendo a la prevalencia de objetivos militares, fiscales y financieros o ceremoniales?

Por otra parte, si la incorporación de la presencia urbana debe valorarse como el aspecto más característico, parece bastante probable que también se produjera un incremento de aquellos grupos sociales ya presentes

176. José María MÍNGUEZ FERNÁNDEZ, «La transformación social de las ciudades y las Cortes de Castilla y León», *Las Cortes de Castilla y León en la Edad Media. Actas de la Primera Etapa del Congreso Científico sobre la Historia de las Cortes de Castilla y León*, II, Valladolid, 1988, p. 15.

177. Armand ARRIAZA, «The Castilian bougeoisie and the "caballeros villanos" in the "concejo" before 1300: A revisionist view», *Hispanic American Historical Review*, 63 (1983), pp. 317-536; Carlos ASTARITA, «Caracterización económica de los caballeros villanos de la Extremadura castellano-leonesa: siglos XII-XV», *Anales de Historia Antigua y Medieval*, 27 (1994), pp. 11-83 y José Antonio JARA FUENTE, «La ciudad y la otra caballería: realidad político-social e imaginario de los caballeros (villanos)», en *La chevalerie en Castille à la fin du Moyen Âge. Aspects sociaux, idéologiques et imaginaires»*, edic. de G. Martin, París, 2001, pp. 27-44.

tradicionalmente en la curia regia, es decir, ricoshombres y prelados, lo que supondría un paso más en el camino hacia el perfil institucional definitivo de las reuniones de Cortes. Con ello, se abundaba aún más en esa búsqueda de un fundamento legitimador más sólido de un poder real con objetivos más ambiciosos.

Si centramos nuestra atención en lo que fue la acción representativa conviene aplicar ciertas cautelas críticas. La presencia urbana en las curias regias no debe considerarse necesariamente como expresión de una capacidad de representación. En muchas ocasiones, sobre todo en las reuniones de perfil más ceremonial y menos legislativo, cabe pensar que esa acción representativa tuviera un perfil menor o simplemente pudiera considerarse como irrelevante en cuanto a capacidad de ejercicio de influencia política, aunque innegable desde el punto de vista de la legitimación de la iniciativa política que había motivado la reunión.

En efecto, más allá de la propia comprobación, siempre excepcional, de la capacidad representativa, la propia variedad de los objetivos de la reunión resulta determinante. Los objetivos más habituales fueron las regulaciones económicas y fiscales, la búsqueda de colaboración para garantizar la paz y la justicia, los proyectos militares y la ritualización de ciertos consensos políticos. Mientras que en el caso de las regulaciones económicas y fiscales y en los proyectos militares se hacía especialmente conveniente contar con la plasmación de un acto representativo efectivo; en el caso de la colaboración para garantizar la paz y la justicia y en la ritualización de ciertos consensos políticos podríamos estar más bien ante nuevas formas de plasmación del tradicional *auxilium* y *consilium* feudal.

Desde luego, resulta difícilmente explicable la expansión observada por estas asambleas representativas, o aparentemente representativas en algunos casos, sin tener en cuenta la importancia que en ciertos momentos decisivos de la evolución política de cada reino se reconoció en este tipo de prácticas de cara a plasmar la presencia de un poder ritual que daba mayor legitimidad y solidez a la propia institución monárquica que ya no parecía bastarse, en contextos de crisis política, con la intervención de unas curias regias limitadas a la tradicional presencia magnaticia. Acontecimientos como los considerados para Aragón en 1214, Navarra en 1231 y 1234, Castilla en 1219 o León en 1230, nos dan buen ejemplo de ello.

De este modo, por encima de su efectiva significación desde el punto de vista de su influencia sobre la gobernación del reino, en los casos en que la tuvieran, algunas las asambleas políticas más significativas convocadas por estos años parecen responder a las exigencias resultantes de la propia evolución del poder real que apuntarían a su necesidad de dotarse

de un poder ritual sobre el que asentar las nuevas aspiraciones de la función regia. En tal sentido, estaríamos ante la necesidad de interpretar la expansión de estas asambleas políticas como una expresión muy característica del nacimiento de una nueva cultura política[178].

Tal como se ha podido ver, durante el periodo considerado, la escenificación de este poder ritual puede considerarse como central en el impulso de estas prácticas en mayor o menor medida representativas con participación urbana. De este modo, de una manera inestable y desigual, se fueron acumulando ocasionales experiencias con las que se daba fundamento a lo que algunas décadas después acabaría tomando un perfil institucional característico y peculiar para cada reino bajo la forma de lo que en cada caso conocemos como Cortes.

178. Aunque para ámbitos y épocas distintos, pueden tenerse en cuenta los siguientes trabajos: Michael Hicks, *English political culture in the fifteenth century*, Londres, 2002; Phillip J. Bradford, *Parliament and political culture in early 14th-century England*, York, 2007.

English Liberties, Magna Carta (1215) and the Spanish Connection

Nicholas Vincent

As in most things European, England stands annoyingly and eccentrically apart. The present volume is intended to commemorate the events of the years 1212, 1213 and 1214 as a decisive turning point in European history. Yet the kings of England chose to fight their decisive battle not in any of these years but in 1066, one hundred and fifty years before Las Navas de Tolosa. Las Navas, Muret and Bouvines were all fought within the conventional summer campaigning season of July to September. Hastings in 1066 was a far colder and more brutal affair, fought in October, after the season for European camping holidays is generally considered to have come to an end. Battles were and remain dangerous events, all too liable, to turn suddenly from victory into defeat as a result of a single moment of human or animal panic. King Henry II, the founder of the Plantagenet empire and in his day the most successful and celebrated king in Europe, fought not a single battle. Nor did his elder son, Richard the Lionheart, despite being commemorated as the greatest warrior in Christendom[1]. In what follows, I intend to deal with the reign of another member of this same Plantagenet dynasty, with Henry II's younger son, King John, ruler of England and of Gascony during the decisive years from 1212 to 1214[2]. Like his father and elder brother, John fought in many wars but never once in a pitched battle. If asked to name the decisive date in his reign, with that eccentricity for

1. See here John Gillingham, «Richard I and the Science of War in the Middle Ages», in Gillingham, *Richard Coeur de Lion: Kingship, Chivalry and War in the Twelfth Century*, London, 1994, pp. 211-26.

2. There are standard biographies of King John by Sidney Painter, *The Reign of King John*, Baltimore, 1949, and by W.L. Warren, *King John*, London, 1961. See also the valuable collection of essays edited by Stephen Church, *King John: New Interpretations*, Woodbridge, 1999.

which they are famed, most English historians would cite no war, no battle, and no event within the period that our conference celebrates. Instead, with universal accord, they would name 1215.

1215 matters in English history because it is the date of Magna Carta (even in Spanish «La Carta Magna'), a treaty of peace not war, made between King John and his barons, issued at Runnymede on the Thames in June 1215. At Runnymede, King John set his seal to the most comprehensive attempt yet made to place permanent limitations upon the King's right to rule as he, rather than his subjects, saw fit[3]. Magna Carta is still regarded, indeed venerated as a fundamental cornerstone of English, American and Anglophone constitutional liberties throughout the world[4]. As a historical relic, it has few rivals within the English-speaking world. In 2007, one of the few surviving examples of an original Magna Carta still in private hands, albeit from a late reissue of the 1290s, sold at Sotheby's in New York for twenty-one million dollars: truly the commodification of *res publica*, indeed a commercialization of liberties in many ways quite contrary to the spirit of Magna Carta itself[5].

In what follows, I hope to demonstrate that the problems that eventually led King John to Runnymede, and even the constitutional liberties which the King was persuaded to grant to his English subjects, were touched by and to some extent brought into being as a result of contingencies and precedents either from Spain or from those southern French lands with which the Spanish kingdoms bordered. Mine is not the first attempt to demonstrate the Spanish or southern French roots of England's Magna Carta. Since at least the mid nineteenth century, beginning with the work of the jurists Mariehalar and Manrique in 1861, Spanish historians have noted the extent to which rights of widows (Magna Carta c.8), the establishment of a royal tribunal in a fixed place (Magna Carta c.17), judicial process (c.39), judgment by peers (c.21) and the voting of subsidies to the King (c.12), all major themes in King John's charter of 1215, were already

3. The standard account here remains that by James C. Holt, *Magna Carta*, 2nd ed., Cambridge, 1992, and see also Ralph V. Turner, *Magna Carta Through the Ages*, Harlow, 2003.

4. For the best introduction to the history of the charter's reception in early-modern times, see Faith Thompson, *Magna Carta, its Role in the Making of the English Constitution, 1300-1629*, Minneapolis, 1948.

5. I was fortunate to have been asked to write the catalogue for this sale, to date the only (lavishly illustrated) listing of the documentary evidences for the issue not just of 1297 but of all original manuscripts of the charter: *The Magna Carta*, Sotheby's Sale Catalogue, New York, 18 December 2007.

comprehended within Spanish law[6]. The emergence of local municipal or feudal jurisdictions in the Pyrenean kingdoms governed by their own «fueros» or local customs confirmed by the crown, and the emergence of representative assemblies, the «Cortes», in the kingdoms of León (1188) and Aragon (perhaps as early as the 1160s) offering counsel to the King and in certain instances placing limitations upon the King's exercise of sovereign authority, are all suggestive of various aspects of the settlement embodied in the English Magna Carta of 1215[7].

The very idea of a royal charter of liberties, promising alleviation of abuses to the realm, can itself be traced not merely to previous English examples, most notably to the coronation charter of King Henry I issued in 1100, but to Spanish and southern French precedents set in the thirty years before 1215. In 1188, for example, King Alfonso IX of León had promulgated ordinances on the Cortes of León conferring feudal privileges on his vassals, agreeing not to make peace or war without the assent of bishops and nobles[8]. In 1205, in the midst of financial problems caused by his ambitious plans to make war beyond his frontiers, King Pedro II of Aragon drafted but apparently did not issue a brief charter of liberties for his subjects in Catalonia, promising an end to new or excessive taxes, the appointment only of local men as royal officials to administer «common justice» and the right and custom of the land, to be appointed «with the counsel of magnates and the wise men of that land», guaranteeing the maintenance of the coinage of Barcelona, the whole of this arrangement being secured under oath by the King[9]. North of the Pyrenees but still within the same jurisprudential orbit, in December 1212, Simon de Montfort, leader of the Albigensian crusade, had issued in the so-called «Statute of Pamiers», the only one of these southern constitutional documents that approaches the scale of the 1215 English Magna Carta, amongst other things forbidding the sale of justice (c.13), legislating on the disposition of heirs,

6. Amalio Mariehalar and Cayetano Manrique, *Historia de la legislación y recitationes del derecho civil de España*, Madrid, 1861, ii, p. 443, as cited by Rafael Altamira, «Magna Carta and Spanish Mediaeval Jurisprudence», in *Magna Carta Commemoration Essays*, ed. Henry E. Malden, London, 1917, pp. 227-43 at p. 228.

7. The literature in English here includes Joseph F. O'Callaghan, *The Cortes of Castile-León, 1188-1350*, Philadelphia, 1989, and most recently Thomas N. Bisson, *The Crisis of the Twelfth Century*, Princeton, 2009, esp. pp. 556-72.

8. Holt, *Magna Carta*, pp. 25, 77-8.

9. Thomas N. Bisson, «An "Unknown Charter" for Catalonia (1205)», in Bisson, *Medieval France and her Pyrenean Neighbours*, London, 1989, pp. 199-212, as noticed by Holt, *Magna Carta*, p. 25.

marriage portions and the remarriage of widows (cc.43-6) and specifying that the rulers of the new crusading state of Toulouse and Narbonne were not entitled to service save by grace and at the ruler's pay (c.17). Ten of the eleven opening clauses of the Statute of Pamiers guarantied freedoms to the Church and the maintenance of ecclesiastical privilege and discipline, thereby forestalling, at least in the most general of terms, the English legislation of 1215 that itself opens with an undertaking, granted to God, that «The English Church be free»[10].

Although there can be no certainty here, it is not difficult to suggest means by which earlier Spanish legislation, or the Statute of Pamiers, might have become known to those in and around the court of King John of England. The marriage of his elder sister Eleanor to the King of Castile, and in particular the development of a Spanish interest in the cult of St Thomas Becket (itself, it should be noticed, a cult which placed particular emphasis upon concepts of «liberty» and the freedom of the Church), had already ensured close links between Spain and the court of King Henry II[11]. The marriage of Richard, John's elder brother, to Berengaria of Navarre, and the subsequent negotiation by John of a territorial and financial settlement with Sancho of Navarre, including a perpetual alliance agreed in 1201-2, were further signs of this Anglo-Spanish connection[12]. John himself took a keen interest in the progress of the Albigensian Crusade, not least because the territories in which the crusaders operated, especially the Agenais and Quercy, either bordered John's duchy of Aquitaine or were comprehended within it. Simon de Montfort, the crusade's leader, was himself sprung from the frontiers of Normandy and France, claimant to the English earldom of Leicester[13]. In April 1214, less than two years after the issue of Montfort's Statute of Pamiers, John himself travelled south to the Garonne, issuing

10. Claude De Vic and Jean-Joseph Vaissete, *Histoire générale de Languedoc*, new ed., 16 vols, Toulouse, 1872-1905, viii, cols.625-35, as noted by Holt, *Magna Carta*, p. 78.

11. For the Spanish connection to the cult of Becket, see most recently, Richard Gameson, «The Early Imagery of Thomas Becket», in *Pilgrimage: The English Experience from Becket to Bunyan*, ed. Colin Morris and Peter Roberts, Cambridge, 2002, p. 51.

12. John Gillingham, «Richard I and Berengaria of Navarre», in Gillingham, *Richard Coeur de Lion*, pp. 119-39; Nicholas Vincent, «Isabella of Angoulême: John's Jezebel», *King John*, ed. Church, pp. 182, 185-8.

13. In general, see Nicholas Vincent, «England and the Albigensian Crusade», in *England and Europe in the Reign of Henry III (1216-1272)*, ed. Björn K.U. Weiler and Ifor W. Rowlands, Aldershot, 2002, 67-97; Idem, «The Plantagenets and the Agenais (1150-1250)», in *Les Seigneuries dans l'espace Plantagenêt (c.1150-c.1250)*, ed. Martin Aurell and Frédéric Boutoulle, Bordeaux, 2009, pp. 417-56.

letters of protection at La Réole and dispatching an English garrison eastwards to Marmande, later, after the English withdrawal, the scene of one of the more notorious massacres of the Crusade[14].

There is no difficulty in establishing a connection between the Pyrenean kingdoms and England or in supposing that Englishmen might have known both of the Spanish Cortes and of the Statutes of Pamiers. The problem, however, remains the impossibility of proving direct Spanish or southern French influence over the terms of Magna Carta itself. Across the «feudal» world, common problems led to common solutions. Simon de Montfort did not need to copy Spanish solutions, any more than King John needed to copy either the solutions of de Montfort or those of earlier kings of León or Aragon. As Sir James Holt puts it, «There is no need to explain the many similarities between [these privileges] as derivatives from some basic grant or legal code»[15]. Even with the southern legislation closest in date, scale and significance to Magna Carta, Holt suggests, «There is no sound reason .... for believing that [Magna Carta] ... owed anything directly to ... the Statute of Pamiers»[16]. Pamiers clause 13 decreeing that justice was to be freely given, whilst in some ways forestalling Magna Carta c.40, merely reiterates a universally agreed principle, to be found, for example, in English ecclesiastical legislation from the 1180s onwards[17]. The freedom of the Church, trumpeted in the opening clauses both of Pamiers and Magna Carta, was likewise something long proclaimed, not least in the opening clause of Henry I's coronation charter of 1100[18]. To this extent, the pursuit of the Spanish or French roots of Magna Carta has proved, if not a completely wasted effort, then a rather remote digression from a quest that can be more convincingly followed through the citation of English politics and legal precedent. However, before we allow this Anglophone or Anglo-Saxon particularism entirely to dominate the debate, and before English history is once again declared off-limits to European scrutiny, as the exclusive preserve of true born Englishmen citing only English sources and referring only to the work of their fellow English scholars, I wish to

14. Vincent, «England and the Albigensian Crusade», p. 76.

15. Holt, *Magna Carta*, p. 80.

16. Holt, *Magna Carta*, pp. 285-6.

17. Holt, *Magna Carta*, p. 285, and cf. *Councils and Synods with Other Documents Relating to the English Church: I part 2 (1066-1204)*, ed. Dorothy Whitelock, Martin Brett and Christopher N.L. Brooke, Oxford, 1981, p. 1050 c.10; John W. Baldwin, *Masters, Princes and Merchants*, 2 vols, Princeton, 1970, i, p. 192.

18. *Councils and Synods,* ed. Whitelock, Brett and Brooke, p. 654 («sanctam Dei ecclesiam imprimis liberam facio»).

suggest other ways, besides proving direct imitation, in which the history of England after 1212 can be seen to march in direct step with the history of western Europe and in particular with the history of the principalities immediately north and south of the Pyrenees.

We need to begin here with some sort of context. John, the younger son of Henry II, who came to the throne of England in 1199, is generally regarded as one of the worst of English kings: a murderer, a lecher and a tyrant. We are fortunate that he is also, in many ways, the best documented of all medieval tyrants; the sheer quantity of the written evidence that survives for John's realm after 1199 puts England in an entirely different documentary category to other parts of Europe[19]. It should also be pointed out that a large part of this documentary mountain, a large part little explored by English historians, concerns the King's lands in Gascony and southern France.

Why was John judged a tyrant? As a result of rebellions in Brittany and his lands in Poitou led by his nephew, Arthur of Brittany, in 1202 John won his only known feat of arms (a skirmish rather than a battle) when he defeated Arthur at Mirebeau on the Loire. But thereafter, Arthur disappeared into captivity. It was widely supposed that he had been murdered at John's command. The outcome was a French invasion of John's territories north of the Loire and in 1204 the conquest of Normandy by Philip Augustus King of France. In less than two years, the Plantagenet «empire» founded by John's father, Henry II, and, at its centre, the unity of England and Normandy first established by the Norman conquest of 1066, shattered under the pressure of this Capetian campaign itself supported by rhetoric against John's tyrannical and unChristian kingship[20].

A King who had failed in war and who had been shown in the most public fashion to lack God's favour now found himself pledged to the recovery of his French lands and to the raising of the vast treasure required for this purpose. Moreover, a King who had previously ruled England from France, was now forced into permanent residence in England. A libertine of evil repute, suspected of the murder of hostages or prisoners, up to and including his own nephew, accused of forcing his attentions upon the daughters and wives of his own barons, was now forced into permanent

19. For John's innovations here, see Nicholas Vincent, «Why 1199? Bureaucracy and Enrolment under John and his Contemporaries», in *English Government in the Thirteenth Century*, ed. Adrian Jobson, Woodbridge, 2004, pp. 17-48.

20. For all of this, see Warren, *King John*, and Holt, *Magna Carta*.

cohabitation with his English subjects. Moreover, John was the victim of economic circumstance well beyond his personal control. Chronic monetary inflation had already ensured the devaluation of traditional sources of royal income from lands and rents. John was thus forced to seek for treasure and for additional sources of revenue in order to carry out his projected campaign of reconquest in France at the worst possible moment and with the greatest possible unpopularity[21].

Added to this, almost immediately after the loss of Normandy, Pope Innocent III insisted upon intervening in a disputed election to the archbishopric of Canterbury, to impose his own candidate as archbishop and leader of the English Church. As a Parisian long familiar with England's principal enemies in France, the pope's candidate, Stephen Langton, was entirely unacceptable to King John, who refused to allow him possession of his archbishopric. After two years of tense negotiations, and with Langton now claiming to follow in the tradition of Saint Thomas Becket, as chief protector of England's «liberties», in 1209, a papal sentence of interdict was placed upon the entire English Church. In theory, from 1209, the Christian faithful of England were denied the sacraments, including the Mass or burial in consecrated ground. The King himself was personally excommunicated. Remembering the precedents set by those bishops who, in the 1160s, had failed to support Becket and had instead remained in and around the court of Henry II, after 1209 most of the English bishops fled into exile, either in France or Scotland[22].

So we come at last to the events of 1212 and the period which most keenly concerns us here. In May 1212, not only had John entered his thirteenth year as King, but he had summoned a great army to attend him at Portsmouth ready to sail for the reconquest of his continental lands. This expedition was cancelled, firstly because of threat of a rebellion in Wales, secondly and far more seriously when the details began to emerge of a conspiracy against the King. In July 1212, just as the combined armies of Navarre, Aragon and Castile were preparing to go into battle at Las Navas de Tolosa, rumours began to circulate of a baronial plot to kill the King or to abandon him in battle to the Welsh. John was forced to call off his Welsh campaign and instead to deal with the alleged conspirators. To this end, in

21. The economic aspects here were first explored in a classic article by Paul. D.A. Harvey, «The English Inflation of 1180-1220», *Past and Present*, 61 (1973), pp. 3-30, with criticism by Paul Latimer, Jim L. Bolton and Nick Barratt in *King John*, ed. Church, pp. 27-99.

22. The best account here is supplied by Christopher R. Cheney, *Pope Innocent III and England*, Stuttgart, 1976, esp. pp. 298-325.

August 1212, he summoned six knights from every county of England to attend his court[23]. This summons (vitally significant as the first precedent for the summoning of county knights to take counsel with the King, later a key element in the constitution of the English parliament), appears to have suggested that two particular barons, Robert fitz Walter and Eustace de Vescy, were responsible for the plot against the King's life. Both men fled into exile, Eustace to Scotland, Robert to France[24].

Theirs was not the first baronial rebellion against a Plantagenet King. As recently as 1209, for example, John had led a campaign into Ireland to deal with another rebel baron, William de Braose, a disgraced former member of the King's household. Braose was forced out of Ireland, as were various other leaders of the English colony there, including Hugh de Lacy, lord of Ulster, who in the aftermath found service with Simon de Montfort and the Albigensian crusade (an important link this between the baronial rebels of England and the movement that later in 1212 produced the godly Statute of Pamiers)[25]. In 1211, when Braose died in Paris, his funeral was conduced by the exiled archbishop of Canterbury, Stephen Langton[26]. The archbishop's own brother, Walter Langton, was at precisely this time fighting alongside both Simon de Montfort and Hugh de Lacy in the Albigensian Crusade in southern France[27].

The plot disclosed in the summer of 1212 was nonetheless of momentous consequence: a conspiracy not merely to oppose but physically to kill the King. What is doubly remarkable here is that, in its aftermath, the plot's leaders managed to make common cause with the English Church and specifically with Langton and the exiled English bishops. Within less than a year, papal representatives were demanding that no settlement with the Church could be made by King John until he rescinded the exile and

23. *Rotuli Litterarum Clausarum*, ed. Thomas D. Hardy, London, 1833, p. 132, proclaiming a moratorium on Jewish debt summoned by the King, as well as demanding the attendance of six knights from each county.

24. For the flight of the rebels, see *Rogeri de Wendover Chronica sive Flores Historiarum*, ed. Henry O. Coxe, 5 vols, London, 1841-4, iii, pp. 238-40.

25. For Braose's rebellion, see now David Crouch, «Baronial Paranoia in King John's Reign», and idem, «The Complaint of King John Against William de Briouze (*c*. September 1210)», in *Magna Carta and the England of King John*, ed. Janet S. Loengard, Woodbridge, 2010, pp. 45-62, 168-79, and for Hugh de Lacy's crusade, Vincent, «England and the Albigensian Crusade», p. 73.

26. *Annales Monastici*, ed. H.R. Luard, 5 vols, London, 1864-9, i (Margam) p. 31.

27. Vincent, «England and the Albingensian Crusade», pp. 73-4.

pardoned the rebellion of Robert fitz Walter and Eustace de Vescy[28]. A baronial-ecclesiastical alliance had thus been forged that was to prove of crucial significance in the negotiations leading up to Magna Carta in 1215.

What lay behind this alliance? In part it can be explained by the personality of Stephen Langton, and by Langton's preconceived notions of a «congregatio fidelium», a congregation of all the faithful, lay and ecclesiastical alike, placed under the leadership of the Church[29]. In part, it reflected a shared dislike by churchmen and barons of various of the techniques of John's government: the fact, for example, that 1212 had witnessed a particularly rapacious enquiry into the King's northern forests, leading to heavy fines[30]. Attempts to forge such an alliance had been made, with only limited success, as early as 1173-4, during the last great rebellion against Plantagenet rule, when various of the leading rebels against King Henry II, the father of King John, had claimed to be acting for the liberty of the English Church and in vindication of the cause championed by the late St Thomas Becket of Canterbury[31]. There are other similarities between the period of rebellion after 1173 and that from 1212 onwards that deserve notice here. One would be the fact that, both in 1173-4 and in 1212, baronial rebellion seems to have followed contingently from attempts by the King to survey the landholding and financial resources of his barons: in 1171-2, such a survey had been launched in Normandy in continuation of a survey of English knights» fees first undertaken in 1166, and it is surely no coincidence that, in the 1170s, it should have been the barons of Normandy who were especially attracted to the rebel cause[32]. In 1212, King John launched an inquest into landholdings in England that, to judge from the fragmentary

28. *Councils and Synods with Other Documents Relating to the English Church: 2 part 1 (1205-1265)*, ed. F.M. Powicke and Christopher R. Cheney, Oxford, 1964, pp. 14-15; Cheney, *Innocent III and England*, p. 338.

29. For Langton, see now John W. Baldwin, «Master Stephen Langton, Future Archishop of Canterbury: The Paris Schools and Magna Carta», *English Historical Review*, 123 (2008), pp. 811-46, esp. pp. 822, 834, and more generally, Nicholas Vincent, «Stephen Langton, Archbishop of Canterbury», in *Etienne Langton*, ed. Nicole Bériou, Gilbert Dahan and other, Brepols, 2010.

30. David Crook, «The Forest Eyre in the Reign of King John», in *Magna Carta,* ed. Loengard, pp. 63-82, esp. pp. 77-80, noting John's almost immediate suspension of the eyre, as soon as news reached him of the baronial plot against his life.

31. See in particular the letters of Henry, eldest son of Henry II, in *Recueil des Historiens des Gaules et de la France*, ed. Michel Bouquet and others, 24 vols, Paris, 1734-1904, xvi, pp. 643-8.

32. Nicholas Vincent, «Les Normands de l'entourage d'Henri II Plantagenêt», *La Normandie et l'Angleterre au Moyen Age*, ed. Pierre Bouet and Véronique Gazeau, Caen, 2003, pp. 84-7.

returns that still survive, was the most detailed and potentially oppressive such survey attempted since the Domesday inquest of the 1080s. The 1212 inquest was initiated by a writ of 1 June which ordered the completion of returns by 25 June, and can therefore be accounted a potential cause of the baronial rebellion that broke out in July or August that year, rather than a consequence[33]. Intriguingly, both in 1173 and in 1212, rebellion followed on from royal expeditions to Ireland, by Henry II in 1171-2 and by John in 1210, that perhaps offered rather too practical a demonstration of the ways in which an angry king might deal with rebels who were disunited or unsuccessful (nearly two hundred years later, similar things were to happen as a result of King Richard II's Irish expedition of 1399)[34].

In part, nonetheless, the upsurge of resistance needs to be traced to the specific personality of King John and in particular to the crimes, or rumours of crimes, with which the King was charged. King John's overriding ambition throughout his reign had remained the recovery of his French lands lost since 1204. John's proposed continental expedition of May 1212, which in the event and in light of the revelations of rebellion and conspiracy never sailed, had been intended to co-ordinate its activities with allies in northern France, including the counts of Flanders, Boulogne and Bar, with the emperor Otto IV and the duke of Limbourg, and perhaps with King John's friends further south, most notably Raymond of Toulouse[35]. This leads us directly to yet another novel and momentous aspect to the baronial conspiracy of 1212. According to at least one contemporary chronicler, the rebel barons had conspired not only to murder King John but to elect a successor in his place. The man they are rumoured to have chosen was Simon de Montfort, claimant to the English earldom of Leicester, crusader and scourge of heresy, in 1212 widely reckoned the most orthodox warrior in Christendom[36].

33. *Liber Feodorum. The Book of Fees commonly called Testa de Nevill*, ed. H.C. Maxwell-Lyte, 3 vols, London, 1920-31, i, pp. 52-228, with the writ recited at p. 52. I am indebted to Hugh Doherty for his assistance here.

34. Both of the men identified as principal leaders of the 1212 rebellion, Robert fitz Walter and Eustace de Vescy, had served in Ireland in 1210: *Rotuli de Liberate ac de Misis et Praestitis*, ed. Thomas D. Hardy, London, 1844, pp. 182, 203, 205, 222. Fitz Walter had subsequently witnessed the King's communiqué setting out the circumstances of the outlawry of William de Braose: Crouch, «The Complaint of King John», p. 179.

35. *Rotuli Litterarum Clausarum*, pp. 116, 129b, 130; Vincent, «England and the Albigensian Crusade», p. 74.

36. *Annales Monastici*, iii, (Dunstable), p. 33, misdated to 1210 but clearly related to the baronial conspiracy revealed at Nottingham in 1212.

As this should remind us, the paranoia of the years of Interdict after 1209 showed itself not just in the mutual suspicions of king and barons but in allegations that the King, not least as a friend and kinsman of Count Raymond of Toulouse, was himself an abetter of heresy to be extirpated as an apostate or even as an infidel[37]. Accusations against John ran even deeper than this. According to the St Albans chroniclers not only did John lend support to heretics but he was in negotiation, at precisely this time, with the Almohad caliphate of Morocco, proposing to convert to Islam in return for assistance against his enemies in France[38]. The story as it stands is entirely implausible. It nonetheless emerged from real circumstances, from negotiations that almost certainly did take place at around this time between England and the Almohads, concerned not with any proposed apostacy but with King John's attempts to ensure Almohad neutrality in order that he might cement an alliance with the King of Aragon and the count of Toulouse, to open a third front in those hostilities against Philip Augustus of France that remained John's chief and overriding ambition[39].

As this suggests, rumours were almost as significant as reality both in tarnishing the reputation of King John and in the frustration of his schemes. Such rumours were advertized in 1212 with particular insistence in the preaching of a Yorkshire hermit, Peter of Wakefield, who, at some time during King John's thirteenth year (May 1212-May 1213), began to proclaim that the King would forfeit his crown before the coming feast of the Ascension. Peter's prophecies, his arrest by the King and his subsequent execution, torn apart between galloping horses, were widely reported[40]. The prophecies themselves fitted neatly into a trans-European upsurge of apocalypticism, in part associated with the teachings of Joachim of Fiore, in part with the willingness, even of Pope Innocent III, to believe that such events as the seizure of Constantinople by the army of the Fourth Crusade in 1204 or the emergence of heresy in Languedoc in some way marked the unfolding of a

37. See, for example, VINCENT, «England and the Albigensian Crusade», p. 74; Christopher R. Cheney, «The Alleged Deposition of King John», in *Studies in Medieval History Presented to F.M. Powicke*, ed. Richard W. HUNT, Oxford, 1948, pp. 100-16.

38. Matthew Paris, *Chronica Majora*, ed. H.R. LUARD, 7 vols, London, 1872-84, ii, pp. 559-66.

39. Nevill BARBOUR, «The Embassy Sent by King John of England to Miramolin, King of Morocco», *Al-Andalus*, 25 (1960), pp. 373-81.

40. For Peter, see *Memoriale fratris Walteri de Coventria. The Historical collections of Walter of Coventry*, ed. William STUBBS, 2 vols, London, 1872-3, ii, pp. 208, 212; *Annales Monastici*, ed. LUARD, i, p. 60, ii, p. 278, iii, p. 34, iv, pp. 56-8; Wendover in Paris, *Chronica Majora*, ed. LUARD, ii, pp. 535, 541, 546-7; CHENEY, *Innocent III and England*, pp. 327-8

major new stage in God's plan for mankind[41]. On Wednesday, 11 July 1212, less than a week before the Monday of Las Navas de Tolosa, and at precisely the same time that rumours of rebellion first began to circulate at the English court, a great fire engulfed London Bridge and the Southwark suburbs of London south of the Thames. This too was interpreted in an apocalyptic sense, as proof that London itself had declined to the status of Old Testament Sodom. According to one contemporary, where the sins of a previous age had been tried in the waters of Noah's Flood, only those of Sodom and London were judged by God to merit destruction by fire[42]. 1212 was itself a year of marvels, with the victory at Las Navas de Tolosa and Simon de Montfort's activities in Languedoc not least amongst them. In liturgical terms, it marked a peculiar convergence, with the feast of Easter falling on 25 March, the feast day of the Annunciation. Such a conjunction had occurred before, but it is worth noting that it linked 1212 to the year 1095, the year of Urban II's first summoning of the Crusade against Jerusalem, widely interpreted as a portentious climactric in divine and human history.

Fears that the King himself was about to be deposed and that the Pope would summon a French army to remove John from his throne, in turn help to explain John's decision, late in 1212, to reopen negotiations with the Church. In November 1212, royal envoys were dispatched to the papal court to discuss the terms for Stephen Langton's return to England as archbishop of Canterbury and for the eventual lifting of the Interdict. It was in response to these overtures that, in February 1213, Innocent III demanded that the King receive and pardon not just Langton but the baronial malcontents, Robert fitz Walter and Eustace de Vescy[43]. These negotiations themselves took place against a background of yet further efforts by John to launch an expedition to France.

41. Christoph Egger, «Joachim von Fiore, Rainer von Ponza und die römische Kurie», in *Gioacchino da Fiore tra Bernardo di Clairvaux e Innocenzo III*, ed. R. Rusconi, Rome, 2001, pp. 129-162; A.J. Andrea, «Innocent III, the Fourth Crusade, and the Coming Apocalypse», in *The Medieval Crusade*, ed. Susan J. Ridyard, Woodbridge, 2004, pp. 97-106. By 1210, the Parisian followers of the scholastic heretic, Aimery of Bene, were propounding a five year scheme of prophecy, claiming that by 1215 monarchy itself would have passed away: Caesarius of Heisterbach, *Dialogus Miraculorum*, ed. J. Strange, 2 vols, Cologne, 1851, i, pp. 305-306, and in general, see G. Dickson, «The Burning of the Amalricians», *Journal of Ecclesiastical History*, 40 (1989), pp. 347-369.

42. The «Annales S. Edmundi», in *Ungedruckte Anglo-Normannische Gechichtsquellen*, ed. F. Liebermann, Strasbourg, 1879, pp. 153-4.

43. *Councils and Synods*, ed. Powicke and Cheney, pp. 13-17; Cheney, *Innocent III and England*, pp. 326-37.

Early in March 1213, repeating his summons of May 1212, the King sent out letters to muster an army and a great fleet of ships, intended to embark from Portsmouth. In the event, no such expedition set sail, in part because the King's summons was ignored by a substantial proportion of those commanded to attend, in part because of mounting fears that the French were about to launch their own cross-Channel invasion. On Easter Sunday (14 April), King John revised his previous orders, instead summoning not just knights but all capable of bearing arms to attend, as a national defense force, at Dover by 21 April[44]. This army, merged with the force already assembled at Winchester and Portsmouth, was to spend the entire month of May 1213 encamped on Barham Down, midway between Canterbury and Dover. Only after 30 May could it be disbanded, when news reached England of the destruction of Philip Augustus' invasion fleet[45]. In the afermath, in July 1213 King John issued what was thus the third military summons in as many months, and the second specifically for service overseas, intending to assemble an expeditionary force to sail to France, to open the much-vaunted third front in Poitou, co-ordinating its activities with those of Raymond of Toulouse and Pedro of Aragon in the south, and with the emperor Otto and the counts of Boulogne and Holland in Flanders[46]. Negotiations between England, Aragon and Toulouse, as Martin Alvira reveals elsewhere in this volume, had been ongoing since at least November 1212[47]. As Alvira has also emphasized, the new alliance forged in the winter of 1212 between Toulouse and Aragon was itself a grotesque affair in which the English King would necessarily take an interest. The homage now sworn by Raymond of Toulouse to King Pedro, had transformed the feudal hierarchy of southern France, removing Raymond from the hostile orbit of the Capetian kings of France and instead promoting the kings of Aragon as overlords and protectors of a vast region of French territory north and east of the Pyrenees[48].

44. Thomas Rymer, *Foedera, Conventiones, Litterae ... et Acta Publica*, ed. A. Clarke, 4 vols in 7, London, 1816-69, I part i, p. 110.

45. Nicholas Vincent, «A Roll of Knights Summoned to Campaign in 1213», *Historical Research*, 66 (1993), pp. 89-97.

46. Vincent, «Roll of Knights», p. 92-4.

47. 'Misae Roll 14 John», in *Documents Illustrative of English History in the Thirteenth and Fourteenth Centuries*, ed. Henry Cole, London, 1844, pp. 245-6, 249-50, 256-9; Rymer, *Foedera*, p. 113.

48. Martin Alvira Cabrer, Laurent Macé and Damian J. Smith, «Le Temps de la "Grande Couronne d'Aragon" du roi Pierre le Catholique. À propos de deux documents relatifs à l'abbaye de Poblet (février et septembre 1213)», *Annales du Midi*, 121 (2009), pp. 5-22.

Any change to the feudal status of Toulouse had implications for the frontier lordships of King John's dominions in Gascony and in particular for the Agenais and Quercy, the regions separating Gascony from Toulouse, in theory granted to the counts of Toulouse after 1196 as the marriage portion of Joan, sister of King John, in practice still owing homage and military service to the kings of England and, towards their western borders, still placed under a degree of English military supervision[49]. In 1212, at more or less precisely the same time that Pedro of Aragon and Raymond of Toulouse were entering into alliance, John or his local agents were in the process of extracting aid from the men of Condom, south of Agen[50].

The schemes of King John, of Raymond of Toulouse and of Pedro of Aragon were conceived on a grandiose scale. This grandeur went unmatched by any degree of success. In England, no army materialized in July 1213 to answer John's summons to serve in France. The fact that this was the third general summons since March 1213, following on from a whole series of such summonses in previous years, helps to explain the indifference with which it was greeted by the English baronage[51]. Yet there was perhaps more than simple indifference here. The English armies summoned in May 1212 and then again in March and July 1213 had been intended to coordinate their activities with excommunicates and heretics: the emperor Otto, and count Raymond VI of Toulouse. Provoked by John's association with such allies, the English barons for the first time simply withheld their military service. They were to do the same, after February 1214, when King John did eventually succeed in mounting an expedition to Poitou, but when a significant proportion of the English baronage not only withheld their service but refused to pay «scutage» (the tax charged against those who owed knight service to the King and who failed to serve in person). It was this refusal of service and tax that, in due course, served as the rallying cry for baronial opposition to the crown: a decisive step on the road to Runnymede and the negotiation of Magna Carta[52].

In the meantime, King John's failure to launch his expeditionary force, as planned, in May 1212 or again in the Spring or summer of 1213 had disastrous

49. Vincent, «The Plantagenet and the Agenais», pp. 438-42.

50. J. Gardère, *Histoire de la seigneurie de Condom et de l'organisation de la justice dans cette ville*, Condom, 1902, pp. 270-6 no.5, esp. p. 274: «Cumque burgenses ab abbate et monachis multas expensas exigerunt pro clausura videlicet ville et donatione facta regi Anglie'.

51. Vincent, «Roll of Knights», pp. 94-5.

52. J.C. Holt, *The Northerners: A Study in the Reign of King John*, 2nd ed., Oxford, 1992, pp. 98-102.

consequences for his allies in the south. Deprived of English support, and denied the third front that John had promised to open up in Poitou, at Muret on 12 September 1213, the combined armies of Toulouse and Aragon were defeated in battle by Simon de Montfort. King Pedro of Aragon was killed. Count Raymond VI of Toulouse fled into exile in England, to the court of King John[53]. When King John did eventually launch his Poitevin campaign in the Spring of 1214, nearly two years late and now without the prospect of assistance from the south, the circumstances were far less propitious than might have been the case in either 1212 or 1213. In 1214, John himself made little progress in Poitou. Further north, the great alliance established around Otto IV, subsidized with vast quantities of English silver and boosted by the presence of a significant English military contingent, succumbed in battle to the superior force of Philip Augustus and the army of France. At the battle of Bouvines, in late July 1214, as Bill Jordan has already described for us, the Capetians decisively confirmed their domination over northern France. With his reputation in tatters, having squandered the vast treasure assembled over the previous decade, and with his former allies in Aragon, Toulouse and the empire now either dead or humiliated, King John returned to England in October 1214 a thrice-defeated King. The road from Bouvines to Runnymede was both a straight and a rapid one. The defeats of 1214, themselves a consequence of John's failure to muster an army in either 1212 or 1213, led directly to the negotiation of Magna Carta and hence to the great significance in English history of the events of 1215.

One other consequence of these years, that we cannot overlook: in May 1213, in response to the diplomatic exchanges that he himself had initiated in the previous year, King John had at last attempted a settlement with the Church. At Dover in May 1213, John had declared his willingness to enter into an entirely new relationship with the papacy. Fearing a French invasion of England, and amidst rumours that he was about to be declared deposed, King John announced his intention to do homage for England to the Pope. In the presence of a papal nuncio, perhaps kneeling, perhaps laying his crown on the ground before him, the King promised the Pope homage and an annual tribute of 1000 marks in perpetuity for his realms of England and Ireland[54].

To contemporaries, aware of the prophecies of Peter of Wakefield, this did indeed appear to be the fulfillment of Peter's curse: before his fourteenth year was completed, John had laid down his crown and abandoned

53. *Annales Monastici* , ed. Luard, ii, p. 280, iii, p. 39; Vincent, «England and the Albigensian Crusade», p. 75.

54. *Councils and Synods*, ed. Powicke and Cheney, pp. 13-19; Cheney, *Innocent III and England*, pp. 329-41.

his sovereignty to the Pope. Modern commentators have been unable to agree whether John's actions resulted from a spur of the moment decision in May 1213 or were forced upon him by the papal negotiators, already implicit in the negotiations between King and Pope over the course of the winter of 1212-13[55]. It has been noted as a precedent for John's actions that Sicily was already regarded as a fief of the papacy: in Sicily, according to the famous dictum of Ranke, it was Innocent III not Frederick II who emerged as heir to the late emperor, Henry VI[56]. More significantly still, in 1204 King Pedro II of Aragon, the same Spanish ruler who in the spring of 1213 was engaged in forging an alliance with King John, had surrendered his lands to Innocent III and the papal see, an action which had persuaded the nobles of Aragon and Catalonia to league against him[57]. Portugal, claimed as an apostolic fief since 1179 and a kingdom from which King John at one time sought a bride, was in 1211 reconciled to the Pope, with the local Cortes declaring all secular law subject to canon law and the clergy exempted from most secular tax[58]. Here, once again, we return to the influence of the Iberian kingdoms and southern France over events in England, and in particular to the diplomatic revolution that Pedro of Aragon had attempted in the winter of 1212-13, at precisely the same time that King John was negotiating a settlement to his own differences with the Church. The fact that Pedro of Aragon, himself since 1204 a feudal vassal and tribute payer to the Pope, was at this time engaged in an attempt to place Toulouse under Aragonese overlordship, subverting the claims of either Philip Augustus or Simon de Montfort by a skilful manipulation of feudal homage, is surely a matter of more than mere coincidence when set in the context of King John's decision to employ a similarly manipulative homage, in May 1213, as a means of intruding the Pope as his feudal overlord over and above the claims of the hostile King of France[59].

55. Cheney, *Innocent III and England*, pp. 334-5; William E. Lunt, *Financial relations of the Papacy with England to 1327*, Cambridge Mass., 1939, pp. 134-41.

56. Cf. Jane Sayers, *Innocent III: Leader of Europe 1198-1216*, London, 1994, pp. 49-50, 84-5.

57. Migne, *Patrologiae Latina*, 215, cols.550-1, 665-6, 915; Thomas N. Bisson, *The Medieval Crown of Aragon: A Short History*, Oxford, 1986, pp. 38-9; Jane Sayers, *Innocent III: Leader of Europe 1198-1216*, London, 1994, pp. 83-4; Lunt, *Financial Relations*, p. 138. For the longer term relations between Aragon and the Papacy, resulting from a homage first offered by Pedro I in 1068, see J. Friend, *Der päpstliche Schutz für Laienfürsten,* Heidelberg, 1980, esp. pp. 63-87, 184-259.

58. Sayers, *Innocent III*, p. 83.

59. Such manipulative homage on the part of King John also needs to be seen in the context of his earlier use of his mother, Eleanor, as a proxy via whom to render homage for Aquitaine to the kings of France: James C. Holt, «Aliénor d'Aquitaine, Jean sans Terre et la suc-

Moreover, the trail of influence does not end here. Just as there was a recent and no doubt, in England, familiar Aragonese precedent for John's actions of May 1213 in rendering homage for England to the Pope, so in November 1214, after Bouvines, when John returned defeated from France and sought to buy further favour with the Pope by offering a charter of free election to the English church, there was a similar Aragonese precedent[60]. In 1207, three years after declaring himself a papal vassal and in the midst of baronial complaints against his rule, Pedro II of Aragon had issued a charter, dispatched to Rome and duly confirmed by Pope Innocent, promising freedom of election to the Spanish Church[61]. By the time that King John came to issue his charter of free election, late in 1214, Pedro II was dead, slain on the field of Muret in September 1213 in circumstances that, as we have seen, played no small part in the subsequent defeat of King John and his allies at Bouvines and hence in creating the humiliating position in which John found himself in November 1214. Nonetheless, the fact that both John's surrender of his realm and his charter of free elections had Aragonese precedents surely suggests a degree of Spanish influence over English political developments that have too often been viewed in an exclusively Anglophone context.

I shall conclude this survey in 1214, without venturing onto the field of Runnymede, and without any detailed consideration of the individual clauses that go to make up the great peace treaty known as Magna Carta. I shall not even dwell on the continued significance of John's Spanish or southern French connections in the history of 1215; the fact, for example, that Magna Carta is generally agreed to derive inspiration from the charters of liberty previously granted by English kings to towns and municipalities and that, in 1215, one of the most significant of these was issued by King John to the men of Bayonne, chief defenders of that region of the Ultrapuertos, north of the Pyrenees, that divided Plantagenet Gascony from the Spanish kingdoms of Navarre and Castile, after Bouvines placed in a position of particular strategic significance amidst a very real threat that either Navarre or Castile would revive claims to Gascon territory or to the lordship of Bayonne itself[62]. John's charter for the mayor and coun-

cession de 1199», *Cahiers de Civilisation Médiévale*, 29 (1986), pp. 95-100, and for Eleanor's homage to Philip Augustus, see also Baldwin, «Stephen Langton», 823 n.94.

60. *Councils and Synods*, ed. Powicke and Cheney, pp. 38-41.

61. Cheney, *Innocent III and England*, pp. 169 n.183, 363-4. For the text of Peter's grant, see Migne, *Patrologiae Latina*, 215, col.1243.

62. For the claims of Navarre and Castile north of the Pyrenees, see Martin Alvira Cabrer and Pascal Buresi, « "Alphonse, par la grâce de Dieu, Roi de Castille et de Tolède, Seigneur de

cil of Bayonne, issued on Easter Sunday, 19 April 1215, only a few weeks before the rebel seizure of London and the outbreak of the warfare that led to Magna Carta, granted Bayonne the same privileges as were already enjoyed by the men of La Rochelle. This in effect gave recognition to the customs and privileges of the city's commune and council of 100 citizens, themselves first set down in writing as if they were merely a codification of the terms of John's charter[63]. Only a few years before this, the ship masters of Bayonne, again acting as a self-governing oligarchy, had issued detailed written constitutions for their «society of the ships» of Bayonne ('societas navium'), in theory guaranteeing the rights of King John as their sovereign, but in practice yet another of those detailed provisions for communal self-government that deserve to be seen as precedents for the issue of Magna Carta[64]. Our very first reference to the «council» of Bayonne comes in a charter, not of the King of England, but of King Sancho VII «el Fuerte» of Navarre, issued in 1204, intended to protect Anglo-Navarrese influence in Bayonne against the threat posed by Alfonso of Castile[65]. Once again, Spain, the Spanish borderlands, and the emergence of representative assemblies capable of communal negotiation with kings appears to loom large in the background to John's own particular negotiations with the English Church and barons.

What I hope to have shown here is that, without any need to prove direct influence between the fueros of Aragon or Navarre, the Cortes of León or Portugal, the liberties of Catalonia or the Statute of Pamiers and the detailed provisions of England's Magna Carta, Magna Carta itself emerged from circumstances and contingencies in which Spanish and southern French events proved crucial. Of the events of 1212-14 some of the most fundamentally significant - the open emergence of baronial dissent, the

Gascogne": Quelques remarques à propos des relations entre Castillians et Aquitains au début du XIIIe siècle», in *Aquitaine-Espagne (VIIIe-XIIIe siècle)*, ed. Philippe Sénac, Poitiers, 2001, pp. 219-32; Nicholas Vincent, «A Forgotten War: England and Navarre 1243-4», in *Thirteenth Century England XI*, ed. Björn K. Weiler, Woodbridge, 2007, pp. 109-46, esp. pp. 111-21.

63. J. Balasque and E. Dulaurens, *Études historiques sur la ville de Bayonne*, 3 vols, Bayonne, 1862-75, i, pp. 362-75, 452-67 no.20, noting the derivation of some, but by no means all of these customs from those of the city of Rouen.

64. Ibid., pp. 337-46, 439-49 no.18, with a more accurate text, dated 1206 X 1213, printed by Charles Bémont, *Recueil d'actes relatifs à l'administration des rois d'Angleterre en Guyenne au XIIIe siècle*, Paris, 1914, pp. 149-52 no.407.

65. *Documents des archives de la chambre des comptes de Navarre (1196-1384),* ed. J.-A. Brutails (Paris 1890), pp. 3-5 no.3, also in *Archivo General de Navarra (1194-1234),* ed. J.M. Jimeno Jurio and R. Jimeno Aranguren, San Sebastian, 1998, pp. 67-8 no.44, referring to messages to be presented «ante concilum Baione'.

summoning of knights to represent the English provinces before the King, the forging of an alliance between Church and barons, the King's surrender of his realm to the papacy, the refusal of service or taxation for war in France, the defeat of the King's campaign in 1214 and the French victory at Bouvines setting England on the road to civil war and constitutional limitations upon the powers of its kings just as surely as Capetian France was set on the road to sacral autocracy – can all be traced, either directly or indirectly, to the ties between England and those regions of Spain and southern France lying within the shadow of the Pyrenees.

Contingency and precedent are very far from either direct influence or undisputed cause and effect. Crude determinism is something to be guarded against, even when dressed up, seductively, via conferences such as this, to prove «decisive» dates and turning points in the history of «nations» that, by the thirteenth century, had little or nothing by way of national consciousness. I am not suggesting here that Magna Carta, in any crude sense, can be accounted a Spanish document, or that Pyrenean influences alone determined its issue or its provisions. On the contrary, my argument would be a vaguer but nonetheless, I believe, a more convincing one: that Magna Carta was the outcome not just of English law or English circumstances, but of a longer-term opennes to European influence that between 1212 and 1214 had forced King John into particularly close engagement with events in Spain and southern France. To this extent, even the political and constitutional history of England, that most atypical and idiosyncratic of nations, can be said to been altered fundamentally during those three years, 1212, 1213 and 1214. Rendered to its crudest form: without Las Navas de Tolosa, no Muret, without Muret no Bouvines, without Bouvines no English Magna Carta and hence no Parliament or at least no English parliamentary tradition as we now know it. Truly, in England as in Spain or France, these years of 1212, 1213 and 1214 might be claimed as «El trienio que hizo a Europa».

Le Midi de la France entre 1180 et 1230. L'illusion d'une construction politique?

Laurent Macé

> «C'est de France que vient tout l'effroi de ceux qui étaient d'ordinaire meilleurs car le roi ne se comporte pas d'une manière parfaite et sincère envers l'honneur et envers Notre Seigneur. Il a abandonné le Saint Sépulcre, il achète, vend et fait le commerce, comme un serf ou un bourgeois, si bien que les Français sont honnis»[1].

C'est de la sorte que le troubadour toulousain Peire Vidal perçoit l'action, peu virile à son goût, d'un Philippe II qu'il peut difficilement placer, dans son échelle de valeurs, au même rang d'honneur qu'un roi de Castille ou d'Aragon. Pourtant, dans la grande histoire nationale française, les XIIe et XIIIe siècles sont, de fait, les temps de la (re)construction royale[2]. Le retour de la personne du souverain sur le devant de la scène politique s'effectue dans un contexte de rivalités et d'oppositions à des monarchies concurrentes, celle du roi des Germains et celle du roi des Anglais. D'un point de vue historiographique, les spécialistes de l'histoire médiévale de la France s'arrêtent donc longuement sur le conflit entre Plantagenêts et Capétiens mais en ignorent les conséquences directes sur l'histoire du Midi, espace qui constitue cependant le front secondaire de cette rivalité entre les deux dynasties royales[3].

Directement concernées par cet affrontement qui oppose les deux souverains septentrionaux, les principautés du Midi de la France doivent aussi se positionner par rapport aux prétentions de la monarchie catalano-

1. *E mou de Fransa totz l'esglais, / D'els qui solon esser melhor, / Que· l reis non es fis ni verais / Vas pretz ni vas Nostre Senhor. / Que· l Sepulcre a dezamparat / E compr'e vent e fai mercat / Atressi com sers o borges: / Per que son aunit sei Frances* (J. Anglade, *Les poésies de Peire Vidal*, Paris, 1913, *A per pauc de chantar no'm lais*, pp. 101-102, vv. 17-24).

2. Voir la communication de M. Bourin dans le présent volume.

3. R. Benjamin, «A Forty Years War: Toulouse and the Plantagenets, 1156-1196», *Bulletin of the Institute of Historical Research*, n° 61, 1988, pp. 270-285.

aragonaise qui tente d'imposer son autorité au-delà des Pyrénées: elle y parvient avec succès vers la Provence et, de façon plus progressive, vers l'espace raimondin. Aux objectifs ambitieux de cette troisième couronne, viennent s'ajouter les manifestes desseins de celui qui, à la fin du XIIe siècle, prend désormais l'habitude de s'intituler *Vicarius Christi*.

Quatre majestés face à un simple diadème, celui du comte de Toulouse, duc de Narbonne et marquis de Provence, prince aux allures de dynaste de rang royal, ce que rappelle avec une certaine ostentation son magnifique sceau. Il n'en demeure pas moins celui qui cristallise à lui seul les rayons concentriques de la cible désignée par tous. De ses victoires sur le champ de bataille et de sa virtuosité diplomatique dépend le devenir d'un Languedoc qui n'en a pas encore le nom.

I. Les princes affrontés

D'emblée, ce qui caractérise la situation méridionale dans la seconde partie du XIIe siècle, c'est son réel morcellement territorial et sa persistante instabilité politique malgré l'existence d'une véritable *koiné* linguistique et culturelle qui se manifeste brillamment à travers la lyrique des troubadours[4]. Si dans le sud de la France, les grands ensembles politiques locaux jouent en permanence la subtile position de la bascule, il faut bien voir que ces défections et autres changements d'alliances sont nourries par les graves affrontements qui opposent le comte de Toulouse, Raimond V (1149-1194), au duc d'Aquitaine et roi d'Angleterre, à l'ouest, et au comte de Barcelone, roi d'Aragon, à l'est. Dans ce contexte si fluctuant, les fidélités des princes méridionaux oscillent en fonction de leurs propres intérêts, certains étant amenés à participer, directement ou indirectement, à ce que quelques historiens ont appelé la «grande guerre méridionale» (1148-1196)[5]. Celle-ci, par sa condition même de conflit latent ou déclaré, entraîne de néfastes conséquences pour le sud du royaume de France car elle entretient un état de fractionnement politique qui empêche l'émergence d'un mode de gouvernance autre que personnel et patrimonial[6].

4. P. Bonnassie, «L'Occitanie, un État manqué?», *L'Histoire*, n° 14, 1979, pp. 31-40.

5. Ch. Higounet, «Un grand chapitre dans l'histoire du XIIe siècle: la rivalité des maisons de Toulouse et de Barcelone pour la prépondérance méridionale», dans *Mélanges Louis Halphen*, Paris, 1951, pp. 313-322; citation p. 318.

6. Th. N. Bisson, *The Crisis of the Twelfth Century. Power, Lordship, and the Origins of European Government*, Princeton, 2009: voir notamment le chapitre 5 «Resolution: Intrusions of Government (1150-1215)».

Ainsi, le Midi toulousain demeure à l'évidence un «ventre mou»[7], un territoire gangrené par une violence endémique et où sévissent les mercenaires licenciés par les différents protagonistes, rendant de la sorte la région peu sûre pour le peuple, les clercs, les marchands et les pèlerins. Aux yeux de la hiérarchie ecclésiastique, les Raimondins sont des fauteurs de troubles impénitents, sans égards tant pour la paix voulue par Dieu[8]. Ce désordre apparent va d'abord attirer l'attention de Rome, puis les convoitises de Paris dans le premier quart du XIIIe siècle.

Dans la seconde moitié du XIIe siècle, les possessions du comte raimondin se résument à deux ensembles. A l'ouest, en dehors des pays de la Gascogne qui relèvent des ducs d'Aquitaine –lesquels ont, depuis la fin du XIe siècle, des prétentions sur le Toulousain, où ils se sont installés au moins à deux reprises (1097-1110; 1108-1119), pendant que les Raimond se trouvaient en Terre sainte[9]– le Quercy, le Toulousain, une partie de l'Albigeois et du Rouergue forment un premier bloc. À l'est, le Vivarais, le sud du Dauphiné, le marquisat de Provence, le comté de Nîmes et le comté de Melgueil constituent un deuxième agrégat. Entre ces deux entités s'interposent les domaines des Trencavel, princes qui sont vicomtes d'Albi, du Razès, de Carcassonne et de Béziers[10]. Hors de la mouvance toulousaine, il faut également mentionner la vicomté de Narbonne et la seigneurie de Montpellier; par ailleurs, Millau et le Gévaudan se trouvent dans l'orbite du roi catalano-aragonais qui tient aussi la Provence maritime[11]. Avec ces trois grandes composantes (Catalogne, Aragon, Provence), ce dernier paraît plus que jamais très puissant, d'autant plus qu'il étend son influence dans la zone des Pyrénées occidentales: le Béarn et la Bigorre entrent dans sa dépendance, en 1170 et en 1192, grâce aux beaux mariages réalisés par les Montcada[12]. Dès lors, le prince toulousain demeure en permanence sur

7. L'expression est de J.-L. Biget, «Hérésie, politique et société en Languedoc vers 1120-vers 1320», dans J. Berlioz (dir.), *Le pays cathare. Les religions médiévales et leurs expressions méridionales*, Paris, 2000, pp. 17-79, citation p. 20.

8. M. Meschini, *Innocenzo III e il* Negotium pacis et fidei *in Linguadoca tra il 1198 e il 1215*, Roma, 2007.

9. G. Pradalié, «Les comtes de Toulouse et l'Aquitaine (IXe-XIIe siècles)», *Annales du Midi*, n° 249, 2005, pp. 5-23.

10. L. Macé, «Chronique d'une grande commotion: la rivalité entre les comtes de Toulouse et les Trencavel (XIIe-XIIIe siècles)», *Revue du Tarn*, n° 176, 1999, pp. 661-683.

11. M. Aurell, J.-P. Boyer et N. Coulet, *La Provence au Moyen Âge*, Aix-en-Provence, 2005, pp. 54-63.

12. J. C. Shideler, *Els Montcada: una família de nobles catalans a l'etat mitjana (1000-1230)*, Barcelona, 1987.

la défensive, même s'il bénéficie parfois de sympathies en Comminges et dans le pays de Foix.

Mais le problème est ailleurs. Bien souvent, au cours du XIIe siècle, les Trencavel se coalisent avec les comtes de Barcelone contre les Raimondins, et les guerres ne cessent de se réactiver[13]. Pour les différents belligérants, le principal objectif demeure la domination du grand port maritime de Narbonne, et le contrôle des rivages rhodaniens de la Méditerranée. Dans ce secteur, le comte de Toulouse est loin d'être à l'abri de toutes menaces: Guilhem VIII de Montpellier (1172-1202) lui manifeste une vive hostilité depuis qu'en 1172, les Toulousains en mettant la main sur le comté de Melgueil et sur l'un des ateliers monétaires les plus importants du Midi[14], bloque l'expansion de la ville guilhemide —une des plaques tournantes du commerce des métaux précieux en Occident— et prive ses maîtres d'une substantielle source de profits. De plus, comme son mariage ne lui a pas apporté de fils légitimes, Guilhem, pour assurer la pérennité masculine de son lignage, s'ingénie à faire reconnaître ses bâtards par le vicaire de Rome. Afin de gagner l'insigne faveur du pontife, il se présente comme le bon élève de l'orthodoxie et encourage la rédaction, dans les écoles de Montpellier, de traités contre les Bons hommes, notamment la *Somme* d'Alain de Lille. Il va même jusqu'à solliciter le pape d'envoyer dans le Midi des légats pour lutter contre l'hérésie, sous-entendant que les évêques de la province ne font guère preuve de zèle en la matière[15].

Le règne de Raimond V se caractérise donc par une phase de conflit, quasi permanent, qui va perdurer jusqu'à la fin des années 1190. Ces hos-

13. Higounet, art. cit.; R. d'Abadal, «À propos de la «domination» de la maison comtale de Barcelone sur le Midi français», *Annales du Midi*, n° 76, 1964, pp. 315-345; Cl. Duhamel-Amado, «L'État toulousain sur ses marges: les choix politiques des Trencavel entre les maisons comtales de Toulouse et de Barcelone (1070-1209)» dans *Les troubadours et l'État toulousain avant la croisade (1209)*, *Annales de littérature occitane*, n° 1, Toulouse, 1995, pp. 117-138; H. Débax, «Les comtés de Carcassonne et de Razès et leurs marges (IXe-XIIe siècle)», dans M.-C. Bailly-Maître et M.-É. Gardel (dir.), *La pierre, le métal, l'eau et le bois. Économie castrale en territoire audois (XIe-XIVe siècle)*, *Société d'Études Scientifiques de l'Aude*, Carcassonne, 2007, pp. 12-24; P. Benito i Monclús, «L'expansió territorial ultrapirinenca de Barcelona i de la Corona d'Aragó: guerra, política i diplomàcia (1067-1213)», dans M. Teresa Ferrer i Mallol, M. Riu i Riu, *Tractats i negociacions diplomàtiques de Catalunya i de la Corona catalanoaragonesa a l'edat mitjana*, *vol. I. Tractats i negociacions diplomàtiques amb Occitània, França i els estats italians 1067-1213*, Barcelona, Institut d'Estudis Catalans, 2009, pp. 13-150.

14. L. Macé, «*Gera erat inter patrem et filium*: Les Raimondins et les deniers du comté de Melgueil (fin XIIe siècle)», dans M. Aurell (éd.), *La parenté déchirée: les luttes intrafamiliales au Moyen Âge*, Turnhout, 2010, pp. 95-106.

15. M. Zerner, «Question sur la naissance de l'affaire albigeoise», dans Cl. Duhamel-Amado et G. Lobrichon (éd.), *Georges Duby. L'écriture de l'histoire*, Bruxelles, 1996, pp. 427-444.

tilités déclarées ont de fortes répercussions, en partie, dans la péninsule Ibérique, en Aquitaine et jusqu'en Angleterre dans la mesure où le roi d'Aragon en vient à contracter une alliance avec le Plantagenêt contre le comte de Toulouse. Les deux grandes rivalités dynastiques du XIIe siècle –Toulousains contre Barcelonais et Capétiens contre Plantagenêts– sont étroitement liées. Elles vont même jusqu'à susciter certaines réactions dans l'Empire et en Italie: Raimond V parvient à trouver l'appui de l'empereur Frédéric Barberousse, lequel n'hésite pas à lancer ses alliés génois contre le littoral provençal[16]. Mais toutes ces implications réciproques apparaissent très nettement dans ce que l'on peut considérer comme le point culminant de la lutte: la grande attaque anglo-catalane de l'été 1159, menée conjointement par Henri II et Raimond Bérenger IV[17]. Le Quercy est ravagé par une armée qui fut la plus grande jamais rassemblée et le siège est mis devant Toulouse[18]; Raimond V n'est sauvé que par l'arrivée de son roi, Louis VII. Le Capétien fut prié d'intervenir par le comte lui-même: le roi de France est son proche allié et son beau-frère depuis qu'il a épousé sa sœur, Constance, en 1154. Sauvetage lourd de conséquences pour l'avenir: selon Charles Higounet, cette notable sollicitation a (re)montré «le chemin du Midi à la royauté française»[19].

II. Le repaire des ennemis de l'intérieur: l'offensive ducale et cistercienne

Parce qu'il est en lien direct avec cette situation politique, il ne faut pas perdre de vue le contexte ecclésiologique de la période[20]. La question du développement de la dissidence religieuse en terre méridionale intéresse de près le vicaire de saint Pierre. En 1163, présent dans le domaine des Plantagenêts, le pape Alexandre III convoque à Tours un concile dans lequel sont dénoncés les hérétiques de la région toulousaine. Le roi-duc Henri II peut désormais invoquer son légitime devoir d'ingérence pour

16. P. Racine, «Did Frederic Barberousse Have a Mediterranean Policy?», *Imago temporis. Medium Aevum*, n° 1, 2007, pp. 87-104.

17. J. Martindale, «"An Unfinished Business": Angevin Politics and the Siege of Toulouse, 1159», *Anglo-norman Studies*, t. XXIII, Woodbridge, 2001, pp. 115-154.

18. J. D. Hosler, *Henry II. A Medieval Soldier at War, 1147-1189*, Leiden-Boston, 2007, pp. 58-60.

19. Higounet, art. cit., p. 319.

20. Pour une large mise en perspective de ce contexte, voir J.-L. Biget, *Hérésie et inquisition dans le Midi de la France*, Paris, 2007.

intervenir dans la zone, prétextant qu'il agit pour le bien et le salut de l'humanité. Sans attendre, en 1165, Raimond V et le vicomte d'Albi, Raimond Trencavel († 1167), mettent de côté leurs griefs pour tenter d'allumer un contre-feu. En Albigeois, à Lombers, ils parviennent à réunir une grande assemblée, composée de hauts dignitaires de l'Église et de seigneurs laïcs, qui condamne les idées des Bons hommes. Les deux princes veulent publiquement montrer qu'ils agissent avec détermination contre l'hétérodoxie et qu'il n'est pas nécessaire de faire appel à une quelconque autorité exogène.

Pour autant, le roi Henri II ne renonce pas à ses projets initiaux. On ne peut qu'être troublé par le fait que le plus grand nombre de renseignements qui permettent aujourd'hui d'appréhender certains événements du Midi relatifs aux années 1160 proviennent des écrits produits par les chroniqueurs anglais: Roger de Hoveden, Benoît de Peterborough, Gervais de Canterbury, Pierre de Blois, Gauthier Map ou Guillaume de Newburgh. Ces auteurs instrumentalisent l'hérésie pour justifier la politique méridionale de leur protecteur: Robert Moore en est arrivé à se demander si ces hommes de lettres n'ont pas forgé quelques faux afin d'étayer leurs allégations[21]. Toujours est-il que, vers 1176, le roi des Anglais rassemble des troupes pour intervenir militairement en Toulousain. Une fois de plus, Raimond V tente une nouvelle parade: en 1177, au chapitre général de l'ordre de Cîteaux, il envoie une lettre pour réclamer que soit envoyée une mission chargée de combattre l'hérésie qui s'est développée au sein de ses domaines. Dans son esprit, quelques moines prédicateurs seront bien moins inquiétants que les redoutables mercenaires du Plantagenêt. Mais cette fameuse missive n'est connue que par une seule et unique source: elle est rapportée par Gervais de Canterbury, ce qui ne manque pas de laisser planer un certain doute sur son authenticité.

Jusque dans les dernières années du XIIe siècle, ces mémorialistes participent, avec les frères cisterciens, à la construction d'une image très péjorative de la dissidence religieuse. Depuis la prédication de saint Bernard en 1145, les moines blancs et les gens de plume au service des adversaires des comtes de Toulouse, ont développé, à propos de l'hérésie du Toulousain et de l'Albigeois, une rhétorique de combat reposant sur des amplifications verbeuses. Pour asseoir leur influence, les abbés

21. R. Moore, «Les Albigeois d'après les chroniques angevines», dans *La croisade albigeoise*, Carcassonne, 2004, pp. 81-90.

insistent sur la nécessité d'affronter directement les tenants de l'hérésie[22]. En 1178, les cisterciens sont donc les principaux acteurs d'une mission envoyée à Toulouse et en Albigeois pour contrer les Bons hommes sur le terrain théologique. Au début de l'été, une mission pontificale —menée par le légat du pape pour la France, Pierre de Pavie, cardinal de saint Chrysogone et l'abbé de Clairvaux, Henri de Marcy— arrive à Toulouse. Avec eux se trouvent des représentants des rois de France et d'Angleterre: l'archevêque de Bourges (Guarin, un ancien cistercien), l'évêque de Bath (Réginald Fitzjocelin) et l'évêque de Poitiers, Jean de Belles Mains, ancien trésorier de l'évêque d'York. Inquiets de la diffusion de l'hétérodoxie dans le Midi, ils demandent aux consuls, à l'évêque et au clergé une liste d'hérétiques avérés. Parant au plus pressé et afin d'éviter l'intrusion militaire des rois de France et d'Angleterre dans ses domaines, Raimond V leur livre en pâture Pierre Maurand, un important notable toulousain, dont la condamnation est un premier avertissement[23].

D'autant plus que la position du comte est bien fragile à ce moment-là. En 1179, au moment du troisième concile du Latran, la guerre est rallumée dans le Midi: le Toulousain, allié à de puissants seigneurs locaux, doit faire face aux vicomtes de Nîmes et d'Albi, ainsi qu'à la vicomtesse de Narbonne, tous coalisés avec le roi d'Aragon. C'est dans ce contexte précis qu'intervient contre le vicomte Roger II Trencavel (1167-1194) une expédition militaire conduite par un légat romain, le cardinal Henri de Marcy, et l'évêque de Poitiers, un prélat du domaine plantagenêt. Le 1er juillet 1181, l'envoyé du pape et ses troupes quittent Lescure, fief pontifical situé aux portes d'Albi, et se dirigent vers Lavaur qu'ils assiègent afin de s'emparer des dissidents qui s'y sont réfugiés. Les portes leur sont ouvertes; Trencavel et les siens font leur soumission; les Bons hommes sont remis aux hauts dignitaires délégués par Rome. Cet épisode pourrait paraître en lui-même assez négligeable mais elle a une signification singulière: c'est un fait nouveau que de voir un légat pontifical conduire une expédition militaire en pays chrétien[24].

22. B. M. Kienzle, *Cistercians, Heresy and Crusade in Occitania, 1145-1229. Preaching in the Lord's vineyard*, York, 2001.

23. J. H. Mundy, «Noblesse et hérésie. Une famille cathare: les Maurand», *Annales ESC*, t. 29, 1974, pp. 1211-1223; Idem, «The Abjuration of Peter Maurandus», *Studies in the Ecclesiastical and Social History of Toulouse in the Age of the Cathars*, Ashgate, 2006, pp. 161-167.

24. Y. M.-J. Congar, «Henri de Marcy, cardinal-évêque d'Albano et légat pontifical», *Studia Anselmiana*, 43, Rome, 1958.

III. Le vain temps des alliances

La dernière décennie du XIIe siècle voit se profiler la fin des conflits avec la disparition des principaux protagonistes: Raimond V de Toulouse (1194), Roger II Trencavel (1194), Alfonse II d'Aragon (1196), Ermengarde de Narbonne (1197), Richard Cœur de Lion (1199). Après une longue période d'agitation, ce changement de génération semble engendrer un certain répit dans cette partie du Midi. Par ailleurs, la papauté se trouve accaparée par les affaires italiennes, et tandis que les rois de France et d'Angleterre continuent de s'affronter au nord, la croisade transmarine mobilise les énergies du plus grand nombre en raison des difficultés que rencontre alors la chrétienté en Terre sainte.

Vient donc le temps des mariages et de la paix. En 1196, le nouveau maître de Toulouse, Raimond VI (1195-1222), épouse une veuve, Jeanne de Sicile, qui n'est autre qu'une des filles d'Aliénor d'Aquitaine et donc la sœur du roi Richard Cœur de Lion. Elle apporte dans son escarcelle Agen et l'Agenais, ce qui permet au comte de regarder davantage en direction du couloir garonnais, même si l'ouest des terres méridionales, jusqu'à l'Atlantique, reste dominé par les Plantagenêts. Le front occidental semble enfin connaître une véritable accalmie.

La mort de la princesse plantagenêt, en 1199, peu de temps après son frère, permet au Toulousain d'envisager une nouvelle alliance familiale. Cette fois-ci, après que la paix eut été signée en 1198 à la conférence de Perpignan, le comte se tourne vers l'Aragon et, en 1200, les fiançailles entre Raimond VI et Éléonor, sœur de Pierre II (1196-1213), laissent augurer une nouvelle ère dans les relations avec l'ancien ennemi d'hier. Les questions liées au comté de Millau et de Gévaudan ainsi qu'à la Provence (comté de Forcalquier) sont réglées en l'espace de quelques années. En octobre 1205, lors de l'entrevue de Florensac, un redoublement d'alliance se dessine puisque le roi d'Aragon promet de donner sa fille, Sancha, au rejeton du comte de Toulouse, Raimond le Jeune[25].

Solution, toutefois, tardive et ambiguë. Tardive car figurent sur scène les maîtres de demain: à Paris, Philippe Auguste et son fils, Louis; à Rome, Innocent III et ses légats. Ambiguë car en 1204 Pierre II a épousé Marie de

25. L. Macé, *Catalogues raimondins (1112-1229). Actes des comtes de Toulouse, ducs de Narbonne et marquis de Provence*, Sources de l'histoire de Toulouse, Toulouse, 2008, acte n° 347, pp. 271-272. Après la mort de la jeune fille, le roi donna sa sœur, du même nom, au fils du comte de Toulouse.

Montpellier, la fille de Guilhem VIII, devenant ainsi le seigneur de la ville. Vassal du saint-siège, couronné la même année à Saint-Pierre de Rome par le pontife, il se veut le champion de l'orthodoxie, posture qui lui fournit un bon motif pour intervenir dans les affaires méridionales et poursuivre la politique d'expansion au nord des Pyrénées[26]. Déjà, en février 1204, il a pu convoquer à Carcassonne, en présence des légats du pape, une grande assemblée afin de confondre vaudois et cathares, acte qui confirme à nouveau l'image d'un pays entièrement gagné par la lèpre hérétique[27].

IV. La croisade et l'échec pedrosien

Dans sa volonté de freiner le développement de ce mal, l'Église romaine décide d'intervenir dans le champ politique méridional. La croisade cismarine contre les Albigeois, qui va être menée de 1209 jusqu'à 1229, vient bouleverser les enjeux locaux. De fait, on ne peut totalement exclure qu'en défendant les prérogatives des clercs, du souverain pontife et les leurs propres, les légats pontificaux liquident également des querelles de familles longuement entretenues et qui continuent d'aggraver les antagonismes[28]. L'implication des moines blancs dans cette entreprise joue d'ailleurs en défaveur des Trencavel qui ont davantage favorisé les établissements bénédictins que les monastères des frères cisterciens.

Les premiers contingents croisés se mettent en marche au printemps 1209. Ce n'est pas un hasard si la première attaque se produit dans le Quercy et l'Agenais, entre Garonne et Dordogne: Jean sans Terre porte encore un grand intérêt à la région d'Agen[29]. Les troupes sont conduites par des prélats du domaine anglais ou de régions disputées entre les comtes de Toulouse et les ducs d'Aquitaine: l'archevêque de Bordeaux, fort de la paix du Bordelais que son prédécesseur a fait édicter par le roi, se trouve

26. D. J. Smith, *Innocent III and the Crown of Aragon. The Limits of Papal Authority*, Ashgate, 2004; Idem, *Crusade, Heresy and Inquisition in the Lands of the Crown of Aragon (c. 1167-1276)*, Leiden-Boston, 2010.

27. M. Alvira Cabrer, *Pedro el Católico, Rey de Aragón y Conde de Barcelona (1196-1213). Documentos, Testimonios y Memoria Histórica*, Zaragoza, 2010, acte n° 438.

28. E. Graham-Leigh, *The Southern French Nobility and the Albigensian Crusade*, Woodbridge, 2005.

29. N. Vincent, «England and the Albigensian Crusade», dans B. K. U. Weiler and I. W. Rowlands (eds.), *England and Europe in the Reign of Henry III (1216-1272)*, Ashgate, 2002, pp. 67-97; Idem, «The Plantagenets and the Agenais (1150-1250)», dans M. Aurell et F. Boutoulle (éd.), *Les seigneuries dans l'espace Plantagenêt (c.1150-c.1250)*, Bordeaux, 2009, pp. 417-456.

dans l'ost[30]; dans son sillage, les évêques de Limoges, Bazas, Agen, Cahors figurent aussi en bonne place. Leur tiennent compagnie le comte d'Auvergne et des vassaux rebelles de Raimond VI, notamment le vicomte de Turenne mais aussi Bertrand de Cardaillac, les seigneurs de Gourdon, et Bernard de Castelnau-Bretenoux. À l'évidence, loin d'effacer les antagonismes ancestraux, la croisade les réveille et divise les Méridionaux[31]. Cette expédition, qui s'accompagne des tout premiers bûchers, aboutit ainsi à la prise de Bigaroque, à la destruction de Gontaud, près de Marmande, et à la mise à sac de Tonneins, avant d'échouer devant le site de Casseneuil qui lui oppose une farouche résistance[32].

Les prises de Béziers et de Carcassonne en 1209 constituent l'épilogue de la grande guerre méridionale, entre les comtes de Toulouse et les Trencavel[33]. La dépossession de ce dernier, au bénéfice de Simon de Montfort, est capitale pour les succès initiaux de la croisade: elle autorise l'établissement d'une base sécurisée nécessaire à la poursuite de l'expédition, elle assure le contrôle des principales mines argentifères de la région, elle permet de récompenser les combattants fidèles à Montfort et elle vise à empêcher la constitution d'un foyer de résistance aristocratique. Toutefois, il est indéniable que la poursuite de l'entreprise militaire vient contrarier les plans toulousains et modifier les objectifs du roi d'Aragon. En janvier 1213, ce dernier tente, sous son égide, de structurer un large espace politique que l'on peut qualifier de grande couronne d'Aragon: le comte de Toulouse et son fils, le comte de Comminges, le comte de Foix, le vicomte de Béarn, les villes de Toulouse et de Montauban reconnaissent la tutelle pedrosienne. Accueilli en souverain par les Méridionaux, Pierre II est salué à ce moment-là comme *nostre reis aragones* par le troubadour Raimond de Miraval[34].

30. F. Boutoulle, *Le duc et la société. Pouvoirs et groupes sociaux dans la Gascogne bordelaise au XIIe siècle (1075-1199)*, Bordeaux, 2007, pp. 254-257.

31. J. Clémens, «Chronique bordelaise et croisade Albigeoise en Agenais», *Revue de l'Agenais*, t. 98, 1972, pp. 149-164.

32. Gontaud et Bigaroque appartenaient au seigneur Henri de Gontaud; les *castra* de Tonneins et de Casseneuil dépendent des seigneurs Huc et Raimond Bernard de Rovignan, tous deux en lutte avec leur autre frère, l'évêque d'Agen, Arnaud de Rovignan … (Gilles Séraphin, «Bigaroque et la croisade contre les Albigeois», *Bulletin de la Société archéologique du Midi de la France*, t. LVII, 1997, pp. 227-228).

33. L. Macé, «La quarantaine du comte de Toulouse durant l'été 1209», dans M. Bourin (éd.), *En Languedoc au XIIIe siècle. Le temps du sac de Béziers*, Perpignan, 2010, pp. 143-159.

34. *Vai, Hugonet, ses bistensa* (L. T. Topsfield, *Les poésies du troubadour Raimon de Miraval*, Paris, 1971, p. 358).

Il convient de s'arrêter sur cet événement capital que sont les serments de Toulouse prêtés en janvier 1213[35]. Sur le plan juridique et féodal, ils supposent un «transfert d'hommage» de toute une partie du royaume de France à la couronne d'Aragon. Le problème est moins juridique que politique. Le plus notable est que toute la noblesse méridionale –y compris Simon de Montfort, en tant que vicomte de Béziers et de Carcassonne– doit reconnaître l'autorité féodale d'un monarque bien présent dans la région, à la différence des Capétiens si peu visibles dans le Midi. Par ailleurs, l'hégémonie, sur un espace qu'au cours du XIIe siècle la couronne d'Aragon a tenté d'exercer par la guerre, devient légale et légitime par la volonté même des principaux membres de la haute noblesse indigène. Par volonté et, surtout, par nécessité. La croisade, sans prétendre à cela, a précipité l'effondrement politico-militaire d'une aristocratie incapable de surpasser ses faiblesses et ses disputes internes. A contrario, elle a entraîné un profond sentiment d'adhésion vers la seule autorité qui pouvait lui garantir une réalité socioculturelle et politique. Pour la couronne d'Aragon, les serments de Toulouse signifient son triomphe définitif dans le long conflit de la grande guerre méridionale. Cette reconnaissance par les Raimondins et le rapprochement avec les ennemis d'hier, devenus entre temps alliés et parents[36], se soldent maintenant par l'entrée définitive du comté de Toulouse dans l'orbite politique catalano-aragonaise. Si on ajoute à cela les vassaux pyrénéens de Raimond VI, ainsi que Montpellier, Millau, le Gévaudan et la Provence, plus les vicomtés de Béziers, de Carcassonne, d'Albi et du Razès, se dessinent à terme les contours d'un vaste ensemble de territoires placés sous la suzeraineté du roi d'Aragon.

La terminologie usitée pour nommer cette «souveraineté féodale transpyrénéenne», parfois qualifiée d'«empire» ou d'«État», répond maladroitement au cadre politico-social et mental de cette époque. En réalité, les serments de Toulouse représentent la base des institutions féodales sur

35. Sur ce sujet, voir M. Roquebert, «Le problème du Moyen-Âge et la Croisade Albigeoise. Les bases juridiques de l'État occitano-catalan de 1213», *Annales de l'Institut d'Études Occitanes*, 1979, pp. 15-31; M. Alvira Cabrer, *El Jueves de Muret. 12 de Septiembre de 1213*, Barcelona, Universitat de Barcelona, 2002, pp. 164-170; M. Alvira Cabrer, L. Macé et D. J. Smith, «Le temps de la *Grande Couronne d'Aragon* du roi Pierre le Catholique. À propos de deux documents relatifs à l'abbaye de Poblet (février et septembre 1213)», *Annales du Midi*, n° 265, 2009, pp. 5-22.

36. Guilhem de Tudela dans la *Chanson de la croisade contre les Albigeois* fait de ce lien de parenté un des mobiles invoqués par le roi pour intervenir outre-Pyrénées: «Et puisqu'il est mon beau-frère (*mos cunhatz*), car il a épousé ma sœur, et puisque j'ai marié mon autre sœur à son fils, j'irai leur porter secours contre cette gent maudite qui les veut déshériter» (L. Macé, *Les comtes de Toulouse et leur entourage (XIIe-XIIIe siècles). Rivalités, alliances et jeux de pouvoir*, Toulouse, 2000, p. 191).

lesquelles la monarchie catalano-aragonaise tente d'imposer sa domination effective sur l'espace méridional à travers «une nébuleuse de principautés territoriales dont la souple dépendance vis-à-vis de Barcelone [et de l'Aragon] se concrétise dans les relations de fidélité et d'hommage»[37]. La colonne vertébrale de cette formation éphémère était et ne pouvait être que la monarchie issue de la maison d'Aragon-Barcelone, la seule à pouvoir fédérer les composantes de la noblesse méridionale et à faire face aux ambitions des autres puissances intervenant dans le Midi de la France: les monarchies capétienne et Plantagenêt. Ainsi, la configuration politique et féodale qui se constitue à cheval sur les Pyrénées mérite l'appellation de «Grande Couronne d'Aragon»[38], monarchie féodale que Pierre le Catholique a gouvernée seulement pendant neuf mois. Car les espoirs engendrés par cette imposante gestation politique donnent naissance à un enfant mort-né sur le champ de bataille de Muret (12 septembre 1213)[39].

V. Raimond et Blanche

Les événements qui suivent la déroute de Muret sont un bon indicateur des conséquences négatives de la défaite de 1213, véritable tournant historique pour les principautés du sud de la France mais aussi pour le nord de l'Espagne et l'Angleterre[40]. Dépourvus d'un véritable chef pendant quelque temps, les hommes du Midi vont se tourner, avec beaucoup d'espoir, vers le fils du comte de Toulouse, Raimond VII, qui lui succède de facto en 1222. Depuis 1216, il lutte déjà avec succès contre Simon de Montfort, puis, après la mort de celui-ci sous les murs de Toulouse (juin 1218), contre son

37. M. Aurell, «Autour d'un débat historiographique: l'expansion catalane dans les pays de langue d'oc au Moyen Âge», dans *Montpellier, la couronne d'Aragon et les pays de langue d'Oc (1204-1349), XIIe Congrès d'Histoire de la Couronne d'Aragon*, Montpellier, 1987, p. 9-41; citation p. 31.

38. L'expression «Couronne d'Aragon» apparaît à la fin du XIIIe siècle (1296), durant le règne de Jaime II: la formule latine est *Corona Regni Aragonum*; en catalan, on évoque le roi et «sa Couronne» (J. M. del Estal, «Antigüedad del concepto y denominación *Corona de Aragón*», *Medievalia*, n° 10, 1992, pp. 133-168).

39. Le vicomte de Cardona, Guillem Ier (1170-1225), dans le préambule de son testament du 20 mars 1214, déclare qu'il va partir en Toulousain pour venger son roi et libérer son fils: *In nomine Domini. Ego Guillermus, gratia Dei vicecomes Cardona, vado ad partes Tolesanas ad vindicandam mortem domini mei regis, et ad recuperandum filius eius qui quasi captus est* (F. Rodriguez Bernal, *Els vescomtes de Cardona al segle XII. Una història a través dels seus testaments*, Lleida, 2009, p. 144).

40. Voir les communications de M. Alvira Cabrer et de N. Vincent dans le présent volume.

fils Amaury. Le combat entre les deux jeunes comtes tourne à l'avantage du premier: n'ayant que très peu de vivres, d'argent et encore moins de troupes, Amaury se voit obligé, en 1224, de quitter pour toujours un Midi qu'il n'a pas su conserver. Il fait don à ce moment-là des terres conquises par son père au nouveau roi de France, Louis VIII, qui, lui, accepte ce que son illustre prédécesseur avait toujours refusé. Le Capétien est alors en mesure de reprendre la croisade à son compte, non sans arrière-pensées[41]. Mais une fois la trêve de 1224 rompue, ce n'est plus le fragile Montfort que Raimond VII et ses alliés doivent combattre mais le roi aux lis, un monarque soutenu par l'Église de son royaume et entouré de ses plus fidèles chevaliers.

Amaury de Montfort est-il à peine parti que Raimond VII rétablit Raimond Trencavel dans Carcassonne, lui rend son titre de vicomte en cette ville, ainsi que la vicomté de Béziers. Mais l'espoir tourne court. Le 30 janvier 1226, Louis VIII prend la croix; le 5 février, Raimond VII est excommunié en tant que fauteur d'hérésie. Se tournant vers son parent, Henri III, il sollicite l'aide du roi d'Angleterre mais celui-ci hésite trop à intervenir en Poitou et finit rapidement par renoncer à toute velléité d'expéditions militaires. Quant à l'empereur Frédéric II, il décide de se draper dans une confortable neutralité. Le Toulousain peut-il alors compter sur l'intervention du roi Jacques d'Aragon? Pas davantage. Le jeune souverain reste le fidèle du pape: il interdit à ses vassaux d'aider Raimond VII et même de le recevoir, lui et les siens. Aussi quand la troupe royale s'avance-t-elle dans la vallée du Rhône, les alliés naturels du prince raimondin prennent peur. Villes et barons s'empressent de rendre hommage à Louis pour préserver droits et terres. En juin 1226, Avignon est la seule à se dresser contre l'autorité royale. Le siège dure trois mois, et le comte de Provence, Raimond Bérenger V, en profite pour jurer fidélité au Capétien et l'assurer de son indéfectible allégeance. Avignon capitule en septembre; quand le roi progresse en direction de Toulouse, Béziers, puis Carcassonne se soumettent à lui. C'est en cette dernière cité que le roi reçoit le serment inattendu du comte de Comminges, dernier soutien du Toulousain. Raimond VII est seul et la mort du roi en novembre ne lui accorde qu'un sursis bien trompeur.

41. Lors de l'expédition menée en juin 1219 par le prince Louis en direction de Marmande, l'armée du fils de Philippe II attaqua les terres septentrionales du comte de Toulouse mais toucha également les confins du Bordelais, après avoir fait une incursion en Fronsadais et dans l'Entre-deux-Mers bazadais. La municipalité de Bordeaux s'étant senti menacée, elle engagea alors de lourdes dépenses pour mettre la ville en défense, à la grande satisfaction du roi Henri III (F. Boutoulle, «Enceintes, tours, palais et *castrum* à Bordeaux du XIe siècle au milieu du XIIIe siècle, d'après les textes», *Revue Archéologique de Bordeaux*, t. XCIV, 2003, p. 67).

Malgré une belle résistance et quelques succès militaires, celui qui incarne les valeurs d'une société menacée par «les Français et les clercs», pour reprendre l'expression des troubadours, est néanmoins obligé de capituler en avril 1229. Les dégâts causés, à partir de l'été 1228, par les contingents royaux commandés par le sénéchal Imbert de Beaujeu, ont asphyxié la ville de Toulouse. La bourgeoisie et les élites urbaines, qui ont supporté depuis longtemps le poids de la guerre, ne peuvent plus financer la résistance d'un comte trop isolé et le contraignent à une rapide soumission. Raimond n'a pas perdu sur le champ de bataille, ce sont ses principaux soutiens économiques qui ne sont plus en mesure de se régénérer...

L'acte de capitulation, qui est imposé par l'Église romaine et la reine Blanche de Castille, anéantit quasiment de façon définitive tout espoir d'unité politique dans cette partie du royaume capétien. Bien qu'il conserve le Toulousain, l'Agenais, le Quercy (mais amputé de la cité de Cahors), le Raimondin s'engage à renoncer à tous ses domaines provençaux. «C'est l'anéantissement du rêve toulousain d'un État provenço-languedocien, la fin de la grande politique des comtes de Toulouse en direction de l'Empire, de la Méditerranée et des villes italiennes, sans oublier les conséquences financières désastreuses de la perte des villes et des ports du Bas-Rhône»[42]. Par le traité de Meaux-Paris, le comte doit s'engager à combattre les hérétiques et leurs principaux soutiens, à savoir en premier lieu le comte de Foix; il promet de livrer 30 places fortes, de démanteler les murailles de Toulouse, ville qui a résisté par trois fois aux sièges des croisés et qui n'est jamais tombée. Il jure de financer la création d'une université et de payer la lourde somme de 27 000 marcs d'argent, selon le chroniqueur Guilhem de Puylaurens[43]. Le prince n'aura dorénavant plus la capacité de nuire et ses quelques tentatives malheureuses pour secouer le joug de l'autorité centrale ne seront, par la suite, que des coups d'épée dans l'eau. À partir de 1230, l'horizon méridional change progressivement de couleur... Et la dame de Palencia peut alors s'enorgueillir de parachever l'œuvre d'expansion territoriale entreprise par l'auguste Philippe.

* * *

42. P. Bonnassie et G. Pradalié, *La capitulation de Raymond VII et la fondation de l'Université de Toulouse. 1229-1979: un anniversaire en question*, Toulouse, 1979, p. 10.

43. *Chronique* de Guillaume de Puylaurens, éd. J. Duvernoy, Paris, 1976, chap. XXXVII, p. 135.

À l'issue de la croisade contre les Albigeois, après la tardive intervention capétienne, le Midi rentre progressivement dans l'orbite du royaume de France. L'évolution politique de cette partie de l'Europe tendait certes au développement de formations territoriales de grande ampleur, un large Midi aurait d'ailleurs pu s'insérer dans un autre ensemble géographique, celui de la Grande couronne d'Aragon, mais le jeudi de Muret l'a fait irrémédiablement basculer vers le nord. Après l'épisode pedrosien, une quinzaine d'années plus tard, le comte de Toulouse devait plier à son tour devant le roi et l'Église.

Une société structurée par une culture de la fidélité cède la place à une société différente qui s'impose en suivant de nouvelles manières. En 1229, et dans les années qui suivent, les troubadours déplorent cette situation avec virulence, cachant avec peine leur sombre amertume: «Bonne paix me plaît tant qu'elle dure, mais paix commandée ne me plaît point; de honteuse paix vient plus de mal que de bien [...] Dieu ! quelle bonne aventure est-ce donc que la paix de notre duc, comte et marquis? Paix de clercs et de Français !» vitupère Bernard de Labarta[44]. Car vers 1230, dans un de ses *sirventes*, Bernart Sicart de Marvejols observe avec dépit un terrible changement et dénonce la servilité de ses contemporains: «Chaque jour je m'irrite et entre en fureur, et la nuit je soupire, que je veille ou que je dorme. De quelque côté que je me tourne, j'entends les gens courtois crier humblement «sire» aux Français»[45]. Certes, on se lamente une dernière fois à la mort de Raimond VII en septembre 1249: «c'était pitié [...] de voir le peuple gémir et pleurer son seigneur naturel, et n'avoir plus désormais à attendre quelqu'un de sa lignée» écrit Guilhem de Puylaurens[46]. Mais vingt ans plus tard, un nouveau maître s'est bel et bien imposé dans le Midi, et en certains endroits, grâce aux bons soins des frères de Cîteaux[47]. Un roi qui, de surcroît, pacifie les contrées méridionales: Louis IX signe en un même mois la paix avec Henri III d'Angleterre, à Paris, et avec Jacques Ier d'Aragon, à Corbeil (mai 1258). Si chacun renonce à ses prétentions dans le royaume de l'autre, la rivalité n'en est pas moins clairement affirmée: aux abords des

44. Bonnassie et Pradalié, *op. cit.*, p. 41.

45. *Aug la cortesa gen / que cridon Sire / al Francés umilmen* (P. Bec, *Anthologie des troubadours*, Paris, 1979, *Ab grèu cossire*, pp. 278-281, vv. 21-23).

46. *Chronique* de Guillaume de Puylaurens, chap. XLVI, p. 187.

47. Avec l'aide des moines blancs, les Capétiens et leurs agents implantent des bastides au cœur des seigneuries restées indépendantes. Le souci également de lutter contre la dissidence religieuse explique, en partie, la collaboration entre les cisterciens et le roi dans la fondation des villes nouvelles.

Pyrénées, le Capétien entame immédiatement une large campagne de travaux sur les forteresses qui, au sud de Carcassonne, doivent constituer un glacis protecteur contre le fils de Pierre II.

Il n'est donc pas surprenant de constater que peu de temps après la mort du roi Louis IX (1270), des troubadours composent un *planh* pour pleurer le défunt souverain. Exprimant d'une manière obsédante la douleur et le regret (*Ai ! Dieus ! Quals dans es !*), Guilhem d'Hautpoul déplore avec force la disparition «du roi notre seigneur, franc de France, empereur de fin mérite»[48]. Raimon Gaucelm de Béziers, dans un vibrant appel à la croisade, fait le même constat: «le roi est mort et c'est pour nous tous une telle perte que personne ne peut l'évaluer»[49]. Et quinze ans plus tard, Bernat d'Auriac, autre troubadour pro-français du Biterrois, défend sans états d'âme les couleurs azurées de la France dans le conflit qui oppose le Capétien à l'Aragon (1285). Le vieux rêve d'un Midi uni et transpyrénéen appartient dorénavant au passé, quitte en passant à faire le deuil de sa propre langue pour mieux affirmer la victoire de Philippe III le Hardi:

> «Notre roi, sans égal en matière d'honneur, veut déployer son gonfanon: ainsi nous verrons sur terre et sur mer passer les fleurs, et cela me plaît, car à présent les Aragonais sauront qui sont les Français; et les Catalans, d'étroite courtoisie, verront les fleurs, ces fleurs d'honorable semence, et on entendra dire en Aragon *oïl, nenni* au lieu d'*oc* et de *no*»[50].

Au sein de certaines élites, l'unité fantasmée d'un Midi qui se serait construit à l'ombre des pals de gueules ou de la croix ramondenque est en train de se réaliser dans l'or resplendissant et prometteur des fleurs de lis...

48. *li mòrt del rei nòstre senhor / Francs de Fransa, de fin prètz emperaire* (P. Bec, *Florilège en mineur. Jongleurs et troubadours mal connus*, Orléans, 2004, *Fortz tristors es e salvatg' a retraire*, pp. 210-211, vv. 3-4).

49. C. P. Hershon, *Les troubadours de Béziers*, Paris, 2001, p. 15, str. II: *Mortz es lo reys, don em trastotz perdens, / tan que lunhs hom no pot ben adysmar*.

50. G. Gouiran, «La poésie à Béziers: la croisade, une fin ou un début?», dans M. Bourin (éd.), *En Languedoc au* XIII*e siècle. Le temps du sac de Béziers*, Perpignan, 2010, p. 312. Se servant du mètre, des rimes et sans doute de la mélodie de Bernat d'Auriac, le roi d'Aragon se fendit d'une ironique réponse: affirmant son bon droit, il menaça les lys des coups du *baston* (les barres catalanes); le comte de Foix, Roger-Bernard III, et un anonyme, tous deux partisans de l'intervention française, se lancèrent à leur tour dans la joute poétique (G. Gouiran, «À la frontière de l'histoire et de la littérature: le sirventés», *Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona*, t. XLI, 1987-1988, pp. 216-217). Dans le même temps, le Toulousain Guiraut d'Espagne, actif entre 1245 et 1265, ne cache guère son soutien à la politique menée par Charles d'Anjou (J. Anglade, *Les troubadours de Toulouse*, Toulouse-Paris, 1928, p. 134).

Esisteva una fiscalità a finanziamento delle guerre del primo '200?

Maria Ginatempo

Gli studi di storia della fiscalità degli ultimi 15-20 anni si sono iscritti per intero o quasi nel quadro delle problematiche della genesi dello stato moderno o *State Building*. Ciò vale sia per gli studi che si definiscono, un po' autoreferenzialmente, «New fiscal History», sia per quelli che sono nati in altri ambiti, in particolare quelli sulla nascita e sviluppo della fiscalità delle città in rapporto alla nascita e sviluppo della fiscalità 'di stato'[1].

1. Per la prima v. essenzialmente *Genèse de l'État moderne. Prélèvement et redistribution,* ed J. P. Genet et M. Le Mené, Paris 1987, *Economic systems and State finance*, ed. R. Bonney, Clarendon Press, Oxford 1995 (The Origins of the Modern State in Europe, 13th-18 Centuries), *The Rise of the Fiscal State in Europe, c. 1200-1815,* ed. R. Bonney, Clarendon Press, Oxford, 1999, *Crises, revolutions and self-sustained growth: Essays in European Fiscal Historyc. 1130-1830*, ed R. Bonney, M. Bonney, W. M. Ormrod, Stamford 1999, e inoltre *La fiscalità nell'economia europea (secc XIII-XVIII),* Atti della XXXIX Settimana di studi dell'Istituto Internazionale di Storia Economica «F-Datini», Prato 2007, Firenze University Press 2008. Per gli studi sulla fiscalità delle città v. soprattutto *La gènesi de la fiscalitat municipal (segles XII-XIV)*, coord per A. Furiò in «Revista d'Història Medieval» (1996), gli atti dei congressi spagnoli *Col-loqui Corona, municipis i fiscalitat a la Baixa Edat Mitjana*, cur. M. Sánchez e A. Furiò, Lleida 1997, *Finanzas y fiscalidad municipal,* Fundación Sánchez Albornoz, Léon 1997, *Fiscalidad real y finanzas urbanas en la Cataluña medieval*, ed. M. Sanchez, Barcelona CSIC 1999 e e *Fiscalidad de ambito municipal en las dos Castillas (siglos XIV y XV),* «Medievalismo» (2001); quelli dei congressi francesi *L'impôt au moyen age: l'impot public et le prelevement seigneurial, fin 12e debut 16e siècle*, sous la dir. de P. Contamine, J. Kerhervé e A. Rigaudière (colloque de Bercy 2000), Paris, CHEEFF 2002 e *L'impôt dans les villes de l'Occident méditerranéen, XIIIe-XVe siècle* sous la dir de D. Menjot, A. Rigaudière, M. Sanchez, Paris CHEEFF 2005 (Colloque de Bercy 2001) e soprattutto i risultati delle ricerche del gruppo franco-spagnolo di studio sulla fiscalità delle città raccolti nei 4 volumi di *La fiscalité des villes au Moyen Age (Occident Méditerranéen),* coord. da D. Menjot e M. Sanchez, Éd. Privat, Toulouse 1996-2004 e in *Fiscalidad de Estado y fiscalidad muincipal,* dir da Eid., Madrid Casa de Velasquez 2006. Si v. anche M. A. Ladero Quesada, *Estructuras y Politicas Fiscales en la Baja Edad Media*, in *Poteri economici e poteri politici secc. XIII-XVIII*, a c. di S. Cavaciocchi, Firenze 1999, pp. 369-410 e l'ottimo quadro d'insieme di J. Carrasco, *Estudio preliminar*, a *Acta vectigalia Regni Navarrae*, serie 1: Comptos Reales. Registros, t. 1: *Registros de Teobaldo II 1259,1266*, dir. Id., Pamplona, Gobierno de Navarra, 1999, pp. 29-73.

In questo quadro fiscalità e finanze sono apparse non soltanto un punto focale in generale, un prisma da cui vedere tutti gli altri aspetti dello *State Building* e delle trasformazioni politiche, economiche e sociali a esso connesse, ma anche più in particolare la cerniera tra la guerra e la costruzione dello Stato. Cerniera tra: le guerre di conquista per il processo di ricomposizione statuale che caratterizzò gli ultimi 2-3 secoli del medioevo, o più largamente la competizione politico-militare per il controllo di territori sempre più ampi in Stati sempre più compositi, da un lato; e dall'altro una serie di fenomeni politico-istituzionali (dallo sviluppo del momento amministrativo dello stato e delle sue capacità di governo, disciplinamento e coercizione, allo sviluppo delle istituzioni rappresentative, alla nascita e consolidamento delle istituzioni collegiali municipali e delle identità urbane, o più in generale al rafforzarsi del ruolo delle città come interlocutore imprescindibile dei vertici statuali), politico-sociali e socioeconomici (ad esempio quanto alla ridefinizione delle gerarchie sociali nel quadro delle nuove funzioni e servizi richiesti dalle necessità amministrative, quanto alla redistribuzione legata a tali funzioni e alla gestione dei flussi fiscali e finanziari, agli effetti sull'economia di certe politiche fiscali e dello sviluppo del debito pubblico...).

In tutti o quasi tutti questi studi compare immancabilmente la topica della guerra come motore primo dei processi di cui sopra, cioè la formula: cresce la scala della guerra e delle operazioni militari, crescono «enormemente» i costi militari e *per conseguenza* le risorse tradizionali di cui dispongono i re (o i principi o gli altri che si propongono come vertici statuali o che partecipano comunque da protagonisti attivi e ambiziosi alla competizione politico-militare) diventano del tutto insufficienti. Ciò fa sì che i re e tutti gli altri soggetti a cascata, città incluse, non possano più vivere del proprio («du sien») e siano costretti a sperimentare nuovi mezzi di finanziamento, *ovvero* una nuova fiscalità estesa in generale a tutto l'insieme variegato dei loro stati compositi, qualcosa definito in genere «fiscalità di stato». Facendo così gravano sempre di più i soggetti politici che stanno con o sotto di loro a diversi gradi di autonomia, con l'effetto che anche le risorse di questi diventano a loro volta insufficienti e che anch'essi sono quindi costretti a sperimentare e affinare varie tecniche impositive, valutative, creditizie, etc per reperire denaro. Ancor prima di ciò l'effetto sarebbe che i soggetti dello stato, in particolare le città, vengono investiti di responsabilità e quindi sollecitati da un lato a consolidare le loro istituzioni, capacità amministrative e meccanismi interni di redistribuzione di ricchezza e prestigio; e dall'altro a ridefinire il loro ruolo nei rapporti col sovrano e con gli altri elementi costitutivi dello stato, guadagnando autonomie non solo fiscali e spazio nelle istituzioni rappresentative che si

vanno anch'esse consolidando per gli stessi motivi e proponendosi come primo interlocutore di uno stato a natura prevalentemente pattizia. Kaeuper propone la formula: se si hanno entrate si converte l'autorità in potere effettivo[2], passaggio cruciale per lo *State Building*. Per vari altri studiosi vale, implicitamente o esplicitamente, anche la formula leggermente diversa, ma tale da porre comunque la connessione guerra-fiscalità al centro della costruzione dello Stato: per avere le entrate richieste dalla guerra si deve trasformare l'autorità in governo, a tutti i livelli, e intensificare l'azione dei poteri pubblici (centrali, periferici e locali) verso un controllo e una capacità di disciplinamento sempre più capillare.

Si tratta di una topica ripetitiva, quasi ossessiva, che corre parallela a quella propria della *New fiscal history*, ovvero al grande schema, di derivazione schumpeteriana, poi riformulato da Kruger e profondamente rielaborato da Ormrod e Bonney, della transizione dal modello cosiddetto del *Domain state* a quello denominato *Tax state,* o se si preferisce alla topica della «rivoluzione fiscale» che porterebbe dal primo al secondo modello[3]. Non descrivo ora in dettaglio questi modelli (anche perché li trovo eccessivamente complicati e non del tutto utili), ricordando ora soltanto questo. Caratteri essenziali e qualificanti della cosiddetta «rivoluzione fiscale» sarebbero sperimentazione e consolidamento di una fiscalità complessa, articolata in più livelli e organizzata in un *sistema di imposte* che cercano di raggiungere capillarmente la ricchezza dovunque sia possibile raggiungerla. Un sistema fiscale basato su diversi tributi regolari, generalizzati a un numero relativamente alto di sudditi e istituzioni soggette e soprattutto aventi carattere di *imposta* (nell'accezione modernistica, utile però adesso per intendersi e evitare equivoci), overossia contributi obbligatori (cioè non volontari, né da rinegoziare di volta in volta) e non legati a uno scopo preciso (cioè a un servizio che lo stato eroga in diretta contropartita di quell'esborso, come ad esempio la manutenzione di un ponte contro i pedaggi lì riscossi) ma destinati ad andare in un budget che serva a coprire un'ampia serie di spese di interesse collettivo. Quindi, non si tratta più di tributi occasionali, prelievi qui e là quando, dove e per quanto serve, ma di un complesso sistema di imposte abbastanza regolari e abbastanza generali, che reggono un sistema di erogazioni anch'esso complesso e abbastan-

2. R. W. Kauper, *War, Justice and Public Order: England and France in the later Middle Ages,* Oxford, Clarendon Press 1988, p. 21.

3. Si v in dettaglio W. M. Ormrod-R. Bonney, *Introduction. Crises, Revolutions and self sustained Growth: towards a conceptual model of change in Fiscal History* in *Crises, Revolutions*, cit. pp. 1-21. V. anche R. Bonney, *Introduction* a *The Rise of Fiscal State*, cit.pp. 1-17.

za stabile. Le entrate pubbliche finiscono comunque per essere composte prevalentemente da entrate fiscali, cioè dal gettito di imposte e non più da entrate patrimoniali o demaniali, vale a dire dalle rendite sui beni propri del re, principe, signore, vescovo, abate o comune che sia oppure dalle rendite sulle risorse collettive (incolti, acque, sottosuolo...).

Tutto ciò, ad ogni modo, l'ho detto solo per chiarificare un po'il quadro concettuale, perché in realtà per quanto andava succedendo nel periodo che ci interessa (ultimi decenni del XII secolo-primi del XIII) non ci serve quasi a niente, anzi può essere controproducente. Il problema è infatti che quasi tutti gli studi dove ricorrono le topiche di cui sopra hanno come fuoco non il nostro periodo, ma il XIV-XV secolo e enfatizzano come punto di svolta, come momento di crisi irreversibile e «rivoluzione», al più presto il tardo '200 o anche il primo e pieno '300. Enfatizzano cioè il decollo dei costi della guerra (e dello stato) che si può attestare a partire dai regni di Filippo il Bello in Francia[4], di Alfonso X in Castiglia[5], di Pietro

4. Così gli studi di J.B.Henneman, *France in the Middle Ages* in *The rise of Fiscal State*, cit., pp. 101-122, B. Chevalier, *Fiscalité municipal et fiscalité d'État en France du XIVe à la fin du XVe siècle*, in *Genèse de l'État moderne* cit., pp. 137-151, Id., *Genèse de la fiscalité urbaine en France*, in *La gènesi de la fiscalitat,* cit., pp. 21-38, Id, *La fiscalité urbaine en France. Un champ d'esperience pour la fiscalité d'État*, in *Col-loqui Corona, municipis i fiscalitat*, cit., pp. 61-78 e A. Rigaudière, *L'essor de la fiscalité royale du règne de Philippe le Bel (1285-1314) à celui de Philippe VI (1328-1350)*, in *Europa en los umbrales de la crisis (1250-1350)*, Pamplona 1995 (XXI Semana de Estudios Medievales, Estella '94), pp. 323-391, Id., *Les origines medievales de l'impôt sur la fortune*, in *L'impôt au moyen age* cit., pp. 227-287, Id., *L'assiette de l'impôt direct dans les villes du Midi français au bas Moyen Age d'après leurs livres d'estimes*, in *La fiscalità nell'economia europea* cit., pp. 425-481 e Id., *Pouvoir et institutions dans la France medievale,* t. II, *Des temps feodaux aux temps de l'Etat*, Paris A. Colin 1994, in partic pp. 226 ss. Inoltre P. Contamine, *La guerra nel medioevo*, trad it Bologna Il Mulino 1980, pp. 67-172, W. M. Ormrod, *The West European Monarchies in the later Middle Ages*, in *Economic systems and State finance*, pp. 123-160 e L. Scordia, *«Le roi doit vivre du sien». La théorie de l'impôt en France (XIIIe-XVe siècles)*, Paris 2005.

5. M. A. Ladero Quesada, *De la reconquista a la fiscalité d'État dans la Couronne de Castille, 1268*-1360, in *Genèse de l'État moderne*, cit., pp. 35-51, Id., *Fiscalidad y poder real en Castilla, 1252-1369*, Madrid, Siglo XXI 1993, Id., *La Corona de Castilla y la fiscalidad municipal en la Baja Edad Media* in *Col-loqui Corona, municipis i fiscalitat,* cit. pp. 89-123, 125-144 e 145-155 e Id., *Castile in Middle Ages*, in *The Rise of the Fiscal State,* cit., pp. 177-199; D. Menjot-A. Collantes de Teran, *La gènesis de la fiscalidad municipal en Castilla: primeros enfoques* in *La gènesi de la fiscalitat municipal,* cit., pp. 53-80, Eid., *Hacienda y fiscalidad concejiles en la Corona de Castilla en la Edad Media,* «Historia, instituciones, documentos» 23 (1996), pp. 213-254, A. Collantes, *Ciudades y fiscalidad*, in *Las ciudades andaluzas (siglos XIII-XVI),* Universidad de Malaga, 1991, pp. 129-149, Id., *Ciudades y villas andaluzas: variedad impositiva y diversidad ante el hecho fiscal* e D. Menjot, *Le système fiscal de Murcie (1264-1474)*, entrambi in *Finanzas y fiscalidad municipal*, cit., pp. 485-506 e 433-481; Id., *La fiscalité directe dans les systèmes financiers des villes castillanes* e A. Collantes, *Les impôts municipaux indirects ordinaires et*

il Grande, Alfonso III e Giacomo III d'Aragona[6], Edoardo I, II e III d'Inghilterra[7], oppure il decollo che si verifica nello stesso periodo o ancora più tardi in vari principati o regni minori (ad es. il tempo di Pietro II di Savoia,

extraordinaires de Seville entrambi in *La fiscalité des villes,* cit, 2*, Les systèmes fiscaux*, 1999, pp. 230-257 e 463-483; D. Menjot*, Le consentement fiscal: impôt royal et forces politiques dans la Castille de la fin du Moyen Age* in *L'impôt au moyen age* cit., pp. 203-219, Id, *Politiques et stratégies fiscales des élites urbaines castillanes (fin xiii siécle-1474)* e A. Collantes, *Les villes dans le système fiscal du royaume de Castille (xiii-xv siècle)* entrambi in *L'impôt dans les villes*, cit, pp. 123-152 e 331-352; D. Menjot, *Les enieux de la fiscalité directe dans les systèmes financiers et fiscaux des villes castillanes aux xive et xve siècles* in *La fiscalità nell'economia europea*, cit., pp. 699-729 e Id, *Système fiscal étatique et systèmes fiscaux municipaux en Castille (xiiie-fin du xve s.),* in *Fiscalidad de Estado*, cit. pp. 21-51.

6. M. Sánchez Martinez, *El naixement de la fiscalitat d'Estat a Catalunya (segles xii-xiv)*, Girona 1995, Id., *La evolución de la fiscalidad regia en los países de la Corona de Aragón (c. 1280-1356)*, in *Europa en los umbrales*, cit., pp. 393-428, Id., *Fiscalidad y finanzas municipales en las ciudades y villas reales de Cataluña* in *Finanzas y fiscalidad municipal*, cit., pp. 209-238; Id.-P. Ortí, *La Corona en la génesis del sistema fiscal municipal en Catalunya (1300-1360)*, in *Col-loqui Corona, municipis i fiscalitat,* cit., pp. 233-278, P. Ortí-M. Sánchez-M. Turull, *La génesis de la fiscalidad municipal en Cataluña,* e e A. J. Mira-P. Viciano*, La costrucció d'un sistema fiscal: municipis i impost al País Valencià (segles xii-xiv),* entrambi in *La gènesi de la fiscalitat,* cit.,pp. 115-134; M. Sánchez, *La fiscalité des villes catalanes et valenciennes du domaine royal au bas Moyen Age*, A. Furiò, *L'impôt direct dans les villes du Royaume de Valence* e P. Cateura Bennassar, *Naissance e première développements de la fiscalité dans le royaume de Majorque* tutti in *La fiscalité des villes*, cit., 2, *Le systèmes fiscaux*, pp. 11-40, 41-55 e 169; P. Ortega, *La fiscalidad regia en el señorio templario y hospitalario de Ribera d'Ebre y Terra Alta* e H. Katsura, *L'amministration financière de Montepellier sous le regne de Jacques le Conquerant* entrambi in *Finanzas y fiscalidad municipal*, cit., pp. 13-53 e 56-76; P. Ortì, *Fiscalité et finances pubbliques dans les territoire de la Couronne d'Aragon*, in *L'impôt dans les villes,* cit., pp. 453-468; M. Sánchez-M. Hebert, *La « part du prince»: contributions et transferts au roi dals les dépenses des villes des pays de la Couronne d'Aragona et de Provence* in *La fiscalité des villes*, cit., 3, *La redistribution*, pp. 295-320; M. Sánchez-A. Furiò-A. Sesma, *Old and new Forms of taxation in the Crown of Aragon (13th-14th centuries)* in *La fiscalità nell'economia europea,* cit., pp. 99-130. V. anche D.J. Kagay, *War, government and society in the medieval Crown of Aragon*, Aldershote, Ashgate 2007.

7. M. Prestwich, *War and taxation in England in the xiiith and xivth centuries* in *Genèse de l'État moderne* cit., pp. 181-192, Ormrod, *The West European Monarchies* cit, Id., *Urban communities and royal finance in England during the later Middle Ages* in *Col-loqui Corona, municipis i fiscalitat*, cit., pp. 45-60, Id., *England in the Middle Ages*, in *The Rise of the Fiscal State* cit., pp. 19-52, Id., *Poverty and privilege: the fiscal burden in England, xiii-xv century* in *La fiscalità nell'economia europea,* cit., pp. 637-655; E. Fryde*, Royal Fiscal Systems and State Formation in France from the 13th to the 16th, with som English Comparisons*, «Journal of Historical Sociology» (1991), pp. 236-287, Kaeuper, *War, justice,* cit., M. Prestwich, *Edward I*, New Haven Conn. Yale Univ. Press 1997, Id., *Plantagenet England 1225-1360*, Oxford, Univ. Press 2005, F. Lachaud, *L'assiette de l'impôt sur les biens meubles en Angleterre (1188-1332): le cas des villes,* in *L'impôt au Moyen age* cit. pp. 298-311e R. H. Britnell, *The exercise of power in English Towns 1200-1500*, in *Poteri economici e poteri politici* cit., pp. 161-184. Per l'Inghilterra esistono comunque ampi studi specifici per l'xi e xii secolo, grazie alla precocità delle fonti v. oltre.

Carlo II d'Angiò in Provenza, la Casa di Francia in Navarra, etc.)[8]. Raccontano cioè tutta un'altra storia, o per lo meno parlano di un'altra fase dello sviluppo dello stato e della fiscalità, connotata da tutt'altre caratteristiche. Alcuni di questi studi contengono *anche* riferimenti a periodi precedenti (per quanto è possibile, laddove è possibile) visti però per lo più in un'ottica genetica, cioè con interesse selettivo a individuare quegli elementi che appaiono come embrioni, lontane radici della rivoluzione successiva. Elementi definiti con termini come «nascita di una fiscalità di

8. W. Blockmans, *Finances publiques et inégalitè sociale dans les Pays-Bas au xive-xvie siècles,* in *Genèse de l'État moderne* cit., pp. 77-90, Id., *The Low Countries in the Middle Ages*, in *The Rise of Fiscal State*, cit. pp. 281-308, A. Derville, *La fiscalité d'État dans l'Artois et la Flandre wallone*, «Revue du Nord» 74 (1992), pp. 225-52, J. M. Cauchies, *Potere cittadino e interventi principeschi nei Paesi Bassi del Quattrocento* in *Principi e città alla fine del medioevo*, Pisa, Pacini, 1996, pp. 17-39 e M. Boone, *Strategie fiscali e finanziarie delle élites urbane negli antichi Paesi Bassi (xiv-xvi secolo),* «Cheiron», 24 (1995), pp. 37-55, Id., *Fiandre, Brabant, Hainaut, Pays de Liege* e C. Billen, *A la recherche d'un prélèvement equitable. Pratiques, discours et porte-parole dans les Pays Bas meridionaux* entrambi in *La fiscalità nell'economia europea,* cit., pp. 657-84 e 871 ss; M. Hebert, *Le système fiscal des villes de Provence* in *La fiscalité des villes*, cit., 2, *Le systèmes fiscaux*, pp. 57-82, Id., *Le subside de 1292 en Provence* in *L'impôt au moyen age*, cit., t. II, pp. 343-363 e Sánchez-Hebert, *La «part du prince»*, cit.; J. Kehervé, *L'Etat breton aux xive et xve siècles. Les ducs, l'argent et les hommes*, Paris 1987; J. Carrasco, *Fiscalidad y finanzas de las buenas villeas navarras, siglo xiii-xiv*, in *Finanzas y fiscalidad municipal*, cit., pp. 330-345, Id., *Fiscalidad real y urbana Una aproximacion al regimen tributario y a la organizacion financiera en las buenas villas del reino de Navarra*, in *Col-loqui Corona, municipis i fiscalitat*, cit., pp. 157-189, Id., *L'impôt dans la fiscalité royale en Navarre. Les politiques de Philippe Ie le Bel (1284-1305),* in *L'impôt au moyen age*, cit., t. I, pp. 177-201, Id., *Estudio preliminar,* cit. pp. 34 ss. M. Chiaudano, *Il bilancio sabaudo nell secolo xiii*, Torino 1927, Id., *La finanza sabauda nel secolo xiii*, 3 voll. Torino-Voghera 1933-37, B. Demotz, *La géographie administrative médiévale: l'exemple du comté de Savoia, debut xiii-debut xv siècle,* «Le Moyen Age» (1972), pp. 262-282, C. Guilleré'-J.L. Gaulin, *Des rouleaux et des hommes. Premières recherches sur les comptes de chatellenies savoyards,* «Etudes Savoisiennes» 1 (1992), pp. 51-108, C. Guillere', *Le financement de la guerre au moyen age: l'exemple savoyard sous le règne d'Amedée V*, in *La société savoyarde et la guerre. Huit siècles d'histoire (xiiie-xxe siècles*), Chambery 1998, pp. 59-79, Id., *Culture financière et fiscale en Savoie du xiiie au xve siecle* in *L'impôt dans les villes* cit., pp.469-483, Id., *Étude comparée des finances des Maisons de Barcelone et de Savoie au debut du xive siècle* in *Savoie et Région alpine*, Paris 1994, pp. 245-259 (Actes du 116e Congrès national des sociétés savantes); G. Castelnuovo, *Principati regionali e organizzazione del territorio nelle Alpi occidentali: l'esempio sabaudo (inizio xii-inizio xv secolo)* in *L'organizzazione del territorio in Italia e in Germania,* cit. pp. 81-92, Id.-C. Guilleré, *Les finances et l'administration de la Maison de Savoie au xiiie siècle* in *Pierre II de Savoie, 'Le Petit Charlemagne'*, études publiées par B. Andematten, A. Paravicini Bagliani, E. Pibiri, Lausanne 1999, pp. 33-125, S v. anche in gen. e per più ampi rif. *La France des principautés. Les Chambres des comptes, xiv et xve siecle*, Paris CHEEFF 1996 e *Les principautés dans l'Occident médiéval. A'l'origins des régions*, dir. par B. Demotz, Turnhout, Brepols 2007.

stato»[9] o simili. Quest'ottica, per altro del tutto legittima, non rende tuttavia pienamente giustizia al periodo che ci interessa, anzi rischia talvolta di trasportare di peso lo schema di cui sopra (guerra primo motore dello sviluppo dello stato attraverso la fiscalità) con anacronismi e retrodatazioni, percorsi presuppositivi e pregiudizi, nei quali è tanto più facile cadere proprio perché del periodo in questione sappiamo relativamente poco. Si rischia cioè di dare per scontate molte cose che abbiamo serie difficoltà a verificare per carenza di fonti. In particolare si rischia di inferire che i costi della guerra crescono (e con essi le necessità di finanziamento attraverso la fiscalità) da indizi del tutto insufficienti e senza fermarsi a verificare il punto cruciale di tutto lo schema, cioè senza verificare *quando* (e dove) si allaccia davvero la connessione tra guerra e fiscalità. Ovvero quando si inizia davvero ad aver bisogno di molto più denaro per pagare la guerra (perché si è iniziato davvero a pagarla, in denaro e tanto) e quando si va a cercare il denaro necessario davvero con le imposte e non con altri mezzi (ad esempio bottino, saccheggio e riscatti o migliore sfruttamento delle risorse fondiarie, demaniali e feudali), fino a impiantare un vero e proprio sistema fiscale, esteso, capillare e complesso.

Se ci fermiamo un attimo a riflettere fuori dagli schemi non è difficile accorgersi che tale connessione non è sempre scontata e in particolare che non lo è affatto per il tardo XII-primo '200. Verificare se c'era o meno all'epoca delle grandi battaglie tema di questa *Semana* e quando essa si allaccia, se si allaccia, deve essere al contrario nostro compito primario, per quanto è possibile in base agli studi esistenti e in base a fonti che, se si eccettuano l'Inghilterra e in parte le Fiandre e la Catalogna, sono terribilmente scarse e poco loquaci. Il che equivale a dire che non sempre riusciamo a trovare elementi sufficienti per attestare, al di là delle congetture presuppositive, l'aumento dei costi della guerra e se esso fu di importanza tale da innescare le trasformazioni descritte sopra. Ho provato comunque a togliermi gli occhiali dello schema evolutivo di cui sopra, a far finta di non sapere nulla di quel che è successo dopo, all'epoca della «rivoluzione fiscale» di fine '200-primo '300, e a guardare ad occhio nudo quel che realmente sappiamo delle entrate di principi e re del periodo, delle risorse, usi contributivi e spese delle municipalità cittadine e, non ultimo, ovviamente, dell'organizzazione delle attività militari, dei suoi costi monetari e dei modi per coprirli. Ho provato a far ciò utilizzando sia le informazioni sparse negli studi ricordati sopra (quelli cioè che hanno il loro fuoco di interesse sulle

9. Così ad es. SÁNCHEZ, *El naixement de la fiscalitat d'Estat,* cit.

fasi più tarde), sia altri studi più specifici sul nostro periodo e in particolare gli studi di Baldwin, Sivery e Favier per la Francia di Filippo II Augusto e San Luigi[10], di C. Warren Hollister, J. O. Prestwich, M. Powicke, W.L. Warren, Judith Green, N. Barratt, R. Bartlett, J. Huscroft e altri per l'Inghilterra normanna e angioina-plantageneta[11], di Bisson, Salrach e Orti, per la Corona d'Aragona tra metà XII e 1228 e di Verhulst e altri per le Fiandre[12]. E la

10. J. W. Baldwin, *The Government of Philip Augustus. Foundations of French Royal Power in the Middle Ages, Berkeley*, Univ. of California Press 1986 (ma v. anche Id., *Le décennie decisive: les années 1190-1203 dans le règne de Philippe Auguste*, «Revue Historique» [1981], pp. 311-337 e M. Nortier-J.W. Baldwin, *Contribution à l'étude des finances de Philippe Auguste*, «Bibliotheque de l'Ecole des chartes» 38 [1980], pp. 5-33), G. Sivery, *Les capetiens et l'argent au siècle de Saint Louis. Essai sur l'administration et les finances royales au XIIIe siècle*, Lille 1995, J. Favier, *Les finances de Saint Louis*, in *Septième Centenaire de la mort de Saint Louis*, ed. L. Carolus-Barre, Paris, Les Belles Lettres 1976, pp. 133-140. Si v. anche T. Bisson, *Les comptes des domaines au temps de Philippe Auguste: essai comparatif* in *La France de Philippe Auguste. Le temps des mutations*, Colloque CNRS Paris 1980, ed. par R. H. Bautier, Paris 1982, C. W. Hollister-J.W. Baldwin, *The rise of administrative Kingship: Henry II and Philip Augustus*, «American Historical Review» (1978), pp. 867-905; Y. Renouard, *1212-1216: comment les traits durable de l'Europe occidentale moderne se sont définis au debut du XIIIe siècle,* «Annales de l'Université de Paris» (1952), pp. 5-21 e Y. Sassier, *De l'ordre seigneurial à l'ordre féodal (fin X-debut XIII siècle)* in Id.-O.Guillot *Pouvoirs et institutions dans la France médiévale*, t. 1, Paris, A. Colin 1995², pp. 257 ss. Inoltre A. Verhulst-B. D. Lyon, *Medieval Finance. A comparison of financial institutions in North Western Europe*, Rijksuniversiteit te Ghent, Brugge 1967.

11. C. W. Hollister, *The Military Organization of Norman England*, Oxford 1965, Id., *Military Obligation in Late Saxon and Norman England,* in *Ordinamenti militari in Occidente nell'Alto Medioevo*, XV settimana di studio del centro Italiano Studi sull'Alto medioevo, Spoleto 1968, pp. 169-186, Id.-Baldwin, *The rise of administrative Kingship*, cit.; J. O. Prestwich, *War and finance in the Anglo-Norman State*, «Transaction of the Royal Historical Society» (1954), pp. 19-43; M. Powicke, *The loss of Normandy*, Manchester 1961 e Id., *Military Obligation in medieval England: a study in liberty and duty*, Oxford, Clarendon Press 1962; W.L. Warren, *The Governance of Norman and Angevin England 1086-1272*, London, Arnold 1987; J. A. Green, *The Government of England under Henry I*, Cambridge, Univ. Press 1986 e Ead., *The lost century of Danegeld*, «English Historical Review», 96 (1981), pp. 241-258; N. Barratt, *The Revenue of King John*, «English Historical Review», 111 (1996), pp. 835-855, Id., *The English Revenue of Richard I*, «English Historical Review», 116 (2001), pp. 635-656 e Id, *English Royal Revenue in the Early thirteenth century and its wider context,* in *Crises, revolutions and self-sustained growth,* cit, pp. 59-96 e V. Moss, *The Norman fiscal revolution 1193-8, ibid*., pp. 38-57; R. Bartlett, *England under the Norman and Angevins Kings: 1075-1225*, Oxford, Clarendon Press 2000; R. Huscroft, *Ruling England 1042-1217*, London, Longman 2005. Inoltre J. Holt, *The Loss of Normandy and royal finance*, in *War and government in the Middle Ages. Essays in Honour of J. O. Prestwich,* edd. J.Gillingahm e J. Holt, Woodbridge 1984, pp. 92-105, J. Gillingham, *The Angevin Empire,* London, Arnold 1984 e sul regno di Enrico III, R.C. Stacey, *Politics, policy and finance under Henry III, 1216-1245*, Oxford 1987 e D. A. Carpenter, *The minority of Henry III,* London 1990.

12. T. N. Bisson, *Fiscal account of Catalonia under the early Count-Kings*, Berkeley, Univ. Press 1984 e Id., *Las finanzas del joven Jaime 1213-1228*, in *X Congreso de Historia de*

prima cosa che va detta è che a quest'altezza cronologica il punto che conosciamo peggio e che resta ostinatamente opaco, anche dove si sono conservate fonti contabili e amministrative precoci e abbondanti e dove sono stati condotti ottimi studi (come in Inghilterra o Catalogna), è purtroppo proprio la struttura della spesa pubblica. Per chiarire quello che è il punto nevralgico di tutto il discorso —cioè quanto si spendeva per la guerra, se e quanto i costi aumentavano e come ciò si ripercuotesse eventualmente sul resto delle finanze reali, locali, municipali, etc.— disponiamo in realtà solo di indizi molto indiretti e facilmente equivocabili, oppure di stime troppo parziali e incerte.

1. Le fonti

Partiamo da una panorama sommario delle fonti disponibili[13]. Per la Castiglia[14] (e la Navarra fino al 1259[15] e inoltre anche per la Provenza[16]) si dispone in pratica solo di poche fonti normative e documentarie (*fueros* e

la Corona de Aragon, Saragossa 1976; P. Orti, *La primera articulacion del Estado feudal en Cataluña a traves de un impuesto: el bovatge (s. xii-xiii),* «Hispania» 31/1 (2001), pp. 33-48 e Id., *L'explotaciò d'una renda reial. El molins del Rec Comtal de Barcelona fins al segle xiii* in *Estudios sobre renta, fiscalidad y finanzas en la Cataluña medieval*, Barcelona CSIC 1995, pp. 243-272; J. Salrach, *La renta feudal en Cataluña en el siglo xii*, *ibid*., pp. 29-70 e Verhulst-Lyon, *Medieval Finance,* cit.

13. V. in generale R. C. Van Caenegem, *Introduction aux sources de l'histoire médiéval,* trad. fr., nouvelle édition mise à jour par L. Jocqué, Brepols, Turnhout, 1997, pp. 134-160; Verhulst-Lyon, *Medieval Finance,* cit.; i volumetti n. 18,19 e 28 della collana «Typologie des sources» dir da L. Genicot M. A. Arnould, *Les relevés de feux,* Brepols, Turnhout, 1976, G. Despy, *Les tarifs de tonlieux*, Brepols, Turnhout, 1976 e R. Fossier, *Les poliptiques et censiers*, Brepols, Turnhout, 1978 (annunciati ma non ancora usciti quelli di R. Nöel, *Les comptes de princes*, di J. P. Sosson, *Les comptes urbains*, R. Halleux, *Les livres des recettes*, Yante, *Les comptes de péages*, Nieus, *Les livres de fiefs*, R. C. Schwinges, *Les registres de bourgeoisie*); R. Fossier, *Sources pour l'histoire économique et financiére*, Brepols, Turnhout, 1999; Carrasco, *Estudio preliminar,* cit, pp. 39-40; il vol 1 di *La fiscalité des villes,* cit., *Ètude des sources*, Toulouse 1996.

14. V. gli studi citati a nota 5 e inoltre J.R.Diaz de Durana-S. Piquero, *Fiscalidad real, fiscalidad municipal y nacimiento de las haciendas provinciales en el Pais Vasco (ss. xii al xv)*, in *Fiscalidad de Estado*, cit., pp. 53 ss.

15. Carrasco, *Fiscalidad y finanzas de las buenas villas navarras,* cit., pp. 330 ss, Id., *Fiscalidad real y urbana,* cit., pp. 157-189, Id., *L'impôt dans la fiscalité royale en Navarre.* cit., pp. 177ss, e soprattutto Id., *Estudio preliminar*, cit. pp. 52 ss. Sembra comunque che in Navarra la pratica di redigere conti generali annuali si fosse affermata abbastanza precocemente anche se non si è conservato nulla prima del 1259 .

16. Hebert, *Le système fiscal* cit., pp. 57 ss, Id., *Le subside de 1292* cit., pp. 343 ss e R.H. Bautier, *Les sources de l'histoire économique et sociale au Moyen age: Provence, Comtat Venaissin, Dauphiné, Etats de la Maison de Savoie,* Paris 3 voll 1968-1974.

diplomi), che insieme alle narrative (appena un po' più loquaci) ci dicono ben poco sia delle necessità di spesa, che della struttura delle entrate, cioè in particolare della importanza assoluta e relativa di alcuni tributi, vecchi e nuovi, frammentariamente e qualitativamente attestati, nonché della periodicità di essi. E' possibile che la pratica di redigere regolari rendiconti di entrate e uscite, ai vari livelli dello stato, si fosse affermata qui (almeno in Castiglia) più tardi che altrove, certo non si è conservato nulla e si fa fatica anche a capire se, come e con quanta intensità il re governasse i suoi domini periferici, di recente e meno recente conquista. In molti casi gli studiosi devono lavorare retrospettivamente, pescando in fonti d'epoca posteriore (a partire dagli anni '60-70 del '200 sotto Alfonso X o sotto la Casa di Champagne e di Francia in Navarra) informazioni su tributi e istituzioni diventati allora residuali, arcaici. Per la Francia capetingia sotto Luigi VIII e Filippo II Augusto (e San Luigi) sappiamo di più[17]. Sappiamo che le registrazioni delle entrate e uscite degli agenti locali del re (*prevôts* e *baillis*), nonché i loro rendiconti presso appositi uffici centrali di contabilità e controllo, erano cominciate abbastanza precocemente, in un sistema via via più rigoroso e raffinato, soprattutto a partire dalla riforma amministrativa del 1190 (dal celebre «testamento» politico di Filippo II emanato prima di partire per la Crociata). Purtroppo però il grande archivio contabile che ne era derivato è andato perduto quasi del tutto (specie in un disastroso incendio del 1737): si sono salvati solo il conto generale del 1202-1203 e alcuni frammenti successivi (1221, 1227, 1238), più vari registri feudali e inventari dei diritti regi nei cartolari di cancelleria[18], nonché fonti normative di grande interesse. Qualcosa di simile (rendicontazioni e registrazioni molto precoci, ma conservazione relativamente scarsa e frammentaria) può dirsi anche per la documentazione fiamminga, di cui si è conservato, prima delle serie tardoduecentesche solo un frammento del 1140 e un conto generale, il *Gros Brief*, del 1187, anche se le registrazioni regolari sarebbero cominciate secondo alcuni addirittura nel 1089[19].

17. V. gli studi citati a nota 10, ma in part. Baldwin, *The governement*, cit. pp. 144-173 e 394 ss.

18. Descrizione dettagliata *ibid*., pp. 412-418 (e 286-294). Ma v. anche R. H. Bautier, *Cartulaires de Chancellerie et recueils d'Actes des autorités laiques et ecclesiastiques,* in *Les Cartulaires,* actes de la table ronde organisée par l'Ecole nationale des Chartes (Paris 1991), Paris 1993, pp. 363-377 e *Le vassal, le fief et l'écrit Pratiques d'écriture et enjeux documentaires dans le champ de la féodalité (XIe-XVe s.)*. Actes de la journée d'étude organisée à Louvain-la-Neuve le 15 avril 2005, Brepols, Turnhout, 2008.

19. V. soprattutto Verhulst-Lyon, *Medieval Finance,* cit e A. Verhulst-M. Gysseling (eds), *Le compte général de 1187 connu sous le nom Gros Brief et les institutions financières du comté de Fiandre au douzième siècle*, Brussels 1962.

Per l' Inghilterra, o meglio per il grande insieme dei domini angioino-plantageneti, viceversa si dispone di fonti contabili precocissime (i famosi *Pipe Rolls* frutto della chiusura dei conti degli agenti locali del re, gli *sheriffs* incaricati dell'esazione dei gettiti reali e di alcune spese, conservati addirittura a partire dal 1129-30 e in serie abbastanza continua dal 1155, per la Normandia tra 1184 e primo '200) e inoltre di una gran massa di scritture fiscali (elenchi per taglie, sussidi su beni mobili, ruoli per lo *scutage* e gli *aides*, etc.) conservate negli sterminati archivi dell'*Exchequer*, nonché della nutrita serie di registri feudali, a partire dalla *Cartae Baronum* per l'Inghilterra del 1166 (elenco dei cavalieri con feudo e senza, prima e dopo la data del 1135) e da quelle simili per la Normandia del 1133 e 1172[20]. A fronte di una documentazione tanto abbondante e tanto risalente diversi studiosi tendono a vedere nelle precoci strutture amministrative e contabili del regno normanno e angioino-plantageneto (e in quelle fiamminghe) una sorta di modello per gli altri stati in formazione del periodo[21]. Che ci sia stata una diffusione di certi usi amministrativi (se non fiscali) per imitazione del modello normanno-plantageneto e fiammingo è possibile, però si deve rilevare che pratiche simili andavano contemporaneamente nascendo e consolidandosi, forse per conto proprio, anche altrove (in Catalogna sicuramente, ma forse anche nella Francia capetingia e non solo dopo la conquista della Normandia, dell'Artois e di altri territori già plantageneti o fiamminghi[22]). Più ancora si deve rilevare che l'assoluta eccezionalità del caso inglese (legata anche e soprattutto al fatto che nel periodo prenormanno e normanno si era conservata la pratica di riscuotere imposte pubbliche forse abbastanza regolarmente, quasi del tutto scomparsa viceversa nell'Europa carolingia e post-carolingia),

20. V. gli studi citati a nota 11 e 13 e inoltre T.K. Keefe, *Feudal Assessment and the Political community under Hery II and his son*, Berkeley, Univ. of California 1983. I *Pipe Rolls*, com'è noto, sono stati editi per cura della Pipe Roll Society in serie continua fino al 1223, più quello del 1230 e il *roll* del Cancelliere del 1196. V. anche C. T. Clanchy *From Memory to Written Record: England 1066-1307*, Malden Massachussets, Blackwell 1993[2] e J. Green,*«Praeclarum et magnificum antiquitatis monumentum»: the earliest surviving Pipe roll*, «Bulletin of the Institut of historical Research», 55 (1982), pp. 1-17.

21. Ad es. Carrasco, *Estudio preliminar,* cit., pp. 39 ss.

22. V. *ibid*., Verhulst-Lyon, *Medieval Finance,* cit., pp. 83-95, Sanchéz, *El naixement*, cit., pp. 19 ss., Bisson, *Fiscal account*, cit., II, pp. 3-29, Id., *Les comptes des domaines*, cit., e l'analisi dettagliata delle influenze anglo-normanne e fiamminghe sulle strutture capetingie in Baldwin, *The Government*, cit., pp. 144 ss. V. anche in generale la rassegna storiografica di P. Bauduin, *Les modeles anglo-normands en question* in *Nascita di un regno. Poteri signorili, istituzioni feudali e strutture sociali nel Mezzogiorno normanno (1130-1194)*, 17e giornate normanno-sveve (Bari 2006), a c. di R. Licinio e F. Violante, Bari, Adda 2008, pp. 51-97.

è sicuramente molto amplificata dal fatto che tale documentazione non soltanto è stata prodotta, ma è stata conservata fino a noi con successo, a differenza di quanto è accaduto come si è detto a quella francese, a quella fiamminga e navarra e anche a quella pontificia, sabauda e normanno-sveva su cui torneremo oltre[23]. Il regno normanno-plantageneto del XII-XIII secolo dispone ad ogni modo, oltre che di fonti straordinariamente abbondanti, anche di un'amplissima bibliografia[24]. Generazioni di studiosi si sono esercitati sui *Pipe Rolls* (editi per gran parte) e le altre scritture dell'*Exchequer* e studi inglesi sul periodo sono presenti persino nell'ambito delle già ricordate ricerche sulla genesi dello stato moderno e costituiscono in tale ambito, centrato come abbiamo visto quasi tutto sulle fasi di sviluppo più tarde a partire tutt'al più dal '300, l'unica vera eccezione[25]. Va ribadito però che, data la struttura delle finanze dell'epoca, nemmeno i *Pipe rolls* inglesi o normanni o altre fonti *dell'Exchequer* (come del resto i conti francesi, fiamminghi o catalani o quelli tardoduecenteschi di Navarra e Savoia) ci consentono valutazioni attendibili sulla struttura della spesa pubblica. A partire da essi riusciamo a valutare soltanto le spese interne dell'*household* del re (cioè della sua famiglia e corte) e quelle di funzionamento corrente dei circuiti locali affidati agli *sheriffs*, ma non riusciamo ad avere un'idea globale di tutti i flussi di spesa[26], anche se è chiaro da altri indizi che in Inghilterra continuava la pratica, forse mai interrotta dai tempi anglo-sassoni, di spendere un tot (difficilmente quantificabile) per il soldo di mercenari posti a ingrossare le fila degli eserciti di leva obbligatoria, quelli composti cioè da cavalieri e fanti tenuti a servizio militare per vincolo feudale o per il possesso della terra a altro titolo (ci torneremo nell'ultimo paragrafo)[27]. Riusciamo viceversa ad avere un'idea, non esaustiva naturalmente, ma abbastanza chiara delle fonti d'entrata del re e della loro importanza relativa. E non è poco.

23. V. oltre note 29 e 31.

24. V. (ovviamente senza nessuna pretesa di esaustività) gli studi citati a note 7, 11 e 20, aggiungendo per la generazione precedente i rif. a S. Y. Mitchell, *Taxation in Medieval England*, Hamden Connecticut, New Haven University 1951, J. Boussard, *Le gouvernment d'Henry II Plantagenet*, Paris 1956 e Id., *Les institutions financières de l'Angleterre au XIIe siècle*, «Cahiers de Civilisation Médiévale» (1958), pp. 183-212.

25. Si v. gli studi di Barratt e Moss citati a nota 11, e inoltre le parti degli studi di Ormrod (citati ibid.) dedicate al nostro periodo.

26. Concordano su ciò un po' tutti gli studi citati alle note precedenti, ma v. in particolare Barratt, *English royal revenues*, cit., p. 63. Per la Francia capetingia Baldwin, *The government*, cit., pp. 144-152 e 164 ss.

27. V. ad es. Kaeuper, *War, justice*, cit., pp. 11 ss. Ma v. più avanti.

Fonti contabili e amministrative piuttosto precoci (il *capbreu* del 1152-53, i conti dal 1186, il *Liber Feudorum maior* del 1194) sono disponibili inoltre anche per la Corona di Aragona, che tuttavia, nonostante tali fonti e nonostante gli accurati studi condotti su di esse da Bisson e altri[28], manca quasi completamente (e inspiegabilmente) dagli studi sulla *Genèse de l'état moderne.* La vivace e recente storiografia sulla Corona d'Aragona subisce poi, mi sembra, più di altre il mito della precocità amministrativa inglese e mantiene implicitamente l'idea di un certo 'ritardo' dei conti-re nello sviluppo statuale, forse non pienamente giustificata qui nemmeno dalla cronologia delle fonti conservate. Alcune fonti contabili precoci, come già detto, esistono anche per le Fiandre, mentre per la Savoia bisogna aspettare il pieno XIII secolo (i primi conti degli ufficiali periferici del dominio risalgono al 1232 e 1257, il primo dell'*Hôtel* al 1269) e per gli altri principati bisogna registrare il quasi completo naufragio della documentazione amministrativa anteriore al XIV-XV secolo[29]. Questo vale in pratica anche per l'Italia meridionale normanna e sveva, anche se è abbastanza certo che già sotto i re normanni e più ancora sotto Federico II c'era stato un grande sviluppo dell'amministrazione, delle pratiche scrittorie e delle cancellerie, e anche se, nonostante il naufragio degli archivi regi (dei quali si ha notizia almeno dall'ultimo re normanno Guglielmo II, mentre per l'organizzazione di sistematiche rendicontazioni dei funzionari locali le notizie sono invece solo da epoca sveva tarda, cioè anni '30-40 del '200), si è fortunosamente conservato un registro feudale molto famoso risalente alla meta del XII secolo, il *Catalogus baronum*, simile a quelli ricordati sopra per l'Inghilterra del 1166, per la Normandia del 1133 e 1172 e per la Corona di Aragona del tardo XII[30]. A dispetto di ciò su Federico II e il suo regno (oltre che sui

28. V. note 6, 12, 22.

29. V. per la Savoia gli studi di Chiaudano, Guilleré-Gaulin e Guilleré-Castelnuovo citati a nota 8 e per gli altri principati gli studi di Hebert e Bautier citati *ibid*. e a nota 16 e *La France des principautés* e *Les principautés* citt. anch'essi a nota 8.

30. Panorama piuttosto completo già in P. CAMMAROSANO, *Italia medievale. Struttura e geografia delle fonti scritte,* Roma NIS, 1991, pp. 114-125 e 193-195, ma v. anche ID., *L'esercizio del potere: la fiscalità* in *Federico II e le città italiane*, Sellerio, Palermo 1994, pp. 104-111, J.M. MARTIN, *L'organisation administrative et militare du territoire* e H. ENZENSBERGER, *La struttura del potere nel Regno: corte, uffici, cancelleria* entrambi in *Potere, società e popolo nell'età sveva, 1210-1266*, Bari Dedalo 1985 (Seste giornate normanno-sveve, Bari 1983), pp. 71-121 e 49-69 e T. KÖLZER, *Magna Imperialis Curia*, in *Federico II e il mondo mediterraneo*, a c. di P. Toubert e A. Paravicini Bagliani, Palermo Sellerio 1994, pp. 65-80. Inoltre l'edizione e gli studi del *Catalogus Baronum* vol I (testo) a c. di E. Jamison, Roma ISIME 1972 e vol II (commentario) a c. di E. Cuozzo, Roma ISIME 1984. Sulle cancellerie normanne e sveve v. anche H. ENZENSBERGER, *Il documento regio come strumento del potere* in *Potere società e popolo*

suoi rapporti in qualità di imperatore con le città del Nord Italia) esiste una bibliografia molto ampia, che tuttavia in pratica rimanda quasi tutta agli anni '30-40 del '200, cioè agli anni delle grandi riforme federiciane e del suo scontro con le città comunali del Italia centro-nord, mentre avvolto in relativa oscurità resta il trentennio 1190-1220, cioè gli anni della sua minorità (1198-1212) e della sua lunga assenza dall'Italia (almeno fino all'incoronazione imperiale del 1220) e ancora di più quelli della contrastatissima successione sveva, tra la morte di Guglielmo II ultimo re normanno (1189) e quella della regina Costanza d'Altavilla moglie di Enrico VI e madre di Federico (1198)[31]. La irriducibile scarsezza di informazioni proprio per il periodo che si vuole trattare qui fa sì che il regno di Sicilia resti inevitabilmente fuori o al margine del discorso, nonostante l'enorme interesse che avrebbe la comprensione di questo caso (ad esempio per alcuni segnali, pur molto problematici, di precocità di alcune imposte indirette, nonché ai fini della comparazione con il regno normanno-plantageneto) a prescindere dai miti correnti sul periodo normanno prima (ad esempio circa le presunte tendenze centralizzatrici degli Altavilla) e su Federico poi (*stupor mundi*, sovrano protorinascimentale...).

Grande sviluppo della cancelleria e probabilmente anche delle pratiche contabili c'era stato sicuramente anche presso la Curia pontificia. Negli archivi apostolici però, dove si conservano in abbondanza registri di cancelleria e corrispondenza, i primi registri di entrata e uscita risalgono soltanto al 1279 e non sono stati molto studiati, almeno quanto alle entrate e uscite dai domini temporali del Papato[32]. Questi ultimi o se si preferisce la

nell'età dei due Guglielmi, Bari Dedalo 1981 (Quarte giornate normanno-sveve, Bari 1979), pp. 103-146, Id., *Cancelleria e documentazione sotto Ruggero I di Sicilia* in *Ruggero I il Gran Conte e l'inizio dello Stato normanno,* Bari Dedalo 1977 (Seconde giornate normanno-sveve, Bari 1975), pp. 15-23 e P. Herde, *Federico II e il papato: la lotta delle cancellerie*, in *Federico II e le nuove culture*, atti del 31 convegno storico internazionale (Todi 1994), Spoleto CISAM 1995, pp. 69-87 (che tuttavia non fa cenno alle scritture amministrative, ma si concentra solo sulle lettere e il loro valore retorico-letterario e propagandistico).

31. Oltre ai saggi citt a nota precedente, v. N. Kamp, *Vom Kammerer zum Sekreten: Wirtschaftsreformen und Finanzverwaltung im staufischen Konigreich Sizilien*, in *Probleme um Friedrich II*, her. Von J. Fleckenstein, Sigmaringen, Thorbecke. 1974, pp. 43-92; G. Paolucci, *Le finanze e la corte di di Fedrico II*, ora in Id., *Saggi su Federico II di Svevia*, Palermo, Accademia nazionale di Scienze, Lettere e arti, 1997 (ediz. orig. 1902); F. Cardini, *Gli ordinamenti militari* e D. Abulafia, *Lo Stato e la vita economica* entrambi in *Federico II e il mondo mediterraneo* cit., pp. 107-121 e 165-189; G. Amatuccio, *Mirabiliter pugnaverunt. L'esercito del Regno di Sicilia al tempo di Federico II*, Napoli ESI, 2003 e P. Grillo, *Cavalieri e popoli in armi. Le istituzioni militari nell'Italia medievale*, Bari, Laterza 2008, pp. 83-90 e 130-147.

32. Cammarosano, *Italia medievale,* cit., pp. 210-225 e 259-261. D. Waley, *Lo stato papale dal periodo feudale a Martino V,* in *Storia d'Italia* dir. Da G. Galasso, vol 7, t.2: *Comuni e*

nascita e sviluppo dello stato papale nell'Italia centrale (e le sue finanze) soffrono comunque di una carenza di studi, che fa stridente contrasto con l'abbondanza degli studi e delle conoscenze sul ruolo e la politica dei Papi del periodo (in particolare, è ovvio, di Innocenzo III) per la Chiesa e la società ecclesiastica, nonché negli scacchieri diplomatici internazionali[33].

Quanto all'Italia comunale, cioè all'Italia dei grandi e piccoli comuni cittadini, protagonisti indipendenti della ricomposizione territoriale al pari di tanti principi in Europa, c'è da dire una volta di più che solo immeritatamente godono della fama di avere fonti risalenti e abbondanti, nonché della fama di uno sviluppo amministrativo e fiscale anch'esso molto precoce. Tale fama è legata all'idea che furono i mercanti italiani a esportare presso i re europei con i quali operavano come tesorieri e prestatori le tecniche contabili e creditizie sviluppate nelle loro aziende. Ma si tratta di una retrodatazione palese (di fenomeni tipici del tardo '200, o al massimo nel caso dei prestiti a Federico II agli anni '30-40) e di una confusione di piani tra la finanza privata e quella pubblica. Gli archivi pubblici delle città dell'Italia comunale effettivamente decollano a partire dal tardo XII secolo, ma restano composti a lungo quasi soltanto da *Libri Iurium* e *Diplomatici*, esattamente come gli archivi ecclesiastici alto e pieno medievali[34]. Le fonti contabili, fiscali e amministrative, se si eccettua il caso abbastanza eccezionale di Siena che ha libri di entrata e uscita a partire dal 1226 e quello di Pistoia, Bologna e Assisi (per scritture fiscali relative al contado della prima metà del '200), risalgono dove non sono andate perdute del tutto al massimo al tardo '200 e gli studi esistenti (non numerosissimi, ma ricordo quelli per Treviso e Bergamo[35]) rimandano tutti a fine '200-'300 o più avanti, an-

signorie nell'Italia nordorientale e centrale Lazio, Umbria e Marche, Lucca, Torino Utet 1987, pp. 238-259, ID, *The papal state in the thirteenth century*, London Mac Millan 1961 e il più recente P. ZUTSHI, *Innocent 3. and the reform of the papal chancery*, in *Innocenzo III: urbis et orbis,* atti del congresso internazionale (Roma 1998), a c. di A. Sommerlechner, Roma ISIME, 2003, pp. 84-101.

33. V. nota prec. e inoltre le valutazioni di S. CAROCCI, *Patrimonium Beati Petri e fidelitas. Continuità e innovazione nella concezione innocenziana dei dominii pontifici*, *ibid*, pp. 668 ss.

34. CAMMAROSANO, *Italia medievale,* cit., pp. 125 ss, ma anche J. C. MAIRE VIGUEUR, *Révolution documentaire et révolution scripturaire: le cas de l'Italie médiévale*, in «Bibliothèque de l'Ecole des Chartes» (1995), 177-185, A. BARTOLI LANGELI, *La documentazione degli stati italiani nei secoli XII-XV: forme, organizzazione, personale* in *Culture et idéologie dans la genèse de l'état moderne,* Ecole Française de Rome, Roma 1985, pp.35-55 e il recente aggiornatissimo G. MILANI, *I comuni italiani*, Roma-Bari, Laterza, 2005, in partic. pp. 75 ss.

35. P. MAINONI, *Le radici della discordia. Ricerche sulla fiscalità a Bergamo tra XIII e XV secolo*, Milano 1997, F. MENANT, *Campagnes lombardes au moyen age*, Roma 1994 e ora P.G.

che se alcuni contengono riferimenti a periodi precedenti basati su indizi molto frammentari e problematici, tratti per lo più da fonti documentarie o da alcune scritture (inchieste, inventari, quietanze) sparse nei diplomatici o *Libri iurium*[36]. Anche a Genova e Venezia, cioè nelle due grandi potenze marittime di cui riparleremo più avanti, si deve fare i conti per il periodo che ci interessa con una sostanziale scarsità di fonti contabili (che contrasta nettamente con la grande ricchezza, specie a Genova, di fonti cronistiche, notarili e normative) e con serie difficoltà a valutare oggettivamente l'ampiezza della spesa militare, oltre che la struttura delle entrate[37].

Nobili, *Alle origini della fiscalità comunale. Fodro, estimo e prestiti a Bergamo tra fine* xii *e metà* xiii *secolo,* in «Reti medievali» (2010), 1, url: http://www.retimedievali.it e A. Michielin-G.M. Varanini, *Nota introduttiva* a *Mutui e risarcimenti del comune di Treviso (secolo* xiii*)*, a c. di A. Michielin, Roma, Viella 2003 (Fonti per la storia della terraferma Veneta, 20), pp. XI-CXXVIII).

36. Come quelli per Pisa e Bologna C. Violante, *Imposte dirette e debito pubblico nel basso medioevo* in *L'impôt dans le cadre de la ville et de l'État,* Pro Civitate, Bruxelles 1965, pp. 45-194 ora in Id., *Economia, società, istituzioni a Pisa nel Medioevo. Saggi e ricerche*, Dedalo, Bari 1980; pp. 101-157, F. Bocchi, *Le imposte dirette a Bologna nei secoli* xii *e* xiii*,* «Atti e Memorie della Deputazione di Storia Patria per le province di Romagna» (1973), pp. 273-312, S. Frescura Nepoti, *Natura ed evoluzione dei dazi bolognesi nel secolo* xiii, *ibid.*, 1980-81, p. 157 e G. Orlandelli, *La revisione del bilancio delComune di Bologna dal* xii *al* xv *secolo*, *ibid*. 1950-51, pp. 157-218; o Milano v. G. Biscaro, *Gli estimi del Comune di Milano nel secolo* xiii, «Archivio Storico Lombardo» (1928), pp. 343-495 e ora P. Grillo, *L'introduzione dell'estimo e la politica fiscale del comune di Milano alla metà del secolo* xiii *(1240-1260),* in *Politiche finanziarie e fiscali nell'Italia settentrionale (secoli* xiii-xv*)* a c. di P. Mainoni, Milano, Unicopli 2001, pp. 11-37. Si v. comunque in generale P. Cammarosano, *Le origini della fiscalità pubblica delle città italiane*, in *La gènesi de la fiscalitat municipal* cit., pp. 39-52 e i miei *Prima del debito. Finanziamento della spesa pubblica e gestione del deficit nelle maggiori città-stato toscane fino all'istituzione dei Monti, Firenze*, Olschki, 2000, pp. 22 ss e *Il finanziamento del deficit pubblico nelle città dell'Italia centrosettentrionale,* xiii-xv *secolo* in *El mon del crèdit a la Barcelona baixmedieval,* «Arxiu Historic de la ciutat» (2007), pp. 27-57. V. anche P. Mainoni, *La «révolution fiscale» dans l'Italie du Nord (*xii*e*-xiii*e siècle). Quelques considerations* in *L'impôt dans les villes*, cit. pp. 219-254, Ead., *A proposito della rivoluzione fiscale nell'Italia settentrionale (*xii *secolo),* «Studi Storici» (2003), pp. 5-42 e Ead., *Finanza e fiscalità nell'Italia centrosettentrionale fra* xiii *e* xiv *secolo*, «Studi Storici» (1999), pp. 449-470. Sulle inchieste e inventari nei diplomatici e il passaggio alle scritture in registro v. ora soprattutto Milani *I comuni,* cit. pp. 75 ss.

37. M. Knapton, *La finanza pubblica*, in *Storia di Venezia*, II, *L'età del Comune*, Istituto dell'Enciclopedia Treccani, Roma 1995, pp. 371-407; G. Luzzatto, *Storia economica di Venezia dall'*xi *al* xvi *secolo*, Centro Internazionale delle Arti e del Costume, Venezia 1961, pp. 135-213 e Id, *Il debito pubblico a Venezia dagli ultimi decenni del* xii *secolo alla fine del* xv, Cisalpino, Varese-Milano 1963; H. Sieveking, *Studio delle finanze genovesi nel medioevo e in particolare sulla casa di San Giorgio*, «Atti della Società Ligure di Storia Patria» (1905), pp. XIII-257 (parte prima) e 1906, pp. VII-364; e Cammarosano, *Le origini della fiscalità pubblica,* cit., pp. 48-51.

2. Le entrate dal *domain*

In base a ciò (e rinunciando a partire dalla spesa come mi sarebbe piaciuto, per l'irriducibile scarsità di informazioni) provo adesso a proporvi alcune linee comuni sulla fiscalità o meglio sulla struttura delle entrate dei re e alcune linee comuni (forzatamente più incerte e sommarie) su quella delle città. Dico subito che ho trovato molti più aspetti comuni ai vari regni e principati di quanti non immaginavo di trovarne all'inizio della ricerca. E comincio da questa considerazione. Dai domini diretti dei Re (e dei principi) provenivano una serie di entrate abbastanza stabili, organizzate sotto la gestione di agenti locali regi o principeschi (*sheriffs* inglesi, *vicomts* e *prevôts* in Normandia senescalchi nelle terre angioine-plantagenete di Francia e forse in altri principati, *prevôts* e *baillis* nei territori capetingi, vicari e *battles* in quelli catalano-aragonesi, *prepositos* o *merinos* in Navarra, castellani in Savoia e Fiandre, etc.[38]). Da questi, un po' ovunque, affluivano alle casse centrali non soltanto entrate patrimoniali o demaniali propriamente dette (cioè rendite fondiarie in denaro e natura, rendite da risorse naturali come boschi, saline, miniere, pascoli, acque pescose, etc., o da pregiate infrastrutture per lo sfruttamento dell'energia idraulica come mulini, forge e gualchiere[39]), ma anche entrate 'pubbliche' provenienti dall'amministrazione della giustizia e dalla sovranità feudale (in particolare quanto alla successione di feudi e benefici anche ecclesiastici e alla gestione di eredità vacanti o di minori[40]) e inoltre da una serie di tributi che qualcuno definisce in mancanza di meglio 'signorili' o *regalian*, o anche *taxations* perché effettivamente andiamo con essi via via più vicino alla fiscalità e alle imposte,

38. Si v. per l'Inghilterra gli studi citati a nota 7, 11, 20 e 24, per la Francia, Normandia e Fiandre Baldwin, *The Government,* cit, pp. 43-58, 125-158 e 220 ss, Sassier, *De l'ordre seigneurial,* cit., pp.257 ss, Rigaudière, *Pouvoir et institutions,* cit., pp. 226 ss e Verhulst-B. D. Lyon, *Medieval Finance*, cit., pp. 20 ss; per la Corona di Aragona Sánchez, *El naixement de la fiscalitat d'Estat,* cit., pp. 35-36 e Bisson, *Fiscal account* cit, II, pp. 3-29; per la Navarra Carrasco, *Estudio preliminar*, cit., pp. 52 ss; per la Savoia gli studi di Chiadano, Demotz, Guilleré-Gaulin e Castelnuovo citati a nota 6.

39. V. in particolare per la Corona di Aragona lo studio approfondito di P. Orti, *L'explotaciò d'una renda reial. El molins*, cit. pp. 243-272. Per quanto segue, a parte alcune specificazioni e aggiunte si farà riferimento agli studi citati per l'Inghilterra alle note 7, 11, 20, 24, Francia 4, 10, 17 (ma soprattutto Baldwin e Hennemann), Aragona 6 e 12, Castiglia 5 e 14, Navarra 8 e 15, Fiandre e Savoia 8 e 19, regno normanno-svevo 30-31. In generale Carrasco, *Estudio preliminar*, cit. pp. 38 ss e Ormrod-Barta, *The feudal structure*, cit., pp. 60 ss.

40. V. in particolare lo studio dettagliato per la Francia di Baldwin, *The government*, cit, pp. 259-279 e per l'Inghilterra v. ad es. Barratt, *English Royal revenue*, cit. pp. 66-73 o Ormrod, *England*, cit., pp. 22-25. In generale Ormrod-Barta, *The feudal structure*, cit., pp. 60 ss.

e cioè: 1) servizi militari obbligatori e non remunerati (e forse anche prestazioni di tipo civile ad esempio a strade, ponti, fiumi e fossati, nonché ai castelli del territorio e alle fortificazioni cittadine), commutati in moneta e dovuti con nomi diversi (*fonsadera, hoste et cavalcada, host et chevauchée, exercitus, expeditio, scutage, prisia servientum, adoha*...[41]) sia da cavalieri che da altri soggetti, sia per vincolo feudale che no; 2) contributi in denaro e natura per l'ospitalità del re o altra autorità, sua corte e armata (*alberga* o *albergaria, cena, yantar, hospedaje, conducho, gîte* e *droit de prise*...) assenti forse in Inghilterra; 3) taglie che comunque si chiamassero (*pecha, peita, questia, tolta, forcia, tallia, taille, tallages*...) avevano quasi ovunque una pessima fama, per il loro carattere obbligatorio e arbitrario (a differenza di altri contributi quali *aid*, *aide, auxilium, fodrum, veda, don, gift, subsidium, subventio, adiutorium, colletta...,* richiesti a soggetti politici più liberi e attivi, a condizioni via via più definite e dietro espresso consenso[42]); 4) pedaggi e altri diritti su uomini, bestie e merci in transito oppure sui mercati (*lezda, leuda, lod, tonlieux, teloneum, passatge, passaticum, portazgos, ripaticum, reva, curatura, ius passagii, ius dohane, plateaticum...* [43]) anch'essi presenti un po' ovunque (salvo forse che in Inghilterra); e infine 5) altri tributi non diffusi ovunque, come la *martiniega*

41. *Fonsadera* è termine castigliano v. ad es. Ladero Quesada, *De la reconquista*, cit. p. 41. *Adoha* o *adohamentum* è il termine usato nel regno normanno-svevo dove tuttavia le commutazioni si affermarono solo tardi, sotto Federico II dopo il 1220, v. Cardini, *Gli ordinamenti militari*, cit., pp. 118-121, Grillo, *Cavalieri e popoli in armi*, cit., pp. 83-90 e 130 ss e Amatuccio, *Mirabiliter*, cit. pp.60-68. *Scutage* è il termine inglese v. in particolare gli studi di Hollister, Powicke e Prestwich citati a nota 11 e inoltre C. W. Hollister, *The significance of scutage rates in eleventh-and twelfth century England*, «The English Historical Review» 75 (1960), pp. 577-588. Per la *prisa servientium* o *prisée des sergeants* di Filippo II Augusto Baldwin, *The government*, cit, pp. 171-175. In generale Ormrod-Barta, *The feudal structure*, cit., pp. 60 ss. Si v. anche oltre paragrafo 7.

42. Si v. anche oltre paragrafo 3. *Veda* è termine di area germanica (e veneziana), *fodrum* di area italiana e imperiale, *subventio-adiutorium-colletta* di area normanno-sveva e pontificia. Sul fodro v. lo studio classico di C. Bruhl, *Forum, gistum, servitium regis. Studien zu den wirtschaftlichen Grundlagen des Königtums im Frankreich und in den fränkischen Nachfolgestaaten Deutschland, Franreich un Italien von &. Bis zir Mitte des 14, Jahrhunderts*, Bohalu Verlag, Köln, 1968.

43. Si v. anche Despy, *Les tarifs de tonlieux*, cit., e oltre paragrafo 5. Per *ripa, reva, ripaticum, curatura* e altri termini dei comuni italiani, E. Fiumi, *Fioritura e decadenza dell'economia fiorentina*, III, «Archivio Storico Italiano» (1959), pp. 444 ss e v. Mainoni, *A proposito della rivoluzione fiscale,* cit., pp. 12-26. Sul *teloneum* (per cui certi storici sottolineano una presunta continuità addirittura con gli usi tardo-antichi oltre che carolingi) c'è un'ampia bibliografia (Ganshof, Kaiser, Fried, Haverkamp) citata *ibid*. pp. 7 ss, specie a proposito della definizione degli *iura regalia* al tempo di Federico Barbarossa. Per *ius passagii, dohane* e *plateaticum* (normanno-svevi) ad es. Abulafia, *Lo Stato e la vita economica*, cit, pp. 165 ss.

castigliana (sui raccolti), qualcosa sul sale che forse ci fu in qualche periodo in Catalogna, oppure i diritti sulla monetazione attestati a quanto pare in Normandia sotto Enrico I (prima metà XII, poi spariscono), in Castiglia in periodo imprecisato (*moneda forera*), in Catalogna sotto Alfonso II e nelle Fiandre[44] (rilevanti entrate da zecche, manipolazioni monetarie o e veri e propri tributi in cambio della promessa di evitare queste ultime sembrano però affermarsi molto più tardi oppure come tributi generali, fuori dai domini diretti, v. oltre), o ancora la tassazione su larga scala dei beni ecclesiastici attestata nei *Pipe rolls* inglesi almeno sotto Giovanni Senza Terra[45] e forse in Castiglia nella forma delle *tercias* o del *rediezmo* (non sono riuscita tuttavia a capire bene a quando risalgono, forse solo al 1247) e nel regno di Valencia come *terç-delm* (dal 1241)[46], nonché quella degli ebrei[47]. Si tratta di una serie di tributi che non sono ancora fiscalità e imposte nel senso che indicavo prima, ma che hanno le caratteristiche per diventarlo (e in alcuni contesti effettivamente lo diventano, magari con qualche fase di discontinuità di cui discuteremo oltre), che non sempre e non necessariamente sono residui di antichi diritti e che sono comunque soggetti a innovazioni interessanti.

Le entrate patrimoniali e demaniali fornivano sicuramente ampie, amplissime risorse ai sovrani (che erano, come si sa, innanzitutto i maggiori possessori e signori fondiari di ciascun territorio), ma si sbaglierebbe a pensare che le altre entrate fossero solo risorse accessorie o secondarie a finanze reali e principesche per lo più *land-based*. In più contesti (Castiglia innanzitutto) non è possibile valutare l'importanza relativa dei due settori, ma in Inghilterra, in Normandia (almeno quanto all'importanza dei *tallages* degli ultimi anni di Riccardo Cuor di Leone), forse in Catalogna e in sostanza anche in Francia è abbastanza chiaro che le entrate 'pubbliche' (giudiziarie, feudali, signorili, militari o 'quasi fiscali' che fossero) costituivano cespiti importanti, a eccezione dei pedaggi e diritti sui mercati. Inoltre è chiaro che a dispetto della loro natura relativamente occasionale o comunque piuttosto variabile da un anno all'altro (natura che è spesso oscurata dall'uso generico del termine 'ordinario'

44. Per la *martiniega* v. ad es. MENJOT, *Système fiscal étatique e systèmes fiscaux municipaux*, cit. p. 22 ss. Per le prime tracce di prelievi legati alla monetazione ORMROD-BARTA, *The feudal structure*, cit., pp. 67-71 o CARRASCO, *Estudio preliminar*, cit., p. 41.

45. BARRATT, *English Royal revenue* cit., pp. 66 ss.

46. V. ad es LADERO QUESADA, *Fiscalidad y poder,* cit. pp-191-192. Per Valencia SANCHÈZ-FURIÒ-SESMA, *Old and new forms of taxation*, cit., pp. 102-103.

47. V. ad es. per la Francia BALDWIN, *The governement*, cit., pp. 51 ss (tassazione e anche veri e propri spogli in massa dei beni).

per indicare tutto il complesso di risorse gestite stabilmente dagli agenti locali), rappresentavano una parte dinamica delle entrate, elementi su cui puntare per contrastare la eventuale rigidità delle entrate fondiarie o la loro diminuzione per l'erosione del patrimonio dovuta a alienazioni, doni e concessioni, nonché i marcati processi inflattivi in corso[48]. Anche nella gestione del patrimonio fondiario e immobiliare si intravedono ad ogni modo elementi innovativi e volontà di recupero e migliore sfruttamento, in particolare ad esempio nell'Inghilterra di Giovanni Senza Terra che prima e dopo la perdita della Normandia (grave anche dal punto di vista finanziario), ma soprattutto dopo riuscì a realizzare una forte, spettacolare espansione di tutte le entrate gestite dagli *sheriffs* e altri agenti locali[49]. Analisi sempre più raffinate sui *Pipe rolls* e altra documentazione dell'*Exchequer* hanno chiarito che questo sovrano non soltanto provò a imporre dei nuovi prelievi generali e straordinari su cui si è concentrata l'attenzione degli storici e di cui discuteremo più avanti, ma agì anche e soprattutto nel far recuperare alla Corona terre e diritti perduti e nel far fruttare molto più intensamente tutti gli altri cespiti d'entrata. I *Pipe rolls* registrano per gli anni 1204-1212 incrementi molto forti in tutti settori (fondiario, giudiziario, feudale, *scutage* e *tallage...*) che portarono le entrate 'ordinarie' d'Inghilterra a un livello che non sarà mai più raggiunto sotto i suoi successori fino a fine '200 e che risulta ben più alto di quello di suo padre Enrico II (che però poteva contare anche sulle entrate dal ricco e ben organizzato ducato di Normandia). Tale espansione si affianca alle entrate (pure ingentissime) dai prelievi straordinari del 1203 e 1207, a quella di un forte tributo imposto ai mercanti nel 1205 e tutto ciò spinge Nick Barratt ad affermare che Giovanni Senza Terra era stato in grado di mobilizzare risorse molto grandi a suo favore e che in sostanza la disfatta di Bouvines non dipese affatto da carenza di denaro[50]. Semmai c'è da chiedersi con quanto consenso da parte delle sue élites egli avesse realizzato tali disponibilità monetarie e quanto ciò avesse giocato nella globale crisi di egemonia in cui Giovanni pare affondare. Ma è una questione sui cui ritorneremo.

48. Per la Normandia, Moss, *The Norman fiscal revolution*, cit., per l'Inghilterra Barratt, *English, Royal Revenue*, cit. e Ormrod, *England*, cit., pp. 21 ss (in partic. pp. 26-27 elenco e grafico dei *tallages* sulle terre del re, città e ebrei dal 1168, molto frequenti e spesso molto redditizie), per la Francia soprattutto Baldwin, *The governement*, cit., pp. 44-58 e 144 ss e Hennemann, *France*, cit., pp. 101-106. Per la Catalogna Bisson, *Fiscal account,* cit., II, pp. 3-29, Salrach, *La renta feudal,* cit. e Sanchez, *El naixement*, cit., pp. 30 ss.

49. Barratt, *English Royal revenue*, cit., pp. 66-73.

50. *Ibid*., p. 66.

Per ribadire ora che non è la tipologia delle entrate (cioè il fatto che troviamo in vari regni usi contributivi sostanzialmente simili) la sola linea comune da evidenziare, né forse la più importante. La cosa più notevole mi pare che, non solo in Inghilterra ma un po' ovunque (a eccezione forse della Castiglia, ma può dipendere dalla scarsità di notizie che abbiamo) si coglie in atto nei decenni che ci interessano un processo di unificazione, semplificazione, monetarizzazione e intensificazione dei diritti che componevano la parte 'pubblica' delle entrate ordinarie dai domini diretti del re[51] (nonché più in generale di principi e signori). Sì, ho detto proprio parte 'pubblica' e non è una svista o un'approssimazione. Penso infatti che un passo importante sia smettere di pensare, parlando dei domini diretti del re che si tratti soltanto di demanio, di *domain o demesne,* nel senso ristretto dei soli possessi privati o tutt'al più dei diritti che in Italia verrebbero chiamati regalistici (ovvero i diritti o monopoli sulle risorse naturali e collettive, energia idraulica compresa), trasportando indietro uno schema posteriore, inesatto e fuorviante, per cui da un lato, nel 'vecchio', ci starebbero: l'ordinario, il privato, fondiario, patrimoniale, demaniale e feudale o signorile, ovvero il suo proprio, *le sien* di cui avrebbe dovuto vivere legittimamente il re secondo le elaborazioni giuridiche posteriori; e dall'altro, nel 'nuovo', precorritore del moderno, ci starebbero invece: lo straordinario, il pubblico, fiscale, statale, *étatique*. L' opposizione ordinario/straordinario va pensata non nella nostra accezione di entrate-uscite fisse, regolari e preventivabili *vs.* entrate-uscite occasionali o d'emergenza, quanto piuttosto come consuetudinario/extra consuetudinario. Quella demanio/fisco è un concetto palesemente modernistico (esattamente come l'associazione privato-feudale o privato-signorile) non applicabile in nessun modo al nostro contesto[52] e anche le altre opposizioni non reggono alle verifiche concrete.

In realtà nel 'vecchio' e consuetudinario, cioè nei domini diretti del re, o meglio ancora, per attenersi alla natura delle fonti, nelle entrate provenienti dalla rete degli agenti locali, si mescolano molte cose tra le quali come abbiamo visto anche vari elementi innovativi e dinamici, probabilmente piuttosto recenti. Elementi di innovazione e razionalizzazione che si affiancano a quanto si sa, almeno per la Francia di Filippo Augusto, le

51. E' l'opinione ad es. di Carrasco, *Estudio preliminar*, cit., pp. 31 ss o anche di Kauper, *War, jusitice*, cit., pp. 34 ss.

52. Molto chiaro sul complesso di cespiti e diritti associati in età pieno e basso-medievale al concetto di *fiscus* Cammarosano, *Le origini della fiscalità*, cit., pp. 46-47 o Id., *L'esercizio del potere*, cit., pp. 104-107.

Fiandre, le terre catalano-aragonesi sotto Alfonso II, nonché ovviamente per l'«impero» angioino-plantageneto di Enrico II (che fu forse il primo ad attuarli già dagli anni '60-70 del XII secolo), dei processi di razionalizzazione amministrativa, cioè al perfezionamento della rete di funzionari regi preposti al governo delle circoscrizioni locali, ai progressi nelle pratiche di rendicontazione, alla gestione dei flussi monetari che affluivano alle casse centrali, alla custodia centralizzata del Tesoro e della cancelleria, nonché alle grandi inchieste e inventari dei beni e diritti (soprattutto feudali) del re[53]. Si pensi ad ogni modo che di fronte ad alcune entrate come quelle che ho elencato sopra definendole 'parte pubblica delle entrate ordinarie' del re (e dei principi e dei signori), più di uno studioso, se non sapesse a priori che stanno dentro il *domain* (o la signoria), userebbe senza farsi troppi problemi termini come fisco e imposte, nella loro accezione attuale. Io preferisco di no per i motivi che ho detto prima (anche se ci sono alcuni caratteri dell'imposta tra i quali la coercizione, cioè la non negoziabilità del tributo), ma constato che paradossalmente gli studiosi parlano invece di imposte e di fiscalità 'di stato' solo per certi prelievi straordinari, che sono più generali perché vennero richiesti fuori dai domini diretti, nelle aree di acquisizione più recente o più labile o condizionata da forti poteri intermedi, o comunque a prescindere dagli usi consolidati o dalle garanzie previste dalle relazioni feudali, ma che restarono in pratica esperimenti del tutto occasionali fino alla fine del '200.

3. I prelievi straordinari

Questo è il punto. I tributi straordinari sono stati chiamati 'fiscalità di stato' e sono apparsi agli storici molto più importanti degli altri e di quanto nel nostro periodo non siano effettivamente stati, per 3 ordini di motivi. Il primo è che certamente rappresentarono un tentativo, il primo forse, di estendere i prelievi dai territori 'vecchi' a quelli 'nuovi'o di dominio indiretto, cioè a quei soggetti che fin lì in base ai loro patti con la Corona (più di alleanza che di soggezione) o per il diaframma di importanti pote-

53. V. Baldwin, *The government*, cit, pp. 44-58, 144-170 e 279-294, Verhulst-Lyon, *Medieval Finance*, cit., pp. 41-52 (per Fiandre, Normandia e Francia capetingia), 64-81 (Fiandre e Inghilterra), 82-95 (sintesi); Bisson, *Fiscal account*, cit., II, pp. 3-29 e Sánchez, *El naixement,* cit., pp. 20-48 (per Aragona); Carrasco, *Estudio preliminar*, cit., pp. 39 ss e Ormrod-Barta, *The feudal structure*, cit., pp. 62-64 (generali) e gli studi sui Plantageneti di Warren, Bartlett, Huscroft e Keefe citati a note 11 e 20.

ri intermedi concorrenti (principeschi, signorili, ecclesiastici), restavano fuori, implicitamente o esplicitamente, dai principali tributi a favore del re. Non costituirono però in nessun modo un allargamento stabile della base fiscale (né probabilmente avevano alcuna ambizione a esserlo), perché come vedremo più in dettaglio tali prelievi restarono fatti sporadici e più ancora perché la loro stessa generalizzazione a tutti i sudditi del re o del principe fu e restò, *de iure e de facto*, una cosa assolutamente eccezionale, legata a contingenze specialissime, quasi epocali (in particolare le Crociate), esattamente come la *magna expeditio* o *proelium* o convocazione per *bellum* o ben nota alla consuetudine e al diritto scritto, cioè la mobilitazione generale in casi di emergenza militare del tutto straordinaria, ben distinta dal servizio dovuto come *host* o *exercitus* o per convocazione per *guerra* da sudditi diretti e vassalli e soggetto viceversa a molte limitazioni[54]. Il secondo motivo è che cominciarono a far lavorare intensamente i giuristi per trovare nuove forme di legittimazione per i tributi al di fuori dei domini diretti (ovvero al di fuori del proprio, del *sien* legittimato dalla consuetudine, anche se recente, e definito come tale proprio in reazione alle pretese che da essa esulavano), e più ancora per tutelare dagli arbitrii le autonomie, le *libertates* e privilegi dei soggetti politici legati al re da rapporti di natura pattizia o in altro modo protetti dal diritto feudale o consuetudinario[55]. Le elaborazioni dei giuristi andarono comunque tutte nel senso già descritto: si affermò il principio che di fronte a necessità urgenti e eccezionali potevano essere richieste imposte generali in deroga a patti o concessioni pregresse, ma si ribadì subito e sempre con maggiori argomenti che ciò valeva esclusivamente per tali necessità (presto elencate in una casistica dettagliata), comunque per una causa precisa (cessante la quale anche il prelievo doveva cessare e le eventuali *malae tolte* restituite) e solo dietro l'approvazione esplicita da parte dei soggetti chiamati a contribuire (altrimenti si tratta appunto di *maletolte*, *forcia*... arbitrii che il re può permettersi solo sul suo proprio e il signore solo sui propri dipendenti e servi)[56]. Venne affermato con decisione insomma il carattere negoziale e volontario (grazioso, *gratuit*, *de gracia*) di tali tributi e li si assimilò all'*au-*

54. Contamine, *La guerra nel medioevo,* cit., pp. 78-79 e 91, Baldwin, *The government*, cit., pp. 284 ss, Scordia, *«Le roi doit vivre du sien»*, cit., pp. 133 ss, Cardini, *Gli ordinamenti militari*, cit. pp. 110, Grillo, *Cavalieri e popoli in armi,* cit., pp. 84-86.

55. Trattazione ampia e esauriente in E. Isenmann, *Medieval and Renaissance Theories of State Finance*, in *Economic systems*, cit., pp. 21-52 (in partic., pp. 28-37) e ora soprattutto Scordia, *«Le roi doit vivre du sien»*, cit.

56. V. nota prec.

xilium feudale (*aid, fodrum*, *don*, *adiutorium*, *subsidium*, *colletta* etc.) cui i liberi erano tenuti solo in occasioni ben precise (addobbo del primo figlio, matrimonio della prima figlia, riscatto e dal XII secolo, per l'appunto, crociata), piuttosto che alle taglie (o *pechas* o *questias*) o altre imposizioni di sapore signorile e infamante. Il terzo motivo è che questi tributi straordinari sembrano anticipare (anche perché in genere portano gli stessi nomi) quei prelievi che, quando diventeranno troppo frequenti e pesanti (da fine '200 e solo da allora), innescheranno tutta la serie di trasformazioni che si ricordava in apertura, tra cui in particolare: 1) il fatto che essi diventeranno in pratica ordinari (nel senso modernistico del termine), pur rimanendo teoricamente legati a uno scopo specifico e all'assenso da parte dei corpi tassati; la necessità di convocare sempre più spesso Parlamenti e Corti e il forte sviluppo del ruolo di questi, fino alla presa in controllo in certi regni anche della gestione dell'imposta e della destinazione dei suoi gettiti; e infine la sperimentazione di altre imposte generali (le indirette, all'inizio apparentemente più indolori, ma chiamate poi in più luoghi con lo stesso termine significativo di *malae tolte*), destinate anch'esse alla lunga a diventare ordinarie e a fungere da base per i nascenti debiti pubblici[57].

Gli effetti di lunghissimo periodo di tali tributi sono insomma chiari e hanno attratto potentemente l'attenzione degli storici interessati a individuare le lontane radici dello stato moderno o del *Tax state*. Ma nel periodo che ci interessa tutto ciò è molto, molto di là da venire, forse anche solo da immaginare e il fatto cruciale, incontrovertibile, è che questi prelievi, nel XII secolo e ancora per quasi tutto il XIII fino ad almeno gli anni '80-90, furono veramente pochi, anzi pochissimi. All'inizio, inoltre, servirono a finanziare non l'attività politico-militare 'interna' dei re e dei principi o la difesa dei territori via via conquistati (cioè il processo di ricomposizione statuale), ma quasi soltanto le crociate o accidenti ad esse collegate, come il riscatto di Riccardo Cuor di Leone (che comunque rientrava nella logica dell'*aid* feudale, pur con la novità non da poco che venne chiesto anche ai non vassalli) o quello di San Luigi a metà '200.

Esaminiamoli meglio. La cronologia è abbastanza chiara. In Inghilterra ci furono prelievi del genere, nella forma di una tassa sui beni mobili e redditi che portava il nome della quota proporzionale richiesta (il 4°, il

57. V. i saggi citati a nota 4 per la Francia (in partic HENNEMANN e RIGAUDIÈRE), 5 per la Castiglia, 6 per Aragona, 7 per l'Inghilterra (in particolare ORMROD), 8 per Navarra e principati. La giustificazione dell'imposta ordinaria sarà poi, molto più avanti, il passo ulteriore in cui dovranno cimentarsi i giuristi, v. SCORDIA, *«Le roi doit vivre du sien»*, cit., pp. 171-257.

5°, il 7°, il 13°, il 15° etc.), nel 1166, nel 1185 e 1188 per la terza crociata (nella prima data il prelievo venne bandito ma probabilmente non riscosso, nella seconda si tratta della famosa *Dîme Saladine* che venne richiesta contemporaneamente anche in tutta la Francia, capetingia o plantageneta che fosse, per la III Crociata), nel 1193-94 (per il riscatto di Riccardo Cuor di Leone) e in seguito 2 o 3 volte sotto Giovanni Senza Terra (1203 e 1207, forse anche 1201, più un prelievo del 15° sui mercanti nel 1204-1205) e poi ancora soltanto 4 volte nel lunghissimo regno di Enrico III (1216-1272, il primo fu solo nel 1225, gli altri a distanza di circa 15 anni tra loro)[58]. Per la Corona d'Aragona se ne ha notizia nella forma del *bovatge* in Catalogna una prima volta sotto Alfonso II (1173 nel contesto, importantissimo per la costituzione dello stato aragonese, delle Paci di Fondarella) e poi esattamente come per l'Inghilterra 2 o 3 volte sotto Pietro il Cattolico (di cui una forse per l'ascesa al trono, una per il matrimonio delle figlie nel 1209 e una per l'impresa di Las Navas nel 1211-12) e ancora solo 4 volte sotto il regno, anch'esso lunghissimo, di Giacomo il Conquistatore tra 1213 e 1277 (una volta per l'ascesa al trono, come ai tempi di suo padre, le altre nel 1228, 1232, 1264, in rapporto alle grandi conquiste di Baleari, Valencia e Murcia)[59]. Si ha notizia di prelievi generali da parte dei conti-re anche nella forma del *monedaje* o *monedatge* (contropartita alla promessa di non manipolare le monete) per Catalogna e Aragona nel 1205 da parte di Pietro II, per Aragona nel 1218 e 1221-23 e per Aragona e Valencia un altro paio di volte tra 1236 e 1266 sotto Giacomo, mentre per le Baleari le notizie sono tutte posteriori[60]. Qualcosa di simile provò forse anche il re di Navarra ma la prima notizia certa è molto tarda (1264) e ancora più tarde sono le notizie di prelievi generali e straordinari per altre aree come la Provenza (*subside* del 1291, in forma di dono grazioso)[61]. Per la Castiglia purtroppo sappiamo soltanto che ci fu qualcosa in merito (forse con il nome e la for-

58. V. Ormrod, *England*, cit, pp. 28-31 (i *tallages* di cui pp. 26-27 come detto, sono altra cosa), Kaeuper, *War, justice*, cit., pp. 34 ss, Barratt, *English Royal Revenue*, pp. 66 ss, Lachaud, *L'assiette de l'impôt sur les biens meubles,* cit., pp. 298 ss.

59. Sánchez, *El naixement,* cit., pp. 29-48, Id, *La evolución de la fiscalidad regia,* cit, pp. 395-399, Bisson, *Fiscal account,* cit., II, pp. 3-29, Id., *La finanzas del javen Jaime I*, cit., pp. 161 ss, Orti, *La primera articulacion...: el bovatge,* cit., pp. 33 ss, Id., *Fiscalité et finances*, cit., pp. 464 ss e Sanchéz-Furió-Sesma, *Old and new forms of taxation*, cit., pp. 100-103.

60. V. nota prec. e inoltre Carrasco, *Estudio preliminar*, cit, pp. 41-45, T. N. Bisson, *La Corona di Aragona, Storia di un regno medievale*, trad it., Genova ECIG, 1998, pp. 72-87 e Furió, *L'impôt direct,* cit., pp. 169 ss (per Valencia).

61. Carrasco, *Estudio preliminar*, cit, pp. 52 ss; Hebert, *Le système fiscal* cit., pp. 57 ss e Id., *Le subside de 1292* cit., pp. 343 ss.

ma dell'antico *petitum*)[62], ma non si riesce e capire bene da quando e con quale periodicità. Quanto alla Francia capetingia è chiaro invece che essi furono ancora più sporadici che altrove: la prima notizia è per la II crociata nel 1146-1147 sotto Luigi VII, ma poi si va al 1185 e 1188 (per la terza Crociata, parallelamente all'Inghilterra, v. sopra tenendo conto che quello del 1185 probabilmente non fu nemmeno riscosso) e in seguito probabilmente non ci fu più nulla fino ai donativi richiesti da San Luigi alla metà del '200 per la sua crociata e riscatto. Si sa anzi che, a differenza che in Inghilterra, la *Dime Saladine* suscitò subito forti opposizioni e proteste che insieme ad altri fattori indussero Filippo Augusto e i suoi successori ad abbandonare completamente quella via per reperire denaro. Pare addirittura che la *Dime Saladine* fu riscossa solo in parte e che forse ci furono anche alcuni rimborsi conseguenti alla rinuncia formale da parte di Filippo Augusto di insistere in merito, almeno quanto agli enti ecclesiastici[63]. Si sa anche che nelle ingentissime somme raccolte da San Luigi intorno al 1248 forse solo una parte relativamente modesta proveniva dai prelievi sui sudditi (in forma di *don gratuit*), mentre il grosso veniva da tributi sulla Chiesa[64]. Un po' diverso forse soltanto il caso di Federico II di Svevia che in Italia meridionale e Sicilia (non in Germania, né nell'Italia comunale) impose collette abbastanza spesso a partire da quelle del 1211 e 1223 per la Crociata e le repressioni antimusulmane in Sicilia. C'è chi dice che Federico (in netta controtendenza agli altri sovrani del periodo) giunse addirittura a rendere annuali le collette dal 1235, ma le notizie in merito (tratte da fonti cronistiche o dai diplomi di esenzione agli enti ecclesiastici o da quelli di condanna ad alcune città inadempienti) sono molto frammentarie e poco chiare, ad esempio sull'estensione e generalità di ciascuno dei prelievi ricordati o sull'effettiva operatività e continuità del carattere ordinario dal 1235[65].

Qualche studioso ritiene che le due Crociate del XII secolo, nonché l'impresa di Las Navas in Spagna e poi le crociate duecentesche di Federico II e San Luigi, funsero comunque da volano per nuove forme di fiscalità

62. V. ad es. MENJOT, *Politiques et strategies*, cit., p. 126. E'difficile qui cogliere anche la distinzione tra *petitum* o *pedido* generale e *pedido forero* (v. ad es. LADERO QUESADA, *De la reconquista*, cit., p. 42) che dovrebbe essere più simile alle taglie (*ex debito*, cioè non negoziabili sui domini diretti) e che nel secondo '200 sembra caduto in desuetudine. Sull'antico *petitum* ad es. ORMROD-BARTA, *The feudal structure*, cit., p. 60.

63. Per il 1146 ad es. in ORMROD-BARTA, *The feudal structure*, cit., p. 68. Ma v. soprattutto BALDWIN, *The government*, cit., pp. 52-54.

64. HENNEMANN, *France*, cit., pp. 108-105 o KAUEPER, *War, justice*, cit. pp. 62-63. V. anche SIVERY, *Les capetiens*, cit., pp. 165-167.

65. MARTIN, *L'organisation administrative*, cit., pp. 96-97.

di stato, fornendo lo stimolo e soprattutto le giustificazioni ideologiche e giuridiche (lo stato di necessità per *iustum bellum*) all'imposizione di prelievi generalizzati a tutti i sudditi[66]. Ciò tuttavia ha un senso, come al solito, soltanto in un'ottica genetica di lunghissimo periodo, ma non se si guarda con attenzione al nostro periodo. In particolare non ha senso per la Francia dove come abbiamo visto non ci fu alcun prelievo al di fuori delle Crociate (e dove comunque l'estensione del concetto di *iustum bellum* alle guerre del re fu lenta e contrastata, crociate contro gli albigesi e di San Luigi nonostante[67]), ma nemmeno per i sovrani inglesi e catalano-aragonesi che pure, quasi in sincronia e entrambi con chiara determinazione, sperimentarono qualcosa in merito, anche a prescindere dalle Crociate.

Approfondiamo ancora un po'. Enrico II nel 1166 in un contesto di generale pacificazione e riorganizzazione politica, amministrativa e giudiziaria dell'Inghilterra (è l'anno delle *Assizes* di Clarendon, nonché di un importante censimento e regolamentazione dei diritti e doveri feudali) provò a sostituire l'antico *danegeld*, cioè un'imposta fondiaria che risaliva agli Anglo-Sassoni, che era impopolare e che dava un gettito ormai piuttosto basso (perché le somme dovute non venivano riviste da molti decenni e a causa delle numerose esenzioni guadagnate via via dai potenti del regno), con un prelievo più generale sui beni mobili e redditi, molto pesante (del 4°) ma dichiaratamente *una tantum*[68]. Il contesto finanziario è segnato, secondo alcuni studiosi, non tanto da impellenti necessità di spesa militare, quanto da un sensibile calo delle entrate gestite dagli *sheriffs* (almeno rispetto alle amplissime entrate di Enrico I documentate dai più antichi *Pipe Rolls* del 1129-30) dovuto alla forte erosione del patrimonio fondiario e alla complessiva disgregazione e dispersione dei diritti avutesi nel periodo delle guerre civili di metà secolo[69]. Enrico II avviò un processo di riorganizzazione delle fonti d'entrata 'ordinarie' e insieme provò con il nuovo prelievo che probabilmente ebbe una motivazione ideologica non dissimile da quella del *bovatge* del 1173 in Catalogna sotto Alfonso II: un tributo al re non per la guerra, ma quale garante della pace, della giustizia e degli assetti politici come stabiliti dalle importanti scritture normative, negoziali e amministrative redatte contestualmente o quasi[70]. Non le Crociate dunque, né altra emergenza militare a generare una nuova fiscalità,

66. Così tra gli altri Ormrod-Barta, *The feudal structure*, cit., pp. 68-89.
67. V. Scordia, *«Le roi doit vivre du sien»*, cit., pp. 133 ss.
68. V. i saggi citai a nota 58.
69. Barratt, *English Royal Revenue*, cit., pp. 76 ss.
70. Bisson, *La Corona di Aragona*, cit, pp. 66-73 e Sánchez, *El naixement,* cit., pp. 33-38.

ma una sorta di momento fondativo dello stato e della monarchia feudale. Uno studioso catalano parla senza mezzi termini di «riscatto della Pace», mentre il *monedatge* sarebbe il riscatto della stabilità monetaria, ovvero la rinuncia da parte del re, dietro dei forfait, a crearsi entrate supplementari con interventi sulla monetazione, diritto regale quanto nessun altro[71].

Poi le cose procedettero nei due regni in modo un po' diverso. Alfonso II incontrò quasi subito resistenza al *bovatge* o simili tributi e dovette promettere già dal 1188 di astenersene; Pietro II ci riprovò lo stesso, ma tra ripetute controversie e proteste che minarono il consenso e limitarono in pratica la possibilità di porre tributi generali a una sola volta per regno (all'incoronazione) oppure a qualcuna delle 4 occasioni canoniche dell'*auxilium* feudale (matrimonio della figlia maggiore, investitura cavalleresca del primogenito, riscatto, crociata)[72]. Il *bovatge* del 1211 richiesto per sostenere l'impresa contro gli *almohades* conclusasi con il trionfo di Las Navas de Tolosa, rientrava anch'esso in questa casistica, perché di crociata com'è noto in pratica si trattò, con tanto di legittimazioni e appoggio diplomatico del Papa e della Chiesa[73]. E il *monedatge* Pietro riuscì a imporlo una volta sola. Non fu molto diverso, mi pare, per Giacomo il Conquistatore che, a parte il *bovatge* per l'ascesa al trono, in ben 64 anni di regno impose solo tre altri prelievi del genere più 1 *monedatge* in Catalogna affiancati a 3 o 4 *monedatge* nelle altre regioni, tutti rigorosamente approvati dalle *Corts* e finalizzati a guerre contro gli infedeli[74]. Che è come dire quasi nulla, tentativi troppo sporadici per modificare davvero la struttura delle finanze e fisco aragonesi.

In Inghilterra, dove nonostante tutto fino al 1162 non era mai venuta meno la tradizione dell'imposta pubblica nella forma del *danegeld*, ci furono invece, almeno all'inizio, meno resistenze e l'esperimento del 1166 fu riproposto non solo per la Crociata del Saladino (1185 e 1188), non solo su amplissima scala per il riscatto di Riccardo (proprio mentre nella Francia capetingia veniva del tutto abbandonato), ma soprattutto da Giovanni Senza Terra per sostenere il suo sforzo diplomatico-militare contro Filippo II Augusto e per recuperare i territori francesi perduti. Riccardo aveva in realtà già provato in Normandia a generalizzare i *tallages* dovuti dai suoi sud-

71. Orti, *Fiscalité et finances*, cit., p. 465. Ma v. anche e soprattutto T.N. Bisson, *The organized Peace in Southern France and Catalonia c. 1140-1233*, «The American Historical Review» (1977), pp. 290-311.

72. V. note 59-60 e 71.

73. V. la relazione di Garcia Fitz a questa stessa *Semana*.

74. V. note 59-60 e 71.

diti diretti a tutti gli altri, dopo il suo ritorno e non più ai fini della Crociata e del riscatto, ma ai fini della difesa e fortificazione della regione e facendo leva soprattutto sulle città più importanti; in Inghilterra aveva provato invece per due 2 volte (1 ai fini del riscatto, 1 per la campagna in Francia nel 1198) a battere la vecchia strada del *danegeld,* con il nuovo nome di *carucages* (imposta fondiaria commisurata al numero degli aratri)[75]. Ma fu Giovanni il primo, e in pratica l'unico del periodo, a muoversi su ampia scala al di fuori delle giustificazioni date dalla Crociata e dal diritto feudale o delle antiche consuetudini fiscali inglesi. Non andò però neanche lui molto lontano. Finì per generare anch'esso forti resistenze che lo costrinsero — ben prima della disfatta di Bouvines, l'ultimo prelievo sui beni mobili fu del 1207 e suscitò già allora aspre opposizioni anche se fu soltanto di un 13°— a cercare altre strade per finanziare le sue necessità militari (ad esempio la tassazione su larga scala dei beni della Chiesa adottata nel 1211-12, che portò le entrate 'ordinarie' di quell'anno a livelli altissimi, mai raggiunti prima)[76]. Le resistenze furono comunque non solo ai prelievi straordinari, ma probabilmente anche alla forte crescita della pressione su tutte le risorse del regno di cui si è parlato prima (tra l'altro impose anche lui un *carucage* nel 1200[77]). E alla fine, come tutti sanno, dovette stabilire una volta per tutte, con la *Magna Charta,* l'inderogabile necessità del consenso da parte della comunità politica, cioè del Parlamento, ai prelievi straordinari e il loro carattere eccezionale, nonché tutta un'altra serie di garanzie più che note. Il suo successore Enrico III si ritrovò con le entrate 'ordinarie' pesantemente decurtate, ma dovette attenersi a ciò e riconfermarlo anzi esplicitamente alla prima occasione in cui provò a riproporre il prelievo sui beni mobili (1225, ben 18 anni dopo l'ultimo tentativo di Giovanni) e in seguito riuscì a riprovarci solo altre 3 volte in 47 anni[78]. Questo tipo di tributi restò insomma realmente straordinario fino alla fine del '200 anche nell'Inghilterra dell'antico *danegeld* e in pratica anche in Normandia, culla per molti studiosi della sopravvivenza delle tradizioni pubbliche e statuali carolingie e tardo-antiche, dove i re capetingi dopo la conquista del 1205

75. Moss, *The Norman fiscal revolution,* cit., pp. 38-57 e Barratt, *The English Revenue of Richard I*, cit., pp. 435 ss.

76. Barratt, *English Royal Revenu*, cit., pp. 76 ss.

77. Mitchell, *Taxation*, cit., pp. 14-15, 127-131, 135-137. Non risulta tra le entrate dei *Pipe rolls*, perché probabilmente raccolto da un ricevitore speciale. Era stato imposto per far fonte al pagamento della pesantissima tassa di successione nei feudi francesi dovuta a Filippo Augusto, suo senior feudale.

78. Barratt, *English Royal Revenue*, cit., pp. 76 ss e Kaueper, *War, justice,* pp. 34 ss.

continuarono in sostanza a battere le vecchie strade, lasciando perdere le innovazioni, vere o apparenti, di Riccardo[79].

A guardare le cose da vicino, dunque, diventa chiaro che il volano delle Crociate non generò una nuova fiscalità più generale e più moderna, né nuove legittimazioni come *iustum bellum* alle spese militari dei re. Non ora almeno, anche se è ovvio che questo secondo aspetto si affermerà precocemente e potentemente, a prescindere dalle limitate trasformazioni nella fiscalità, per le monarchie iberiche. Questo perché in Spagna, non c'è quasi bisogno di dirlo, anche molto prima delle grandi conquiste duecentesche di Giacomo di Aragona nel Levante e dei re di Castiglia in Andalusia, Crociata e *Reconquista* erano diventate la stessa cosa. Le crociate, in sostanza, dal punto di vista fiscale generarono solo alcuni tentativi che possono anche apparire ambiziosi e precorritori dei tempi, ma che ebbero come effetto non tanto di modificare la struttura delle entrate (salvo che in momenti molto, molto circoscritti e sporadici e forse per Federico II) né di mettere a punto un nuovo, efficace dispositivo (fiscale) di finanziamento della guerra, quanto soprattutto di istituzionalizzare i poteri in grado di opporre resistenza (o concorrenza) al vertice statuale e la ferrea necessità di negoziarne il consenso concedendo in cambio autonomie, responsabilità, privilegi. Che è come dire proprio lo Stato feudale o composito, non certo il *Tax state*.

4. Domain state

Insomma, si registrano novità importanti dentro le entrate del *domain* (cioè da tutti quegli ambiti, territoriali o personali, in cui il re o il principe erano signori diretti, o legittimati dalla consuetudine o anche indiscussi vertici feudali di soggetti minori), novità interessanti perché riguardano anche e soprattutto la parte 'pubblica' di tali entrate, eppure gli storici tendono in genere a dare per scontato che tali entrate sono 'rigide', che non possono bastare agli accresciuti bisogni e che i sovrani sono costretti perciò a cercare altre risorse nei prelievi straordinari che si è detto. Anzi questi stessi prelievi null'altro sarebbero se non il segnale del crescere del fabbisogno di denaro e dell''inevitabile' insufficienza delle risorse 'ordinarie'. Che i bisogni di re e principi siano davvero cresciuti tanto, a prescinde-

79. Baldwin, *The government*, cit., pp. 239 ss. Sulla Normandia come area di sopravvivenza dei principi carolingi ad es. Ormrod-Barta, *The feudal structure*, cit., pp. 60-61.

re dalle contingenze particolarissime delle crociate oltremare e dei riscatti, resta tuttavia tutto da dimostrare e ci torneremo tra un momento. Così come resta in realtà da dimostrare anche la mancanza di alternative ai prelievi straordinari e la limitatezza delle risorse tradizionali. Come abbiamo già visto, se si esce appena un po' dagli schemi prefissati, tali entrate non appaiono più così rigide, cioè non suscettibili di ulteriori, migliori sfruttamenti, forse nemmeno in relazione alla loro parte strettamente fondiaria e demaniale che comunque restava –è chiaramente attestato per l'Inghilterra, ma valeva senz'altro anche per Aragona e Catalogna, nonché in misura forse ancora maggiore per la Francia capetingia[80]– una risorsa amplissima e vitale, fatta oggetto di attente cure, di rigorose inchieste e generali campagne di recupero[81]. Una risorsa che poteva servire anche in caso di necessità straordinarie per reperire risorse d'emergenza attraverso alienazioni definitive o temporanee o come base per prestiti anche molto ingenti (così ad es. per Alfonso II e Pietro II d'Aragona[82]), nonché, ovviamente, come remunerazione, feudale e no, per servizi, fedeltà e gloria militare. Re e principi insomma disponevano ancora di ricchezze molto grandi da redistribuire e in molti casi ciò che appare a prima vista erosione del patrimonio fondiario rappresenta soltanto un aspetto di tale redistribuzione, cioè un aspetto dell'espansione delle relazione egemoniche dei sovrani o se si vuole della trasformazione della potenza e ricchezza fondiaria in potere politico e delle entrate propriamente patrimoniali in entrate feudali (o signorili). Il processo di erosione del patrimonio, inoltre, non era a senso unico, perché oltre a recuperare i diritti perduti mediante decise campagne di censimento affidate ai più importanti ufficiali, i re in molte occasioni incamerarono nuove terre e ricchezze, talvolta anche molto importanti, grazie a confische e spogli (ad esempio dei beni degli ebrei come sotto Filippo Augusto, oppure dei beni ecclesiastici o dei vassalli felloni), con successioni più o meno legittime in eredità vacanti, nonché nelle nuove conquiste durante le quali inoltre raccoglievano altre ampie o anche amplissime risorse con bot-

80. Per l'Inghilterra v. gli studi di Barratt e Bartlett citati a nota 11 e Ormrod, *England*, cit., pp. 22 ss; per Aragona basti il rif. alle valutazioni di Sanchez, *El naixement*, cit. pp. 44-48 (largamente tributarie delle stime di Bisson) e Orti, *L'explotacio*, cit. pp. 243-272. Per la Francia (ma anche pe Fiandre e Normandia) Baldwin, *The government*, cit., in partic. pp. 152 ss e 239-248.

81. Per l'Inghilterra v. sopra testo e a nota 49, per la Francia Baldwin, *The government*, cit., pp. 248 ss.

82. V. ad es. Sanchez, *El naixement*, cit. pp. e *infra* ultimo paragrafo. Per i prestiti di Riccardo Cuor di Leone e Giovanni senza Terra v. ad es. Kaueper, *War, justice*, cit., pp. 42 ss.

tino, prigionieri e riscatti[83]. Sarebbe poi un errore sottovalutare le entrate 'pubbliche' dal *domain* (dalla commutazione monetaria dei servizi militari obbligatori, a varie forme di tassazione dei sudditi diretti, ai pedaggi, alle entrate giudiziarie a quelle feudali) né i segnali del loro potenziale dinamismo, di cui ho riferito sopra. Il problema semmai è che, dati i rapporti di forza tra i sovrani e i diversi soggetti politici che riconoscevano in vario modo la loro egemonia, non si poteva estendere al di fuori del *domain* gli stessi elementi, ma si doveva cercare altro, negoziando innanzitutto alleanza e sostegno, prima che contributi in denaro. Dove pure ci fu qualche tentativo in merito, affiancato ai nuovi prelievi generali straordinari, il risultato fu, come si è visto, di potenziare le resistenze e marcare sempre più chiaramente le differenze tra ciò che il re o il signore poteva imporre nel suo proprio (*ex debito*, coercitivamente e anche arbitrariamente) e ciò che poteva chiedere al di fuori, *ex gracia*, agli altri soggetti legati a sé con rapporti indiretti o privilegiati e solo nelle emergenze più gravi.

Allora, piuttosto che ragionare presuppositivamente: il re prova a porre i tributi generali al di fuori del *domain*, ergo i suoi bisogni erano 'enormemente' aumentati e le risorse 'tradizionali' erano diventate insufficienti; oppure il costo della guerra **deve** essere aumentato, ergo le risorse tradizionali non possono bastare e il re è costretto a porre i tributi generali (ergo si sviluppa lo stato), conviene considerare attentamente tutto quanto sopra. E cioè che le risorse del *domain* non erano necessariamente insufficienti (salvo che di fronte alle spedizioni oltremarine o ai riscatti), né tantomeno stagnanti e che il problema centrale era semmai la difficoltà a estendere i tributi consuetudinari ai domini nuovi e indiretti, soprattutto a quelli che restavano in mano ai grandi poteri laici e ecclesiastici. I nuovi prelievi straordinari comunque non superarono affatto tali difficoltà, innescando non certo le trasformazioni verso il *Tax State* che resta molto, molto di là da venire, ma piuttosto le condizioni per la costruzione e consolidamento di uno stato composito, che se ci mettiamo d'accordo sui termini, assomiglia piuttosto al *Domain State* dello schema Ormrod-Bonney. Se conveniamo (con lo stesso Ormrod[84]) che *domain* non significa soltanto privato e fondiario (cioè non soltanto entrate da possessi e risorse naturali, e magari prevalentemente in natura e prestazioni), ma significa domini 'vecchi', cioè territori conquistati e inquadrati da più tempo e sudditi ormai ben assuefatti a certe imposizioni *vs* aree di acquisizione più recente dove si cristal-

83. V. ad es. Baldwin, *The government*, cit., p. 219.
84. Ormrod, *England*, cit. p. 21.

lizza, proprio in questa fase, la prevalenza dei rapporti pattizi e privilegiati e il diritto a certe esenzioni contro servizio militare e *aid* volontari e ben delimitati; se conveniamo cioè che *Domain State* non è uno stato basato essenzialmente sulle entrate *land-based*, ma sulle multiformi entrate di un *domain* così inteso, più i tributi straordinari occasionalmente reperibili al di fuori di esso mediante negoziazione o secondo il diritto feudale, possiamo dire che nel nostro periodo siamo arrivati giusto alla costruzione di quest'ultimo.

5. Gli antenati delle imposte indirette

Ciò può apparire già una conclusione. Ma restano ancora alcune questioni che vorrei affrontare. Se ho riscontrato una certa discontinuità tra gli esperimenti nei prelievi generali e straordinari del XII secolo-primissimo XIII e quanto succederà a partire dalla fine '200 (dovuta senza dubbio anche a una lunghissima pausa nei conflitti a larga scala durante questo secolo), devo rilevare che una discontinuità forse ancora più netta la individuo a proposito di alcuni settori delle entrate 'ordinarie' che pure appaiono, in misura anche maggiore, suscettibili di fiscalizzazione, cioè di trasformazioni verso la configurazione del prelievo come imposta nel senso modernistico del termine. Cioè vale in particolare per alcuni diritti signorili o regalistici (pedaggi e altri prelievi sui commerci, entrate da mulini e sale) che si presentano nel nostro periodo ancora per lo più nella forma di tassa (contropartita diretta all'erogazione di un servizio) o tutt'al più come monopoli (su certe produzioni e sulla circolazione dei relativi prodotti), ma nei quali teoricamente si può vedere l'origine (anche in termini della legittimazione fornita in epoca posteriore dagli usi antichi) di una serie di prelievi che da fine '200 si svilupperanno come imposte indirette su beni di consumo, transiti e scambi, fino a diventare nel '300 la pietra angolare dei sistemi fiscali di molte città (non in Inghilterra)[85], oppure uno tra i cespiti più importanti e redditizi dei re (d'Inghilterra, di Castiglia, dell'Italia meridionale e anche di Francia, sia pure in misura forse un po' minore) e di qualche

85. Rinvio per brevità agli studi del gruppo franco-spagnolo di studio sulla fiscalità delle città dell'Occidente mediterraneo raccolti nei volumi collettivi citati a nota 1 e in partic. agli studi di Chevalier per la Francia citati a nota 4, Menjot e Collantes per la Castiglia (nota 5), Sanchèz e Ortì per Aragona (nota 6), Carrasco per la Navarra e Hebert per la Provenza (nota 8). Per l'Inghilterra ORMROD, *Urban communities*, cit. e BRITNELL, *The exercise of power,* cit.

principe (Savoia ad es.)[86]. Tali prelievi, simili agli antichi diritti talvolta solo nel nome o genericamente nel lontano principio, si svilupperanno come imposte dopo trasformazioni importanti: per i pedaggi o i diritti sui mercati, fondachi e porti, la fiscalizzazione, ovvero la trasformazione in imposte doganali, fu data semplicemente dall'obliterazione dello scopo originario per cui venivano richiesti e dalla destinazione dei suoi gettiti a altri usi; per i prelievi su farina e sale ci fu il passaggio dagli antichi diritti bannali o comunitativi sulla macinazione o dall'obbligo di rifornirsi di sale solo presso gli uffici 'pubblici', a imposte fisse su un consumo presunto a bocca[87]; per i prelievi su pane, carne e vino (o birra) si passò dal semplice controllo su forni, macelli e osterie a vere e proprie imposte indirette, richieste agli operatori e scaricate da questi sui prezzi dei prodotti venduti. Ciò avvenne, per le città in un contesto politico in cui veniva loro concesso diritto di imposta (e in particolare il diritto di poter imporre *sisas* o *imposiciones* o *maltôte* o *servicios* o altro su beni di consumo e commerci, invece che taglie interne) per poter far fronte ai sussidi straordinari richiesti sempre più frequentemente dai re e approvati nelle Corti, oppure a imponenti lavori di fortificazione e difesa ordinati anch'essi dal re o dal principe. Per i sovrani la trasformazione di alcuni monopoli in imposta (come per la gabella del sale del Re di Francia) oppure la creazione, praticamente dal nulla, di un sistema di imposte doganali (come per la tassa sulle esportazioni delle lane o altri *customs* lanciati dopo il 1275 in Inghilterra, o come per l'*Haut Passage* del re di Francia da fine '200) avvennero in un contesto in cui le necessità di denaro per la guerra certamente decollavano e giungevano a livelli inimmaginabili poco prima.

Ciò che mi interessa sottolineare ad ogni modo è che anche quando le nuove imposte tardo-duecentesche si richiamavano esplicitamente agli

86. V. Ormrod, *The West European Monarchies*, cit., pp. 133 ss, Id., *England*, cit., pp. 31 ss, Kaueper, *War, justice*, cit., pp. 38-42 e 62-75, Hennemann, *France*, cit., pp. 106 ss, Rigaudière, *L'essor*, cit., pp. 362-373, Ladero Quesada, *De la reconquista,* cit., pp. 41-45. Per i Savoia Castelnuovo-Guilleré, *Les finances*, cit. pp. 106-113. Per il regno normanno-svevo Abulafia, *Lo Stato e la vita economica*, cit., pp. 167 ss e Martin, *L'organisation du territoire*, cit, pp. 91-97.

87. Rinvio per brevità alla trattazione delle due imposte per le città italiane che ho fatto nel mio *Spunti comparativi sulle trasformazioni della fiscalità nell'Italia post-comunale* in *Politiche finanziarie e fiscali* cit., pp. 172 ss. Per il sale v. anche Mainoni, *La gabella del sale nell'Italia del nord (secoli xiii-xiv), ibid.,* pp.39-86, il mio *Prima del debito,* cit., Appendice 2 (per le città toscane) e più in generale J.C. Hocquet, *L'impôt du sel et l'État*, in *Le Roi, le marchand et le sel,* Lille 1987 (Actes de la Table Ronde *L'impôt du sel en Europe xiii-xviii siècle*), pp 30-52, altri saggi in questo stesso vol, e Id., *Il sale e il potere. Dall'anno mille alla rivoluzione francese*, trad. it. Genova, Ecig, 1990, pp. 300 ss.

antichi diritti di derivazione signorile o regalistica (ciò non avviene in realtà per quelle doganali dei re di Francia e d'Inghilterra che in pratica non avevano precedenti, almeno non nella scala in cui vennero applicate, mentre avviene per molte città e nel regno angioino di Sicilia[88]), non si riesce tuttavia a tracciare a partire da questi una linea evolutiva chiara e continua. Perché molti degli antichi diritti (ancora in mano al re dentro i suoi domini diretti o trasmigrati in mano a una moltitudine di soggetti, principi, signori, vescovi, comunità cittadine o rurali, che fossero), prima di essere trasformati e rilanciati come si è detto sopra sembrano diventare residuali, fossili, poco redditizi o vengono forse persino aboliti[89]. Per meglio dire: mentre taglie, *albergarie* e servizi militari sono soggetti nel nostro periodo a quel processo di unificazione, monetarizzazione e intensificazione cui si accennava prima, mentre le entrate da mulini e saline restano (come pure quelle da altre risorse naturali come boschi, pascoli, miniere, etc o altri monopoli come quello sull'acciaio e altri di Federico II) un cespite patrimoniale presumibilmente molto importante ma senza sperimentazioni in senso fiscale fino al '300, altri prelievi parafiscali quali *telonea*, *leudas*, pedaggi, *ripae*, *portazgos* o simili giunti alla vigilia della 'rivoluzione fiscale' di tardo '200 appaiono viceversa residui poco interessanti (salvo che da un punto di vista strettamente giuridico, per la legittimazione delle nuove imposte) di un tempo che fu. Lo stesso vale per certi prelievi sui redditi agricoli in base ai raccolti o per altre imposte su misure sommarie della ricchezza fondiaria (*carucage* inglese poi abbandonato, *zappaticum*, *boateria* o *iugaticum*, etc.), che nel nostro periodo sembra-

88. Il giurista Andrea di Isernia faceva esplicitamente risalire gli *iura nova* (tra cui ad esempio le importantissime imposte sulle esportazioni cerealicole) al periodo svevo e gli *iura vetera* (come il *plateaticum* o lo *ius passagii*) a periodi più remoti, v. ad es. Abulafia, *Lo Stato e la vita economica*, cit., pp. 167 ss.

89. Così ad es. lo *ius passagii* nel 1187 da Guglielmo II di Sicilia (perché era passato in mano alla piccola e media aristocrazia). *Ibid*., p. 168. Così probabilmente diversi diritti gradualmente rilevati dai comuni cittadini dell'Italia del nord da signori del contado e vescovi, di cui Mainoni, *La «révolution fiscale»*, cit. pp. 226-239 e Ead., *A proposito della rivoluzione fiscale*, cit., pp. 12-26, v. anche Menant, *Campagnes lombardes au moyen age,* cit., pp. 448-477 e 525-538 e Fiumi, *Fioritura e decadenza*, cit., pp. 444 ss. Sottolineano viceversa gli elementi di continuità (addirittura con epoca carolingia e tardoromana) autori come Bruhl e Haverkamp, v. note 42 e 43. Sulla scarsa importanza dei *portazgos* all'epoca di Alfonso X Ladero Quesada, *De la reconquista*, cit., p. 44, sul gettito quasi insignificante dei diritti su commerci e monete nelle città di Normandia e Francia del Nord sotto Filippo II Augusto, v. Baldwin, *The government*, cit., pp. 156-161. Sul processo di disseminazione dei diritti fiscali Cammarosano, *Le origini della fiscalità*, cit. pp. 39 ss.

no ancora del tutto sperimentali e sporadici, per scomparire e riemergere poi in certi contesti, solo da fine '200[90].

A ciò tuttavia ci sono forse due eccezioni cospicue, da non trascurare anche se sono tutt'altro che chiare. Una è la Castiglia dove un sistema doganale regio ad ampia scala si forma ai tempi di Alfonso X (anni '60 del '200, con un certo anticipo rispetto alle altre monarchie) ma a quanto pare su vari elementi preesistenti (tra cui l'*almojarifazgo* di tradizione islamica) e dove forse andavano prendendo forma anche una serie di imposte di consumo (sotto il nome generico e onnicomprensivo di *alcabalas* o altri che indicavano un complesso di imposte minori) tutte in mano al re anche se venivano riscosse nelle città[91]. Alcuni studiosi tenderebbero a pensare che tutto ciò fosse anche risalente a periodi precedenti (in particolare a usi islamici), ma le conoscenze sulla Castiglia anteriormente ad Alfonso X lasciano molti dubbi e non consentono di escludere eventuali discontinuità (dei *portazgos* ad esempio si sa che avevano subito un processo di alienazione a favore di città, enti ecclesiastici, poteri laici). L'altra eccezione, altrettanto mal documentata, è costituita da Federico II di Svevia (l'altro trionfatore negli scacchieri diplomatici del tempo di Bouvines). Da fonti molto frammentarie e in buona parte posteriori si capisce che durante il suo regno venivano percepite, pare su amplissima scala, imposte doganali (specie sui porti) e sulle esportazioni cerealicole (queste ultime di introduzione recente) che insieme ai gettiti di molti monopoli e degli elevatissimi profitti lucrati con il commercio mediterraneo del suo grano e di altri prodotti delle aziende regie secondo alcuni studiosi facevano di Federico il sovrano più ricco d'Europa[92]. Non abbiamo idea però di quanto gettassero tali imposte e le altre fonti d'entrata e l'ultima affermazione si basa in sostanza sull'opinione di un osservatore dell'epoca che riteneva che dai tempi di Carlo Magno nessun imperatore fosse mai stato così ricco, o su quanto si può stimare, in via congetturale, da alcune cifre per le entrate da Sicilia e Italia meridionale nella prima epoca angioina, cioè da valutazioni delle grandi ricchezze, in termini di patrimonio e risorse fiscali,

90. Anche per queste rinvio al mio *Spunti comparativi*, cit., pp. 167-172. Per *boateria* e *iugaticum* Mainoni, *A proposito della rivoluzione fiscale*, cit., pp. 26 ss, per gli esperimenti senesi di *bovaticum* e *zappaticum* Cammarosano, *Le origini della fiscalità*, cit. p. 43. Per il *carucage* v. nota 77.

91. V. soprattutto Ladero Quesada, *Fiscalidad y poder real*, cit., pp. 131-189.

92. V. Abulafia, *Lo Stato e la vita economica*, cit., pp. 167 ss, Martin, *L'organisation du territoire*, cit, pp. 92-97, ma anche Cardini, *Gli ordinamenti militari*, cit., pp. 113-114 e 117-121 e Amatuccio, *Mirabiliter pugnaverunt*, pp. 81-82 qui anche il rif al *Triumfontium chronicon* dove si dice che Federico aveva tanto denaro quanto nessun altro imperatore.

che Federico avrebbe lasciato ai suoi successori[93]. Tutto ciò vale inoltre non certo per i decenni intorno a Bouvines (tra 1189 e 1220 il regno di Sicilia attraversò sotto Enrico VI, Costanza e vari reggenti momenti difficilissimi e le sue istituzioni forti discontinuità), ma per gli anni '30-40, dopo cioè le grandi riforme giudiziarie, amministrative e finanziarie imposte da Federico. In entrambi i casi –regno di Sicilia e Castiglia– si pone la questione, non da poco, dell'eredità musulmana: cioè se nella presunta precocità dei due regni nel campo delle imposte indirette, doganali e di consumo, non avessero giocato alcune consuetudini fiscali preesistenti o anche più in generale il fatto che nel mondo islamico (e bizantino), a differenza che in quello carolingio e post carolingio, la pratica dell'imposta pubblica fosse rimasta viva in molte forme. Non pretendo di rispondere io qui a tale questione e mi limito a osservare che ci muoviamo su terreni comunque troppo scivolosi e sottodocumentati, nei quali è difficile essere sicuri non soltanto dell'eventuale ruolo dei lasciti musulmani, ovvero della continuità di lungo periodo di certi usi fiscali (e non solo dei loro nomi o del lontano principio, come per il *fodrum* o il *teloneum* o altri termini di orgine carolingia o anche più remota), ma anche, almeno per la Castiglia, persino della stessa precocità riguardo all'introduzione e/o rilancio delle imposte indirette. Per il regno di Federico II, inoltre, ogni valutazione in merito è complicata dal fatto che tra le imposte in vigore nel periodo tardosvevo e gli usi del periodo musulmano (in Sicilia) o bizantino (in più aree del sud peninsulare) corre oltre un secolo e mezzo di dominio normanno, durante il quale di fatto non sappiamo bene se esistesse una fiscalità regia davvero operativa e che fisionomia avesse, né se certe pratiche preesistenti si fossero effettivamente perpetuate (come ad esempio il *danegeld* anglo-sassone in Inghilterra). *Pipe rolls* dei normanni di Sicilia non si sono conservati e le notizie che abbiamo si riferiscono quasi soltanto all'esistenza di due uffici (*dohana de Secretis* e *dohana de Baronis*) presumibilmente preposti a raccogliere e amministrare le entrate del re e ai servizi militari dovuti dai tenutari di feudi o di terreni ad altro titolo (e non commutabili in denaro fino agli interventi di Federico II, v. oltre)[94]. Si sa poi che Guglielmo II nel 1186 abolì completamente una tassa detta *ius passagii*, risalente forse a tempi antichi, ma ormai in mano per lo più alla media e piccola aristocrazia

93. V. nota prec e per le cifre angioine J. M. Martin,*Fiscalità et économie éetatique dans le royaume angevin de Sicile à la fin du* XIII*e siècle*, in *L'état angevin. Pouvoir,culture et société entre* XIII*e et* XIV*e siècle*, Roma, Istituto Storico per il Medioevo 1998, pp.613 e 622-625.

94. V. nota 92 e i rif al *Catalogus Baronum* a nota 30. Inoltre Grillo, *Cavalieri e popoli in armi*, cit., pp. 83-88 e Kölzer, *Magna imperialis curia*, cit.

che la riscuoteva a proprio favore[95]; e infine che in epoca posteriore alcuni diritti della Corona angioina venivano definiti da un importante giurista *iura vetera* per contrapposizione agli *iura nova*, gli uni risalenti a tempi antichi, gli altri introdotti da Federico o forse poco prima, in età tardonormanna[96]. Tra i primi il giurista annoverava tasse sui commerci chiamate con termini come *plateaticum*, *ius dohane* o *passagii*, dei quali si può vedere l'origine sia in termini longobardi sia in usi bizantini (*kommerkion*), oltre che islamici, tra i secondi lo *ius exiture* e lo *ius fundachi*. E' un po' poco per ragionare sull'effettiva operatività di queste imposte nelle varie epoche e sulla loro eventuale continuità. Così come serve a poco il fatto che per certe città normanne del nord della Francia ci siano tracce, non chiarissime, di imposte indirette relativamente precoci (dovute a Filippo II Augusto nel primissimo '200), ma di gettito praticamente insignificante[97]. Ciò naturalmente, anche a prescindere dalla scarsa importanza, non può costituire argomento per ipotizzare che le posteriori imposte sveve trovassero origine in usi normanni piuttosto che musulmani o bizantini. E conviene dunque abbandonare la questione dell'eredità musulmana o bizantina, tanto quanto quella dell'eredità degli usi anglo-normanni[98].

6. Le città

Per passare invece a qualche considerazione molto sommaria sulle finanze e forme di contribuzione in ambiente cittadino. Non sappiamo molto in realtà, ma gli studiosi delle città francesi, fiamminghe e iberiche, attivissimi negli ultimi anni specie intorno al gruppo diretto da Denis Menjot e Manolo Sanchez[99], concordano nel dire che a quest'altezza cronologica le città, salvo qualche eccezione, non solo non avevano ancora un sistema fiscale, ma quasi nemmeno delle finanze proprie degne di questo nome, anche nei casi in cui avevano ricevuto dai sovrani oppure dai principi o dai vescovi beni collettivi più o meno ampi e qualche altra piccola risorsa da amministrare. Pare di capire che, a parte la gestione di questi ultimi, le finanze consistessero essenzialmente in una ripartizione delle spese abbas-

95. Abulafia, *Lo Stato e la vita economica*, cit., p. 168.
96. *Ibid*., p. 167 ss, o L. Bianchini, *Storia delle finanze del Regno delle due Sicilie*, ed. a c. di L. De Rosa, Napoli ESI 1971 (ediz orig. 1839), pp. 120-122, 130, 152, 178-179 e 187.
97. Baldwin, *The government*, cit., pp. 156-161.
98. Su cio recentemente Bauduin, *Les modeles anglo-normand*, cit.
99. V. nota 1.

tanza elementare. Si ripartiva sui fuochi o più spesso sulla ricchezza e erano stati messi a punto per questo, non tanto un sistema di imposte dirette, quanto più semplicemente dei sistemi, più o meno raffinati, di valutazione della ricchezza, in base al quale fissare dei coefficienti individuali su cui all'occorrenza suddividere quanto non si riusciva a coprire con le entrate dai beni collettivi, dalle multe e condanne e eventualmente da qualche monopolio, più raramente da qualche pedaggio o quota di esso ottenuta per concessione regia. Gli studiosi concordano anche nel pensare che le prime funzioni dei municipi e il loro stesso primo consolidamento istituzionale non derivarono dalla necessità di dover rispondere alle richieste monetarie del re o dei principi (cioè ai contributi in denaro richiesti per sostenere le loro guerre), ma piuttosto dalle esigenze di fortificazione e difesa, non raramente imposte dai sovrani stessi[100]. Re e principi in molti casi, oltre all'ordinario (che pure poteva essere piuttosto cospicuo, come nel caso delle grandi città della Francia del nord soggette a Filippo II Augusto, a cominciare da Parigi o quelle normanne sotto Riccardo Cuor di Leone[101]), chiedevano anche e soprattutto uomini (per ingrossare le fila degli eserciti, per corpi speciali di guastatori e balestrieri, per i trasporti, per la costruzione di macchine di assedio...), oppure prestiti con la promessa di rimborsarli ad esempio (così accadeva in Castiglia) coi proventi del bottino delle campagne di conquista[102]. Tracce di imposte indirette sono abbastanza eccezionali in questo periodo e dove si trovano, come per le città normanne ricordate prima, risultano in mano al re, salvo piccole quote assegnate, e di rilevanza molto scarsa.

Le trasformazioni posteriori ci informano poi del fatto che nella maggior parte delle città europee (salvo le italiane su cui ritornerò tra un momento) le imposte indirette si svilupperanno dopo precise concessioni

100. V. i saggi di Chevalier citati a nota 4, di Menjot e Collantes a nota 5, Sanchez e Orti a nota 6, Carrasco e Hebert a nota 8. Molto esplicito sull'assenza di un sistema fiscale e di finanze vere e proprie Ortì, *Fiscalité et finances,* cit, pp. 459-461. V. anche M. Hébert-D. Menjot, *Fiscalité et identités urbaines à la fin du Moyen Age,* «Memini. Travaux et documents» (2005-2006), pp. 63-68.

101. Baldwin, *The government*, cit., pp. 146 e 158-161 e Moss, *The Norman Revolution*, cit., pp. 38-57. Inoltre per le taglie inglesi sulle città Ormrod, *England*, cit, pp. 26-27.

102. Collantes, *Les villes dans le système fiscal*, cit., pp. 334-335. Per la richiesta di servizi militari e tecnici (fanti, *servientes* cioè ausiliari a piedi e a cavallo con armamento ridotto, corpi speciali, ingegneri, carpentieri, etc.) Contamine, *La guerra*, cit., pp. 125-129 e 133-134, Grillo, *Cavalieri e popoli in armi*, cit., pp. 85 (per le città del regno normanno di Sicilia) e 118-122 (per le truppe delle città comunali indipendenti) e Baldwin, *The government*, cit., pp. 171-175 e 286 ss (per la *prisée des sergeants* cioè il complesso di oneri, prestazioni e loro commutazioni monetarie richiesto alle città dei domini diretti di Filippo Augusto).

di diritto di imposta da parte dei sovrani, oppure rilevando tale diritto da signori e vescovi con negoziazioni di vario tipo. Vale a dire che prima di ciò l'antico diritto di porre, non soltanto taglie interne, ma *telonea, tonlieux, tolls* oppure *passatge, leudas,* etc (magari poco applicato nella pratica, ma sopravvivente a fianco degli altri *regalia* come l'*host*, l'*albergaria,* la monetazione etc oppure come bannalità) nel processo di disseminazione dei diritti regali tipico dei secoli precedenti **non** era passato alle comunità cittadine, ma restava in mano al re oppure a qualcuno degli eredi primogeniti di tali diritti, cioè principi, signori e vescovi. Comunque sia, pare di capire che nel nostro periodo e poi ancora per gran parte o tutto il '200 le finanze cittadine si risolvessero in sostanza in entrate da beni collettivi e da taglie interne e in spese per le fortificazioni, ponti e viabilità e talvolta per le taglie richieste dai re o principi se in dominio diretto, o per altri tributi straordinari (ancora molto occasionali, in forma di *aide, don, subside* o simili) se la città godeva di posizione particolare o speciali franchigie[103].

Si potrebbe pensare che le città italiane rappresentino rispetto a questo quadro una grossa eccezione. Ma non è esattamente così. L'eccezionalità dei comuni italiani non può essere negata e risiede in due aspetti strettamente collegati, ma non sufficienti, non ancora, a generare lo sviluppo di una fiscalità vera e propria. Il primo è che le loro istituzioni si consolidarono decisamente prima di quelle delle altre città europee (e ben prima del nostro periodo) ed esse non ebbero bisogno di concessioni e franchigie dai sovrani né relativamente ai beni collettivi, né soprattutto al diritto di imposta o di altri *iura regalia.* Le comunità cittadine italiane derivarono infatti precocemente e stabilmente i loro diritti regali dai vescovi e non per concessione graziosa, perché loro principale peculiarità fu che sin dalle origini questi ultimi non esercitavano sui cittadini poteri signorili, ma si ponevano come vertici di relazioni clientelari, anche feudali, abbastanza paritarie ed erano da loro eletti[104]. Federico Barbarossa cercò di negare loro i diritti regali, senza riuscirci, quando ormai era troppo tardi, cioè quando tali diritti erano già molto più che consolidati e quando esse erano diventate ormai delle potenze locali (anche dal punto di vista militare, oltre che politico e giuridico), difficili da ridurre all'obbedienza. E dovette alla fine riconfermare alle città tutte le loro prerogative, ampliandole anzi ai

103. Su taglie e tributi a re o principi v. una sintesi in Sánchez-M. Hebert, *La «part du prince»,* cit.

104. G. Tabacco, *Egemonie sociali e strutture del potere nel medioevo italiano*, Torino 1979 (ediz. orig. 1974), pp. 226-395 e ora Milani, *I comuni italiani*, cit., pp. 16 ss.

territori circostanti, quelli su cui esse avevano cominciato o ambivano ad espandersi a danno dei signori, grandi e piccoli, e dei comuni minori[105]. Il secondo aspetto è che esse, a differenza di tutte le altre, almeno dall'inizio del XII secolo, facevano la guerra da protagoniste, cioè per le proprie ambizioni di conquiste territoriali e intessendo le proprie alleanze in modo del tutto indipendente, con la conseguenza che avevano una milizia, una organizzazione e una spesa politico-militare propria (e non solo al servizio di un signore o del re)[106].

Tutto ciò però non significa che le città italiane nei decenni a cavallo tra XII e XIII secolo svilupparono una fiscalità complessa e moderna. Esse disponevano già di un diritto di imposta completo che li rendeva almeno coeredi dei diritti regali, cioè che li poneva sullo stesso piano (se non più avanti, almeno quanto ad ambizioni) della molteplicità di soggetti tra cui questi diritti si erano dispersi nei secoli precedenti (conti, marchesi, signori, vescovi, abati) e che in teoria creava tutte le condizioni necessarie per avviare lo sviluppo di un vero e proprio sistema fiscale, non solo sui cittadini ma anche (almeno in progetto) sugli abitanti e risorse dei territori circostanti, ovvero su quei contadi-diocesi che costituivano l'orizzonte delle loro mire egemoniche. Ma ancora per gran parte del '200 non lo fecero, probabilmente perché le loro guerre –ancora limitate di scala e fatte per lo più con eserciti di cittadini e contadini, pagati o rimborsati per le perdite ma con somme relativamente modeste[107]– non richiedevano in questo periodo somme così grandi da scatenare il decollo fiscale. Né furono sottoposte a richieste esterne (da parte degli imperatori) tali da sconvolgere i quadri tradizionali, anche se alcuni studiosi[108] enfatizzerebbero il ruolo di alcune richieste ai comuni alleati prima da parte di Federico Barbarossa, poi negli anni '30-40 del '200 da Federico II. Il vero e proprio decollo dei costi delle guerre anche per le città italiane si situa nel tardo '200, nonostante il conflitto con Federico II negli anni '40 del '200 avesse già portato delle novità se non altro nella scala di alcune operazioni milita-

105. Il quadro più chiaro al proposito è di CAMMAROSANO, *L'esercizio del potere*, cit., 104-110. V. anche ID., *Le origini*, cit. pp. 44-46 e MILANI, *I comuni italiani*, cit., pp. 41 ss.

106. V soprattutto J. C. MAIRE VIGUEUR, *Cavalieri e cittadini. Guerra conflitti e società nell'Italia comunale*, Bologna, il Mulino, 2004 (ed orig 2003). Inoltre GRILLO, *Cavalieri e popoli in armi*, cit., pp. 109-129 e MILANI, *I comuni italiani*, cit.

107. GRILLO, *Cavalieri e popoli in armi*, cit., pp. 109-129, MAIRE VIGUEUR, *Cavalieri e cittadini,* cit., pp. 175-267 e R. GRECI, *Eserciti cittadini e guerra nell'età di Federico II*, in *Federico II e le città italiane*, cit., pp. 344-363.

108. Soprattutto MAINONI, *A proposito della rivoluzione fiscale*, cit. Valutazioni riduttive viceversa in CAMMAROSANO, *L'esercizio del potere*, cit., pp. 105 ss.

ri[109]. Richieste imperiali e primi aumenti del costo della guerra generarono comunque non uno sviluppo fiscale, ma piuttosto una serie di conflitti politici (sui privilegi che la gestione della guerra assicurava ai *milites*, v. oltre, sugli estimi e la tassazione di questi ultimi, etc.) e di intense trasformazioni istituzionali, tra cui anche lo sviluppo delle scritture documentarie, amministrative, contabili e fiscali di cui si è parlato più sopra. Le città comunali italiane rilevarono via via la maggior parte dei diritti fiscali o parafiscali che ancora restavano in mano al vescovo o a esponenti della grande aristocrazia, tra i quali anche diversi diritti potenzialmente trasformabili in imposte indirette (come pedaggi, diritti sui mercati, mulini, saline, etc.), ma non li sfruttarono, non subito almeno, abolendoli anzi in certi casi per agevolare i commerci[110]. Sfruttarono invece intensamente i diritti signorili nel contado quanto a servizi militari, prestazioni civili e forniture in foraggi e vettovagliamento imposti ai sottoposti e anche, ma in misura minore e in forma ancora occasionale e sperimentale, anche il diritto a imporre *fodri, collette* o altri tributi (*boateria, bovaticum, iugaticum, zappaticum, blava...*) che possiamo considerare alle origini della successiva fiscalità diretta, straordinaria o ordinaria, sui cittadini e sui contadini[111].

Le loro finanze, non diversamente da quelle delle città europee che pure erano molto meno potenti di esse e non facevano la guerra in proprio ma solo per il loro re, fino al secondo '200 e a volte fino all'inizio del '300 restarono basate essenzialmente su beni collettivi, monopoli, imposte dirette straordinarie su cittadini e contadini ripartite per lo più sugli estimi (cioè su sistemi di valutazione della ricchezza via via più raffinati e conflittuali) e su prestiti a breve termine, in forma di anticipo forzoso e senza interessi sui contributi straordinari o in forma di prestito volontario ad alti interessi da parte dei più ricchi[112]. A fianco di ciò restavano cruciali i servizi militari, a cavallo e no, negli eserciti cittadini, l'obbligo di mantenere uno o più cavalli, di effettuare le guardie e provvedere alle necessità di difesa della città in tempo di pace e di guerra, di partecipare ai lavori di fortificazione e viabilità, nonché alle spedizioni come guastatori, vetturali, ingegneri, etc. o anche con corpi scelti di balestrieri e tiratori (oltre che

109. Grillo, *Cavalieri e popoli in armi*, cit., pp. 130-136 e Milani, *I comuni italiani*, cit., pp. 94 ss.

110. V. note 89-90.

111. Cammarosano, *Le origini,* cit., pp. 42-48 e Id., *L'esercizio del potere*, cit. pp. 108-109, Menant, *Campagnes lombardes,* cit., pp. 525-538, Mainoni, *A proposito della rivoluzione fiscale,* cit., 26-39 e Nobili, *Alle origini della fiscalità comunale*, cit.

112. V. i miei *Prima del debito*, cit, pp. 35-36 e *Il finanziamento del deficit*, cit., pp. 34-36.

come *milites* o come *pedites*) e via via, lentamente, anche le commutazioni in denaro di tutto ciò, intrecciate in un sistema complicatissimo di scomputi e compensazioni relativi ai rimborsi per perdite di cavalli e vetture, alle forniture di foraggi e grano, agli anticipi d'imposta, etc.[113]. Le imposte indirette, come le gabelle alle porte e ai mercati della città oppure nei punti strategici del contado, come le gabelle sul vino o sul macello o sulla farina o ancora sui raccolti agricoli all'ingresso in città oppure alla produzione, per nominare solo le più importanti, tardarono a presentarsi e soprattutto ad assumere importanza. Ricomparirono solo nella seconda metà del '200 (contestualmente allo sviluppo dei Comuni di Popolo e alla crisi dell'organizzazione militare affidata all'egemonia dei *milites* dell'aristocrazia di origine consolare di cui oltre) e vennero sviluppate intensamente fino a diventare la base delle finanze soltanto dalla fine del '200, oltre un secolo dopo il consolidamento definitivo del diritto pieno di imposta e almeno un paio di secoli dopo la nascita dei comuni cittadini quali protagonisti politici, istituzionalmente «maturi».

Da aggiungere, per chiarezza, che a ciò fanno del tutto eccezione —e questo ha un po' confuso il quadro in molti lavori di sintesi sulle città italiane[114]— Genova e Venezia, dove viceversa si sviluppò un sistema di entrate doganali molto precoce e probabilmente molto redditizio grazie alla loro posizione nei commerci mediterranei. Tali entrate sono ben documentate a Genova da fonti cronistiche e da antichi tariffari delle merci, suggerite da vari indizi a Venezia. A Genova vennero affiancate anche da imposte dirette che servivano in pratica a riscattare le entrate, sistematicamente vendute in appalto nel sistema delle *compere* per far fronte alle gravi necessità per le spese della flotta e delle altre esigenze militari[115]. La cosa principale da tenere presente però è che Genova e più ancora Venezia non sono rappresentative degli altri comuni italiani —nemmeno dei più grandi come Milano, Bologna, Firenze— perché non erano semplici città-stato con ambizioni di espansione territoriale nei loro contadi, ma delle grandi potenze marittime, anche e soprattutto dal punto di vista militare e politico. Abbiamo

113. Maire Vigueur, *Cavalieri e cittadini,* cit., pp. 175-267, Grillo, *Cavalieri e popoli in armi*, cit., pp. 109-129 e R. Greci, *Eserciti cittadini e guerra nell'età di Federico II*, in *Federico II e le città italiane*, cit., pp. 344-363.

114. Ad es. J. C. Hocquet, *City-state and market economy*, in *Economic systems,* cit., pp. 81-100, ma anche parzialmente Cammarosano, *Le origini*, cit., pp. 48-52 che in base al caso di Genova ipotizza un'affermazione precoce delle imposte indirette anche nelle altre città italiane, cosa poi che non trova riscontri in una casistica più ampia.

115. *Ibid*. e Sieveking, *Studio sulle finanze*, cit.

accennato prima alla II e III Crociata a proposito dei grandi prelievi straordinari lanciati dai re per finanziarle oppure a quelle più tarde di Federico II e San Luigi, ma non si deve trascurare che Venezia proprio nel periodo che ci interessa egemonizzò, condusse e in pratica finanziò la IV crociata, quella destinata a fermarsi a Costantinopoli e a trasformarsi in conquista di ciò che era rimasto dell'antico Impero d'Oriente, con la creazione di una compagine politica satellite di Venezia stessa. Il ruolo di Genova fu forse meno eclatante, ma insomma il punto è che entrambe avevano un impegno non solo commerciale, ma anche politico e militare nel Mediterraneo che diede luogo a uno sviluppo finanziario e fiscale assolutamente anomalo per il periodo. La valutazione precisa dei costi della flotta militare e delle guerre marittime condotte dalle due città resta tuttavia impossibile[116] (così come non si riesce a valutare l'entità dello sforzo finanziario per la flotta e le spedizioni oltremare dei re normanni e di Federico II[117]), anche se a livello molto macroscopico è piuttosto verosimile l'ipotesi che tali costi fossero in scala con quelle dei regni europei impegnati nelle crociate (o nei maggiori scontri continentali), piuttosto che con quelli delle piccole guerre terrestri nei propri contadi condotte dagli altri comuni italiani.

7. La guerra

Siamo così giunti infine di nuovo al punto da cui abbiamo cominciato e che ho lasciato in fondo perché è quello di più difficile valutazione: l'organizzazione militare e i costi della guerra. Abbiamo visto che si tende a dare per scontato che la guerra fa lievitare potentemente le spese dei sovrani e l'idea dominante è che quanto più essi sono ambiziosi, dinamici e conquistatori, tanto più spenderanno per truppe e campagne militari (oltre che per la politica diplomatica), tanto più avranno bisogno di finanziamenti e di rastrellare denaro in ogni modo. Questo tuttavia vale solo dal momento in cui la guerra si paga in tutto o almeno per la sua maggior parte, perché

116. Ho provato a presentare qualche dato nel mio *Prima del debito*, cit., p. 28, ma v. M. Knapton, *La finanza pubblica*, cit.,pp. 384-88. Restano indicative ad ogni modo le elevatissime cifre del debito raggiunte da Genova e Venezia negli anni '70 del' 200, a confronto con il fatto che le città toscane in pratica non avevano ancora debiti accumulati e con le notizie che Milano, Como e Verona intorno al 1250 prevedevano di saldare i loro debiti, evidentemente non troppo gravi, con la semplice imposizione di un contributo straordinario per qualche anno (8, 4 e 6 anni), v. il tutto nel mio *Il finanziamento del deficit*, cit, p. 34.

117. Grillo, *Cavalieri e popoli in armi*, cit., pp. 88-90 e Amatuccio, *Mirabiliter pugnaverunt*, cit., pp. 127-133.

si fa solo o prevalentemente con truppe mercenarie, via via più permanenti. E dal momento in cui smette inoltre di essere un'attività remunerativa, sia per i sovrani che per le loro élites, ovvero dal momento in cui non si autofinanzia più e dal momento in cui le aristocrazie militari si tirano indietro o vogliono essere sostanziosamente remunerate o rimborsate delle perdite e magari non più soltanto in terre e onori, ma in denaro sonante. Rimborsate nel senso più ampio della parola anche del fatto che la guerra smette appunto di essere una faccenda lucrativa, com'era un tempo grazie alle ampie possibilità di bottino, di incassare somme anche ingentissime dal riscatto di prigionieri più o meno illustri, di incamerare nuove terre e nuove risorse spogliando i vinti, etc. Il tema insomma è quando diventa necessario pagare la guerra e tanto, sia perché si usano ormai quasi soltanto truppe mercenarie, sia perché le aristocrazie militari pretendono ampi compensi o rimborsi, sia soprattutto perché la guerra non si paga più da sé. Ed è un tema terribilmente difficile, perché a dispetto delle tante narrazioni, anche molto dettagliate, degli eventi militari e delle principali battaglie –prime fra tutte quelle oggetto di questo convegno– ci sfuggono alcuni elementi dell'organizzazione militare del tempo, essenziali per valutare attendibilmente quanto si doveva pagare la guerra e soprattutto se le cose nei decenni che ci interessano erano già sensibilmente cambiate rispetto a un passato più o meno recente.

Quanto al primo punto –quando la guerra smette di autofinanziarsi e di essere occasione di lauti guadagni per le aristocrazie– non posso purtroppo aggiungere molto a quanto già accennato via via più sopra, nonostante si tratti di un tema estremamente interessante. E' chiaro che le possibilità di bottino, riscatti, spogli e conquiste non smisero affatto nel nostro periodo –le notizie in merito tutto sommato abbondano ovunque, a cominciare dalle due grandi battaglie di Las Navas e di Bouvines– ma ci si può interrogare su alcuni aspetti: cioè se ci furono alcuni contesti in cui tali possibilità avevano già cominciato a diminuire, specificamente le aree nord-europee teatro principale dello scontro plantageneto-capetingio, nonché per alcuni forse l'Italia comunale (o anche quella normanno-sveva); e altri contesti in cui viceversa tali possibilità erano ancora al loro massimo o quasi, tra cui innanzitutto la Spagna della *Reconquista* nonché le altre aree in cui la guerra era o era ancora in qualche modo giustificabile come crociata, transmarina o cismarina che fosse, cioè oltre la Terrasanta, l'Oriente già bizantino, le altre colonie veneziane e genovesi, e forse anche il *Midi* della Francia, trasformato dalla lotta papale contro l'eresia catara in territorio in cui si aprivano per le aristocrazie francesi e catalane nuovi e imprevisti spazi di conquista. Il ragionamento dominante nella grande narrativa in cui si affronta l'argomento è più o meno questo: ci sono alcuni

territori in cui le condizioni geopolitiche si assestano in una competizione politico-militare 'interna' tra pochi vertici statuali concorrenti intorno a cui si vanno posizionando, selezionando e gerarchizzando i molti soggetti che affollano il territorio, e in cui in sostanza resta poco spazio per nuove conquiste, momenti di radicale redistribuzione delle risorse e ricambi traumatici nei quadri delle grandi aristocrazie. Ci sono altri territori invece i cui quadri geopolitici, per motivi tra i più diversi, restano o ridiventano molto più instabili (anche solo quanto a propaganda e rappresentazione ideologica) e fungono da terra di conquista e avventura, polo di attrazione esterno per le aristocrazie militari che negli altri territori (quelli dove si va affermando in sostanza un gioco a somma zero) non trovano più abbastanza spazio, né un ruolo soddisfacente e sufficientemente remunerativo nelle guerre. Si tratta però di uno schema ovviamente molto generico, anche dal punto di vista cronologico, che oltretutto non esclude completamente che nei territori geopoliticamente più stabilizzati e affollati la guerra potesse essere, ancora nel nostro periodo, una faccenda molto lucrativa e che ci fossero ancora momenti di forte redistribuzione delle risorse a scapito dei perdenti e a favore dei fedeli del re o principe vittorioso. Le affermazioni in merito rischiano comunque di essere tutte congetturali e speculative, oppure riferite a un lunghissimo periodo rispetto al quale resta molto difficile collocare il nostro. Mi limiterò dunque a riportare solo alcune opinioni e a fare dal canto mio solo pochi commenti.

Per la Castiglia Castan ha avanzato queste considerazioni, largamente ipotetiche ma condivisibili (e condivise da altri studiosi, Menjot e Collantes innanzitutto): il decollo della fiscalità (e quindi presumibilmente quello del fabbisogno monetario della Corona legato all'esplodere dei costi della guerra) non si ha nella fase del maggiore sforzo bellico legato alle grandi conquiste in Andalusia e Murcia sotto Ferdinando III (primo e pieno '200), né tantomeno nelle fasi precedenti di XII secolo fino a Las Navas, ma solo in seguito sotto Alfonso X e successori, a grandi conquiste concluse. Ciò e altri indizi posteriori spingono a pensare che il decollo della spesa fu dato quindi, non dalle grandi campagne militari, ma piuttosto dalla faticosa organizzazione della difesa degli ampi territori conquistati e soprattutto dal fatto che le aristocrazie castigliane, non più ricompensate da bottino e confische di guerra, vollero essere pagate via via sempre di più per tenere truppe al soldo del re e provvedere alle necessità di difesa, in una guerra non più di conquista. Nella fase delle grandi conquiste, viceversa, il bottino di guerra unito ai prestiti richiesti alle città e più in generale a una partecipazione delle aristocrazie alle guerre non remunerata dal re (o remunerata solo in parte o a posteriori, con la redistribuzione di bottino, spogli e terre confiscate) e largamente auto-organizzata, avrebbe

resa del tutto superflua la riforma fiscale fino al tardo XIII secolo[118]. Si tratta di considerazioni per ampia parte congetturali o basate, data la scarsità della documentazione castigliana, su poche notizie indiziarie. Invitano tuttavia a riflettere e a chiedersi più in particolare se il modello castigliano non possa valere anche in altri contesti, quello catalano-aragonese innanzitutto, nonché per il regno di Navarra (l'altro protagonista del trionfo di Las Navas de Tolosa, battaglia che fruttò, tra le altre cose, ai re cristiani e in particolare a Sancho el Fuerte di Navarra, un bottino immenso, tale forse da ripagare per intero le spese di preparazione per l'impresa e da fornire il re di ampie riserve per molti anni a venire). E invitano a chiedersi anche se la situazione degli altri regni e principati europei nei decenni a cavallo del XII e XIII secolo fosse viceversa già sensibilmente diversa, almeno quanto alla necessità di pagare o remunerare in qualche modo la grande aristocrazia convocata a sostegno del re o quanto all'opportunità di sostituirla almeno in gran parte con truppe stipendiate, pagate con le risorse ordinarie o straordinarie dell'erario regio.

Prima di venire a ciò per la Francia e l'Inghilterra, vorrei tuttavia riportare altre considerazioni su questo tema, relative alle città dell'Italia comunale e alle loro milizie[119]. Qui forse le pretese delle aristocrazie furono effettivamente più precoci che in Castiglia, ma ebbero un altro esito. Come già ricordato prima, le città italiane furono le uniche in Europa a fare la guerra da protagoniste e ad avere un'organizzazione e una spesa militare indipendente. E furono anche le uniche, quindi, ad avere un'aristocrazia militare propria, cioè un'élite la cui attività principale (a fianco di altre, tra cui occuparsi dei propri possessi fondiari, nonché della gestione della cosa pubblica) era far la guerra a cavallo e occupare posizioni di comando negli eserciti cittadini e nell'organizzazione della difesa della città e del territorio via via conquistato. Tale aristocrazia un tempo detta per lo più «aristocrazia consolare» perché era dalle sue fila che provenivano i consoli cui nel XII secolo era collegialmente affidato il governo della città, viene ora più semplicemente chiamata *milizia* proprio per queste sue caratteristiche, che sono anche uno dei tratti distintivi dei comuni

118. G. CASTAN LANASPA, *Politica economica y poder politico. Moneda y fisco en el reynado de Alfonso el Sabio*, Junta de Castilla y Leon, Valladolid, 2000, p. 124, sostanzialmente concordi COLLANTES, *Les villes dans le système fiscal*, cit., pp. 332-336 e MENJOT, *Système fiscal étatique*, cit., pp. 22-26.

119. Tratte essenzialmente da MAIRE VIGUEUR, *Cavalieri e cittadini,* cit. Ma v. anche MILANI, *I comuni italiani*, cit., pp. 53-90 e 113-126, GRILLO, *Cavalieri e popoli in armi*, cit., pp. 109-129, GRECI, *Eserciti cittadini,* cit., pp. 344-363.

cittadini italiani, insieme all'indipendenza e alla collegialità nella gestione della guerra stessa. Ai *milites* propriamente cittadini si erano andati comunque affiancando anche quelli provenienti da famiglie della grande e piccola aristocrazia rurale, inurbatesi più di recente, in via di inurbamento e sottomissione al comune o comunque sue alleate. Pare che i *milites* cittadini originariamente non si facessero pagare dai loro comuni ma si limitassero a lucrare abbondantemente da bottino e riscatti (furono emanate anche precise normative su come suddividere i relativi proventi), per ottenere poi sostanziosi e sistematici rimborsi per i cavalli e armamenti persi (anch'essi soggetti a precise normative e controlli) e infine forse anche dei compensi, un po' velati dal sistema dei rimborsi e da quello, che prese poi sempre più piede, delle commutazioni in denaro degli obblighi militari. Non c'erano comunque solo i *milites* delle maggiori famiglie a far la guerra, ma cittadini di ogni categoria sociale e gli obblighi di prestare servizio, mantenere uno o più cavalli, fornire foraggi, armi e vetture etc. si intrecciavano con dei compensi –abbastanza modesti, pare– per le giornate di guerra, con i rimborsi per le perdite e con forniture a pagamento da un lato e con le commutazioni in denaro, le imposte straordinarie e i prestiti forzosi (da cui i *milites* provavano talvolta a dichiararsi esenti) dall'altro; e c'erano inoltre milizie contadine, talvolta convocate per obblighi signorili dai *milites* cittadini o da quelli del contado sottomessi o alleati, talvolta mobilitati in massa dagli stessi comuni cittadini; e ci furono anche inoltrandosi nel '200 piccoli contingenti di stipendiati, più o meno specializzati e professionalizzati. A differenza che in Castiglia tuttavia questo sistema egemonizzato dai *milites* cittadini non entrò in crisi perché, finite le lucrative guerre di conquista le aristocrazie pretesero e ottennero di essere pagate profumatamente dallo stato, ma anche e soprattutto perché l'intero sistema generò tensioni e acuti conflitti sociali, che portarono a profonde trasformazioni istituzionali e alla fine a mettere da parte il sistema stesso. Il regime politico che aveva consentito ai *milites* una posizione di privilegio, cioè di fare i propri guadagni con la guerra sotto la protezione del comune (protetti cioè da rimborsi, esenzioni e anche compensi a spese delle casse comunali) entrò in crisi con l'immissione nelle dinamiche politiche di gruppi sociali nuovi, esclusi fin lì da quei privilegi. Le commutazioni in denaro degli obblighi militari (*hoste, exercitus e cavallate*) furono l'esito non tanto della perdita di interesse delle aristocrazie nell'attività militare, ma anche e soprattutto della competizione per partecipare a quei privilegi e della volontà di limitarli, porli sotto il controllo di nuove istituzioni e ripartire attentamente oneri, rischi e guadagni (tra cui soprattutto bottino e riscatto prigionieri). Prima sotto i podestà forestieri poi soprattutto con i comuni di Popolo prevalsero

forme inedite di gestione della cosa pubblica e regimi nuovi che finirono alla lunga per attuare forme di esclusione dei grandi dalla vita politica e prima ancora sperimentarono forme di organizzazione militare (basate sulle strutture associative cittadine) che potessero fare a meno di loro[120]. Stiamo tuttavia parlando a questo punto non più del nostro periodo, ma della seconda metà del '200. Se è possibile dunque che nell'Italia comunale il processo che rese la guerra via via meno lucrativa per le aristocrazie sia stato più precoce che in Castiglia e forse nelle altre monarchie, il definitivo passaggio a un'organizzazione militare diversa e molto più costosa di una volta, perché basata sempre più su truppe stipendiate, fu anche nell'Italia comunale un fenomeno piuttosto tardo, frutto di un lungo mutamento sociale e istituzionale. In precedenza i comuni cittadini italiani avevano cominciato a spendere un po' di più per la guerra (per rimborsi, compensi, piccoli nuclei di stipendiati) ma non tanto da scatenare un indebitamento insostenibile e lo sviluppo di una fiscalità vera e propria (al di là cioè di qualche contributo straordinario e di anticipi d'imposta), nemmeno nei momenti più duri degli scontri con un nemico (o alleato) temibile quale Federico II di Svevia[121].

Veniamo adesso a ciò che sappiamo per le monarchie plantageneta e capetingia (e per l'Italia normanno-sveva) e che resta, nonostante l'apparente abbondanza di informazioni, di problematica valutazione. Sappiamo ad esempio che –sia in Inghilterra sia nella Francia di Filippo Augusto prima negli anni '80 del XII secolo nelle campagne contro Champagne, Fiandre e Enrico II, poi soprattutto alla vigilia della conquista della Normandia– si faceva uso di mercenari[122]. E si sa anche che in entrambi i casi le commutazioni in denaro delle leve obbligatorie (lo *scutage* dei cavalieri inglesi in base all'ampiezza dei possessi fondiari concessi in *tenure*, le somme dovute in luogo del servizio dei *sergeants* o *servientes* da città e abbazie dei domini diretti capetingi nel primo '200...) erano sempre più frequenti e servivano per assoldare soldati al loro posto, magari anche con l'esplicita giustificazione ideologica (così in un celebre trattato inglese del tempo che narra come funzionava l'*Exchequer*) che il re preferiva esporre a rischi

120. V. *ibid*. e MILANI, *I comuni italiani*, cit., pp. 123 ss.

121. V. nota 116.

122. KAUEPER, *War, justice*, cit., pp. 17-24, CONTAMINE, *La Guerra nel medioevo,* cit., pp. 120-149, ma più precisamente per la Francia BALDWIN, *The government*, cit., pp. 44-45 e 164-175 e per l'Inghilterra gli studi di HOLLISTER, POWICKE e J. O. PRESTWICH citati a nota 11 e inoltre J. BOUSSARD, *Les mercenaires au XIIe siècle: Henri II Plantagenet et les origins de l'armée de métier*, «Bulletin de l'Ecole des Chartes» (1945-46), pp. 189-224.

più i mercenari che i suoi fedeli cavalieri[123]. Si sa che viceversa nell'Italia normanna le commutazioni del *servitium* restarono rare e per lo più non consentite e che gli interventi in merito di Federico II diversi decenni dopo si presentarono dichiaratamente come vera e propria rottura con il passato[124]. Ciò comunque non basta a dire che le aristocrazie francesi e inglesi fossero precocemente disamorate dalla guerra o che i vincoli feudali già dal tardo XII secolo non erano più sufficienti a garantire ai re eserciti adeguati alle mutate esigenze del tempo. Come ancora non bastano i grandi sforzi, condotti da più di uno studioso, per quantificare in base a diverse fonti il numero dei mercenari, quello di altri tipi di truppe o più in generale l'ammontare della spesa militare.

Si è calcolato ad esempio che Filippo II Augusto nel 1202-03 teneva sui confini di Normandia circa 2600 stipendiati (dei quali solo 250 cavalieri) e spendeva per essi circa 27 mila £ parisine su circa 83 mila di spesa militare complessiva sul solo fronte normanno (senza contare cioè quanto il re stava spendendo da altre casse, non documentate, nelle contemporanee campagne in Turenna e Angiò, né altre spese quali ad esempio le grandi fortificazioni di Parigi)[125]. La cifra può apparire alta in assoluto, ma si pensi che le spese maggiori erano in realtà per la difesa e gli approvvigionamenti e più ancora che il re quell'anno incassò somme ben più ingenti dal solo circuito dei *prevôts* e *baillis* (intorno alle 140 mila £, ma ci furono anche altre cospicue entrate di natura feudale versate direttamente alla Camera del re), riuscendo a depositarne una buona parte al Tesoro custodito dai Templari a Parigi (almeno 60 mila £ p.) e avanzarne forse altre 17 mila, al netto di tutte le spese correnti affidate agli agenti locali e al netto anche di quelle militari di cui sopra, affidate per buona parte a tesorieri speciali[126]. Non abbiamo comunque elementi di raffronto né per comprendere se le spese per i mercenari sul fronte normanno rappresentino rispetto alle fasi precedenti un sensibile aumento, né per capire se gli anni successivi (e in particolare la preparazione del grande scontro culminato a Bouvines) costituirono un'ulteriore accelerazione, né tantomeno per valutare il peso degli stipendiati in Normandia (più gli altri eventualmente utilizzati nella Valle della Loira), rispetto alle altre forze, non stipendiate, a disposizione

123. V. nota prec. in partic. BALDWIN, *The government*, cit., pp. 171-75 per la *prisa servientum* e p. 171 sulle considerazioni nel trattato dell'Exchequer.

124. CARDINI, *Gli ordinamenti militari*, cit., pp. 112-113 e AMATUCCIO, *Mirabiliter pugnaverunt*, cit, pp. 60-68.

125. BALDWIN, *The government*, cit., pp. 164-175.

126. *Ibid*.

del re capetingio. Queste ultime e più in generale le dimensioni e l'importanza relativa dell'*host* feudale dei grandi e piccoli vassalli del re e dei loro sottoposti, specie al di fuori dei domini diretti del re e specie quanto ai maggiori, restano palesemente e ostinatamente sottodocumentate, anche se esistono per certe aree (in particolare Normandia e Vexin) registri molto dettagliati e precisi circa gli obblighi feudali e il numero di cavalieri da fornire al re (o ai suoi vassalli), nonché una moltitudine di diplomi di esenzioni temporanee o definitive (specie agli enti ecclesiastici), almeno dagli obblighi militari ordinari se non da quelli nelle emergenze più gravi[127]. E anche se esistono descrizioni anch'esse molto dettagliate, in più fonti, degli eserciti schierati con il re a Bouvines. La domenica vittoriosa il re aveva dalla sua, a quanto pare, le truppe di 11 grandi baroni e 3 vescovi (con forse 560 cavalieri), più oltre 760 cavalieri agli ordini dei *banneret* dei domini diretti e di altri 2 conti e 2 vescovi, contro cifre simili o di non molto superiori (1300-1500 cavalieri) stimate per lo schieramento opposto condotto dall'imperatore Ottone di Brunswick insieme ai conti ribelli di Fiandra e Boulogne e il conte inglese di Salisbury[128]. Si stima anche che altri 800 cavalieri, non si sa di quale provenienza, erano stati mandati in aiuto al principe Luigi, incaricato di difendere le frontiere meridionali con il sostegno di altri 2 baroni, dall'avanzata di Giovanni Senza Terra e degli altri suoi alleati. Sappiamo poi che Filippo potè contare inoltre su milizie cittadine, ma sappiamo anche che ben 29 vescovati del re erano assenti e forse non avevano mandato truppe, nonostante i presumibili obblighi in merito (si trattava comunque di un'emergenza straordinaria di fronte alla quale non avrebbero dovuto valere le esenzioni) e inoltre che le forze feudali potenzialmente disponibili, almeno in Normandia, avrebbero potuto essere molte di più (pare che ci furono soltanto 158 cavalieri normanni contro i 600-800 previsti nei registri feudali)[129]. Ciò tuttavia non autorizza a pensare che Filippo Augusto non potesse più contare sulle truppe dei vassalli fedeli (lo spiegamento pare comunque imponente), né che avesse dovuto sostituirle con un uso prevalente di mercenari e non ci dice in realtà nemmeno quanto eventualmente le fila agli ordini dei vassalli e dei *banneret* del re fossero state integrate da cavalieri, fanti e corpi speciali a pagamento, come quelli che Filippo aveva assoldato alla vigilia della conquista della Normandia. Né ci dice quanto più in generale Filippo spese per Bouvines, oltre al soldo degli stipendiati, cioè ad esempio per gli approvvigionamenti

127. *Ibid.*, pp. 279-294.
128. *Ibid.*, pp. 216-219 e 285-286.
129. *Ibid.*, pp. 279-294 e 302.

e foraggi, per ricompense e rimborsi ai *banneret* e altri cavalieri delle leve feudali, o quanto più largamente ancora spese quell'anno, ad esempio per fortificazioni e difesa[130] o per la diplomazia.

La questione resta insomma sempre la stessa: come stimare il peso, negli eserciti di Bouvines e nella vittoria stessa, degli stipendiati o più in generale della capacità (fiscale) da parte del re capetingio di reperire denaro per la guerra, rispetto alla capacità politica e feudale di ottenere alleanza, fedeltà, sostegno e *host* dai grandi e piccoli vassalli, oltre che dalle città? E come capire se rispetto a prima (rispetto ad esempio alle grandi convocazioni di eserciti feudali da parte di Luigi VI negli anni '20 del XII secolo) fossero intervenuti cambiamenti davvero importanti nella *ratio* tra truppe stipendiate e truppe feudali, nonché nelle dimensioni complessive della spesa militare? Mercenari in realtà ce ne furono praticamente sempre nelle guerre dei Capeto e dei loro vassalli, anche nel primo XII e nell'XI secolo[131] e trovarne notizia non basta a dire che le cose fossero davvero cambiate, né che si andasse già inevitabilmente e linearmente verso il tramonto delle truppe feudali e verso la prevalenza di quelle a pagamento. Al proposito è utile ricordare che nel 1198, alla sconfitta con Riccardo Cuor di Leone, Filippo effettivamente non potè contare sull'aiuto dei grandi vassalli (pare che si ritrovò con solo 500 cavalieri, tutti provenienti dai domini diretti, contro oltre 1500 di Riccardo), mentre in seguito, nel 1204-5, questi ultimi accorsero in sostegno del re e svolsero un ruolo probabilmente importante contro Giovanni Senza Terra nella valle della Loira e forse anche nella conquista della Normandia, a fianco dei mercenari ricordati sopra e delle milizie cittadine impegnate soprattutto nella difesa[132]. Alcuni dei grandi vassalli, nient'affatto stanchi o demotivati dalle guerre di Filippo, dopo questi eventi e prima di Bouvines andarono inoltre a partecipare a titolo proprio (ma comunque all'ombra della diplomazia capetingia) anche alle guerre contro gli albigesi tra 1209 e 1213. E' chiaro che in seguito, nella seconda metà del '200, il sistema del *servitium debitum,* ovvero l'organizzazione militare basata anche e soprattutto dall'obbligo da parte dei feudatari di fornire gratuitamente cavalieri e truppe al re, venne sottoposto a sempre

130. *Ibid*., pp. 294 ss e 170 (sulle fortificazioni di Parigi e sul vasto programma per tutte le maggiori città a partire dal 1190). E' probabile tuttavia che per tutto ciò il re si appoggiasse soprattutto alle nascenti finanze municipali e alla ricchezza dei cittadini delle *bonnes villes*, v. ad es. CHEVALIER, *La fiscalité urbane*, cit., p. 73. V. inoltre CONTAMINE, *La guerra*, cit. pp. 149 ss.

131. J. BOUSSARD, *Services féodaux, milices et mercenaires dans les armées en France aux Xe et XIe siècle*, in *Ordinamenti militari in Occidente*, cit, pp. 132-168.

132. BALDWIN, *The government*, cit, pp. 280-281.

maggiori limitazioni (nel numero degli uomini, nelle giornate di servizio, negli ambiti geografici entro cui poteva essere richiesto, nei compensi e rimborsi che dovevano essere erogati se si superavano tali limiti, etc) e a sempre più frequenti commutazioni in denaro, fino a entrare definitivamente in crisi[133]. Gli effetti si videro sotto Filippo III e in particolare in occasione della guerra contro Aragona nel 1285 (dove furono utilizzate quasi soltanto truppe mercenarie, con esiti per altro disastrosi) e poi più ancora sotto Filippo IV il Bello nel grande scontro contro le Fiandre negli anni a cavallo del nuovo secolo. Ma San Luigi poteva disporre di forze non stipendiate probabilmente ancora molto ampie: il suo regno non conobbe nulla di paragonabile a Bouvines e non ci fu bisogno in realtà di mobilitare davvero le aristocrazie e i loro eserciti, ma nel 1236 Luigi potè convocare a rassegna 19 tra conti e duchi, più i vescovi, la regina d'Orleans e tanti altri che dovevano servizio militare gratuito a vario titolo[134]. La disaffezione dei grandi vassalli al servizio militare per il re maturò insomma lentamente, forse anche in relazione alla relativa inattività durante il regno di Luigi IX (Crociate a parte, ci furono solo guerre di scala limitata), e il ricorso massiccio alle truppe mercenarie si rese necessario anche in Francia, come in Castiglia e nell'Italia comunale, solo alla fine del '200. Si possono vedere gli inizi di questo processo forse già negli anni '80 del XII secolo e si potrebbe persino ipotizzare una qualche accelerazione nei primi anni del '200 e per Bouvines, considerando anche che tutto sommato Filippo II Augusto aveva entrate più che abbondanti e poteva permettersi di spendere molto per combattere il re di Inghilterra. Ma le impalcature feudali delle truppe capetingie a Bouvines e alla conquista della Normandia erano quasi certamente ancora ben salde e comunque l'evento di Bouvines, o meglio il grande scontro a vastissima a scala che stava a monte della battaglia campale, non si ripetè più per tutto il secolo.

Qualcosa del genere, *mutatis mutandis*, vale anche dall'altra parte dello schieramento per Giovanni Senza Terra e più in generale per la monarchia angioina-plantageneta. C'è chi tende a pensare che le trasformazioni che modificarono la *ratio* tra truppe stipendiate e truppe feudali siano state per questa monarchia decisamente più precoci che per quella capetingia, oltre che per quelle iberiche[135]. E' più che noto il fatto che nell'Inghilterra anglo-normanna non si era mai persa la consuetudine di reclutare soldati

133. CONTAMINE, *La guerra,* cit., pp. 121-125.
134. *Ibid*., p. 122.
135. Così ad es. KAUEPER, *War, justice*, cit., p. 16.

di bassa condizione sociale da affiancare ai ranghi dell'esercito composto con le leve obbligatorie (le cosiddette *select* e *great fyrd* anglosassoni cui si sovrappose il sistema normanno delle *knights-fees*) organizzate sulla base dei possessi fondiari, tenuti a titolo feudale o meno[136]. Legata a ciò era probabilmente anche la pratica già ricordata di riscuotere il *danegeld*, continuata anche se in forma un po' residuale fino al 1162 e poi sostituita da imposte sperimentali quali il *carucage* o quelle sui beni mobili. Entrambe le consuetudini vengono considerate da più di uno studioso una sorta di carattere originario della monarchia inglese, oltre che un elemento di relativa continuità tra l'*Old English State* e quello normanno[137]. E' noto anche l'uso, forse ripetuto, di temibili mercenari del Galles da parte dei re angioini-plantageneti, nonché il fatto, anch'esso già ricordato, che le *knight-fees* (cioè gli obblighi di servizio militare a cavallo in base all'estensione della terra tenuta in feudo) vennero via via sempre più monetarizzate (*scutage*), già a partire da Enrico II che da un lato fece redigere elenchi dettagliatissimi del *servitium* (con le grandi inchieste del 1166 in Inghilterra e del 1172 in Normandia) e dall'altro accettò diverse limitazioni a esso (da 60 a 40 giorni e in pratica senza passare la Manica)[138]. Sia lui che Riccardo che Giovanni si avvalsero inoltre della pratica di accettare dai baroni d'Inghilterra un servizio ridotto, in cambio del completo equipaggiamento e mantenimento dei contingenti effettivamente inviati. Riccardo addirittura propose di commutare l'intero servizio dovuto dai cavalieri inglesi nell'armamento e approvvigionamento di 300 cavalieri in Normandia[139]. Non è da escludere infine che il decollo delle entrate monetarie realizzato come abbiamo visto da Giovanni Senza Terra, intensificando lo sfruttamento delle risorse ordinarie e ponendo i nuovi prelievi sui beni mobili prima e dopo la perdita della Normandia, fosse dovuto proprio alla volontà di potenziare la parte mercenaria dei suoi eserciti, o meglio alla scelta più o meno consapevole di puntare sempre meno sulla fedeltà e servizio delle proprie aristocrazie, specie quelle insulari e sempre più su altri elementi, non escluse le milizie cittadine e rurali. Enrico II aveva emanato nel 1181 normative generali molto precise che facevano obbligo a tutti i suoi sudditi (prima in continente, poi in Inghilterra) di provvedere a cospicui armamenti e Giovanni attuò per 2 volte (1205 e 1214, in coincidenza con gli sforzi maggiori contro Filippo II) campagne di mobilitazione generale dei

136. V. *ibid*., ma più ancora gli studi di Hollister e Powicke citati a nota 11.
137. V. la questione in Hollister, *Military Obligation,* cit., pp. 169-186.
138. V, ad es. Contamine, *La guerra*, cit., pp. 119-121.
139. *Ibid*.

borghesi delle città e dei contadini a difesa dell'Inghilterra, che ebbero un grande, indubbio successo numerico, anche se non valsero a evitare prima la perdita della Normandia, poi la sconfitta di Bouvines[140]. Tutto ciò indica che la monarchia angioina-plantageneta aveva già compiuto il salto verso una composizione degli eserciti a prevalenza di mercenari e verso un fabbisogno di denaro per la guerra già enorme, o anche soltanto che vi era già ben più vicina della Francia?

In verità, le dimensioni e la struttura della spesa militare di Enrico II, Riccardo Cuor di Leone e Giovanni Senza Terra nonostante i *Pipe rolls* e le altre fonti continuano per larga parte a sfuggirci, così come il peso reciproco delle truppe feudali o di leva gratuita e gli stipendiati. Le valutazioni in merito restano tutte abbastanza impressionistiche e anche ammessa una precocità da parte plantageneta di qualche decennio rispetto alla Francia capetingia, nonché forse anche un qualche ruolo delle consuetudini anglonormanne, dobbiamo concludere ricordando una volta di più che in Inghilterra esattamente come altrove ci volle poi ancora tutto il XIII secolo perché il sistema del *servitium debitum* entrasse definitivamente in crisi. Dopo Giovanni Senza Terra, sotto Enrico III i baroni vennero convocati pochissimo (anche perché ci furono lunghi periodi di pace o di guerre su piccola scala, come nella Francia di San Luigi) e le quote di servizio militare dovute al re diminuirono progressivamente a causa di una moltitudine di negoziazioni individuali, lasciando infine il posto, a fine '200 sotto Edoardo I, a un'organizzazione militare ormai quasi interamente basata sugli stipendiati e a una spesa militare, ora sì, davvero enorme[141]. Al tempo di Giovanni la situazione però non era ancora questa e le truppe feudali contavano ancora qualcosa, anche se pragmaticamente si battevano altre strade (soprattutto perché a un certo punto si trattò soprattutto di portare truppe di là dalla Manica, oltre che di ottenere il sostegno dei baroni del Poitou e di giocare una partita diplomatica complessa a sud e est della Francia capetingia) e anche se il fabbisogno di denaro era verosimilmente già aumentato. Nulla ci dice però che Giovanni avesse bisogno di denaro solo o soprattutto per il soldo di mercenari, perché fortificazioni e difesa, approvvigionamento e diplomazia potevano assorbire molto e con continuità maggiore che non le truppe reclutate solo per gli scontri campali. A quest'altezza cronologica, inoltre, che Giovanni decidesse di puntare sul soldo (o sulle mobilitazioni generali di milizie cittadine e rurali, a prescindere dai quadri feudali)

140. *Ibid.*, pp. 131-133.
141. *Ibid.,* p. 121.

può anche apparire, se solo si modifica un po' il punto di vista, non come un'innovazione coraggiosa (ad esempio perché si prende atto che ci sono grandi ricchezze al di là dell'aristocrazia e si preferisce tassarle piuttosto che imbricarle in vincoli feudali), ma piuttosto come una misura disperata di fronte alla incerta fedeltà delle proprie aristocrazie e alle difficoltà di portare quelle insulari a combattere sul continente. Può apparire cioè un segnale tra gli altri della globale crisi di egemonia di Giovanni, crisi che sarà poi ulteriormente aggravata dall'appesantirsi della pressione fiscale. Detto in altri termini, è indizio che Giovanni stava fallendo nel suo ruolo di monarca feudale, mentre Filippo II Augusto stava forse riuscendo molto meglio di lui nel tenere insieme intorno a sé i tanti, piccoli e grandi, vassalli del regno. Magari fu solo fortuna, ma con o senza mercenari, spendendo chissà forse meno di Giovanni (anche se le sue potenziali risorse erano molto, molto ampie) e potendo comunque contare sul sostegno di un numero cospicuo di grandi vassalli fedeli, fu lui a vincere a Bouvines e poi a costringere Giovanni a tornare in Inghilterra a mani vuote. E fu lui inoltre a raccogliere e condividere con le sue aristocrazie i cosiddetti frutti della vittoria, tra i quali non soltanto un inestimabile patrimonio immateriale in autorità, legittimazione, prestigio e popolarità (un mese dopo Bouvines poteva schierare 2000 cavalieri e ciò bastò a convincere Giovanni e i suoi alleati dell'Ovest a rinunciare), ma anche cifre enormi dai riscatti dei tantissimi prigionieri (tra cui anche 3 dei capi della coalizione e molti altri personaggi potenti), i beni confiscati etc.[142].

Si può aggiungere ancora qualcosa per l'Italia normanno-sveva, dal momento che nonostante la irriducibile scarsità di documentazione, è stata molto studiata proprio sotto il profilo dell'organizzazione militare[143]. Il regno di Sicilia fino al 1220 (data del ritorno e del reale inizio del regno di Federico II dopo la minorità e i lunghi anni in Germania) mostra alcuni tratti in comune con quello normanno-plantageneto (come le inchieste volte a razionalizzare le relazioni feudali e l'ordinamento militare basato sul *servitium debitum*) ma non conobbe né la precoce tendenza a monetizzare quest'ultimo e a sostituirlo con truppe stipendiate (l'equivalente dello

142. Baldwin, *The government*, cit., pp. 219 e 331 ss.

143. Cardini, *Gli ordinamenti militari*, cit. e Amatuccio, *Mirabiliter pugnaverunt*, cit. per l'epoca sveva (ma altrettanto importanti sono Martin, *L'organisation administrative*, cit., Enzensberger, *La struttura del potere*, cit., Abulafia, *Lo stato e la vita economica*, cit. Kölzer, *Magna imperialis curia*, cit. e la sintesi in Grillo, *Cavalieri e popoli in armi*, cit, pp. 130-135). Per l'epoca normanna oltre alla sintesi e i lavori di Matthew e Cuozzo citati *ibid*. pp. 84-90,si v. l'edizione e gli studi (di Jamison e Cuozzo stesso) del *Catalogus Baronum* cit. a nota 30.

scutage inglese, cioè l'*adoha* pare affermarsi ben più tardi), né l'applicazione di qualcosa di simile al *danegeld* o al *carucage* o ai tributi sui beni mobili o alle taglie di Normandia, né l'intenso aumento delle entrate che caratterizzò il regno di Giovanni Senza Terra, né forse il rigoroso sistema di rendicontazioni e controllo centrale degli agenti locali che diede luogo ai *Pipe Rolls* d'Inghilterra e Normandia. Del difficile trentennio tra la morte dell'ultimo re normanno (1189) e il 1220 sappiamo pochissimo e ciò può influenzare negativamente le valutazioni in merito, ma pare di capire che le prime trasformazioni nei costi della guerra (l'autorizzazione alle commutazioni in denaro del *servitium*, in precedenza non consentite, l'uso di truppe stipendiate regnicole e tedesche, i pagamenti alle truppe in leva obbligatoria quando il servizio su prolungava oltre certi termini...) nonché nelle finanze (come l'istituzione di una corte centrale di revisori dei conti di tutti i funzionari locali e provinciali, l'introduzione delle imposte sulle esportazioni cerealicole, il recupero di quelle sui commerci e l'uso ripetuto delle collette) siano dovute tutte a Federico II e datino agli anni '30-40 del '200, cioè al periodo del suo scontro con i comuni cittadini dell'Italia centro-nord[144]. Fonti cronistiche e documentarie parlano di casse vuote, di affannosa ricerca di denaro per coprire necessità urgenti, ma non bisogna sopravvalutare tali notizie da riferire, come sempre accade in questo genere di notizie, probabilmente più a problemi contingenti di disponibilità di cassa che a scarsità o inadeguatezza di risorse rispetto all'aumentare delle spese[145]. Altre fonti parlano infatti di Federico come dell'imperatore più ricco mai esistito o mostrano che esso poteva ottenere somme enormi con i commerci mediterranei del suo grano e di altri prodotti o dai monopoli del sale e del ferro, oltre che dalle collette (imposte con insolita frequenza), dalle vecchie e nuove imposte doganali e dai prestiti concessigli da banchieri dell'Italia settentrionale e di Roma su ricche rendite da riscuotere al sud[146]. L'aumento delle spese militari tuttavia, come sempre, è difficile da attestare e valutare attendibilmente. Lo scontro contro le potenti e agguerrite città del Nord Italia sicuramente richiese molto denaro ed è lo stesso Federico a dichiararlo. Ma gli studi più recenti tendono a sottolineare che gli eserciti di Federico mantenevano ancora una composizione tipicamente mista: c'erano tanti stipendiati, sì, ma solo un certo numero lo erano di professione, mentre tanti altri venivano dalle leve obbligatorie e riceveva-

144. V. nota prec.

145. Così anche Abulafia, *Lo Stato e la vita economica*, cit., p. 183.

146. V. nota 143. Sui prestiti in partic. v. Abulafia, *Lo Stato e la vita economica*, cit., pp. 183-184.

no paga perché il loro servizio (dovuto al sovrano per obbligo feudale o ad altro titolo) si prolungava oltre i termini stabiliti e perché combattevano lontano dalle loro terre; c'erano truppe regnicole e truppe tedesche, e queste ultime, come le prime, non erano composte solo da mercenari, ma anche da contingenti al comando di fedeli dell'imperatore[147]. E' stata avanzata una stima, da parte di uno studioso tedesco, per oltre 170 mila once annue spese da Federico nei decenni di guerra in Lombardia solo per il soldo delle truppe[148]. Sembrerebbe una cifra molto alta. Ma, anche a prescindere dal carattere largamente congetturale di tale stima, le difficoltà di valutazione restano grandi perché gli elementi di raffronto con altre monarchie coeve o dei decenni precedenti sono piuttosto scarsi, così come le notizie sulle entrate del regno di Sicilia. Non conosciamo l'ammontare complessivo delle entrate su cui Federico poteva contare ogni anno (né tantomeno la loro struttura) e rilevare che le collette di questi decenni in alcuni casi toccarono o superarono le 100 mila once non ci aiuta più di tanto[149]. Ci può servire soltanto ricordare comparativamente che in questo periodo Federico è forse l'unico sovrano a ricorrere con grande frequenza ai tributi straordinari, a fronte degli sporadicissimi tentativi in merito di Giacomo d'Aragona e Enrico III d'Inghilterra e di un unico prelievo pro Crociata da parte di San Luigi (v. sopra).

8. Non di solo fisco

Vorrei concludere toccando infine un ultimo punto. Anche ammesso che si fosse verificato già nel periodo che ci interessa un forte aumento del fabbisogno monetario per pagare la guerra, non è scontato che a tale aumento corrispondesse necessariamente la ricerca di denaro per via di tasse, ovvero lo sviluppo di una fiscalità in senso moderno (come sistema di imposte con carattere di ordinarietà e generalità) e nemmeno lo sviluppo di nuovi tributi straordinari, perché agli accresciuti bisogni si poteva rispondere in molti modi, ad alcuni dei quali ho già accennato. Ad esempio si poteva rispondere con lo sviluppo e razionalizzazione dell'amministrazione centrale e periferica, ovvero con un migliore sfruttamento delle

147. Il più dettagliato è Amatuccio, *Mirabiliter pugnaverunt*, cit.

148. Citato *ibid*., p. 82 lo studio di P. Thorau, *Der Krieg und das Geld. Ritter und Söldner in den Heeren Kaiser Friedrichs*,«Historische Zeitschrift» (1999), pp. 599-634 che non ho potuto consultare.

149. *Ibid*. p. 631.

risorse già possedute e più o meno consolidate (le *sien*), senza andare a cercarne di nuove se non in termini di nuove conquiste territoriali. Ciò soprattutto quando queste risorse erano non solo molto, molto ampie ma anche ben variegate e articolate in una pluralità di cespiti e diritti anche pubblici (anche se ancora non fiscali), potenzialmente molto redditizi, se attentamente gestiti. Credo che sia questo il caso della Francia di Filippo II Augusto che in pratica non ebbe bisogno di ricorrere ai tributi straordinari, ma tutto sommato è anche il caso del vasto insieme di domini che componevano il cosiddetto «impero angioino» di Enrico II e Riccardo Cuor di Leone. Lo stesso Giovanni come si è detto battè con decisione la strada del migliore sfruttamento del *domain*, con ottimi successi dal punto di vista finanziario, ma scarsa fortuna da quello politico. Su questa strada si erano incamminati ad ogni modo anche i sovrani catalano-aragonesi e i conti di Fiandra e ne sono testimoni un po' ovunque le grandi inchieste sui diritti feudali e su tutti gli altri cespiti d'entrata de re e dei principi e le dettagliate scritture che ne derivano dal *capbreu* catalano al *Gros Brief* fiammingo ai tanti registri dei feudi. Quanto alla Francia, si può ricordare l'opinione di Baldwin che trova molto difficile spiegare come Filippo II Augusto finanzio la III Crociata (la *Dime saladine* in sostanza gettò poco) o le campagne contro Champagne, Fiandre, Enrico II e più tardi lo scontro contro Riccardo Cuor di Leone, per concludere però che le entrate ordinarie dal *domain,* nonché più ancora quelle occasionali ma elevatissime dalla sovranità feudale o dagli spogli delle chiese e degli ebrei, molto probabilmente consentivano già ben prima dell'incameramento della Normandia e senza dover ricorrere ai tributi straordinari sforzi finanziari anche imponenti[150]. Il caso, per altro forse un po' anomalo, di Federico II ci ricorda inoltre che il patrimonio del re e più in generale le entrate non fiscali potevano comprendere anche cespiti non *land-based* o solo indirettamente tali, come i profitti mercantili dai commerci di grano su scala mediterranea o dall'organizzazione complessa di certi monopoli o aziende di stato (sale, ferro, mulini...), nonché ovviamente dalla monetazione.

Non dimentichiamo però che si poteva rispondere alle accresciute richieste per la guerra anche con i prestiti. Che non sono sempre e necessariamente segnale di malessere, di affanno e inadeguatezza delle risorse disponibili come spesso si dà per scontato. A sapere come gestirli e se le risorse dell'erario sono abbondanti potevano funzionare e rappresentare un modo intelligente per sfruttare meglio quanto già posseduto, cioè per

150. Baldwin, *The government*, cit., pp. 54-55.

utilizzare ora e subito, quando serve per un fine produttivo, qualcosa che altrimenti avrei solo più avanti e magari in misura minore. Sono insomma anch'essi un modo come un altro per finanziare il deficit o meglio l'improvviso bisogno di denaro, tanto e subito, tipico delle spese militari in certi contesti. A prescindere del fatto che non siamo sicuri che questi contesti ci fossero già (salvo che per le Crociate e forse per Giovanni Senza Terra nei suoi momenti peggiori), valga al proposito non solo il caso già ricordato sopra dei re castigliani che chiedevano alle città anticipi sul bottino, non solo quello più tardo di Federico II, ma soprattutto quello di Pietro II di Aragona, sovrano quanto nessun altro bistrattato dalla storiografia di ieri e di oggi.

Pietro, nonostante il trionfo di Las Navas nel 1212, è stato fatto oggetto di una vera e propria *dannatio memoriae* (cominciata forse già sotto il regno del figlio Giacomo) non soltanto per aver perso tutto e anche la vita l'anno dopo, nella battaglia di Muret, non soltanto per aver perseguito un sogno egemonico su tutta l'Occitania giudicato a posteriori vana follia, ma anche più specificamente perché, per perseguire tale sogno e tutte le altre sue imprese (anche quella di Las Navas), contrasse una serie di prestiti apparentemente rovinosi, segnale, per diversi studiosi, dell'assoluta sproporzione tra i suoi mezzi finanziari e le spese da sostenere per le sue ambizioni di conquista[151]. Più di uno storico lo accusa in sostanza di aver dilapidato un patrimonio enorme ricorrendo insensatamente a prestiti su pegno dei beni e cespiti migliori della Corona e più in particolare di non essersi fermato dopo Las Navas a raccogliere i frutti della vittoria e risanare il bilancio, ma di essersi lanciato subito dopo nella disastrosa impresa di là dai Pirenei. E più di uno storico non ha dubbi sul fatto che le spese militari **dovevano** essere 'enormemente aumentate' e che le entrate **dovevano** essere insufficienti, nonostante i tributi straordinari raccolti nel 1211-12 per la crociata contro gli *Almohades*. Non intendo proporre un comitato di riabilitazione di Pietro II, come pure so che non dispiacerebbe ad alcuni storici oggi presenti come Sesma o Alvira, che ci ha fornito una narrativa aggiornata e avvincente del contesto e degli eventi che portarono a Muret, nonché del grande processo di rimozione collettiva della sconfitta catalano-occitanica. Ma vorrei comunque concludere il mio excursus con alcune osservazioni su Pietro II e i suoi prestiti.

1) Può darsi semplicemente che per la fretta generata dal precipitare degli avvenimenti, per generosità, ambizione e scarse capacità mercantili e

151. Soprattutto Bisson, *Fiscal accounts*, cit., II, pp. 3-29 o *La Corona di Aragona*, cit., pp. 69 e 77.

finanziarie, egli abbia gestito male i prestiti, dando via cespiti pregiatissimi per poco a mani voraci e avare, ma magari capaci di farli fruttare al meglio.

2) Non abbiamo idea, o meglio è molto difficile valutare a quanto ammontassero le spese per Las Navas, né quelle per Muret, né per le operazioni precedenti, né per la diplomazia e la politica matrimoniale (complessa e ambiziosa) di Pietro. Esiste però una stima, autorevole, che la somma di credito e imposte straordinarie esatte per Las Navas e per il matrimonio delle figlie non superò quella delle entrate ordinarie annue[152]. Il che vuol dire che queste non erano poi così modeste e insufficienti e che la consegna in pegno per i prestiti di numerosi beni non le aveva affatto azzerate.

3) Che Pietro non avesse dilapidato tutto e che le risorse del *domain* dei conti-re fossero ben più ampie e solide di quanto si ipotizza in base al solito schema (o le dimensioni delle spese militari non così grandi), sembra dirlo anche il fatto incontrovertibile che dopo Muret, in relativamente poco tempo durante la minorità di Giacomo, i Templari saneranno le finanze regie, restituiranno i debiti e recupereranno i beni ceduti in pegno[153]. Se l'indebitamento fosse stato davvero disastroso e del tutto sproporzionato all'ammontare delle entrate annue ciò non sarebbe stato possibile in pochi anni ed è sufficiente al proposito dare un'occhiata comparativa al livello che raggiungeranno i debiti dei re di Francia e Inghilterra con i mercanti italiani nel primo '300[154], per capire che in fondo Pietro d'Aragona non aveva fatto poi così tanto danno. 4) Sappiamo che Las Navas per quanto riguarda la parte dei conte-re fu finanziata anche, forse soprattutto, con il ricorso al *bovatge* generale e straordinario. Ma non sappiamo quanto il successo di Las Navas finanziò Muret, con il suo immenso bottino (sappiamo solo che Sancho el Fuerte di Navarra grazie all'oro musulmano rastrellato diventò prestatore anche di Pietro stesso, guadagnandosi poi fama imperitura di avaro[155]) e ancora di più con il credito politico e diplomatico conquistato sul campo. Non lo sappiamo bene, ma possiamo immaginare che all'indomani di Las Navas molta gente fosse pronta ad andar dietro a Pietro

152. La stima è dello stesso Bisson che tuttavia non pare trarne le conseguenze, mentre solleva il dubbio Sanchez, *El naixement,* cit., p. 44. La riporta anche Carrasco, *Estudio preliminar*, cit., p. 44.

153. Bisson, *Las finanzas del joven Jaime,* cit., pp. 161-208 e Sanchez, *El naixement,* cit., pp. 44-47. V. anche Orti, *L'explotaciò d'una renda reial,* cit., pp. 243-272 (per la tenuta dell'importante cespite dei mulini).

154. Lo si v. ad es. in Kaueper, *War, justice*, cit, pp. 42-62 per l'Inghilterra e 69-75 per la Francia.

155. Carrasco, *Estudio preliminar*, cit., pp. 44 e 56-57e Sanchez, *El naixement,* cit., p. 44.

con legittime speranze di conquiste, bottino, revanche e onori nelle sue imminenti imprese transpirenaiche, anche se non si trattava più di fare una crociata sotto l'egida papale e della Chiesa. E possiamo immaginare che ci fosse tanta gente disposta anche a concedergli prestiti, non necessariamente usurai o su pegno, ad anticipo sui futuri guadagni da bottini, riscatti e nuove terre. Inoltre, Alvira ci ha spiegato bene che, al di là dell'esito della battaglia e dei durissimi giudizi a posteriori, non si trattò di un impresa incosciente e folle, perché Pietro aveva tessuto in suo favore una solida trama diplomatica, perché poteva contare su un largo consenso tributatogli dall'aristocrazia occitanica e non ultimo perché si portava dietro, come capitale immateriale, la gloria conquistata a Las Navas. Cambiando solo di poco il punto di vista, insomma, si potrebbe pensare che per un sovrano sicuro di vincere e di raddoppiare il suo regno (perché la posta in gioco era egemonizzare da *suzerain* un territorio più grande di tutto quello fin lì controllato, un territorio più grande anche di quello cui in futuro si sarebbero estesi i dominii del figlio Giacomo il Conquistatore), le spese per Muret non fossero affatto un incosciente indebitamento, segnale di finanze allegre e dissestate, ma fossero viceversa null'altro che un investimento, destinato a rendere presto 10 a 1. La ruota della fortuna di Pietro girò però nell'altro senso e gli eventi successivi ne dannarono definitivamente la memoria, non solo perché fu sconfitto e nulla si realizzò dei suoi progetti egemonici, ma anche perché dopo di lui, a partire da suo figlio Giacomo ci fu in Aragona la necessità di sostenere e lodare la scelta di perseguire soltanto l'espansione mediterranea, abbandonando del tutto quella transpirenaica e bollandola come vana ambizione di un re non solo sfortunato, ma anche incapace di governare il suo regno e il suo patrimonio.

* * *

Esisteva dunque una fiscalità dietro le guerre dei decenni a cavallo del XII e XIII secolo e in particolare dietro le grandi battaglie epocali di Las Navas, Muret e Bouvines oggetto di questo convegno? E più in generale: si era già allacciata la connessione guerra-denaro-fiscalità-stato che tanta importanza avrà nelle trasformazioni degli stati e delle società europee dalla fine del '200 in avanti? Per quanto ci consente di dire lo stato della documentazione e delle conoscenze in merito tenderei a concludere che nel nostro periodo, nonostante ci possa essere stato un primo rialzo dei costi monetari della guerra, verosimilmente forte forse soltanto in relazione alle Crociate e per Giovanni Senza Terra (e forse per Genova e Venezia), tale connessione non si era ancora definitivamente allacciata, perché l'impalcatura feudale dell'organizzazione militare era ancora ben salda, perché la

guerra era ancora (almeno in certe aree) un'attività remunerativa e 'autofinanziata' e perché le risorse 'ordinarie' in mano ai sovrani erano per lo più ancora molto ampie o comunque abbastanza adeguate, anche senza il ricorso, che restò molto, molto sporadico, a nuove forme di tassazione, generale e straordinaria. I tentativi in tal senso non modificarono ad ogni modo la struttura delle finanze e delle entrate, ma ebbero come effetto piuttosto l'istituzionalizzazione dei poteri in grado di esercitare resistenza e concorrenza all'interno degli stati compositi in formazione e il delinearsi sempre più chiaro delle differenze tra i domini diretti dei sovrani e gli ambiti dove prevalevano invece i rapporti pattizi con i poteri intermedi. I primi (*le sien*, il *domain* nella sua accezione più larga, estesa dal semplice patrimonio fondiario a tanti diritti di tipo pubblico, feudali, signorili e parafiscali, nonché all'attività economica complessiva dei sovrani) restarono la base delle finanze regie e principesche e furono oggetto di attente politiche di recupero, riorganizzazione e razionalizzazione amministrativa e di misure volte a un migliore e più intenso sfruttamento. Ma, nonostante importanti e efficaci innovazioni, fino al tardo o fine '200 non si sviluppò una vera e propria fiscalità nemmeno limitatamente a essi (specie quanto alle imposte indirette). Questo perché, anche ammesso che nei decenni oggetto di questo convegno ci sia stato un rialzo sensibile dei costi militari, si verificò poi comunque una sorta di lunga, lunghissima pausa nelle trasformazioni di cui stiamo parlando, dovuta se non altro al tacere dei conflitti a scala europea per gran parte del secolo XIII. Le crociate di San Luigi non sembrano modificare il quadro delle finanze e fiscalità capetingie e lo stesso sembra valere per le grandi conquiste duecentesche (fatte ancora con pochi costi e alti profitti?) della corona di Castiglia e di quella di Aragona. Trasformazioni veramente radicali nell'organizzazione militare e sviluppo dei nuovi sistemi fiscali (o se si preferisce nuovi sistemi per finanziare la guerra mediante prestiti ingentissimi e sempre nuove imposte per sostenerli) esploderanno insieme ovunque da fine '200. A questa cronologia, valevole tanto per re e principi che per le città comunali italiane, sembrano fare eccezione soltanto Genova e Venezia, potenze marittime dove lo sviluppo di imposte e prestiti massicci sembra precocissimo, e chissà forse anche il regno di Sicilia. Questo non sembra condividere le prime trasformazioni nell'organizzazione militare, le sperimentazioni fiscali e l'aumento delle entrate che si vedono per l'altro regno normanno, cioè quello angioino-plantageneto, negli ultimi decenni del XII e l'inizio del XIII, per arrivarci forse solo ben più tardi, ma in maniera massiccia, con Federico II negli anni '30-40 del '200, quando viceversa negli altri regni europei tali trasformazioni in qualche modo si arrestavano. A quel punto però Federico II sembra poter disporre, per coprire costi militari forse fin lì mai raggiunti, di entrate fiscali che ne-

gli altri regni si svilupperanno solo parecchi decenni dopo. Che il denaro rastrellato per via fiscale fosse già diventato il nervo dello stato e fattore determinante della competizione politico-militare, ovvero che, usando altre parole, il controllo della ricchezza privata e pubblica fosse già diventato il cuore pulsante della guerra e dello stato, in tutta onestà non possiamo però dirlo né per Federico II (che a dispetto della tanto decantata opulenza del suo regno e della sua presunta capacità di trarne denaro vinse una battaglia campale contro le città dell'Italia comunale ma perse la guerra, come del resto un trentennio prima era accaduto a Giovanni Senza Terra, a dispetto dello spettacolare decollo delle sue entrate), né tantomeno per gli altri sovrani dell'epoca, né per le loro città, né per le città indipendenti dell'Italia comunale.

Escritura, Ley y Poder Regio: la cancillería regia y los juristas del rey en la construcción de un nuevo concepto de realeza en Portugal (1211-1218)[1]

Maria João Branco

> «*Nuper, autem, cum karissimus in Christo filius [noster] rex Castelle illustris contra mauros pro defensione christiani nominis profecturus ad ferendum sibi auxilium regem sollicitaret eundem, ipse,* ***prudenter statum considerans regni sui****, easdem sorores suas benigna prece rogavit ut, atendentes jam dictam concessione propter rationes predictas nullius extitisse valoris, castra sibi restituerent* (...)»[2]

En su bula *Licet cum Apostolo*, emitida casi un mes y medio después de Las Navas, el 31 de agosto de 1212, y cuando pronunciaba un juicio sobre la cuestión que oponía a Afonso II con sus hermanas, así se refería Inocencio III a la justificación que Afonso II de Portugal parecía haber presentado en Roma sobre las verdaderas causas de su imposibilidad de participar en la batalla de Las Navas, preparada y convocada con tanta antelación por su suegro.

En efecto, ésta parece haber sido la estrategia del rey de Portugal para ganar la buena voluntad de Inocencio III, un Papa que apoyaba los intentos de su suegro, Alfonso VIII de Castilla, con tal entusiasmo que había llegado hasta el punto de prohibir a Rodrigo Jiménez de Rada, en junio de 1211, en vísperas de Las Navas, la reanudación de la cuestión de la primacía de

1. Ante todo, quería empezar por agradecer, de forma muy particular, a Pascual Martínez Sopena, por su generosidad y disponibilidad para revisar mi texto, cuidando para que mi imperfecto español pudiera convertirse en un texto comprensible. Le quedo muy agradecida por eso, por la amistad con la cual me honra y por su erudición e importantes sugerencias en todo que respecta a nuestra Historia Medieval. Una palabra de agradecimiento muy sentido también para Ines Calderón, que lo ayudó en este fastidioso trabajo.

2. *Bulário Português – Inocêncio III (1198-1216)*, (Avelino Jesus da Costa, Mª Alegria Marques, eds.), Coimbra, INIC, 1989, doc. 183, p. 332 (= *Bul.*). Negrita de la autora.

Hispania, teniendo como fundamento el hecho de que era inoportuno suscitar temas vidriosos en una ocasión donde la unidad entre los monarcas ibéricos era fundamental para vencer la amenaza «*ex sarracenorum*»[3].

Precisamente en ese junio de 1211 el rey portugués ya estaba en apuros por lo que tocaba a su sucesión al trono, como veremos, pero cuando llegó julio de 1212 estaba seguramente demasiado ocupado como para dedicarse de lleno a la causa de la Reconquista castellana. Por otro lado, necesitaba muchísimo del apoyo de Roma para sus intentos y para ver su realeza legitimada, por lo que era prudente trasmitir al Papa la idea de que su ausencia en Las Navas había sido culpa de sus hermanas y de su protector, el infame Alfonso IX, ése sí, ostensiblemente ausente del convenio que congregaría en un mismo propósito a todos los restantes reyes hispánicos bajo la autoridad de Alfonso VIII como *Rey de la Cristandad*[4].

No hay que reiterar cómo era de fundamental, para el rey portugués, no ser considerado por el Papa igual que Alfonso IX de León, que se había mostrado contumaz al no comparecer, ni semejante a los cruzados ultramontanos, a los cuales Vicente Hispano tan llamativamente vituperaba por haber abandonado el campamento demasiado pronto[5], a causa del calor o de la falta de víveres[6].

El rey portugués no estuvo en Las Navas. Algunas fuentes narrativas intentan disfrazar esa ausencia con la referencia, de tono compensatorio,

3. *La Documentacion pontificia de Honorio III (1216-1227)* (Demetrio Mansilla, Ed.) Roma, 1965, doc. 455, pp.482-483*, (=DHIII)*.

4. Como subrayó ya hace tiempo Peter Linehan, *History and the Historians of Medieval Spain*, Oxford, OUP, 1993, p. 292, y como Eloísa Ramírez nos recuerda en otro punto de este volumen.

5. En su famosísima glosa donde califica a los Hispanos como los que actúan y a los franceses como los que sólo hablan: *«Facto, ut ispanos, non autem uerbis, ut francigena» apud* Gaines Post, *Studies in medieval legal thought. Public Law and the State (1110-1322)*, Princeton/New Jersey, 1964, p. 485.

6. Este es el relato que nos dan de ello las fuentes narrativas que poseemos. Ya se trate de la carta enviada por el rey Alfonso VIII al Papa (cf. Julio González, *El Reino de Castilla en la época de Alfonso VIII*, vol. 3, Madrid, 1960, doc. 897, pp. 567-572), como de los cronistas ibéricos de esa época, Lucas de Tuy *(*cf. *Chronicon Mvndi Lvcae Tvdensis*, (Emma Falque, Ed.), *Corpus Christianorum – Continuatio Medievalis* 74, Turhout, Brepols, 2003, l.iv, 89, pp. 329-330 – (=*Chr. Mundi*), Rodrigo Jimenez de Rada (cf. *Historia de Rebus Hispanie sive Historia Gothica Roderici Ximenii de Rada*, (Juan Fernández Valverde, Ed.), *Corpus Christianorum - Continuatio Medievalis* 72 , Turnhout, Brepols, 1987, l. viii, caps V-XI, pp. 264-275 – (= *De Rebus*) y el «anónimo» de La Crónica Latina de los Reyes de Castilla, (cf. *Chronica Latina Regum Castellae*, (Luis Chalo Brea, Ed.), *Corpus Christianorum - Continuatio Medievalis* 73, Turnhout, Brepols, 1997, 21-25, pp. 56-64 – (= *Cr. Lat*), todos nos hablan de cómo, después de ser ampliamente agraciados con donaciones regias, los franceses se marcharon antes de la batalla.

al gran número de caballeros y peones portugueses que participaron a título individual; pero, sobre todo, señalando que el maestre de la orden del Temple, Gomes Ramírez, un portugués, fallecería de las heridas recibidas en el combate. A los portugueses les interesaba trasmitir la idea de que el Rey apoyaba las iniciativas de lucha contra los infieles, y a los castellanos les interesaba trasmitir que toda la Cristiandad hispánica había estado presente en Las Navas. Aunque casi inmediatamente se menciona el gran número de portugueses presentes en la batalla a título individual[7], sólo será más de un siglo después cuando la Crónica de 1344, en su versión muy «aportuguesada», nos proponga que Afonso II de Portugal no estuvo presente, no porque no lo quisiera, sino porque estaba enfermo, pues había enfermado en el camino precisamente cuando iba a Toledo para participar en Las Navas[8].

Lo que ninguna de estas crónicas y relatos nos dice, por razones obvias, es lo que los *Livros de Linhagem* portugueses nos dicen, incluso con demasiado énfasis, y lo que sabemos bien por otras fuentes: que Afonso II nunca podría haber participado en Las Navas, ni en ninguna batalla, porque sus características físicas le imposibilitaban cabalgar. No se sabe qué tipo de dolencia sufría, pues unas fuentes lo dan como leproso y otras lo hacen sólo demasiado obeso para combatir[9].

Cualquiera que fuera su enfermedad, su carácter inhibidor parece haber sido el mayor problema de Afonso II y la razón primera de sus proble-

7. Como es el caso del testimonio de Rodrigo Jiménez de Rada, *De Rebus*, p. 260: «conuenerunt etiam ad eandem urbem plerique milites de partibus Portugalis, peditu, uero copiosa multitudo, qui mira agilitate expedicionis onera facile sustinebant et audaci impetu impetebant»

8. «*Mas el Rey de Portugal non era en esto culpado, ca estando el de camino con sua hoste pera o hir ajudar aa batalha das Naves de Tollosa, deulhe uma tal enfermidade que o teve longo tempo, em tal guiza que, quando lhe mandaram que fosse aas cortes, aynda non podia bem cavalgar, pero que o fezerom entender a el Rey dom Afonso doutra guisa*» *in Crónica Geral de Espanha de 1344*, (Luís Filipe Lindley Cintra, Ed.), vol. 4, Lisboa, INCM, 1990, cap. DCCXIX, p. 341 (= *Cr. 1344*).

9. Torquato de Sousa Soares, «Algumas considerações sobre a crise da sucessão de Sancho I: a doença de Afonso II», *Boletim da Faculdade de Direito de Coimbra*, número especial (1983) 3-15, nos da las referencias documentales para conocer su enfermedad. En los *Livros de Linhagem do Conde D. Pedro*, ed. José Mattoso, 2 vol., Lisboa, Academia das Ciências, 1980 (=*LL*), LL25G, un episodio ocurrido en el enfrentamiento del rey com su hermanastro bastardo, Martim Sanchez, nos revela la incapacidad de Afonso para montar a caballo y combatir. Un testimonio de las Inquirições de 1258 nos da el rey como «gafo». Sobre esta enfermedad vd. también Hermínia Vilar, *Afonso II - um Rei sem tempo*, Lisboa, Círculo de Leitores, 2005, pp. 38-42(=*Afº II*).

mas para suceder a su padre. Este era un asunto particularmente serio para un primogénito nacido en una joven dinastía (era sólo el tercer rey) donde el espíritu guerrero y los éxitos militares frente al Islam habían sido el fundamento para la legitimación del uso del título regio y del ejercicio de poder «soberano» sobre un territorio. La *Manifestis Probatum est*, emitida por Alejandre III en 1179, no deja ninguna duda sobre las razones por las cuales se atribuye el título y el reino a Afonso Henriques, así como la facultad de trasmitirlo a sus sucesores, sin que sus vecinos puedan oponerse:

> *«(...) per* ***sudores bellicos et certamina militaria*** *inimicorum christiani nominis* ***intrepidus extirpator et propagator fideli christiane sicut bonus filius et principe catholic****us multimoda obsequia matri tue sacrosancte ecclesie impendisti dignum memoria et exemplum imitabile posteris derelinquens (...)».*
>
> *«(...) Proinde nos,* ***attendentes personam tuam, prudentia ornatam, iustitia preditam atque ad populi regimen idoneam,*** *eam* ***sub beati Petri et nostra protectione*** *suscipimus et regnum Portugalense cum integritate* ***honoris regni et dignitate que ad reges pertinet*** *necnon et omnia loca que, cum auxilio celestis gratie, de sarracenorum manibus eripueris, in quibus ius sibi non possunt christiani principes circumpositi vendicare,* ***excellentie tue concedimus et auctoritate apostolica confirmamus*** *(...)»* [10].

Su abuelo y padre habían correspondido al estereotipo y habían gestionado reinos cuya principal actividad fue la conquista territorial, la ocupación física de los espacios, el ordenamiento social del territorio, y el establecimiento de alianzas matrimoniales dentro del ajedrez de las noblezas y casas reinantes peninsulares y transpirenaicas que les permitieran mantenerse en el juego, aunque siempre amenazados, externamente, por los reyes peninsulares cristianos y los musulmanes, e internamente por las maquinaciones de nobles y eclesiásticos que pretendían ejercer su influencia sobre el rey y en la corte. Su invencibilidad en las batallas contra los infieles, como la documentación de la cancillería de Afonso Henriques tan frecuentemente menciona, es una señal clara de que es un elegido de Dios [11].

10. Publicado en *Monumenta Henricina* (dir. A. Dias Dinis), vol. I, Coimbra, 1960, doc. 9, p. 19. (=*Mon. Henr.)* Negrita de la autora.

11. Cf. Mª João Branco, «Os homens do Rei e a bula *Manifestis Probatum*: percurso de uma bula pelos meandros da luta pela legitimidade do Rei e do Reino nos séculos xii e xiii» in Actas do *Colóquio Poder Espiritual/ Poder Temporal. As Relações Igreja-Estado no tempo da monarquia (1179-1909)*, Lisboa, Academia de História, 2009, pp. 125-171.

Cuando Afonso II acede al trono, en marzo de 1211, se está en el rescoldo de la crisis de final de reinado de Sancho I, su padre, el cual, entre mediados de 1208 y finales de 1210 se había mantenido alejado de su nobleza, de su corte y de su hijo, a causa de diversos factores, entre los cuales destaca la designación del sucesor y la alianza con Castilla, consumada a través del matrimonio del infante Afonso con una de las hijas de Alfonso VIII, Urraca, que acabaría por concitar la resistencia de una nobleza acostumbrada a ver en la nobleza leonesa el aliado natural de la monarquía y la alta nobleza[12].

No son muy conocidos los contornos de esa guerra civil, pero podemos saber que terminó con un acuerdo entre el rey y el infante, confirmado por un último testamento regio donde se garantizaba que Afonso II sería el único sucesor y se pedía a Roma la protección pontificia para el cumplimiento del mismo, seguido de un codicilo un poco posterior en el cual se cambiaban ciertas disposiciones y se hacía jurar al futuro rey que cumpliría las últimas voluntades de su real padre[13].

Que un rey a las puertas de la muerte, excomulgado por Roma, pida al Pontífice que sea el garante del testamento que determinaba la sucesión en su hijo primogénito, y al primogénito sucesor que jure solemnemente que cumplirá los deseos del padre, es muy significativo. Parece indicar que al mismo tiempo que se pretendía firmar la paz en el reino y definir la sucesión al trono, se tenía plena conciencia de que esas decisiones u otras cláusulas testamentarias corrían el riesgo de un rechazo inmediato. Y de que, una vez más, la protección de Roma podría ayudar a garantizar el mantenimiento de un estatuto regio. En efecto, lo que pasó inmediatamente después de la muerte de Sancho I confirmaría sus peores temores, y los de su hijo y sucesor.

Sancho I murió en marzo de 1211. Dos meses después, en Roma, se emitía la confirmación del testamento de Octubre de 1210 y la garantía de la sucesión de Afonso II como rey, aparentemente ignorando que estaba muerto, perdonándole por sus pecados y aludiendo a la *Manifestis Probatum* como base del pacto que unía Portugal al Papado y que hacía que los reyes portugueses fuesen «hijos especiales de San Pedro»[14].

12. Para los detalles de esta crisis, cf. Mª João Branco, *Sancho I, o filho do Fundador*, Lisboa, Círculo de Leitores, 2006, pp. 220-259.

13. Para el testamento de Octubre de 1210, cf. *Documentos de D. Sancho I (1174-1211)*, vol. I, (Rui de Azevedo, Avelino J. da Costa, Marcelino Pereira, Eds.), Coimbra, Imprensa da Universidade, 1979, doc. 194, pp.297-301 (=*DSI*); para estas alteraciones y juramento de Afonso II, de 29 de Dicembre de 2010, cf. *DSI*, doc. 203, pp. 310.

14. «Alphonsum progenitorem tuum nomine regio ac regalibus insigniis decorari et ipsum ac successores suos adoptans in Beati Petri filios speciales eos et regnum Portugalensem

Pero la paz era ilusoria y todos lo sabían. En Octubre de ese mismo año de 1211, la cancillería pontificia iniciaría la emisión de una serie de confirmaciones de las cláusulas del testamento de Sancho I en lo que tocaba a los legados para sus hijas[15]. La guerra «diplomática» proseguiría, al igual que la guerra *de facto*, hasta abril de 1216, cuando una sentencia, que en la época se recibió como definitiva, parecía cerrar la cuestión[16]

Que desde octubre de 1211 se reciban misivas papales sobre este tema, se debe interpretar como una señal de que, desde muy pronto, desde mucho antes de la emisión de esos privilegios, los procuradores del rey y de las infantas se habían dirigido a la curia pontificia para tratar del problema que los afligía a todos e intentar que el pontificado resolviera la cuestión.

El núcleo de la discordia eran las concesiones que el rey moribundo había hecho a sus hijas, dejándoles demasiadas tierras y poderes sobre ellas[17]. Los juristas de las hermanas del rey rogaban al Papa que confirmase las donaciones testamentarias de Sancho I a sus hijas, mientras los juristas de Afonso II se oponían a esas cláusulas testamentarias por perjudiciales a la conservación de la integridad y indivisibilidad del reino que la *Manifestis Probatum est* había establecido desde 1179, y por atentatorias de la dignidad regia y de los *iura regalía*. Además, los juristas de Afonso II proponían la embarazosa pero muy plausible justificación de que el rey Sancho non *erat compos mentis* cuando elaboró el testamento[18].

Con los dos argumentos de la ilegalidad de una división del reino cuya indivisibilidad la propia bula de legitimación del rey e del reino establecía como sagrada, y de la locura regia en el momento de redacción de

specialibus priuilegiis suaque proteccione curaverit communire» *(Bul.*, doc. 157, pp. 301.302). Para las bulas emitidas en esta data, cf. *Bul.* docs. 157-159, pp. 301-304.

15. *Bul.*, docs. 166-167, pp. 315-317.

16. Bula *Cum olim Charissimus*, de 7 de abril de 1216 (*Bul*, doc. 214. pp. 376-378).

17. Sobre las diferencias con las hermanas, ver sobre todo Maria Teresa Nobre Veloso, «A questão entre Afonso II e suas irmãs sobre a detenção dos direitos senhoriais», *Revista Portuguesa de História* 18 (1980), 197-229, Luís Gonzaga de Azevedo, *História de Portugal*, vol. 5, Lisbon, 1942 , pp. 60-73 (=Azevedo, *Hist. Port.*) y Hermínia Vilar, *Afonso II*, pp. 97-113.

18. En efecto, así se puede atestiguar en una carta enviada a los jueces delegados que habían de juzgar la cuestión, en la cual Inocencio III menciona los argumentos del procurador del rey, el futuro arzobispo de Braga, y famoso canonista, Silvester Godinus: «(...) Verum dilectus filius magister Silvester, regis procurator ejusdem ex adverso respondit donationem ipsius nullius fuisse valoris tum quia prefactus rex pater ejus nonnisi usufructum in villis sibi concesserat (...) etiam quia tempore quo concessit compos non fuerat mentis sue. Adjecit denique per felicis memorie Alexandri Pape predecessoris nostri privilegium captum esse ne alicui regi Portugalie in successoris prejudicium liceat minuere regnum ipsum (...)» (*Bul.*, doc. 182, p. 330).

su último testamento, procuraban invalidar un testamento que el sucesor legítimo había jurado cumplir hacia menos de un año y que, en realidad, definía una sucesión que se presuponía muy disputada y potencialmente peligrosa para el monarca.

Además de estas cuestiones ya suficientemente graves, se pueden encontrar sin gran esfuerzo razones adicionales, quizás aún más profundas, en los años de 1210-1212, para lo que pasó de inmediato y para el violento enfrentamiento y guerra entre el rey y sus hermanas, una guerra considerada tan inmoral por los historiadores del siglo XIX que la evitaron casi inconscientemente, como algo un poco *contra natura*.

De hecho, esta «guerra civil», casi siempre así llamada por los historiadores portugueses, fue bastante más que una guerra civil, como demuestran la intervención directa de Alfonso IX de León, que en ciertos casos ocupó partes del reino de Portugal hasta 1219 y la intervención de Alfonso VIII de Castilla.

El rey leonés había estado casado con la hija de Sancho I, Teresa Sánchez, una unión canónicamente prohibida que Lucas de Tuy y Rodrigo Jiménez de Rada criticarían ferozmente por otras razones, pero de la cual resultaron tres hijos, un varón y dos mujeres, tres herederos potenciales, todos legitimados *a posteriori*. Cuando, finalmente, repudió a Teresa en 1195, alegando que acataba las órdenes pontificias, para más tarde desposar a Berenguela y concretar la paz con su rival y después suegro Alfonso VIII, los hijos del primer matrimonio fueron divididos entre la corte leonesa y la portuguesa; la cuestión podría haberse quedado así, de no haber sido por el contexto político[19].

La tradición historiográfica siempre ha pretendido que Sancho I había decidido cambiar la tradicional alianza de Portugal con León por la alianza con Castilla y con Alfonso VIII (cuyo ejemplo y cuya política de colocación de hijos e hijas por toda la Cristiandad parecía querer imitar), como reacción al repudio de Alfonso IX de León[20]. Pero la alianza con Alfonso VIII, bajo la forma de un matrimonio real entre el sucesor del reino de Portugal y una de las hijas de Alfonso VIII, Urraca, tiene mucho más de trasfondo

19. Para todo este proceso, cf. Maria João Branco, *Poder Real e Eclesiásticos: a evolução do conceito de soberania régia e a sua relação com a praxis política de Sancho I e Afonso II,* tesis doctoral presentada en la Universidade Aberta, Lisboa, 1999, (policopiada), pp. 263- 286, 417- 502.

20. Cf. Azevedo, *Hist. Port.*, pp. 122-126 y Alexandre Herculano, *História de Portugal desde o começo da Monarquia até o fim do reinado de Afonso III*, rev. y com. por José Mattoso, tomo II, Lisbon, 1980, pp. 198-200 (= Herculano, *História de Portugal*).

que la simple indignación de Sancho I contra su ex yerno, y fue uno de los elementos desestabilizadores de este momento para una nobleza portuguesa que se consideraba muy amenazada con este cambio de alianzas estratégicas.

La emigración de nobles portugueses a León, que se atestigua ya sea inmediatamente antes o después de la muerte de Sancho I de Portugal, como es el caso de su hijo Pedro Sanches –que se marchó a la corte del leonés, donde ocuparía el cargo de mayordomo regio[21]– y la defección y apoyo demostrada por grandes nobles, como Gonçalo y Garcia Mendes de Sousa, João Soares de Paiva y los bastardos regios Martim Sanches y Rodrigo Sanchez, todos los cuales reciben importantes tenencias y oficios en la corte del leonés, demuestran lo que se sospechaba ya: que el leonés tenía muchos apoyos en Portugal, sobre todo entre los miembros de la nobleza más tradicional del reino[22].

Es evidente que a un Alfonso IX en situación decadente, desavenido con su suegro de forma casi endémica, incluso después de tantos intentos de paz, en 1207 y 1209, y perseguido por sucesivas reprimendas pontificias y excomuniones, no le servía una alianza que permitiría, efectivamente, la formación de un bloque entre Castilla y Portugal que le cercenaría las posibilidades de conquista hacia el Sur y el Este. Su violenta, rápida y efectiva invasión y conquista de plazas portuguesas en marzo de 1212 se realizó con la contribución y participación de la mayoría de estos nobles.

La disculpa dada por Alfonso IX para intervenir y ocupar las plazas portuguesas fue que estaba velando por los intereses de su ex mujer e hijos, a quienes Afonso II tenía cercados en su reducto de Montemor, cerca de Coimbra. En realidad, una conquista y una victoria sobre Afonso II le permitiría, eso sí, neutralizar con el apoyo de una parte considerable de la nobleza portuguesa la alianza entre Afonso II y Alfonso VIII, que prometía comprometer y bloquear totalmente al reino leonés en sus posibilidades de expansión territorial, o por lo menos crearle dificultades considerables. Por eso la inusitada violencia del continuado apoyo a la causa de Teresa Sanchez, su ex mujer, y las sucesivas y exitosas invasiones del territorio portugués, la primera de las cuales, la más apremiante y duradera, fue en marzo de 1212. Acompañado por el infante Fernando, el hijo que había tenido de Teresa, apoyado por el hermano del rey, Pedro Sanches, por los nobles portugueses que habían abandonado el reino y por el inevitable

21. Julio Gonzalez, *Alfonso IX*, Madrid, 1944, pp.323-324,
22. Hermínia Vilar, *Afonso II*, pp. 108-112.

Pedro Fernández de Castro, entra en Portugal por el Norte y toma Ulgoso, Balsemão, Valença. Melgaço, Lanhoso, Freixo, Urrós, Mós, Alvito, Sicoto, Castro de Almiselo, Barroso, Vinhais, Montenegro, Laedra, Lampazes, Miranda, Chaves, Aguiar y Panoias. Derrota a los portugueses en Valdevez y prosigue hacia el Sur, donde, en Montemor derrota a las tropas de Afonso II frente a Montemor, que este rey sitiaba.

La campaña alcanzó tanto éxito que Afonso II tuvo que refugiarse en el Norte, en Guimarães. La situación debía parecer muy negra a Afonso II, a menos de un año de su llegada al poder y apenas a cuatro meses de Las Navas, cuando el fervor de los preparativos centraba ya la mayor parte de las atenciones y energías en un escenario muy lejano de Portugal.

Que la sucesión de Afonso podría fácilmente terminar en guerra, lo habían entendido pronto el rey y sus próximos. El joven rey, que solo era joven en la dignidad, dado que ya tenía 25 años cuando ascendió al trono, sabía bien cómo era de frágil su situación. Por eso, el y sus colaboradores más próximos desarrollaron de inmediato un conjunto de medidas, de marzo de 1211 hasta julio de 1211, que indican claramente cómo habían comprendido que este rey tendría que apoyar su soberanía sobre bases muy distintas de las utilizadas por sus antecesores y que indican con claridad su intento de afirmar la legitimidad y soberanía del nuevo monarca en bases teóricas inatacables, con el fin de hacer su poder mucho más sólido. Para todo eso se recurrió al saber de los juristas y a los mecanismos que proporcionaban el uso atinado de los actos de la cancillería regia y el recurso al papel del rey como fuente de legislación. Pero sus consejeros no olvidaron que era necesario hacer de este movimiento un movimiento doble: por un lado, se necesitaba reafirmar al monarca y su poder de forma muy firme y nueva; por otro, era urgente promover un apaciguamiento de la ansiedad de los grupos privilegiados en relación con eventuales dudas sobre las intenciones de este nuevo y enfermo rey, que como infante ya causaba problemas.

Todo esto justifica un importante conjunto de acciones que fueron tomadas tan pronto como ascendió al trono y que vistas desde nuestro confortable perspectiva de hoy, nos parecen casi planificadas como un programa para defenderse de las amenazas externas y para afirmar su soberanía internamente, disipando todos los focos de tensión, ya apaciguando los problemas que heredaba, ya intentando neutralizar amenazas futuras que no sería difícil anticipar.

El estudio de los actos regios de los primeros meses de funcionamiento de su cancillería, y de las leyes generales resultantes de la curia reunida en julio de 1211, nos da la sensación de que el rey y todos los servicios a su

servicio trabajaban en armonía, como para trasmitir la idea de un monarca que efectivamente gobernaba, adornado de todos los atributos inherentes y fundamentadores de esa dignidad. Y que protegía y estimaba a todos sus partidarios, eclesiásticos y nobles.

Al mismo tiempo que en Roma se emitían bulas para terminar las querellas entre las sedes eclesiásticas de Coimbra y Guarda, y se emitía la sentencia definitiva juzgando la causa de Lorvão a favor de Teresa, la hermana del rey, Afonso II hacia emitir cartas de privilegio, confirmación y protección a instituciones eclesiásticas de mucho relieve en el aspecto político: a Alcobaça, a los caballeros de Évora y a Santa Cruz de Coimbra[23].

Todos estos primeros documentos son diplomas solemnes, rodados, en cuyos preámbulos se encuentran largos excursos sobre los deberes del príncipe, sobre todo en lo que concierne a la necesidad de trasladar sus voluntades a escrito, para preservarlas para la posteridad, y en la necesidad de trasladar la costumbre a ley escrita..., muy en la línea de lo que las cancillerías de sus abuelo y padre habían hecho en sus primeros años, pero que en esta época empezaba a perderse, en pro de formularios mucho más sucintos e sencillos[24].

23. Se trata de los documentos emitidos entre abril y julio de 1211. Cf. ANTT, *Alcobaça,* DR, m. 1, docs. 9, 10, 11, 31, 32; *S. Bento de Avis,*m. 2, doc. 61; *S. Jorge de Coimbra*, DR, m.1, docs. 4, 5; *Reg. Af^a^ II*, f. 67.

24. En realidad, los formularios son muy semejantes a los anteriores, como sería de esperar en una cancillería donde el canciller fue el mismo entre 1183 y 1215, Julião Pais, y cuyo notario también permanece inalterado. Si se comparan los datos proporcionados por José Mattoso, *Identificação de um País, II*, pp. 82-85, sobre la documentación de Afonso I y Sancho I, con los textos de los preámbulos de la documentación del primer año de reinado de Afonso II, la proximidad es flagrante. Tan temprano como el 6 de abril, cuando el nuevo rey confirma a Alcobaça la donación de su abuelo, que es el primer documento regio de Afonso II que ha llegado hasta nosotros (cf. sobre este primer documento, Hugo Miguel Crespo, «O anátema do *rex christianus*na iconografía documental de Afonso X: premissas para um estudo de imagiologia diplomatológica», *Clio. Revista do Centro de Históeia da Universidade de Lisboa*, 16-17 (2008) 395-423), lo hace adornar con el siguiente preámbulo: «In dei nomine. Quoniam antiqua temporis institutione iuris debito rationabilis consuetudo penes omnis emerserit ut sacrorum series successorumque numerus fortunarumque euentus scripto comendentur ut commendata ab hominum memoria non decidant, et omnibus preterita presencialiter consistant. Idcirco ego...» (ANTT, *Mosteiro de Alcobaça* , DR, m. 1, docs. 9, 10, 11, 31, 32). Dos meses más tarde, la donación a los frailes y Mestre de Avis obedece a los mismos princípios: «In dei nomine. Quoniam ea que Reges et principes faciunt scripto comendari debet ut scripto comendata ab hominum memoria non decidant, et sicut presentibus ita et futuris presencialiter consistant. Idcirco ego...» (ANTT, *S. Bento de Avis*, m. 2, doc. 61). Un mes más tarde, en la donación a su *nutritor* Mendo Pais: «In dei nomine. Quoniam et consuetudine que pro lege suscipitur et legis auctoritate didicimus quod acta regum et principum scripto comendari debeant ut commendata ab hominum memoria non decidant et omnibus preterita presen-

El hecho de que se recuperaran modelos más antiguos, nos remite a prácticas de legitimación más arcaicas, pero eficientes. Nos trasporta a los primeros tiempos de la realeza portuguesa, cuando largas arengas y preámbulos intentaban conmemorar y celebrar, pero también afirmar, el estatuto regio del rey guerrero, así como las titulaciones regias demasiado largas y muy complejas pretendían no hacer olvidar a nadie las razones por las cuales este rey había empezado a reinar y el porqué de su estatus. No se puede olvidar que una afirmación tal por parte de la cancillería contribuyó mucho a construir la imagen que se tenía que trasmitir del rey. Ahora, en un nuevo momento de crisis, se retoman modelos de escritura de documentación que al inicio del siglo XIII empezaban a estar obsoletos, por haber sido sustituidos por formas documentales más sencillas, como la carta abierta, y por efecto de la utilización de los sellos como señales de validación universalmente reconocida. Como si la cancillería sintiera que era necesario volver a recordar a los que recibían privilegios de este rey las razones para que fuera rey. Tan pronto se resuelvan las cuestiones de estos primeros años, la cancillería volverá a adoptar en su formulario la sencillez que la caracterizaba ya a comienzos del siglo XIII.

Además de reafirmar su soberanía de hecho, de forma «visible», parece, por el contexto de la documentación y por el tenor de las leyes generales que muy pronto haría publicar, que el rey también necesitaba señalar que quería apaciguar todos los anteriores conflictos y garantizar a los estamentos sociales de su reino, especialmente a los privilegiados, que no intentaba atacarlos, muy al contrario.

Es verdad que Afonso II fue un rey que la historiografía reciente ha querido ver como centralizador y moderno[25]. Lo intentó, sí, y recurriendo a los mecanismos más modernos que halló. Pero, como Hermínia Vilar, su biógrafa más reciente, realzaba en un reciente artículo sobre el registro de Afonso II, en vez de comparar al Alfonso II de los primeros tiempos con Felipe Augusto, como suele hacerse, sería más adecuado compararlo con

cialiter consistant. Idcirco ego...» (ANTT, *S. Jorge de Coimbra*, DR., m. 1, docs. 4, 5). A partir de julio y aunque las concesiones que hace sean todas privilegios rodados, los preámbulos se simplifican muchísimo, transformándose en concisos «In dei nomine. Hec est carta donationis et perpetue firmitudinis quam iussi fieri ego...» (ANTT, *Celas de Coimbra*, m. 1, doc. 4; *Santa Cruz de Coimbra*, DR. M. 2, doc. 13) o en un genérico: «In nomine patris et filii es spirito sancti dei. Notum sit omnibus tam presentis quam futuris quod ego...» (ANTT., *Reg. Afº II*, f. 67). Se empezaba a intentar cambiar el foco del esfuerzo estratégico de la cancillería hacia el combate legal, y la guerra muy pronto cambiaría todo de nuevo.

25. Esta idea es quizás demasiado romántica y anacrónica, cf. Hermínia VILAR, *Afº II,* pp. 5-8.

Juan I de Inglaterra, dado el riesgo que durante gran parte de su reinado corrió de perder no sólo su reino, sino su vida[26].

En efecto, se miramos a la gran mayoría de estos monarcas occidentales de las primeras décadas del 1200, parece que el problema afecta a todos por igual, incluido Felipe Augusto durante una parte considerable de su reinado: la cuestión básica es la de la afirmación de poder regio en una tensión creativa permanente con o contra las noblezas, a quienes sus intentos «centralizadores» parecían muy amenazadores, y en un ambiente muy volátil donde aún se siente que el territorio –o mejor, los territorios–, están en construcción permanente. Tanto los territorios físicos como los simbólicos, los poderes de los reinos como sus «derechos», sean franceses, ingleses, navarros, aragoneses, provenzales, leoneses, castellanos o portugueses, como estas Jornadas lo han demostrado tan bien, eran aún cuestiones abiertas, por resolver. Incluso el propio Papado también se encuentra en un proceso de construcción de las bases de una *potestas* que se quiere completamente *plena,* pero que también necesita de todo un programa de legitimación, de una argumentación y una ideología propagandística cuidadosamente pensada para acrecentar el ámbito de su ejercicio efectivo, con bases irrefutables que penetren las consciencias de los súbditos de forma casi inconsciente, como el Profesor Paravicini Bagliani demuestra en su texto de este volumen.

Probablemente, Afonso II no era, ni tampoco sus consejeros, tan sutil como para planificar formas de impresionar a sus súbditos de manera inconsciente, pero a lo que asistimos en estos extraordinarios años 1212-1214, en que los restantes reinos del Occidente medieval también estaban en ebullición, es a una toma de conciencia de las necesidades del poder real, y a la consecuente toma de iniciativa para resolverlas.

A una primera fase, entre marzo y julio de 1211, en la que se intenta resolver los problemas pendientes y captar la benevolencia con privilegios y beneficios emitidos por su cancillería, sigue una actitud más bien afirmativa, conjugando lo que ocurre en el interior del reino –la convocatoria de una curia plena para la emisión de leyes generales y después la inevitable implicación en la guerra contra las hermanas y Alfonso IX–, con la intensa actividad de los juristas del rey que en Roma, junto a la curia pontificia, intentan hacer triunfar la causa del monarca portugués en el supremo tribunal de apelación.

26. Hermínia Vilar, «Do Arquivo ao Registo. O percurso de uma memória no reinado de Afonso II», *Penélope*, 30/31 (2004) 19-50.

Pero antes de que la guerra empezase, el rey convoca en julio de 1211 una curia solemne en Coimbra[27] y en ella decreta, en su propio nombre y recurriendo siempre a la primera persona, un cuerpo de leyes generales, leyes de aplicación general, donde la mano de sus juristas se puede reconocer, no solo en el contenido de las leyes sino sobre todo en los calificativos que adornan al nombre del rey, que siempre precede toda y cada una de las leyes promulgadas. De repente, y de esta manera sencilla, el monarca se trasforma de tradicional rey-juez, bíblico e isidoriano, en rey-*legiferator*, en fuente de legislación y norma en pro del bien común de sus súbditos. De todos sus súbditos. Se puede decir que, en cierta medida, anteriormente, cuando revocaban un foral, cuando modificaban las determinaciones de las costumbres por les parecían malas, sus antecesores estaban ya ejerciendo esa función, como autoridad central y fuente superior de autoridad, un poco más allá que un mero juez de apelación. Pero en las leyes de 1211, la enunciación del papel del rey es diferente:

> «[el rey] estabeleceu juízos, convem a saber que o reyno e todos que em ele morassem, fossem por ele regidos e sempre julgados e por ele e por todos

27. Mucho se ha dicho sobre esta Curia y sus leyes. Cf. Maria João Branco, «The 1211 General Laws of Afonso II of Portugal and His Centralization Policy: A Reassessment», in *The Propagation of Power in the Medieval West. Selected Proceedings of the International Conference*, (Martin Gosman, ed., Arjo Vanderjagt & Jan Veenstra), Groëningen, Egbert Forsten, 1997, pp. 79-95 (=*The 1211 General Laws*); José Mattoso, «A Cúria Régia de 1211 e o direito canónico»: *Direito e Justiça, Revista de Direito da Universidade Católica Portuguesa,* 13-2 (1999)129-142; Idem, *Identificação de um País, Ensaio sobre as origens de Portugal,* 5ª ed., Lisbon, 1995, vol. II, pp. 86-92, 106-107 (=*Identificação*); Damião Peres, «As Cortes de 1211»: *Revista Portuguesa de História* 4 (1947), 5-11. Nuno Espinosa Gomes da Silva, *História do Direito Português. Fontes do Direito*, 2ª ed., Lisbon, 1991, p. 162 (=Silva, *História do Direito*); Idem, «Sobre a lei da Cúria de 1211 respeitante às relações entre as leis do Reino e o Direito Canónico»: *Revista Jurídica*, 1 (1979) 13-19, e Idem, «Ainda sobre a lei da Cúria de 1211 respeitante às relações entre as leis do Reino e o direito canónico»: *Clio* 6 (1987-88) 29-39; Antonio Manuel Hespanha, *História das Instituições. Épocas medieval e moderna*, Coimbra, 1982, p. 182; Henrique da Gama Barros, *Historia da Administração Publica em Portugal nos seculos xii a xv*, 2ª ed, dir. Torquato de Sousa Soares, tomo I, Lisboa, 1945, pp. 111-123; Marcelo Caetano, *História do Direito Português. Fontes-Direito público (1140-1495)*, Lisboa, 1985; Mário Júlio de Almeida e Costa, *Para a História da Cultura Jurídica Medieva em Portugal*, separata do *Boletim da Faculdade de Direito*, 35 (1959), así como *Romanismo e Bartolismo no Direito Português*, Coimbra, 1960; Guilherme Braga da Cruz, «O direito subsidiário na história do Direito português»: *Revista Portuguesa de História*, 14 (1975), pp. 177-197; Alexandre Herculano, *Historia de Portugal*, II, pp. 94-96; A. L. G. Carvalho Homem, «Dionisius et Alfonsus, Dei gratia reges et communis utilitatis gratia legiferi»: *Revista da Faculdade de Letras. História*. 2ª S. 11 (1994), pp. 15-16.

os seus sucessores, que se alguma coisa vissem de corrigir ou de ader ou de minguar em estes juízos, que o corrigissem»[28].

Que se procure el consenso de una curia regia y de los estamentos del reino como elemento legitimador de su autoridad no sorprende nada, considerando las circunstancias. Que se proclame este monarca como la fuente de orden y de preservación de las buenas costumbres, tampoco. El texto de sus leyes generales de 1211 nos podría parecer así, a primera vista, como algo poco innovador, sobre todo cuando analizamos el contenido de sus leyes, que en muchos puntos ceden a exigencias de nobles y eclesiásticos[29].

Pero si analizamos los preámbulos del cuerpo central de las leyes que pueden considerarse como salidas de esta reunión[30], ahí sí podremos encontrar nuevas bases para caracterizar esa soberanía que ahora se empieza a querer mucho más alejada del anterior *primus inter pares*, aunque, necesariamente, no se pueda ni deba ver en este hombre un monarca excesivamente moderno para su época.

El rey de los preámbulos de estas leyes se dirige a sus súbditos en primera persona, y sabe cómo debe comportarse un príncipe «bueno»:

> «porque do bom príncipe he purgar a ssa província dos maus homens, defendemos que (...)»; «porque a nos pertence fazermos mercê aos mesquinhos e defendê-los dos poderosos, defendemos que (...)»[31].

Pero el rey también enuncia sus obligaciones como príncipe ejemplar y como alguien cuya *uoluntas* deberá siempre estar orientada por la obligación de velar por el bien común:

> «parando mentes à prol do reino estabelecemos (...)»; «porque poderia acontecer que os mosteiros e outras ordens do nosso reino poderiam com-

28. Seguimos la edición de los *Portugaliae Monumenta Historica, Leges et Consuetudines*, vol. I, Academia das Ciências de Lisboa, Lisboa, 1858, pp. 163-181(= *Leges*). *Leges*, I, p. 163. Grafía modernizada y con la versión *juízos,* lo que me parece ser la opción más correcta (cf. Branco, *The 1211 General Laws*, pp. 82-85).

29. En realidad, Herculano se escandalizaba de la cantidad y calidad de concesiones al grupo eclesiástico y a la Iglesia (*História de Portugal*, II, pp. 192-196).

30. Sobre la identificación de las leyes que parecen realmente salir de esta curia y los problemas textuales que suscitan, incluido el hecho de estar escritas en portugués, cf. Branco, *The 1211 General Laws*, pp. 86-89.

31. *PMH, Leges,* Leyes XXV, XXVII , pp. 177-179. Se ha actualizado la grafía del texto (nota de la autora).

prar tantas possissoes que se tornaria em grande dano nosso e do nosso reino(...) parando nos mentes no que podia acaecer(...)»; «pensamos prol do nosso reino em nossa saúde porem estabelecemos(...)»[32].

Este príncipe se preocupa de la protección de los desamparados y débiles, de limpiar sus tierras de hombres malvados y de liberar al reino de las «maldades», de proteger a los cristianos ante los judíos, de preservar la libertad de los hombres libres y los matrimonios sin coacción, y del mantenimiento de la armonía entre los cuerpos sociales del reino[33]. Es un rey que intenta instaurar medidas que permitan asegurar la equidad en los juicios, punir a los traidores, preservar el estatuto de clérigos y nobles, descartar la violencia y la venganza del sistema de la justicia, y promover la perpetuación de la propiedad y la libertad individual.

No obstante, este monarca no es -ni lo hubiera podido ser, sobre todo en el contexto en que promulga este cuerpo legislativo—, un rey secular y anticlerical, como se ha pretendido[34]. Mantener los privilegios de la Iglesia, velar por la protección de los «mezquinos» y garantizar que los matrimonios sean libres, controlar la violencia o la precipitación de los juicios humanos, y proteger la propiedad individual, son principios profusamente repetidos por todos los textos, normativos u otros, que desde los primeros tiempos la Iglesia promulgó. Y tampoco contradicen la ley imperial, principio básico para su integración en el derecho canónico y razón probable de que todos ellos conformen las leyes de 1211.

Claro que este rey es considerado como fuente de ley, casi como la única fuente de ley. Pero es también muy significativo que estas leyes que promulga no intenten cercenar de inmediato ninguno de los privilegios de

32. *PMH, Leges,* Leyes X, XV, XXIII , pp. 169, 172, 175-176. Se ha actualizado la grafía del texto (nota de la autora).

33. *Leges*, Ley XXI, p. 175) «(...) Em tal que o homen livre possa fazer de si o que quizer(...)» (PMH, *Leges,* Ley XIX, p. 174); «Porque muitas vezes as maldades, se as homem não tolhesse crescem(...)», (PMH, *Leges,* Ley XIII, p. 171); «Porque os mezquinhos são atormentados sem razão(...)» (PMH, *Leges,* Ley XVI, p. 172); «Porque nos parece cousa desaguisada que aqueles que estão ao serviço de Deus serem guardados per poderio secular (...)» (PMH, *Leges,* Ley XIV, p. 172); «(...) cobiçante nos pôr cima às demandas e que per esto hajam fim qual devem(...)» (PMH, *Leges*, Ley VII, p. 167); «(...) mandamos que sejam defesos dos leigos [os eclesiásticos] per nos e per nossos príncipes(...)» (PMH, *Leges*, Ley IX, pp. 168-169). Estas son las leyes que nos parecen más significativas de los aspectos que aquí queremos analizar. José Mattoso también hizo un elenco de estas máximas (*op. cit, loc cit*.) que aquí se indica, añadiendo algunas más para clarificar el sentido. Se ha actualizado la grafía del texto (nota de la autora).

34. Especialmente Mattoso, en los trabajos citados *supra*, nota 26.

los grupos privilegiados. Al contrario, la impresión que resulta de estas leyes es la de un rey que quiere convencer a la nobleza y los eclesiásticos de su benevolencia, y para eso confirma algunas exenciones y define otras[35]. No pretendo negar la importancia potencial de algunas de las leyes emitidas en esta curia de 1211 al servicio de la causa del centralismo regio: la ley de la desamortización, que sería fundamental para el control de la propiedad eclesiástica, la ley de las herencias, que daría origen al derecho de abolengo, y la ley que se refería a la restauración de derechos regios y del fisco real, que daría origen a las *Inquirições gerais* de 1220, son todos buenos ejemplos de que esta legislación tenía muchas posibilidades[36]. Pero, en 1211 esa perspectiva no pasaba de ser un espejismo.

Totalmente contraria a la idea de una imagen secularizada del monarca, ésta semeja a la imagen de un rey que quiere parecer «ideal», al mismo tiempo que, de hecho, legisla y que, en realidad, controla los diversos «miembros» de los cuerpos del Reino a cuya cabeza quiere estar de forma incontestable.

A Roma no le parecería mal esta imagen, y eso era fundamental para lo que sus consejeros pedirían enseguida, en abril de 1212 y en el contexto de la necesidad de reforzamiento de sus poderes, cara a la oposición de las hermanas y cuando las campañas militares de Alfonso IX de León devastaban el reino: la confirmación de la bula *Manifestis Probatum,* esta vez especialmente adaptada a las necesidades de Afonso II.

El año de 1212 en general y la reemisión de la *Manifestis Probatum* en especial, parecen marcar, por lo menos en lo que respecta al decurso del caso en la curia pontificia, un viraje en la política papal respecto al caso portugués. A partir de ahora, Afonso II será beneficiado en sus sentencias, de forma casi exclusiva. Es cierto que el pago de los atrasos del censo debe también haber contribuido para semejante cambio de orientación, pero la importancia de esta bula consiste no sólo en el hecho de que confirmaba la legitimidad del rey, sino sobre todo en que lo confirmaba tal y como él lo era… inepto para la lucha armada pero apto para la gobernación. El léxico empleado revela que la cancillería pontificia conocía bien las minucias del problema. Se adecuaban los términos del

35. Así en la Ley VI, (*Leges*, p. 167) sobre la inviolabilidad de la propiedad, o en la Ley XII (*Leges*, pp. 170-171) que determina las exenciones de los eclesiásticos y los tribunales y fuero específico de los religiosos, o también la Ley XVIII (*Leges*, pp. 173-174) sobre las herencias familiares.

36. Leyes X, XI, XVIII (*Leges*, pp. 169, 170, 173-174).

documento al caso específico de Afonso II, ese rey que tenía que basar su poder no en su *virtus* bélica, sino en su labor legisladora y en su papel como garante del bien común[37].

Esta Bula y el labor en pro del rey y de su continuidad en el poder llevada a cabo por sus juristas antela corte regia, ante las cortes ibéricas y ante la corte papal, es innegable, como el propio monarca reconocería en privilegios y mercedes que emite mucho más tarde en beneficio de estos hombres[38]. De que estos privilegios y los restantes se articulan con el cuerpo legislativo de 1211 y de que acreditan la mano de los hombres del rey, tampoco cabe duda. La documentación nos revela que en pro de la causa regia, en torno a su corte y en Roma, trabajaban como sus abogados y procuradores hombres como Vicente Hispanus, Laurentius Hispanus, Menendus de Osma, Silvestre Godinho, Lanfranco de Milan, Soeiro Viegas, Estêvão Soares da Silva, a quienes podemos identificar como canonistas de relieve, civilistas bien conocidos, profesores en Bolonia y hombres próximos a la curia pontificia[39]. Todos, o casi todos los más destacados de los que trabajaban en estos años ante la curia romana para probar la legitimidad de las reivindicaciones regias contra las hermanas, terminaron por obtener un obispado en Portugal, un oficio en la corte o en la cancillería

37. Respecto a Afonso Henriques, en 1179, y después, en 1190, a Sancho, las bulas mencionaban: «*Manifestis probatum est argumentis quod per sudores bellicos et certamina militaria, inimicorum christiani nominis intrepidus extirpator et propagator, diligens fidei christiane, sicut bonus filius et princeps catholicus, multimoda obsequia matri tue sacrossante ecclesie impendistj dignum memoria nomen et exemplum imitabile posteris derelinquens.*», y «*Proinde nos, attendentes personam tuam, prudentia ornatam, iustitia preditam atque ad populj regimen idoneam, eam sub beati Petri et nostra protectione suscipimus...*» (*Monumenta Henricina*., vol. I, Coimbra, 1960, docs. 9, 12 = *Mon. Henr.*), en 1212 el mismo extracto nos dice: «*Manifestis probatum est argumentis quod* ***inclite recordatione Alfonsus avus tuus,*** *per sudores bellicos et certamina militaria inimicorum christiani nominis...*», etc... Después continua exactamente como las anteriores hasta la parte donde dice: «*Proinde nos, tuam attendentes personam, ornatam prudentia, justitia predictam atque ad* ***regni gubernationem idoneam,*** *eam sub Beati Petri et nostra protectione suscipimus...*» (*Bul.*, doc. 176, pp. 325). (Negrita de la autora).

38. Además de los privilegios de 1218, que más adelante se analizarán, tenemos un documento regio donde muy claramente el rey refiere la ayuda que recibió en su causa por parte de Vincente Hispano, Lanfranco de Milán y Silvestre Godinus en una carta dirigida a Vicente en la cual escribe: «*et uos iuuastis me (...) in sententia que per uos et per magistrum Silvestrem et per magistrum Lanfrancum super eis castris a papa Jnnocentio iii est obtenta*» pub. in Sousa Costa, *Mestre Silvestre e Mestre Vicente, juristas da contenda entre D. Afonso II e suas irmãs*, Braga, 1963, pp. 27-28, nota 65.

39. Cf. Branco, *The 1211 General Laws*, pp. 90-92, donde la presencia de estos hombres en Roma, trabajando por la causa del rey portugués está atestiguada. Cf. *Bul.*, docs. 179, 182-183, pp. 328, 330-333.

regia, o mantuvieron una presencia constante aunque sea difícil atribuirles un papel específico[40].

Su reinado duró unos cortos doce años, de los cuales los primeros cinco fueron en lucha con sus hermanas y los últimos tres en pugna con una parte considerable de sus obispos y de la nobleza. De ahí que la necesidad de garantizar la continuidad de la dinastía en su persona, apremiante desde el momento de la muerte de su padre, tuviera que basarse en principios distintos de los que habrían caracterizado el *munus* de sus antecesores y, a esos efectos, el papel del selecto conjunto de juristas que lo aconsejaron en esos días —y que, por cierto, habían germinado en la órbita del canciller Julião Pais, en Coimbra—, parece haber sido de importancia fundamental.

¿Quién hubiera podido o sabido pugnar mejor en la curia romana del Doscientos por los derechos de un rey cuyo *ethos* bélico no podía justificar en absoluto su legitimidad?

¿Quién podría saber mejor cómo invocar las *otras* funciones, atribuciones y características de un monarca como fundamentos para el ejercicio de una realeza de carácter mucho menos «feudal» y que, desde su inicio, va a reflejar las influencias que el resto de los reinos y el Imperio recibían del influjo del derecho erudito a través del personal de las curias regias?

Entre los años que nos han reunido para estas Jornadas, entre 1212 y 1214 —el año en que otro hermano de Afonso II que había salido del reino después de su subida al trono sería derrotado por Felipe Augusto, en Bouvines, y mientras sus opositores no lograban derrotar definitivamente a Afonso II—, Portugal y su rey legítimo superaban la crisis, no solo gracias a la ayuda militar y diplomática prestada por Alfonso VIII después de Las Navas, mediante la salvadora intervención que se saldó con las treguas que medió en Coimbra (noviembre de 1212)[41], sino también fruto del trabajo de los hombres del rey en la audiencia papal. En 1213, recibió una primera sentencia muy favorable a su causa[42], y en abril de 1216 recibiría la bula que parecía dar una sentencia final favorable a las pretensiones regias, reafir-

40. Branco, *Poder Real y Eclesiásticos*, pp. 505-558.

41. La victoria de Las Navas y el deseo de Alfonso VIII de apaciguar las hostilidades mantenidas con Alfonso IX de León, parece haberse reflejado en la realización de las treguas de noviembre de 1212 en Coimbra, donde todos los contendientes se obligaban a mantener la paz hasta el 1 de mayo de 1213, cuando deberían concluir la paz definitiva, lo que no acaeció. Cf. *Colección Documental del Archivo de la Catedral de León (775- 1230)*, vol VI-*1188-1230*, (ed. J. M. Fernández Catón), León, 1991, doc. 1825, pp. 231-232

42. Conforme nos dice la bula de 31 de mayo de 1213, *Accepimus ex litteris* (*Bul.*, doc. 194, pp. 348-349).

mando su legítimo derecho al ejercicio del poder regio con todos sus *iura regalia*, y amenazando a las hermanas con sanciones eclesiásticas si no acataban las sentencias pontifícias[43]. El proceso bélico parece haber quedado resuelto en 1214, para contento de los portugueses.

El rey y el reino podían, en fin, respirar. La alianza con Castilla y la labor de sus hombres en la curia romana permitieron a Afonso II superar la más grave crisis que el reino había atravesado desde su fundación y salir reforzado en su poder. Y después de todo esto, el grupo de hombres que había luchado jurídicamente por su caso en Roma aparece también reforzado en su poder e influencia en la corte regia y en la jerarquía de la iglesia portuguesa. Pasado el momento de crisis, el rey pensó ciertamente que podría implementar las medidas que en el inicio de su reinado había vaticinado la curia de 1211.

Sabemos que la paz le permitió hacer dos cosas fundamentales para reforzar su poder: (I) la guerra contra el infiel, de que tanto necesitaba para afirmarse como un rey «normal» en la Península Ibérica, y (II) la implementación de un conjunto importante de medidas que pretendían reconfigurar su reino, a partir de la cancillería regia y del personal que lo servía.

Así que desde 1217 y bajo la égida de un nuevo canciller –que, todo parece indicarlo, fue un discípulo del anterior Julião Pais que previamente había ejercido funciones de notario en la cancillería regia–, se inicia el registro regio, que será el primer momento de una serie de medidas tendentes a poner en práctica la estrategia de refuerzo de la administración regia anteriormente dibujada. Por otro lado, la valiosa victoria contra los moros que alcanzó en Alcácer do Sal en 1217 –lograda con ayuda de cruzados y con los capitales del obispo de Lisboa, Soeiro Viegas, aunque él no participó en persona, como se puede imaginar–, le llevó a comunicar su éxito a Roma; quizás no sea coincidencia que la segunda confirmación de la *Manifestis Probatum* que recibe Afonso II date de 1218, y haya sido concedida por Honorio III después de la batalla[44]. El rey parecía totalmente reafirmado en su soberanía y el ambiente de paz parecía haber regresado de forma permanente a su reino. Podía dedicarse al ordenamiento de su reino. Eso parece haber sido exactamente lo que hizo enseguida con la ayuda de los hombres que desde 1212 lo apoyaban en su esfuerzo, a los

43. En la *Cum olim charissimus,* de 7 de abril de 1216, (*Bul.*, doc. 214, pp. 376-378).

44. Para la campaña de Alcácer do Sal y la participación del obispo (y las secuelas de ésta), así como para la participación de los Cruzados y los relatos remitidos a Roma, cf. Hermínia Vilar, *Afonso II*, y Mª João Branco, «Reis, bispos e cabidos: a diocese de Lisboa durante o primeiro século da sua restauração»: *Lusitânia Sacra,* 2ª série, 10 (1998), pp. 55-94.

que había de intentar recompensar en abril de 1218 y de quienes hablaremos a continuación.

No repugna aceptar que la mano de sus consejeros, canciller y juristas, esté en lo que seguirá. La documentación emitida por la cancillería regia se conformaría a las «modas» más recientes, en términos de formularios y formas de validación, pero en 1217 se introdujo el registro regio, práctica que, aunque efímera (porque terminaría con la muerte del rey, en 1223)[45], no deja de ser muy significativa de lo que se intentaba hacer en su administración.

No es necesario subrayar la importancia de semejante iniciativa, ni en el aspecto de la modernidad del concepto de preservación de un registro centralizado, ni en el aspecto de la creación deliberada de una memoria regia que obedecía a un nuevo estereotipo de las funciones y de las atribuciones de un rey de esos días. En este contexto, es importante notar que el 73,5% de los documentos copiados en este registro son confirmaciones[46]. En una primera fase, hasta 1218, confirmaciones de *forais* (fueros o «forales») concedidos por los antecesores del rey, y en una segunda fase, de documentos de donación a eclesiásticos y nobles[47]. Se confirman privilegios concedidos por los reyes anteriores, se confirma la posesión de tierras y bienes, y en todo esto el monarca es la figura central de autoridad que lo robora.

En su legislación de 1211, que nunca aplicó por causa de la guerra, el rey determinaba condiciones para la posesión de propiedad por eclesiásticos, cuyo crecimiento intentaba limitar, al mismo tiempo que se determinaba que la prueba documental de cualquier posesión de propiedad fuera un *sine qua non* del derecho a mantenerla. Seis años después de la legislación de 1211, se empieza a confirmar esos privilegios por las ciudades. Un año más tarde se acometen las propiedades de los beneficiados. Hacer que instituciones eclesiásticas y personas nobles prueben sus derechos de propiedad mediante la presentación de documentos probatorios es algo muy complejo en esos años. Confirmar, en un sentido, es como re-fundar una donación, o por lo menos como revalidarla, dejando bien claro cuál era la fuente de autoridad para esa posesión y creando un distanciamiento especial entre súbdito y soberano.

45. O, por lo menos, no conocemos ningún vestigio de registro regio hasta el reinado de Afonso III, lo que no quiere decir que no haya existido, sobre todo si tenemos en cuenta las purgas documentales del período de Sancho II (1223-1245).

46. Hermínia Vilar, «Do Arquivo ao Registo. O percurso de uma memória no reinado de Afonso II», *Penélope*, 30/31 (2004) pp. 19-50.

47. Maria João Branco, *Poder Real e Eclesiásticos*, pp. 505-508.

Que al ciclo de confirmaciones de «forales» siga otro de propiedades eclesiásticas y seculares, y que a este registro siga, en 1220, el lanzamiento del catastro de la propiedad regia que fue llamado de *Inquirições Gerais* —el cual debería haber cubierto todo el territorio del reino—, no asombra a quienes lo miramos con ocho siglos de distancia. En efecto, casi nos lo esperábamos. Pero a sus contemporáneos, todo este conjunto de medidas y su secuencia cronológica les debía parecer demasiado rápido, inesperado y amenazador.

No tenemos, desafortunadamente, ningún testigo de cómo surge la idea de lanzar *Inquirições* por todo el reino. La utilización de esto tipo de pesquisa como modo de averiguar la verdad era universal, pero no como recurso utilizado a escala de un reino, y en eso consiste la novedad de la medida. El propósito es sencillo: aclarar los casos dudosos, determinar derechos que no se conservan por escrito, identificar abusos y usurpaciones, levantar el catastro del fisco regio, y determinar qué rendimientos corresponden al rey y qué propiedades son realengas.

Estas medidas surgen junto con otras, como comprueban los inicios de un notariado regio y la sistematización de algunos oficios, pero el alcance que podrían haber tenido fue frustrado por el efecto de «caja de Pandora» que los comienzos de los trabajos conducentes a las *Inquirições* de 1220 tuvieron en la sociedad portuguesa, en el rey y en el futuro de las relaciones entre poderes[48].

El rey, o quizás sus consejeros más próximos, parecen haber comprendido que esta política continuada traería consigo los gérmenes de una nueva inestabilidad profunda. Y tal vez por eso, más para prevenir el futuro que para compensar el pasado, el rey decidió hacer concesión del diezmo de las rentas regias en las respectivas diócesis a todos los obispados portugueses y al monasterio de Santa Cruz de Coimbra. Esto fue hecho el 13 de Abril de 1218, día de Viernes Santo, en tiempo de paz, pero antes de que el registro de la cancillería empezara a confirmar las propiedades de grandes eclesiásticos y antes de que las *Inquirições* fuesen iniciadas.

Esta importante donación, expresada en diez cartas regias exactamente iguales y pasadas en el mismo día[49], era, como se decía, concedida a hombres que lo habían ayudado en sus causas y por amor a quienes lo habían

48. Para apreciar en detalle todo esto, consultar Hermínia Vilar, *Afonso II.*

49. Sus referencias documentales y publicación están en Sousa Costa, *Mestre Vicente*, notas nº 107, 146-153. Sólo no publicó la donación al obispo de Idanha, Martin, que está en el registro regio (ANTT, *Reg. Afº II*, fols. 40v-41).

defendido. La organización interna de las actas obedece a un riguroso esquema formal, en el cual los únicos elementos que cambian son el nombre del obispo y diócesis a quien se hace donación de las rentas regias, y los nombres de los cuatro hombres por diócesis por cuyo amor el rey afirma haber hecho la donación.

Si contamos las referencias a los obispos agraciados, al prior de Santa Cruz, a los juristas, consejeros, físicos y al capellán regio, todos los que aparecen en este conjunto de documentos, encontraremos un total de 32 hombres, diez beneficiados e los restantes referidos como hombres por amor a quienes el rey hace las concesiones.

Cabe a Mattoso el mérito de haber llamado la atención, por primera vez, sobre el hecho de que este grupo de hombres refleja la existencia de un grupo de presión y de una clientela de juristas en torno al rey, y en cómo su presencia en la corte del rey podría ayudarnos a comprender el carácter moderno y innovador de los actos políticos afonsinos[50]. Pero Mattoso no profundizó en el conocimiento de los lazos que realmente podrían haber unido a esos hombres, ni cómo esas relaciones muy proximas podrían haber sido instrumentadas en el proceso de legitimación y afirmación del poder del rey. De hecho, hoy es difícil no ver una relación clientelar en esta concesión regia, en la medida que, para cada diócesis, los hombres por amor a quienes el rey afirma conceder los réditos varían, pero aparecen siempre en grupos de cuatro, de composición variada, aunque evidenciando relaciones preferenciales con determinadas diócesis y sus obispos, algunos de ellos mencionados muchas más veces que otros[51]. La relación resultante no es sencilla ni unívoca, sino que engloba diversas vertientes de la interrelación de estos hombres: del rey con todos, de los juristas, médicos y consejeros regios entre sí, y de todos ellos con los obispos de las diócesis contempladas o con el prior del monasterio de Santa Cruz, con el cual no pocos de ellos mantenían una relación filial en términos de sus carreras eclesiásticas. Para casi todos se puede encontrar un nexo relacional entre la concesión del beneficio a una determinada diócesis y los hombres que a favor de ellas habían intercedido junto al rey. Y la preponderancia de algunos de ellos, nombrados más de cuatro veces, nos da idea de una jerarquía de importancia de ellos y entre ellos. Este grupo de hombres nos dice mucho de la forma en cómo la corte regia los consideraba, de la influencia

50. *Identificação de um País*, II, pp. 105-106

51. De ahí que la contabilidad total nos proporcione solo 32 individuos, cuando tenemos 10 donaciones, cada una con 4 personajes como mentores de ella.

de los canonistas y civilistas en ella, y de la forma en cómo estos hombres se conocían entre sí, a modo de estrecha red.

Si estudiamos con cuidado su trayectoria individual, para la gran mayoría de los que conocemos se pueden encontrar trazos comunes y lugares donde habían estado juntos, siguiendo una carrera eclesiástica acorde con el tradicional itinerario político: Bolonia, Roma, abogacía en la curia papal, un puesto en un cabildo, un obispado, al lado del rey en la corte regia[52].

Consideremos un poco los nombres que surgen: Vicente Hispano, mencionado en cinco de las diez donaciones, es el campeón evidente de este grupo selecto de próximos del rey; Silvestre Godinho, el canonista que desde 1227 se convertiría en arzobispo de Braga, y Lanfranco de Milán, el famoso civilista que estuviera en los inicios de la Universidad de Palencia y que también encontráramos en Roma, junto con Vicente, como juristas del rey en la causa contra las hermanas, en los años de 1212-1214, son nombrados cuatro veces. *Mestre* Paio, chantre de Oporto y el utilísimo Cardenal Gil Torres, que en Roma era un instrumento fundamental en la audición de las causas Ibéricas, aparecen en tres de las actas en causa. El deán de Braga, Godinho, y el de Coimbra, *Mestre* Julião Juliães, su hermano Gil Juliães (hijos del canciller Julian Pais), su primo Fernando Peres, antiguo chantre de Lisboa y notario de la cancillería regia, son mencionados dos veces[53]. Esta visión corresponde muy aproximadamente a lo que sabemos de ellos, y de su «peso» en la realidad política del reino. El predominio de los hombres entrenados en las lides jurídicas, los canonistas o civilistas, se conjuga con un peso muy específico de aquellos que pertenecen al cabildo de Braga y a los de Coimbra o Lisboa. Dos hijos y un sobrino del canciller Julião, y la certeza de que Vicente Hispano, Silvestre Godinho y Lanfranco han estado en contacto con el canciller en diversas ocasiones, nos certifican que en torno a este núcleo de hombres próximos a los servicios de cancillería se movían los juristas que consolidaban la labor de este órgano del poder regio con la solidez de las teorías y comentarios en que se especializaban, las cuales lindaban preferentemente con cuestiones de relaciones y ámbitos de ejercicio del poder temporal y espiritual. Tal vez no sea coincidencia si tres de los hombres más mencionado en esta «lista», Vicente Hispano, *Mestre* Julião Juliães, deán de Coimbra, y *Mestre* Paio, de Oporto, son precisamente los tres hombres que en 1222 Honorio III recomienda que sean alejados de la cercanía del rey por aportar una influencia nociva al rey y

52. Para su estudio detallado, cf. Mª João Branco, *Poder Real y Eclesiásticos*, pp. 508-558.
53. Cf. Branco, *Poder Real y Eclesiásticos*, pp. 512- 539.

por instruirlo contra las órdenes pontificias[54]. Un año antes, el mismo Papa había prevenido al rey contra la influencia nociva de los malos consejeros, en esa ocación, Pedro Anes y el canciller Gonçalo Mendes[55]. Parece así que los consejeros regios y la cancillería, la preparación en leyes y la pericia en derecho estaba relacionada con la cancillería y que la mayoría de estos hombres se conocían de sus tiempos de universidad o de sus inicios en las escuelas de Coimbra, en Santa Cruz o en la catedral, donde la familia de Julião Pais, el mítico canciller, gestionaba en los años 1210 y 1220 una red de parentesco biológico y artificial con una importante expresión en la corte regia.

Los obispos a quien se hacen las donaciones del Viernes Santo de 1218 comparten las características de los miembros de cabildos que en su mayoría determinan las donaciones específicas[56]. De los nueve obispos mencionados, el arzobispo de Braga, Estêvão Soares da Silva, el obispo de Lisboa, Soeiro Viegas II, el de Coimbra, Pedro Soares, y el de Évora, Soeiro, o habían estado encargados de la causa del rey contra las hermanas, o se identificaban como muy próximos al rey, por lo menos hasta finales de 1218 y el comienzo de los problemas que las *Inquirições* sublimarían. Tal vez no sea coincidencia que, cuando las *Inquirições* vengan a cambiar todo, los prelados más violentos contra las medidas regias o de sus consejeros sean precisamente el arzobispo de Braga y el obispo de Lisboa. Eran ciertamente de los hombres mejor preparados, en términos de cultura jurídica, para enfrentarse al rey y sus consejeros.

De una forma esquemática, se puede decir que Afonso II fue un privilegiado en el sentido de que parece haber podido crear una red de consejeros, al estilo de la mayoría de sus pares en el Occidente Medieval de inicios del siglo XIII, lo que les permitió contar con un séquito de hombres bien preparados y peritos en derecho erudito junto a sus cortes, para asesorar sus políticas y defender sus causas.

Registro regio centralizado, confirmaciones de propiedad, fiscalidad organizada, pesquisas de testigos para catastrar el reino en términos de Fisco (en todas sus acepciones) y en términos de propiedad, todo esto hecho por medio de registro escrito y por intermedio de oficiales regios que se dispersaban por oficios y por provincias de donde deberían, después de recorrerlas tomando los testimonios, sistematizar y centralizar la información[57].

54. Carta datada a 16 de junio de 1222, *DHIII*, doc. 407, pp. 301-302.
55. Carta datada a 4 de enero de 1221. Cf. *DHIII*, doc. 357, pp. 263-264.
56. Cf. la lista de nombres mencionados en las donaciones de 1218, en el anexo final.
57. En efecto, las Inquiriciones de Afonso II se dividen en cuatro «apartados» diferentes: *Reguengos*, *Foros e Dádivas*, Bens das Ordens y Padroados. Cf. João Pedro RIBEIRO, *Memória*

Este edificio administrativo, aunque no nos aparezca tan claro como lo que Baldwin identificó para la Francia de Felipe Augusto[58], o la documentación inglesa permite hacer para los reyes Angevinos y Plantagenêt, o lo que conocemos del Imperio de Federico II, no deja de ser excepcionalmente precoz y bien ordenado. Con eso, y con las amenazas a la propiedad eclesiástica y noble que representaba, acabaría por alimentar la reticencia de los grupos privilegiados.

En 1218-1220, los eclesiásticos lanzaron el primer grito de alerta, definiendo la política de confirmaciones sucesivas y las *Inquirições*, como actos atentatorios de las libertades eclesiásticas, como solían hacer los monarcas portugueses. El arzobispo de Braga se exilió, la guerra se reanudó. Internamente, la paz de 1216-1220 había terminado y los obispos se quejaban que las donaciones regias del Viernes Santo de 1218 nunca habían sido cumplidas.

El ambiente de guerra civil y los conflictos con sus vecinos y con Roma se reanudaron, el intercambio de misivas y bulas de excomunión volvió a empezar, más intenso que antes, las acusaciones se extremaron, y el rey se enemistó con el arzobispo de Braga y con la mayoría de los otros obispos, hasta el punto de no mencionarlos siquiera en su último testamento de 1221, y de referirse sólo a los cabildos de las sedes episcopales. Pero esta vez la salud del rey se deterioraba de forma irreversible, y desde finales de 1221 lo encontramos en Santarém, donde los médicos musulmanes y cristianos no conseguirían ayudarlo.

Aunque enfermo, en 1221-1222 se puede atestiguar en última instancia la fuerza y supremacía que este rey había conseguido adquirir en su breve reinado, fruto de su elección de la ley y de la lucha legal como arma de poder más fuerte, como reacción contra el hecho de no poder luchar de forma tradicional. Y por eso, de nuevo alcanzamos a definir su soberanía mediante una cuestión que, una vez más, toca a la ley, su fuente y su ejercicio.

Se trata de los llamados *decretos laicales*[59], que Soeiro Gomes, Mestre y Provincial de los Dominicos de Hispania, habría hecho en torno a esos

para a historia das confirmações régias neste reino com as respectivas provas, Lisboa, na Impressão Régia, 1816, y *Memórias para a História das Inquirições dos primeiros reinados de Portugal*, Lisboa, 1815.

58. J. W Baldwin, «The penetration of University personnel into French and English administration at the turn of the twelfth and thirteenth centuries»: *Revue des Études Islamiques*, 46 (1976), 199-215.

59. *PMH, Leges,* p. 180. Cf. el comentario muy esclarecedor de Nuno Gomes da Silva, *História do Direito*, pp. 174-177.

años, acerca de los cuales, concretamente nada sabemos, pero en relación con los cuales tenemos un documento iluminador, un decreto regio, salido de la cancíllería regia, donde se contesta con una violencia inusitada el derecho de otros, que no el rey, de «hacer leyes». Se trata, de nuevo, de la cuestión de la alienación de los *iura regalia*.

Los argumentos regios son expuestos con mucha claridad y los verbos utilizados en este acto no nos dejan el menor margen para dudas sobre la única fuente de autoridad y soberanía permitida en el reino. En primera persona, el rey alega que el «*Liber Legum*», de acuerdo con el cual los «*filii de algo Port.*» aún eran juzgados[60], ordena expresamente que no se reciban otras leyes nuevas en el reino. Es seductor comparar esta formulación con lo que Vicente Hispano decía, más tarde, sobre el uso de las leyes romanas en Hispania: «non utuntur in Hyspania. Prima lex libro iudiciorum leg. hec est: quicumque receperit leges romanas, capite puniatur (...)»[61].

Es interesante que el rey, o sus consejeros, necesiten recurrir a la autoridad de un código legislativo antiguo, con la que garantizar la fuerza para defender la idea de que la función legislativa compete solo a la dignidad regia, y que no se pueden aceptar ningunas leyes nuevas en este territorio.

No es muy importante aquí saber sobre qué versarían los decretos de Soeiro Gomes, aunque fuese sobre «herejías». Lo que sabemos es que su aplicación, en curso, implicaba la colecta de bienes, la aplicación de penas y de castigos corporales, y todo eso era algo que el rey no podía consentir. Con dificultad se concibe cómo podría un rey aceptar semejante disminución de su *potestas*, y en el caso portugués, aun menos que ese recorte fuese protagonizado por eclesiásticos –a quienes, por esa misma razón, debería estar vedada la actividad legislativa. Aunque se tratara de corregir herejías, como se ha sugerido, la aplicación práctica de una ley competía al rey, como protector del *status ecclesiae*, y como el derecho canónico defendía y confirmó en Letrán IV de forma bastante clara[62]. El rey no podía enajenar el *fiscus.* Según sus proprias palabras, el rey afirma que: «acordavi cum meis privatis quare ista decreta sunt grande meum desaforamentum et de mea curia et de illis qui post me regnaverint et de meis filiis de algo et de omnibus aliis hominibus regni mei filiis de algo et villanis, laicis et de ordine»[63].

60. *PMH, Leges,* p. 180. Se trata, evidentemente, del *Liber Iudicum.*
61. Gl. ad v. *famulatum*, (X 5.33.28) *apud* Ochoa Sanz, *Vincentius Hispanus*, p. 17.
62. Concílio IV de Letrán, Canon 3.
63. PMH, *Leges*, 180.

De acuerdo con este texto, estos decretos cuestionaban todo el orden de la sociedad, pero la cancillería regia no se olvidó de destacar que todo lo que el rey decía, resultaba del consenso derivado de haberlo hecho con el acuerdo de sus *privati*, porque este «desaforamentum» afectaba a todos, hijosdalgo, villanos, legos y de órdenes. Para fundamentar su derecho a exigir la ejecución de sus órdenes, el rey entra entonces en un largo excurso donde, además de haber reforzado su autoridad con el consenso de sus mayores y la idea de preocupación por el bienestar de todos sus súbditos, empieza a enumerar los privilegios pontificios que le conferían el poder de afirmar su superioridad, supremacía y exclusividad en el dominio de la función legisladora.

> «Et ista talia decreta nunquam fuerunt in tempore aui mei Alfonsi quem Papa Alexander III^us^ suo priuilegio confirmauit in regem et terram suam in regnum, nec in tempore regis domni Sancii patris mei qui habuit unam proteccionem de Clemente papa III° nec etiam in meo tempore qui habeo duas protectiones, unam ab Innocencio papa III° et aliam de Honorio papa III°. Et propter hec omnia, quicumque uoluerit extrahere istos decretos pectabit mihi mille morabitinos (...)»[64].

Es de notar que en todo este episodio no se habla tanto de rey y vasallos, de rey y reino, en un paralelismo perfecto, pero muy significativo, sin confusión de personas. Una vez más se recurre a las cláusulas de la *Manifestis probatum* para reivindicar el derecho y la legitimidad de mantener el reino inalterado y uno, en cuanto tal. Y se coloca la *Manifestis Probatum* como documento autorizador, al lado del *Liber Iudicum*, ese código de leyes por el cual los nobles de Portugal se regían, como si fueran documentos idénticos en su naturaleza. Como en el proceso contra las hermanas, parece que el documento fundador de la legitimidad de Portugal y de la dinastía reinante era un lugar común siempre que surgían amenazas al rey y su *munus,* y todos –los cancilleres, como los juristas, en Roma como en Portugal–, hacían abundante uso de ello.

Los derechos del rey, basados en el desempeño de su papel de rey muy cristiano, defensor de la fe, garante del bien común y fuente de ley, le conferían un derecho acrecentado sobre la tierra que gobernaba. Estas funciones y derechos solo deberían pertenecer a su dignidad.

La persona del rey, como rey, en el desempeño de sus funciones, ya no es nunca confundida con la persona del rey como individuo, y no parece,

64. PMH, *Leges,* p. 180.

de acuerdo con la documentación que se ha conservado, que el vínculo que unía el rey con sus súbditos aún sea enunciado de esa forma. Ahora es más bien la persona del monarca, con el consenso de los cuerpos sociales, quien rige el reino. *Regnum* et *rex* son dos conceptos que no se confunden, ya en estos años, y que siempre se enuncian separadamente, aunque formen un par de siameses decididamente muy unidos. En su investigación en torno del «regnum», José Mattoso concluía ya que, desde muy temprano, el *rex portucalensium* deja de participar en la documentación regia en pro del *rex Portugalliae*[65]. Los ejemplos que hoy analizamos aquí no hacen sino corroborar esta evolución.

Pero, como ya se ha dicho, el rey estaba muy enfermo. Su muerte dejó a un hijo suyo, Sancho II, menor de edad y muy débil, una situación de nuevo frágil y fracturada, que acabaría por comprometer el éxito de lo que de otro modo habría sido un ejercicio precoz de estructuración de las funciones y poderes regios.

Los financieros, tan de moda en nuestros días, critican con frecuencia los análisis SWOT por no contemplar suficientemente lo que debería ser el objetivo principal, el retorno de la inversión (ROI, *Return of Investment*).

Bien podríamos decir que Afonso II y los hombres que estaban a su lado sufrieron el mismo problema. Llevaron a cabo una evaluación de la situación muy clara, definieron muy bien sus objetivos y además, diseñaron estrategias para conseguirlo y lo pusieron en práctica. Pero los factores principales de debilidad, la salud del rey y la oposición de los grupos privilegiados al crecimiento de su poder, habían de condicionar el éxito de la empresa, y de hacer que lo comprometiera una muerte demasiado temprana, aliada a una situación interna donde las tensiones y resistencias de nobleza y eclesiásticos a su tendencia centralizadora se movían aún con demasiada vitalidad. Su hijo mayor sucumbió ante ellas; su segundo hijo las soportaría y conseguiría implementar las medidas esbozadas por su padre.

Como su más reciente biógrafa lo definía en 2005, en el subtítulo de su libro, éste fue, verdaderamente, «un rey sin tiempo»[66]...

65. Cf. Mattoso, *Identificação de um País*, *II*, pp. 200-202.
66. Hermínia Vilar, *Afonso II*, título.

Anexo

Los Hombres del Rey, de acuerdo con las donaciones de abril de 1218[67]

Intercesores	Obispos[68]
1. *Mestre* Lanfranco	
2. *Mestre* Gil, cardenal	
3. João Peres, arcediano de Toledo	
4. Godinho, deán de Braga	Tuy. 1, 2, 4, 12 (Estevão Viegas)
5. *Mestre* Silvestre, arcediano de Braga	
6. *Mestre* João Pais, chantre de Braga	Braga 4, 5, 6, 9, 12 (Estevão Soares da Silva)
7. *Mestre* Miguel, maestre-escuela de Braga	
8. *Mestre* Domingos, canónigo de Braga	Porto 2, 5, 10, 20 (Martinho Rodrigues)
9. *Mestre* Paio, canónigo de Braga	
10. *Mestre* Paio, chantre de Porto	Lamego 2, 3, 16, 17 (Paio Furtado)
11. *Mestre* Julião, deán de Coimbra	
12. *Mestre* Vicente, deán de Lisboa	Viseu 1, 3, 5, 15 (Bartolomeu)
13. Fernando Peres, ex-chantre de Lisboa	
14. *Mestre* João Raolis	Guarda 10, 12, 13, 22 (Martinho Pais)
15. *Mestre* Gil Juliães, tesorero de Viseu	
16. *Mestre* Mendo, canónigo de Lamego	Coimbra 1, 5, 11, 13 (Pedro Soares)
17. *Mestre* Mendo, chantre de Lamego y físico del rey	
18. *Mestre* Martinho, físico del rey	Lisboa 11, 12, 14, 18 (Soeiro Viegas II)
19. *Mestre* Salvador, físico del rey	
20. *Mestre* Roberto, físico del rey	Évora 7, 8, 19, 21 (*Mestre* Soeiro)
21. D. Amberto, físico del rey	
22. Pedro Rodrigues, capellán del rey	Santa Cruz 1, 10, 12, 15 (prior Diogo Dias)

67. Ver referencias documentales en la nota 47, *supra*.
68. La numeración establece las correspondencias entre intercesores y obispos.

La giustizia nel regno d'Italia

Luigi Provero

L'antropologia giuridica ha profondamente cambiato i modi in cui gli storici hanno considerato negli ultimi decenni le procedure di giustizia: nozioni come quelle di conflitto, di causa allargata, di azione diretta e di azione ripetuta sono entrate stabilmente nell'armamentario concettuale dei medievisti, a partire soprattutto da alcuni grandi volumi di riferimento, come quello dedicato a *The Settlement of Disputes in Early Medieval Europe*, a cura di Wendy Davies e Paul Fouracre[1]. Libri come questi ci hanno insegnato che studiare la giustizia non significa studiare gli apparati giudiziari costruiti dallo stato, ma piuttosto vie, strumenti e forme adottati dalla società per risolvere le dispute, integrando nell'analisi sistemi di potere e forme processuali profondamente diversi.

In questo contesto storiografico, l'Italia medievale ha potuto fruire di studi di particolare rilievo, che hanno integrato l'attenzione propriamente storica con i suggerimenti sia dell'antropologia, sia della storia giuridica. Volumi importanti —come quelli di François Bougard, Chris Wickham e Massimo Vallerani[2]— hanno ridefinito complessivamente la storia della giustizia nel medioevo italiano, mostrando con grande efficacia sia la complessa interferenza tra i diversi poteri che operano su questo piano, sia le azioni delle forze sociali che sanno usare con consapevolezza le molteplici vie di risoluzione dei conflitti. Questa base di studi mi consente di proporre un

1. *The Settlement of Disputes in Early Medieval Europe*, a c. di W. Davies e P. Fouracre, Cambridge 1986.

2. F. Bougard, *La justice dans le royaume d'Italie de la fin du VIIIe siècle au début du XIe siècle*, Roma 1995; Ch. Wickham, *Legge, pratiche e conflitti. Tribunali e risoluzione delle dispute nella Toscana del XII secolo*, Roma 2000; M. Vallerani, *La giustizia pubblica medievale*, Bologna 2005.

quadro sintetico e –spero– scientificamente aggiornato della giustizia nel regno d'Italia attorno al 1200, un quadro che integri le azioni dei poteri e le scelte della società, i modelli procedurali e le prassi quotidiane.

1. Comuni

Il punto di partenza deve essere necessariamente costituito dai comuni cittadini, i poteri più forti e soprattutto più creativi del Duecento italiano. Certo non è possibile ridurre il medioevo italiano a un'epoca di città e di comuni: la forza di signori, principi e monasteri definisce un quadro politico molto più complesso[3]. Ma non c'è dubbio che –se ci riferiamo alla cronologia specifica dei decenni a cavallo tra XII e XIII secolo– è nelle città comunali che troviamo non solo la principale peculiarità dell'Italia rispetto alle altre regioni d'Europa, ma anche la forza politica più creativa, quella che dà vita ai più rilevanti esperimenti politici e istituzionali.

E' quindi da qui che dobbiamo partire, dalla giustizia comunale del XII e XIII secolo. La dimensione specificamente giudiziaria è una chiave fondamentale di lettura sia dell'evoluzione dei poteri cittadini, sia della loro espansione sul territorio circostante. La volontà della cittadinanza di assumere il controllo diretto dei propri conflitti, sganciandosi dalla giustizia regia e vescovile, è sicuramente una delle istanze principali alla base della nascita delle autonomie comunali nei primi decenni del XII secolo, e la comparsa dei tribunali è un chiaro segno della maturazione politica e istituzionale dei comuni[4].

Non è sorprendente che la giustizia sia al centro delle tensioni che tra 1158 e 1183 oppongono i comuni italiani all'imperatore, Federico I Barbarossa. Così nell'assemblea di Roncaglia del 1158 l'imperatore –al momento di delineare il proprio modello di governo del regno– pone in primo piano la definizione di un apparato giudiziario organicamente dipendente dall'Impero, a cui sia attribuito il diritto e il dovere di giudicare; e così tra le prerogative riconosciute ai comuni nella pace di Costanza del 1183, con cui Federico ammette la propria sconfitta, troviamo in evidenza il diritto a

3. Un quadro di sintesi, incentrato sulle città ma attento alla complessità del quadro politico, in G. Milani, *I comuni italiani: secoli XII-XIV*, Roma-Bari 2005, pp. 61-107.

4. G. Milani, *Lo sviluppo della giurisdizione nei comuni italiani del secolo XII*, in *Praxis der Gerichtsbarkeit in europäischen Städten des Spätmittelalters*, hrsg. von F.-J. Arlinghaus, I. Baumgärtner, V. Colli, S. Lepsius, Th. Wetzstein, Frankfurt am Main 2006, p. 22.

giudicare i conflitti in città e nel territorio circostante, benché l'imperatore non rinunci a rivendicare il diritto di appello a un apparato giudiziario regio la cui reale presenza capillare nelle città è però quanto mai dubbia[5].

Gli atti del confronto tra Federico e i comuni mettono quindi in rilievo un dato fondamentale: fin dai primi decenni di vita dei comuni italiani, lungo la prima metà del secolo XII, la loro azione giudiziaria si è proiettata al di fuori delle mura cittadine, intervenendo nelle campagne circostanti. Nel contesto cronologico più specifico in cui ci muoviamo, ovvero i primi anni del XIII secolo, questa azione appare matura e articolata, proiettata su territori talvolta di notevole ampiezza e compiuta attraverso una pluralità di giudici e di tribunali, la cui complessità e articolazione è uno dei segni più evidenti dell'intenso processo di maturazione delle istituzioni comunali negli anni a cavallo tra XII e XIII secolo[6].

E' prima di tutto una giustizia dai contenuti esplicitamente politici. Quando infatti un comune cittadino interviene come arbitro nelle contese tra diversi poteri signorili, compie due operazioni pienamente politiche: da un lato afferma per via giudiziaria la propria centralità nei confronti della società regionale e dall'altro modella gli equilibri locali. Attribuire beni, uomini e diritti di prelievo a un potere o a un altro permette infatti di intervenire profondamente nei funzionamenti politici locali, ridefinire le gerarchie e gli spazi di esercizio del potere. Il comune usa quindi la via giudiziaria per entrare nel vivo delle strutture locali, non con l'obiettivo irrealistico di cancellare le autonomie signorili, ma piuttosto di ridefinirle in quadri chiari, meglio leggibili e meglio controllabili dalle egemonie comunali[7].

Questo livello propriamente politico della giustizia comunale, impegnata a dirimere i conflitti tra i poteri locali, è completato da un'azione all'interno delle comunità di villaggio, ovvero dal tentativo di imporsi come istanza superiore di giustizia per i conflitti interni alla società contadina. Questo tentativo si esprime con la massima solennità nei cosiddetti atti di cittadinatico, ovvero gli atti in cui un'intera comunità di villaggio si sot-

5. Per Roncaglia: *M.G.H.*, *Diplomata regum et imperatorum Germaniae*, X/2, pp. 27-36, docc. 237-242, in particolare p. 30, doc. 238 e p. 33 sg., doc. 241; per Costanza: op. cit., X/4, pp. 71-77, doc. 848, in particolare p. 72, cap. 1 e p. 74 cap. 23 per i diritti giudiziari dei comuni, e p. 73, capp. 10 e 20, per la giustizia imperiale. Una recente messa a punto in A. Fiore, *L'impero come signore: istituzioni e pratiche di potere nell'Italia del XII secolo*, in «Storica», 30 (2004), p. 37 sg.

6. Milani, *I comuni italiani* cit., pp. 32-34 e 71-73.

7. Milani, *Lo sviluppo della giurisdizione* cit., p. 32.

tomette al comune assumendo lo *status* di cittadini, con tutti i connessi privilegi, ma anche e soprattutto gli obblighi di natura fiscale, militare e –appunto– giudiziaria[8].

I due livelli –l'azione nei confronti dei signori e quella nei confronti dei sudditi– convergono nel definire il comune cittadino come centro dei sistemi giudiziari regionali, con una serie di implicazioni di grande rilievo: il comune non solo afferma la propria capacità di agire sul piano giudiziario, ma proietta questa capacità su un territorio di notevole ampiezza, decine, spesso centinaia di chilometri quadrati; è uno spazio politico al cui interno il comune afferma sul piano ideologico la propria superiore natura di potere pubblico ed egemone, ed è in grado, nelle concrete prassi giudiziarie, di modellare gli equilibri politici locali. Ma questa articolata azione giudiziaria del comune sul territorio implica anche l'interferenza e la concorrenza con una serie di altri poteri e di altre vie di risoluzione dei conflitti. L'espansione comunale infatti non si traduce mai nella costruzione di un omogeno e indiscusso distretto, o nella cancellazione delle autonomie signorili: i comuni non ne avrebbero avuto la forza, e probabilmente neppure l'intenzione. Le autonomie signorili vengono riconosciute, rimodellate e sottomesse, ma sopravvivono, e lo faranno ancora per molti secoli, lungo tutta l'età moderna[9]; al contempo, su molti settori del territorio, vediamo all'opera diverse egemonie concorrenti, diverse città e dinastie principesche che si contendono il controllo delle forze locali[10].

L'azione giudiziaria del comune si trova quindi a convivere prima di tutto con un gran numero di poteri laici ed ecclesiastici, che nei modi più diversi operano un controllo su segmenti più o meno grandi e più o meno definiti della società locale. Concretamente, sul singolo territorio di villaggio vediamo in azione una pluralità di giurisdizioni e quindi di possibili vie per risolvere le liti. Vediamo un esempio concreto, per cogliere gli altissimi livelli di frammentazione. Nel 1224 il comune di Alba, nel Piemonte meridionale, compie un'ampia inchiesta nel contado, per identificare analiti-

8. Un'analisi dell'uso dei cittadinatici nel contesto dell'azione politica di un grande comune cittadino in E.C. Pia, *La sperimentazione delle forme della dipendenza: il territorio astigiano tra* XII *e* XIII *secolo*, in «Bollettino storico-bibliografico subalpino», CIV (2006), pp. 467-512.

9. Per il tardo medioevo v. i saggi raccolti in *Poteri signorili e feudali nelle campagne dell'Italia settentrionale fra Tre e Quattrocento: fondamenti di legittimità e forme di esercizio* (Atti del Convegno di studi, Milano, 11-12 aprile 2003), a cura di F. Cengarle, G. Chittolini, G.M. Varanini, Firenze 2005 (disponibile su www.retimedievali.it, sezione E-book).

10. Milani, *I comuni cittadini* cit., pp. 71-73.

camente i diversi detentori di giurisdizione all'interno dei singoli villaggi. Nel caso di Trezzo, i funzionari comunali registrano che la giurisdizione è divisa i due parti: metà spetta ai signori di Revello, l'altra metà ai signori di Agliano, a quelli di Montaldo, ai Marenchi e ad altri signori che non vengono elencati; al comune di Alba spetta la parte che era stata di Bonifacio di Revello, ovvero un sesto del villaggio. Questo quadro, già assai frammentato, è in verità solo un riferimento di massima, dato che gli ufficiali comunali devono poi dilungarsi a specificare che ognuna di queste parti è stata ulteriormente divisa per via ereditaria, e singoli diritti sono stati venduti o dati in pegno a creditori. Gli ufficiali concludono, comunque, che tutti gli uomini di Trezzo sono cittadini di Alba e pagano il fodro al comune[11].

Quest'ultima affermazione è di grande rilievo per sottolineare la capacità comunale di definire i fondamentali meccanismi di appartenenza e i principali quadri fiscali; ma è chiaro che molte sono le incertezze per quanto riguarda il concreto esercizio della giurisdizione. Un conflitto –di qualunque natura– tra due uomini di Trezzo può coinvolgere non solo il comune di Alba, ma anche una serie di signori locali, che possono vantare diritti giurisdizionali almeno su una delle parti coinvolte. E in contesti di questo tipo vediamo bene che le parti, ovvero le singole famiglie contadine coinvolte in un conflitto, sanno fare un uso consapevole e strategico di questa pluralità di giurisdizioni, scegliendo di volta in volta la via di risoluzione più adeguata alle proprie specifiche esigenze[12].

Dobbiamo ricordare a questo proposito che ci muoviamo costantemente in un quadro di processo accusatorio, un modello di confronto a tre, tra accusatore, accusato e giudice, in cui ha poco rilievo una distinzione tra giustizia criminale e giustizia civile, poiché ogni processo nasce dall'accusa di una parte che si ritiene danneggiata e chiama quindi in giudizio una controparte. Che questo danneggiamento sia dovuto a un furto di bestiame, a un'eredità contesa o a un atto di violenza è senz'altro rilevante, ma non cambia di molto il modo di procedere, che si basa su un confronto dialettico tra le prove e i testimoni presentati dalle due parti, e che ha come esito una sentenza in cui la ricerca della verità lascia ampio spazio alla ricerca della pace, sulla base di una decisione più o meno compromissoria[13].

11. *Il Rigestum comunis Albe*, a c. di E. Milano, Pinerolo 1903, II, p. 263, doc. 449.

12. L'uso consapevole e strategico della pluralità di giurisdizioni da parte della società locale è una nozione centrale del volume di Wickham, *Legge, pratiche e conflitti* cit., ad es. pp. 32, 93 e 482.

13. Vallerani, *La giustizia pubblica medievale* cit., p. 78.

L'identità del giudice o dell'arbitro dipende quindi dagli equilibri politici locali, ma soprattutto dalle scelte delle parti in causa, che sono alla ricerca di un giudice che abbia la capacità di definire e la forza di imporre una sentenza adeguata, il che non significa necessariamente una sentenza giusta, ma –appunto– una sentenza tale da porre fine al conflitto. Questo è peraltro un carattere fondamentale del processo accusatorio, che non tende a una verità assoluta ma a una verità pratica e relativa[14], da ricercare attraverso procedimenti dialettici nel confronto tra le parti. In questo contesto i tribunali comunali sono una delle opzioni disponibili, ma non l'unica. Si devono infatti confrontare con le alternative locali, ovvero gli arbitrati e soprattutto i tribunali signorili.

2. Signori

Per quanto riguarda in particolare i poteri signorili, appare particolarmente difficile delineare un quadro relativo alla specifica cronologia dei primi anni del Duecento: l'estrema frammentazione del mondo signorile dà vita a processi molto diversificati, che ruotano attorno ad alcune tensioni di lungo periodo, segnate dalla costante capacità signorile di controllare e pacificare la società locale, grazie alla propria forza di coercizione ma anche alla diretta e capillare conoscenza delle dinamiche e degli equilibri locali[15].

Questa capacità di controllo subisce –con un'intensità crescente proprio in questi anni– una doppia pressione, da un lato da parte dei comuni cittadini, dall'altro da parte dei sudditi. Il confronto con le città, come abbiamo visto, dà vita a un coordinamento complessivo dei poteri signorili che non cancella né la loro capacità di azione nella società locale, né la loro altissima frammentazione, ma piuttosto le subordina a un'egemonia comunale i cui contenuti giudiziari affiancano quelli fiscali e militari.

Il confronto con i sudditi, testimoniato prima di tutto nelle carte di franchigia[16], ci mostra uno specifico impegno signorile a conservare nelle proprie mani la capacità di giudicare, pur accettando una serie di norme

14. L. cit.

15. L. Provero, *L'Italia dei poteri locali. Secoli x-xii*, Roma 1998, pp. 169-173.

16. V. due sondaggi regionali in O. Redon, *Uomini e comunità nel contado senese nel Duecento*, Siena 1982, pp. 97-175; F. Panero, *Consuetudini, carte di franchigia e statuti delle comunità rurali piemontesi, valdostane e liguri nei secoli xi-xv*, in «Bollettino della Società per gli studi storici, archeologici ed artistici della provincia di Cuneo», 130 (2004), pp. 7-32.

relative soprattutto alle procedure e al personale incaricato di gestire la giustizia signorile. Ma soprattutto in questo contesto è fuorviante ragionare sulla giustizia come un blocco unitario e omogeneo di diritti: nelle franchigie e soprattutto nei patti tra diversi signori si vede in modo chiarissimo come la giurisdizione sia frammentata e spartita nei modi più vari, non tramite una chiara divisione tra poteri posti a diversi livelli, ma con «una distribuzione empirica di diritti di coercizione e di sfruttamento, singolarmente enumerati»[17]. All'interno di questa liberissima circolazione di diritti giurisdizionali, tuttavia, è possibile individuare alcuni quadri concettuali condivisi, a partire da una distinzione tra alta e bassa giustizia che non determina di per sé spartizioni precostituite e rigide, ma che si ritrova con una certa regolarità in atti di natura diversa[18].

Ha però forse maggior rilievo una distinzione di natura molto diversa, quella tra le signorie piccole, concentrate su un singolo castello, e quelle grandi, che coordinano una pluralità di villaggi. In alcuni contesti si è potuto infatti notare come all'interno delle grandi signorie sia più frequente la scelta di cedere alle comunità i diritti relativi alla giustizia minore, riservando agli agenti signorili i casi più gravi; nelle signorie piccole è invece più normale trovare un monopolio signorile sull'insieme dei diritti giudiziari[19].

Questa distinzione può aiutarci a comprendere le fondamentali tensioni che sono alla base del rapporto tra signori e comunità nel campo della giustizia. La volontà signorile di conservare i diritti di giustizia è stata spesso attribuita alla loro redditività, alla possibilità di acquisire somme di un certo rilievo tramite le multe. Tuttavia le ricerche di François Menant sulla Lombardia orientale e di Alessio Fiore sull'Umbria e le Marche hanno dato in proposito risposte parzialmente diverse, ma che concordano nello sfumare sensibilmente il rilievo economico delle sanzioni e dei proventi signorili connessi alla giustizia[20].

Senza quindi negare il rilievo economico della giustizia, appare necessario cercare su un altro piano le ragioni dell'interesse signorile per i diritti giudiziari, che appaiono soprattutto funzionali a un efficace controllo

17. G. Tabacco, *Egemonie sociali e strutture del potere nel medioevo italiano*, Torino 1979, p. 243.

18. Provero, *L'Italia dei poteri locali* cit., pp. 137 e 170.

19. A. Fiore, *Signori e sudditi. Strutture e pratiche del potere signorile in area umbro-marchigiana (secoli XI-XIII)*, Spoleto 2010, pp. 298-302.

20. F. Menant, *Campagnes lombardes du Moyen Age. L'économie et la société rurales dans la région de Bergame, de Crémone et de Brescia du Xe au XIIIe siècle*, Roma 1993, pp. 438-440; Fiore, *Signori e sudditi* cit., pp. 302-307.

sociale. Questo sembra trovare conferma proprio nella distinzione che ho sottolineato prima, tra grandi e piccole signorie: le grandi signorie, quelle in cui non esiste un intenso e quotidiano rapporto diretto tra signore e sudditi, più facilmente cedono alle comunità i diritti giudiziari, dato che probabilmente le comunità non si sentono sufficientemente tutelate nel vedere i propri conflitti affidati ad agenti signorili estranei alla realtà locale; al contempo, per il signore le esigenze finanziarie hanno probabilmente un peso maggiore di quelle relative a un controllo che di fatto non esercita, o comunque non esercita direttamente. Diverso il discorso per le piccole signorie, per i signori che controllano un unico castello, in cui vivono regolarmente: qui il rapporto tra signore e sudditi è estremamente diretto e continuo, il signore ha una chiara esigenza di conservare un capillare controllo sui sudditi, che al contempo possono vedere in lui un giudice competente, che conosce a fondo le dinamiche e le tensioni locali.

Se quindi l'affermazione dei comuni sulle campagne è netta dal punto di vista politico ed economico, è però indubbia la persistente efficacia dei poteri locali sul piano giudiziario: affidarsi a un tribunale signorile o all'arbitrato di persone interne alla comunità è una scelta che garantisce alle parti un giudizio fondato su una profonda conoscenza della lite, del suo contesto e delle sue implicazioni. Rispetto a questi giudizi locali, il processo, nelle forme proposte dal comune cittadino, è meno orientato al compromesso, forse è più costoso, sicuramente è meno controllabile dalle parti e meno prevedibile nelle sue decisioni. Ma — come ha chiarito Massimo Vallerani — la formalizzazione del processo permette all'accusatore «di coinvolgere la controparte in uno scontro pubblico [...] condotto secondo regole oggettive [...], costringe le parti a riformulare il conflitto in termini giuridici [...] e a incanalarlo lungo un alveo di atti procedurali imposto di fatto dall'autorità pubblica». E' una «attività di razionalizzazione e di disciplinamento dei conflitti» che «costituisce un elemento basilare della struttura politica del comune»[21]: non solo risoluzione delle liti, ma ridefinizione degli oggetti e dei diritti. Il processo comunale è qualcosa di molto diverso dagli arbitrati e dai giudizi signorili, non necessariamente migliore, ma certo molto diverso.

E' chiaro quindi che l'attività giudiziaria del comune fa parte di un più ampio meccanismo —pienamente politico— di polarizzazione dei quadri

21. VALLERANI, *La giustizia pubblica medievale* cit., p. 153; più ampiamente: ID., *La riscrittura dei diritti nel secolo XII: astrazione e finzione nelle sentenze consolari*, in «Storica», 39 (2007), pp. 53-90.

sociali e territoriali del contado e di profonda ridefinizione dei diritti e dei poteri. Le specifiche procedure adottate dal comune sono funzionali a questo tipo di esigenze. Non avrebbe avuto senso – dal punto di vista del comune – tentare di imitare le forme degli arbitrati, il loro orientamento compromissorio e informale: nella forma del processo era insita la sostanza dell'intervento giudiziario del comune.

3. Papato

Questa politica dei comuni si deve però confrontare con una seconda, importante concorrenza, quella costituita dalla giustizia papale, che rivendica il proprio esclusivo diritto a giudicare tutte le cause che coinvolgono le chiese. In questo campo possiamo individuare una cronologia specifica: se infatti lungo tutto il XII secolo i canonisti avevano sostenuto l'ambizione papale ad avocare a sé le cause ecclesiastiche, il papato di Innocenzo III rappresenta un'indiscutibile accelerazione. Un importante volume di Laura Baietto[22] ha recentemente dimostrato come Innocenzo III segni una cesura importante nei rapporti tra il papato, le chiese locali e i comuni, con una forte rivendicazione del controllo papale sulle chiese, tale da trasformare complessivamente le figure vescovili, di cui si afferma con chiarezza crescente la funzione di strumenti per l'intervento locale del pontefice.

Anche in questo caso l'intervento giudiziario costituisce espressione e strumento di una ridefinizione dei termini in cui è interpretata la natura dei rapporti tra i diversi poteri. In particolare, le liti che minacciano il patrimonio delle chiese vengono lette in termini di lesione della *libertas ecclesiastica*; questo implica un mutamento nella natura stessa del conflitto, un ampliamento del suo orizzonte dal piano locale a quello generale, relativo all'intera *societas christiana*, ovvero –nel contesto di una chiesa sempre più chiaramente gerarchizzata– implica la rivendicazione del diritto papale di intervento e giudizio[23]. A un livello forse ancor più profondo, la ridefinizione delle competenze giudiziarie papali si situa all'interno di un processo di complessiva ridefinizione delle colpe, con l'elaborazione –a partire dai decenni centrali del XII secolo– della nozione di *enormitas*, una via per qualificare le colpe che minacciano i quadri fondamentali di

22. L. Baietto, *Il papa e le città. Papato e comuni in Italia centro-settentrionale durante la prima metà del secolo XII*, Spoleto 2007.

23. Op. cit., p. 12.

un'ordinata vita cristiana, che si connotano quindi in termini sia di peccato, sia di sovversione, e che aprono la via a una procedura straordinaria, con ampio spazio per l'arbitrio del giudice[24].

L'azione giudiziaria papale si realizza concretamente attraverso le procedure di appello, la possibilità per qualunque chiesa di appellarsi ai tribunali papali: l'incremento di questa prassi, in specifico durante il pontificato di Innocenzo III, impone la definizione di strumenti pratici di azione, con la sistematica delega ai vescovi della concreta gestione delle procedure[25]. Ma attenzione: la delega ai vescovi non rappresenta una presa d'atto di un'incapacità papale di intervenire sul piano locale, poiché fa invece parte di una ridefinizione del rapporto tra papato e vescovi. Ovvero: Innocenzo non rinuncia alle proprie prerogative giudiziarie in favore dei vescovi, ma afferma che i vescovi sono suoi rappresentanti e che solo a questo titolo sono pienamente legittimati a giudicare le liti per cui si fa appello alla giustizia papale[26].

Il rapporto tra papa e vescovi, per quanto riguarda il loro intervento nella società comunale, si può ricostruire –nel modello proposto da Innocenzo III– in uno schema circolare: il papa definiva i princìpi generali e le procedure che dovevano regolare le relazioni tra chiese e comuni, inserendoli in un più vasto progetto che coinvolgeva l'intera Cristianità; i vescovi avevano il compito di gestire le relazioni tra chiesa e comune, applicando nel concreto le linee d'azione e le procedure definite dal papa, che a sua volta controllava l'operato dei vescovi attraverso le inquisizioni e traeva dagli esiti delle concrete azioni vescovili suggerimenti per la ridefinizione delle procedure e dei princìpi fondamentali[27].

Questo è il modello, la teoria su cui si fonda l'azione papale sotto Innocenzo III. Ma qual è l'efficacia concreta di questa azione? Due limiti fondamentali frenano, nella prassi, l'incidenza della giustizia papale: da un lato la sua debole forza coercitiva, dall'altro un'insufficiente considerazione delle specificità locali, solo parzialmente corretta dall'ampio uso dei vescovi come delegati papali[28]. Le liti condotte dalle chiese italiane devono quindi

24. J. Théry, *«Atrocitas/enormitas». Per una storia della categoria di «crimine enorme» nel basso Medioevo (XII-XV secolo)*, in «Quaderni storici», 131 (2009), pp. 329-375, in particolare pp. 343 sg. e 356.

25. Baietto, *Il papa e le città* cit., p. 74.

26. Op. cit., p. 107 (per le figure chiave, nell'ordinamento innocenziano, rappresentate dai *visitatores Lombardie*).

27. Op. cit., p. 171.

28. Op. cit., p. 73.

essere valutate per la loro natura di liti ecclesiastiche, ma anche come liti locali, profondamente coinvolte in un sistema di solidarietà e conflitti. In tale quadro, la giustizia papale è solo una delle opportunità che si offrono alle chiese per condurre le proprie liti, all'interno di una pluralità di giurisdizioni di cui le chiese sanno perfettamente fare un uso strategico, attivando i diversi poteri in base alle proprie specifiche esigenze. L'analisi condotta da Chris Wickham sulla Toscana del XII secolo ha mostrato come le liti ecclesiastiche facciano effettivo ricorso alla giustizia papale in molti casi, ma certo non in tutti, e come questa percentuale sia altamente variabile da diocesi a diocesi[29]. Il quadro sembra mutare lungo il secolo successivo, ma in modo estremamente progressivo, senza la radicalità presupposta dalle formulazioni papali.

Ma se si procede a un'analisi delle liti più lunghe e articolate, si constata come il ricorso alla giustizia papale sia spesso un momento specifico all'interno di strategie più complesse e variabili, con le chiese che ricorrono ad esempio prima a un arbitrato, per poi interrompere la procedura e far ricorso alla giustizia comunale o fare appello a quella papale; ricorsi e appelli che spesso rappresentano soprattutto una forma di pressione, di minaccia nei confronti della controparte, per indurla ad accettare un compromesso più adeguato[30]. In altri termini, se i princìpi e le procedure affermati da Innocenzo III sono molto chiari, la prassi giudiziaria adottata dalle chiese è molto più complessa e flessibile, a confermare una constatazione di Robert Brentano, secondo cui la cosiddetta «scala dei ricorsi» è «una figura ingannevolmente lineare»[31], poco rappresentativa di un mondo in cui le vie giudiziarie sono molteplici, possono intervenire forze diverse e le parti in causa sono sempre in grado di gestire consapevolmente questa pluralità di giurisdizioni.

4. Inquisizione

Comuni e papato partecipano quindi a una complessa, frammentata e contraddittoria concorrenza politica sul piano giudiziario. Ma comuni e

29. WICKHAM, *Legge, pratiche e conflitti* cit., pp. 366-372.

30. Un esempio particolarmente articolato in L. PROVERO, *Monasteri, chiese e poteri nel Saluzzese (secoli XI-XIII)*, in «Bollettino storico-bibliografico subalpino», XCII (1994), pp. 419-429.

31. R. BRENTANO, *Due chiese: Italia e Inghilterra nel XIII secolo*, Bologna 1972, p. 133 (e in generale pp. 132-171 per una serie di liti illuminanti da questo punto di vista).

papato convergono su un altro piano, ovvero nella comune elaborazione di un sistema procedurale –il cosiddetto processo inquisitorio– che nei primi decenni del XIII secolo ridefinisce profondamente non solo i meccanismi di controllo della società per via giudiziaria, ma anche i doveri del potere nei confronti dei sudditi e la nozione stessa di verità processuale.

Il modello inquisitoriale si basa infatti sull'idea che sia possibile raggiungere una verità assoluta e teorica, che non dipende dalla ricostruzione dialettica proposta dalle parti. Dà quindi vita a un processo dalla struttura e dal significato completamente diversi da quello accusatorio: non si tratta più di un processo a tre, del confronto tra le parti regolato dal giudice, ma è l'iniziativa del giudice che quando ha notizia –in qualunque modo– di un atto che si possa configurare come reato, deve indagare, cercare la verità, integrare con ogni mezzo le conoscenze disponibili. Al giudice è quindi attribuito un compito ben più attivo che nel processo accusatorio, a riflettere una concezione nuova del rapporto tra potere e giustizia: il potere non deve limitarsi a rispondere alle richieste di giustizia che giungano dalla società, ma deve farsi parte attiva nel ricercare e colpire chi delinque; la scoperta della verità e la punizione del colpevole sono interesse e dovere dello stato[32].

E' chiaro che si tratta di una scelta prima di tutto politica, che però si traduce in una strumentazione giuridica e procedurale e in un nuovo sistema di valutazione delle prove. Diventa centrale un'idea di prova oggettiva, il cui valore non dipende dalla dialettica delle parti in causa; al contempo assume un'estrema importanza anche la nozione di fama pubblica: non solo la fama relativa agli avvenimenti, ma ancor di più la fama relativa alle persone, alle loro qualità e orientamenti. Come teorizza alla fine del Duecento Alberto Gandino, la buona fama di una persona è una garanzia superiore alla fama del fatto, dato che «la buona fama è un elemento inerente alla natura umana, mentre la fama del fatto», pur fondata su testimoni affidabili, «resta un accidente e dunque non in grado di cambiare il dato originario»[33].

Se quindi il processo inquisitorio si propone di raggiungere la verità, non necessariamente questa verità riguarda i fatti, ma piuttosto la persona. Ce lo conferma un dato apparentemente assai diverso, propriamente procedurale, ovvero la grande importanza che nei processi assumono le fideiussioni, che possono essere anche dieci per un singolo processo: la serie di fideiussioni non ha semplicemente la funzione di garanzia giuridi-

32. VALLERANI, *La giustizia pubblica medievale* cit., pp. 34-39, 79 e 94 sg.
33. Op. cit., pp. 98-101.

ca e patrimoniale, ma più propriamente quella di portare alla luce la rete sociale di cui fruisce l'individuo, che può così essere collocato in una trama di relazioni e dipendenze che lo rendano pienamente riconoscibile[34].

Il modello procedurale inquisitorio si definisce nei primi anni del Duecento, in parallelo alla piena definizione della procedura accusatoria; ma si afferma come prassi giudiziaria all'interno dei comuni solo nella fase centrale del secolo. In parallelo a questa evoluzione –e anzi con un anticipo di alcuni decenni– il papato, su iniziativa soprattutto di Innocenzo III, adotta il modello dell'*inquisitio* come strumento principe per il controllo delle devianze dei suoi ministri, con modalità del tutto particolari, non solo per la fortissima motivazione ideologica ed etica dell'azione papale, ma anche perché lo scopo finale non è propriamente né l'accertamento dei fatti né la punizione del colpevole, ma piuttosto il ristabilimento dell'armonia nella chiesa locale e una nuova credibilità del clero[35].

Ma ovviamente, parlando di inquisizione e di Innocenzo III, dobbiamo considerare come questa procedura sia uno dei meccanismi fondamentali messi in campo nella lotta contro l'eresia, con la progressiva definizione –lungo la prima metà del secolo– del tribunale dell'inquisizione, prima a livello vescovile, poi papale[36]. E' un tema che va molto al di là di ciò che voglio trattare in questa sede, ma è importante notare brevemente come l'inquisizione antiereticale sia una delle tante espressioni di un modello procedurale che non assume in alcun modo, lungo il Duecento, una struttura unica e definita. L'inchiesta è uno strumento flessibile che risponde all'esigenza di intervenire per via giudiziaria nei contesti che non possono strutturarsi nella forma accusatoria, ovvero nei casi in cui un potere – che sia il comune o il papato – si identifica come parte lesa e si fa in prima persona promotore dell'azione giudiziaria: il reato di sangue e l'eresia (equiparata al *crimen lesae maiestatis*, nei confronti della maestà divina[37]) condividono la natura di atti che impongono l'intervento del potere, con forme, finalità e procedure diversissime. La potenza di questo strumento procedurale è testimoniata proprio dalla sua flessibilità, dalla sua applicazione a casi e contesti molto diversi, per rispondere a finalità quanto mai articolate.

34. Op. cit., p. 134.

35. Op. cit., p. 36; anche l'elaborazione della nozione di *enormitas*, che giustifica l'arbitrio del giudice, si pone in un contesto orientato non tanto alla punizione, quanto alla correzione del colpevole: Théry, *«Atrocitas/enormitas»* cit., p. 358.

36. G.G. Merlo, *Contro gli eretici*, Bologna 1996, pp. 104-107; B. Garofani, *Le eresie medievali*, Roma 2008, pp. 46-50 e 116-130.

37. Garofani, *Le eresie medievali* cit., pp. 49 e 127.

5. Impero

Comuni e papato nel Duecento mostrano quindi sia un'alta creatività procedurale, sia la capacità di acquisire crescenti poteri giudiziari, delineando percorsi tutt'altro che lineari, in cui l'azione papale e cittadina si intreccia con una serie di giurisdizioni e di pratiche di risoluzione dei conflitti che sfuggono al loro controllo. Nel quadro che ho delineato fin qui, appare invece del tutto assente il potere regio, che tuttavia non può essere archiviato semplicemente come una forza posta totalmente ai margini delle dinamiche italiane.

Indubbiamente sul lungo periodo, a partire almeno dalla fine del secolo XI, l'Impero è in Italia una forza politica e militare lontana, con un'efficacia discontinua, connessa alle occasionali presenze dell'imperatore e delle sue armate sul territorio italiano. Una presenza che nessuno può ignorare, ma non un'effettiva e stabile realtà istituzionale[38]. In questo contesto, le forze locali appaiono in grado di attivare l'intervento imperiale, con la richiesta di diplomi o –più raramente– il ricorso alla giustizia regia. La forza legittimante dell'Impero appare infatti sempre forte, con una netta divaricazione tra questo impatto sul piano ideologico e una ridotta capacità di reale intervento.

Tuttavia la congiuntura specifica dei primi anni del XIII secolo deve essere letta in un'ottica parzialmente diversa: ci poniamo infatti nella fase intermedia tra i due grandi imperatori della dinastia sveva, Federico I Barbarossa e il nipote Federico II, i soli due sovrani del basso medioevo italiano a cui possiamo attribuire un coerente progetto di riaffermare la presenza istituzionale del regno sul territorio italiano.

Punto di riferimento deve quindi essere l'assemblea di Roncaglia del 1158 dove, come abbiamo visto[39], Federico I aveva posto al centro del suo modello istituzionale un capillare apparato giudiziario. Il fallimento di Federico e il riconoscimento dei poteri comunali non devono cancellare la forza ideologica di un progetto fondato sulla rielaborazione di modelli di tradizione romana suggeriti dai giuristi dell'università di Bologna[40]. La

38. TABACCO, *Egemonie sociali* cit., p. 273.

39. V. sopra, n. 5.

40. Per l'impatto complessivo dell'esperienza federiciana sui poteri italiani, v. R. BORDONE, *L'influenza culturale e istituzionale nel regno d'Italia*, in *Friedrich Barbarossa. Handlungspielraume und Wirkungsweisen des Staufischen Kaisers*, Sigmaringen 1992 (Vorträge und Forschungen, XL), pp. 146-168.

coerenza del progetto, con la centralità della dimensione giudiziaria nel contesto del consolidamento imperiale, si ritrova in pieno nell'azione di Federico II, che si pone all'incrocio di due tradizioni politiche: a quella dell'Impero, incentrata sulle teorizzazioni di Federico I, il nipote affiancò infatti quella derivante dal regno normanno del sud Italia, passato per via matrimoniale sotto il controllo degli Staufer. Federico II operò quindi su due piani: da un lato una chiara elaborazione teorica, che identificava il concetto di giustizia con la sovranità imperiale e che trovava espressione nella legislazione imperiale, e in particolare nel *Liber Augustalis*; dall'altro lato il tentativo di dare al progetto una concreta applicazione. Vediamo quindi che a partire dagli anni '20 l'imperatore costituì una rete di giudici delegati, una rete che si fece più fitta ed efficace soprattutto dopo la battaglia di Cortenuova, che nel 1237 segnò il punto più alto dell'affermazione di Federico in Italia. Il carattere realistico del progetto federiciano è ben testimoniato dalla sua tendenza al compromesso, dalla coesistenza di enunciazioni di principio, costruzione di un apparato regio e ampie concessioni a comuni e chiese, la cui giurisdizione viene riconosciuta in molti diplomi imperiali[41]. Complessivamente diverso il caso di alcune parti dell'Italia centrale, ai margini del *regnum Italiae*, in cui l'impero poté fondare la propria azione sul diretto possesso di cospicue basi patrimoniali, su cui consolidò un potere di controllo e di prelievo che integrava i modelli propriamente imperiali con quelli tipicamente signorili[42].

Il tentativo di Federico appare tuttavia orientato al fallimento già prima della morte dell'imperatore, nel 1250: negli ultimi anni di regno il controllo sui funzionari era incerto e si acuì ulteriormente la concorrenza dei comuni, con una netta riduzione degli spazi disponibili all'azione giudiziaria imperiale. Ma la politica federiciana è testimonianza importante di una possibilità: nei primi decenni del Duecento, la persistente, altissima fluidità dei quadri di potere lasciava spazio a sperimentazioni varie e divergenti. L'azione imperiale è una di queste sperimentazioni, un tentativo altamente innovativo fondato sulla riscoperta di princìpi antichi, come la pertinenza all'imperatore del superiore potere giurisdizionale. Il suo fallimento è un dato storico importante, ma lo è anche l'elaborazione di un progetto di tale portata.

Queste osservazioni ci portano alla conclusione probabilmente più importante che possiamo trarre dal quadro dei funzionamenti della giu-

41. A. Zorzi, *La giustizia imperiale nell'Italia comunale*, in *Federico II e le città italiane*, a c. di P. Toubert e A. Paravicini Bagliani, Roma 1994, pp. 85-103.

42. Fiore, *L'impero come signore* cit., in particolare pp. 41-46, 48 sg. e 54 sg.

stizia nel regno italico del Duecento. Se siamo partiti da quella che appare vistosamente come la linea dominante dell'evoluzione politica dell'Italia del XII e XIII secolo, ovvero l'affermazione dei comuni cittadini, l'analisi dei meccanismi giudiziari ci porta a una conferma e a una correzione: la conferma riguarda la grande creatività giuridica e istituzionale dei comuni, che sostiene e modella la loro straordinaria forza di espansione; la correzione riguarda invece l'ingannevole unilateralità e la visione finalistica che potrebbero derivare da una lettura delle dinamiche duecentesche italiane solo alla luce delle città. Il potere cittadino è certo, ma ne possiamo cogliere la rilevanza solo all'interno di un sistema di alternative estremamente ricco ed efficace. Ed è proprio il piano giudiziario a dimostrare questa efficacia, con un'altissima varietà di percorsi e forme di risoluzione dei conflitti, al cui interno tutte le forze politicamente attive sanno muoversi con consapevolezza.

Les serviteurs de l'État au début du XIIIe siècle (France et royaumes voisins): gens de savoir ou hommes d'expérience?

Jacques Verger

Le début du XIIIe siècle a été marqué dans plusieurs pays d'Occident par ce qu'on a pu appeler la naissance des «monarchies administratives»[1]. Le phénomène ne s'est pas produit partout exactement au même moment dans l'aire prise en considération dans la présente communication. Il s'amorce dans le monde anglo-normand dès le milieu du XIIe siècle, mais ne démarre véritablement en France que sous le règne de Philippe Auguste, dans la décennie 1190, et sans doute plus tard encore dans les royaumes ibériques. Dans tous les cas, il a été de pair avec un élargissement rapide et considérable des territoires contrôlés directement par le prince, au détriment des grands fiefs autonomes et, dans une moindre mesure, des communes urbaines ou, dans le cas des royaumes ibériques issus de la Reconquista, de l'ennemi extérieur musulman.

Ce brusque changement d'échelle impliquait un renforcement considérable du pouvoir royal, à la fois dans ses moyens et dans sa nature même, autrement dit à la fois dans ses bases concrètes et dans sa légitimation idéologique. En pratique, cela s'est traduit partout, quoique selon des modalités variables, d'une part par une diversification plus ou moins rapide et poussée des organismes centraux de gouvernement, ce que l'on appelle couramment «l'éclatement de la *Curia regis*», d'autre part par la mise en place d'un système stable et complet de circonscriptions territoriales, couvrant l'ensemble du royaume ou au moins du domaine royal, toutes ces circonscriptions –bailliages, *shires*, *merindades*– étant elles-mêmes pourvues d'institutions permanentes peuplées de représentants du pouvoir royal, désignés par lui et agissant en son nom.

1. Présentation classique de cette mutation dans M. Pacaut, *Les structures politiques de l'Occident médiéval*, Paris, 1969, pp. 193-224.

Cette double mutation institutionnelle avait pour objet de garantir au prince l'obéissance et la fidélité d'un nombre accru de sujets, en échange d'une certaine forme d'ordre public fondé sur la justice, la paix et l'orthodoxie religieuse. Le processus n'en était évidemment, au début du XIIIe siècle, qu'à ses débuts et il faut se garder d'insister de matière prématurée sur sa «modernité». Dans le cas du royaume de France par exemple, il est clair que la politique de Philippe Auguste n'a pas été la mise en œuvre d'un grand dessein systématique obéissant à des principes définis par avance, mais a surtout procédé, de manière pragmatique, par l'accumulation et la juxtaposition d'expériences locales très diverses, empiriques et limitées, dictées par les circonstances immédiates et souvent fondées sur les règles traditionnelles du droit féodal utilisées, pour ne pas dire détournées, à son profit par le souverain[2]. C'est une politique analogue, menée avec un certain cynisme, qui déclencha en Angleterre la révolte des barons contre Jean sans Terre (1215)[3].

Mais de toute façon, cause et conséquence à la fois du processus que vous venons de rappeler, les besoins de la monarchie, à la fois en termes de moyens matériels (financiers et militaires) et de ressources humaines, c'est-à-dire de serviteurs du prince, se sont considérablement accrus. Laissons ici de côté l'accroissement des ressources domaniales et fiscales et des capacités militaires (armées et fortifications), qui ne sont pas le sujet de cette communication, pour nous en tenir au problème des hommes.

Ce problème n'était pas nouveau et les souverains pouvaient d'abord continuer à puiser dans les élites traditionnelles qui se recommandaient soit par leur fidélité personnelle, soit par leurs capacités militaires et chevaleresques, soit par leur autorité religieuse. Il y avait là un vaste vivier, à la fois aristocratique et ecclésiastique, qui était d'autant plus disponible qu'il bénéficiait lui-même de l'essor économique et de la croissance démographique, partout sensibles à l'époque, sans parler, pour les clercs, de la réforme de l'Église, qui avait notablement renforcé la dignité morale et la compétence intellectuelle des évêques, abbés et chanoines parmi lesquels les souverains recrutaient depuis longtemps quelques-uns de leurs collaborateurs les plus fidèles[4]. Ajoutons à cela la possibilité plus récente de faire appel à des hommes issus des couches supérieures de la société

2. Voir J. W. Baldwin, *The Government of Philip Augustus. Foundations of French Royal Power in the Middle Ages*, Berkeley-Los Angeles, 1986.

3. Cf. R. V. Turner, *King John: England's Evil King*, Londres, 1994.

4. Sur ce personnel politique traditionnel et son évolution au XIIe siècle, voir M. Pacaut, *Louis VII et son royaume*, Paris, 1964.

urbaine, marchands et changeurs, chrétiens ou juifs (dans la Péninsule ibérique), plus habitués que l'aristocratie laïque traditionnelle au recours à l'écrit et au maniement de l'argent[5].

Les études plus ou moins complètes menées sur les familiers, serviteurs et officiers des souverains occidentaux du début du XIIIe siècle montrent que ceux-ci continuaient à relever largement, et même très majoritairement de ces catégories déjà anciennes. La structure exacte et l'importance respective des diverses catégories en question variaient d'un pays à l'autre, mais on peut dire que, globalement, les princes du sang, les *infantes*, et quelques représentants de la grande noblesse, comtes, barons, *ricos hombres*, constituaient les conseillers les plus proches et les chefs militaires, tandis qu'évêques et abbés des évêchés et monastères royaux —on pense évidemment à «frère Guérin», évêque de Senlis, principal conseiller de Philippe Auguste à la fin de son règne—, souvent assistés de quelques clercs de moindre rang, peuplaient en nombre les organes centraux de la *Curia regis*, les conseils, les tribunaux, la chancellerie[6]. La petite et moyenne aristocratie, celle des chevaliers, voire des ministériaux, fournissait quant à elle, à la fois nombre de conseillers, secrétaires, chambellans etc., souvent très proches du prince, et la masse des agents locaux du pouvoir, aux rôles souvent polyvalents d'administrateurs domaniaux, de juges, de collecteurs d'impôts et de responsables de la levée des contingents militaires et de la mise en défense des forteresses[7]. Quelques bourgeois enfin pouvaient prendre en charge l'affermage de certains impôts ou revenus domaniaux, la gestion des ateliers monétaires, l'approvisionnement de la cour[8].

Ceci ne signifie pas que les souverains occidentaux aient renoncé dès cette époque à des formes plus traditionnelles d'exercice du pouvoir fondées sur l'hommage, l'aide et le conseil des grands vassaux, le soutien des ordres religieux, par exemple, dans la Péninsule ibérique, des ordres militaires[9], ou l'appel aux grands plaids féodaux peu à peu transformés en «assemblées représentatives» des états du royaume, tels les parlements

5. On pense par exemple aux six bourgeois désignés par Philippe Auguste dans son «testament» de 1190 pour gérer les affaires de la ville de Paris (J. W. Baldwin, *The Government of Philip Augustus*, cité *supra* n. 2, pp. 102-104).

6. Voir J. W. Baldwin, «L'entourage de Philippe Auguste et la famille royale», dans *La France de Philippe Auguste. Le temps des mutations*, publ. sous la dir. de R.-H. Bautier (Colloques internationaux du CNRS, 602), Paris, 1982, pp. 59-75.

7. Cf. J. W. Baldwin, *The Government of Philip Augustus*, cité *supra* n. 2, pp. 106-136.

8. Cf. *supra* n. 5.

9. Cf. C. de Ayala Martínez, *Las órdenes militares hispánicas en la Edad Media (siglos XII-XV),* Madrid, 2003.

anglais et les *cortes* espagnoles[10]. Mais le rôle croissant des officiers royaux, dans des ressorts territoriaux stables et sans cesse plus vastes, avec des compétences élargies, n'en est pas moins le trait sans doute le plus significatif de l'évolution des structures politiques au début du XIIIe siècle, en tout cas en France.

Mais par là même, le développement de ce groupe des officiers n'allait pas sans susciter quelques difficultés. Le recours aux composantes traditionnelles rappelées plus haut posait le double problème de leur loyalisme et de leur compétence. Les élites aristocratiques et ecclésiastiques entretenaient souvent un lien personnel avec le souverain, mais elles avaient aussi leurs traditions d'indépendance, leurs propres réseaux de fidélités et d'alliances, leurs intérêts économiques spécifiques qui pouvaient entrer en contradiction avec les exigences du service du prince et de l'État et nourrir résistances plus ou moins ouvertes, voire révoltes ; tous les États ont plus ou moins à cette époque fait l'expérience de révoltes nobiliaires[11]. Quant aux compétences de ces hommes, elles découlaient essentiellement, soit des traditions et apprentissages familiaux, soit de l'expérience pratique, soit enfin, pour les clercs, d'une formation intellectuelle mais tournée avant tout vers l'Écriture sainte, la littérature sacrée et les textes liturgiques. Cela suffisait-il toujours dans un contexte où les transformations du pouvoir royal semblaient imposer une maîtrise accrue et polymorphe de l'écrit, un souci constant de rationalité dans la gestion et un arsenal renouvelé d'arguments pour légitimer ces transformations mêmes?[12] Ne fallait-il pas désormais au prince un nouveau type de serviteurs?

On est dès lors tenté de rapprocher les mutations des structures politiques des royaumes d'Occident au tournant des XIIe et XIIIe siècles d'une autre mutation majeure de cette époque, à savoir l'essor des écoles urbaines et des universités, le renouveau des disciplines savantes, l'émergence, comme groupe social autonome, des *magistri* ou, pour dire les choses de manière plus large, des «gens de savoir».

Il est inutile de revenir ici en détail sur ces phénomènes. Rappelons-en simplement quelques traits importants pour notre propos. Le XIIe siècle a

10. Voir R. Bartlett, *England under the Norman and Angevin Kings, 1075-1225*, Oxford, 2000, pp. 143-146, et E. S. Procter, *Curia and Cortes in León and Castile, 1072-1295*, Cambridge, 1980.

11. Les plus importantes étant évidemment celles des barons anglais, rançon probable du développement précoce du pouvoir royal en Angleterre (cf. J. C. Holt, *Magna Carta*, 2e éd., Cambridge, 1992).

12. Cf. M. T. Clanchy, *From Memory to Written Record: England, 1066-1307*, 2e éd., Oxford, 1993.

été le témoin de l'essor des écoles urbaines ; le plus souvent, il s'agissait d'écoles cathédrales ou capitulaires ou en tout cas d'écoles tenues par des clercs et se développant sous le contrôle de l'Église, contrôle maintenu par le système, bien au point à partir des années 1170, de la *licentia docendi* ; ce n'est qu'en Italie, accessoirement en Provence, Languedoc ou Catalogne que des écoles véritablement laïques ont alors pu voir le jour. Ce renouveau scolaire a été un phénomène assez général qu'on observe un peu partout en Europe occidentale, mais seuls quelques rares foyers, avant tout Paris et Bologne, ont atteint une taille, une continuité et un rayonnement intellectuel qui leur ont permis de bénéficier d'un recrutement «international», dépassant largement le cadre diocésain, et de peser par ailleurs sur les destinées de la culture savante dans la Chrétienté de ce temps[13]. Sans contester, en tout cas à Paris, le primat de la science sacrée ni l'autorité suprême de la Bible, ces écoles ont en effet redonné vie, par le recours à la fois aux textes antiques et arabes, redécouverts ou traduits, et aux ressources heuristiques de la question dialectique, à des disciplines depuis longtemps oubliées: la grammaire et la rhétorique, la «philosophie» en ses multiples composantes (philosophie rationnelle, naturelle et morale, sciences du *quadrivium*), le droit romain enfin, défini comme expression de la *ratio scripta* et principe incontestable de régulation sociale. Ces disciplines profanes ont, malgré les inquiétudes des moines traditionalistes, renouvelé en profondeur la démarche des sciences religieuses avec l'avènement de la théologie scolastique et du droit romano-canonique, mais elles se sont aussi développées de façon autonome, soutenues à la fois par les curiosités intellectuelles qu'elles suscitaient et l'utilité sociale dont elles pouvaient se targuer dans un monde en mutation[14].

La meilleure preuve de l'impact social du renouveau scolaire a été l'émergence du groupe des *magistri*, c'est-à-dire des lettrés passés par les écoles urbaines et en tirant une compétence intellectuelle et une autorité reconnues. Dans l'Europe septentrionale, ces *magistri* étaient généralement des clercs, quoique jouissant d'une certaine autonomie au sein du clergé[15]. Dans les pays méditerranéens, en Italie, en Provence, en Languedoc, en Catalogne, il pouvait s'agir, à côté des clercs, de juristes (*jurisperiti*) et de médecins laïcs,

13. Présentation générale du renouveau scolaire du XIIe siècle dans J. VERGER, *La Renaissance du XIIe siècle*, Paris, 1996.

14. Sur le renouveau juridique à partir du XIIe siècle, voir H. J. BERMAN, *Law and Revolution. The Formation of the Western Legal Tradition*, Cambridge Mass., 1983.

15. Sur les débuts au moins de la montée de l'autorité des *magistri* au sein de l'Église, voir C. GIRAUD, *Per verba magistri. Anselme de Laon et son école au XIIe siècle* (Bibliothèque d'histoire culturelle du Moyen Âge, 8), Turnhout, pp. 437-492.

qui trouvaient à s'employer en nombre au service des églises, des princes ou des villes[16]. Parfois autochtones, parfois italiens et en tout cas le plus souvent formés dans des écoles italiennes, ces *jurisperiti*, clercs ou laïcs, pouvaient d'ailleurs circuler largement et on en retrouve quelques-uns dès le XIIe siècle jusque dans la France royale, en Angleterre et dans la Péninsule ibérique.

Au tournant des XIIe et XIIIe siècles, quelques-unes de ces écoles, on le sait, se sont transformées en «universités», c'est-à-dire en institutions autonomes, solidement structurées et dotées de statuts et privilèges, constituant là où elles étaient établies de véritables communautés de maîtres et/ou d'étudiant se consacrant à l'étude des disciplines supérieures mentionnées ci-dessus[17]. À dire vrai, les institutions que les historiens regroupent sous la dénomination d'universités sont, dès le début du XIIIe siècle, assez diverses[18]. Les premières et les plus importantes furent évidemment celles de Paris et de Bologne, d'ailleurs très différentes tant dans leur système institutionnel que dans leur orientation intellectuelle. Puis apparurent quelques autres universités constituées directement sur les modèles parisien ou bolognais: Oxford et Cambridge, Montpellier et Padoue. Par extension, on considère aussi comme des «universités», ou au moins des *studia generalia*, des centres scolaires de moindre importance et nettement moins autonomes par rapport aux pouvoirs ecclésiastiques ou politiques, à savoir ceux qui furent fondés dans les mêmes années à Palencia, Salamanque, Naples ou Toulouse ; nous y reviendrons plus bas. Il vrai que si l'on ne retrouve pas ici l'autonomie propre aux véritables universités, il s'agissait bien, malgré tout, de communautés régies par des statuts, se consacrant à l'enseignement de disciplines savantes —surtout, en l'occurrence, le droit civil ou canonique— et susceptibles de délivrer des grades.

On s'est interrogé sur les causes de cette mutation institutionnelle qui a entraîné le passage des écoles à l'université. Chez les premiers concernés, maîtres et étudiants, le goût désintéressé des études et du savoir a pu jouer

16. Présentation synthétique dans A. Gouron, «Un assaut en deux vagues: la diffusion du droit romain dans l'Europe du XIIe siècle», dans *El dret comú i Catalunya. Actes del Ier Simposi internacional, Barcelona, 25-26 de maig de 1990*, ed. A. Iglesia Ferreirós (Fundació Noguera, Estudis 2), Barcelone, 1991, pp. 47-63 (réimpr. dans A. Gouron, *Droit et coutume en France aux XIIe et XIIIe siècles*, Aldershot, 1993, nº XVI).

17. Cf. J. Verger, «Des écoles du XIIe siècle aux premières universités: réussites et échecs», dans *Renovación intelectual del Occidente europeo (siglo XII)* (XXIV Semana de Estudios Medievales, Estella, 14 a 18 julio de 1997), Pampelune, 1998, pp. 249-273.

18. Sur les débuts des diverses universités apparues en Occident au XIIIe siècle, voir les notices de H. Rashdall, *The Universities of Europe in the Middle Ages*, éd. par F. M. Powicke et A. B. Emden, 3 vol., Londres, 1936.

un rôle[19], mais aussi le désir d'affirmer la spécificité de leur vocation sociale en se démarquant du monde traditionnel des clercs et des moines pour mieux accéder aux positions que pouvaient leur valoir désormais leurs compétences intellectuelles reconnues[20]. De toute façon, la naissance des universités ne s'est pas faite de manière purement spontanée, il a fallu que les autorités supérieures, ecclésiastiques ou laïques, papauté ou princes, interviennent pour favoriser l'émancipation plus ou mois complète des écoles, les doter de privilèges, confirmer leurs statuts et valider les grades qu'elles décernaient[21].

On est donc fondé à se demander quel lien a pu exister entre mutation du pouvoir royal et mutation des institutions scolaires et si les deux processus ne se sont pas renforcés réciproquement.

Naturellement, il ne s'est pas agi d'un lien direct. Chaque processus a eu son autonomie et sa logique propre. Alors que la nouvelle donne politique résultait d'abord, comme je l'ai dit plus haut, de l'extension territoriale de l'autorité princière, de la revalorisation de la figure royale et du déclin de la «féodalité», l'essor scolaire et universitaire a été fondamentalement, quant à lui, un mouvement de «renaissance» culturelle et qui, sauf peut-être en Italie, s'est maintenu pour l'essentiel dans un cadre ecclésiastique, à la fois soutenu et contrôlé par l'Église et la papauté qui, tout en en percevant les risques, était convaincue d'en tirer de multiples avantages tant pour l'encadrement pastoral des fidèles que pour l'affermissement de l'orthodoxie et l'exaltation du magistère romain[22]. On observe d'ailleurs entre les deux phénomènes trop de décalages chronologiques et géographiques pour que l'on puisse croire à une interaction immédiate. Les principaux foyers de l'essor scolaire puis universitaire se sont trouvés en France du Nord et en Italie, alors que c'est en Angleterre que les mutations politiques ont été les plus précoces et les plus profondes ; mais les clercs anglais ont longtemps étudié majoritairement dans les écoles parisiennes, de la même

19. C'est la thèse développée dans H. Grundmann, *Vom Ursprung der Universität im Mittelalter,* 2e éd., Darmstadt, 1964.

20. Comme l'a souligné P. Classen, «Die hohen Schulen und die Gesellschaft im 12. Jahrhundert», *Archiv für Kulturgeschichte*, 48 (1966), pp. 155-180.

21. Cf. J. Verger, «À propos de la naissance de l'université de Paris: contexte social, enjeu politique, portée intellectuelle», dans *Schulen und Studium im sozialen Wandel des hohen und späten Mittelalters*, hg. v. J. Fried (Vorträge und Forschungen, XXX), Sigmaringen, 1986, pp. 69-96 (réimpr. dans J. Verger, *Les universités françaises au Moyen Âge* (Education and Society in the Middle Ages and Renaissance, 7), Leyde , pp. 1-35).

22. Cf. W. Maleczek, «Das Papsttum und die Anfänge der Universität im Mittelalter», *Römische historische Mitteilungen*, 27 (1985), pp. 85-143.

façon que les juristes nombreux et actifs dans la France du Midi et la Péninsule ibérique allaient chercher leur formation à Bologne avant de revenir faire carrière au pays, où des écoles ou des universités vraiment actives ne se développeront que très progressivement au cours du XIIIe siècle, telles celles de Toulouse ou Salamanque, quand elles ne péricliteront pas comme celle de Palencia[23]. D'autres facteurs que la demande politique ont donc certainement joué dans le devenir des écoles.

Les princes ont cependant porté un certain intérêt au développement des institutions d'enseignement, voire à la naissance des premières universités. Dès 1200, Philippe Auguste conférait aux *scolares* parisiens un célèbre privilège qui les plaçait sous la sauvegarde royale tout en reconnaissant le caractère clérical de leur statut personnel et cette attitude favorable ne se démentira pas, semble-t-il, tout au long de son règne, même si les interventions décisives permettant véritablement la création de l'université viendront dans les années suivantes non du roi, mais de la papauté[24]. En Angleterre, à partir des années 1220, Henri III se montrera encore plus favorable à la jeune université d'Oxford et c'est à lui qu'on devra les principales concessions de privilèges pour une institution dont l'aire de recrutement ne dépassait guère, il est vrai, les limites du royaume[25]. Si on passe aux régions méridionales, à Toulouse, c'est évidemment le traité de Paris (1229) qui imposera au comte de prendre en charge le financement des nouvelles écoles créées auprès de la cathédrale et il ne s'en acquittera qu'avec beaucoup de mauvaise volonté[26], mais les souverains ibériques se montreront beaucoup plus actifs et bienveillants et si ce n'est que dans la seconde moitié du XIIIe siècle que le roi Jacques Ier d'Aragon interviendra personnellement pour faire de Montpellier un foyer d'études juridiques[27],

23. Pour Toulouse, voir Y. Dossat, «L'université de Toulouse, Raymond VII, les capitouls et le roi», dans *Les Universités du Languedoc au XIIIe siècle* (Cahiers de Fanjeaux, 5), Toulouse, 1970, pp. 58-91 ; pour Salamanque, voir dans *La Universidad de Salamanca*, I, *Trayectoria histórica y Proyecciones*, M. Fernández Alvarez dir., L. Robles Carcedo, L. E. Rodríguez-San Pedro Bezares coord., le chapitre I d'A. García y García, «Los difíciles inicios (siglos XIII-XIV)», pp. 13-34 ; pour Palencia, A. Rucquoi, «La double vie de l'université de Palencia (*c*. 1180-*c*. 1250)», *Studia Gratiana*, XXIX (1998), pp. 723-748.

24. Cf. J. Verger, «À propos de la naissance de l'université de Paris», cité *supra* n. 21.

25. Voir dans *The History of the University of Oxford*, vol. I, *The Early Oxford Schools*, ed. by J. I. Catto, Oxford, 1984, le chapitre 3 de C. H. Lawrence, «The University in State and Church», spécialement les pp. 125-150.

26. Cf. P. Bonnassie et G. Pradalié, *La capitulation de Raymond VII et la fondation de l'Université de Toulouse, 1229-1979. Un anniversaire en question*, Toulouse, 1979.

27. En 1268, le roi d'Aragon essaya d'instituer à Montpellier un enseignement de droit civil de type universitaire sans en avoir référé à l'évêque de Maguelone, qui protesta ; le pape

ceux de León et de Castille sont considérés par les chroniqueurs comme les fondateurs directs des *studia generalia* de Palencia (dans les années 1180) et Salamanque (v. 1218), même si ce fut en collaboration avec les évêques et chapitres locaux[28].

Ces interventions politiques, plus complémentaires que concurrentes de celles de l'Église, ne paraissent pas avoir suscité de véritable opposition de la part de celle-ci, ni des maîtres ou des étudiants eux-mêmes. Certes, à en croire certains textes du temps et les résultats des enquêtes prosopographiques, ceux-ci semblent avoir songé davantage à des carrières ecclésiastiques ou, s'agissant des *jurisperiti* et médecins méridionaux, à une pratique privée[29]. Le développement de l'institution universitaire, en créant un système officiel de diplômes et en donnant plus de relief et de sécurité au métier d'enseignant, semble même avoir eu pour effet de fixer plus durablement une partie au moins des maîtres dans le monde clos et protégé de l'école, par opposition à l'univers frelaté et incertain des *curiales*[30]. Ceci ne signifie cependant pas que les gens de savoir aient refusé systématiquement, si l'occasion s'en présentait, le service du prince, qui n'était d'ailleurs pas incompatible avec un passé professoral ou une belle carrière ecclésiastique, notamment d'évêque. Comme l'a bien montré John Baldwin, les cas de chanoines ou d'évêques issus du monde des *magistri* et mettant leur compétence intellectuelle au service du roi, ont été particulièrement nombreux dans l'Angleterre des premiers Plantagenêt, surtout au niveau de l'entourage immédiat du prince et des organes centraux de gouvernement, sans oublier quelques «opposants» célèbres également issus du monde des écoles comme Étienne Langton[31]. Ils le

imposa son arbitrage et finit, en 1289, par adresser aux écoles de Montpellier une bulle de fondation (ou de confirmation) qui en faisait véritablement un *studium generale* réintégré sous l'autorité ecclésiastique ; voir *Cartulaire de l'université de Montpellier*, t. I, Montpellier, 1890, n° 12, 13, 20, et A. Gouron, «Signification et portée de la bulle du 26 octobre 1289», dans *L'université de Montpellier, ses maîtres et ses étudiants depuis sept siècles (1289-1989),* Montpellier, 1995, pp. 11-26.

28. Voir *supra* n. 23.

29. Cette relative réticence devant les offices royaux s'observe notamment dans le Midi de la France jusqu'à la fin du XIIIe siècle (cf. J. Strayer, *Les gens de justice du Languedoc sous Philippe le Bel,* Toulouse, 1970).

30. Sur la stabilisation des carrières professorales au XIIIe siècle, voir W. J. Courtenay, *Teaching Careers at the University of Paris in the Thirteenth and Fourteenth Centuries* (Texts and Studies in the History of Mediaeval Education, XVIII), Notre Dame Ind., 1988.

31. J. W. Baldwin, «*Studium et Regnum*. The Penetration of University Personnel into French and English Administration at the Turn of the Twelfth and Thirteenth Centuries», *Revue des Études islamiques*, 44 (1976), p. 199-215 [numéro spécial: *L'enseignement en Islam et en*

furent nettement moins dans la France de Louis VII et Philippe Auguste qui, à quelques exceptions près, parfois assez éphémères d'ailleurs,[32] continuèrent à recruter leurs conseillers parmi les chevaliers d'Île-de-France ou des clercs d'origine modeste tout dévoués à leurs personnes ; ce n'est qu'à partir du règne de saint Louis, donc du second tiers du XIIIe siècle, que les *magistri*, gradués parisiens parvenus à l'épiscopat comme Guillaume d'Auvergne, ancien régent en théologie devenu évêque de Paris (1228-1249) et conseiller influent de Blanche de Castille et de son fils[33], ou juristes formés à Orléans ou en Italie, se retrouvèrent en nombre non négligeable à la cour et dans l'entourage royal ; au niveau local, celui des bailliages, le roi était encore représenté par des officiers polyvalents qui semblent avoir rarement été des hommes de culture (ce qui ne veut évidemment pas dire qu'ils aient été dépourvus de toute formation scolaire, ni de toute compétence intellectuelle), mais plutôt des administrateurs et des militaires issus de la petite noblesse, ne disposant encore que d'un petit nombre d'auxiliaires[34].

Pour autant que je sache, le tableau est assez comparable dans les diverses monarchies ibériques. On voit apparaître à la fin du XIIe siècle, en León et dans une moindre mesure en Castille, des *judices curie* qui étaient des juristes professionnels, mais le gros des officiers royaux (*alcaldes*, *merinos*) semblent avoir des hommes forts surtout d'un savoir-faire pratique et, au mieux, d'une certaine connaissance du droit coutumier[35].

Au total donc, surtout hormis le cas de l'Angleterre, le recours de la part des princes aux compétences techniques des hommes de savoir était encore limité au début du XIIIe siècle. Cela était-il dû à une offre insuffisante, ces hommes de savoir étant encore trop peu nombreux et, de surcroît, assez peu enclins à s'engager au service de l'État? C'est possible.

Occident au Moyen Âge). Sur le rôle politique d'Étienne Langton, voir F. M. POWICKE, *Stephen Langton*, Oxford, 1928, rééd. 1997 (spécialement pp. 102-161).

32. On trouve dans l'entourage de Louis VII quelques *jurisperiti* comme «maître Mainier» ou le notaire royal Giraud de Bourges, dans celui de Philippe Auguste, un éminent théologien parisien devenu archevêque de Sens, Pierre de Corbeil, et, de manière assez fugitive, un juriste bolognais, Lothaire de Crémone (voir Y. SASSIER, *Louis VII*, Paris, 1991, pp. 417-418, et J. W. BALDWIN, *The Government of Philip Augustus*, cité *supra* n. 2, pp. 181-182 et 498).

33. Sur la vie et l'œuvre de Guillaume d'Auvergne, voir *Autour de Guillaume d'Auvergne († 1249)*, études réunies par F. MORENZONI et Y. TILLIETTE (Bibliothèque d'histoire culturelle du Moyen Âge, 2), Turnhout, 2005.

34. Cf. J. W. BALDWIN, *The Government of Philip Augustus*, cité *supra* n. 2, pp. 125-136.

35. Cf. E. S. PROCTER, *Curia and Cortes in León and Castile*, cité *supra* n. 10, pp. 68-69. Sur le rôle sans doute plus important des juristes au Portugal dès le règne d'Alphonse II, voir dans le présent volume la communication de Maria João BRANCO.

Faut-il imaginer une résistance des élites sociales traditionnelles face à la concurrence de nouveaux venus? C'est également possible, mais on n'en a guère d'indices explicites pour cette époque, ce qui tendrait à confirmer que cette concurrence n'était pas encore très forte. La méfiance ne serait-elle pas plutôt venue des rois eux-mêmes, restés fidèles aux formes anciennes de gouvernement et d'administration? Si l'on n'admet plus guère aujourd'hui que Philippe Auguste ait pu être l'inspirateur de la bulle *Super speculam* du 16 novembre 1219 qui prohibait l'enseignement du droit romain à Paris, par hostilité pour cette discipline savante et «impériale» et par fidélité à la coutume, nationale et «populaire»[36], il reste que ni lui ni les autres souverains contemporains n'ont cherché à développer des écoles de droit dans leurs royaumes, se contentant des rares légistes qui pouvaient leur revenir après des études en Italie

Peut-être, mais on ne peut affirmer pour autant que les souverains anglais et même français ou espagnols, au tournant des XIIe et XIIIe siècles, n'aient pas senti l'utilité des formes nouvelles de légitimation idéologique que pouvaient leur offrir des lettrés à leur service.

Plusieurs types de productions intellectuelles pouvaient servir de supports à cette entreprise de légitimation. En gros, on peut distinguer trois registres, celui des compilations et codifications législatives, celui des traités politiques qui, à dire vrai, empruntent volontiers la forme détournée de commentaires bibliques ou juridiques, celui enfin de l'historiographie nationale ou dynastique. Les auteurs de ces divers types d'œuvres présentent des profils sociologiques variés, mais qui les mettent le plus souvent en rapport avec le monde de la cour, si ce n'est au service direct du souverain: chanoines ou moines de cathédrales ou de monastères royaux, comme Saint-Denis en France, maîtres des écoles parisiennes, clercs de chancellerie, évêques de cour, etc. Resterait évidemment à se demander ce qui a pu rapprocher ainsi ces hommes de savoir, le plus souvent d'origine et même d'appartenance cléricale, du monde politique. Est-ce le prince qui a fait appel à eux, comme le fit Philippe Auguste en confiant l'éducation de son fils Louis à Amaury de Bène, un maître ès-arts brillant qui finira par attirer sur lui les censures ecclésiastiques?[37]. Ou ont-ils d'eux-mêmes

36. Sur les problèmes d'interprétation de la bulle *Super speculam*, voir en dernier lieu G. Giordanengo, «Résistances intellectuelles autour de la Décrétale *Super Speculam* (1219)», dans *Histoire et société. Mélanges offerts à Georges Duby*, vol. III, Aix en Provence, 1992, pp. 141-155.

37. Cf. G. Dickson, «The Burning of the Amalricians», *Journal of Ecclesiastical History*, 40 (1989), pp. 347-369.

offert leurs services et, en ce cas, l'ont-ils fait par ambition personnelle, par convictions intellectuelles ou par désir d'échapper à la tutelle exclusive de l'Église et de la papauté?

Quoi qu'il en soit, ici encore, il faut sans doute souligner une certaine avance de l'Angleterre Plantagenêt puisque, dès la seconde moitié du XIIe siècle, celle-ci a produit, généralement dans des milieux proches du roi, les premiers recueils systématiques de *Common Law* («Glanvill») et des traités politiques parfois destinés à un grand succès jusque sur le Continent (Jean de Salisbury, Giraud de Barri)[38] pour ne pas parler d'une riche historiographie dynastique inaugurée par Geoffroy de Monmouth et Aelred de Rievaulx, continuée par Roger de Hoveden, Raoul de Diceto, etc.[39].

Dans le royaume de France, si les capacités législatives du pouvoir royal restent encore embryonnaires, en sorte qu'on ne trouve à l'époque de Philippe Auguste ni la production suivie d'ordonnances royales, ni la mise par écrit des coutumes que les légistes et officiers royaux, tels Pierre de Fontaines ou Philipe de Beaumanoir, ne commenceront à prendre en charge que sous le règne de saint Louis[40], la réflexion, directe ou indirecte, sur la nature du pouvoir royal était pourtant présente dès cette époque chez les maîtres des écoles parisiennes. Étienne de Tournai, ancien maître de Bologne et Paris puis abbé de Sainte-Geneviève, avait, dès la fin du règne de Louis VII, dans sa *Somme sur le Décret*, «osé attribuer au roi, dans les limites du royaume, la prérogative impériale de faire des constitutions et des édits» (J. Krynen)[41]. Un peu plus tard, comme l'a bien montré Philipe Buc, les commentaires bibliques permettront à certains théologiens parisiens contemporains de Philippe Auguste de réfléchir sur la nature du pouvoir, de définir la figure du roi sage et justicier, de mettre en garde contre la tyrannie et de rappeler les droits du peuple[42]. L'historiographie enfin est sollicitée, qu'elle provienne de Saint-Denis (Rigord) ou directement des milieux de cour (Gilles de Paris, Guillaume le Breton),

38. Sur la littérarure politique anglaise, voir F. Lachaud, *L'éthique du pouvoir au Moyen Âge. L'office dans la culture politique (Angleterre, vers 1150-vers 1330),* Paris, 2010.

39. Sur l'historiographie anglaise de Henri II à Jean sans Terre, voir A. Gransden, *Historical Writing in England, c. 550 to c. 1307*, Londres, 1974, pp. 219-355.

40. Voir A. Rigaudière, «Législation royale et construction de l'État dans la France du XIIIe siècle», dans *Renaissance du pouvoir législatif et genèse de l'État*, dir. par A. Gouron et A. Rigaudière (Publications de la Société d'histoire du droit et des institutions des anciens pays de droit écrit, III), Montpellier, 1988, pp. 203-236.

41. J. Krynen, *L'empire du roi. Idées et croyances politiques en France, XIIIe-XVe siècle*, Paris, 1993, p. 70.

42. Ph. Buc, *L'ambiguïté du livre. Prince, pouvoir, et peuple dans les commentaires de la Bible au Moyen Âge* (Théologie historique, 95), Paris, 1994.

pour dresser le portrait d'un roi à la fois souverain, travaillant sans cesse à l'accroissement de la *res publica*, très chrétien et défenseur de l'Église, aimé enfin de son peuple et proche de ses sujets[43]. On voit que se constituait ainsi, par l'action très explicite d'hommes de savoir puisant à des sources multiples (la Bible, les Pères, le droit romain, la tradition nationale) et proches du souverain, sinon inspirés par lui, un dispositif, sinon un système, idéologique susceptible, dans un proche avenir de légitimer et d'orienter le développement de la monarchie administrative et l'action de ses agents.

Un mot pour finir sur les royaumes ibériques. Ici non plus, le temps n'était pas encore venu des grands compilations juridiques (*Fuero real*, *Espéculo*, *Siete Partidas*) et les maîtres et *jurisperiti* qu'on pouvait rencontrer dans l'entourage des princes, étaient encore assez peu nombreux et formés généralement en France ou en Italie[44]. En revanche, la Péninsule ibérique se distinguait depuis le XIIe siècle, on le sait, par une production historiographique d'une qualité et d'une ampleur exceptionnelles. Cette production qui culmine en León et Castille à la fin de notre époque avec le *Chronicon* de Lucas de Tuy et le *De rebus Hispaniæ* de Rodrigo Jiménez de Rada, combinait elle aussi l'exaltation de la nation hispanique héritière des Goths avec la célébration du souverain sage et protecteur des études puisque ces deux chroniqueurs mentionnent d'ailleurs explicitement les fondations de Palencia et Salamanque par Alphonse VIII et Alphonse IX de León[45].

Il semble bien, au total, que l'on puisse considérer que dans les royaumes ici pris en compte, au début du XIIIe siècle, le groupe des serviteurs de l'État se soit encore majoritairement recruté parmi ceux que leur fidélité personnelle ou familiale, leurs capacités pratiques, leurs vertus religieuses réelles ou supposées recommandaient au prince comme ses auxiliaires en quelque sorte naturels. Et, à dire vrai, ces critères n'étaient pas près de disparaître. Mais d'autres hommes recherchés pour de tout autres compétences —les études, le savoir, l'aptitude au travail intellectuel et à la pensée abstraite— commençaient à faire leur apparition dans les entourages royaux, si ce n'est dans les rouages locaux de l'administration

43. Cf. J. Krynen, *L'empire du roi*, cité *supra* n. 41, pp. 51-64.

44. L'effort législatif semble avoir été plus précoce au Portugal (voir dans le présent volume la communication de Maria João Branco).

45. Cf. M. A. Rodriguez de la Peña, «*Rex scholaribus impendebant* [sic]: the King's Image as Patron of Learning in Thirteenth Century French and Spanish Chronicles: A Comparative Approch», *The Medieval History Journal*, 5 (2002), pp. 21-36.

publique. Le mouvement ainsi lancé ne s'arrêtera plus désormais. Mais ce qu'il faut ici surtout souligner, c'est qu'il a été accéléré, voire préparé, par un effort de réflexion sur la nature, les moyens et les fins du pouvoir dont les gens de savoir, à partir de sources diverses, ont pris eux-mêmes, dans une large mesure, l'initiative. Ira-t-on jusqu'à dire que, dans un contexte incertain, ce sont eux qui ont su faire sentir au prince qu'ils pouvaient lui être utiles, sinon indispensables?

1212-1214: El trienio que hizo a Europa. Una aproximación bibliográfica

Susana Aparicio Rosillo

La XXXVII Semana de Estudios Medievales de Estella se ha centrado en el octavo centenario de un enfrentamiento tan importante para la historia medieval europea como el de las Navas de Tolosa, tanto por su significación política como por la relevancia simbólica que luego cobraría. De hecho, si se fija la atención en los manuales escolares, tanto Las Navas como Bouvines se convirtieron enseguida en mitos y en hitos de una imagen desarrollada de expansión conquistadora de las monarquías medievales.

Por tanto, los enfrentamientos que jalonaron este trienio, representados por las batallas de las Navas de Tolosa, Bouvines y Muret fueron cubiertos ya por sus contemporáneos con una amplia producción cronística, y posteriormente también por una historiografía muy completa, sobre todo desde el ámbito francés. Estas batallas se integran, como decimos, en un gran y complejo proceso de rectificación de las estructuras económicas, sociales y políticas de las sociedades europeas a lo largo de los años finales del siglo XII y los albores del siglo XIII. Las grandes monarquías empezaban a estar consolidadas gracias no sólo a su poderío meramente militar, sino también a su incipiente desarrollo institucional y financiero.

El emperador Enrique VI, el papa Celestino III, el rey Alfonso *el Casto* de Aragón, el conde de Tolosa y el rey Ricardo I de Inglaterra entre otros desaparecieron con el cambio de siglo, de modo que se produjo un relevo generacional que compuso un nuevo marco europeo de relación. En este marco nos encontramos con el largo reinado de Felipe Augusto, que ha dado pie a una amplia producción bibliográfica, ya que representaba un momento de cambio y estructuración de los mecanismos de mantenimiento del poder. Este reinado constituyó el punto de partida de las monarquías administrativas, al romperse la llamada *curia regis* y fomentarse también las nuevas instituciones de gobierno, como los bailes y los merinos, un modelo que se exportará posteriormente a otros reinos europeos.

Por su parte, Inglaterra estaba también inmersa en un proceso de cambio y consolidación de los poderes internos, cristalizado en la redacción de la *Magna Carta*, y de asentamiento en sus tierras continentales aquitanas, así como de desarrollo de sus redes relacionales con el resto de monarcas de la Cristiandad.

Dentro del marco hispánico, y sobre todo relacionada precisamente con una de las batallas que dan forma a este proceso, las Navas de Tolosa, localizamos también una amplia producción histórica, relacionada con su simbolismo como gran victoria frente a los musulmanes y culminación de los esfuerzos de recuperación del territorio. En este repertorio se han seleccionado del mismo modo las obras relacionadas con los monarcas que tomaron parte en la contienda, Sancho VII de Navarra, Alfonso VIII de Castilla y Pedro II de Aragón, que serían también los artífices de una política europea de expansión y relación, superando pues el marco meramente peninsular.

Por último, se debe destacar la bibliografía referente a los sucesos derivados de la Cruzada albigense, que durante esta última década se ha centrado en intentar esclarecer las múltiples y complejas facetas de este conflicto, más allá de la historiografía clásica referente a la herejía cátara y a la actuación de los cruzados. La propia participación hispánica en esta contienda reflejaba los importantes lazos que vincularon a las monarquias de la Península, sobre todo a la aragonesa de Pedro II con las tierras del otro lado de los Pirineos.

Es necesario señalar también la importancia del papado de Inocencio III, el vicario de Cristo que presidió los acontecimientos de este trienio. Este pontífice ha sido uno de los más estudiados de toda la Edad Media, debido no sólo a su propia personalidad sino por la trascendencia de sus decisiones, que representan el triunfo de la teocracia pontificia, objetivo principal de las actuaciones de la Iglesia católica durante los siglos alto y plenomedievales.

Este repertorio bibliográfico pretende pues mostrar, mediante el repaso a las principales aportaciones de la historiografía actual[1], una panorámica general de estos años que significaron la eclosión de los grandes poderes medievales europeos.

1. Por tanto, estas páginas se han centrado en la producción historiográfica posterior a 1975, exceptuando el caso de las crónicas o fuentes primarias.

ALBARET, Laurent; GOUZY, Nicolas (dir.): *Les grandes batailles méridionales, 1209-1271*, ed. Privat, Toulouse, 2005.

ÁLVAREZ BORGE, Ignacio: *Cambios y alianzas: la política regia en la frontera del Ebro en el reinado de Alfonso VIII de Castilla (1158-1214)*, ed. CSIC, Madrid, 2008.

ÁLVAREZ PALENZUELA, Vicente A.: «El Císter y la idea de cruzada: las Navas de Tolosa y Rodrigo Jiménez de Rada» en *Cistercium: Revista cisterciense*, n.º 238, 2005, pp. 307-321.

ALVIRA CABRER, Martín: *Muret 1213. La batalla decisiva de la Cruzada contra los Cátaros*, ed. Ariel, col. «Grandes Batallas», Barcelona, 2008.

— *El Jueves de Muret. 12 de Septiembre de 1213*, Barcelona, Universitat de Barcelona, 2002.

— «La Croisade des Albigeois: une armée gigantesque?» en *Colloque d'Histoire. XXe Rencontres de Béziers*, ed. Univ. et Recherche en Biterrois (URBI)-Ville de Béziers-Communauté d'Agglomération Béziers Méditerranéen-Université de Perpignan Via Domitia, Béziers, 2010 (en prensa).

— «Autour du sac de Béziers.Richesses et malheurs en Languedoc au XIIIe siècle» en *Colloque d'Histoire. XXe Rencontres de Béziers*, ed. Univ. et Recherche en Biterrois (URBI)-Ville de Béziers-Communauté d'Agglomération Béziers Méditerranéen-Université de Perpignan Via Domitia, Béziers, 2010 (en prensa).

— «Aspects militaires de la croisade en Commémoration de la Croisade contre les Albigeois, 1209-2009» en *Table ronde «Catharisme et croisade»*, ed. Conseil général de l'Aude, Carcasona, 2010 (en prensa).

— MACÉ, Laurent; SMITH, Damian J.: «Le Temps de la "Grande Couronne d'Aragon" du roi Pierre le Catholique. À propos de deux documents relatifs à l'abbaye de Poblet (février et septembre 1213)», en *Annales du Midi*, n.º 121, 2009, pp. 5-22.

— «La Croisade contre les Albigeois» en SAVALL, Jordi (dir.): *Le Royaume Oublié. La Tragédie Cathare. The Albigensian Crusade*, ed. Hespèrion XXI-La Capella Reial de Catalunya-Alia Vox, 2009, pp. 38-43.

— «La Cruzada contra los Albigenses: historia, historiografía y memoria» en *Clío & Crímen: Revista del Centro de Historia del Crimen de Durango*, n.º 6, 2009 (Ejemplar dedicado a Guerra y violencia en la Edad Media), pp. 110-141.

— «El debate ortodoxia-herejía y las relaciones franco-españolas en el Medievo (Conversación a tres: Emilio Mitre Fernández, Martín Alvira Cabrer y José Emilio Martínez Tur)» en MITRE FERNÁNDEZ, Emilio: *Iglesia, herejías y vida política en la Europa medieval*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 2007, pp. 181-195.

— «Del Sepulcro y los sarracenos meridionales a los herejes occidentales. Apuntes sobre tres guerras santas en las fuentes del sur de Francia (siglos XI-XIII)» en BALOUP, Daniel; JOSSERAND, Philippe (eds.): *Regards croisés sur la guerre sainte. Guerre, religion et idéologie dans l'espace méditerranéen latin (XIe-XIIIe siècle)*, ed. CNRS-Université de Toulouse II-Le Mirail, Toulouse, 2006, pp. 187-229.
— «Le triomphe de la Croix. La bataille de Las Navas de Tolosa (16 juillet 1212)» en *Les grandes batailles méridionales, 1209-1271*, ed. Privat,Toulouse, 2005, pp. 61-82.
— «Le Jeudi de Muret: Aspects idéologiques et mentaux de la bataille de 1213» en *La Croisade Albigeoise. Actes du Colloque International du Centre d'Études Cathares (Carcassonne, 4-6 octobre 2002)*, ed. Heresis -Centre d'Études Cathares, 2004, pp. 197-207.
— SMITH, Damian J.: «Política antiherética en la Corona de Aragón. Una carta inédita del Papa Inocencio III a la reina Sancha (1203)» en *Acta Historica et Archaeologica Medievalia*, n.º 27-28, 2006-2007, pp. 65-88.
— «La Couronne d'Aragon, entre hérétiques et croisés: la Croisade Albigeoise (1209-1211) selon le *Chronicon Rotense*» en *Heresis*, n.º 38, 2003, pp. 71-87.
— «*Ut stulticie Hispanorum et hominum terre hujus, qui sompnia curant et auguria, plenius contrairem*. Sobre superstición y herejía durante la Cruzada contra los Albigenses» en *Heresis*, n.º 36-37, 2002, pp. 253-257.
— BEN ELHAJ SOULAMI, Jaafar: «Una misma exclamación del sultán Salâh al-Dîn y del Miramamolín an-Nâsir en las batallas de Hittîn-Hattîn (583 H./1187 JC.) y al-'Iqâb-Las Navas de Tolosa (609 H./1212 JC.)» en *Anaquel de Estudios Árabes*, n.º 13, 2002, pp. 9-20.
— BURESI, Pascal: «Alphonse, par la grâce de Dieu, Roi de Castille et de Tolède, Seigneur de Gascogne. Quelques remarques à propos des relations entre Castillans et Aquitains au début du XIIIe s.» en *Aquitaine- Espagne (VIIIe–XIIIe siècle)*, ed. Centre d'Études Supérieures de Civilisation Médiévale (CESCM)-Univ. de Poitiers, Poitiers, 2001, pp. 219-232.
— «El papel de maestres y caballeros en la batalla de las Navas de Tolosa (1212), según las historias modernas de las Ordenes Militares» en IZQUIERDO BENITO, Ricardo (coord.): *Las órdenes militares en la Península Ibérica*, 2000, pp. 537-554.
— MITRE FERNÁNDEZ, Emilio: «Ideología y guerra en los reinos de la España Medieval», en *Conquistar y Defender. Los recursos militares en la Edad Media Hispánica. Jornadas de Historia Militar de la España Medieval (Instituto de Historia y Cultura Militar, Madrid, 23-24 y 30-31 de octubre*

y 6-7 y 13-14 de noviembre de 2000), Revista de Historia Militar, n.º Extraordinario, pp. 291-334.

— «La Cruzada Albigense y la intervención de la Corona de Aragón en Occitania. El recuerdo de las crónicas hispánicas del siglo XIII», en *Hispania*, n.º LX/3-206, 2000, pp. 947-976.

— «El Desafío del Miramamolín antes de la batalla de Las Navas de Tolosa (1212). Fuentes, datación y posibles orígenes», en *Al-Qântara*, n.º XVIII-2, 1997, pp. 463-490.

— «La Reforma desde arriba: Gregorianismo y Teocracia Pontificia (siglos XI-XIII)», en *XX Siglos*, n.º 34, 1997, pp. 29-39.

— «Las Transformaciones Políticas (El Occidente Europeo y la Guerra de los Cien Años)» en *Manual de Historia Universal. Historia 16, vol. 4: Baja Edad Media*, ed. Historia 16, Madrid, 1996, pp. 113-152.

— «De Alarcos a las Navas de Tolosa. Idea y realidad de los orígenes de la batalla de 1212» en *Actas de «Alarcos 1195». Congreso Internacional Conmemorativo del VIII Centenario de la Batalla de Alarcos*, ed. Univ. de Castilla-La Mancha, Cuenca, 1996, pp. 249-264.

— «Dimensiones religiosas y liturgia de la batalla plenomedieval: Las Navas de Tolosa, 16 de julio de 1212», en *XX Siglos*, n.º 19, marzo 1994, pp. 33-46.

ANDREA, A.J.: «Innocent III, the Fourth Crusade, and the Coming Apocalypse», en Susan J. RIDYARD (ed.): *The Medieval Crusade*, Woodbridge, Londres, 2004, pp. 97-106.

AURELL, Martin; Coédition avec Frédéric Boutoulle: *Les Seigneuries de l'espace Plantagenêt (c. 1150-c.1250),* ed. Ausonius, Burdeos (en prensa).

— TONNERRE, Noël-Yves: *Plantagenêts et Capétiens: confrontations et héritages*, ed. Brepols, Turnhout, 2006.

— *L'Empire des Plantagenêt (1154-1224),* ed. Perrin, París, 2003.

— *Culture politique des Plantagenêt.* Actes du Colloque de Poitiers, 3-5 mai 2002, ed. C.E.S.C.M., Poitiers, 2003.

— (ed.) *Noblesses de l'espace Plantagenêt (1154-1204)*, ed. C.E.S.C.M., Poitiers, 2001.

— *La cour Plantagenêt (1154-1204).* Actes du colloque de Thouars, 30 avril-2 mai 1999, ed. C.E.S.C.M., Poitiers, 2000.

— *La noblesse en Occident (Ve-XVe siècle),* ed. Armand Colin, París, 1996.

— *Les noces du comte. Mariage et pouvoir en Catalogne (785-1213)*, ed. Publications de la Sorbonne, París, 1995.

— *La vielle et l'épée. Troubadours et politique en Provence au XIIIe siècle*, ed. Aubier Montaigne, París, 1989.

— «Les sources de la Croisade albigeoise: bilan et problématiques», en *La Croisade albigeoise*, pp. 6-17.
— «El marc històric del Catarisme», en *Nexus*, n.º 14, julio 1995, pp. 6-9.
— «Autour d'un débat historiographique: l'expansion catalane dans les pays de langue d'Oc au Moyen Âge», en *Montpellier, la Couronne d'Aragon et les pays de langue d'Oc (1204-1369). XIIe Congrès d'Histoire de la Couronne d'Aragon (Montpellier, 1985)*, vol. I/II, ed. Gap, 1989, pp. 9-41.

Ayala Martínez, Carlos de: «Alfonso IX, último monarca del reino de León (1188-1230)» en Alvarez, César (coord.): *Reyes de León: monarcas leoneses del 850 al 1230*, 1996, pp. 193-216.

Bartlett, Robert: *England Under the Norman and Angevin kings, 1075-1225*, ed. Oxford Univ. Press, Oxford, 2002.
— *The Making of Europe: Conquest, Colonization and Cultural Change, 950-1350*, ed. Princeton Univ. Press, Londres, 1994.
— Mackay, Angus (eds.) *Medieval frontier societies*, ed. Oxford Univ. Press, Oxford, 1994.

Baldwin, John W.: *París, 1200*, ed. Aubier, collection historique, París, 2006
— *Philippe Auguste et son gouvernement: les fondations du pouvoir royal en France au Moyen âge*, ed. Fayard, París, 1991
— *The Government of Philip Augustus: Foundations of French Royal Power in the Middle Ages,* ed. University of California Press, Berkeley, 1986
— «Pierre du Thillay, Knight and Lord. The landed Resources of the Lower Aristocracy in the Early Thirteenth Century», en *Francia*, n.º 30/1, 2003, pp. 9-41.
— «L'entourage de Philippe Auguste et la famille royale», en *La France de Philippe Auguste. Le temps des mutations*, Colloques internationaux du CNRS, n.º 602, París, 1982, pp. 59-75
— «The penetration of University personnel into French and English administration at the turn of the twelfth and thirteenth centuries», en *Revue des Études Islamiques*, n.º 46, 1976, pp. 199-215.

Bartlett, Robert: *England under the Norman and Angevin Kings, 1075-1225*, ed. Oxford Univ. Press, Oxford, 2000
— *Gerald of Wales, 1146-1223*, ed. Oxford Univ. Press, Oxford, 1982.

Baumann, Daniel: *Stephen Langton: Erzbischof von Canterbury im England der Magna Carta (1207-1228)* ed. Brill, Leiden, 2009.

Bautier, Robert-Henri (dir.): *La France de Philippe Auguste: le temps des mutations: actes du Colloque international organisé par le C.N.R.S, París, 29 septembre-4 octobre 1980*, ed. C.N.R.S., París, 1982.

BENITO, Pere: «L'expansió territorial ultrapirinenca de Barcelona i de la Corona d'Aragó: guerra, política i diplomàcia (1067-1213)», en Mª TERESA FERRER: *Tractats i negociacions diplomàtiques de Catalunya i de la Corona catalanoaragonesa a l'edat mitjana*, *vol. I.*, ed. Institut d'Estudis Catalans, Barcelona, 2009, pp. 13-150.

BENJAMIN, Richard: «A Forty Years War: Toulouse and the Plantagenets, 1156-1196», en *Bulletin of the Institute of Historical Research*, n.º 61, 1988, pp. 270-285.

BIGET, J. Louis: *Hérésie et inquisition dans le Midi de la France*, ed. Collette, Paris, 2007.

BISSON, Thomas: *Crisis of the Twelfth Century: Power, Lordship, and the Origins of European Government*, ed. Princeton University Press, Princeton, 2008.

— *L'impuls de Catalunya. L'època dels primers comtes-reis (1140-1225)*, ed. Eumo, Vic, 1997.

— *Medieval France and her Pyrenean Neighbours: Studies in Early Institutional History*, ed.Hambledon Press, Londres, 1989.

— *Fiscal Accounts of Catalonia under in Early Counts-Kings (1151-1213)*, 2 vols., ed. University of California Press, Berkeley, 1984.

— *Conservation of Coinage: Monetary Exploitation and its Restraint in France, Catalonia and Aragon (A.D. 1000-1225)*, Nueva York, 1979.

BOLTON, Brenda: *Innocent III: studies on papal authority and pastoral care,* ed. Variorum reprints, Aldershot, 1995.

BONNASSIE, Pierre; PRADALIÉ, Gérard: *La capitulation de Raymond VII et la fondation de l'université de Toulouse. 1229-1979: un anniversaire en question*, ed. Univ. de Toulouse-Le Mirail, Toulouse, 1979.

— «Le comté de Toulouse et le comté de Barcelone du début du IXe siècle au début du XIIIe siècle (801-1213)», en *Occitania i els països Catalans. 8e Colloque International de Langue et Littérature Catalane (Université de Toulouse-Le Mirail, 12-17 septembre 1988)*, ed. Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1989, pp. 27-45.

— «L'Occitanie, un État manqué?», en *L'Histoire*, n° 14, 1979, pp. 31-40.

BLACK, Antony: *El pensamiento político en Europa, 1250-1450*, ed. Cambridge Univ. Press, Cambridge, 1996.

BORDONOVE, Georges: *Les Rois qui ont fait la France: Philippe Auguste le Conquérant*, ed. Pygmalion, París 1990.

BOYA, Josep; FERNÁNDEZ, Jordi; MIQUEL, Marina: «Trobadors, càtars i felibres», *Papers del Museu d'Història de Catalunya*, n.º 6, 2003, pp. 10-13.

BRANCO, Maria João Violante: *Sancho I, o filho do Fundador*, ed. Círculo de Leitores, Lisboa, 2006.

— «Os homens do Rei e a bula *Manifestis Probatum*: percurso de uma bula pelos meandros da luta pela legitimidade do Rei e do Reino nos séculos XII e XIII» en *Actas do Colóquio Poder Espiritual/ Poder Temporal. As Relações Igreja-Estado no tempo da monarquia (1179-1909)*, ed. Academia de História, Lisboa, 2009, pp. 125-171.

— «Portuguese ecclesiastics and Portuguese affairs near the Spanish cardinals in the Roman curia (1213-1254)» en *Actas do Congresso Internacional sobre Carreiras Eclesi*ásticas no Ocidente Medieval, ed. Univ. Católica, Lisboa, 2007, pp. 79-100.

— «Memory and truth: the strange case of the witness enquiries of 1216 in the Braga-Toledo dispute» en *Historical research: The bulletin of the Institute of Historical Research*, n.º 203, 2006, pp. 1-20.

— «Estados, Pátrias e Naçoes nos juristas hispânicos dos séculos XII e XIII» en *Cultura,* n.º 15, 2002, pp. 21-46.

— «The King's Councellors' two Faces: a Portuguese perspective», en LINEHAN, Peter; NELSON, Janet (eds.): *The Medieval World*, ed. Routledge, Londres / Nueva York, 2001, pp. 518- 533.

— «A menoridade de Sancho II: breve estudo de um processo exemplar», en *Discursos. Língua, Cultura e Sociedade, 3ª série*, n.º 3, 2001, pp. 89-116.

— «The nobility of Medieval Portugal (XI-XIV centuries): a general overview» en DUGGAN, Anne (ed.): *Nobles and Nobility in Medieval Europe. Concepts, Origins, Transformations*,, ed. Boydell Press, Londres, 2000, pp. 223-243.

— «The 1211 General Laws of Afonso II of Portugal and his centralization Policy: a Reassessment», en GOSMAN, Martin; VANDERJAGT, Arjo; VEENSTRA, Jan (eds.): *The Propagation of Power in the Medieval West. Selected proceedings of the International Conference*, ed. Egbert Forsten, Groningen, 1997, pp. 79-95.

BROWN, Elisabeth R.: «La notion de légitimité et la prophétie à la cour de Philippe Auguste», en *La France de Philippe Auguste*, pp. 77-110.

BRUGUIÈRE, Marie-Bernadette: «Un mythe historique: *l'impérialisme capétien* dans le Midi aux XIIe et XIIIe siècles», en *Annales du Midi*, n.º 171, 1985, pp. 245-267.

BURNS, Robert I.: *Los mundos de Alfonso el Sabio y Jaime el Conquistador. Razon y fuerza en la Edad Media*, Valencia, 1990.

CANELLAS, Ángel: «Relaciones políticas, militares y dinásticas entre la Corona de Aragón, Montpellier y los países de Languedoc de 1204 a 1349», en *Revista de Historia Jerónimo Zurita*, n.º 53-54, 1986, pp. 7-36.

CARPENTER, David A.: *The Struggle for Mastery: Britain 1066-1284*, ed. Penguin Book of History, Londres, 2003.

— *The minority of Henry III*, ed. Methuen, Londres, 1990.

CARPENTIER, Élisabeth; PION, Georges; CHAUVIN, Yves (dir.): *Rigord, Histoire de Philippe Auguste*, CNRS, París, 2006.

CARRASCO, Juan: «Génesis de la Fiscalidad de 'Estado' en el Reino de Navarra (1150-1253)», en *Iura Vasconiae. Revista de Derecho Histórico y Autonómico de Vasconia,* 6 (2009), pp. 157-217.

— «El pacto 'constitucional' en la monarquía navarra (1234-1330), El rey y las buenas villas del reino», en *Avant le contrat social…Le contrat politique dans l'*Occident Médiéval (XIIIe-XVe siècle*)*, Presses Universitaires de la Sorbonne (en prensa)

CATALÁN MENÉNDEZ-PIDAL, Diego: *«Rodericus» romanzado en los reinos de Aragón, Castilla y Navarra*, ed. Fundación Ramón Menéndez Pidal, Madrid, 2005.

CAVERO DOMÍNGUEZ, Gregoria: «Alfonso IX de León y el iter de su corte (1188-1230)» en *E-Spania: Revue électronique d'études hispaniques médiévales*, n.º 8, 2009 (Ejemplar dedicado a *Itinérance des cours*)

CIPOLLONE, Giulio: *Cristianità, Islam: cattività e liberazione in nome di Dio: il tempo di Innocenzo III dopo «il 1187»,* ed. Pontificia Università Gregoriana, Roma, 1992.

CLANCHY, M.T.: *England and its Rulers, 1066-1272,* ed. Blackwell Publishing, Malden, (1998) reed. 2003.

CONTAMINE, Philippe: «Le Jeudi de Muret (12 septembre 1213), le Dimanche de Bouvines (27 juillet 1214): deux journées qui ont fait la France?», en ROQUEBERT, Michel (dir.): *La Croisade albigeoise. Actes du Colloque International du Centre d'Études Cathares (Carcassonne, 4-6 d'octobre de 2002)*, ed. Balma, Centre Etudes Cathares, 2004 («Heresis. N.º Extraordinaire»), pp. 109-123.

CHASTANG, Pierre: *Le passé à l'épreuve du présent*, Presses París Sorbonne, París, 2008.

CHESTER JORDAN, William: *A Tale of Two Monasteries: Westminster and Saint-Denis in the Thirteenth Century,* ed. Princeton Univ. Press, Princeton, 2009.

— *Europe in the High Middle Ages*, ed. Penguin History of Europe, Londres, 2001.

— *The French Monarchy and the Jews from Philip Augustus to the Last Capetians,* ed. Univ. of Pennsylvania Press, Pennsylvania, 1989.

— *Louis IX and the Challenge of the Crusade: A Study in Rulership,* ed. Princeton Univ. Press, Princeton, 1980.

— «Anti-corruption Campaigns in Thirteenth-Century Europe» en *Journal of Medieval History*, n.º 35, 2009, pp. 204-219.

— «Anciens maîtres/nouveaux maîtres: les Juifs de France de l'Ouest et la transition des Angevins aux Capétiens» en AURELL, Martín; TONNERRE, Noël-Yves: *Plantagenêts et Capétiens: confrontations et héritages,* ed. Brepols, Turhout, 2006, pp. 387-394.

— «The Struggle for Influence at the Court of Philip III: Pierre de la Broce and the French Aristocracy», en *French Historical Studies*, n.º 24, 2001, pp. 439-468.

— «'Amen!' Cinq fois 'Amen!'. Les chansons de la croisade égyptienne de saint Louis, une source négligée d'opinion royaliste», en *Médiévales*, n.º 34, 1998, pp. 79-91.

CHOFFEL, Jacques: *Louis VIII le Lion: roi de France méconnu, roi d'Angleterre ignoré*, ed. F. Lanore, París, 1983.

CHURCH, Stephen*: King John: New Interpretations*, ed. Woodbridge, Londres, 1999.

DE AZEVEDO, Rui; DA COSTA, Avelino *et al.: Documentos de Sancho I: 1174-1211,* ed. Universidade, Coimbra, 1979.

DÉBAX, Hélène: *La féodalité languedocienne, XIe-XIIe. Serments, hommages et fiefs dans le Languedoc des Trencavel*, ed. Presses Universitaires du Mirail, Toulouse, 2003, pp. 72-98.

— «Les comtés de Carcassonne et de Razès et leurs marges (IXe-XIIe siècle)», en M.-C. BAILLY-MAÎTRE (dir.): *La pierre, le métal, l'eau et le bois. Économie castrale en territoire audois (XIe-XIVe siècle)*, *Société d'Études Scientifiques de l'Aude*, Carcasona, 2007, pp. 12-24.

— «El fracàs de l'Estat occità. Les divergencies de l'evolució entre Occitània i Catalunya (segles IX-XIII)», en *Càtars i trobadors. Occitània i Catalunya: reinaxença i futur*, en Generalitat de Catalunya, Barcelona, 2003, pp. 68-75.

DELISLE, Léopold: *Mémoire sur les actes d'Innocent III, suivi de l'itinéraire de ce pontife*, ed. A. Durand, París, 1857.

— *Catalogue des actes de Philippe-Auguste, avec une introduction sur les sources, les caractères et l'importance historiques de ces documents*, ed. A. Durand, París, 1856

DEMURGER, Alain: «La croisade contre les Albigeois et la notion de croisade» en *Commémoration de la Croisade contre les Albigeois, 1209-2009. Table ronde «Catharisme et croisade»*, ed. Conseil général de l'Aude, Carcasona, 2010 (en prensa).

— LEWIS, Andrew W.: «Le sang royal. La famille capétienne et l'État, France, Xe-XIVe siècles» en *Annales. Économies, Sociétés, Civilisations*, vol. 44, 1989, pp. 401-403.

DENTON, Jeffrey: «Philip the Fair and the Ecclesiastical Assemblies of 1294-1295» en *Transactions of the American Philosophical Society*, n.º 81/1, 1991.

DI SANTO, Alberto: «Le grandi battaglie/bouvines: Quel ponte sul fiume Marcq» en *Medioevo: un passato da riscoprire*, vol. 9, n.º 7, 2005, pp. 67-70.

DÍAZ IBÁÑEZ; Jorge: «Fernando III, Inocencio IV y los fundamentos de la soberanía regia sobre la iglesia en la corona de Castilla» en *Fernando III y su tiempo (1201-1252) VIII Congreso de Estudios Medievales*, 2003, pp. 323-342.

DICKSON, George: «The Burning of the Amalricians», en *Journal of Ecclesiastical History*, n.º 40, 1989, pp. 347-369.

DOMIGUEZ ORTIZ, Antonio: *España. Tres milenios de historia*, ed. Marcial Pons, Madrid, 2001.

DOSSAT, Yves: «L'université de Toulouse, Raymond VII, les capitouls et le roi», en *Les Universités du Languedoc au XIIIe siècle*, Cahiers de Fanjeaux, n.º 5, Toulouse, 1970, pp. 58-91.

DUARTE RUST, Leandro: «Revisitando a História Institucional do Papado Medieval: representaçao eclesiástica de tempo e relaçoes do poder durante o pontificado de Inocêncio III (1198-1216)» en *Tempos Históricos*,vol. 8, 2006, pp. 35-62.

— «A medida da Terra Santa: a bula Ad Liberandam (1215) e a institucionalização das cruzadas» en *Mirabilia: Revista Eletrônica de História Antiga e Medieval*, n.º 10, 2010.

DUBY, Georges: *Le Dimanche de Bouvines: 27 juillet 1214,* ed. Gallimard, París, 1973.

DUFOURCQ, Charles-E.: *L'Espagne catalane et le Maghrib aux XIIIe et XIVe siècles: de la bataille de Las Navas de Tolosa (1212) à l'avènement du sultan mérinide Abou-l-Hasan (1331)*, ed. Presses univ. de France, París, 1966.

DUHAMEL-AMADO, Claude: «L'État toulousain sur ses marges: les choix politiques des Trencavel entre les maisons comtales de Toulouse et de Barcelone (1070-1209)» dans *Les troubadours et l'État toulousain avant la croisade (1209)*, *Annales de littérature occitane*, n° 1, Toulouse, 1995, pp. 117-138.

DUMAS-DUBOURG, Françoise; BARRANDON, Jean-Noël: *Le Titre et le poids de fin des monnaies sous le règne de Philippe Auguste (1180-1223)* ed. C.N.R.S., Centre de publications de Sophia-Antipolis, Marsella, 1982.

EGGER, Christoph: «Joachim von Fiore, Rainer von Ponza und die römische Kurie», en *Gioacchino da Fiore tra Bernardo di Clairvaux e Innocenzo III*, Roma, 2001, pp. 129-162.

ESTEBAN RIBAS, Alberto R.: «La espada y la cruz: la batalla de Muret» en *Revista de historia militar*, n.º 104, 2008, pp. 11-72.

ESTEPA DÍEZ, Carlos: «La monarquía de Alfonso VIII de Castilla (1158-1214) en el sistema de estados europeos» en FORNIS VAQUERO, César A; GALLEGO, Julián *et al* (coord.): *Dialéctica histórica y compromiso social*, vol. 2, 2010, pp. 1175-1192.

FERNÁNDEZ DE LARREA Y ROJAS, Jon A.: «La conquista castellana de Álava, Guipúzcoa y el Duranguesado (1199 y 1200)» en *Revista internacional de los estudios vascos- RIEV*, n.º 45/2, 2000, pp. 425-438.

FERNÁNDEZ VALVERDE, Juan (ed.): *Rodrigo Jiménez de Rada. Historia de rebus Hispanie sive historia Gothica*, ed. Brepols, Turnholt, 1987.

FERRER NAVARRO, Ramón: «Una hipótesis en torno al fracasado prohijamiento de Sancho el Fuerte y Jaime I de Aragón», en *Homenaje José María Lacarra de Miguel*, 2, Zaragoza, pp. 165-174.

FLORI, Jean: *Philippe Auguste: la naissance de l'état monarchique,* ed. Tallandier, París, 2002.

FOREVILLE, Raymonde: *Le pape Innocent III et la France,* ed. A. Hiersemann, Stuttgart, 1992.

FORTÚN PÉREZ DE CIRIZA, Luis J.: *Sancho VII el Fuerte,* ed. Mintzoa, Pamplona, 2003.

— «La quiebra de la soberanía navarra en Álava, Guipúzcoa y el Duranguesado (1199-1200)» en *Revista internacional de los estudios vascos- RIEV*, n.º 45/2, 2000, pp. 439-494.

— «De la tempestad al sosiego: Navarra y Castilla en la primera mitad del siglo XIII» en *Fernando III y su tiempo (1201-1252): VIII Congreso de Estudios Medievales,* 2003, pp. 259-304.

GARCÍA FITZ, Francisco: *Las Navas de Tolosa,* ed. Ariel, Barcelona, 2005.

— *Relaciones politicas y guerra. La experiencia castellano-leonesa frente al Islam. Siglos XI-XIII*, ed. Diputación prov. de Sevilla, Sevilla, 2002.

— «Las prácticas guerreras en el Mediterráneo latino (siglos XI al XIII)» en BALOUP, Daniel; JOSSERAND, Philippe (ed.): *Regards croisés sur la guerre sainte. Guerre, idéologie et religion dans l'espace méditérranéen latin (XIème au XIIIème* siècle), Toulouse, 2006, pp. 323-358.

GARCÍA GARCÍA, Antonio: «El IV concilio de Letrán y la Península Ibérica», en *Iglesia, sociedad y derecho*, Salamanca, 1987, pp. 187-208.

— «Concilios y sínodos en el ordenamiento jurídico del reino de León», en *El reino de León en la alta Edad Media*, I, *Cortes, concilios y* fueros, León, 1988.

GAUTHIER, Guy: *Philippe Auguste, le printemps de la nation française*, ed. France-Empire, París, 2002.

GENET, Jean-Philippe: «Simon de Montfort: baron ou homme politique?» en *Medievales: Langue, textes, histoire*, n.º 34, 1998, pp. 53-68.

GINATEMPO, Maria A.: «Fiscalités et identités urbaines en Italie au bas moyen âge» en *Memini. Travaux et documents*, n.º 9/10, 2007, pp. 153-165.

— «Il finanziamento del deficit pubblico nelle città degli stati regionali italiani e delle loro città in l'Italia alla fine del Medioevo: I caratteri originali nel quadro europeo», en *Atti dell'VII convegno internazionale del Centro Studi sulla Civiltà del Tardo Medioevo*, ed. Univ. de Florencia, Florencia, 2006, pp. 241-294.

GIROU, Jean: *Simon de Montfort: du catharisme à la conquête*.ed. du Vieux-Colombier, París, 1953.

GOBRY, Ivan: *Louis VIII: fils de Philippe II: 1223-1226*, ed. Pygmalion, París, 2009.

GOLL, Yvan: *Jean sans Terre*, ed. P. Seghers, París, 1950.

GONZÁLEZ, Julio: *El reino de Castilla en la epoca de Alfonso VIII*, ed. C.S.I.C, Madrid, 1960.

GOURON, André.: *Droit et coutume en France aux XIIe et XIIIe siècles*, Aldershot, 1993.

GRAHAM-LEIGH, Elaine: *The Southern French Nobility and the Albigensian Crusade*, Woodbridge, Londres, 2005.

GRASSOTTI, Hilda: «Don Rodrigo Ximénez de Rada, gran señor y hombre de negocios en la Castilla del siglo XIII» en *Cuadernos de historia de España*, n.º 55-56, 1972, pp. 1-302.

GUENÉE, Bernard: *Politique et histoire au Moyen Âge*, ed. Publications de la Sorbonne, París, 1981.

— «Les généalogies entre l'histoire et la politique: la fierté d'être Capétien en France au Moyen Age» en *Politique et histoire au Moyen Age*, ed. Publications de la Sorbonne, París, 1981, pp. 450-477.

GUICHARD, Pierre: *Al-Andalus frente a la conquista cristiana: los musulmanes de Valencia (siglos XI-XIII)*, ed. Universitat de Valencia, Valencia, 2001.

GILLINGHAM, John: «Richard I and the Science of War in the Middle Ages», en GILLINGHAM, John, *Richard Coeur de Lion: Kingship, Chivalry and War in the Twelfth Century*, Londres, 1994, pp. 211-226.

GUIZOT ; François (ed.): *Nicolas de Bray. La geste de Louis VIII suivi de la Vie de Louis VIII,* ed. Paléo, Clermont-Ferrand, 2004.

HADENGUE, Antoine: *Philippe Auguste et Bouvines: Bouvines, victoire créatrice*, ed. J. Tallandier, París, 1978.

HARVEY, Paul. D.A.: «The English Inflation of 1180-1220», en *Past and Present*, n.º 61, 1973, pp. 3-30.

HERNÁNDEZ, Francisco Javier: «La corte de Fernando III y la casa real de Francia: documentos, crónicas, monumentos», en *Fernando III y su tiempo (1201-1252): VIII Congreso de Estudios Medievales*, 2003, pp. 103-156.

HIGOUNET, Charles: «Problèmes du Midi au temps de Philippe Auguste», en BAUTIER, Robert-Henri (dir.): *La France de Philippe Auguste. Les temps de mutations*, ed. CNRS, París, 1982, pp. 311-322.

HOLT, James C.: *Magna Carta,* ed. Cambridge Univ. press, Cambridge, 1992.

— «Aliénor d'Aquitaine, Jean sans Terre et la succession de 1199», en *Cahiers de Civilisation Médiévale*, n.º 29, 1986, pp. 95-100.

HOSLER, J. D.: *Henry II. A Medieval Soldier at War, 1147-1189*, ed. Brill, Leiden-Boston, 2007.

HUDSON, John: *The formation of English common law: law and society in England from the Norman Conquest to Magna Carta*, ed. Longman, Londres, 1996.

HUILLARD-BREHOLLES, A. (ed.): *La grande chronique d'Angleterre de Matthieu París. Vol. 4. 1199-1216: Jean Sans Terre*, ed. Paleo, Clermont-Ferrand, 2003.

JIMÉNEZ, Pilar: «Genèse des catharismes. Nouvelles perspectives» en *Commémoration de la Croisade contre les Albigeois, 1209-2009. Table ronde «Catharisme et croisade»*, ed. Conseil général de l'Aude, Carcasona, 2010 (en prensa).

JONES, J.A.P.: *King John and Magna Carta*, ed. Longman, Londres, 1971.

KAGAY, Donald J.: «The line between memory and history: James I of Aragon and the 'Libre dels Feyts'», en *War, government, and society in the medieval Crown of Aragon*, Aldershot-Burlington, 2007, pp. 165-176.

KIENZLE, Beverly M.: *Cistercians, Heresy and Crusade in Occitania, 1145-1229. Preaching in the Lord's vineyard*, ed. York Medieval Press, York, 2001.

KRYNEN, Jacques: *L'empire du roi. Idées et croyances politiques en France, XIIIe-XVe siècle,* ed. Gallimard, París, 1993.

LABORIE, Florent: *Les itinéraires du roi Pierre II d'Aragon (1196-1213): tentative d'approche cartographique*, 2 tomos, Mémoire de Maîtrise, dir. Laurent MACÉ, Université de Toulouse-Le Mirail, 2005.

LACARRA, J. Mª: *El juramento de los reyes de Navarra (1234-1329),* Zaragoza, 1972.

— «En torno a la formación del Fuero General de Navarra», *Anuario de Historia del Derecho Español*, n.º L, 1980, pp. 93-110.

LACROIX, Daniel W.: «L'extrémisme des croisés dans la Chanson de la croisade Albigeoise» en *Litteratures*, n.º 53, 2005 (Ejemplar dedicado a Écritures médiévales conjointure et senefiance), pp. 25-40.

LADERO QUESADA, M. Ángel: *La reconquista y el proceso de diferenciación política (1035-1217)*, en Historia de España Menéndez Pidal, tomo IX, Madrid, 1998.

— «Poderes Públicos en la Europa Medieval (Principados, Reinos y Coronas)» en *Poderes públicos en la Europa medieval: principados, reinos y coronas: XXIII Semana de Estudios Medievales, Estella, 22 a 26 de julio de 1996*, 1997, pp. 19-68.

LALINDE, Jesús: «Las Cortes catalanas en la Edad Media», en *Las Cortes de Castilla y León en la Edad Media. Actas de la Primera Etapa del Congreso Científico sobre la Historia de las Cortes de Castilla y León,* tomo II, Valladolid, 1988, pp. 453-462.

LEOPOLD, Anthony: *How to Recover the Holy Land: The Crusade Proposals of the Late Thirteenth and Early Fourteenth Centuries,* ed. Aldershot, Ashgate, 2000.

LEVRON, Jacques: *Philippe Auguste ou La France rassemblée,* ed. Perrin, París, 1979.

LEWIS, Andrew W.: *Le sang royal: la famille capétienne et l'État, France Xe-XIVe siècles*, ed. Gallimard, París, 1986.

LOMAX, Derek: «Heresy and orthodoxy in the fall of Almohad Spain», en *God and man in medieval Spain: essays in honour of J.R.L. Highfield*,, Warminster, 1989, pp. 37-48.

LÓPEZ JIMÉNEZ, Luis: *Navas de Tolosa*, ed. Instituto de Estudios Madrileños, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 2003.

LUCHAIRE, Achille: *Philippe Auguste et son temps: 1137-1226*, ed. J. Tallandier, París, 1980.

— *Innocent III et la croisade des Albigeois*, ed. Hachette, París, 1911.

— *Innocent III, le concile de Latran et la réforme de l'Église*, ed. Hachette, París, 1908.

MACCARRONE, Michele: *Nuovi studi su Innocenzo III*, ed. Istituto storico italiano per il Medio Evo, Roma, 1995.

MACÉ, Laurent: *Catalogues raimondins (1112-1229). Actes des comtes de Toulouse, ducs de Narbonne et marquis de Provence*, Sources de l'histoire de Toulouse, Toulouse, 2008.

— *Les comtes de Toulouse et leur entourage (XIIe-XIIIe siècles). Rivalités, alliances et jeux de pouvoir*, ed. Privat, Toulouse, 2000.

— «*Gera erat inter patrem et filium*: Les Raimondins et les deniers du comté de Melgueil (fin XIIe siècle)», en M. AURELL (éd.): *La parenté déchirée: les luttes intrafamiliales au Moyen Âge*, ed. Turnhout, 2010, pp. 95-106.

— «La quarantaine du comte de Toulouse durant l'été 1209», en M. Bourin (éd.), *En Languedoc au XIIIe siècle. Le temps du sac de Béziers*, Perpignan, 2010, pp. 143-159.

— Smith, D.J.; Alvira Cabrer, Martín: «Le temps de la *Grande Couronne d'Aragon* du roi Pierre le Catholique. À propos de deux documents relatifs à l'abbaye de Poblet (février et septembre 1213)» en *Annales du Midi*, n.º 265, 2009, pp. 5-22.

— «*Viator rex*. Sur les pas de Pierre II d'Aragon», en *e-Spania* [revista electrónica], n.º 8, 2009.

— «L'entourage aristocratique du comte de Toulouse Raimond V (1148-1194)» en *Les voies de l'hérésie: le groupe aristocratique en Languedoc (XIe-XIIIe siècles), Actes de la 8e session d'Histoire Médiévale du Centre d'Études Cathares (Couiza, août 1995)*, col. Heresis, vol. I, Carcasona, 2001, pp. 97-120.

— «Amour et fidélité: le comte de Toulouse et ses hommes (XIIe-XIIIe siècles)», en *Les sociétés méridionales à l'âge féodal. Mélanges offerts à Pierre Bonnassie*, Toulouse, 1999, pp. 299-304.

— «Chronique d'une grande commotion: la rivalité entre les comtes de Toulouse et les Trencavel (XIIe-XIIIe siècles)» en *Revue du Tarn*, n° 176, 1999, pp. 661-683.

Maddicott, John R.: *Simon de Montfort*, ed. Cambridge Univ. press, Cambridge, 1995.

— *Magna carta and the local community 1215-1259*, ed. Aston, Oxford 1984.

Mainoni, Patrizia: «Fiscalidad directa e indirecta en la Italia medieval del Centro y del Norte: Algunas orientaciones historiográficas recientes» en *Edad Media: revista de historia*, n.º 2, 1999, pp. 151-166.

Marques, Maria A.; Soalheiro, João: *A Corte dos primeiros reis de Portugal: Afonso Henriques, Sancho I, Afonso II,* ed. Trea, Gijón, 2009.

Martel, Philippe: «El Jocs Florals, el Felibritge i la Renaixença», en *Càtars i Trobadors. Occitània i Catalunya: renaixença i futur*, en Generalitat de Catalunya, Barcelona, 2003, pp. 194-201.

— *Les cathares et l'Histoire. Le drame cathare devant ses historiens (1820-1992)*, ed. Privat, Toulouse, 2002, pp. 87-97.

— «Occitans i Catalans, els avatar d'un germanor», en *Actes del Col·loqui Internacional sobre la Renaixença*, I, ed. Curial, Barcelona,1992, pp. 377-389.

Martin, Georges: «Régner sans régner. Bérengère de Castille (1214-1246) au miroir de l'historiographie de son temps» en *E-Spania: Revue électronique d'études hispaniques médiévales*, n.º 1, 2006.

— «Alphonse X et le pouvoir historiographique», en *L'Histoire et les nouveaux publics dans l'Europe Médiévale (XIIIe-XVe siècles), Actes du Coll.. de la Fondation Européenne de la Science*, ed. Casa de Velázquez, Madrid, 1993, París, 1997, pp. 229-240.

— «Les juges de Castille. Mentalités et discours historique dans l'Espagne médiévale», en *Cahiers de Linguistique Hispanique Médiévale*, Anexos, n.º 6, París, 1992, pp. 201-316.

MARTINDALE, Jane: «*An Unfinished Business*: Angevin Politics and the Siege of Toulouse, 1159», en GILLINGHAM, John (ed.): *Anglo-Norman Studies 23. Proceedings of the Battle Conference 2000*, ed. Boydell Press, Woodbridge, 2001, pp. 115-154.

— «An Unfinished Business»: Angevin Politics and the Siege of Toulouse, 1159», en *Anglo-norman Studies*, t. XXIII, 2001, pp. 115-154.

MARTÍNEZ DÍEZ, Gonzalo: *Fernando III, 1217-1252,* ed. La Olmeda, Palencia, 1993.

MARTÍNEZ SOPENA, Pascual: *Antroponimia y sociedad: sistemas de identificación hispano-cristianos en los siglos IX a XIII*, ed. Univ. de Valladolid, Valladolid, 1995.

— DEL VAL VALDIVIESO, Mª Isabel; VALDEÓN BARUQUE, Julio: *Castilla y el mundo feudal: homenaje al profesor Julio Valdeón,* ed. Junta de Castilla y León-Consejería de Cultura y Turismo, Valladolid, 2009.

— «La península, espacio de la nobleza. Cortes, fronteras y andanzas (ca. 1085-1230)» en DE LA IGLESIA DUARTE, J. Ignacio (coord.): *Viajar en la Edad Media* 2009, pp. 229-272.

— «Herederos, conquistadores y colonos. Sobre el imaginario de las fuentes castellano-leonesas de los siglos IX-XII» en *Cuadernos del CEMYR*, n.º 14, 2006, pp. 79-110.

— SÁINZ GUERRA, J. Luis; REGLERO DE LA FUENTE, Carlos M.; MUÑOZ GÓMEZ, Víctor *et al.:* «Las «villas nuevas» del norte del Duero: de La Rioja al Bierzo (siglos XII-XIII)» en *Boletín Arkeolan*, n.º 14, 2006 (Ejemplar dedicado a: Las villas nuevas medievales del suroeste europeo. De la fundación medieval al siglo XXI: análisis histórico y lectura contemporánea), pp. 217-238.

MARVIN, Laurence W.: *The Occitan War: a military and political history of the Albigensian Crusade, 1209-1218*, Cambridge Univ. Press, Cambridge-Nueva York, 2008.

MATEU IBARS, Josefina: «Notas para el estudio del itinerario de Alfonso VIII de Castilla (1158-1214)» en *La formación de Alava: 650 aniversario del Pacto de Arriaga (1332-1982)*, vol. 1, 1982, pp. 655-754.

MATTOSO, José: *Identificação de um País, Ensaio sobre as origens de Portugal,* II vol., 5ª ed., Lisboa, 1995.

— «A Cúria Régia de 1211 e o direito canónico», *Direito e Justiça, Revista de Direito da Universidade Católica Portuguesa,* 13-2 (1999)129-142:

MENANT, François, MARTIN, Henri *et al.*: *Les Capétiens. Histoire et dictionnaire 937-1328*, ed. Robert Laffont, Paris, 1999.

MESCHINI, Marco (coord.); ALVIRA, Martín, AURELL, Martin; MACÉ, Laurent *et al.*: «Bibliografia delle Crociate Albigesi», en *Reti Medievali. Rivista* [revista electrónica], n.º 7, 2006-1.

— «Innocenzo III e il *negotium pacis et fidei* in Linguadoca tra il 1198 e il 1215», en *Atti della Academia Nazionale dei Lincei*, n.º XX-2, 2007, pp. 365-906.

MÖHRING, Hannes: «Zur viorgeschichte von Las Navas de Tolosa: ein almohadischer Brief an Peter II. von Aragon in der continuatio Lambacensis» en *Archiv für Diplomatik: Schriftgeschichte, Siegel- und Wappenkunde*, n.º 46, 2000, pp. 217-224.

MOORE, John C.: *Pope Innocent III (1160/61-1216): to root up and to plant*, ed. Brill, Leiden-Boston, 2003.

— (ed.): *Pope Innocent III and his world*, ed. Ashgate, Brookfield 1999.

MOORE, Robert: «Les Albigeois d'après les chroniques angevines», en *La croisade albigeoise*, Carcasona, 2004, pp. 81-90.

MORALES DE RADA CAMPOS, Joaquín: «El testamento de Ximénez de Rada», en *Príncipe de Viana*, n.º 23, 1946, pp. 370-375.

MORILLO, Stephen (ed.): *The Battle of Hastings. Sources and Interpretations*, ed. Woodbridge, Londres, 1996.

NIETO SORIA, José Manuel: *La monarquía como conflicto en la Corona de Castilla, siglos XIII al XVI,* ed. Sílex, Madrid, 2006.

— *Inocencio III y la reforma del Pontificado medieval: Una revisión historiográfica*, ed. Eunsa, Pamplona, 2000.

— «De la España histórica a la España política como tránsito del Medievo a la Modernidad» en *Fundación*, n.º 8, 2006-2007, pp. 9-32.

— «La imagen y los instrumentos ideológicos de exaltación del poder regio» en RIBOT GARCÍA, Luis A.; VALDEÓN BARUQUE, Julio; MAZA ZORRILLA, Elena (coords.): *Isabel La Católica y su época: actas del Congreso Internacional, Valladolid-Barcelona-Granada, 15 a 20 de noviembre de 2004,* tomo I, 2007, pp. 171-192.

— «La propaganda política de la Teocracia Pontificia a las Monarquias Soberanas» en *Propaganda y opinión pública en la historia*, 2007, pp. 11-47.

— «La monarquía como conflicto de legitimidades», *La monarquía como conflicto en la corona Castellano-leonesa (c. 1230-1504),* dir. J. M. Nieto Soria, Madrid, 2006, pp. 13-71.

— «La monarquía fundacional de Fernando III», en *Fernando III y su tiempo (1201-1252)*, ed. Fundación Sánchez-Albornoz, León, 2003, pp. 31-66.

— «La coronación del rey: los símbolos y la naturaleza de su poder» en Rodríguez Llopis, Miguel (coord.): *Alfonso X y su* época: *el siglo del rey sabio*, 2001, pp. 127-152.

— «Ideología y propaganda política en la Europa medieval: los proyectos integradores» en García Fernández, Ernesto (coord.): *El poder en Europa y América: mitos, tópicos y realidades*, 2001, pp. 13-38.

— «El imperio medieval como poder público; problemas de aproximación a un mito político» en *Poderes públicos en la Europa medieval: principados, reinos y coronas: XXIII Semana de Estudios Medievales, Estella, 22 a 26 de julio de 1996*, 1997, pp. 403-440.

— «Origen divino, espíritu laico y poder real en la Castilla del siglo xiii» en *Anuario de estudios medievales*, n.º 27, 1, 1997, pp. 43-102.

— Ladero Quesada, M.Angel: «Iglesia y sociedad en los siglos xiii al xv (ámbito castellano-leonés): Estado de la investigación» en *En la España medieval*, n.º 11, 1988, pp. 125-152.

— «Imágenes religiosas del rey y del poder real en la Castilla de siglo xiii» en *En la España medieval*, n.º 9, 1986 (Ejemplar dedicado a: Memoria de Claudio Sánchez-Albornoz II), pp. 709-730.

Nortier, Michel; Baldwin, John W.: «Contributions à l'étude des finances de Philippe Auguste» en *Bibliothèque de l'Ecole des Chartes*, n.º 138, 1980, pp. 5-33.

Nuño González, Jaime (coord.): *Alfonso VIII y su época: seminario*, ed. Fundación Santa María La Real, 1992.

O'Callaghan, Joseph F.: *Reconquest and Crusade in Medieval Spain*, ed. Univ. of Pennsylvania Press, Philadelphia, 2003.

Ostos Salcedo, Pilar: «La cancillería de Alfonso VIII, rey de Castilla (1158-1214): una aproximación», en *Boletín Millares Carlo*, n.º 13, 1994, pp. 101-136.

Pacaut, Marcel: *Alexandre III: etude sur la conception du pouvoir pontifical dans le pensée et dans son oeuvre*, ed. J. Vrin, París, 1956.

Paladilhe, Dominique: *Simon de Montfort et le drame cathare*, ed. Perrin, París, 1988.

Pallister, Anne: *Magna Carta: the heritage of liberty,* ed. Clarendon Press, Oxford, 1972.

Paravicini Bagliani, Agostino: *Bibliografia del papato nel Duecento (1875.2009),* ed. Sismel Edizioni del Galluzo, Florencia, 2009.

— *Immagini e simboli del papato medievale*, Viella, Roma, (1998) reed. 2005.

— *Il potere del papa. Corporeità, autorappresentazioni, simboli,* col. Millenio Medieval, 78, ed. Sismel Edizioni del Galluzo, Florencia, 2009.
— *La vita quotidiana alla corte dei papi del Duecento*, ed. Laterza, Roma-Bari, 1996.
— *Il trono di Pietro. L'universalità del papato da Alessandro III a Bonifacio VIII*, ed. La Nuova Italia Scientifica, Roma, 1996.
— CHIFFOLEAU, Jacques; MARTINES, Lauro: *Riti e rituali nelle società medievali*, ed. Centro italiano di studi sull'alto medioevo, Espoleto, 1994.
— *Il corpo del papa*, ed. Einaudi, Turín, 1994.
— «Les papes du XIe au XIIIe siècle» en *Notre Histoire*, n.º 226-227, 2004, pp. 27-30.
— «Pensiero e sperimentazioni istituzionali nella Societas Christiana (1046-1250). A proposito della XVI Settimana internazionale di studi medievali del Passo della Mendola (26-31 agosto 2004)» en *Rivista di storia della Chiesa in Italia*, n.º 49/1, 2005, pp. 102-118.
— «Il papato da Leone IX a Bonifacio VIII. Centralità e universalità» en BARBERO, Alessandro (dir.): *Storia d'Europa e del Mediterraneo*, vol. VIII, (ejemplar dedicado a Sandro Carocci), Roma, 2006, pp. 553-586.

PERNOUD, Régine: *Blanca de Castilla: la gran reina de la Europa Medieval*, ed. Belacqua Carroggio, Barcelona, 2002.

PICK, Lucy K.: *Conflict and coexistence: Archbishop Rodrigo and the Muslims and Jews of medieval Spain*, ed. Univ. of Michigan Press, Ann Harbor, 2004.

PINTO DE AZEVEDO, Rui: «O Livro de Registro da chancelaria de Afonso II de Portugal (1217-1221)» en *Anuario de estudios medievales*, n.º 4, 1967, pp. 35-74.

PRIETO PRIETO, Alfonso: *Inocencio III y el Sacro-Romano Imperio,* ed. Universidad de León, León, 1982.

POOLE, Austin Lane: *From Domesday book to Magna Carta: 1087-1216,* ed. Oxford Univ. press, Oxford-Nueva York,1993.

POWELL, James M.: *Innocent III: Vicar of Christ or Lord of the world*, ed. Heath, Boston, 1963.

PRADALIÉ, Gérard: «Les comtes de Toulouse et l'Aquitaine (IXe-XIIe siècles)», en *Annales du Midi*, n° 249, 2005, pp. 5-23.

PROVERO, Luigi: *Dai marchesi del Vasto ai primi marchesi di Saluzzo: sviluppi signorili entro quadri pubblici (secoli XI-XII)*, ed. Biblioteca storica subalpina, Turín, 1992.
— *L'Italia dei poteri locali. Secoli X-XII*, Roma, 1998.
— ALBERTONI, G.: *Il feudalesimo in Italia*, Roma, 2003.

— ALBERTONI, G.: «Storiografia europea e feudalesimo italiano tra alto e basso medioevo», en *Quaderni storici*, n.º 112, 2003, pp. 243-267.

— «Chi sono i testimoni del signore? Conflitti di potere e azione contadina, tra tattica giudiziaria e sistemi clientelari (secolo XIII)», en *Hispania* (en prensa).

— «Forty Years of Rural History for the Italian Middle Ages», en *The Rural History of Medieval European Societies: Trends and Perspectives*, (Ejemplar dedicado a I. Alfonso), ed. Brepols, Turnhout, 2007, pp. 141-172.

— «Il mondo contadino», en *Storia dell'Europa e del Mediterraneo*, (Ejemplar dedicado a A. Barbero), Roma, 2007, pp. 135-171.

— «Un potere sotto tutela: marchesi e signori a Manta (secoli XII-XV)», en *Manta nei secoli: momenti di arte e di storia* (Ejemplar dedicado a A. de Angelis y M. Gattullo), Cuneo, 1998, pp. 11-23.

PYSIAK, Jerzy: «Philippe Auguste. Un roi de la fin des temps ?», en *Annales*, 2002/5, pp. 1165-1190.

RACINE, Pierre: «Did Frederic Barberousse have a Mediterranean Policy?», en *Imago temporis. Medium Aevum*, n° 1, 2007, pp. 87-104.

RAMÍREZ VAQUERO, Eloísa: «El pacto nobiliario, preludio del diálogo entre el rey y el reino» en FORONDA, François; CARRASCO MANCHADO, Ana I. (coord.): *Du contrat d'alliance au contrat politique: cultures et sociétés politiques dans la Péninsule Ibérique de la fin du Moyen âge*, 2007, pp. 263-298.

— RÁBADE OBRADÓ, Mª Pilar; UTRILLA UTRILLA, Juan F.: *La dinámica política*, ed. Istmo, Barcelona, 2005.

— PORRAS ARBOLEDAS, Pedro A.; SABATÉ I CURULL, Flocel: *La época medieval: administración y gobierno*, ed. Istmo, Barcelona, 2003.

— «Configuración de la sociedad medieval Navarra: rasgos de un proceso evolutivo» en *Grupos sociales en la historia de Navarra, relaciones y derechos: actas del V Congreso de Historia de Navarra. Pamplona, septiembre de 2002*, vol. 3, 2002, pp. 57-112.

— «Los resortes del poder en la Navarra bajomedieval: siglos XII-XV» en *Anuario de estudios medievales*,n.º 25, 2, 1995, pp. 429-448.

— GALLEGO GALLEGO, Javier: «Rey de Navarra, rey de Portugal, títulos en cuestión (s. XIII)» en *Príncipe de Viana*, n.º 180, 1987, pp. 115-120.

RENOUARD, Yves: «1212-1216. Comment les traits durables de l'Europe occidentale moderne se sont définis au début du XIIIe siècle», en *Annales de l'Université de Paris*, n.º 28, 1958, pp. 5-21.

RICHARD, Jean: *Saint Louis: roi d'une France féodale, soutien de la Terre Sainte,* ed. Fayard, París, 1983.

RICHARDSON, H.G.; SAYL, G.O.: *The governance of mediaeval England from the Conquest to Magna Carta*, ed. Edinburgh University Press, Edimburgo, 1974.

RIGAUDIÈRE, Albert: «Législation royale et construction de l'État dans la France du XIIIe siècle», en A. GOURON; A. RIGAUDIÈRE (dir.): *Renaissance du pouvoir législatif et genèse de l'État*, ed. Publications de la Société d'histoire du droit et des institutions des anciens pays de droit écrit,, Montpellier, 1988, pp. 203-236.

RODRÍGUEZ GARCÍA, José Manuel: «Fernando III y sus campañas en el contexto cruzado europeo, 1217-1252» en *Archivo hispalense: Revista histórica, literaria y artística*, n.º 234-236, 1994 (Ejemplar dedicado a: Fernando III y su época), pp. 205-218.

RODRIGUEZ LÓPEZ, Ana: *La consolidación territorial de la monarquía feudal castellana: expansión y fronteras durante el reinado de Fernando III*, ed. CSIC, Madrid, 1994.

— «Légitimation royale et discours sur la croisade en castille aux XIIe et XIIIe siècles» en *Journal des savants*, n.º 1, 2004, pp. 129-163.

— «Quod alienus regnet et heredes expellatur. L'offre du trône de Castille au roi Louis VIII de France» en *Moyen age: Revue d'histoire et de philologie*, vol. 105, n.º 1, 1999, pp. 109-128.

ROQUEBERT, Michel: *Simon de Montfort: bourreau et martyr*, ed. Perrin, París, 2005.

— *L'Épopée Cathare. Vol. II: Muret ou la dépossession, 1213-1216*, ed. Privat, Toulouse, 1977.

— AURELL, Martin; *et. al*. (dir.): *La Croisade albigeoise: actes du colloque du Centre d'études cathares, Carcassonne, 4, 5 et 6 octobre 2002*, ed. Centre d'études cathares, Carcasona, 2004.

— «Le problème du Moyen-Âge et la Croisade Albigeoise. Les bases juridiques de l'État occitano-catalan de 1213», en *Annales de l'Institut d'Études Occitanes*, 1979, pp. 15-31.

— «Le problème du Moye Âge et la Croisade Albigeoise. Les bases juridiques de l'État occitano-catalan de 1213», en *Annales de I'Institut d'Études Occitans*, n.º 4, 1978, pp. 15-31.

ROSCHER, Helmut: *Papst Innocenz III. und die Kreuzzüge,* ed. Vandenhoeck & Ruprecht, Gotinga, 1969.

RUIZ-DOMÉNEC, José Enrique: «El significado histórico de la batalla de Las Navas de Tolosa y sus consecuencias», en M. Ángel LADERO (Coord.): *La España de los Cinco Reinos (1085-1369), Historia General de España y América*, vol. IV, Madrid, 1984, pp. 585-613.

SÁNCHEZ SÁNCHEZ, Jesús: «Los caminos de la batalla: las Navas de Tolosa 1212» en CRIADO DE VAL, Manuel (coord.): *Caminería hispánica: actas del VI Congreso Internacional Italia-España 2002,* vol. 2, 2004, pp. 793-820.

SANTOS SALAZAR, Igor: «Battaglie Las Navas de Tolosa: il ruggito della Cristianità» en Medioevo: un passato da riscoprire, vol. 12, n.º 10, 2008, pp. 48-59.

SARASA, Esteban: «La Corona de Aragon en la primera mitad del siglo XIII (Feuda lizacion,institucionalizacion y proyeccion mediterranea)», en *Fernando III y su epoca. Actas de las IV Jornadas acionales de Historia Militar*, Sevilla, 1995, pp. 379-380.

SATRÚSTEGUI GIL-DELGADO, Miguel: «La Magna Carta: realidad y mito del constitucionalismo pactista medieval» en *Historia constitucional*: revista electrónica, n.º 10, 2009, pp. 243-262.

SAYERS, Jane E.: *Innocent III: leader of Europe, 1198-1216*, ed. Longman, Londres, 1994.

SAYLES, George O.; RICHARDSON, Henry G.: *Governance of mediaeval England from the conquest to Magna Carta* ed. Edinburgh Univ. press, Edimburgo, 1963.

SÉRAPHIN, Gilles: «Bigaroque et la croisade contre les Albigeois», en *Bulletin de la Société archéologique du Midi de la France*, t. LVII, 1997, pp. 227-228.

SESMA, José Ángel: «El reinado de Pedro II (1196-1213)», en LADERO, M. Ángel: *Historia de España Ramón Menéndez Pidal, Vol. 9: La reconquista y el proceso de diferenciación política (1035-1217)*, ed. Espasa Calpe, Madrid, 1998, pp. 722-752.

SHADIS, Miriam: *Berenguela of Castile, (1180-1246) and political women in the High Middle Ages*, ed. Palgrave Macmillan, Nueva York, 2009.

SHIDELER, John C.: *Els Montcada: una família de nobles catalans a l'Edat Mitjana (1200-1230)*, ed. Edicions 62, Barcelona, 1987.

SIVERY, Gérard: *Louis VIII, le lion*, ed. Fayard, París, 1995.

SMITH, Damian J.: *Crusade, Heresy and Inquisition in the Lands of the Crown of Aragon (c. 1167-1276)*, ed. Brill, Leiden, 2009.

— *Innocent III and the crown of Aragon: the limits of papal authority,* ed. Ashgate, Aldershot, 2004.

— «Motivo y significado de la coronación de Pedro II de Aragón» en *Hispania: Revista española de historia*, n.º 204, 2000, pp. 163-179.

— «Innocent III and Las Navas de Tolosa = "Soli Hispani"», en *Hispania sacra*, n.º 104, 1999, pp. 487-514.

— «Aragon, Catalogne et Papauté pendant la Croisade contre les Albigeois», en *La Croisade albigeoise*, pp. 157-170.

— «Peter II, Innocent III and the Albigensian Crusade», en SOMMERLECHNER, Andrea (ed.): *Innocenzo III, Urbs et Orbis. Atti del Congresso Internazionale (Roma, 9-15 settembre 1998)*, ed. Istituto storico Italiano per il medio evo, Roma, 2003, pp. 1049-1064.

SOARES, Torquato de Sousa: «Algumas considerações sobre a crise da sucessão de Sancho I: a doença de Afonso II», en *Boletim da Faculdade de Direito de Coimbra* n.º especial, 1983, pp. 3-15.

SOULA, René: *Les Cathares, entre légende et histoire. La mémoire de l'albigéisme du XIXe siècle à nos jours*, ed. Institut d'Estudis Occitans, Bouloc, 2005.

SPIEGEL, Gabrielle M.: *The Chronicle Tradition of Saint-Denis. A survey,* ed. Brookline, 1978.

STRAYER, Joseph R.: *Medieval statecraft and the perspectives of history*, ed. Princeton University Press, Princeton, 1994.

— *Les Gens de justice du Languedoc sous Philippe le Bel*,ed., Association Marc Bloch, Toulouse, 1970.

— *Les Origines médiévales de l'État moderne*, ed. Payot, París, 1979.

— «The Crusades of Louis IX», en BENTON, John; BISSON, Thomas (ed.): *Medieval Statecraft and the Perspectives of History*, ed. Princeton Univ. Press, Princeton, 1971.

SUBRENAT, Jean: «Le voyage en Terre-Sainte -croisade ou pèlerinage?- d'après l'idéologie épique au siècle de Philippe Auguste» en *Thélème: Revista complutense de estudios franceses*, n.º 9, 1996, pp. 263-277.

SUFFERT, Georges: *Le pape et l'empereur*, ed. de Fallois, París, 2003.

TAYLOR, Claire: «Pope Innocent III, John of England and the Albigensian Crusade (1209-1216)», en MOORE, John C. (ed.): *Pope Innocent III and His World*, ed. Hofstra, Nueva York, 1999, pp. 205-228.

TERRASE, Michel: «Don Rodrigo Jiménez de Rada et la fortificatión tolèdane aux lendemains de las Navas de Tolosa» en *Al-Andalus: revista de las Escuelas de Estudios Árabes de Madrid y Granada*, vol. 42, n.º 1, 1977, pp. 229-236.

THOMAS, Hugh M.: *The English and the Normans: Ethnic Hostility, Assimilation, and Identity1066-c.1220*, ed. Oxford Univ. Press, Oxford, 2003.

TUCOO-CHALA, Pierre: *Quand l'islam était aux portes des Pyrénées: de Gaston IV le Croisé à la croisade des Albigeois,* ed. J. et D., Biarritz 1994.

TURNER, Ralph V.: *Magna Carta Through the Ages*, Harlow, 2003.

UTRILLA, Juan Fernando: «Pedro II», en *Los reyes de Aragón*, ed. CAI, Zaragoza, 1993, pp. 73-80.

VARA THORBECK, Carlos: *El lunes de Las Navas*, ed. Univ. de Jaén, Jaén, 1999.

VENTURA, Jordi: *Pere el Catòlic i Simó de Montfort*, ed. Selecta, Barcelona, 1996.

VERGER, Jacques; RICHÉ, Pierre: *Des nains sur des épaules de géants: Maîtres et élèves au Moyen Âge*, ed. Tallandier, París, 2006.

— PAVIOT, J. (co-dir.): *Guerre, pouvoir et noblesse au Moyen Age. Mélanges en l'honneur de Philippe Contamine*, col. cultures et civilisations médiévales, XXII, París, 2000.

— BOUTET, D. (co-dir.): *Penser le pouvoir au Moyen Age. VIIIe-XVe siècle. Études d'histoire et de littérature offertes à Françoise Autrand*, París, 2000.

— *Culture, enseignement et société en Occident aux XIIe et XIIIe siècles*, ed. PUR, Rennes, 1999.

— *L'essor des universités au XIIIe siècle*, ed. Cerf, París, 1997.

— *Naissance et premier essor de l'Occident chrétien*, ed. Presses Univ. de France, París, 1975.

— «Regnum et studium: l'université comme auxiliaire du pouvoir au Moyen Age», en CAROZZI, Cl.; TAVIANI-CAROZZI, H. (dir.): *Le pouvoir au Moyen Age. Idéologies, pratiques, représentations*,, Aix-en-Provence, 2005, pp. 297-311.

— «Spes proficiendi. Travail intellectuel et progrès individuel au Moyen Age», en *Tradition, Innovation, Invention. Fortschrittsverweigerung und Fortschrittsbewusstsein im Mittelalter,* Scrinium Friburgense, 18, Berlin-New York, 2005, pp. 277-291.

— «La vie intellectuelle au douzième siècle», in Il Libro del Maestro. Codice 65 dell'Archivio Capitolare della Cattedrale di Piacenza (sec. XII), Piacenza, 1999, pp. 3-13.

— «Des écoles du XIIe siècle aux premières universités: réussites et échecs», in Renovación intelectual del Occidente europeo (siglo XII). XXIV Semana de estudios medievales, Estella: 14-18 julio 1997, Pampelune, 1998, pp. 249-273.

— «Le transfert de modèles d'organisation de l'Eglise à l'État à la fin du Moyen Age», en État et Eglise dans *la genèse de l'État moderne*, Madrid, 1986, pp. 34-35.

VIARD, Jules: *Les Grandes chroniques de France. 7. De Louis VIII à Saint-Louis,* ed. E. Champion, París, 1933.

VILAR, Hermínia: «Do Arquivo ao Registo. O percurso de uma memória no reinado de Afonso II», en *Penélope*, n.º 30/31, 2004, pp. 19-50.

VILLEGAS ARISTIZÁBAL, Lucas: «Revisión de las crónicas de Ralph de Diceto y de la Gesta regis Ricardi sobre la participación de la flota angevina durante la Tercera Cruzada en Portugal» en *Studia historica. Historia medieval*, n.º 27, 2009 (Ejemplar dedicado a los mozárabes: entre la Cristiandad y el Islam), pp. 153-170.

VINCENT, Nicholas: *Magna Carta,* ed. Sotherby's, Nueva York, 2007.

— *Henry II. New Interpretations,* ed. Boydell Press, Londres, 2007.

— *Peter des Roches: an Alien in English Politics, 1205-1238*, ed. Cambridge Univ. Press, Cambridge, 1996.

— *English Episcopal Acta IX: Winchester 1205-1238*, ed. Oxford Univ. Press, Oxford, 1994.

— «The Plantagenets and the Agenais (1150-1250)», en AURELL, Martin; BOUTOULLE, Frédéric (ed.): *Les seigneuries dans l'espace Plantagenêt (c. 1150-c. 1250)*, ed. Ausonius, Burdeos, 2009, pp. 417-456.

— «Did Henry II Have a Policy Towards the Earls?» en C. GIVEN-WILSON (ed.): *War, Government and Aristocracy in the British Isles, c. 1150-1500. Essays in Honour of Michael Prestwitch,* ed. Woodbridge, 2008, pp. 1- 25.

— «A Forgotten War: England and Navarre. 1242-3» en *Thirtheenth Century England, XI*, ed. Woodbridge, 2007, pp. 109- 146.

— «Twelfth and Thirteenth-Century Kingship: An Essay in Anglo-French Misunderstanding», en GENET, J.Philippe; RUGGIU, F.J. (eds.): *Les Idées passent-elles la Manche: Savoirs, représentations, pratiques (France-Angleterre, xe-xxe siècles)*, ed. Fontenay-le-Comte, 2007, pp. 21-36.

— «Why 1199? Bureaucracy and Enrolment under John and his Contemporaries» en JOBSON, A. (ed.): *English Government in the Thirteenth Century*, ed. Woodbridge, 2004, pp. 17-48.

— «The Politics of Church and State as Reflected in the Winchester Pipe Rolls, 1208-1280» en BRITNELL, R. (ed.): *The Winchester Pipe Roll and Medieval English Society*, ed. Woodbridge, 2003, pp. 157-181.

— «England and the Albigensian Crusade» en WEILER, B.K.U.; ROWLANDS, I.W.(eds.): *England and Europe in the Reign of Henry III (1216-1272)*, ed. Aldershot, 2002, pp. 67-97.

— «King Henry II and the Poitevins» en AURELL, Martin (ed.): *La Cour Plantagenêt (1154-1204): Actes du colloque tenu à Thouars du 30 avril au 2 mai 1999*, Poitiers, 2000, pp. 103-35.

— «A Roll of Knights Summoned to Campaign in 1213» en *Historical Research*, n.º LXVI, 1993, pp. 89-97.

VV.AA.: *Innocenzo III: urbs et orbis: atti del Congresso Internazionale, Roma, 9-15 settembre 1998*, ed. Società romana di storia patria-Istituto storico italiano per il Medio Evo, Roma. 2003.

— *Gioacchino da Fiore tra Bernardo di Clairvaux e Innocenzo III: atti del 5. Congresso internazionale di studi gioachimiti, San Giovanni in Fiore, 16-21 settembre 1999*, ed. Viella, Roma, 2001.

WAGNER, Kay: *«Debellare Albigenses». Darstellung und Deutung des Albigenserkreuzzuges in der europäischen Geschichtsschreibung von 1209 bis 1328*, ed. Neuried, 2000.

— «Les sources de l'historiographie occidentale de la Croisade albigeoise entre 1209 et 1328», en *La Croisade albigeoise*, pp. 39-54.

WALKER, Rose: «Leonor of England, Plantagenêt queen of King Alfonso VIII of Castile, and her foundation of the Cistercian abbey of Las Huelgas. In imitation of Fontevraud?» en *Journal of medieval history*, n.º 4, 2005, pp. 346-368.

WARD, Aengus: «Rodrigo Ximénez de Rada: auteur et acteur en Castille à la fin du XIIIe siècle», en *Cahiers d'études hispaniques medievales*, n.º 26, 2003, pp. 283-294.

WERNER, Karl Ferdinand: «Die Legitimät der Kapetinger und die Entstehung des *reditus regni Francorum ad stirpem Karoli»,* en *Die Welt als Geschichte*, n.º 12, 1952, pp. 203-225.

WOEHL, Christine: *Volo vincere cum meis vel occumbere cum eisdem: Studien zu Simon von Montfort und seinen nordfranzösischen Gefolgsleuten während des Albigenserkreuzzugs (1209 bis 1218),* ed. P. Lang, Frankfurt, 2001.

ZERNER, Monique: «Question sur la naissance de l'affaire albigeoise», en Cl. DUHAMEL-AMADO y G. LOBRICHON (éd.): *Georges Duby. L'écriture de l'histoire*, 1996, pp. 427-444.